Vida y muerte

CREPÚSCULO REINTERPRETADO

STEPHENIE MEYER

Vida y muerte es una nueva y sorprendente reformulación de la historia completa —*Crepúsculo*— realizada por la autora, junto con un detallado prefacio y epílogo.

Los lectores disfrutarán de la icónica historia de amor de Bella y Edward con una perspectiva renovada.

Stephenie Meyer

Vida y muerte

Crepúsculo reinterpretado

Crepúsculo - 11

ePub r1.3
Titivillus 03.09.16

Título original: *Life and Death*
Stephenie Meyer, 2015
Traducción: José Miguel Pallarés & Sara Cano Fernández
Fotografía de cubierta: Roger Hagadone

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mis hijos Gabe, Seth y Eli, por permitirme participar de la experiencia adolescente desde el punto de vista de un chico. No podría haber escrito esto sin vosotros.

PREÁMBULO

¡Hola, querido lector!

De nuevo, ¡feliz aniversario y bienvenido al nuevo material adicional del décimo aniversario!

Lo primero es lo primero:

LO SIENTO MUCHO.

Sé que va a haber muchas lamentaciones y mucho rechinar de dientes porque este nuevo material A) no es completamente nuevo, aunque sí en su mayoría; B) no es *Sol de medianoche*. (Si piensas que no entiendo tu dolor, permíteme decirte que mi madre ya me lo ha dejado bastante claro). Explicaré cómo surgió todo esto y, con suerte, eso hará que, aunque las cosas no mejoren, al menos sean comprensibles.

Hace muy poco tiempo, mi agente me contactó y me pidió que hiciera algo para el relanzamiento de *Crepúsculo* por su décimo aniversario. El editor esperaba una especie de prefacio, una especie de carta de «feliz cumpleaños». Me pareció… bueno, para ser sinceros, muy aburrido. ¿Qué podía decir que resultara divertido y emocionante? Nada. Así que pensé en qué otras cosas podría hacer y, si eso te consuela, me vino a la mente *Sol de medianoche*. El problema era el tiempo… o, más bien, la ausencia de él. Definitivamente, no disponía del suficiente para escribir una novela, ni siquiera media.

Mientras meditaba sobre *Crepúsculo* después de tanto tiempo sin pensar en él y discutía el problema del décimo aniversario con amigos, empecé a

pensar en algo que he mencionado alguna vez en firmas de libros y entrevistas. Ya sabes que siempre han censurado mucho a Bella por ser en muchas ocasiones demasiado timorata, y la gente suele quejarse de que es la típica «damisela en apuros». Mi respuesta siempre ha sido que Bella es una «humana en apuros», un ser humano normal rodeado por todas partes de personas que son, básicamente, superhéroes y supervillanos. También se la ha criticado por estar demasiado obsesionada con el objeto de su amor como si, de alguna manera, eso fuera cosa de chicas. Pero yo siempre he defendido que no hubiera habido ninguna diferencia si el humano hubiera sido un chico y el vampiro, una chica: la historia sigue siendo la misma. Dejando a un lado cuestiones de especie y género, *Crepúsculo* siempre ha sido una historia sobre la magia, la obsesión y el frenesí del primer amor.

Así que pensé para mí: *Bueno, ¿y si pongo a prueba esa teoría? Eso podría ser divertido*. Como me suele pasar siempre, empecé creyendo que escribiría uno o dos capítulos. (Es divertido y triste a la vez darme cuenta de que aún no me conozco demasiado bien a mí misma). ¿Te acuerdas de que antes he mencionado que no tenía tiempo? Afortunadamente, este proyecto no solo fue divertido, sino también rápido y fácil. Resulta que no hay mucha diferencia entre una chica humana enamorada de un vampiro y un chico humano enamorado de una vampira. Y así fue como nacieron Beau y Edythe.

Un par de apuntes sobre la transformación:

1. En general, he cambiado directamente el género de todos los personajes de *Crepúsculo*, pero hay dos excepciones:

   • La mayor es el caso de Charlie y Renée, que siguen siendo Charlie y Renée. Y este es el motivo principal: Beau nació en 1987. En aquella época era muy raro que un padre obtuviera la custodia de un hijo, y aún menos cuando el hijo en cuestión era un bebé. Lo más probable es que hubiera que haber declarado a la madre inepta de alguna manera. Me cuesta mucho creer que cualquier juez de aquella época (e incluso de la actualidad) hubiera concedido la custodia de un niño a un padre sin trabajo y que se trasladaba continuamente frente a una madre con

un trabajo estable y fuertemente ligada a su comunidad. Por supuesto, en la actualidad, si Charlie hubiera luchado por la custodia de Bella, probablemente hubiera podido quitársela a Renée. Aun así, el escenario más probable es el que sucede en *Crepúsculo*. Sencillamente, el hecho de que hace un par de décadas los derechos maternos se consideraban más importantes que los derechos paternos, sumado a que Charlie no es un tipo vengativo, hicieron posible que Renée criara a Bella y, en este caso, también a Beau.

- La segunda excepción es muy pequeña: apenas un par de personajes secundarios que se mencionan apenas un par de veces. El motivo de esta excepción es mi particular sentido de la justicia para con los personajes de ficción. Había dos personajes en el universo de *Crepúsculo* que, por lo general, salieron muy mal parados. Así que, en lugar de cambiar los géneros de estos personajes, decidí darles un golpe de gracia. No aporta nada a la historia, solo tiene que ver con mis rarezas y con consentir mi neurosis.

2. Hay muchos otros cambios en la escritura que vienen dados porque Beau es una persona de género masculino, los cuales he pensado detallar para vosotros. Estas son estimaciones hechas a ojo. No he contado las palabras exactas que he cambiado, ni tampoco he hecho ninguna cuenta:

   - El 5% de los cambios se corresponden a que Beau es un chico.

   - El 5% de los cambios se deben a que la personalidad de Beau se desarrolló de manera ligeramente distinta a la de Bella. Las mayores variaciones son que es bastante más TOC, que su lenguaje no es tan poético, ni en sus palabras ni en sus pensamientos, y que es mucho menos iracundo: no tiene el mismo sentido de inferioridad que Bella carga sobre sus hombros.

   - El 70% de los cambios se deben a que me han permitido hacer una corrección de estilo pasados diez años y he tenido oportunidad de

cambiar casi cada palabra que me incomodaba desde que el libro fue impreso, lo cual ha sido magnífico.

- El 10% son cosas que me hubiera gustado hacer la primera vez, pero que no se me ocurrieron. Puede parecer el mismo tipo de criterio de la categoría anterior, pero en realidad es ligeramente distinto. No se trata de palabras que parecieran poco adecuadas o no quedaran bien, sino ideas que me hubiera gustado explorar antes o conversaciones que deberían haber tenido lugar, pero no lo hicieron.

- El 5% son problemas en la mitología —errores, en realidad— en su mayoría relacionados con las visiones. Cuando continué con las secuelas de *Crepúsculo* (e incluso en *Sol de medianoche*, donde pude adentrarme en la mente de Alice y Edward), pulí el modo en que funcionaban las visiones de Alice. En *Crepúsculo* todo es más místico y, al revisarlo ahora, hay cosas en las que Alice debería haber intervenido y no lo hizo. ¡Ups!

- Lo que deja un 5% variado para la miscelánea de cambios que he hecho, cada uno por un motivo distinto y, sin duda, egoísta.

Espero que disfrutes la historia de Beau y Edythe, aunque no es algo que estuvieras esperando. Desde luego, yo he disfrutado en grande creando esta nueva versión. Adoro a Beau y Edythe con una pasión que no me esperaba, y su historia ha vuelto a convertir el mundo ficticio de Forks en un lugar fresco y feliz para mí. Espero que para ti sea igual. Si lo disfrutas aunque sea una décima parte de lo que yo lo he hecho, habrá merecido la pena.

Gracias por leer esta historia. Gracias por ser parte de este mundo, gracias por ser una asombrosa e inesperada fuente de alegría en mi vida durante estos últimos diez años.

Con mucho cariño,
Stephenie

«Si su destino es extraño,
es también sublime».

Veinte mil leguas de viaje submarino,
Julio Verne

PREFACIO

Nunca me había detenido a pensar en cómo iba a morir, aunque me habían sobrado los motivos en los últimos meses, pero no hubiera imaginado algo parecido a esta situación incluso de haberlo intentado.

Contemplé fijamente, al otro lado de la gran habitación, los ojos oscuros de la cazadora, y esta me devolvió la mirada, complacida.

Al menos, morir en lugar de otra persona, alguien a quien se ama, era una buena forma de acabar. Incluso noble. Eso debería contar algo.

Sabía que de no haber ido a Forks ahora no estaría a punto de morir, pero, aterrado como estaba, no me arrepentía de esta decisión. Cuando la vida te ofrece un sueño que supera con creces cualquiera de tus expectativas, no es razonable lamentarse de su conclusión.

La cazadora sonrió de forma amistosa cuando avanzó con aire despreocupado para matarme.

PRIMER ENCUENTRO

17 de enero de 2005

Mi madre me llevó al aeropuerto con las ventanillas del coche bajadas. Aunque era enero en el resto del país, en Phoenix la temperatura era de veinticuatro grados y el cielo de un intenso azul. Llevaba mi camiseta favorita: una de los Monty Python, la de las golondrinas y el coco que mi madre me regaló hace dos Navidades. Me quedaba casi pequeña, pero daba igual. Dentro de poco no iba a necesitar camisetas.

En la península de Olympic, al noroeste del estado de Washington, existe un pueblecito llamado Forks cuyo cielo casi siempre permanece encapotado. En esta insignificante localidad llueve más que en cualquier otro sitio de los Estados Unidos. Mi madre se escapó conmigo de aquel lugar y de sus deprimentes tinieblas cuando yo apenas tenía unos meses. Me había visto obligado a pasar allí un mes cada verano hasta que por fin, al cumplir los catorce años, me impuse; así que, en vez de eso, los tres últimos años, Charlie, mi padre, había pasado sus dos semanas de vacaciones conmigo en California.

Y, a pesar de ello, ahora de alguna manera me exiliaba a Forks para terminar el instituto. Un año y medio. Dieciocho meses. Una sentencia penitenciaria. Dieciocho meses muy duros. Cuando cerré la puerta del coche tras de mí, sonó como el *clang* de los barrotes de hierro encajando en su lugar.

Vale, me acabo de poner un poco melodramático. Tengo la imaginación un poco desatada, como le gusta decir a mi madre. Y, por supuesto, había sido elección mía. Un exilio autoimpuesto.

Lo cual no lo hacía en absoluto más fácil.

Adoraba Phoenix. Me encantaban el sol, el calor seco y la gran ciudad que se extendía en todas direcciones. Y me encantaba vivir con mi madre, donde alguien me necesitaba.

—No tienes por qué hacerlo —me dijo mamá por enésima vez antes de llegar al control de seguridad del aeropuerto.

Mi madre dice que nos parecemos tanto que podría usar la imagen de su cara como espejo para afeitarme. No es del todo cierto, aunque es verdad que no me parezco mucho a mi padre. Mi madre tiene el mentón afilado y los labios carnosos, y yo, no; pero sí que tenemos exactamente los mismos ojos. Los suyos son ingenuos (tan grandes y de un azul tan claro), lo que la hace parecer mi hermana más que mi madre. Nos lo dicen constantemente y, aunque finge que no, le encanta. En los míos, el azul claro parece menos ingenuo y más… indeciso.

Al contemplar aquellos ojos grandes e ingenuos, tan parecidos a los míos, tuve un ataque de pánico. Llevaba toda la vida cuidando de mi madre. Bueno, seguramente hubo una época, probablemente cuando aún llevaba pañales, en la que no tenía que ocuparme de las facturas y el papeleo, de cocinar y de mantener la sensatez, pero ya no me acordaba.

¿Era buena idea dejar que mi madre se las arreglara sola? Durante los meses que había pasado dándole vueltas a la decisión, tenía la sensación de que sí. Pero, ahora, me parecía que era la peor decisión posible.

Ahora tenía a Phil, por supuesto, por lo que probablemente se pagarían las facturas, habría comida en el frigorífico y gasolina en el depósito del coche, y podría apelar a él cuando se encontrara perdida, pero aun así…

—Es que quiero ir —le mentí. Siempre se me ha dado muy mal eso de mentir, pero había dicho esa mentira con tanta frecuencia en los últimos meses que ahora casi sonaba convincente.

—Saluda a Charlie de mi parte.

—Sí, lo haré.

—Te veré pronto —prometió—. Puedes regresar a casa cuando quieras. Volveré tan pronto como me necesites.

Pero sabía cuánto le costaría hacer aquello.

—No te preocupes por mí —insistí—. Todo irá estupendamente. Te quiero, mamá.

Me abrazó con fuerza durante un minuto; luego, atravesé el detector de metales y ella se marchó.

Para llegar a Forks tenía por delante un vuelo de cuatro horas de Phoenix a Seattle, y desde allí a Port Angeles una hora más en avioneta y otra más en coche. No me desagrada volar, pero me preocupaba un poco pasar una hora en el coche con Charlie.

Lo cierto es que Charlie había llevado bastante decentemente todo aquello. Parecía realmente complacido de que por primera vez fuera a vivir con él de forma más o menos permanente. Ya me había matriculado en el instituto y me iba a ayudar a comprar un coche.

Pero iba a ser incómodo. Ninguno de los dos éramos muy extrovertidos, probablemente algo necesario para vivir con mi madre. Pero, aparte de eso, ¿qué nos íbamos a decir? No es que mantuviera mi aversión a Forks en secreto, precisamente.

Estaba lloviendo cuando el avión aterrizó en Port Angeles. No lo consideré un presagio, simplemente era inevitable. Ya me había despedido del sol.

Charlie me esperaba en el coche patrulla, lo cual no me extrañó. Para las buenas gentes de Forks, Charlie es el jefe de policía Swan. La principal razón de querer comprarme un coche, a pesar de que no tengo un dólar, era que me negaba en redondo a que me llevara por todo el pueblo en un coche con luces rojas y azules en el techo. No hay nada que ralentice más la velocidad del tráfico que un poli.

Charlie me abrazó torpemente con un solo brazo cuando bajaba a trompicones la escalerilla del avión.

—Me alegro de verte, Beau —dijo con una sonrisa al mismo tiempo que me ayudaba a mantener el equilibrio. Nos dimos una palmadita en el hombro, incómodos, y nos apartamos—. Apenas has cambiado. ¿Cómo está Renée?

—Mamá está bien. Yo también me alegro de verte, papá —se suponía que no podía llamarle Charlie a la cara.

—¿De verdad te parece bien dejar de vivir con ella?

Los dos sabíamos que aquella pregunta no tenía que ver con mi felicidad personal. Tenía que ver con si estaba eludiendo mi responsabilidad de cuidar de ella. Aquel era el motivo por el que Charlie nunca había peleado con mamá por mi custodia: sabía que ella me necesitaba.

—Sí. No estaría aquí si no estuviera seguro.

—Bueno, vale.

Solo llevaba dos bolsas de lona. La mayoría de mi ropa de Arizona era demasiado ligera para llevarla en el clima de Washington. Mi madre y yo habíamos hecho un fondo común con nuestros recursos para complementar mi vestuario de invierno, pero, a pesar de todo, no era mucho. Podía con las dos, pero Charlie insistió en llevar una.

Me tambaleé un poco: mi equilibrio nunca ha sido muy bueno, sobre todo desde que pegué el estirón. Se me enganchó el pie en la puerta de salida y la bolsa se balanceó y golpeó al tipo que estaba intentando entrar.

—Ay, lo siento.

El tipo no era mucho mayor que yo, y era mucho más bajito, pero se acercó a mí con la barbilla levantada. Vi los tatuajes a ambos lados de su cuello. Una mujer también bajita, con el pelo teñido de negro opaco, se me quedó mirando amenazadoramente desde el otro lado del chico.

—¿«Lo siento»? —repitió la mujer, como si de alguna manera mi disculpa hubiera sido ofensiva.

—Eh… Sí.

Y entonces la mujer se fijó en Charlie, que iba de uniforme. Charlie no tuvo que decir nada. Simplemente miró al tipo, que retrocedió medio paso y de pronto me pareció mucho más joven, y luego a la chica, cuyos labios pintados de pegajoso carmín rojo compusieron un mohín disgustado. Sin decir palabra, me rodearon y se dirigieron hacia la minúscula terminal.

Charlie y yo nos encogimos de hombros a la vez. Era divertido que tuviéramos los mismos gestos aunque no hubiéramos pasado demasiado tiempo juntos. Quizá fueran los genes.

—He localizado un coche perfecto para ti, y muy barato —anunció una vez que nos abrochamos los cinturones de seguridad del coche patrulla y nos pusimos en camino.

—¿Qué tipo de coche?

Desconfié de la manera en que había dicho «un coche perfecto para ti» en lugar de simplemente «un coche perfecto».

—Bueno, es una camioneta, una Chevy para ser exactos.

—¿Dónde la encontraste?

—¿Te acuerdas de Bonnie Black, la que vivía en La Push?

La Push es una pequeña reserva india situada en la costa.

—No.

—Su marido y ella solían venir de pesca con nosotros durante el verano —me explicó.

Por eso no me acordaba de ella. Se me da bien olvidar las cosas dolorosas.

—Ahora está en una silla de ruedas —continuó Charlie cuando no respondí—, por lo que no puede conducir y me propuso venderme su camioneta por una ganga.

—¿De qué año es?

Por la forma en que le cambió la cara, supe que era la pregunta que no deseaba oír.

—Bueno, Bonnie ha realizado muchos arreglos en el motor. En realidad, tampoco tiene tantos años.

¿De verdad pensaba que me iba a rendir tan fácilmente?

—¿Cuándo la compró?

—En 1984… Creo.

—¿Y era nueva entonces?

—En realidad, no. Creo que era nueva a principios de los sesenta, o a lo mejor a finales de los cincuenta —confesó con timidez.

—¡Papá, por favor! ¡No sé nada de coches! No podría arreglarlo si se estropeara y no me puedo permitir pagar un taller.

—Nada de eso, Beau, el trasto funciona a las mil maravillas. Hoy en día no los fabrican tan buenos.

El trasto, repetí en mi fuero interno. Al menos tenía posibilidades como apodo.

—¿Y qué entiendes por barato?

Después de todo, ese era el punto importante.

—Bueno, hijo, te lo he comprado como regalo de bienvenida.

Charlie me miró de reojo con rostro expectante.

Vaya. Gratis.

—No tenías que hacerlo, papá. Iba a comprarme un coche.

—No me importa. Quiero que te encuentres a gusto aquí.

Charlie mantenía la vista fija en la carretera mientras hablaba. Se sentía incómodo al expresar sus emociones en voz alta. Otra cosa que tenemos en común, así que también miraba hacia la carretera cuando le respondí:

—Es genial, papá. Gracias. Te lo agradezco de veras.

Resultaba innecesario añadir que era imposible estar a gusto en Forks, pero él no tenía por qué sufrir conmigo. Y a caballo regalado no le mires el diente, ni el motor.

—Bueno, de nada. Eres bienvenido —masculló, avergonzado por mis palabras de agradecimiento.

Intercambiamos unos pocos comentarios más sobre el tiempo, que era húmedo, y básicamente esa fue toda la conversación. Miramos a través de las ventanillas.

El paisaje debía de ser hermoso. Todo era de color verde: los árboles cubiertos de musgo, tanto los troncos como las ramas, el suelo cubierto de helechos. Incluso el aire que se filtraba entre las hojas parecía verde.

Era demasiado verde, un planeta alienígena.

Finalmente, llegamos al hogar de Charlie. Vivía en una casa pequeña de dos dormitorios que compró con mi madre durante los primeros días de su matrimonio. Esos fueron los únicos días de su matrimonio, los primeros. Allí, aparcada en la calle delante de una casa que nunca cambiaba, estaba mi nueva camioneta, bueno, nueva para mí. El vehículo era de un rojo desvaído, con guardabarros grandes y redondos y una cabina de aspecto bulboso.

Y me encantó. No soy el típico chico al que le pirran los coches, así que me sorprendió mi propia reacción. No sabía si funcionaría, pero podía imaginarme al volante. Además, era uno de esos monstruos de hierro sólido que jamás sufren daños, la clase de coches que ves en un accidente de tráfico con la pintura intacta y rodeados de los trozos del coche extranjero que acaban de destrozar.

—¡Caramba, papá! ¡Es genial! ¡Gracias!

El entusiasmo era auténtico. El coche no solo era extrañamente guay, sino que ya no tendría que caminar tres kilómetros bajo la lluvia hasta el instituto o dejar que el jefe de policía me llevara en el coche patrulla.

—Me alegra que te guste —dijo Charlie con voz áspera, nuevamente avergonzado.

Subir todas mis cosas hasta el primer piso requirió un solo viaje escaleras arriba. Tenía el dormitorio de la cara oeste, el que daba al patio delantero. Conocía bien la habitación; había sido la mía desde que nací. El suelo de madera, las paredes pintadas de azul claro, el techo a dos aguas, las cortinas de encaje ya amarillentas flanqueando las ventanas… Todo aquello formaba parte de mi infancia. Los únicos cambios que había introducido Charlie se limitaron a sustituir la cuna por una cama y añadir un escritorio cuando crecí. Encima de este había ahora un ordenador de segunda mano con el cable del módem grapado al suelo hasta la toma de teléfono más próxima. Este era uno de los requisitos de mi madre para que estuviéramos en contacto con facilidad. La mecedora que tenía desde niño aún seguía en el rincón.

Solo había un pequeño cuarto de baño en lo alto de las escaleras que debería compartir con Charlie, pero ya había tenido que compartir antes con mi madre y, definitivamente, eso era peor. Ella tenía muchas más cosas que yo, y se resistía tozudamente a todos mis intentos de organizárselas.

Una de las cosas buenas que tiene Charlie es que no se queda revoloteando a tu alrededor. Me dejó solo para que deshiciera mis maletas y me instalara, una hazaña que hubiera sido del todo imposible para mi madre. Resultaba estupendo estar solo, no tener que sonreír ni poner buena cara; fue un respiro que me permitió contemplar a través del cristal la cortina de lluvia con desaliento y dejar que mis pensamientos se ensombrecieran.

El instituto de Forks tan solo tenía trescientos cincuenta y siete, ahora trescientos cincuenta y ocho alumnos. Solamente en mi clase de tercer año en Phoenix había más de setecientos alumnos. Todos los jóvenes de por aquí se habían criado juntos y sus abuelos habían aprendido a andar juntos. Yo sería el chico nuevo de la gran ciudad, una curiosidad, un bicho raro.

Tal vez habría podido utilizar eso a mi favor si hubiera sido uno de los chicos guays. Bienvenidos los chicos populares, los reyes del baile de graduación. Pero saltaba a la vista que yo no era ese tipo de chico: no era la estrella del equipo de fútbol americano, ni el presidente de la clase, ni el chico malo motero. Yo era el chico que daba la sensación de que se le daba bien jugar al baloncesto… hasta que empezaba a caminar. El chico al que encerraban en las taquillas hasta que de repente crecía de golpe veinte centímetros el segundo año de instituto. El chico que era demasiado callado y pálido, que no sabía nada de videojuegos ni de coches ni de estadísticas de béisbol, ni de ninguna otra cosa de las que se suponía que tenían que interesarme.

A diferencia de los otros chicos, no tenía montones de tiempo libre para dedicarme a mis aficiones. Tenía libros de cuentas que comprobar, desagües atascados que destapar y compras semanales que hacer.

O no solía tenerlo, al menos.

No sintonizaba bien con la gente de mi edad. Bueno, lo cierto es que no sintonizaba bien con la gente. Punto. Ni siquiera mi madre, la persona con quien mantenía mayor proximidad, me había entendido nunca. A veces me preguntaba si veía las cosas igual que el resto del mundo. Como si quizá yo fuera un verde que todos los demás vieran como si fuera un rojo. Como si yo oliera a vinagre mientras que ellos olieran a coco. Tal vez la cabeza no me funcionara como es debido.

Pero la causa no importaba, solo contaba el efecto. Y mañana no sería más que el comienzo.

Aquella noche no dormí bien, ni siquiera cuando conseguí dejar de darle vueltas a la cabeza. El siseo constante de la lluvia y el viento sobre el techo no aminoraba jamás, hasta convertirse en un ruido de fondo. Me tapé la cabeza con la vieja colcha y luego añadí la almohada, pero no conseguí conciliar el sueño antes de medianoche, cuando al fin la lluvia se convirtió en un fino sirimiri.

A la mañana siguiente, lo único que veía a través de la ventana era una densa niebla y sentí que la claustrofobia se apoderaba de mí. Aquí nunca se

podía ver el cielo, era como la celda de cárcel que había imaginado.

El desayuno con Charlie fue silencioso. Me deseó suerte en la escuela y le di las gracias, aun sabiendo que sus esperanzas eran una pérdida de tiempo. La buena suerte solía esquivarme. Charlie se marchó primero, directo a la comisaría, que era su esposa y su familia. Me quedé mirando la cocina después de que se fuera, todavía sentado en una de las tres sillas, ninguna de ellas a juego, junto a la vieja mesa cuadrada de roble. La cocina era pequeña, con paneles oscuros en las paredes, armarios amarillo chillón y un suelo de linóleo blanco. Nada había cambiado. Hacía dieciocho años, mi madre había pintado los armarios con la esperanza de introducir un poco de luz solar en la casa. Había una hilera de fotos encima del microscópico hogar del cuarto de estar, que colindaba con la cocina. La primera foto era de la boda de Charlie con mi madre en Las Vegas, y luego la que nos tomó a los tres una amable enfermera del hospital donde nací, seguida por una sucesión de mis fotografías escolares hasta el año pasado. Verlas me resultaba muy embarazoso. Tenía que convencer a Charlie de que las pusiera en otro sitio, al menos mientras yo viviera aquí.

Era imposible permanecer en aquella casa y no darse cuenta de que Charlie no se había repuesto de la marcha de mi madre.

Eso me hizo sentir incómodo.

No quería llegar demasiado pronto al instituto, pero no podía permanecer en la casa más tiempo, por lo que me puse la chaqueta de plástico no transpirable, que recordaba a uno de esos trajes empleados en caso de peligro biológico, y me encaminé hacia la llovizna.

Aún chispeaba, pero no lo bastante para que me calara mientras buscaba la llave de la casa, que siempre estaba escondida debajo del alero que había junto a la puerta, y cerrara. El ruido de mis botas de agua nuevas resultaba raro. Añoraba el crujido habitual de la grava al andar.

Dentro de la camioneta estaba cómodo y a cubierto. Era obvio que Charlie o Bonnie debían de haberla limpiado, pero la tapicería marrón de los asientos aún olía tenuemente a tabaco, gasolina y menta. El coche arrancó a la primera, lo que fue un alivio, aunque en medio de un gran estruendo, y luego hizo mucho ruido mientras avanzaba al ralentí. Bueno,

una camioneta tan antigua debía de tener algún defecto. La anticuada radio funcionaba, un añadido que no me esperaba.

Fue fácil localizar el instituto: el edificio se hallaba, como casi todo lo demás en el pueblo, junto a la carretera. Al principio no resultaba obvio que fuera una escuela, solo el cartel que indicaba que se trataba del instituto de Forks me dio una pista. Se parecía a un conjunto de esas casas de intercambio en época de vacaciones construidas con ladrillos de color granate. Había tantos árboles y arbustos que a primera vista no podía verlo en su totalidad. ¿Dónde estaba el ambiente de un instituto?, me pregunté. ¿Dónde estaban las alambradas y los detectores de metales?

Aparqué frente al primer edificio, encima de cuya entrada había un cartelito que rezaba «Oficina principal». No vi otros coches aparcados allí, por lo que estuve seguro de que estaba en zona prohibida, pero decidí que iba a pedir indicaciones en lugar de dar vueltas bajo la lluvia como un tonto.

En el interior había más luz y se estaba más caliente de lo que esperaba. La oficina era pequeña: una salita de espera con sillas plegables acolchadas, una basta alfombra con motas anaranjadas, noticias y premios pegados sin orden ni concierto en las paredes y un gran reloj que hacía tictac de forma ostensible. Las plantas crecían por doquier en sus macetas de plástico, por si no hubiera suficiente vegetación afuera. Un mostrador alargado dividía la habitación en dos, con cestas metálicas llenas de papeles sobre la encimera y anuncios de colores chillones pegados en el frontal. Detrás del mostrador había tres escritorios. Un hombre regordete y con una incipiente calvicie se sentaba en uno de ellos. Llevaba una camiseta, lo que, de inmediato, me hizo sentir que yo iba demasiado abrigado para el tiempo que hacía.

El señor calvo alzó la vista.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Soy Beau Swan —le informé, y de inmediato advertí en su mirada el rápido reconocimiento. Me esperaban. Sin duda, ya era el centro de los cotilleos. El hijo del jefe de policía, cuya madre era un tanto voluble, al fin regresaba a casa.

—Por supuesto —dijo.

Rebuscó entre los papeles apilados en su escritorio hasta encontrar los que buscaba.

—Precisamente aquí tengo el horario de tus clases y un plano de la escuela.

Trajo varias cuartillas al mostrador para enseñármelas. Repasó todas mis clases y marcó el camino más idóneo para cada una en el plano; luego, me entregó el comprobante de asistencia para que lo firmara cada profesor y se lo devolviera al finalizar las clases. Me dedicó una sonrisa y, al igual que Charlie, me dijo que esperaba que me gustara Forks. Le devolví la sonrisa más convincente posible.

Los demás estudiantes comenzaban a llegar cuando regresé a la camioneta. Los seguí, me uní a la cola de coches y conduje hasta el otro lado de la escuela. Casi todos los vehículos tenían aún más años que el mío, ninguno era ostentoso. En Phoenix, vivía en uno de los pocos barrios pobres del distrito Paradise Valley. Era habitual ver un Mercedes nuevo o un Porsche en el aparcamiento de los estudiantes. El mejor coche de los que allí había era un Volvo plateado nuevo, y destacaba. Aun así, apagué el motor en cuanto aparqué en una plaza libre para que el volumen rompetímpanos no atrajera la atención de los demás sobre mí.

Examiné el plano en la camioneta, intentando memorizarlo con la esperanza de no tener que andar consultándolo todo el día. Lo guardé en la mochila, me la eché al hombro y respiré hondo. *No va a estar tan mal*, me mentí sin mucha convicción. En serio, aquello no era una situación de vida o muerte, solo era el instituto. No es como si alguien me fuera a morder. Al final, suspiré y salí del coche.

Me eché la capucha sobre el rostro y anduve hasta la acera abarrotada de jóvenes. Me alegré de que mi sencilla chaqueta negra no llamara la atención, aunque no había mucho que hacer con mi peso. Hundí los hombros y mantuve la cabeza gacha.

Una vez pasada la cafetería, el edificio número tres resultaba fácil de localizar, ya que había un gran «3» pintado en negro sobre un fondo blanco en forma de cuadrado en la esquina del lado este. Entré detrás de dos personas que llevaban impermeables de estilo unisex.

El aula era pequeña. Los alumnos que tenía delante se detenían en la entrada para colgar sus abrigos en unas perchas; había varias. Los imité. Se trataba de dos chicas, una rubia de tez clara como la porcelana y otra,

también pálida, de pelo castaño claro. Al menos, mi piel no sería nada excepcional aquí.

Entregué el comprobante a la profesora, una mujer alta y de pelo fino a quien la placa que descansaba sobre su escritorio la identificaba como Sra. Mason. Se quedó mirándome embobada al leer mi nombre —poco alentador—, y yo noté cómo me subía la sangre a la cara, sin duda formando poco atractivas manchas en mis mejillas y mi cuello. Al menos me envió a un pupitre vacío al fondo de la clase sin presentarme al resto de los compañeros. Intenté meterme en el pequeño escritorio lo más discretamente que pude.

A mis nuevos compañeros les resultaba difícil mirarme al estar sentado en la última fila, pero se las arreglaron para conseguirlo. Mantuve la vista clavada en la lista de lecturas que me había entregado la profesora. Era bastante básica: Brontë, Shakespeare, Chaucer, Faulkner. Los había leído a todos, lo cual era cómodo… y aburrido. Me pregunté si mi madre me enviaría la carpeta con los antiguos trabajos de clase o si creería que la estaba engañando. Recreé nuestra discusión mientras la profesora continuaba con su perorata.

Cuando sonó el zumbido del timbre, una chica flacucha, con acné y pelo negro grasiento, se ladeó desde un pupitre al otro lado del pasillo para hablar conmigo.

—Tú eres Beaufort Swan, ¿verdad?

Parecía demasiado amable, la típica chica miembro del club de ajedrez.

—Beau —le corregí. En un radio de tres sillas, todos se volvieron para mirarme.

—¿Dónde tienes la siguiente clase? —preguntó.

Tuve que comprobarlo con el programa que tenía en la mochila.

—Eh… Historia, con Jefferson, en el edificio seis.

Mirase donde mirase, había ojos curiosos por doquier.

—Voy al edificio cuatro, podría mostrarte el camino —demasiado amable, sin duda—. Me llamo Erica —añadió.

Sonreí con timidez.

—Gracias.

Recogimos nuestros abrigos y nos adentramos en la lluvia, que caía con más fuerza. Varias personas parecían seguirnos lo bastante cerca para escuchar a hurtadillas o algo así. Esperaba no estar volviéndome paranoico.

—Bueno, es muy distinto de Phoenix, ¿eh? —preguntó.

—Mucho.

—Allí no llueve a menudo, ¿verdad?

—Tres o cuatro veces al año.

—Vaya, no me lo puedo ni imaginar —reflexionó.

—Hace mucho sol —le expliqué.

—No se te ve muy bronceado.

—Es la sangre albina de mi madre.

Me miró con aprensión. Solté un gruñido. No parecía que las nubes y el sentido del humor encajaran demasiado bien. Después de estar varios meses aquí, habría olvidado cómo emplear el sarcasmo.

Pasamos junto a la cafetería de camino hacia los edificios de la zona sur, cerca del gimnasio. Erica me acompañó hasta la puerta, aunque la podía identificar perfectamente.

—En fin, suerte —dijo cuando rocé el picaporte—. Tal vez coincidamos en alguna otra clase.

Parecía esperanzada. Le dediqué una sonrisa —que confiaba en que no comprometiera a nada— y entré.

El resto de la mañana transcurrió igual. Mi profesora de Trigonometría, la señora Varner, quien de todos modos no me habría caído bien por la asignatura que enseñaba, fue la única que me obligó a permanecer delante de toda la clase para presentarme a mis compañeros. Balbuceé, se me llenó la cara de manchas rojas y tropecé con mis propias botas al volver a mi pupitre.

Después de dos clases, empecé a reconocer varias caras en cada aula. Siempre había alguien con más coraje que los demás que se presentaba y me preguntaba si me gustaba Forks. Procuré actuar con diplomacia, pero por lo general mentí mucho. Al menos, no necesité el plano.

En todas las asignaturas, los profesores empezaban llamándome Beaufort, y aunque yo los corregía inmediatamente, era deprimente. Había tardado años en superar lo de Beaufort: muchísimas gracias, abuelo, por

morirte unos cuantos meses antes de que naciera y hacer que mi madre se sintiera obligada a honrar tu memoria. En casa, ya nadie se acordaba de que Beau solo era un diminutivo. Ahora tenía que empezar otra vez de cero.

Un chico se sentó a mi lado tanto en clase de Trigonometría como de Español, y me acompañó a la cafetería para almorzar. Era muy bajito, ni siquiera me llegaba al hombro, pero casi alcanzaba mi estatura gracias a su oscura melena de rizos alborotados. No me acordaba de su nombre, por lo que me limité a sonreír mientras parloteaba sobre los profesores y las clases. Tampoco intenté comprenderlo todo.

Nos sentamos al final de una larga mesa con varios de sus amigos, a quienes me presentó. Se me olvidaron los nombres de todos en cuanto los pronunció. Parecían pensar que era guay que me hubiera invitado. La chica de la clase de Lengua y Literatura, Erica, me saludó desde el otro lado de la sala, y todos se rieron. Ya me había convertido en el hazmerreír del grupo. Probablemente, había batido mi propio récord. Pero ninguno parecía tener malas intenciones.

Y allí estaba, sentado en el comedor, intentando entablar conversación con siete desconocidos llenos de curiosidad, cuando los vi por primera vez.

Estaban sentados en un rincón de la cafetería, en la otra punta de donde yo me encontraba. Eran cinco. No conversaban ni comían pese a que todos tenían delante una bandeja de comida. No me miraban de forma estúpida como casi todos los demás, por lo que no había peligro en mirarlos fijamente. Pero no fue eso lo que atrajo mi atención.

No se parecían lo más mínimo a ningún otro estudiante.

Me di cuenta de que una de las tres chicas era muy alta, incluso sentada, quizá tan alta como yo: sus piernas parecían no tener fin. Tenía aspecto de capitana del equipo de voleibol, y estaba bastante seguro de que a nadie le gustaría tener que enfrentar uno de sus ataques. Tenía el cabello oscuro y rizado, recogido en una coleta despeinada.

Otra lucía una melena color miel hasta los hombros: no era tan alta como la morena, pero probablemente era más alta que la mayoría de los chicos sentados en mi mesa. Transmitía algo intenso, osado. Resultaba un poco raro, pero por algún motivo me recordó a la actriz de una película de acción que había visto unas cuantas semanas atrás, y que había liquidado a

una docena de tipos usando un machete. Recuerdo haber pensado que aquello no era creíble, que era imposible que aquella actriz se hubiera enfrentado a tantos tipos malos y hubiera ganado. Pero ahora pensaba que sí que hubiera sido verosímil si el personaje lo hubiera interpretado *aquella* chica.

La última era la más bajita, con un pelo a caballo entre el pelirrojo y el castaño, pero distinto a cualquiera de los dos tonos, con una especie de reflejo metalizado, tirando al cobre. Parecía más joven que las otras dos, que fácilmente podrían haber estado en la universidad.

Los dos chicos eran polos opuestos. El más alto —que lo era más que yo, supuse que llegaría por lo menos a los dos metros diez, o quizá más— era claramente el atleta estrella del instituto. Y el rey del baile de graduación. Y el chico que siempre tenía prioridad para usar el aparato que quisiera en la sala de pesas. Llevaba el cabello, liso y dorado, recogido en un moño en la nuca, pero el peinado no tenía nada de femenino: de alguna manera le daba un aspecto más viril incluso. Era, a todas luces, demasiado para aquel instituto, o para cualquier otro en que pudiera pensar.

El chico más bajito era nervudo, y tenía el pelo tan corto que era apenas una sombra sobre su cráneo.

Eran muy distintos y, aun así, todos se parecían muchísimo. Eran blancos como la cal, los estudiantes más pálidos de cuantos vivían en aquel pueblo sin sol. Más pálidos que yo, que soy albino. Todos tenían ojos muy oscuros —desde donde yo me encontraba parecían negros— a pesar de la diferente gama de tonos de los cabellos, y ojeras malvas, sombras de color púrpura, como si fueran moratones. Quizá los cinco se hubieran pasado la noche en blanco. O quizá se estuvieran recuperando de una rotura de nariz. Aunque sus narices, al igual que el resto de sus facciones, eran rectas, perfectas, simétricas.

Pero nada de eso era el motivo por el que no conseguía apartar la mirada.

Continué mirándolos porque sus rostros, tan diferentes y tan similares al mismo tiempo, eran de una belleza inhumana y devastadora. Tanto las chicas como los chicos eran hermosos. Eran rostros como nunca esperas ver, excepto tal vez en las páginas retocadas de una revista de moda o en

una valla publicitaria. O en un museo, pintadas por un artista antiguo, como el semblante de un ángel. Costaba creer que fueran reales.

Decidí que la más guapa de todos era la chica más baja, la del pelo color cobre, aunque me imaginaba que la mitad femenina del cuerpo de estudiantes votaría por el chico rubio que parecía una estrella de cine. Pero se estarían equivocando. Es decir, todos eran espectaculares, pero aquella chica tenía algo que iba más allá de la hermosura. Me hizo sentir una molestia en el estómago.

Los cinco desviaban la mirada los unos de los otros, también del resto de los estudiantes y de cualquier cosa hasta donde pude colegir. Me recordaban a modelos posando artísticamente para un anuncio, con cierto aburrimiento estético. Mientras los observaba, el chico enjuto de la cabeza rapada se levantó con la bandeja —el refresco sin abrir, la manzana sin morder— y se alejó con un trote grácil, veloz, propio de un corcel desbocado. Los observé y me pregunté si habría una compañía de danza en la ciudad, hasta que vació su bandeja y se deslizó por la puerta trasera a una velocidad superior a lo que habría considerado posible. Miré rápidamente a los demás, que no se habían movido.

—¿Quiénes son esos? —pregunté al chico de la clase de Español, cuyo nombre se me había olvidado.

Y de repente, mientras él alzaba los ojos para ver a quiénes me refería, aunque probablemente ya lo intuía por mi tono de voz, la que era perfecta nos miró. Durante una fracción de segundo se fijó en mi vecino, y después sus ojos oscuros se posaron sobre los míos. Ojos grandes, curvados en las comisuras, de espesas pestañas.

Ella desvió la mirada rápidamente, aún más deprisa que yo, aunque yo lo hice en cuanto vi que nos observaba. Notaba las manchas rojas empezando a florecer en mi rostro. En aquella mirada furtiva su rostro no denotaba interés, era como si mi compañero hubiera pronunciado su nombre y ella, pese a haber decidido no reaccionar previamente, hubiera levantado los ojos en una involuntaria respuesta.

El chico que estaba a mi lado soltó una risa incómoda y fijó la vista en la mesa, igual que yo.

Murmuró en voz muy baja:

—Son los Cullen y los Hale. Edith y Eleanor Cullen, Jessamine y Royal Hale. El que se acaba de marchar se llama Archie Cullen; todos viven con la doctora Cullen y su marido.

Miré de soslayo a la chica guapa, que ahora contemplaba su bandeja mientras desmigajaba una rosquilla con sus largos y níveos dedos. Movía la boca muy deprisa, sin abrir apenas sus carnosos labios. Los otros tres continuaron con la mirada perdida y, aun así, seguía pensando que hablaba en voz baja con ellos.

Nombres raros. Anticuados. Era la clase de nombres que tenían nuestros abuelos, como el mío. Pero tal vez estuvieran de moda aquí, quizá fueran los nombres propios de un pueblo pequeño. Entonces recordé que mi vecino de asiento se llamaba Jeremy, un nombre perfectamente normal. Había dos chicos con ese nombre en mi clase de Historia en Phoenix.

—Son… todos muy guapos.

Vaya una manera de quedarse corto.

—¡Ya te digo! —Jeremy asintió mientras soltaba otra risotada—. Pero están juntos. Royal y Eleanor, Archie y Jessamine. Salen juntos, ¿entiendes? Y viven juntos —rio con malicia y enarcó las cejas con ademán sugerente.

No sé por qué, pero su reacción me hizo querer defenderlos. Quizá porque su comentario había sonado muy moralista. Pero ¿qué podía decir? No sabía nada de ellos.

—¿Quiénes son los Cullen? —pregunté, tratando de cambiar de tono, aunque no de tema—. No parecen parientes… Bueno, quiero decir, parientes cercanos…

—Claro que no. La doctora Cullen es muy joven, tendrá entre veinte y muchos y treinta y pocos. Todos son adoptados. Los Hale, los rubios, son hermanos gemelos, y los Cullen son su familia de acogida.

—Parecen un poco mayores para ser chicos de acogida.

—Ahora sí, Royal y Jessamine tienen dieciocho años, pero han vivido con el señor Cullen desde los ocho. Es su tío o algo parecido.

—Es muy generoso por parte de los Cullen cuidar de todos esos niños siendo tan jóvenes.

—Supongo que sí —admitió Jeremy, muy a su pesar. Me dio la impresión de que, por algún motivo, la doctora y su marido no le caían bien. Por las miradas que lanzaba en dirección a sus hijos adoptivos, supuse que eran celos—: Aunque tengo entendido que la doctora Cullen no puede tener hijos —agregó luego, como si eso hiciera que su obra fuera digna de menor admiración.

Durante toda la conversación, no pude apartar la vista de aquella extraña familia por más de unos pocos segundos. Continuaban mirando las paredes y no habían probado bocado.

—¿Siempre han vivido en Forks? —pregunté. ¿Cómo podía ser que nunca los hubiera visto en alguna de mis visitas durante las vacaciones de verano?

—No. Se mudaron aquí hace dos años, vinieron desde algún lugar de Alaska.

Experimenté una punzada de compasión y alivio. Compasión porque, a pesar de su belleza, eran extranjeros y resultaba evidente que no se les admitía. Alivio por no ser el único recién llegado y, desde luego, no el más interesante.

Una de los Cullen, la chica perfecta, levantó la vista mientras yo los estudiaba y nuestras miradas se encontraron, en esta ocasión con una manifiesta curiosidad. Aparté los ojos inmediatamente y pensé que en los suyos brillaba una expectación sin respuesta.

—¿Quién es la chica de pelo cobrizo? —pregunté.

Intente mirar casualmente en esa dirección, como si solo estuviera examinando la cafetería: ella seguía observándome, pero no con la boca abierta, a diferencia del resto de los estudiantes. Tenía una expresión levemente contrariada que no terminé de entender. Volví a desviar la vista.

—Se llama Edith. Está buenísima, por supuesto, pero no pierdas el tiempo con ella. No sale con nadie. Quizá ninguno de los chicos del instituto le parece lo bastante atractivo —dijo amargamente, y luego gruñó. Me pregunté cuándo lo habría rechazado.

Apreté los labios para ocultar una sonrisa. Entonces la miré de nuevo. Había vuelto el rostro, pero me pareció ver estirada la piel de sus mejillas, como si también estuviera sonriendo.

Los cuatro abandonaron la mesa al mismo tiempo, escasos minutos después. Todos se movían con enorme elegancia, incluso el rubio rey del baile de graduación. Verlos moverse juntos era extraño. Edith no me miró de nuevo.

Permanecí en la mesa con Jeremy y sus amigos más tiempo del que me hubiera quedado de haber estado solo. No quería llegar tarde a mis clases el primer día. Uno de mis nuevos amigos, que me recordó educadamente que se llamaba Allen, tenía, como yo, clase de segundo de Biología a la hora siguiente. Nos dirigimos juntos al aula en silencio. También era tímido.

Nada más entrar en clase, Allen fue a sentarse a una mesa con dos sillas y un tablero de laboratorio con la parte superior de color negro, exactamente igual a las que estaba acostumbrado en casa. Ya compartía la mesa con otro estudiante. De hecho, todas las mesas estaban ocupadas, salvo una. Reconocí a Edith Cullen, que estaba sentada cerca del pasillo central junto a la única silla vacante, por su cabello cobrizo.

El corazón me empezó a latir un poco más rápido de lo habitual.

La miré de forma furtiva mientras avanzaba por el pasillo para hacer las presentaciones necesarias con la profesora y que esta me firmara el comprobante de asistencia. Entonces, justo cuando yo pasaba, se puso rígida en la silla. Su rostro se contrajo en una mueca al mirar en mi dirección, en una expresión muy extraña: era algo que iba más allá de la ira. Era furia, hostilidad. Yo aparté la vista, sorprendido, y me sonrojé otra vez. Tropecé con un libro que había en el suelo y me tuve que aferrar al borde de una mesa. La chica que se sentaba allí soltó una risita.

Tenía razón sobre sus ojos: los tenía negros, negros como carbón.

La señora Banner me firmó el comprobante y me entregó un libro, ahorrándose toda esa tontería de la presentación y de mencionar mi nombre completo. Supe que íbamos a caernos bien. Por supuesto, no le quedaba otro remedio que mandarme a la única silla vacante en el centro del aula. Mantuve la mirada fija en el suelo mientras iba a sentarme junto a ella, ya que la hostilidad de su mirada aún me tenía aturdido.

No alcé la vista cuando deposité el libro sobre la mesa y me senté, pero la vi cambiar de postura al mirar de reojo. Se inclinó en la dirección opuesta, sentándose al borde de la silla. Apartó el rostro como si algo

apestara. Olfateé con disimulo. La camiseta me olía a detergente de lavandería. ¿Cómo podía resultar ofensivo? Aparté mi silla hacia la derecha, dejándole la mayor cantidad de espacio posible, e intenté prestar atención a la profesora.

La clase versó sobre la anatomía celular, un tema que ya había estudiado. De todos modos, tomé apuntes con cuidado, sin apartar la vista del cuaderno.

No me podía controlar y de vez en cuando echaba una miradita a la extraña chica que tenía a mi lado. Esta no relajó aquella postura envarada —sentada al borde de la silla, lo más lejos posible de mí, y con la melena ocultándole la mayor parte de la cara— durante toda la clase. La mano izquierda, crispada en un puño, descansaba sobre el muslo. Se había arremangado la camiseta blanca hasta los codos. Debajo de su piel clara podía verle el antebrazo, sorprendentemente duro y musculoso. No pude evitar fijarme en lo perfecta que tenía la piel. Ni una peca, ni una sola cicatriz.

La lección parecía prolongarse mucho más que las otras. ¿Se debía a que las clases estaban a punto de acabar o porque estaba esperando a que abriera el puño que cerraba con tanta fuerza? No lo abrió. Continuó sentada, tan inmóvil que parecía no respirar. ¿Qué le pasaba? ¿Se comportaba de esa forma habitualmente? Cuestioné mi opinión sobre las críticas de Jeremy durante el almuerzo. Quizá no era tan resentido como había pensado.

No podía tener nada que ver conmigo. No me conocía de nada.

La señora Banner devolvió unos cuantos exámenes cuando la clase estaba a punto de acabar. Me tendió uno para que se lo pasara a la chica. Me fijé inmediatamente en que en el encabezamiento figuraba un cien por cien de resultados correctos… y en que yo había estado deletreando mal su nombre mentalmente. Se llamaba Edythe, no Edith. Nunca lo había visto escrito de aquella manera, pero la verdad es que le quedaba mejor.

Me atreví a mirarla a hurtadillas una vez más y lo lamenté. Me estaba mirando otra vez con esos grandes ojos negros suyos llenos de repugnancia. Mientras me apartaba de ella, cruzó por mi mente una frase: «Si las miradas matasen…».

El timbre sonó en ese momento. Yo di un salto al oírlo y Edythe Cullen abandonó su asiento. Se movía como una bailarina, cada una de las perfectas líneas de su esbelto cuerpo en armonía con las demás, de espaldas a mí, y cruzó la puerta del aula antes de que nadie se hubiera levantado de su silla.

Me quedé petrificado en la silla, contemplando con la mirada perdida cómo se iba. Era realmente violento. Empecé a recoger los bártulos muy despacio mientras intentaba reprimir la confusión y la culpa que me embargaban. ¿Por qué debía sentirme culpable? No había hecho nada malo. ¿Cómo hubiera podido, siquiera? En realidad ni nos habíamos presentado.

—Eres Beaufort Swan, ¿no? —me preguntó una voz femenina.

Al alzar la vista me encontré con una chica guapa, de rostro aniñado y pelo rubio cuidadosamente planchado en una clara cortina. Me dirigió una sonrisa amable. Obviamente, no parecía creer que yo oliera mal.

—Beau —la corregí, con una sonrisa.

—Me llamo McKayla.

—Hola, McKayla.

—¿Necesitas que te ayude a encontrar la siguiente clase?

—Voy al gimnasio, y creo que lo puedo encontrar.

—Es también mi siguiente clase.

Parecía emocionada, aunque no era una gran coincidencia en una escuela tan pequeña.

Fuimos juntos. Hablaba por los codos e hizo el gasto de casi toda la conversación, lo cual fue un alivio. Había vivido en California hasta los diez años, por eso entendía cómo me sentía ante la ausencia del sol. Resultó ser la persona más agradable que había conocido aquel día.

Pero cuando íbamos a entrar al gimnasio me preguntó:

—Oye, ¿le clavaste un lápiz a Edythe Cullen, o qué? Jamás la había visto comportarse de ese modo.

Tierra, trágame, pensé. Al menos no era la única persona que lo había notado y, al parecer, aquel no era el comportamiento habitual de Edythe Cullen. Decidí hacerme el tonto.

—¿Te refieres a la chica que se sentaba a mi lado en Biología? —pregunté sin malicia.

—Sí —respondió—. Tenía cara de dolor o algo parecido.

—No lo sé —le respondí—. No he hablado con ella.

—Es rara —McKayla se demoró a mi lado en lugar de dirigirse al vestuario—. Si hubiera tenido la suerte de sentarme a tu lado, yo sí que hubiera hablado contigo.

Le sonreí antes de cruzar la puerta del vestuario de los chicos. Era amable y parecía que le gustaba, pero eso no bastó para hacerme olvidar lo rara que había sido la última hora.

La entrenadora Clapp, la profesora de Educación Física, me consiguió un uniforme, pero no me obligó a vestirlo para la clase de aquel día. En Phoenix, solo teníamos que asistir dos años a Educación Física. Aquí era una asignatura obligatoria los cuatro años. Mi infierno personal en la Tierra.

Contemplé los cuatro partidillos de voleibol que se jugaban de forma simultánea. Me dieron náuseas al verlos y recordar los muchos golpes que había dado, y recibido, cuando jugaba al voleibol.

Al fin sonó la campana que indicaba el final de las clases. Me dirigí lentamente a la oficina para entregar el comprobante con las firmas. Había dejado de llover, pero el viento era más frío y soplaba con fuerza. Me subí la cremallera de la chaqueta y metí la mano libre en un bolsillo.

Estuve a punto de dar media vuelta e irme cuando entré en la cálida oficina.

Edythe Cullen se encontraba de pie, enfrente del escritorio. Era imposible no reconocer su desgreñado cabello castaño dorado. Al parecer, no me había oído entrar. Me apoyé contra la pared del fondo, a la espera de que el recepcionista calvo pudiera atenderme.

Estaba discutiendo con él con voz profunda y aterciopelada. Capté rápidamente el motivo de la discusión. Intentaba cambiar la clase de Biología de la sexta hora a otra hora, a cualquier otra.

No podía ser por mi culpa. Debía de ser otra cosa, algo que había sucedido antes de que yo entrara en el laboratorio de Biología. La causa de su aspecto contrariado debía de ser otro problema. Era imposible que aquella desconocida sintiera una aversión tan intensa y repentina hacia mí. No era lo suficientemente interesante como para despertar una reacción tan potente.

La puerta se abrió de nuevo y una súbita corriente de viento helado hizo susurrar los papeles que había sobre la mesa y me alborotó el cabello. La recién llegada se limitó a andar hasta el escritorio, depositó una nota sobre el cesto de papeles y salió, pero Edythe Cullen se envaró y se giró —su rostro era ridículamente perfecto, ni una sola imperfección que la hiciera parecer humana— para traspasarme con sus penetrantes ojos llenos de odio. Durante un instante sentí un estremecimiento de verdadero pánico, hasta se me erizó el vello de los brazos. La mirada no duró más de un segundo, pero me heló la sangre en las venas más que el gélido viento. Se giró hacia el recepcionista y rápidamente dijo con voz aterciopelada:

—Bueno, no importa. Ya veo que es imposible. Muchas gracias por su ayuda.

Giró sobre sí misma sin mirarme y desapareció por la puerta.

Me dirigí como un autómata hacia el escritorio —por una vez con el rostro lívido en lugar de colorado— y le entregué el comprobante de asistencia con todas las firmas.

—¿Cómo te ha ido el primer día, hijo? —me preguntó.

—Bien —mentí con voz temblorosa.

No pareció muy convencido.

Era casi el último coche que quedaba en el aparcamiento cuando entré en la camioneta. Me pareció un refugio, el lugar más acogedor de aquel horrendo y húmedo infierno de verdor. Permanecí varios minutos sentado mirando por el parabrisas con la mirada ausente, pero pronto tuve tanto frío que necesité encender la calefacción. Arranqué y el motor rugió. Me dirigí de vuelta a la casa de Charlie, tratando de no pensar en nada.

LIBRO ABIERTO

El día siguiente fue mejor… y peor.

Fue mejor porque no llovió, aunque persistió la nubosidad densa y negra; y más fácil, porque sabía qué podía esperar del día. McKayla se acercó para sentarse a mi lado durante la clase de Lengua y me acompañó hasta la clase siguiente mientras Erica, la que parecía miembro de un club de ajedrez, la fulminaba con la mirada. Me sentí halagado. Nadie me observaba tanto como el día anterior. Durante el almuerzo me senté con un gran grupo que incluía a McKayla, Erica, Jeremy, Allen y otros cuantos cuyos nombres y caras ya recordaba. Empecé a sentirme como si flotara en el agua en vez de ahogarme.

Fue peor porque estaba agotado. El ulular del viento alrededor de la casa no me había dejado dormir. También fue peor porque la señora Varner me llamó en la clase de Trigonometría, aun cuando no había levantado la mano, y di una respuesta equivocada. Rayó en lo espantoso porque tuve que jugar al voleibol y la única vez que no me aparté de la trayectoria de la pelota y la golpeé, esta impactó en la cabeza de dos compañeros de equipo. Y fue peor porque Edythe Cullen no apareció por la escuela.

Durante toda la mañana traté de evitar pensar en la hora del almuerzo, sin ganas de recordar sus miradas llenas de odio. Por un lado, deseaba plantarle cara y exigirle una explicación. Mientras permanecía despierto en la cama llegué a imaginar incluso lo que le diría, pero me conocía demasiado bien para creer que de verdad tendría el coraje de hacerlo. Tal vez si no hubiera sido tan preciosa…

Sin embargo, cuando entré en la cafetería junto a Jeremy —intenté contenerme y no recorrer la sala con la mirada para buscarla, aunque fracasé estrepitosamente— vi a sus cuatro hermanos adoptivos, sentados en la misma mesa, pero ella no los acompañaba.

McKayla nos interceptó en el camino y nos desvió hacia su mesa. Jeremy parecía emocionado por la atención, y sus amigos pronto se reunieron con nosotros. Estaba incomodísimo mientras escuchaba su despreocupada conversación, a la espera de que ella acudiese. Deseaba que se limitara a ignorarme cuando llegara, y demostrar de ese modo que estaba exagerando sin motivo.

Pero no llegó, y me fui poniendo más y más tenso conforme pasaba el tiempo.

Cuando al final del almuerzo no se presentó, me dirigí hacia la clase de Biología con más confianza. McKayla, que empezaba a mostrarse extrañamente un poco, no sé, posesiva conmigo, caminó junto a mí de camino a clase. Dudé un segundo ante la puerta, pero Edythe Cullen tampoco estaba en el aula.

Suspiré y me dirigí a mi asiento. McKayla me siguió sin dejar de hablarme de un próximo viaje a la playa y se quedó junto a mi mesa hasta que sonó el timbre. Entonces me sonrió apesadumbrada y se fue a sentar al lado de un chico con un aparato ortopédico en los dientes y el pelo cortado a tazón.

No quería parecer arrogante, pero estaba bastante seguro de que le gustaba, lo cual me producía una sensación extraña. En Phoenix, las chicas no se fijaban mucho en mí. Me pregunté si yo deseaba gustarle. Era bastante guapa y eso, pero su exceso de atención me hacía sentir un poco incómodo. ¿Por qué? ¿Porque se había fijado en mí en lugar de que yo me fijara en ella? Aquel era un motivo estúpido. Evidenciaba un ego desbocado, como si yo tuviera que elegir primero. Aun así, no era tan estúpido como la otra posibilidad que se me había ocurrido: esperaba de corazón que no fuera por todo el tiempo que me había pasado con los ojos clavados en Edythe Cullen el día anterior, pero me temía que así era. Lo que, en realidad, era una estupidez inmensa. Si mi reacción ante el atractivo

de las chicas empezaba a medirlo en comparación con un rostro como el de Edythe, iba listo. Aquel era un rostro de fantasía, no del mundo real.

Me alegré de tener la mesa para mí solo y de la ausencia de Edythe. Me lo repetí una y otra vez, pero no lograba quitarme de la cabeza la incómoda sospecha de que yo era el motivo de su ausencia. Resultaba ridículo y egoísta creer que yo fuera capaz de afectar tanto a alguien. Era imposible. Y aun así no podía dejar de pensar en ello.

Cuando al fin concluyeron las clases y las manchas rojas resultantes de mi incidente en el partido de voleibol hubieron desaparecido, me enfundé los vaqueros y un jersey grueso y me apresuré a salir del vestuario, feliz de descubrir que, por el momento, había conseguido librarme de McKayla. Me dirigí a toda prisa al aparcamiento, ahora atestado de estudiantes que salían a la carrera. Me subí al coche y busqué en mi mochila para cerciorarme de que tenía todo lo necesario.

Era un secreto a voces que Charlie era incapaz de cocinar otra cosa que no fueran huevos fritos y beicon. La noche anterior le había pedido que me dejara encargarme de las comidas mientras durara mi estancia. Él se mostró dispuesto a cederme la responsabilidad. Una rápida inspección reveló que no tenía comida en la casa, por lo que preparé la lista de la compra, tomé el dinero de un jarrón del aparador que llevaba la etiqueta «dinero para la comida» y ahora iba de camino hacia el supermercado Thriftway.

Puse en marcha aquel motor atronador, hice caso omiso de los rostros que se volvieron en mi dirección y di marcha atrás con mucho cuidado al ponerme en la cola de coches que aguardaban para salir del aparcamiento. Mientras esperaba, intenté fingir que era otro coche el que producía tan ensordecedor estruendo. Vi a los dos Cullen y los gemelos Hale caminando hacia su coche. El flamante Volvo, por supuesto. Me habían fascinado tanto sus rostros que no había reparado antes en el atuendo; pero ahora que me fijaba, era obvio que todos iban vestidos con ropa que probablemente superaba el valor total de las prendas de mi armario. Con lo atractivos que eran, podían haber ido vestidos con bolsas de basura y haberlo convertido en moda. El tener tanto belleza como dinero era pasarse de la raya, pero hasta donde alcanzaba a comprender, la vida, por lo general, solía ser así. Sin embargo, no parecía que la posesión de ambas cosas les hubiera dado

cierta aceptación en el pueblo. Pero no creía que fuera de ese modo. En absoluto. Ese aislamiento debía de ser opción suya, no lograba imaginar ninguna puerta cerrada ante tanta belleza.

Contemplaron mi ruidosa camioneta cuando les pasé, como el resto. Solo que ellos no se parecían al resto. Vi al tipo grande y rubio; debía de ser Royal. O eso creía. Daba igual. Royal tenía la mano apoyada con gesto relajado en la cadera de la chica altísima de melena oscura y rizada, que parecía ser tan asidua a la sala de pesas como él. Debía de ser al menos cinco centímetros más alto que yo, pero solo le sacaba unos dos a ella. Aunque parecía muy seguro de sí mismo, a mí me siguió sorprendiendo que se sintiera cómodo con el gesto. No es que no estuviera buena —porque estaba buenísima— pero no parecía… accesible. Era como si ni siquiera Dwayne Johnson, The Rock, fuera a atreverse a chistarle, no sé si me explico. La chica rubia me sorprendió mirándoles y el modo en que entornó los ojos me impulsó a volver a mirar al frente y pisar el acelerador. La camioneta no ganó velocidad, y solo conseguí que el motor rugiera con más fuerza todavía.

El Thriftway no estaba muy lejos de la escuela, unas pocas calles más al sur, junto a la carretera. Me sentí muy a gusto dentro del supermercado, me pareció normal. En Phoenix era yo quien hacía la compra la mayoría de las veces, por lo que asumí con gusto el hábito de ocuparme de las tareas familiares. El mercado era lo bastante grande como para que no oyera el tamborileo de la lluvia sobre el tejado y me recordara dónde me encontraba.

Al llegar a casa, saqué los comestibles y reordené las alacenas hasta que todo estuvo en un sitio coherente. El sistema de Charlie era absolutamente caótico. Esperaba que a él no le importara, ya que no era un obsesivo compulsivo del orden en la cocina como yo. Cuando estuve satisfecho con la organización, me puse a preparar la cena.

Tengo una especie de sexto sentido con mi madre. Cuando estaba metiendo el filete en adobo en la nevera me di cuenta de que todavía no le había explicado cómo me había ido el día anterior.

Subí las escaleras corriendo de dos en dos y encendí el viejo ordenador de mi habitación. Tardó un minuto en volver a la vida, y luego tuve que esperar a que se conectara. Cuando estuve en línea, vi que tenía tres

mensajes en la bandeja de entrada. El primero parecía del día anterior, de cuando aún estaba viajando.

Beau, escribió mi madre…

Escríbeme en cuanto llegues y cuéntame cómo te ha ido el vuelo. ¿Llueve? Ya te echo de menos. Casi he terminado de hacer las maletas para ir a Florida, pero no encuentro mi blusa rosa. ¿Sabes dónde la puse? Phil te manda saludos.

Mamá

Suspiré y leí el siguiente mensaje. Lo había enviado ocho horas después del primero.

Beau, había escrito…

¿Por qué no me has contestado? ¿A qué esperas?

Mamá

El último era de esa mañana.

Beaufort Swan, si antes de las 17:30 no me has llamado, voy a llamar a Charlie.

Miré el reloj. Aún quedaba una hora, pero mi madre solía adelantarse a los acontecimientos.

Mamá:

Tranquila. Ahora te escribo. No hagas locuras.

Beau

Envié el *mail* y empecé a escribir otra vez, empezando con una mentira.

Mamá:

Todo va fenomenal. Llueve, por supuesto. He esperado a escribirte cuando tuviera algo que contarte. La escuela no es mala, solo un poco repetitiva. He conocido a unos cuantos compañeros muy amables que se sientan conmigo durante el almuerzo.

Tu blusa está en la tintorería. Se supone que la ibas a recoger el viernes.

Charlie me ha comprado una camioneta. ¿Te lo puedes creer?

Es total. Es un poco antigua, pero muy sólida, y eso me conviene, ya me conoces.

Yo también te echo de menos. Pronto volveré a escribir, pero no voy a estar revisando el correo electrónico cada cinco minutos. Respira hondo y relájate. Te quiero.

Beau

Oí que la puerta se abría y me apresuré a bajar las escaleras, sacar del horno las patatas y meter el filete para asarlo.

—¿Beau? —gritó mi padre al oírme en la escalera.

¿Quién iba a ser si no?, me pregunté.

—Hola, papá, bienvenido a casa.

—Gracias.

Colgó el cinturón con la pistola y se quitó las botas mientras yo trajinaba en la cocina. Que yo supiera, jamás había disparado en acto de servicio. Pero siempre la mantenía preparada. De niño, cuando yo venía, le quitaba las balas al llegar a casa. Imagino que ahora me consideraba lo bastante maduro para no matarme por accidente, y no lo bastante deprimido para suicidarme.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó con recelo.

Mi madre solía practicar la cocina creativa, cuando la practicaba, y sus experimentos culinarios no siempre resultaban comestibles. Me sorprendió, y entristeció, que todavía se acordara.

—Filete con patatas —contesté para tranquilizarlo.

Era evidente que estaba fuera de lugar en la cocina, de pie y sin hacer nada, por lo que se marchó con pasos torpes al cuarto de estar para ver la tele mientras yo cocinaba. Creo que así estábamos los dos más cómodos. Preparé una ensalada al mismo tiempo que se hacía el filete y puse la mesa.

Lo llamé cuando estuvo lista la cena y olfateó en señal de apreciación al entrar en la cocina.

—Huele bien, Beau.

—Gracias.

Comimos en silencio durante varios minutos, lo cual no resultaba demasiado violento. A los dos nos gustaba el silencio. En cierto modo,

éramos buenos compañeros de piso.

—Y bien, ¿qué tal el instituto? ¿Has hecho algún amigo? —me preguntó mientras se echaba más.

—Tengo unas cuantas clases con un chico que se llama Jeremy y me siento con sus amigos durante el almuerzo. Y hay una chica, McKayla, que es muy amable. Todos parecen buena gente.

Con una notable excepción.

—Debe de ser McKayla Newton. Una buena chica y una buena familia. Su padre es el dueño de una tienda de artículos deportivos a las afueras del pueblo. Se gana bien la vida gracias a los excursionistas que pasan por aquí.

—¿Conoces a la familia Cullen? —pregunté, tratando de sonar natural.

—¿La familia de la doctora Cullen? Claro. La doctora Cullen es una gran mujer.

—Los hijos… son un poco diferentes. No parece que en el instituto caigan demasiado bien.

El aspecto enojado de Charlie me sorprendió.

—¡Cómo es la gente de este pueblo! —murmuró—. La doctora Cullen es una eminente cirujana que podría trabajar en cualquier hospital del mundo y ganaría diez veces más que aquí —continuó en voz más alta—. Tenemos suerte de que vivan acá, de que su marido quiera quedarse en un pueblecito. Es muy valioso para la comunidad, y esos chicos se comportan bien y son muy educados. Albergué ciertas dudas cuando llegaron con tantos hijos adoptivos. Pensé que habría problemas, pero son muy maduros y no me han dado el más mínimo problema. Y no puedo decir lo mismo de los hijos de algunas familias que han vivido en este pueblo desde hace generaciones. Se mantienen unidos, como debe hacer una familia, se van de acampada cada tres fines de semana… La gente tiene que hablar solo porque son recién llegados.

Era el discurso más largo que había oído pronunciar a Charlie. Debía de molestarle mucho lo que decía la gente.

Di marcha atrás.

—Me parecen bastante agradables, aunque he notado que son muy reservados. Y todos son muy guapos —añadí para hacerles un cumplido.

—Tendrías que ver a la doctora —dijo Charlie, y se rio—. Por fortuna, está felizmente casada. A gran parte del personal del hospital le cuesta concentrarse en su tarea cuando ella anda cerca.

Nos quedamos callados y terminamos de cenar. Recogió la mesa mientras me ponía a fregar los platos. Regresó al cuarto de estar para ver la tele. Cuando terminé de fregar —no había lavavajillas—, subí a hacer los deberes de Matemáticas. Sentí que lo hacía por hábito.

Esa noche fue silenciosa, por fin. Agotado, me dormí enseguida.

El resto de la semana transcurrió sin incidentes. Me acostumbré a la rutina de las clases. Aunque no recordaba todos los nombres, el viernes era capaz de reconocer los rostros de la práctica totalidad de los estudiantes del instituto. En clase de gimnasia los miembros de mi equipo aprendieron a no pasarme el balón. Yo trataba de no interponerme en su camino.

Edythe Cullen no volvió a la escuela.

Todos los días vigilaba la puerta tratando de aparentar que no lo hacía hasta que los Cullen entraban en la cafetería sin ella. Entonces podía relajarme y participar en la conversación que, por lo general, versaba sobre una excursión a La Push Ocean Park para dentro de dos semanas, un viaje que organizaba McKayla. Me invitaron y accedí a ir, más por ser cortés que porque realmente tuviera ganas de ir a la playa. Mi idea de las playas es que deberían ser cálidas y —salvo por lo que respecta al mar— secas.

Cuando llegó el viernes yo ya entraba con total tranquilidad en clase de Biología sin preocuparme de si Edythe aparecería. Hasta donde sabía, había abandonado la escuela. Intentaba no pensar en ella, pero no conseguía reprimir del todo la preocupación de que fuera el culpable de su ausencia, por muy ridículo que pudiera parecer.

Mi primer fin de semana en Forks prosiguió sin acontecimientos dignos de mención. Charlie pasó la mayor parte del tiempo trabajando. Yo escribí a mi madre varios correos electrónicos de fingida jovialidad, avancé en mis deberes y limpié la casa: era evidente que mi trastorno obsesivo compulsivo no le causaba ningún problema a Charlie. El sábado fui a la biblioteca, pero no me molesté en hacerme la tarjeta de socio, porque no tenían nada interesante que no hubiera leído. Pronto tendría que visitar Olympia o Seattle y buscar una buena librería. Me puse a calcular con despreocupación

cuánta gasolina consumiría la camioneta… y el resultado me hizo contraer el rostro en una mueca.

Durante todo el fin de semana cayó una lluvia fina, silenciosa, por lo que pude dormir.

Mucha gente me saludó en el aparcamiento el lunes por la mañana, no recordaba los nombres de todos, pero sonreí a todo el mundo. Aquella mañana hacía más frío, pero por lo menos no llovía. En clase de Literatura, fiel a su costumbre, McKayla se sentó a mi lado. El profesor nos puso un examen sorpresa sobre *Cumbres borrascosas*. Era fácil, sin complicaciones.

En general, a aquellas alturas me sentía mucho más cómodo de lo que había creído. Más satisfecho de lo que hubiera esperado jamás.

Al salir de la clase, el aire estaba lleno de remolinos blancos. Oí a los compañeros dar gritos de júbilo. El viento me cortó la nariz y las mejillas.

—¡Vaya! —exclamó McKayla—. Nieva.

Estudié las pelusas de algodón que se amontaban al lado de la acera y, arremolinándose erráticamente, pasaban junto a mi cara.

—¡Uf!

Nieve. Mi gozo en un pozo. McKayla se sorprendió.

—¿No te gusta la nieve?

—No. Significa que hace demasiado frío incluso para que llueva —obviamente—. Además, pensaba que caía en forma de copos, ya sabes, que cada uno era único y todo eso. Estos se parecen a los extremos de los bastoncillos de algodón.

—¿Es que nunca has visto nevar? —me preguntó con incredulidad.

—¡Sí, por supuesto! —hice una pausa y añadí—: En la tele.

McKayla se rio. Entonces una gran bola húmeda y blanda impactó en su nuca. Nos volvimos para ver de dónde provenía. Sospeché de Erica, que andaba en dirección contraria, en la dirección equivocada para ir a la siguiente clase. Era evidente que McKayla pensó lo mismo, ya que se acuclilló y empezó a amontonar aquella papilla blancuzca.

—Te veo en el almuerzo, ¿vale? —continué andando sin dejar de hablar. Lo último que me apetecía era tener un montón de nieve sucia derritiéndose por mi cuello durante todo el día.

McKayla asintió con la cabeza sin apartar los ojos de la espalda de Erica.

Mantuve el estado de alerta mientras me dirigía a la cafetería con Jeremy, después de la clase de Español. Las bolas de nieve volaban por doquier. Por si acaso, llevaba la carpeta en las manos, listo para emplearla como escudo. Jeremy se rio de mí, pero había algo en la expresión de mi rostro que le desaconsejó lanzarme una bola de nieve.

McKayla nos alcanzó cuando entramos en la sala; se reía con su pelo, que por lo general parecía liso, encrespado por la humedad. Jeremy y ella conversaban animadamente sobre la pelea de bolas de nieve; hicimos cola para comprar la comida. Por puro hábito, eché una ojeada hacia la mesa del rincón. Entonces, me quedé petrificado. La ocupaban cinco personas.

Jeremy me tomó por el brazo.

—¡Eh! ¿Beau? ¿Qué quieres?

Bajé la vista, me ardían las orejas. Me recordé a mí mismo que no había motivo alguno para sentirme cohibido. No había hecho nada malo.

—¿Qué le pasa a Beau? —le preguntó McKayla a Jeremy.

—Nada —contesté. Agarré una botella de refresco y me dirigí al final de la cola.

—¿Es que no tienes hambre? —preguntó Jeremy.

—La verdad es que estoy un poco mareado —dije.

Se apartó unos cuantos pasos de mí.

Aguardé a que tomaran la comida y los seguí a una mesa sin apartar los ojos de esa esquina al fondo de la cafetería.

Bebí el refresco a pequeños sorbos. Tenía un nudo en el estómago. McKayla me preguntó dos veces, con una preocupación que se me antojó exagerada, cómo me encontraba. Le respondí que no era nada, pero especulé con la posibilidad de fingir un poco y escaparme a la enfermería durante la próxima clase.

Ridículo. No tenía por qué huir. ¿Por qué me estaba comportando de un modo tan cobarde? ¿Acaso era tan malo que aquella chica me fulminara con la mirada? No es que fuera a clavarme un puñal, ni nada de eso.

Decidí permitirme una única miradita a la mesa de la familia Cullen. Solo para ver de qué humor estaban.

Mantuve el rostro inclinado hacia el suelo y miré de reojo. Ninguno me estaba mirando. Ladeé levemente la cabeza.

Se reían. Edythe, Jessamine y Eleanor tenían el pelo totalmente empapado por la nieve. Archie y Royal retrocedieron cuando Eleanor se sacudió el pelo chorreante para salpicarlos, dibujando un amplio arco de salpicaduras en la parte delantera de sus chaquetas. Disfrutaban del día nevado como los demás, aunque ellos parecían salidos de la escena de una película, y los demás no.

Pero, aparte de la alegría y los juegos, algo era diferente, y no lograba averiguar qué. Estudié a Edythe con cuidado, comparándola con el recuerdo de la semana anterior. Decidí que su tez estaba menos pálida, tal vez un poco colorada por la pelea con bolas de nieve, y que las ojeras eran menos acusadas. Tenía el cabello más oscuro, mojado y liso, contra la cabeza. Pero había algo más. Se me olvidó disimular que tenía los ojos clavados en ellos mientras intentaba discernir cuál era el cambio.

—Beau, ¿a quién miras? —interrumpió Jeremy.

En ese preciso momento, los ojos de Edythe centellearon al encontrarse con los míos.

Ladeé la cabeza hacia Jeremy, girando también los hombros en dirección a ellos. Jeremy se apartó, sorprendido por mi repentina invasión de su espacio personal. Aunque estuve seguro de que, cuando nuestras miradas se cruzaron, sus ojos no parecían tan enfadados ni asqueados como la última vez que la vi. Simplemente tenían un punto de curiosidad y, de nuevo, cierta insatisfacción.

—Edythe Cullen te está mirando —me dijo Jeremy, curioseando por encima de mi hombro.

—No parece enojada, ¿verdad? —tuve que preguntar.

—No —dijo, confuso por la pregunta, pero inmediatamente sonrió—. ¿Qué has hecho, le has pedido salir?

—¡No! Nunca he hablado con ella. Es solo que… parece que no le agrado demasiado —admití. Mantuve el cuerpo girado en dirección a Jeremy, pero la piel de la nuca se me puso de gallina, como si pudiera notar sus ojos en mi cuello.

—A los Cullen no les gusta nadie… Bueno, tampoco se fijan en nadie lo bastante para que les guste, pero te sigue mirando.

—No la mires —insistí.

Jeremy se rio con disimulo, pero desvió la vista.

McKayla nos interrumpió en ese momento; estaba planificando una épica batalla de nieve en el aparcamiento y nos preguntó si deseábamos participar. Jeremy asintió con entusiasmo. La forma en que miraba a McKayla dejaba pocas dudas, asentiría a cualquier cosa que ella sugiriera. Me callé. Me pregunté cuántos años iba a tener que vivir en Forks para que el agua congelada empezara a parecerme emocionante. Probablemente, muchos más de lo que había planeado quedarme.

Me cuidé de no apartar la vista de mi propia mesa durante lo que restaba de la hora del almuerzo. Ya no parecía que Edythe estuviera planeando asesinarme, así que ir a clase de Biología no debería ser demasiado traumático. Sentí un retortijón de estómago ante la idea de sentarme de nuevo a su lado.

No me apetecía nada que McKayla me acompañara a clase como de costumbre, ya que parecía ser el blanco predilecto de las bolas de nieve, pero, al llegar a la puerta, todos, salvo yo, gimieron al unísono. Estaba lloviendo, y el aguacero arrastraba cualquier rastro de nieve, dejando jirones de hielo en los bordes de las aceras. Me cubrí la cabeza con la capucha y escondí mi sonrisa. Podría ir directamente a casa después de la clase de gimnasia.

McKayla no cesó de quejarse mientras íbamos hacia el edificio cuatro.

Ya en clase, comprobé aliviado que la silla de Edythe seguía vacía. La profesora Banner estaba repartiendo un microscopio y una cajita de diapositivas por mesa. Aún quedaban unos minutos antes de que empezara la clase y el aula era un hervidero de conversaciones. Dibujé unos garabatos de forma distraída en la tapa de mi cuaderno y mantuve los ojos lejos de la puerta.

Oí con claridad cómo se movía la silla contigua, pero continué mirando mi dibujo.

—Hola —dijo una voz tranquila y musical.

Levanté la vista, sorprendido de que me hablara. Se sentaba lo más lejos de mi lado que le permitía la mesa, pero con la silla vuelta hacia mí. Llevaba el pelo húmedo y despeinado, pero, aun así, parecía que acababa de rodar un anuncio. Su rostro perfecto era amable y franco. Una leve sonrisa curvaba sus labios carnosos y rosados, pero sus grandes ojos aún mostraban recelo.

—Me llamo Edythe Cullen —continuó—. No tuve la oportunidad de presentarme la semana pasada. Tú debes de ser Beau Swan.

Estaba confuso y la cabeza me daba vueltas. ¿Me lo había imaginado todo? Ahora se comportaba con gran amabilidad. Tenía que hablar, esperaba mi respuesta, pero no se me ocurría nada normal que contestar.

—¿Cómo sabes mi nombre? —tartamudeé.

Se rio de forma suave.

—Creo que todo el mundo sabe tu nombre. El pueblo entero te esperaba.

Hice una mueca, aunque no me sorprendió demasiado.

—No —insistí como un idiota—. No, me refería a que me has llamado Beau.

Pareció confusa.

—¿Prefieres Beaufort?

—No, no, en absoluto —dije—, pero creo que Charlie, quiero decir, mi padre, debe de llamarme Beaufort a mis espaldas, porque todos me llaman Beaufort —cuanto más trataba de explicarme, más idiota me sentía.

—Oh.

No añadió nada. Violento, desvié la mirada.

Afortunadamente, la señora Banner empezó la clase en ese momento. Intenté prestar atención cuando explicó que íbamos a realizar una práctica. Las diapositivas estaban desordenadas. Teníamos que trabajar en parejas para identificar las fases de la mitosis de las células de la punta de la raíz de una cebolla en cada diapositiva y clasificarlas correctamente. No podíamos consultar los libros. En veinte minutos, la profesora iba a visitar cada mesa para verificar quiénes habían aprobado.

—Empezad —ordenó.

—¿Las damas primero, compañero? —preguntó Edythe.

Alcé la vista y la vi esbozar una sonrisa que le marcó los hoyuelos, tan perfecta que solo pude contemplarla como un tonto.

Edythe enarcó las cejas.

—Ah, sí, claro, adelante —balbucí.

Vi cómo sus ojos se clavaban en las manchas rojas que florecían en mis mejillas. ¿Por qué mi sangre no podía quedarse quietecita en las venas, donde se suponía que tenía que estar?

Apartó la mirada con rudeza, arrastrando de un tirón el microscopio hacia su lado de la mesa.

Estudió la primera diapositiva durante un cuarto de segundo, quizá menos.

—Profase.

Cambió la diapositiva por la siguiente, y entonces se detuvo un momento y alzó los ojos hacia mí.

—¿O querías comprobarlo? —me retó.

—Ah, no, está bien —dije yo.

Escribió con letra clara la palabra «profase» en la primera línea de nuestra hoja de control. Incluso su escritura era perfecta, como si hubiera tomado clases de caligrafía con cálamo, o algo sí. ¿La gente todavía hacía esas cosas?

Apenas miró a través del microscopio para ver la segunda diapositiva, y escribió «anafase» en la segunda línea, dibujando el rabito de la «A» como si fuera calígrafa o estuviera redactando una invitación de boda. Yo tuve que escribir las invitaciones de la boda de mi madre. Imprimí las etiquetas utilizando una sofisticada fuente de texto que no parecía ni la mitad de elegante que la caligrafía de Edythe.

Colocó la tercera diapositiva en su lugar y yo aproveché su concentración para contemplarla. Imaginaba que, desde tan cerca, sería capaz de descubrir en ella alguna imperfección: la sombra de una espinilla, una pestaña caída, un poro… algo. Pero no tenía ni una sola.

De repente, alzó la vista del microscopio y clavó los ojos en la cabecera de la clase, al oír que la señora Banner la llamaba:

—¿Señorita Cullen?

—¿Sí, profesora Banner? —Edythe deslizó el microscopio hacia mí mientras hablaba.

—Tal vez debería brindarle al señor Swan una oportunidad de aprender.

—Por supuesto, señora Banner.

Edythe se giró y me dedicó una mirada que venía a decir: «De acuerdo, inténtalo».

Yo me incliné para observar por la lente. Notaba su mirada clavada en mí —lo que me tenía bien merecido, considerando la forma en que yo la había devorado antes con los ojos—, pero me hizo sentir incómodo, como si un simple giro de cabeza fuera un movimiento muy torpe.

Al menos, la diapositiva no era demasiado complicada.

—Metafase —dije.

—¿Te importa si lo miro? —me preguntó cuando empezaba a quitar la diapositiva. Me tomó la mano para detenerme mientras hablaba. Tenía los dedos fríos como témpanos, como si los hubiera metido en un ventisquero antes de la clase, pero no retiré la mano con brusquedad por ese motivo. Cuando me tocó, la mano me ardió igual que si me hubiera dado una pequeña corriente eléctrica.

—Lo siento —musitó, y retiró la mano de inmediato, pero la mantuvo estirada para alcanzar el microscopio. La miré, un poco mareado, mientras examinaba la diapositiva durante otra minúscula fracción de segundo.

—Metafase —asintió, y empujó el microscopio de nuevo hacia mí.

Intenté cambiar las diapositivas, pero eran muy pequeñas; o quizá mis dedos eran demasiado grandes, y se me terminaron cayendo las dos. Una cayó a la mesa, y otra en el borde, pero Edythe la recogió antes de que pudiera tocar el suelo.

—Ay —resoplé, muerto de vergüenza—. Lo siento.

—Bueno, de todas maneras la última no tiene ningún misterio —declaró ella. Su tono de voz sonaba al borde de la carcajada. Otra vez el objeto de las mofas.

Edythe escribió las palabras «metafase» y «telofase» en las dos últimas líneas de la hoja de control con su escritura caligráfica.

Acabamos antes que todos los demás. Vi cómo McKayla y su compañero comparaban dos diapositivas una y otra vez y cómo otra pareja

abría un libro debajo de la mesa.

Pero eso me dejaba sin otra cosa que hacer, excepto intentar no mirar a Edythe… sin éxito. Bajé la vista. De nuevo me estaba observando con ese punto de frustración en la mirada. De repente identifiqué cuál era la sutil diferencia de su rostro.

—¿Acabas de ponerte lentillas? —le solté sin pensarlo.

Mi pregunta, que no venía a cuento, la dejó perpleja.

—No.

—Vaya —musité—. Te veo los ojos distintos.

Se encogió de hombros y desvió la mirada.

De hecho, estaba seguro de que habían cambiado. No se me había olvidado ni un solo detalle de aquella primera vez que me había fulminado con la mirada como si quisiera verme muerto. Aún recordaba el intenso color negro de sus ojos: un negro que destacaba sobre la tez pálida. Hoy tenían un color totalmente distinto, eran de un ocre extraño, más oscuro que un caramelo, pero con un matiz dorado. No entendía cómo podían haber cambiado tanto a no ser que, por algún motivo, me mintiera respecto a las lentillas. O tal vez Forks me estaba volviendo loco en el sentido literal de la palabra.

Observé que volvía a apretar los puños al bajar la vista.

En aquel momento la señora Banner llegó a nuestra mesa para ver por qué no estábamos trabajando y echó un vistazo a nuestra hoja, ya rellena. Entonces miró con más detenimiento las respuestas.

—En fin, Edythe… —empezó a decir la señora Banner.

—Beau ha identificado tres de las cinco diapositivas —respondió ella antes de que la señora Banner pudiera terminar.

La señora Banner me miró ahora con una expresión escéptica.

—¿Has hecho antes esta práctica de laboratorio? —preguntó.

Sonreí con timidez.

—Con la raíz de una cebolla, no.

—¿Con una blástula de pescado blanco?

—Sí.

La señora Banner asintió con la cabeza.

—¿Estabas en un curso avanzado en Phoenix?

—Sí.

—Bueno —dijo después de una pausa—. Supongo que es bueno que ambos seáis compañeros de laboratorio.

Murmuró algo más mientras se alejaba. Una vez que se fue, comencé a garabatear de nuevo en mi cuaderno.

—Es una lástima, lo de la nieve, ¿no? —preguntó Edythe.

Me pareció que se esforzaba por conversar un poco conmigo. Era como si hubiera escuchado mi conversación con Jeremy durante el almuerzo e intentara demostrar que me equivocaba. Lo cual era imposible. Me estaba volviendo paranoico.

—En realidad, no —le contesté con sinceridad en lugar de fingir que era tan normal como el resto. Seguía intentando librarme de aquella estúpida sensación de sospecha, y no lograba concentrarme en componer una fachada socialmente aceptable.

—A ti no te gusta el frío.

No era una pregunta.

—Tampoco la humedad —le respondí.

—Para ti, debe de ser difícil vivir en Forks —concluyó.

—Ni te lo imaginas —murmuré con desaliento.

Por algún motivo que no pude alcanzar, parecía fascinada con lo que acababa de decir. Su rostro me turbaba de tal modo que intenté no mirarla más de lo que exigía la buena educación.

—En tal caso, ¿por qué viniste aquí?

Nadie me había preguntado eso, no de forma tan directa e imperiosa como ella.

—Es… complicado.

—Creo que voy a poder seguirte —me instó.

Hice una larga pausa y entonces cometí el error de mirar esos relucientes ojos oscuros que me confundían y le respondí sin pensar.

—Mi madre se ha vuelto a casar.

—No me parece tan complicado —discrepó, pero de repente su tono se había suavizado—. ¿Cuándo ha sucedido eso?

—El pasado mes de septiembre —no fui capaz de ocultar la tristeza de mi voz.

—Pero él no te gusta —conjeturó Edythe, todavía con tono amable.

—No, Phil es un buen tipo. Demasiado joven, quizá, pero es buen tipo.

—¿Por qué no te quedaste con ellos?

No entendía su interés, pero me seguía mirando con ojos penetrantes, como si la insulsa historia de mi vida fuera de capital importancia.

—Phil viaja mucho. Es jugador de béisbol profesional —casi sonreí.

—¿Debería sonarme su nombre? —preguntó, y me devolvió la sonrisa.

—Probablemente, no. No juega bien. Solo compite en la liga menor. Pasa mucho tiempo fuera.

—Y tu madre te envió aquí para poder viajar con él —fue de nuevo una afirmación, no una pregunta.

Mis hombros hundidos se enderezaron inmediatamente.

—No, no me envió aquí. Fue cosa mía.

Frunció el ceño.

—No lo entiendo —confesó, y se mostró más frustrada de lo que debería.

Suspiré. ¿Por qué le explicaba todo aquello? Mantuvo la mirada fija en mí, expectante.

—Al principio se quedaba conmigo, pero le echaba mucho de menos. La separación la hacía desdichada, por lo que decidí que había llegado el momento de venir a vivir con Charlie —concluí con voz apagada.

—Pero ahora tú eres desgraciado —señaló.

—¿Y? —repliqué con voz desafiante.

—No parece demasiado justo.

Se encogió de hombros, aunque su mirada todavía era intensa.

Me reí.

—¿Es que no te lo ha dicho nadie? La vida no es justa.

—Creo haberlo oído antes —admitió secamente.

—Bueno, eso es todo —insistí, preguntándome por qué todavía me miraba con tanto interés.

Ladeó la cabeza y sentí sus ojos dorados como un láser penetrando la superficie de mi piel.

—Das el pego —dijo arrastrando las palabras—, pero apostaría a que sufres más de lo que aparentas.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué? —repetí.

—Es que no termino de entenderte, solo es eso.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué quieres hacerlo?

—Muy buena pregunta —musitó en voz tan baja que me pregunté si hablaba consigo misma; pero, después de unos segundos de silencio, comprendí que era la única respuesta que iba a obtener.

Mirarnos el uno al otro era incómodo, pero ella no apartó los ojos. Quería seguir contemplando su rostro, pero me daba miedo que pensara que la miraba tanto porque me pasaba algo raro, así que al final me volví hacia la pizarra. Ella suspiró.

Volví a mirarla, y ella seguía con la vista clavada en mí, pero su expresión era distinta… levemente frustrada, o molesta.

—Lo siento —me apresuré a decir—. ¿Te…? ¿Te molesto?

Ella negó con una sacudida de cabeza y esbozó una media sonrisa, dibujando un único hoyuelo en su rostro.

—No exactamente. Estoy más bien molesta conmigo.

—¿Por qué?

Inclinó la cabeza a un lado.

—Normalmente… se me da bien adivinar lo que piensa la gente. Pero contigo no: supongo que no sé qué esperarme de ti. ¿Te parece divertido?

Mi sonrisa se volatilizó.

—Más bien… inesperado. Mi madre siempre dice que soy un libro abierto. Según ella, se me ven los pensamientos escritos en la frente.

Su sonrisa se desvaneció y clavó sus ojos en los míos, no con furia, como antes, solo muy intensamente. Como si estuviera intentando leer los pensamientos que mi madre veía reflejados en mi rostro. Acto seguido, cambió abruptamente de expresión, y estaba sonriendo de nuevo.

—Supongo que me lo tengo muy creído.

No supe qué responder a eso.

—Eh, ¿perdona?

Edythe rio, y el sonido de su risa fue musical, aunque no se me ocurría con qué instrumento compararlo. Sus dientes eran perfectos y —cómo no—

de un blanco cegador.

La profesora Banner llamó al orden a la clase en ese momento, y me sentí aliviado de tener que volver a centrar mi atención en ella. Conversar casualmente con Edythe era un poco demasiado intenso. Me sentía extrañamente mareado. ¿De verdad acababa de contarle mi aburrida vida a aquella chica extraña y hermosa, que puede que me odiara… o quizá no? Parecía casi demasiado interesada en lo que tenía que contarle. Pero ahora, al mirarla de soslayo, la vi inclinarse de nuevo para poner la máxima distancia entre nosotros y agarrar el borde de la mesa, con las manos tensas.

Traté de fingir atención mientras la señora Banner mostraba las transparencias de la práctica de laboratorio, pero mis pensamientos estaban muy lejos de la clase.

Cuando al fin el timbre sonó, Edythe se apresuró a salir del aula con la misma rapidez y elegancia del pasado lunes. Y, como el lunes pasado, la miré boquiabierto.

McKayla apareció junto a mí casi con la misma rapidez.

—¡Qué rollo! —gimió—. Todas las diapositivas eran exactamente iguales. ¡Qué suerte tener a Edythe como compañera!

—Sí, la verdad es que se defiende bien con la raíz de cebolla.

—Hoy estuvo bastante amable —comentó mientras nos poníamos los impermeables. No parecía demasiado complacida.

Traté de sonar natural y dije:

—Me pregunto qué mosca le picaría el lunes.

No presté ninguna atención a la cháchara de McKayla mientras nos encaminábamos hacia el gimnasio y tampoco mostré mucho interés en clase de Educación Física. McKayla formaba parte de mi equipo ese día y muy amablemente cubrió tanto mi posición como la suya, por lo que pude pasar el tiempo pensando en las musarañas salvo cuando me tocaba sacar a mí. Mis compañeros de equipo sabían que les tocaba apartarse cada vez que me tocaba servir.

La lluvia se había convertido en niebla cuando anduve hacia el aparcamiento, pero a pesar de todo estaba bastante empapado cuando entré en la camioneta. Puse la calefacción lo más fuerte que pude sin que, por una vez, me importase el ruido del motor, que tanto me atontaba.

Miré alrededor antes de dar marcha atrás. Fue entonces cuando me percaté de una figura blanca e inmóvil, la de Edythe Cullen, que se apoyaba en la puerta delantera del Volvo a unos tres coches de distancia y me miraba fijamente. La sonrisa había desaparecido de su rostro, pero también las intenciones asesinas… al menos por el momento. Aparté la vista y metí la marcha atrás tan deprisa que estuve a punto de chocar contra un Toyota Corona oxidado. Fue una suerte para el Toyota que pisara el freno con fuerza. Era la clase de coche que mi camioneta podía reducir a chatarra. Respiré hondo, aún con la vista al otro lado de mi coche, y volví a meter la marcha con más cuidado. Esta vez lo conseguí. Seguía con la mirada hacia delante cuando pasé junto al Volvo, pero juraría que la vi reírse cuando la miré de soslayo.

PRODIGIO

Algo había cambiado cuando abrí los ojos por la mañana.

Era la luz, algo más clara aunque siguiera teniendo el matiz lúgubre propio de un día nublado en el bosque. Comprendí que faltaba la niebla que solía envolver mi ventana.

Me levanté de la cama de un salto para mirar fuera y gruñí.

Una fina capa de nieve cubría el césped y el techo de mi coche, y blanqueaba el camino, pero eso no era lo peor. Toda la lluvia del día anterior se había congelado, recubriendo las agujas de los pinos con diseños delirantes, pero convirtiendo la calzada en una superficie resbaladiza y mortífera. Ya me costaba mucho no caerme cuando el suelo estaba seco; tal vez fuera más seguro que volviera a la cama.

Charlie se había marchado al trabajo antes de que yo bajara las escaleras. En muchos sentidos, vivir con él era como tener mi propia casa y me encontraba disfrutando de la soledad en lugar de sentirme solo.

Engullí un cuenco de cereales y bebí un poco de zumo de naranja a morro. La perspectiva de ir al instituto me emocionaba, y me preocupaba saber que la causa no era el estimulante entorno educativo que me aguardaba ni la perspectiva de ver a mis nuevos amigos. Si no quería engañarme, debía admitir que deseaba acudir al instituto para ver a Edythe Cullen, lo cual era una soberana tontería.

Quizá algunas chicas se mostraran interesadas por la novedad del chico nuevo, pero Edythe no era ni McKayla ni Erica. Era muy consciente de que las ligas en las que jugábamos pertenecían a esferas que ni siquiera se rozaban. Me empezaba a preocupar que contemplar su rostro me creara

expectativas poco realistas que me persiguieran el resto de mi vida. Pasar más tiempo contemplándola —observando cómo se movían sus labios, maravillándome con su piel, escuchando su voz—, no me iba a ayudar, eso desde luego. La verdad es que no terminaba de confiar en ella; ¿por qué me había mentido respecto a sus ojos? Y, por supuesto, aún quedaba por aclarar el asunto de que, en un cierto momento, había deseado verme muerto. Por todo eso, no debería estar tan ansioso por verla.

Necesité de toda mi concentración para caminar sin matarme por la acera cubierta de hielo en dirección a la carretera; aun así, estuve a punto de perder el equilibro cuando al fin llegué al coche, pero conseguí agarrarme al espejo y me salvé. Las aceras del instituto iban a ser interesantes aquel día… con un potencial enorme de caer en la humillación.

La camioneta no parecía tener ningún problema en avanzar por la carretera cubierta de hielo ennegrecido, pero aun así conducía muy despacio para no causar una escena de caos en Main Street.

Cuando llegué al instituto y salí del coche, vi el motivo por el que no había tenido percances. Un objeto plateado me llamó la atención y me dirigí a la parte trasera de la camioneta, apoyándome en ella todo el tiempo, para examinar las llantas, recubiertas por finas cadenas entrecruzadas. Charlie había madrugado para poner cadenas a los neumáticos del coche.

Fruncí el ceño, sorprendido de notar un nudo en la garganta. Así no era como se suponía que debían ser las cosas. Probablemente debía de haber sido yo el que se preocupara de poner cadenas a los neumáticos, si hubiera sabido cómo hacerlo. O, al menos, debería haberle ayudado. Él no debería ocuparse de aquellas cosas…

Aunque, en realidad, sí que debería. Él era el padre. Y estaba cuidando de mí, su hijo. Así funcionaba en los libros y en las series de la tele, pero, en lo más hondo, me producía una sensación muy extraña.

Estaba de pie junto a la parte trasera del vehículo, intentando controlar aquella repentina oleada de sentimientos que me embargó al ver las cadenas, cuando oí un sonido extraño.

Era un chirrido fuerte que se convertía rápidamente en un estruendo. Sobresaltado, alcé la vista.

Vi varias cosas a la vez. Nada se movía a cámara lenta, como sucede en las películas, sino que el flujo de adrenalina hizo que mi mente obrara con mayor rapidez, y pudiera asimilar al mismo tiempo varias escenas con todo lujo de detalles.

Edythe Cullen se encontraba a cuatro coches de distancia, boquiabierta de espanto. Su semblante destacaba entre un mar de caras, todas con la misma expresión horrorizada. Una furgoneta azul oscuro patinaba con las llantas bloqueadas chirriando contra los frenos, y dio un brutal trompo sobre el hielo del aparcamiento. Iba a chocar contra la parte posterior de la camioneta, y yo estaba en medio de los dos vehículos. Ni siquiera tendría tiempo para cerrar los ojos.

Algo me golpeó con fuerza, aunque no desde la dirección que esperaba, inmediatamente antes de que escuchara el terrible crujido que se produjo cuando la furgoneta golpeó contra la base de mi coche y se plegó como un acordeón. Me golpeé la cabeza contra el asfalto helado y sentí que algo frío y compacto me sujetaba contra el suelo. Me di cuenta de que estaba tendido en la calzada, detrás del coche color café que estaba junto al mío, pero no tuve ocasión de advertir nada más porque la furgoneta seguía acercándose. Después de raspar la parte trasera de mi camioneta, había dado la vuelta y estaba a punto de aplastarme de nuevo.

—¡Vamos! —dijo, pronunciando las palabras a tal velocidad que casi no las entendí, aunque era imposible no reconocer su voz.

Dos delgadas manos blancas se extendieron frente a mí, y la furgoneta se detuvo vacilante a treinta centímetros de mi cabeza. De forma providencial, ambas manos cabían en la profunda abolladura del lateral de la carrocería de la furgoneta.

Entonces, aquellas manos se movieron con tal rapidez que se volvieron borrosas. De repente, una sostuvo la carrocería de la furgoneta por debajo mientras algo me arrastraba. Empujó mis piernas hasta que toparon con los neumáticos del coche marrón. Con un seco crujido metálico que estuvo a punto de perforarme los tímpanos, la furgoneta cayó pesadamente en el asfalto entre el estrépito de las ventanas al hacerse añicos. Cayó exactamente donde hacía un momento estaban mis piernas.

Reinó un silencio absoluto durante un prolongado segundo. A continuación, se desencadenaron los gritos. Oí a más de una persona que me llamaba en el repentino caos que se desató a continuación, pero en medio de todo aquel griterío escuché con mayor claridad la voz suave y desesperada de Edythe Cullen que me hablaba al oído.

—¿Beau? ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

Mi propia voz me resultaba extraña. Intenté incorporarme y entonces me percaté de que me apretaba contra su costado. Debía de estar más traumatizado de lo que pensaba, porque me percaté de que no podía liberarme de su brazo de ninguna manera. ¿Me habría debilitado la conmoción?

—Ve con cuidado —dijo mientras intentaba soltarme—. Creo que te has dado un buen porrazo en la cabeza.

Sentí un dolor palpitante encima del oído izquierdo.

—¡Ay! —exclamé, sorprendido.

—Tal y como pensaba…

A mí no me hacía ninguna gracia, pero daba la sensación de que ella estuviera intentando no reírse con todas sus fuerzas.

—¿Cómo demo…? —me paré para aclarar las ideas y orientarme—. ¿Cómo llegaste aquí tan rápido?

—Estaba a tu lado, Beau —dijo; el tono de su voz volvía a ser serio.

Quise incorporarme, y esta vez me lo permitió y se alejó cuanto le fue posible en aquel estrecho lugar. Contemplé la expresión inocente de su rostro, lleno de preocupación. Sus ojos dorados me desorientaron de nuevo. ¿Qué era lo que acababa de preguntarle?

Nos localizaron enseguida. Había un gentío con lágrimas en las mejillas gritándose entre sí, y gritándonos a nosotros.

—No te muevas —ordenó alguien.

—¡Sacad a Taylor de la furgoneta! —chilló otra persona.

El bullicio nos rodeó. Intenté ponerme en pie, pero la mano fría de Edythe me detuvo.

—Quédate ahí por ahora.

—Pero hace frío —me quejé. Me sorprendió cuando se rio quedamente, pero con un tono irónico—. Estabas allí, lejos —me acordé de repente, y dejó de reírse—. Te encontrabas al lado de tu coche.

Su rostro se endureció.

—No, no es cierto.

—Te vi.

A nuestro alrededor reinaba el caos. Oí las voces graves de los adultos, que acababan de llegar, pero solo prestaba atención a nuestra discusión. Yo tenía razón y ella iba a reconocerlo.

—Beau, estaba contigo, a tu lado, y te quité de en medio.

Me miró, y sucedió algo extraño. Era como si el dorado de sus ojos se hubiera encendido, como si sus ojos me estuvieran anestesiando, hipnotizándome. Resultaba abrumador de un modo extraño y excitante. Pero su expresión denotaba ansiedad. Pensé que estaba intentando comunicarme algo crucial.

—Pero eso no ha sido lo que ha pasado —dije débilmente.

El dorado de sus ojos centelleó.

—Por favor, Beau.

—¿Por qué? —inquirí.

—Confía en mí —me rogó.

Entonces oí las sirenas.

—¿Prometes explicármelo todo después?

—Muy bien —dijo con brusquedad, repentinamente exasperada.

—De acuerdo —murmuré, incapaz de procesar sus cambios de humor y tratar de asimilar lo que había pasado a la vez. ¿Qué se supone que debía pensar, cuando lo que recordaba era algo imposible?

Se necesitaron seis técnicos de urgencias y dos profesores, la señora Varner y la entrenadora Clapp, para desplazar la furgoneta de forma que pudieran pasar las camillas. Edythe insistió en que ella estaba ilesa y yo intenté imitarla, pero se apresuró a contradecirme. Les dijo que había sufrido un golpe en la cabeza y lo agravó, haciendo que sonara peor de lo que era, pronunciando palabras como «contusión cerebral» y «hemorragia». Quise morirme cuando me pusieron un collarín. Parecía que todo el instituto estaba allí, mirando con gesto adusto, mientras me introducían en

la parte posterior de la ambulancia. Dejaron que Edythe fuera delante. Fue mil veces más humillante de lo que había imaginado que sería aquel día, y ni siquiera había pisado la acera.

Para terminar de empeorar las cosas, el jefe de policía Swan llegó antes de que pudieran alejarme de allí para ponerme a salvo.

—¡Beau! —gritó con pánico al reconocerme en la camilla.

—Estoy perfectamente, Char… papá —dije con un suspiro—. No me pasa nada.

Se giró hacia el técnico más cercano en busca de una segunda opinión. Mientras él trataba de tranquilizarlo, los ignoré y me detuve a analizar el revoltijo de imágenes absurdas que se agolpaban en mi mente, de imágenes imposibles. Cuando me alejaron del coche en camilla, había visto una abolladura profunda en el parachoques del coche marrón. Encajaba a la perfección con el contorno de los hombros de Edythe…, como si se hubiera apoyado contra el vehículo con fuerza suficiente para dañar el bastidor metálico.

Y luego estaba la familia de Edythe, que nos miraba a lo lejos con una gama de expresiones que iban desde la reprobación (Eleanor) hasta la ira (Royal), pero no había el menor atisbo de preocupación por la integridad de su hermana.

Rememoré la sensación de estar prácticamente volando por los aires… Aquella masa sólida que me había lanzado al suelo… La mano de Edythe bajo el chasis de la camioneta, como si la estuviera levantando del suelo…

Intenté hallar una solución lógica que explicara lo que acababa de ver. Lo único que se me ocurría era que estaba sufriendo un ataque psicótico. No tenía la sensación de estar loco, pero quizá la gente loca siempre se sintiera cuerda.

La policía escoltó a la ambulancia hasta el hospital del condado, por descontado. Me sentí ridículo todo el tiempo que tardaron en bajarme, y ver a Edythe cruzar majestuosamente las puertas del hospital por su propio pie empeoraba las cosas.

Me condujeron hasta la sala de urgencias, una gran habitación con una hilera de camas separadas por cortinas de colores claros. Una enfermera me tomó la tensión y me puso un termómetro debajo de la lengua. Dado que

nadie se molestó en correr las cortinas para concederme un poco de intimidad, decidí que no estaba obligado a llevar aquel vergonzoso collarín por más tiempo. En cuanto se fue la enfermera, desabroché el velcro rápidamente y lo tiré debajo de la cama.

Se produjo una nueva conmoción entre el personal del hospital. Trajeron otra camilla hacia la cama contigua a la mía. Reconocí a Taylor Crowley, de mi clase de Historia, debajo de los vendajes ensangrentados que le envolvían la cabeza. Tenía un aspecto cien veces peor que el mío, pero me miró con ansiedad.

—¡Beau, lo siento mucho!

—Estoy bien, Taylor, pero tú tienes un aspecto horrible. ¿Cómo te encuentras?

Las enfermeras empezaron a desenrollarle los vendajes manchados mientras hablábamos, y quedaron al descubierto una decena de cortes por toda la frente y la mejilla izquierda.

Taylor no prestó atención a mis palabras.

—¡Pensé que te iba a matar! Iba a demasiada velocidad y entré mal en el hielo…

Hizo una mueca cuando una enfermera empezó a limpiarle la cara.

—No te preocupes; no me alcanzaste.

—¿Cómo te apartaste tan rápido? Estabas allí y luego desapareciste.

—Pues… Edythe me empujó para apartarme de la trayectoria de la camioneta.

Parecía confusa.

—¿Quién?

—Edythe Cullen. Estaba a mi lado.

Como de costumbre, ni siquiera sonaba mínimamente creíble.

—¿Edythe? No la vi… ¡Vaya, todo ocurrió muy deprisa! ¿Está bien?

—Supongo que sí. Anda por aquí cerca, pero a ella no la obligaron a utilizar una camilla.

Sabía que no estaba loco. En ese caso, ¿qué había ocurrido? No había forma de encontrar una explicación convincente para lo que había visto.

Luego me llevaron en silla de ruedas para sacar una placa de mi cabeza. Les dije que no tenía heridas, y estaba en lo cierto. Ni una contusión.

Pregunté si podía marcharme, pero la enfermera me dijo que primero debía hablar con un médico, por lo que quedé atrapado en la sala de urgencias mientras Taylor me acosaba suplicándome disculpas. Siguió implorando perdón por mucho que intenté convencerla de que me encontraba perfectamente. Al final, cerré los ojos y traté de ignorarla.

—¿Estará durmiendo? —preguntó una voz musical. Abrí los ojos de inmediato.

Edythe se hallaba al pie de mi cama, con una expresión que parecía una sonrisa socarrona. La fulminé con la mirada, tratando de recomponer mentalmente el puzle. No tenía el aspecto de una persona capaz de detener la colisión de dos vehículos con sus manos desnudas. Pero la verdad es que tampoco se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

—Oye, Edythe, lo siento mucho… —empezó Taylor.

Edythe alzó la mano para hacerla callar.

—No hay culpa sin sangre —le dijo con una sonrisa que dejó entrever sus blanquísimos dientes. Se sentó en el borde de la cama de Taylor, me miró y volvió a sonreír con suficiencia.

—¿Bueno, cuál es el diagnóstico?

—No me pasa nada, pero no me dejan marcharme —me quejé—. ¿Por qué no te han atado a una camilla como a nosotros?

—Tengo enchufe —respondió—, pero no te preocupes, voy a liberarte.

Entonces entró una doctora y me quedé boquiabierto. Era joven, rubia y más guapa que cualquier estrella de cine. Como si alguien hubiera troceado a Audrey Hepburn, Grace Kelly y Marilyn Monroe, hubiera elegido las mejores partes y las hubiera combinado para crear una diosa. Sin embargo, estaba pálida y parecía cansada, con ojeras bajo sus ojos oscuros. A tenor de lo que me había dicho Charlie, esta debía de ser la madre de Edythe.

—Bueno, joven Swan —dijo la doctora Cullen, con una voz marcadamente seductora—, ¿cómo se encuentra?

—Estoy bien —repetí, ojalá fuera por última vez.

Se dirigió hacia la mesa de luz vertical de la pared y la encendió.

—Las radiografías son buenas —dijo—. ¿Le duele la cabeza? Edythe me ha dicho que se dio un golpe bastante fuerte.

—Estoy perfectamente —repetí con un suspiro mientras lanzaba una rápida mirada inquisitiva a Edythe. Ella esquivó mis ojos.

La médico me examinó la cabeza con sus fríos dedos. Se percató cuando esbocé un gesto de dolor.

—¿Le duele? —preguntó.

—No mucho.

Había tenido jaquecas peores.

Oí una risita, busqué a Edythe con la mirada y vi su sonrisa.

—De acuerdo, su padre se encuentra en la sala de espera. Se puede ir a casa con él, pero debe regresar rápidamente si siente mareos o algún trastorno de visión.

—¿No puedo ir a la escuela? —inquirí al imaginarme los intentos de Charlie por jugar a las enfermeras.

—Hoy debería tomarse las cosas con calma.

Fulminé a Edythe con la mirada.

—¿Puede ella ir a la escuela?

—Alguien ha de darles la buena nueva de que hemos sobrevivido —dijo despreocupadamente.

—En realidad —la corrigió la doctora Cullen— parece que la mayoría de los estudiantes están en la sala de espera.

—Ay… —gruñí.

La doctora Cullen enarcó las cejas.

—¿Quiere quedarse aquí?

—¡No, no! —insistí al tiempo que sacaba las piernas por el borde de la camilla y me levantaba con prisa, con demasiada prisa, porque me tambaleé y la doctora Cullen me sostuvo. Era más fuerte de lo que parecía.

—Me encuentro bien —volví a asegurarle. No merecía la pena explicarle que mi falta de equilibrio no tenía nada que ver con el golpe en la cabeza.

—Tome unas pastillas de Tylenol contra el dolor —sugirió mientras me sujetaba.

—No me duele mucho —insistí.

—Parece que ha tenido muchísima suerte —dijo con una sonrisa mientras firmaba mi informe con una floritura.

—La suerte fue que Edythe estuviera a mi lado —la corregí, mirando con dureza al objeto de mi declaración.

—Ah, sí, bueno —musitó la doctora Cullen, súbitamente ocupada con los papeles que tenía delante. Después, miró a Taylor y se marchó a la cama contigua. Tuve la intuición de que la doctora estaba al tanto de todo—. Lamento decirle que usted se va a tener que quedar con nosotros un poquito más —le dijo a Taylor, y empezó a examinar sus heridas.

Me acerqué a Edythe en cuanto la doctora me dio la espalda.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —murmuré muy bajo. Se apartó un paso de mí, con la mandíbula tensa.

—Tu padre te espera —dijo entre dientes.

Miré a la doctora Cullen y a Taylor, e insistí:

—Necesito hablar contigo a solas.

Me fulminó con la mirada, pero no fue como aquella primera vez, no concentraba tanta intención homicida ni de lejos, así que me limité a esperar. Un segundo después, me dio la espalda y anduvo a trancos por la gran sala. A pesar de que mis piernas son muy largas, casi tuve que correr para seguirla. Se volvió para hacerme frente tan pronto como nos metimos en un pequeño corredor.

—¿Qué quieres? —preguntó molesta.

Su antipatía me intimidó. Las palabras surgieron de mis labios con menos seguridad de la que esperaba:

—Me debes una explicación —le recordé.

—Te salvé la vida. No te debo nada.

Retrocedí ante el resentimiento de su tono.

—¿Por qué te comportas así?

—Beau, te diste un fuerte golpe en la cabeza, no sabes de qué hablas.

Lo dijo de forma cortante.

Su ira tan solo terminó de convencerme de que estaba en lo cierto.

—No me pasa nada en la cabeza.

La intensidad de su mirada aumentó.

—¿Qué quieres de mí, Beau?

—Quiero saber la verdad —dije—. Quiero saber por qué miento por ti.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó bruscamente.

Era más complicado pronunciar las palabras en alto, ya que entonces escuchaba lo loco que sonaba todo. Hizo tambalear mi certeza, pero traté de mantener la voz uniforme y tranquila.

—Todo lo que sé —le contesté de forma atropellada—, es que no estabas cerca de mí, en absoluto, y Taylor tampoco te vio, de modo que no me vengas con eso de que me he dado un golpe muy fuerte en la cabeza. La furgoneta iba a matarnos, pero no lo hizo. Tus manos dejaron abolladuras tanto en la carrocería de la furgoneta como en el coche marrón, pero has salido ilesa. Y luego la sujetaste cuando me iba a aplastar las piernas…

Mi discurso no dejaba de empeorar. No fui capaz de continuar.

Edythe me miró con unos ojos enormes e incrédulos, pero su rostro no era capaz de ocultar la tensión y permanecía a la defensiva.

—¿Crees que aparté a pulso una furgoneta?

Su voz cuestionaba mi cordura, pero tenía algo de impostado. Parecía la típica frase perfecta que pronunciaría un actor consumado: resulta difícil dudar de ella, pero, al mismo tiempo, el encuadre de la pantalla recuerda que nada de lo que está pasando es real.

Me limité a asentir con la cabeza.

Ella sonrió con dureza y dijo en tono de burla:

—Nadie te va a creer, ya lo sabes.

—No se lo voy a decir a nadie.

La sorpresa recorrió su rostro y su sonrisa se desvaneció.

—Entonces, ¿qué importa?

—Me importa a mí —insistí—. No me gusta mentir, por eso quiero tener un buen motivo para hacerlo.

—¿Es que no me lo puedes agradecer y punto?

—Gracias —dije, y me crucé de brazos. Esperando.

—No vas a dejarlo correr, ¿verdad?

—No.

—En tal caso… espero que disfrutes de la decepción.

Me miró con el ceño fruncido y yo le devolví la adusta mirada, sin poder dejar de pensar en lo hermoso que era su enfado. Al final rompí el silencio intentando concentrarme. Corría el peligro de que me distrajera. Era como intentar apartar la vista de un ángel destructor.

—Si pensabas reaccionar así, ¿por qué te molestaste en salvarme?

Se hizo una pausa y durante un breve momento su rostro perfecto fue inesperadamente vulnerable.

—No lo sé —susurró.

Entonces me dio la espalda y se marchó.

Necesité unos minutos antes de poder moverme. Cuando pude andar, me dirigí lentamente hacia la salida que había al fondo del corredor.

La sala de espera superaba mis peores temores. Todos aquellos a quienes conocía en Forks parecían hallarse presentes, y todos me miraban fijamente. Charlie se acercó a toda prisa. Levanté las manos.

—Estoy perfectamente —le aseguré, repentinamente abrumado por aquella situación enloquecida.

—¿Qué dijo el médico?

—La doctora Cullen me ha reconocido, asegura que estoy bien y puedo irme a casa —McKayla y Jeremy y Erica me esperaban y ahora se estaban acercando—. Vámonos —le urgí.

Charlie me rodeó la espalda con un brazo, como si necesitara que me sostuvieran. Me retiré rápidamente hacia la salida. Saludé tímidamente con la mano a mis amigos con la esperanza de que al día siguiente hubieran olvidado lo sucedido.

Pero lo dudaba mucho.

Fue un gran alivio subirme al coche patrulla, era la primera vez que experimentaba esa sensación.

Viajábamos en silencio. Estaba tan ensimismado en mis cosas que apenas era consciente de la presencia de Charlie. Estaba seguro de que esa actitud a la defensiva de Edythe en el pasillo no era sino la confirmación de unos sucesos tan extraños que difícilmente me hubiera creído de no haberlos visto con mis propios ojos.

Cuando llegamos a casa, Charlie habló al fin:

—Eh… Esto… Tienes que llamar a Renée.

Embargado por la culpa, agachó la cabeza. Me espanté.

—¡Se lo has dicho a mamá!

—Lo siento.

Al bajarme, cerré la puerta del coche patrulla con un portazo más fuerte de lo necesario.

Mi madre se había puesto histérica, por supuesto. Tuve que asegurarle que estaba bien por lo menos treinta veces antes de que se calmara. Me rogó que volviera a casa, olvidando que en aquel momento estaba vacía, pero resistir a sus súplicas me resultó mucho más fácil de lo que pensaba. El misterio que Edythe representaba me consumía; aún más, ella me obsesionaba. Tonto. Tonto. Tonto. No tenía tantas ganas de huir de Forks como debiera, como hubiera tenido cualquier persona normal y cuerda.

Decidí que sería mejor acostarme temprano esa noche. Charlie no dejaba de mirarme con preocupación y eso me sacaba de quicio. Me detuve en el cuarto de baño al subir y me tomé tres pastillas de Tylenol. Calmaron el dolor y me fui a dormir cuando este remitió.

Esa fue la primera noche que soñé con Edythe Cullen.

LAS INVITACIONES

En mi sueño reinaba una oscuridad muy densa, y aquella luz mortecina parecía proceder de la piel de Edythe. No podía verle el rostro, solo la espalda, mientras se alejaba de mi lado, dejándome sumido en la negrura. No lograba alcanzarla por más que corriera; no se volvía por muy fuertemente que la llamara. Corría cada vez más desesperado por alcanzarla hasta que la ansiedad me despertó. Era plena noche, pero no pude volver a conciliar el sueño durante un tiempo que se me hizo eterno. Después de aquello, Edythe estuvo en mis sueños casi todas las noches, pero siempre en la distancia, nunca a mi alcance.

El mes siguiente al accidente fue violento, tenso y, al menos al principio, embarazoso.

Me convertí en el centro de atención durante el resto de la semana, lo que fue un auténtico asco. Taylor Crowley fue insoportable, me seguía a todas partes, y no dejaban de ocurrírsele hipotéticas formas de compensarme. Intenté convencerla de que lo único que quería era que olvidara lo ocurrido, sobre todo porque no me había sucedido nada, pero no se daba por vencida. Me seguía entre clase y clase y en el almuerzo se sentaba a nuestra mesa, ahora muy concurrida. A McKayla y Erica no pareció gustarle, se comportaban con ella de forma bastante más hostil que entre ellas mismas, lo cual me llevó a considerar la posibilidad de que hubiera conseguido otra admiradora no deseada. Como si ser el chico nuevo del instituto fuera lo último de lo último.

Nadie pareció preocuparse de Edythe; a ella nadie la seguía ni le pedía su versión de los hechos. Yo siempre la incluía en mi explicación del relato:

la heroína era ella, que me había apartado de la trayectoria de la furgoneta y que había estado a punto de resultar aplastada, pero lo único que comentaba la gente era que no se habían dado cuenta de que estaba allí hasta que se retiró la camioneta.

Me preguntaba a menudo por qué nadie más había visto lo lejos que estaba, al lado de su coche, antes de que me salvara la vida de un modo tan repentino como imposible. Solo se me ocurría una solución posible, y no me gustaba. Debía de ser porque nadie estaba tan pendiente de Edythe como yo. Nadie más la miraba de la forma en que yo lo hacía. Era patético, y un tanto acosador.

La gente solía evitar a Edythe, como siempre lo había hecho. Los Cullen y los Hale se sentaban en la misma mesa, como siempre, sin comer, hablando solo entre sí. Ninguno de ellos me miró ni una sola vez.

Cuando se sentaba a mi lado en clase, tan lejos de mí como le resultaba posible, no parecía ser consciente de que estaba sentado a su lado. Igual que si mi silla estuviera vacía. Solo de forma ocasional, cuando cerraba los puños de repente, con la piel tensa sobre los nudillos, aún más blanca, me preguntaba si realmente me ignoraba tanto como aparentaba.

Tenía muchas ganas de proseguir con la conversación que habíamos comenzado en el pasillo del hospital, y lo intenté al día siguiente del accidente. La última vez que habíamos hablado ella estaba demasiado furiosa. Y, aunque tenía muchas ganas de saber qué había pasado realmente y creía que merecía que me contara la verdad, también sabía que quizá estaba siendo demasiado insistente, teniendo en cuenta que, bueno, ella me había salvado la vida, al fin y al cabo. Y pensaba que no se lo había agradecido como se merecía.

Ya estaba en su silla cuando entré en Biología. No se volvió cuando yo me senté, sino que se limitó a seguir mirando al frente. No dio señales de haberse percatado de mi presencia.

—Hola, Edythe —dije.

Ladeó la cabeza medio centímetro hacia mí, pero mantuvo los ojos clavados en la pizarra. Medio asintió levemente y volvió el rostro en dirección opuesta a mí.

Y ese fue el último contacto que había tenido con ella, aunque todos los días estuviera ahí, a treinta centímetros. A veces, incapaz de contenerme, la miraba a cierta distancia, siempre en la cafetería o en el aparcamiento. Contemplaba cómo sus ojos dorados se oscurecían de forma evidente día a día (y luego, de repente, volvían a ser color miel. Y la lenta progresión volvía a empezar de nuevo), pero en clase no daba más muestras de saber de su existencia que las que ella me mostraba a mí. Me sentía miserable. Y los sueños continuaron.

Edythe lamentaba haberme apartado de la trayectoria de la camioneta de Taylor. No se me ocurría ninguna otra explicación. Claramente, me prefería muerto, y por eso actuaba como si ya lo estuviera.

A pesar de mis mentiras descaradas, el tono de mis correos electrónicos alertó a mi madre. Telefoneó unas cuantas veces para preguntarme si estaba bien. Intenté convencerla de que solo era la lluvia, que me aplanaba.

Al menos, a McKayla le complacía la obvia frialdad existente entre mi compañera de laboratorio y yo. Supongo que le preocupaba que el trauma compartido nos uniera de algún modo. Su confianza aumentó hasta osar sentarse al borde de mi mesa para conversar antes de que empezara la clase de Biología, ignorando a Edythe de forma tan absoluta como ella a nosotros.

Por fortuna, la nieve se fundió después de aquel peligroso día. McKayla quedó desencantada por no haber podido organizar su pelea de bolas de nieve, pero le complacía que pronto pudiéramos hacer la excursión a la playa. No obstante, continuó lloviendo a cántaros y pasaron las semanas.

No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado. La mayoría de los días eran iguales: gris, verde y más gris. Mi padrastro siempre se quejaba de que en Phoenix no hay estaciones, pero, según mi experiencia, en Forks era mucho peor. No tenía ni idea de que la primavera estaba a punto de empezar hasta que una lluviosa mañana me dirigía a la cafetería con Jeremy.

—Eh, Beau —me dijo.

Yo quería salir cuanto antes de debajo de la lluvia, pero Jeremy se movía arrastrando los pies. Reduje el paso para ir a su ritmo.

—¿Qué pasa, Jeremy?

—Me preguntaba si alguien te ha pedido ser su pareja en el baile de primavera. Ya sabes, las chicas eligen.

—Ah. Pues… no.

—Ehhh… Bueno, y ¿quieres…? Quiero decir, ¿crees que McKayla te lo va a pedir?

—Espero que no —respondí, quizá demasiado deprisa.

Jeremy alzó la vista hacia mí, sorprendido.

—¿Por qué no?

—No voy a bailes.

—Ah.

Arrastramos los pies en silencio durante un minuto. Jeremy parecía pensativo. Yo estaba impaciente por huir de la llovizna.

—¿Te importa si se lo digo? —preguntó.

—No. Probablemente sea buena idea. No quiero tener que decirle a nadie que no si no voy a ir.

—De acuerdo.

—¿Cuándo dices que es el baile?

Ya estábamos cerca de la cafetería. Me indicó un póster de color amarillo chillón en el que el baile estaba anunciado. No me había fijado en él hasta aquel momento, pero empezaba a tener los bordes enroscados y desvaídos, como si ya llevara ahí un tiempo.

—El sábado que viene, no; el siguiente.

Supe con bastante certeza que Jeremy había mencionado algo al respecto cuando, a la mañana siguiente, McKayla no se mostró tan dicharachera como solía en clase de Literatura. Durante el almuerzo se sentó lejos tanto de Jeremy como de mí, y no habló mucho con nadie. Tampoco dijo nada cuando fuimos juntos a clase de Biología, pero, como de costumbre, vino a sentarse al borde de mi mesa de laboratorio. Como siempre, era consciente de que Edythe se sentaba lo bastante cerca para tocarla, y tan distante como si fuera una mera invención de mi imaginación.

—Bueno —dijo McKayla, mirando al suelo—, Jeremy me ha dicho que no vas a los bailes.

—Sí, así es.

Entonces me miró con expresión dolida y un poco molesta. Ni siquiera le había dicho que no, y ya me sentía culpable.

—Ah —respondió—. Pensaba que igual se lo estaba inventando.

—Pues…, lo siento, pero no. ¿Por qué se iba a inventar esa historia?

Ella frunció el ceño.

—Creo que quiere que le pida ser mi pareja.

Forcé una sonrisa.

—Deberías. Jeremy es estupendo.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, supongo —entonces, inspiró hondo y me miró a los ojos con una fugaz y nerviosa sonrisa—. ¿Eso de que no bailas cambiaría si yo te lo pidiera?

Con el rabillo del ojo percibí que la cabeza de Edythe se inclinaba repentinamente en dirección a mí. Como si ella también estuviera esperando mi respuesta.

Tardé en responder un poco más de lo que hubiera debido. Me seguía sintiendo culpable, pero en realidad estaba más bien distraído. ¿Estaba Edythe escuchando?

—Eh, no, lo siento.

El rostro de McKayla se descompuso.

—¿Y cambiaría si te lo pidiera otra persona?

¿Se habría percatado Edythe de cómo los ojos de McKayla se habían movido hacia ella?

—No. De todas maneras, da igual. Ese día voy a estar en Seattle —necesitaba salir de la ciudad, y la fecha perfecta para hacerlo era dentro de dos sábados.

—¿Tiene que ser precisamente ese fin de semana? —preguntó McKayla.

—Sí. Pero no te preocupes por mí. Deberías ir con Jeremy. Es mucho más divertido que yo.

—Sí, supongo —masculló, y, abatida, se dio la vuelta para volver a su asiento.

Observé cómo hundía los hombros y me sentí fatal. Cerré los ojos y me froté las sienes con los dedos en un intento de desterrar de mi mente la

alicaída postura de McKayla. La profesora Banner empezó a hablar. Suspiré y abrí los ojos.

Edythe me miraba sin disimulo, aquel habitual punto de frustración de sus ojos negros era ahora aún más perceptible.

Le devolví la mirada, esperando que ella apartara la suya. No lo hizo. Sus ojos permanecieron clavados en los míos, como si estuviera tratando de hallar algo muy importante en su interior. Yo seguí mirándola, completamente incapaz de romper la conexión ni aunque hubiera querido. Me comenzaron a temblar las manos.

—¿Señorita Cullen? —la llamó la profesora, que aguardaba la respuesta a una pregunta que yo no había escuchado.

—El ciclo de Krebs —respondió Edythe; parecía reticente mientras se volvía para mirar a la señora Banner.

Agaché la cabeza, fingiendo mirar el libro, en cuanto los ojos de Edythe me liberaron. Me sorprendió el torrente de emociones que palpitaba en mi interior, y solo porque había tenido a bien mirarme por primera vez en seis semanas. No era normal. Era patético; más que patético, era enfermizo.

Intenté ignorarla con todas mis fuerzas durante el resto de la hora y, dado que era imposible, que al menos no supiera que estaba pendiente de ella. Me volví de espaldas a ella para colocar mis libros cuando al fin sonó la campana, esperando que, como de costumbre, se marchara de inmediato.

—¿Beau?

Su voz no debería resultarme tan familiar, como si la llevara escuchando toda la vida en vez de una hora de vez en cuando desde hacía unas pocas semanas.

Me volví lentamente hacia ella, tratando de no sentir lo que sabía que iba a sentir cuando contemplase aquel rostro tan perfecto. Tenía una expresión cauta cuando al fin me giré hacia ella. La suya era inescrutable. No dijo nada.

—¿Sí? —pregunté.

Ella se limitó a mirarme.

—Entonces… ¿Otra vez vuelves a no hablarme?

—No, en realidad no —dijo, pero sus labios se curvaron en una sonrisa, y sus hoyuelos destellaron.

—De acuerdo… —aparté la mirada, la dirigí hacia mis manos y luego hacia la pizarra. Era difícil concentrarse cuando la miraba, y aquella conversación no tenía demasiado sentido.

—Lo siento —dijo, y en su voz no había atisbo de burla—. Estoy siendo muy grosera, lo sé, pero de verdad que es mejor así.

Volví a mirarla. Su rostro estaba muy serio.

—No sé qué quieres decir.

—Es mejor que no seamos amigos —me explicó—, confía en mí.

Entorné los ojos. Había oído eso antes.

Parecía sorprendida por mi reacción.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó.

—Supongo que… es una lástima que no lo descubrieras antes. Te podías haber ahorrado todo ese pesar.

—¿Pesar? —mi respuesta la pilló con la guardia baja, sin duda—. Pesar ¿por qué?

—Por no dejar que la furgoneta de Taylor me atropellara cuando tuvo oportunidad.

Parecía completamente perpleja. Se me quedó mirando un minuto, con los ojos como platos, y casi parecía enfadada cuando al fin habló:

—¿Crees que me arrepiento de haberte salvado la vida? —pronunció aquellas palabras en voz baja, apenas alzando la voz, pero de un modo muy intenso.

Lancé una miradita rápida a la parte delantera del aula, donde aún quedaban un par de alumnos. Pillé a uno mirándonos. Apartó la mirada y yo me volví hacia Edythe.

—Sí —respondí, en voz igual de baja—. ¿Qué otra explicación hay? Parece bastante evidente.

Hizo un sonido extrañísimo: exhaló a través de los dientes que sonó como el siseo de una serpiente. Todavía parecía enfadada.

—Eres un imbécil —me dijo.

Bueno, había llegado a mi límite.

Ya era bastante malo estar obsesionado con esa chica, pensar en ella constantemente y soñar con ella cada noche. No tenía por qué estar allí sentado como el imbécil que pensaba que era y quedarme mirándola

mientras me insultaba. Cogí mis libros y me incorporé de la silla como impulsado por un resorte, consciente en todo momento de que tenía razón: era un imbécil, porque quería quedarme aunque sabía que lo único que iba a escuchar eran más insultos por su parte. Tenía que salir del aula lo antes posible así que, como no podía ser de otra manera, me tropecé en el umbral y me medio caí a través de la puerta, desperdigando mis libros por todo el pavimento. Me quedé un segundo de pie con los ojos cerrados, considerando la posibilidad de dejarlos donde estaban. Entonces, suspiré y me agaché a recogerlos.

Edythe estaba allí; y ya los había apilado en un montón, que me tendió.

Los recibí sin mirarla realmente.

—Gracias —musité.

—De nada —respondió ella. Aún parecía molesta.

Me enderecé y corrí a clase de Educación Física sin mirar atrás.

La hora de gimnasia no mejoró mi día. Cambiamos de deporte, jugamos a baloncesto. El primer día, aunque todos me habían visto jugar al voleibol, el resto de alumnos pensó que se me debía de dar bien. No tardaron mucho en descubrir la verdad. Ahora nunca me pasaban, lo que estaba bien, pero, con lo mucho que había que correr, me las apañaba para provocar unos cuantos accidentes en cada partido. En lo único que podía pensar era en Edythe.

Como siempre, cuando nos dieron libertad para salir fue un alivio. Me moría de ganas de estar dentro de mi camioneta, a solas. El vehículo estaba en un estado bastante decente, considerando las circunstancias. Había tenido que sustituir las luces traseras, pero nada más. Los padres de Taylor habían tenido que vender la furgoneta por piezas.

Al doblar la esquina, estuvo a punto de darme un infarto. Alguien pequeño y delgado estaba reclinado contra un lateral del coche. Frené en seco y luego respiré hondo. Solo se trataba de Erica. Comencé a andar de nuevo.

—Hola, Erica —la saludé.

—Hola, Beau.

—¿Qué hay? —pregunté mientras abría la puerta. Bajé la mirada hacia la cerradura y busqué a tientas las llaves. Parecía muy incómoda.

—Me preguntaba… si querrías venir al baile conmigo.

Introduje con cuidado la llave.

—Lo siento, Erica, no voy a ir al baile.

Entonces, tuve que mirarla. Estaba cabizbaja, y la melena negra le ocultaba los ojos.

—Ah, bueno.

—No voy a ir porque voy a estar en Seattle —me apresuré a decir en un intento de hacerle sentir mejor—. Es el único día que puedo ir. Así que, bueno, ya sabes. Espero que te diviertas y eso.

Me devolvió la mirada por detrás del pelo.

—De acuerdo —repitió, con voz ligeramente más alegre—. Quizá la próxima vez.

—Claro —acepté, y me arrepentí inmediatamente. No quería que se lo tomara al pie de la letra.

—Nos vemos —me dijo por encima del hombro. Ya estaba escapando. Me despedí con la mano, pero no me vio.

Oí una débil risita.

Edythe pasó andando delante de mi coche, con la vista al frente y unos labios en los que no asomaba ni la sombra de una sonrisa.

Me quedé de piedra durante un segundo. No estaba preparado para estar tan cerca de ella. Me había acostumbrado a prepararme mentalmente antes de Biología, pero aquello era una situación imprevista. Siguió caminando. Abrí la puerta con un brusco tirón, trepé al interior y la cerré detrás de mí con un poco más de fuerza de la necesaria. Aceleré el motor en punto muerto de forma ensordecedora y salí marcha atrás hacia el pasillo. Edythe ya estaba en su automóvil, a dos coches de distancia, deslizándose con suavidad delante de mí, cortándome el paso. Supuse que se había detenido ahí para esperar a su familia. Pude ver a los cuatro tomar aquella dirección, aunque todavía estaban en la otra punta, en la cafetería. Miré por el espejo retrovisor. Comenzaba a formarse una cola. Inmediatamente detrás de mí, Taylor Crowley me saludaba con la mano desde su recién adquirido Sentra de segunda mano. Agaché la cabeza e hice como si no la estuviera viendo.

Oí a alguien llamar con los nudillos en el cristal de la ventana del copiloto mientras permanecía allí sentado, esforzándome con todo mi ser en

mirar a cualquier parte excepto a la conductora que tenía delante. Era Taylor. Confuso, volví a mirar por el retrovisor. Su Sentra seguía en marcha, con la puerta izquierda abierta. Me incliné dentro de la cabina para bajar la ventanilla. Estaba helado hasta el tuétano. Abrí el cristal hasta la mitad y me detuve.

—Lo siento, Taylor. No me puedo mover. Estoy atascado —señalé al Volvo. Estaba claro que no podía hacer nada.

—Oh, lo sé. Solo quería preguntarte algo mientras estábamos aquí bloqueados.

Esbozó una amplia sonrisa.

Pero ¿qué pasaba en este instituto? ¿Era una especie de broma pesada? ¿Confundir al chico nuevo?

—¿Quieres venir al baile de primavera conmigo? —prosiguió.

—No voy a estar en el pueblo, Taylor.

Mi voz sonó un poquito cortante. Intenté recordar que no era culpa suya que McKayla y Erica ya hubieran colmado el vaso de mi paciencia por aquel día.

—Ya, eso me dijo McKayla —admitió.

—Entonces, ¿por qué…?

Se encogió de hombros.

—Tenía la esperanza de que fuera una forma de suavizarle las calabazas.

Vale, eso era totalmente culpa suya.

—Lo siento, Taylor —repliqué, y no me sentí ni la mitad de mal de lo que lo había hecho con McKayla y Erica—. No voy a ir al baile.

—Está bien —dijo sin inmutarse—. Aún nos queda el baile de fin de curso.

Caminó de vuelta a su coche antes de que pudiera decir nada. Notaba las manchas rojas expandiéndose por toda mi cara. Justo delante de mí, Archie, Royal, Eleanor y Jessamine se dirigían al Volvo. Pude ver los ojos de Edythe clavados en mí por el espejo retrovisor. Tenía arruguitas alrededor de las comisuras, y le temblaban los hombros de la risa. Era como si hubiera escuchado todo lo que había dicho Taylor y mi reacción de bochorno le pareciera desternillante. Aceleré el motor en punto muerto,

preguntándome qué destrozos podría hacerles al Volvo y al coche negro que había a su lado si me abría paso a la fuerza para escapar de allí. Estaba bastante seguro de que mi camioneta saldría victoriosa de esa batalla.

Pero ya habían entrado los cuatro y Edythe se alejaba a toda velocidad con su silencioso motor.

Intenté concentrarme en otra cosa —cualquier otra cosa— mientras regresaba conduciendo a casa. ¿Le pediría McKayla a Jeremy que fuera con ella al baile? ¿Me echaría a mí la culpa si no lo hacía? ¿Taylor habría dicho en serio lo del baile de graduación? ¿Qué excusa me podría inventar en ese caso? Quizá podría organizar un viaje para visitar a mi madre, o quizá podría venir ella a verme. ¿Qué iba a preparar de cena? Hacía bastante que no comíamos pollo.

Pero, cada vez que daba respuesta a una de mis preguntas, mi mente volvía a Edythe.

Cuando llegué a casa, se me habían acabado las preguntas, así que desistí de intentar pensar en otra cosa. Decidí hacer enchiladas de pollo para cenar, porque eso me mantendría ocupado un rato y no tenía demasiados deberes que hacer. Pensaba que también me obligaría a mantenerme concentrado en picar: el pollo, los pimientos, la cebolla. Sin embargo, estuve todo el tiempo reviviendo mentalmente la clase de Biología, tratando de analizar cada palabra que me había dicho. ¿A qué se refería con que era mejor que no fuéramos amigos? Sentí un retortijón en el estómago cuando comprendí el significado. Debía de haber visto cuánto me obsesionaba con ella: la verdad es que no me estaba esforzando por ocultarlo, precisamente. No quería darme esperanzas, por lo que no podíamos siquiera ser amigos…, porque no quería herir mis sentimientos como yo había herido los de McKayla y Erica (Taylor parecía haber reaccionado bien). Edythe quería evitar sentir esa culpabilidad. Porque no estaba en absoluto interesada en mí.

Lo que, por supuesto, tenía muchísimo sentido, ya que yo no era ni un poquito interesante.

Me empezaron a escocer los ojos por culpa de las cebollas. Cogí una bayeta, la coloqué debajo del chorro del grifo y me froté los ojos con ella. La verdad es que no sirvió de mucho.

Yo era una persona aburrida: era algo de lo que era consciente. Y Edythe era todo lo opuesto al aburrimiento. No tenía nada que ver con su secreto, fuera cual fuera, si es que yo aún recordaba con claridad algo de aquel disparatado momento. Llegados a aquel punto, ya casi me creía la historia que le había contado a todo el mundo. Tenía mucho más sentido que lo que pensaba que había visto.

Pero Edythe no necesitaba un secreto para jugar en una liga diferente a la mía. Porque, además, era inteligente, y misteriosa y preciosa y absolutamente perfecta. Si de verdad era capaz de levantar una camioneta entera ella sola con una mano, era un dato insignificante. De todas maneras, ella era una fantasía y yo el tipo de realidad más mundana que te puedas encontrar.

Y estaba bien así. Podía dejarla tranquila. La dejaría sola. Soportaría la sentencia que me había impuesto a mí mismo aquí, en el purgatorio; luego, si Dios quería, alguna universidad del sudeste, o tal vez Hawái, me ofrecería una beca. Concentré la mente en playas soleadas y palmeras mientras terminaba la cena.

Charlie parecía receloso cuando percibió el aroma a pimientos verdes al llegar a casa, pero sucumbió al primer bocado. Me producía una sensación extraña, a la par que agradable, comprobar cómo empezaba a confiar en mí en los asuntos culinarios.

Cuando estaba a punto de acabar, le pregunté:

—¿Papá?

—¿Sí?

—Esto… Quería que supieras que voy a ir a Seattle el sábado de la semana que viene…, solo a pasar el día —no quería pedirle permiso, porque era sentar un mal precedente, pero me sentí maleducado, así que añadí—: Si te parece bien.

—¿Por qué?

Parecía sorprendido, como si fuera incapaz de imaginar un motivo por el que alguien quisiera salir de los límites de Forks.

—Bueno, quiero conseguir algunos libros porque la librería local es bastante pequeña, y tal vez mire algo de ropa de abrigo.

Tenía un poco de dinero de sobra, ya que no había tenido que pagar el coche gracias a Charlie, aunque la camioneta requería un presupuesto de gasolina mayor del que había esperado, y la ropa de invierno que había comprado en Phoenix parecía diseñada para gente que nunca había vivido en temperaturas inferiores a los veinte grados centígrados, pero que sabía de oídas que ese tipo de clima existía.

—Lo más probable es que la camioneta consuma mucha gasolina —apuntó, haciéndose eco de mis pensamientos.

—Lo sé. Pararé en Montessano y Olympia, y en Tacoma si fuera necesario.

—¿Vas a ir tú solo?

—Sí.

—Seattle es una ciudad muy grande, te podrías perder —me advirtió.

—Papá, Phoenix es cinco veces más grande que Seattle y sé leer un mapa, no te preocupes.

—¿No quieres que te acompañe?

Me pregunté si realmente se preocupaba por mí, o si simplemente acababa de reparar en que dejarme solo tantos sábados seguidos era una negligencia por su parte. Lo más probable es que estuviera preocupado. Estaba seguro de que en su mente me seguía viendo como un niño de cinco años la mayor parte del tiempo.

—No te preocupes, no va a ser muy interesante.

—¿Estarás de vuelta a tiempo para el baile?

Me quedé mirándolo hasta que lo captó.

No le costó mucho.

—Ah, vale —no había sido de mi madre de quien había heredado mis problemas de equilibrio.

A la mañana siguiente, en el instituto, aparqué lo más lejos que pude del resplandeciente Volvo plateado. Quería mantener las distancias. No volvería a fijarme en ella. De ahí en adelante, no tendría de qué quejarse.

Cuando cerré la puerta de la camioneta de un portazo, se me cayeron las llaves, que salpicaron en un charco cercano. Mientras me agachaba para recogerlas, surgió de repente una mano nívea y las tomó antes que yo. Me erguí bruscamente y a punto estuve de chocar mi cabeza con la suya.

Edythe Cullen estaba a mi lado, recostada como por casualidad contra mi automóvil.

—¿Cómo lo haces? —boqueé.

—¿Hacer qué?

Me tendió las llaves mientras hablaba y las dejó caer en la palma de mi mano cuando las fui a coger.

—Aparecer del aire.

—Beau, no es culpa mía que seas excepcionalmente despistado.

Su voz era apenas un murmullo aterciopelado y pausado, y sus labios reprimían una sonrisa. Como si le pareciera desternillante.

¿Cómo se suponía que iba a ignorarla si ella no me ignoraba a mí? Porque eso era lo que ella quería, ¿verdad? A mí, lejos de su larga melena cobriza. ¿No era eso lo que me había dicho el día anterior? No podíamos ser amigos. Entonces, ¿por qué estaba hablando conmigo? ¿Era una sádica? ¿Aquella era su idea de diversión: torturar a un pobre chico en el que nunca iba a mostrar interés?

Me quedé mirándola, frustrado. Hoy sus ojos volvían a relucir con un tono profundo y dorado como la miel. Mis pensamientos se tornaron confusos y tuve que bajar la mirada. Sus pies estaban a medio palmo de los míos, orientados hacia mí, inmóviles. Como si estuviera esperando una respuesta.

Pasé junto a ella, me encaminé hacia la escuela y dije la primera tontería que se me ocurrió:

—¿A qué vino taponarme el paso ayer noche? Se suponía que fingías que yo no existía.

—Eso fue culpa de Taylor —se rio con disimulo—. Se «moría» de ganas de tener una oportunidad contigo.

Parpadeé.

—¿Qué? —el enfado por el recuerdo del día anterior se manifestó en mi voz. No se me había ocurrido que Edythe y Taylor pudieran ser amigas. ¿Acaso le había pedido Taylor…? No parecía muy probable.

—No finjo que no existas —continuó, ignorando mi réplica.

Mis ojos se encontraron de nuevo con los suyos y traté de mantener la concentración, por muy dorados que parecieran o por mucho que sus largas

pestañas batieran contra sus ojeras violeta claro.

—No sé qué quieres de mí —le dije.

Me enervaba que mis pensamientos parecieran explotar a través de mis labios cuando estaba cerca de ella, como si no tuviera ningún tipo de filtro. Nunca había hablado así con ninguna otra chica.

La media sonrisa divertida desapareció de sus labios y su rostro adoptó una actitud tensa.

—Nada —respondió demasiado deprisa, casi como si estuviera mintiendo.

—Entonces deberías haber dejado que la camioneta me quitara de en medio. Así habría sido más fácil.

Se me quedó mirando un segundo y, cuando respondió, su voz era fría:

—Beau, eres totalmente absurdo.

Debía de estar en lo cierto sobre lo de la tortura. Yo no era más que un pasatiempo en esta ciudad soporífera. Un blanco fácil.

Di una larga zancada y la dejé atrás.

—Espera —gritó, pero me obligué a mí mismo a seguir avanzando y no mirar atrás—. Lo siento. He sido descortés —dijo. No sabía muy bien cómo podía haberme alcanzado y mantenerme el ritmo, ya que mis piernas debían de ser probablemente el doble de largas que las suyas—. No estoy diciendo que no sea cierto, pero, de todos modos, no ha sido de buena educación expresarlo en voz alta.

—¿Por qué no me dejas solo? —refunfuñé.

—Quería pedirte algo, pero me desviaste del tema.

Suspiré y aminoré el paso, aunque no parecía que a ella le costara demasiado seguir mi ritmo.

—Vale —menudo inocente estaba hecho—. ¿Qué quieres?

—Me preguntaba si el sábado de la próxima semana, ya sabes, el día del baile de primavera…

Me detuve y agaché la cabeza para mirarla.

—¿Intentas ser graciosa?

Se me quedó mirando, aparentemente indolente ante la llovizna que caía sobre nosotros. Parecía que no llevaba ni una gota de maquillaje, ya que no tenía ni una mancha, ni nada corrido, en el rostro. Por supuesto, su cara

poseía aquella perfección por naturaleza. Durante un segundo, sentí verdadero enfado: enfado porque tuviera que ser tan hermosa. Enfado porque su hermosura la hiciera cruel. Enfado por ser el objeto de su crueldad y, a pesar de saberlo, de seguir siendo incapaz de apartarme de ella.

La expresión divertida había vuelto a su rostro, y la sombra de sus hoyuelos planeaba sobre sus mejillas.

—Por favor, ¿vas a dejarme terminar? —preguntó.

Aléjate, me dije.

No me moví.

—Te he escuchado decir que vas a ir a Seattle ese día y me preguntaba si querrías dar un paseo.

Aquello no era lo que estaba esperando.

—¿Eh?

—¿Quieres dar un paseo hasta Seattle?

No sabía cómo iba a terminar aquella tomadura de pelo.

—¿Con quién?

—Conmigo, obviamente —articuló cada sílaba como si estuviera hablando con alguien que no entendiera bien su idioma.

—¿Por qué?

¿Dónde estaba el truco?

—Planeaba ir a Seattle en las próximas semanas y, para ser honesta, no estoy segura de que tu camioneta lo pueda conseguir.

Por fin fui capaz de volver a ponerme en marcha, molesto por el insulto que le acababa de dedicar a mi camioneta.

—Ríete de mí todo lo que quieras, pero a mi camioneta déjala en paz.

De nuevo, me siguió el paso con facilidad.

—¿Por qué piensas que me estoy riendo de ti? —me preguntó—. Lo de la invitación va en serio.

—Mi coche va perfectamente, muchísimas gracias por tu preocupación.

—¿Puede llegar gastando un solo depósito de gasolina?

Antes de tener la camioneta, nunca me habían interesado los coches ni lo más mínimo, pero empezaba a notar cómo iba generándose en mi interior cierto prejuicio hacia los Volvos.

—No veo que sea de tu incumbencia.

—El despilfarro de recursos limitados es asunto de todos —dijo con retintín.

—De verdad, Edythe, no te sigo —me recorrió un escalofrío al pronunciar su nombre; odié la sensación—. Creía que no querías ser amiga mía.

—Dije que sería mejor que no lo fuéramos, no que no lo deseara.

—Vaya, gracias, eso lo aclara todo —le repliqué con feroz sarcasmo. Me di cuenta de que había dejado de andar otra vez. Bajé la vista hacia su rostro empapado, limpio y perfecto, y mis pensamientos se frenaron en seco.

—Sería más… prudente para ti que no fueras mi amigo —explicó—, pero me he cansado de alejarme de ti, Beau.

Su rostro no delataba ni pizca de mofa. Sus ojos eran intensos, enarcados, las largas líneas de sus pestañas de un negro intenso contra su piel. Su voz poseía una extraña calidez. Me olvidé hasta de respirar.

—¿Me acompañarás a Seattle? —preguntó con voz todavía ardiente.

Aún era incapaz de hablar, por lo que solo asentí con la cabeza.

Una breve sonrisa recompuso su rostro y luego se volvió seria.

—Deberías alejarte de mí, de veras —me previno—. Te veré en clase.

Giró sobre sus talones y desanduvo rápidamente el camino que habíamos recorrido.

GRUPO SANGUÍNEO

Me dirigí a clase de Lengua aún en las nubes, tal era así que al atravesar la puerta ni siquiera me di cuenta de que la clase había comenzado.

—Gracias por venir, señor Swan —saludó despectivamente la señora Mason.

En mi cara aparecieron manchas rojas por la vergüenza y me dirigí rápidamente a mi asiento.

No me di cuenta hasta el final de la clase de que en el pupitre contiguo no se sentaba McKayla, tal y como solía hacer, y recordé que había herido sus sentimientos. Pero tanto ella como Erica se reunieron conmigo en la puerta como de costumbre, por lo que supuse que terminarían por perdonarme. McKayla parecía volver a ser la misma mientras caminábamos, hablaba entusiasmada sobre el informe del tiempo para el fin de semana. La lluvia exigía hacer una acampada más corta, pero aquel viaje a la playa parecía factible. Intenté parecer tan entusiasmado como ella para maquillar el rechazo del día anterior, pero me di cuenta de que no estaba consiguiendo engañar a ninguna de las dos. Lloviera o no lloviera, tendríamos suerte si la temperatura llegaba a los diez grados. No era precisamente mi idea de un día de playa.

Pasé el resto de la mañana pensando en las musarañas. Resultaba difícil creer que no me lo estaba imaginando: que Edythe realmente me había dicho aquellas palabras y que sus ojos tenían el aspecto que habían tenido al pronunciarlas. Edythe poseía algo que confundía mi sentido de la realidad. Primero había creído verla detener una camioneta tan solo con sus manos, y ahora esto. La alucinación original parecía más verosímil que la posibilidad

de que yo la atrajera de veras a cualquier nivel. Pero ahí estaba, caminando hacia ella con los ojos bien abiertos, y ni siquiera me importaba que su carcajada fuera inminente. En ese momento, parecía un trato justo: que se riera de mí más tarde a cambio de contemplar el aspecto de sus ojos en aquel momento.

Estaba ansioso y nervioso cuando finalmente llegué a la cafetería a la hora del almuerzo. ¿Me ignoraría, como de costumbre? ¿Demostraría algún signo de que la conversación de aquella mañana realmente había sucedido? Escuché a Jeremy dedicándole un porcentaje muy pequeño de mi actividad cerebral. McKayla le había pedido que fuera con ella al baile, e iban a ir con unos cuantos más: Allen y Erica, Logan y Taylor. Creo que gruñí en los momentos necesarios, porque no pareció darse cuenta de la poquísima atención que le estaba prestando.

Mis ojos se dirigieron directamente hacia su mesa en cuanto atravesé el umbral de la puerta, pero la decepción me dio un puñetazo en el estómago. Ahí solo había cuatro personas, y Edythe no era una de ellas. ¿Iba a desaparecer cada vez que sucediera algo relevante?

Claramente, la conversación de aquella mañana solo había sido relevante para mí, ahora estaba seguro.

Se me quitó el hambre. Cogí solo una botella de limonada para tener algo que llevar y seguí a Jeremy mecánicamente en la cola, deseando ser el tipo de alumno que se iría a casa antes de la hora, el tipo de chico al que no le importarían las ausencias injustificadas y las figuras paternas decepcionadas.

—Edythe Cullen te vuelve a mirar —dijo Jeremy. En cuanto pronunció su nombre, me aseguré de prestar atención al cien por cien—. Me pregunto por qué se sienta sola hoy.

Volví bruscamente la cabeza y seguí rápidamente la dirección de su mirada. Edythe estaba sentada en una mesa vacía en el extremo opuesto de la cafetería al que solía sentarse. Sus hoyuelos aparecieron en cuanto se dio cuenta de que había atraído mi atención. Alzó la mano y movió el dedo índice para indicarme que la acompañara. Me guiñó el ojo cuando la miré sin dar crédito a lo que veían mis ojos.

—¿Se refiere a ti? —preguntó Jeremy. Su incredulidad era insultante, pero me daba absolutamente igual.

—Eh…, puede que necesite ayuda con los deberes de Biología —musité —. Creo que debería ir a ver qué quiere.

Pude sentir cómo Jeremy me miraba al alejarme. También noté cómo aquellas horribles manchas rojas trepaban por mi cuello, e intenté tranquilizarme.

Incómodo, me quedé de pie detrás de la silla que había enfrente de Edythe al llegar a su mesa.

—¿Por qué no te sientas hoy conmigo? —me sugirió con una sonrisa.

Lo hice de inmediato, contemplando su expresión. ¿Así terminaba el chiste? Seguía sonriendo. Decidí que me daba igual. Habría hecho cualquier cosa que me permitiera pasar más tiempo con ella.

Me devolvió la mirada, aún sonriente. ¿Quería decirme algo?

—Esto es…, bueno, diferente —conseguí decir, por fin.

—Bueno —dijo, e hizo una pausa. Me di cuenta de que quería decir algo más, así que esperé. El resto de las palabras salieron de forma precipitada, mezclándose unas con otras, así que me llevó un minuto descifrar su significado—. Decidí que, ya puesta a ir al infierno, lo podía hacer del todo.

Seguí esperando, pensando que se explicaría, pero no lo hizo. El silencio se iba volviendo cada vez más incómodo a medida que transcurrían los segundos.

—Sabes que no tengo ni idea de a qué te refieres, ¿verdad?

—Contaba con ello —dijo, y sus ojos se fijaron en algo a mis espaldas —. Creo que tus amigos se han enojado conmigo por haberte raptado.

—Sobrevivirán.

Ella sonrió.

—Aunque es posible que no quiera liberarte.

Tragué saliva y se rio.

—Pareces preocupado —dijo.

—No —me detuve de nuevo para tragar saliva, escuchando cómo se me quebraba la voz—. Pero sí que me sorprende. ¿A qué se debe todo esto? —hice un gesto en dirección a ella y al resto de la mesa vacía.

—Ya te lo dije. Me he hartado de permanecer lejos de ti, por lo que me he rendido.

Su sonrisa se estaba desvaneciendo, y cuando terminó la frase sus ojos estaban serios.

—¿Rendido? —repetí.

—Sí, he dejado de intentar ser buena. Ahora voy a hacer lo que quiero, y que sea lo que tenga que ser.

Su sonrisa desapareció por completo y el tono de su voz se endureció.

—Me he vuelto a perder.

Aquello pareció hacerle gracia.

—Siempre digo demasiado cuando hablo contigo, ese es uno de los problemas.

—No te preocupes… No me entero de nada.

—Como ya te he dicho…, cuento con ello.

Nos quedamos mirando mutuamente durante unos segundos, pero esta vez el silencio no era incómodo. Parecía más bien… electrizado. Mi rostro empezó a encenderse de nuevo.

—Entonces… —dije, apartando los ojos para poder recuperar el aliento —. En cristiano, ¿somos amigos ahora?

—Amigos… —murmuró. Parecía que no era su palabra favorita, precisamente.

—O no —ofrecí la alternativa.

—Bueno, supongo que podemos intentarlo, pero ahora te prevengo que no voy a ser una buena amiga para ti.

Su sonrisa ahora parecía frágil, y la advertencia, sincera.

—Lo repites un montón.

Era curioso cómo me daba vueltas el estómago. ¿Sería porque, después de todo, tenía hambre? ¿O porque me estaba sonriendo? ¿O porque, de repente, confiaba en ella? Me di cuenta de que ella realmente se creía lo que estaba diciendo.

—Sí, porque no me escuchas. Sigo a la espera de que me creas. Si eres listo, me evitarás.

No me quedó más remedio que sonreír, y la contemplé mientras su sonrisa se ensanchaba en respuesta a la mía.

—Creo que ya hemos llegado a la conclusión de que soy un idiota. O absurdo, o algo así.

—Me disculpé… al menos por el segundo insulto. ¿Me perdonarías por el primero? Lo dije sin pensar.

—Sí, claro. No tienes que disculparte.

Ella suspiró.

—¿No?

No sabía qué responder y, de todas maneras, parecía una pregunta retórica. Bajé la vista hacia mis manos, que rodeaban la botella de limonada, sin saber muy bien qué hacer. Era muy raro estar sentado con ella, allí: como si fuéramos dos personas normales. Aunque estaba seguro de que solo uno de nosotros era normal.

—¿Qué piensas? —preguntó.

Alcé la vista. Me estaba mirando de nuevo, con sus curiosos ojos dorados y, como la primera vez que la había visto, con expresión frustrada. De nuevo, mis pensamientos se negaron a pasar por el filtro adecuado.

—Intentaba averiguar qué eres.

Su sonrisa se crispó, como si acabara de apretar los dientes, pero consiguió mantenerla en su sitio.

—¿Y has tenido fortuna en tus pesquisas? —su voz parecía natural, como si realmente no le importara mi respuesta.

Se me calentó el cuello y este se tiñó con un rubor muy poco atractivo (o al menos eso creí). Había pensado un poco en ella durante el último mes, pero las únicas soluciones que se me ocurrían eran completamente ridículas. Me debatía entre Clark Kent y Peter Parker: aquello no tenía sentido ninguno.

Ella ladeó la cabeza y clavó sus ojos en los míos como si estuviera intentando abrirse camino a través de ellos directamente hacia mi cerebro. Sonrió, esta vez de forma sugerente, imposible de resistir.

—¿No me lo quieres decir?

Pero intenté no sucumbir. Ya pensaba que era idiota.

Negué con la cabeza.

—Resulta demasiado embarazoso.

—Eso es realmente frustrante —se quejó.

—¿En serio? —enarqué las cejas—. ¿Frustrante como que alguien rehúse revelar sus pensamientos, sobre todo después de haber efectuado unos cuantos comentarios crípticos especialmente ideados para mantenerme en vela toda la noche, pensando en su posible significado…? ¿Así de frustrante?

Frunció el ceño, y sus labios compusieron un mohín que me distrajo. Me esforcé por mantener la concentración.

—O es frustrante como si hubiera hecho un montón de cosas raras, como salvarte la vida bajo circunstancias imposibles un día y al siguiente tratarte como si fueras un paria, y jamás te explica ninguna de las dos, incluso después de haberlo prometido. ¿Así de frustrante?

Su ceño se arrugó aún más y se convirtió en una profunda mueca.

—Aún no lo has superado, ¿verdad?

—Todavía no.

—¿Serviría de algo que me volviera a disculpar?

—Una explicación sería de más ayuda.

Frunció los labios, miró por encima de mi hombro izquierdo y soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Tu novia piensa que estoy siendo desagradable contigo. Se debate entre venir o no a interrumpir nuestra discusión.

—No tengo novia, y estás intentando cambiar de tema.

Ignoró la segunda mitad de la frase.

—Puede que tú no pienses así en ella, pero así es como ella te ve a ti.

—Eso no puede ser.

—Pues lo es. Te lo dije, me resulta fácil saber qué piensan la mayoría de las personas.

—Excepto yo.

—Sí, excepto tú —sus ojos se dirigieron de nuevo a mí y su mirada se tornó más intensa, como si quisiera perforar la mía—. Me pregunto por qué será.

Tuve que apartar la vista. Me concentré en abrir el tapón de mi botellín de limonada. Di un sorbo y clavé los ojos en la mesa, sin verla.

—¿No tienes hambre? —preguntó.

Me percaté con alivio de que ahora su mirada era menos penetrante.

—No —no me parecía necesario mencionar que no tenía el estómago lo suficientemente apaciguado como para introducir comida en él. Miré el espacio vacío de la mesa delante de ella—. ¿Y tú?

—No. No estoy hambrienta.

No comprendí su expresión, parecía disfrutar de algún chiste privado.

—¿Me puedes hacer un favor? —le pedí, las palabras se escaparon de mi boca antes de darme cuenta de que yo les permitía hacerlo.

De repente, se puso seria.

—Eso depende de lo que quieras.

—No es mucho —le prometí.

Ella esperó con cautela y curiosidad.

—¿Podrías ponerme sobre aviso? ¿La próxima vez que decidas ignorarme? Por mi propio bien, o por lo que a ti te parezca. Únicamente para estar preparado.

Mantuve la vista fija en el botellín de limonada mientras hablaba, recorriendo el círculo de la boca con un dedo.

—Me parece justo.

Apretaba los labios para no reírse cuando alcé los ojos.

—Gracias.

—¿Puedo pedir un favor a cambio? —pidió.

—Claro —ahora era mi turno de parecer curioso. ¿Qué podía querer de mí?

—Cuéntame una teoría.

¡Ahí va!

—Eso no.

—Me prometiste un favor.

—Claro, y tú no has roto ninguna promesa —le recordé.

—Solo una teoría… No me reiré.

—Sí que lo harás.

Estaba seguro de ello.

Bajó la vista y luego me miró con aquellos ardientes ojos dorados a través de sus largas pestañas negras.

—Por favor —respiró al tiempo que se inclinaba hacia mí.

Sin permiso, mi cuerpo se acercó al suyo, como si ella fuera un imán y yo un clip, hasta que su rostro quedó a un palmo del mío. Tenía la mente completamente en blanco.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarármela, y me obligué a recostarme.

—Eh… ¿Qué?

—Cuéntame solo una de tus pequeñas teorías, por favor —ronroneó.

—Pues… Eh… ¿Te mordió una araña radiactiva?

¿También era una hipnotizadora? ¿O era yo un incauto irremediable?

Puso los ojos en blanco.

—Eso no es muy imaginativo.

—Lo siento, es todo lo que tengo.

—Ni siquiera te has acercado —dijo con fastidio.

—¿Nada de arañas?

—No.

—¿Ni un poquito de radiactividad?

—Nada.

—Vaya —murmuré.

—Tampoco me afecta la kryptonita —se rio entre dientes.

—Se suponía que no te ibas a reír, ¿te acuerdas?

Apretó los labios, pero sus hombros se agitaron al tratar de contener la risa.

—Con el tiempo, lo voy a averiguar —murmuré.

Su buen humor desapareció como si hubieran accionado un interruptor.

—Desearía que no lo intentaras.

—¿Cómo no me lo voy a preguntar? Bueno, es que… Eres imposible —no lo dije a modo de crítica: solo era una afirmación. *Eres imposible… porque superas todo lo posible*.

Ella lo entendió así.

—¿Qué pasaría si no fuera una superheroína? ¿Y si fuera la chica mala? —sonrió jovialmente, pero sus ojos parecían cargados de un pesar que yo no era capaz de imaginar.

—Ah, ya veo —dije. Muchas de las cosas que había dicho encajaron de repente—. Ah, bueno.

Aguardó, de repente tensa a causa de la ansiedad. En ese momento dio la sensación de que todos sus muros se derribaban.

—¿Qué significa exactamente «Ah, ya veo»? —preguntó en voz tan baja que era casi un susurro.

Traté de ordenar mis pensamientos, pero la tensión me hizo responder apresuradamente. Pronuncié las palabras sin prepararlas antes.

—¿Eres peligrosa?

Surgió como una pregunta, y mi voz sonaba dubitativa. Era más baja que yo, no mucho mayor de edad, y de complexión delicada. En circunstancias normales, me habría reído al aplicar la palabra «peligrosa» a alguien como ella. Pero ella no era normal, y no había nadie como ella. Recordé la primera vez que me había fulminado con su mirada llena de odio y había sentido verdadero miedo, aunque en aquel momento no entendí su reacción, y pensé que era una tontería apenas unos segundos después. Ahora lo entendía. Bajo la duda, dejando de lado la incongruencia de aplicar el término «peligroso» a su cuerpo esbelto y perfecto, sentía la certeza de aquella noción. El peligro era real, aunque mi mente racional no fuera capaz de encontrarle el sentido. Y ella había estado intentando advertirme desde el principio.

—Peligrosa —murmuré de nuevo, tratando de encontrar un término que aplicar a la persona que tenía frente a mí. Su rostro de porcelana seguía pareciendo vulnerable, sin muros ni secretos. Ahora tenía los ojos muy abiertos, anticipando mi reacción. Parecía estar preparándose para una especie de golpe—. Pero no la villana —susurré—. No, no lo creo.

—Te equivocas.

Su voz apenas era audible. Bajó la vista al tiempo que me arrebataba el tapón de la botella y lo hacía girar entre los dedos. Aproveché para seguir observándola. Hablaba en serio, eso era evidente. Quería que sintiera miedo de ella.

Pero lo que más sentía era… fascinación. Estaba un poco nervioso, claro, al estar tan cerca de ella. Me daba miedo hacer el ridículo. Pero lo único que quería era quedarme allí sentado para siempre, escuchar su voz y contemplar cómo las expresiones cruzaban al vuelo su rostro, a una velocidad mucho mayor de la que yo podía analizarlas.

Y, por supuesto, en ese momento me percaté de que la cafetería estaba casi vacía.

Aparté la silla de la mesa y ella alzó la vista. Parecía… triste. Pero resignada. Aquella era la reacción que había estado esperando.

—Vamos a llegar tarde —dije mientras me tambaleaba para incorporarme.

Durante un segundo pareció sorprendida, y entonces su familiar expresión divertida volvió a su rostro.

—Hoy no voy a ir a clase —dijo mientras daba vueltas al tapón tan deprisa que apenas podía verse.

—¿Por qué no?

Me sonrió, pero sus ojos no terminaban de camuflar su expresión. Aún percibía la ansiedad tras su muro protector.

—Es saludable hacer novillos de vez en cuando —dijo.

—Ah, bueno. Entonces, supongo… ¿que debería irme? —me quedaba otra opción. No me hacía mucha gracia la idea de saltarme las clases, pero si ella me lo pedía…

Concentró su atención en el tapón.

—En ese caso, te veré luego.

Aquello sonaba a despedida, pero no me parecía del todo mal que se despidiera de mí. Tenía muchas cosas en las que pensar, y no era lo que mejor se me daba cuando ella estaba cerca. El primer toque de timbre sonó, y yo corrí hacia la puerta. Me volví para ver que ella no se había movido ni un centímetro, y seguía dando vueltas a la tapa en un círculo, como si no fuera a detenerse nunca.

Mientras me dirigía a clase, casi a la carrera, la cabeza me daba vueltas a mayor velocidad que el tapón del botellín. Me había respondido a pocas preguntas —a ninguna, en realidad, ahora que lo pensaba más detenidamente— en comparación con las muchas que había suscitado.

Tuve suerte. La profesora no había entrado aún en clase cuando llegué, tarde, con el rostro acalorado. Tanto McKayla como Allen no dejaban de mirarme. McKayla parecía resentida y Allen, sorprendida, y un poco intimidada.

Entonces entró en clase la señora Banner y llamó al orden a los alumnos. Hacía equilibrios para sostener en brazos unas cajitas de cartón. Las soltó encima de la mesa de McKayla y le dijo que comenzara a distribuirlas por la clase.

—De acuerdo, chicos, quiero que todos toméis un objeto de la caja.

El sonido estridente de los guantes de goma contra sus muñecas se me antojó de mal augurio.

—El primero contiene una tarjeta de identificación del grupo sanguíneo —continuó mientras tomaba una tarjeta blanca del tamaño de una ficha y la exhibía. En lugar de líneas, tenía marcados cuatro recuadros—. En segundo lugar, tenemos un aplicador de cuatro puntas —sostuvo en alto algo similar a un peine sin dientes—. El tercer objeto es una microlanceta esterilizada —alzó una minúscula pieza de plástico azul y la abrió. La aguja de la lanceta era invisible a esa distancia, pero se me revolvió estómago.

»Voy a pasar con un cuentagotas con suero para preparar vuestras tarjetas, de modo que, por favor, no empecéis hasta que pase yo… —comenzó de nuevo por la mesa de McKayla, depositando con esmero una gota de agua en cada una de las cuatro esquinas—. Luego, con cuidado, quiero que os pinchéis un dedo con la lanceta.

Tomó la mano de McKayla y le punzó la yema del dedo corazón con la punta de la lanceta.

—Ay —se quejó McKayla.

Un sudor viscoso me cubrió la frente y en mis oídos empezó a sonar un débil pitido.

—Depositad una gotita de sangre en cada una de las puntas —la señora Banner hizo una demostración. Apretó el dedo de McKayla hasta que fluyó la sangre. Tragué de forma convulsiva, el estómago se revolvió aún más—. Entonces las aplicáis a la tarjeta del test —concluyó.

Sostuvo en alto la goteante tarjeta roja delante de nosotros para que la viéramos. Cerré los ojos, intenté oír por encima del pitido de mis oídos.

—El próximo fin de semana, la Cruz Roja se detiene en Port Angeles para recoger donaciones de sangre, por lo que he pensado que todos vosotros deberíais conocer vuestro grupo sanguíneo —parecía orgullosa de

sí misma—. Los menores de dieciocho años vais a necesitar un permiso de vuestros padres… Hay hojas de autorización encima de mi mesa.

Siguió cruzando la clase con el cuentagotas. Descansé la mejilla contra la fría y oscura superficie de la mesa, intentando aguantar mientras todo lo que me rodeaba parecía alejarse dando vueltas por un túnel oscuro. Los chillidos, quejas y risitas cuando mis compañeros se ensartaban los dedos con la lanceta sonaban muy lejanos. Inspiré y espiré de forma acompasada por la boca.

—Beau, ¿te encuentras bien? —preguntó la señora Banner. Su voz sonaba muy cerca de mi cabeza. Parecía alarmada.

—Ya sé cuál es mi grupo sanguíneo, señora Banner. Soy O negativo.

No podía abrir los ojos.

—¿Te sientes débil?

—Sí, señora —murmuré mientras en mi fuero interno me daba de bofetadas por no haber hecho novillos cuando tuve la ocasión.

—Por favor, ¿alguien puede llevar a Beau a la enfermería? —pidió en voz alta.

—Yo lo haré.

Aunque sonaba muy lejos, reconocí la voz de McKayla.

—¿Puedes caminar? —preguntó la señora Banner.

—Sí —susurré. *Limítate a dejarme salir de aquí*, pensé. *Me arrastraré.*

Sentí que McKayla me tomaba la mano —estaba convencido de que la tenía sudada y asquerosa, pero en aquel momento no podía preocuparme por aquello— y me esforcé por abrir los ojos mientras tiraba de mí. Tenía que salir del aula antes de que todo se volviera negro. Atravesé la puerta tambaleándome mientras McKayla me rodeaba la cintura con el brazo, tratando de estabilizarme. Yo le rodeé los hombros con el brazo, pero era demasiado bajita para ayudarme a mantener el equilibrio. Traté de soportar el máximo posible de mi propio peso.

Muy despacio, McKayla y yo cruzamos el instituto, a trompicones. Cuando doblamos la esquina de la cafetería y estuvimos fuera del campo de visión del edificio cuatro —en el caso de que la señora Banner estuviera mirando—, dejé de resistirme.

—¿Me dejas sentarme un minuto, por favor? —supliqué.

McKayla respiró aliviada cuando me senté torpemente al borde del paseo.

—Y, hagas lo que hagas, mantén la mano en el bolsillo —la avisé.

Todo parecía un remolino confuso, incluso con los ojos cerrados. Me tumbé sobre un costado, puse la mejilla sobre el cemento húmedo y gélido de la acera. Eso pareció ayudar un poco.

—Vaya, te has puesto verde —comentó McKayla, muy nerviosa.

—Solo dame… un minuto…

—¿Beau? —me llamó otra voz a lo lejos.

Ay, no, por favor. Además esto, no. Que esa voz tan terriblemente familiar sea solo una imaginación.

—¿Qué le sucede? ¿Está herido?

Ahora la voz sonó más cerca, y parecía virulenta. Apreté los párpados con fuerza, me quería morir o, como mínimo, no vomitar.

McKayla parecía tensa.

—Creo que se ha desmayado. No sé qué ha pasado, no ha movido ni un dedo.

—Beau —la voz de Edythe sonó ahora junto a mi cabeza. Esta vez parecía aliviada—. ¿Me oyes?

—No —gemí.

Se rio.

—Estaba intentando ayudarle a llegar a la enfermería —explicó McKayla a la defensiva—, pero no quiso avanzar más.

—Yo me encargo de él —dijo Edythe. Intuí su sonrisa en el tono de su voz—. Puedes volver a clase.

—¿Qué? No, se supone que he de hacerlo yo…

Y, de pronto, había un brazo fuerte y delgado debajo de los míos, y yo estaba de pie sin ni siquiera darme cuenta de cómo había llegado allí. El robusto brazo, frío como la acera, me sostuvo con fuerza contra su cuerpo esbelto como si fuera una muleta. Se me abrieron los ojos a causa de la sorpresa, pero lo único que pude ver fue una maraña de pelo cobriza contra mi pecho. Empezó a avanzar, y mis pies se arrastraron en un intento por seguirle el paso. Esperaba caerme pero, no sé cómo, ella consiguió

mantenerme erguido. Apenas se tambaleó cuando todo el peso de mi cuerpo nos empujó hacia delante.

Pero, de nuevo, yo no pesaba tanto como una camioneta.

—Estoy bien, te lo juro.

Por favor, por favor, que no le vomite encima.

—¡Eh! —gritó McKayla, que ya se hallaba a diez pasos detrás de nosotros.

Edythe la ignoró.

—Tienes un aspecto espantoso —me dijo. Volví a escuchar la sonrisa en su voz.

—¡Déjame otra vez en la acera! —protesté—. ¡Estaré bien en cinco minutos!

Edythe nos hizo avanzar rápidamente mientras yo intentaba que mis pies descifraran el ritmo adecuado para alcanzar su velocidad. Hubo un par de veces en que habría jurado que mis pies se arrastraban por el suelo, pero la verdad es que no los sentía mucho, así que tampoco estaba seguro.

—¿De modo que te desmayas al ver sangre? —preguntó.

Aparentemente, aquello era desternillante.

No le contesté. Cerré los ojos, y luché contra las náuseas con los labios apretados. Lo más importante era no vomitarle encima. Podría sobrevivir a todo lo demás.

—Y ni siquiera era la visión de tu propia sangre —rio, y su risa fue como el tintineo de una campana.

—Tengo el sistema neurológico débil —murmuré—. Solo es un síncope vasovagal.

Ella volvió a reírse. Los términos científicos que me había aprendido para explicar este tipo de situaciones no parecieron impresionarla tanto como hubieran debido.

No sé cómo abrió la puerta mientras me llevaba en brazos, pero de repente hacía calor, por lo que supe que habíamos entrado.

—Oh, Dios mío —dijo de forma entrecortada una voz de hombre.

—Está teniendo un síncope neurológico —le explicó Edythe alegremente.

Abrí los ojos. Estaba en la oficina. Edythe me llevaba dando zancadas delante del mostrador frontal, en dirección a la puerta de la enfermería. El señor Cope, el recepcionista con calvicie, corrió delante de ella para mantener la puerta abierta. Titubeó cuando escuchó el grave diagnóstico.

—¿Debería llamar a una ambulancia? —jadeó.

—No es más que un simple desmayo —murmuré.

Un anciano abuelito —el enfermero del instituto—, levantó los ojos de la novela que leía mientras Edythe me arrastraba dentro de la habitación. ¿Se habría fijado el hombre que cuando me había depositado en la camilla me había levantado prácticamente en volandas? El crujiente papel emitió un quejido mientras me obligaba a tumbarme, presionando una mano contra mi pecho, y luego me giraba y colocaba los pies sobre el colchón de vinilo marrón.

Aquello me recordó la vez que me había apartado las piernas de la trayectoria de la camioneta, y el recuerdo me hizo sentir aún más mareado.

—En Biología están haciendo la prueba del Rh —le explicó Edythe al enfermero.

El anciano asintió sabiamente.

—Siempre le ocurre a alguien.

Edythe se cubrió la boca con disimulo e hizo pasar su risita por una tos. Se había colocado contra la pared, en la otra punta de la habitación, con los ojos brillantes, excitados.

—Quédate tendido un minutito, hijo. Se pasará.

—Lo sé —murmuré. Las náuseas ya empezaban a remitir. Dentro de poco el túnel se acortaría y las cosas volverían a parecer normales.

—¿Te sucede muy a menudo? —preguntó él.

Suspiré.

—Tengo el sistema nervioso débil.

El enfermero parecía confundido.

—A veces —admití.

Edythe rio de nuevo, y esta vez ni siquiera se esforzó por disimularlo.

—Puedes regresar a clase —le dijo el enfermero.

—Se supone que me tengo que quedar con él —le contestó con aquel tono suyo tan autoritario, y el enfermero, aunque frunció los labios, no

discutió más.

—Voy a traerte un poco de hielo para la frente —me dijo, y luego salió arrastrando los pies de la habitación.

Dejé caer de nuevo los párpados.

—Tenías razón.

—Suelo tenerla, ¿sobre qué tema en particular en esta ocasión?

—Hacer novillos es saludable.

Intenté respirar de forma acompasada.

—Ahí fuera hubo un momento en que me asustaste —admitió después de hacer una pausa. La voz sonaba como si confesara una humillante debilidad—. Creí que Newton arrastraba tu cadáver para enterrarlo en los bosques.

—Tronchante.

Continué con los ojos cerrados, pero cada vez me encontraba más entonado.

—Lo cierto —dijo—, es que he visto cadáveres con mejor aspecto. Me preocupaba que tuviera que vengar tu asesinato.

—Apuesto a que McKayla se ha enfadado.

—Me aborrece por completo —dijo Edythe jovialmente.

—No lo puedes saber —disentí, pero de repente me pregunté si…

—Tenías que haberle visto la cara. Era evidente.

—¿Cómo es que me viste? Creí que te habías ido.

Ya estaba casi bien. Las náuseas se hubieran pasado con mayor rapidez de haber comido algo durante el almuerzo, aunque, por otra parte, tal vez era afortunado por haber tenido el estómago vacío.

—Estaba en mi coche escuchando un CD.

Aquella respuesta tan sencilla me sorprendió.

Oí la puerta y abrí los ojos para ver al enfermero con una compresa fría en la mano.

—Aquí tienes, hijo —la colocó sobre mi frente y añadió—: Tienes mejor aspecto.

—Creo que ya estoy bien —dije mientras me incorporaba lentamente.

Me pitaban un poco los oídos, pero no tenía mareos. Las paredes de color menta no daban vueltas.

Pude ver que me iba a obligar a acostarme de nuevo, pero en ese preciso momento la puerta se abrió y el señor Cope asomó la cabeza por ella.

—Ahí viene otro —avisó.

Me bajé de un salto para dejar libre el camastro para la siguiente víctima. Devolví la compresa al enfermero.

—Tome, ya no la necesito.

Entonces, McKayla cruzó la puerta tambaleándose. Ahora sostenía a Leann Stephens, otra chica de nuestra clase de Biología, que tenía el rostro amarillento. Edythe y yo retrocedimos hacia la pared para hacerles sitio.

—Oh, no —murmuró Edythe—. Vámonos fuera de aquí, Beau.

Aturdido, la busqué con la mirada.

—Confía en mí… Vamos.

Di media vuelta y me aferré a la puerta antes de que se cerrara, trastabillando fuera de la enfermería. Sentí que Edythe me seguía.

—Por una vez me has hecho caso —dijo, sorprendida.

—Olí la sangre.

Leann no se había puesto mala por ver la sangre de otros, como yo. Pensé que su caso era mucho menos vergonzoso.

—La gente no puede oler la sangre —me contradijo.

—Yo sí. Eso es lo que me pone malo. Huele a óxido… y a sal.

Se me quedó mirando con una expresión precavida.

—¿Qué? —le pregunté.

—No es nada.

Entonces, McKayla cruzó la puerta, sus ojos iban de Edythe a mí.

—Muchas gracias por tu ayuda, Edythe —dijo, y su tono, excesivamente dulce, fue un buen indicador de que lo que Edythe me había dicho sobre que McKayla la aborrecía era cierto—. No sé qué hubiera hecho Beau sin ti.

—No hay de qué —replicó Edythe con una sonrisa divertida.

—Tienes mejor aspecto —me dijo a mí, en el mismo tono—. Me alegro mucho.

—Tú solo métete la mano en el bolsillo —le advertí otra vez.

—Ya no sangra —respondió, y su voz adoptó de nuevo un tono normal —. ¿Vas a volver a clase?

—No, gracias. Tendría que dar media vuelta y volver aquí.

—Sí, supongo que sí. ¿Vas a venir este fin de semana a la playa?

Mientras hablaba, lanzó otra mirada fugaz hacia Edythe, que se apoyaba con gesto ausente contra el desordenado mostrador, inmóvil como una estatua, y mirando al vacío.

No quería que se enfadara aún más.

—Claro. Te dije que iría.

—Nos reuniremos en la tienda de mis padres a las diez.

Su mirada se posó en Edythe otra vez, preguntándose si no estaría dando demasiada información. Su lenguaje corporal evidenciaba que no era una invitación abierta.

—Allí estaré —prometí.

—Entonces, te veré en clase de gimnasia —dijo, dirigiéndose con inseguridad hacia la puerta.

—Hasta la vista —repliqué.

Me miró una vez más con la contrariedad escrita en su rostro redondeado y se encorvó mientras cruzaba lentamente la puerta. La culpa me aguijoneó igual que el día anterior. Me imaginé que me iba a tocar ver su rostro desencantado otra vez en clase de Educación Física.

—Ay, gimnasia —gemí.

—Puedo hacerme cargo de eso —no me había percatado de que Edythe se había acercado, pero habló justo a mi lado, haciéndome dar un respingo —. Ve a sentarte e intenta parecer paliducho —murmuró.

Esto no suponía un gran cambio. Por lo general estaba pálido, y mi reciente desmayo había dejado una ligera capa de sudor sobre mi rostro. Me senté en una de las crujientes sillas plegables acolchadas y descansé la cabeza contra la pared con los ojos cerrados. Desmayarse era agotador.

Oí a Edythe hablar con voz suave en el mostrador.

—¿Señor Cope?

No había oído al hombre regresar a su mesa, pero contestó:

—¿Sí?

—Beau tiene gimnasia la próxima hora y creo que no se encuentra del todo bien. En realidad, me preguntaba si no debería llevarlo en coche a casa. ¿Cree que podría dispensarle de asistir a esa clase? —su voz era como

miel derretida. Pude imaginar lo convincentes que estaban resultando sus ojos.

—Edythe —dijo el señor Cope con voz quebrada—, ¿necesitas también que te dispense a ti?

¿Por qué yo no tenía ese efecto sobre la gente?

—No. Tengo clase con el señor Goff. A él no le importará.

—De acuerdo, no te preocupes de nada. Que te mejores, Beau —me deseó el señor Cope. Asentí débilmente con la cabeza, sobreactuando un poquito.

—¿Puedes caminar o quieres que te ayude otra vez?

De espaldas al recepcionista, su expresión se tornó sarcástica.

—Caminaré.

Me levanté con cuidado, seguía sintiéndome bien. Mantuvo la puerta abierta para mí, con la amabilidad en los labios y la burla en los ojos. Me sentí imbécil cuando atravesé la puerta, hacia la fría llovizna que empezaba a caer. Agradecí que se llevara el sudor pegajoso de mi rostro. Era la primera vez que disfrutaba de la perenne humedad que emanaba del cielo.

—Gracias —le dije cuando me siguió—. Merecía la pena seguir enfermo para perderse la clase de gimnasia.

—Cuando gustes —me prometió.

Me miró directamente, con los ojos entornados bajo la lluvia.

—De modo que vas a ir… Este sábado, a lo de la playa.

Esperaba que ella viniera, aunque parecía improbable. No me la imaginaba poniéndose de acuerdo con el resto de los chicos del instituto para ir en coche a algún sitio. No pertenecía al mismo mundo, pero la sola esperanza de que pudiera suceder me dio la primera punzada de entusiasmo que había sentido por ir a la excursión.

—¿Adónde vais a ir exactamente? —seguía mirando al frente, inexpresiva, pero su semblante me dio esperanzas de que quizá lo estuviera considerando.

—A La Push, al puerto.

Estudié su rostro, intentando leer en el mismo. Sus ojos parecieron entrecerrarse un poco más.

Finalmente, me miró y sonrió.

—En verdad, no creo que me hayan invitado.

—Acabo de invitarte.

—No avasallemos más entre los dos a la pobre McKayla esta semana, no sea que se vaya a romper.

Sus ojos centellearon. Disfrutaba de la idea más de lo normal.

—Vale, como quieras —gruñí, preocupado por la forma en que había dicho «entre los dos». Me gustaba más de lo conveniente.

Ahora estábamos cerca del aparcamiento. Me desvié a la izquierda, hacia la camioneta. Algo me agarró de la cazadora y me hizo retroceder.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó ofendida. Edythe aferraba la tela de mi chaqueta en su pequeño puño. Daba la sensación de que no se hubiera movido. Por un segundo, no fui capaz de contestar. Negaba que fuera una superheroína, pero mi mente no encontraba otra explicación lógica. Era como si Supergirl se hubiera dejado la capa en casa.

Me pregunté si debía molestarme que ella fuera mucho más fuerte que yo, pero hacía mucho tiempo que aquellas cosas no me provocaban inseguridad. Desde que empecé a sacarles la cabeza a los chicos que se metían conmigo en el colegio, estaba bastante satisfecho. Claro que me gustaría tener mejor coordinación, pero me daba igual que no se me dieran bien los deportes. De todas maneras, no tenía tiempo para dedicarme a ellos y siempre me habían parecido un poco infantiles. ¿Por qué la gente se emocionaba tanto por ver a un grupo de críos persiguiendo una pelota? Era lo suficientemente fuerte como para que la gente me dejara en paz, y eso era lo único que quería.

Pero aquella chica bajita era más fuerte que yo. Mucho más. Y habría apostado gustoso a que era más fuerte que todas las personas que conocía, tanto niños como adultos. Podría dejar a Schwarzenegger fuera de juego. No podía competir con eso, y tampoco quería. Edythe era especial.

—¿Beau? —me preguntó, y entones me di cuenta de que no había respondido a su pregunta.

—Eh, ¿qué?

—Te he preguntado que adónde ibas.

—Me voy a casa. ¿O no? —su expresión me confundió.

Ella sonrió.

—¿Acaso no me has oído decir que te iba a dejar a salvo en casa? ¿Crees que voy a permitir que conduzcas en tu estado?

—¿En qué estado?

—Siento ser mensajera de malas noticias, pero tienes el sistema nervioso débil.

—Creo que sobreviviré —dije, e intenté avanzar otro paso en dirección a mi camioneta, pero su mano no soltaba mi chaqueta.

Me detuve y bajé de nuevo la mirada hacia ella.

—De acuerdo, ¿por qué no me dices lo que quieres que haga?

Su sonrisa se ensanchó.

—Muy sensato. Te vas a meter en mi coche, y te voy a llevar a casa.

—Tengo dos objeciones al respecto. La primera es que no es necesario y la segunda es: ¿qué pasa con mi camioneta?

—Primero, «necesario» es un término muy subjetivo; y segundo, tendré que pedirle a Archie que te la lleve después de la escuela.

Me distrajo aquel recordatorio casual de que tenía hermanos: hermanos extraños, hermosos y pálidos. ¿Hermanos especiales? ¿Especiales como ella?

—¿Vas a armar un numerito? —me preguntó al ver que no contestaba.

—¿Tiene algún sentido que me resista?

Intenté descifrar las distintas capas de su sonrisa, pero no conseguí llegar muy lejos.

—Ver que aprendes tan rápido derrite mi frío corazón. Por aquí.

Liberó mi chaqueta de su puño y dio media vuelta. Yo la seguí encantado. El suave contoneo de sus caderas era tan hipnótico como sus ojos. Y no le veía ningún inconveniente a pasar más tiempo con ella.

El interior del Volvo estaba tan impecable como el exterior. En lugar del habitual olor a tabaco y gasolina, solo emitía un leve perfume. Era un olor que me resultaba familiar, pero no conseguía identificarlo. Fuera lo que fuera, olía de maravilla.

Cuando el motor se encendió con un débil ronroneo, pulsó un par de botones para encender la calefacción y la música.

—¿Esto es *Claro de luna*? —pregunté.

—¿Te gusta Debussy? —me miró sorprendida.

Me encogí de hombros.

—Mi madre pone mucha música clásica en casa, pero solo conozco a mis favoritos.

—También es uno de mis favoritos.

Pensaba que se iba a reír, pero siguió mirando al frente, a través de la lluvia.

Escuché la música mientras me relajaba recostado en la suave tapicería de cuero gris. Era imposible no reaccionar ante la conocida y relajante melodía. Como básicamente la estaba observando con el rabillo del ojo, la lluvia emborronaba todo el paisaje más allá de la ventanilla hasta convertirlo en una mancha de tonalidades grises y verdes. Comencé a darme cuenta de lo rápido que íbamos, pero, no obstante, el coche se movía con tal firmeza y estabilidad que no notaba la velocidad, salvo por lo deprisa que dejábamos atrás el pueblo.

—¿Cómo es tu madre? —me preguntó de repente.

Sus ojos color caramelo me estudiaron con curiosidad mientras respondía.

—Se parece mucho a mí, tenemos los mismos ojos, el mismo color de pelo, pero es más bajita. Es más sociable y atrevida que yo. También es irresponsable y un poco excéntrica, y una cocinera impredecible. Era mi mejor amiga —me callé. Hablar de ella en pasado me había deprimido.

—Beau, ¿cuántos años tienes?

Por alguna razón que no conseguía comprender, la voz de Edythe contenía un tono de frustración.

Detuvo el coche y entonces comprendí que habíamos llegado ya a la casa de Charlie. Llovía con tanta fuerza que apenas conseguía ver la vivienda. Parecía que el coche estuviera en un torrente.

—Diecisiete —respondí, un poco confuso por su tono de voz.

—No los aparentas —dijo; era como una acusación.

—Mi madre siempre dice que nací con treinta y cinco años y que cada año me vuelvo más maduro —me reí y luego suspiré—. En fin, uno de los dos debía ser adulto —me callé durante un segundo—. Tampoco tú pareces mucho una adolescente de instituto.

Torció el gesto y cambió de tema.

—¿Por qué se casó tu madre con Phil?

Me sorprendió que recordara el nombre de Phil. Estaba convencido de que solo lo había mencionado una vez hacía dos meses. Necesité un segundo para responder.

—Mi madre tiene… un espíritu muy joven para su edad. Creo que Phil hace que se sienta aún más joven. En cualquier caso, ella está loca por él.

Yo la verdad es que no entendía por qué, pero ¿algún hijo piensa que alguien es suficientemente bueno para su madre?

—¿Lo apruebas? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Quiero que sea feliz, y Phil es lo que ella quiere.

—Eso es muy generoso por tu parte… Me pregunto…

—¿El qué?

—¿Crees que ella tendría esa misma cortesía contigo, sin importarle tu elección?

De repente, prestaba una gran atención. Nuestras miradas se encontraron.

—E-eso c-creo —tartamudeé—, pero, después de todo, ella es la adulta, al menos oficialmente. Es un poquito diferente.

Su rostro se relajó.

—Entonces, nadie que asuste demasiado —se burló.

Le respondí con una gran sonrisa.

—¿A qué te refieres con que asuste demasiado? ¿*Piercings* en el rostro y grandes tatuajes?

—Supongo que esa es una posible definición.

—¿Cuál es la tuya?

Me ignoró y me respondió con otra pregunta:

—¿Crees que puedo asustar?

Enarcó una ceja.

Fingí que examinaba su rostro durante un minuto; una excusa para mirarla fijamente, mi nueva actividad favorita.

Sus rasgos eran tan delicados, tan simétricos. Su rostro podría detener a cualquiera en su camino, pero no haría que nadie huyera de él en la dirección opuesta. Más bien lo contrario.

—Me cuesta imaginármelo —admití.

Ella frunció el ceño para sí.

—Eh… Creo que puedes hacerlo si te lo propones.

Ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa molesta, pero no añadió nada más.

—Bueno, ¿vas a contarme algo de tu familia? —pregunté—. Debe de ser una historia mucho más interesante que la mía.

Se puso en guardia de inmediato.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Te adoptaron los Cullen?

—Sí.

Vacilé unos momentos.

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

—Murieron hace muchos años —contestó con toda naturalidad.

—Lo siento.

—En realidad, los recuerdo de forma confusa. Carine y Earnest llevan siendo mis padres desde hace mucho tiempo.

—Y tú los quieres —no era una pregunta. Resultaba obvio por el modo en que hablaba de ellos.

—Sí —sonrió—. No puedo concebir a dos personas mejores que ellos.

—Eres muy afortunada.

—Sé que lo soy.

—¿Y tu hermano y tu hermana?

Lanzó una mirada al reloj del salpicadero.

—A propósito, mi hermano, mi hermana, así como Jessamine y Royal, se van a disgustar bastante si tienen que esperarme bajo la lluvia.

—Oh, lo siento. Supongo que debes irte.

Era una estupidez, pero yo no quería salir del coche.

—Y tú probablemente quieres recuperar el coche antes de que el jefe de policía Swan vuelva a casa, para no tener que contarle el episodio del síncope.

Se le daba bien la jerga médica, pero entonces recordé que su madre era médico.

—Estoy seguro de que ya se ha enterado. En Forks no existen los secretos —gruñí.

Aparentemente acababa de decir algo divertido, pero no supe identificar qué, o por qué, su risa parecía afilada.

—Diviértete en la playa… —dijo, cuando hubo terminado—. Que tengáis buen tiempo para tomar el sol —me deseó mientras miraba las cortinas de lluvia.

—¿No te voy a ver mañana?

—No. Eleanor y yo vamos a adelantar el fin de semana.

—¿Qué es lo que vais a hacer?

Un amigo puede preguntar ese tipo de cosas, ¿no? Esperaba que mi voz no dejara traslucir el desencanto.

—Nos vamos de excursión al bosque de Goat Rocks, al sur del monte Rainier.

—Ah, suena divertido.

Me sonrió.

—¿Querrías hacer algo por mí este fin de semana? —se volvió para mirarme fijamente a los ojos de esa manera ardiente e hipnótica suya.

Asentí, desvalido. *Cualquier cosa que me pidas*, podría haber contestado, y habría sido verdad.

—No te ofendas, pero pareces ser una de esas personas que atraen los accidentes como un imán. Así que… intenta no caerte al océano, dejar que te atropellen, ni nada por el estilo… ¿De acuerdo?

Me dedicó sus hoyuelos, lo que mitigó el escozor de que acabara de llamarme incompetente.

—Veré qué puedo hacer —prometí.

Salí de un salto al torrente y corrí al porche. Cuando me quise dar la vuelta, el Volvo ya había desaparecido.

—¡Ay!

Me agarré el bolsillo de la chaqueta cuando me di cuenta de que se me había olvidado darle la llave de mi furgoneta.

Pero el bolsillo estaba vacío.

CUENTOS DE MIEDO

Mientras permanecía sentado en mi habitación, intentando concentrarme en la lectura del tercer acto de Macbeth, estaba atento a ver si oía el motor de mi coche. Pensaba que podría escuchar el rugido del motor por encima del tamborileo de la lluvia, pero, cuando aparté la cortina para mirar de nuevo, apareció allí de repente.

No estaba demasiado emocionado por despertarme el viernes, y mi falta de expectativas estuvo a la altura de mi entusiasmo. Hubo unos pocos comentarios, por supuesto. Jeremy parecía tener un interés especial por comentar el tema, pero, por fortuna, McKayla había mantenido el pico cerrado y nadie parecía saber nada de la participación de Edythe. No obstante, Jeremy me formuló un montón de preguntas acerca de mi almuerzo del día anterior y en clase de Trigonometría me dijo:

—¿Qué quería ayer Edythe Cullen?

—No lo sé —era la verdad—. En realidad, no fue al grano.

—Parecía como enfadada.

Me encogí de hombros.

—¿Sí?

—Ya sabes, nunca antes la había visto sentarse con nadie que no fuera su familia. Era extraño.

—Extraño en verdad —coincidí.

Parecía un poco molesto de que no le estuviera dando mejores respuestas.

Lo peor del viernes fue que, a pesar de saber que ella no iba a estar presente, aún albergaba esperanzas. Cuando entré en la cafetería en

compañía de Jeremy y McKayla, no pude evitar mirar la mesa en la que Royal, Archie y Jessamine se sentaban a hablar con las cabezas juntas. Me pregunté si habría sido Archie el encargado de llevar mi camioneta a casa la noche anterior, y qué habría opinado de dicho cometido.

En mi mesa de siempre no hacían más que hablar de los planes para el día siguiente. McKayla volvía a estar animada, depositaba mucha más fe en el hombre del tiempo, que vaticinaba sol para el sábado, de la que yo consideraba que se merecía. Tenía que verlo para creerlo, pero hoy hacía más calor, casi doce grados, aunque todavía había mucha humedad. Puede que la excursión no fuera del todo espantosa.

Intercepté unas cuantas miradas poco amistosas por parte de Logan durante el almuerzo, hecho que no comprendí en absoluto. Al igual que todo el mundo, me reí de su representación de mi desmayo. Pero, cuando salimos de la habitación, las cosas se aclararon. Supongo que no se dio cuenta de lo cerca que estaba de su espalda.

Se pasó una mano por el pelo rubio platino, lacio y peinado para atrás.

—No sé por qué Beaufort —sonrió con desprecio al pronunciar mi nombre— no se sienta con los Cullen de ahora en adelante —oí que le murmuraba a McKayla.

Hasta ese momento no me había percatado de la voz tan nasal y estridente que tenía, y me sorprendió la malicia que destilaba. En realidad, no le conocía muy bien; sin duda, no lo suficiente para que me detestara…, o eso había pensado.

—Es mi amigo, se sienta con nosotros —le replicó en susurros McKayla, con mucha lealtad, pero también de forma un poquito posesiva. Me detuve para permitir que Jeremy y Allen me adelantaran. No quería oír nada más.

Más tarde, durante la cena, Charlie parecía entusiasmado por mi viaje a La Push del día siguiente. Sospecho que se sentía culpable por dejarme solo en casa los fines de semana, pero había pasado demasiados años forjando unos hábitos para romperlos ahora. Y a mí no me importaba pasar tiempo solo.

Conocía los nombres de todos los chicos que iban, por supuesto, y los de sus padres y, probablemente, también los de sus tatarabuelos. Parecía aprobar la excursión. Me pregunté si aprobaría mi plan de ir en coche a Seattle con Edythe Cullen. Parecía que le caían bastante bien los Cullen. Pero tampoco se lo iba a decir.

—Papá, ¿conoces un lugar llamado Goat Rocks, o algo parecido? Creo que está al sur del monte Rainier.

—Sí… ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Algunos chicos comentaron la posibilidad de acampar allí.

—No es buen lugar para acampar —parecía sorprendido—. Hay demasiados osos. La mayoría de la gente acude allí durante la temporada de caza.

—Oh, tal vez haya entendido mal el nombre.

Pretendía dormir hasta tarde, pero la luz me despertó. En lugar del mismo brillo mortecino con el que me había levantado durante los dos últimos meses, vi entrar a chorros por la ventana una límpida luz amarilla. No me lo podía creer, pero, por fin, ahí estaba el sol. Ocupaba un lugar equivocado en el cielo, demasiado bajo, y no parecía tan cercano como de costumbre, pero era el sol, sin duda. Las nubes se congregaban en el horizonte, pero una gran área azul ocupaba la mayor parte de la bóveda celeste. Me vestí a toda prisa, temeroso de que el azul del cielo volviera a desaparecer en cuanto me diera la vuelta.

La tienda de artículos deportivos olímpicos de Newton se situaba al extremo norte del pueblo. La había visto con anterioridad, pero nunca me había detenido ya que no tenía particular interés en adquirir ninguno de los artículos necesarios para estar al aire libre durante mucho tiempo. En el aparcamiento reconocí el Suburban de McKayla y el Sentra de Taylor. Vi al grupo alrededor de la parte delantera del Suburban mientras aparcaba junto a ambos vehículos. Erica estaba allí en compañía de otras dos chicas con las que compartía clases; estaba casi seguro de que se llamaban Becca y Collen. Jeremy también estaba, flanqueado por Allen y Logan. Los

acompañaban otros tres chicos, incluyendo uno al que recordaba haberle caído encima durante la clase de gimnasia del viernes. Este me dirigió una mirada asesina cuando bajé del coche, y le susurró algo a Logan. Rieron ostentosamente y Logan fingió desmayarse. El otro chico hizo como si lo atrapara, para luego dejarlo caer. Los dos volvieron a partirse de la risa, y Logan se quedó tumbado en el suelo con las manos detrás de la cabeza.

Así que esas teníamos.

Al menos McKayla se alegraba de verme.

—¡Has venido! —gritó encantada—. ¿No te dije que hoy iba a ser un día soleado?

—Y yo te dije que iba a venir —le recordé.

—Solo nos queda esperar a Leann y a Sean…, a menos que tú hayas invitado a alguien —agregó.

—No, solo vengo yo —mentí con desenvoltura mientras esperaba que no me descubriera. Pero pensé que merecería la pena que lo hiciese si eso significaba que podría pasar el día con Edythe.

McKayla sonrió.

—¿Te apetece venir conmigo? Es eso o la minifurgoneta de la madre de Leah.

—Claro.

Compuso una sonrisa enorme. ¡Qué fácil era hacer feliz a McKayla!

—Podrás sentarte junto a la ventanilla —me prometió, y vi cómo Jeremy me miraba, ceñudo. No resultaba tan sencillo hacer felices a McKayla y a Jeremy al mismo tiempo.

No obstante, el número jugaba a mi favor. Leah trajo a otras dos personas más y se necesitaron todos los asientos. Hice que Jeremy subiera antes que yo, por lo que quedó entre McKayla y yo en el asiento delantero del Suburban. McKayla podía haberse comportado con más elegancia, pero al menos Jeremy parecía aplacado.

Entre La Push y Forks había menos de veinticinco kilómetros de densos y vistosos bosques verdes que bordeaban la carretera. Debajo de los mismos serpenteaba el caudaloso río Quillayute. Me alegré de tener el asiento de la ventanilla. Giré la manivela para bajar el cristal —el Suburban resultaba un

poco claustrofóbico con nueve personas dentro— e intenté absorber tanta luz solar como me fue posible.

Había visto las playas que rodeaban La Push muchas veces durante mis veranos en Forks con Charlie, por lo que ya me había familiarizado con la playa en forma de media luna de más de kilómetro y medio de First Beach. Seguía siendo impresionante. El agua, de un color gris oscuro, incluso cuando la bañaba la luz del sol, aparecía coronada de espuma blanca mientras se mecía pesadamente hacia la rocosa orilla. Las paredes de los escarpados acantilados de las islas se alzaban sobre las aguas del malecón metálico, cada una de ellas rematada por una corona de puntiagudos abetos negros. La playa solo tenía una estrecha franja de auténtica arena al borde del agua, detrás de la cual se acumulaban miles y miles de rocas grandes y lisas que, a lo lejos, parecían de un gris uniforme, pero que de cerca tenían todos los matices posibles de la piedra. La marca que dejaba la marea en la playa estaba sembrada de árboles blanqueados —a causa de la salinidad marina—, arrojados a la costa por las olas.

Una fuerte brisa soplaba desde el mar, fría y salada. Los pelícanos flotaban sobre las ondulaciones de la marea mientras las gaviotas y un águila solitaria las sobrevolaban en círculos.

Las nubes aún se arremolinaban a ambos lados del cielo, pero, por ahora, el sol seguía brillando cálido en el azul del firmamento.

Arrastramos los pies por la espesa arena hacia la playa. McKayla nos condujo hacia un círculo de leños arrojados a la orilla por la marea. Era obvio que los habían utilizado antes para acampadas como la nuestra. En el lugar ya se veía el redondel de una fogata cubierto con cenizas negras. Erica y la chica que, según creía, se llamaba Becca recogieron ramas rotas de los montones más secos que se apilaban al borde del bosque, y pronto tuvimos una fogata en forma de tipi encima de los viejos rescoldos.

—¿Has visto alguna vez una fogata de madera varada en la playa? —me preguntó McKayla.

Me sentaba en un banco de color blanquecino. Jeremy y Allen estaban sentados enfrente de mí, pero la mayoría de los chicos se pusieron al otro lado del círculo. McKayla se arrodilló junto a la hoguera y acercó un mechero a una de las yescas.

—No —reconocí mientras ella lanzaba con precaución la rama en llamas contra el tipi.

—Entonces, te va a gustar… Observa los colores.

Prendió otra ramita y la depositó junto a la primera. Las llamas comenzaron a lamer con rapidez la leña seca.

—Es azul —dije, sorprendido.

—Es por la sal. Es genial, ¿verdad?

Encendió otra más y la colocó allí donde el fuego no había prendido y luego vino a sentarse a mi lado. Por fortuna Jeremy estaba junto a ella, al otro lado. Se volvió hacia McKayla y empezó a hacerle preguntas sobre el plan del día. Contemplé las fascinantes llamas verdes y azules que chisporroteaban hacia el cielo.

Después de media hora de conversación, algunas de las chicas quisieron dar una caminata hasta las marismas cercanas, pero la mayoría de los chicos quería ir a la única tienda que había en el pueblo para comprar comida.

No sabía a qué grupo unirme. No tenía hambre, y me encantaban las marismas desde niño; era una de las pocas cosas que me hacían ilusión cuando debía venir a Forks, pero también me caía dentro un montón de veces. No es un buen trago cuando se tienen siete años y estás con tu padre. Eso me recordó repentinamente la voz de Edythe —aunque tampoco es que consiguiera quitármela de la cabeza—, y cómo me había pedido que no me cayera al mar.

Logan fue quien decidió por mí. Fue la voz cantante en la discusión, y quería comida. El grupo se dividió en tres —los que querían comida, los que querían caminar y los que querían quedarse—, y la mayor parte del grupo siguió a Logan.

Esperé a que Taylor y Erica se hubieran comprometido a acompañarlo antes de levantarme con sigilo para unirme al grupo de caminantes. McKayla me dedicó una enorme sonrisa cuando vio que también iba.

La caminata fue corta, aunque me fastidiaba perder de vista el cielo al entrar bajo los árboles. La luz verde que se filtraba a través de estos era un escenario extraño para las risas juveniles, era demasiado oscuro y amenazador para estar en armonía con las bromas que se gastaban a mi alrededor. Tenía que concentrarme en mis pies y mi cabeza para evitar las

raíces del suelo y las ramas que había en lo alto, por lo que no tardé en rezagarme. Cuando me adentré en los confines de la foresta encontré de nuevo la rocosa orilla, pero fui el último en llegar. Había bajado la marea y un río fluía a nuestro lado de camino hacia el mar. A lo largo de sus márgenes pedregosos había pozas poco profundas que jamás se secaban del todo. Eran un hervidero de pequeñas criaturas marinas.

Tuve cuidado de no inclinarme demasiado sobre aquellas lagunas naturales. Los otros fueron más atrevidos y se encaramaron a los bordes de forma precaria. Localicé una piedra de apariencia bastante estable en los aledaños de una de las lagunas más grandes y me senté con cautela, completamente entretenido con el acuario natural que había a mis pies. Ramilletes de brillantes anémonas ondeaban al compás de la corriente invisible, los cangrejos ermitaños rodaban sobre los repliegues de sus conchas en espiral. Una estrella de mar inmóvil se aferraba a las rocas, mientras una rezagada anguila pequeña de estrías blancas zigzagueaba entre los relucientes juncos verdes a la espera de la pleamar. La contemplación absorbió todo mi interés, a excepción de una pequeña parte de mi mente, que se preguntaba qué estaría haciendo ahora Edythe e intentaba imaginar lo que diría de estar ahí conmigo.

De repente, a todo el mundo le entró hambre y me levanté con rigidez para seguirlos de vuelta a la playa. En esta ocasión intenté seguirles el ritmo a través del bosque, por lo que me caí unas cuantas veces, cómo no. Me hice algunos rasguños poco profundos en las palmas de las manos, pero no me sangraron mucho.

Cuando regresamos a First Beach, el grupo que habíamos dejado se había multiplicado. Al acercarnos pude ver el lacio y reluciente pelo negro y la piel cobriza de los recién llegados, unos adolescentes de la reserva que habían acudido para hacer un poco de vida social. La comida ya había empezado a repartirse, y los excursionistas se apresuraron para pedir que la compartieran mientras Erica nos presentaba al entrar en el círculo de la fogata. Allen y yo fuimos los últimos en llegar y me di cuenta de que la más joven de los recién llegados, sentada en el suelo cerca del fuego, me miraba con interés cuando Erica pronunció nuestros nombres. Me senté junto a Allen, y McKayla nos trajo unos sándwiches y una selección de refrescos.

La chica que tenía aspecto de ser la mayor de los visitantes pronunciaba los nombres de los otros siete jóvenes que la acompañaban. Todo lo que pude comprender es que uno de los chicos también se llamaba Jeremy y que la muchacha cuya atención había despertado respondía al nombre de Julie.

Resultaba relajante sentarse con Allen, era una de esas personas con las que era fácil estar y que no sentían la necesidad de llenar todos los silencios con conversación. Me dejó cavilar tranquilamente mientras comíamos. Pensaba de qué forma tan extraña transcurría el tiempo en Forks: a veces pasaba como en una nebulosa, con unas imágenes únicas que sobresalían con mayor claridad que el resto, mientras que en otras ocasiones cada segundo era relevante y se grababa en mi mente. Sabía con exactitud qué causaba la diferencia y eso me preocupaba.

Las nubes comenzaron a moverse durante el almuerzo y ocultaron de forma fugaz y momentánea el sol, proyectando sombras alargadas sobre la playa y oscureciendo las olas. La gente comenzó a alejarse en duetos y tríos cuando terminaron de comer. Algunos descendieron hasta el borde del mar para jugar a la cabrilla, lanzando piedras sobre la superficie agitada del mismo. Otros se congregaron para efectuar una segunda expedición a las pozas. McKayla, con Jeremy convertido en su sombra, encabezó otra a la tienda de la aldea. Algunos de los nativos los acompañaron y otros se fueron a pasear. Para cuando se hubieron dispersado todos, me había quedado sentado solo sobre un leño, con Logan y Taylor hablando junto a un reproductor de CD que alguien había tenido la ocurrencia de traer, y tres adolescentes de la reserva, incluyendo a la jovencita llamada Julie y a la más adulta, la que había actuado de portavoz.

A los pocos minutos, Allen se fue con los paseantes y Julie acudió para sentarse en el sitio libre que aquel había dejado a mi lado. A juzgar por su aspecto debía de tener catorce, tal vez quince años. Llevaba el brillante pelo largo recogido con una goma elástica en la nuca. Tenía una preciosa piel sedosa de color rojizo y ojos oscuros sobre los pómulos pronunciados, y los labios curvos como un arco. Tenía un rostro muy bonito. Sin embargo, las primeras palabras que salieron de su boca estropearon aquella impresión positiva.

—Tú eres Beaufort Swan, ¿verdad?

Aquello era como empezar otra vez el primer día del instituto.

—Beau —dije con un suspiro.

—Me llamo Julie Black —me tendió la mano con gesto amistoso—. Tú compraste el coche de mi madre.

—Oh —dije aliviado mientras le estrechaba la cálida mano—. Eres la hija de Bonnie. Probablemente debería acordarme de ti.

—No, soy la benjamina… Deberías acordarte de mis hermanos mayores.

—Adam y Aaron —recordé de pronto.

Charlie, Bonnie, y el marido de Bonnie —George, ahora lo recordaba, había muerto hacía algunos años en un accidente de coche o algo así, y a Charlie le había afectado mucho—, nos habían abandonado juntos muchas veces para mantenernos ocupados mientras pescaban. Nunca hicimos muchos progresos como amigos. Por supuesto, había montado las suficientes rabietas para terminar con las excursiones de pesca cuando tuve once años.

—Adam, Aaron y… Jules, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Vaya, te acuerdas. Nadie me llama así desde que mis hermanos se marcharon.

—¿No están aquí? —inquirí mientras examinaba a los chicos que estaban al borde del mar preguntándome si sería capaz de reconocerlos ahora.

—No —Julie negó con la cabeza—. Adam tiene una beca del estado de Washington y Aaron se casó con una surfista samoana. Ahora vive en Hawái.

—¿Está casado? Vaya —estaba atónito. Los gemelos apenas tenían un año más que yo.

—¿Qué tal te funciona la camioneta? —preguntó.

—Me encanta, y va muy bien.

—Sí, pero es muy lenta —se rio—. Respiré aliviada cuando Charlie la compró. Mi madre no me hubiera dejado ponerme a trabajar en la construcción de otro coche mientras tuviéramos uno en perfectas condiciones.

—No es tan lenta —objeté.

—¿Has intentado pasar de sesenta?

—No.

—Bien. No lo hagas.

Esbozó una amplia sonrisa y no pude evitar devolvérsela.

—En caso de accidente, no hay quien pueda con ella —alegué en defensa de mi automóvil.

—Dudo que un tanque pudiera con ese viejo dinosaurio —admitió entre risas.

—Así que fabricas coches… —comenté, impresionado.

—Cuando dispongo de tiempo libre y de piezas. ¿No sabrás por un casual dónde puedo adquirir un cilindro maestro para un Volkswagen Rabbit del ochenta y seis? —añadió jocosamente. Tenía una voz interesante, cálida y un tanto gutural.

—Lo siento —me eché a reír—. No he visto ninguno últimamente, pero estaré ojo avizor para avisarte.

Como si yo supiera qué era eso. Era muy fácil conversar con ella.

Exhibió una sonrisa radiante y me miró de una forma que había aprendido a reconocer. No fui el único que se dio cuenta.

—¿Conoces a Beaufort, Julie? —preguntó Logan.

Debería haberme dado cuenta de que alguien como Logan se percataría de lo mucho que detestaba mi nombre completo.

—En cierto modo, Beau y yo hemos sabido el uno del otro desde que nací —contestó entre risas, y volvió a sonreírme.

—¡Qué bien! —dijo Logan.

Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que sus ojos verde pálido parecían de besugo.

Julie enarcó las cejas al percibir su tono de voz.

—Sí, ¿no es genial?

Su sarcasmo pareció desanimar a Logan, pero aparentemente aún no había terminado conmigo.

—Beau, Taylor y yo estábamos comentando que es una pena que ninguno de los Cullen haya venido hoy. ¿Nadie se ha acordado de invitarlos?

Me miró como si supiera que había invitado a Edythe, que a ella le había parecido tronchante la idea y que había rechazado la invitación. Aunque en aquel momento no había parecido un rechazo: me había dado la sensación, más bien, de que le hubiera gustado venir conmigo, pero de que algo se lo impedía. ¿La habría interpretado mal?

Mis preocupaciones quedaron interrumpidas por una voz fuerte y clara.

—¿Te refieres a la familia de la doctora Carine Cullen?

Era la voz de la chica mayor que nos había presentado a los chicos de la zona. En realidad, parecía mayor de lo que yo había pensado, ahora que la veía más de cerca. En realidad no era una chica, sino una mujer. A diferencia de Julie, llevaba el cabello corto como un chico. Ahora estaba de pie, y me fijé en que era casi tan alta como yo.

Logan la fulminó con la mirada, teniendo que alzar los ojos porque era más alta que él, y molesto porque había hablado antes de que yo pudiera responder a su pregunta.

—Sí, ¿los conoces? —preguntó con gesto condescendiente, volviéndose en parte hacia ella.

—Los Cullen no vienen aquí —respondió, y su voz potente y clara no sonó como un comentario, sino más bien como una… sentencia. Había ignorado la pregunta, pero estaba claro que la conversación había llegado a su fin.

Taylor le preguntó a Logan qué le parecía el CD que sostenía en un intento de recuperar su atención. Él se distrajo.

Contemplé a la mujer, que se erigía en una postura recta y erguida, con la mirada perdida en el oscuro bosque. Había dicho que los Cullen no venían aquí, pero el tono empleado dejaba entrever algo más, que no se les permitía, que lo tenían prohibido. Su actitud me causó una extraña impresión que no conseguí quitarme de encima.

Julie interrumpió el hilo de mis cavilaciones.

—¿Aún te sigue volviendo loco Forks?

Fruncí el ceño. Podía ser que, llegados a aquel punto, ya me hubiera vuelto loco.

—Bueno, yo diría que eso es un eufemismo.

Ella sonrió con actitud comprensiva.

Le seguía dando vueltas al breve comentario sobre los Cullen que había hecho la mujer, y trataba de hacerlo encajar con las impresiones que había obtenido de la reacción de Edythe el otro día.

Miré a Julie, especulando.

—¿Qué? —me preguntó.

—¿Quieres bajar a dar un paseo por la playa conmigo?

Miró a Logan, y luego a mí con una fugaz sonrisa.

—Sí, larguémonos de aquí.

Las nubes terminaron por ganar mientras nos dirigíamos hacia el norte en dirección al espigón de madera. El sol desapareció, el mar se volvió negro, y la temperatura empezó a bajar. Metí las manos en los bolsillos de mi chaquetón.

Mientras caminaba, pensé en cómo Edythe siempre conseguía hacerme hablar, en cómo me miraba a través de sus espesas pestañas y cómo el dorado de sus ojos quemaba y me hacía olvidarlo todo: mi propio nombre, cómo respirar… todo, salvo ella. Miré a la chica que caminaba ahora a mi lado. Jules solo llevaba una camiseta de manga larga, pero sus brazos se balanceaban al ritmo de su paso, como si no le afectara el frío. El viento azotaba su sedosa melena negra en remolinos y nudos a su espalda. Su rostro tenía una nota de franqueza y naturalidad. Aunque hubiera sabido hacer aquella cosa tan abrasadora que Edythe hacía con la mirada, aquella chica probablemente se hubiera reído de mí. Pero estaba seguro de que lo haría sin malicia. Jules parecía una chica que siempre se reía contigo, nunca de ti.

—Simpáticos, tus amigos —comentó cuando estuvimos lo suficientemente alejados de la hoguera y el repiqueteo de las piedras bajo nuestros pies fue más que suficiente para amortiguar el sonido de nuestras voces.

—No son mis amigos.

Ella rio.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Esos otros chicos son amigos tuyos? La que parece… mayor.

—Esa es Samantha. Sam. Creo que tiene diecinueve años. No salgo mucho con ella. Una de mis amigas estaba aquí antes. Quil. Creo que subió

a la tienda.

—No recuerdo quién era.

Se encogió de hombros.

—Yo tampoco suelo quedarme con los nombres. Solo me acuerdo del tuyo porque solías tirarme del pelo.

—¿En serio? ¡Lo siento muchísimo!

Ella rio.

—¡Menuda cara has puesto! En realidad eran mis hermanos quienes lo hacían. Pero estoy segura de que podría haberte convencido de que eras culpable.

Era muy fácil reír con ella.

—Supongo que sí. Oye, ¿te puedo preguntar algo?

—Dispara.

—¿A qué se refería esa chica, Sam, cuando hablaba de la familia de la doctora?

Jules puso una mueca y apartó la vista en dirección al mar. No respondió.

Lo que necesariamente quería decir que yo estaba en lo cierto. Las palabras de Sam ocultaban algo. Y Jules sabía qué era.

Aún tenía los ojos clavados en el mar.

—Esto… Lo siento, no quería ser maleducado, ni nada por el estilo.

Jules se dio media vuelta de nuevo, con una especie de sonrisa de disculpa.

—No te preocupes. Es solo que… se supone que no debo hablar de ello.

—¿Es un secreto?

Sus labios curvos compusieron un mohín.

—Algo así.

Yo levanté las manos.

—Olvida la pregunta.

—Aunque supongo que ya lo he fastidiado, ¿no?

—Yo no diría que ha sido culpa tuya. Esa chica, Sam… es un poco intensa.

Julie rio.

—Ah, genial. Entonces es culpa de Sam.

Yo también reí.

—No, en realidad no. Estoy hecho un verdadero lío.

Ella alzó la vista para mirarme, sonriendo como si ya compartiéramos un secreto propio.

—¿Puedo confiar en ti?

—Por supuesto.

—¿No irás corriendo a contárselo a tu amigo el rubito?

—¿Logan? Ah, bueno, no puedo ocultarle nada a ese chico. Somos como hermanos.

Aquello le gustó. Cuando rio, me hizo sentir más gracioso de lo que realmente era.

Su voz ronca se tornó un poco más grave.

—¿Te gustan las historias de miedo, Beau?

Durante un segundo, escuché claramente la voz de Edythe resonando en mi mente: «¿Crees que soy *peligrosa*?».

—¿De cuánto miedo estamos hablando?

—No volverás a dormir —me prometió.

—Bueno, entonces tengo que escucharla.

Ella rio divertida y bajó la mirada al tiempo que una sonrisa se le dibujaba en las comisuras de la boca. Me di cuenta de que iba a intentar hacerlo lo mejor que pudiera.

Estábamos cerca de uno de los troncos blanquecinos, un enorme esqueleto blanco con las raíces sobresaliendo del suelo, enmarañadas como cientos de patas de araña. Jules trepó para sentarse en una de las ramas más gruesas y yo me acomodé bajo ella, en el tronco del árbol. Intenté aparentar un interés moderado mientras la miraba y fingí que no me estaba tomando nada de todo aquello en serio.

—¿Conoces alguna de nuestras leyendas ancestrales? —comenzó—. Me refiero a nuestro origen, el de los quileutes.

—En realidad, no —admití.

—Existen muchas leyendas. Se afirma que algunas se remontan al Diluvio. Supuestamente, los antiguos quileutes amarraron sus canoas a lo alto de los árboles más grandes de las montañas para sobrevivir, igual que Noé y el arca —me sonrió para demostrarme el poco crédito que daba a

esas historias—. Otra leyenda afirma que descendemos de las lobas, y que estas siguen siendo nuestras hermanas. La ley de la tribu prohíbe matarlas.

»Y luego están las historias sobre los fríos —su voz se tornó aún más grave.

—¿Los fríos? —pregunté. ¿Estaba aparentando demasiado interés? ¿Se daría cuenta de que la palabra «frío» tenía algún significado especial para mí?

—Sí. Las historias de los fríos son tan antiguas como las de las lobas, y algunas son mucho más recientes. De acuerdo con la leyenda, mi propia tatarabuela conoció a algunos de ellos. Fue ella quien selló el trato que los mantiene alejados de nuestras tierras.

Entornó los ojos.

—¿Tu tatarabuela? —la animé.

—Era la jefa de la tribu, como mi madre. Ya sabes, los fríos son los enemigos naturales de las lobas, bueno, no de las lobas en realidad, sino de las lobas que se convierten en mujeres, como nuestros ancestros. Tú las llamarías licántropas, creo.

—¿Tienen enemigos las mujeres loba?

—Solo uno.

La miré con avidez, confiando en hacer pasar mi impaciencia por diversión. Julie prosiguió:

—Ya sabes, los fríos han sido tradicionalmente enemigos nuestros, pero el grupo que llegó a nuestro territorio en la época de mi tatarabuela era diferente. No cazaban como lo hacían los demás y no debían de ser un peligro para la tribu, por lo que mi antepasada llegó a un acuerdo con ellos. No los delataríamos a los rostros pálidos si prometían mantenerse lejos de nuestras tierras.

Me guiñó un ojo.

—Si no eran peligrosos, ¿por qué…?

—Siempre existe un riesgo para los humanos que están cerca de los fríos, incluso si son civilizados como ocurría con este clan —instiló un evidente tono de amenaza en su voz de forma deliberada—. Nunca se sabe cuándo van a tener demasiada sed como para soportarla.

—¿A qué te refieres con eso de «civilizados»?

—Sostienen que no cazan seres humanos. Supuestamente son capaces de sustituir a los animales como presas en lugar de seres humanos.

Intenté conferir a mi voz un tono lo más casual posible, pero estoy seguro de que no lo conseguí.

—¿Y cómo encajan los Cullen en todo esto? ¿Se parecen a los fríos que conoció tu tatarabuela?

—No… —hizo una pausa dramática—. Son los mismos.

Debió de creer que la expresión de mi rostro se debía a que estaba absorto en su historia. Sonrió complacida y continuó:

—Ahora son más, otro macho y una hembra nueva, pero el resto son los mismos. La tribu ya conocía a su líder, Carine, en tiempos de mi antepasada. Iba y venía por estas tierras incluso antes de que llegara tu gente.

Reprimió una sonrisa, tratando de mantener un tono serio.

—¿Y qué son? —pregunté, por fin—. ¿Qué son los fríos?

Sonrió sombríamente.

—Bebedores de sangre —replicó con voz estremecedora—. Tu gente los llama vampiros.

Permanecí contemplando el mar encrespado, no muy seguro de lo que transmitía mi rostro.

—Se te ha puesto la carne de gallina —Jules rio encantada.

—Eres una narradora de historias estupenda —la felicité sin apartar la vista del oleaje.

—Gracias, pero creo que tienes frío. Un poco fantasioso, ¿no? Me pregunto por qué mamá no quiere que hablemos con nadie del asunto.

Aún no lograba controlar la expresión del rostro lo suficiente como para mirarla.

—No te preocupes. No te voy a delatar.

—Supongo que acabo de violar el tratado —echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Me llevaré el secreto a la tumba —le prometí, y entonces un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—En serio, no le digas nada a Charlie. Se puso hecho una furia con mi madre cuando descubrió que algunos de nosotros no íbamos al hospital

desde que la doctora Cullen comenzó a trabajar allí.

—No le diré nada a Charlie, por supuesto que no.

—¿Qué? ¿Crees que somos un puñado de nativos supersticiosos? —preguntó con voz juguetona, pero con un deje de precaución. Yo aún no había apartado los ojos del mar, por lo que me giré y le sonreí con la mayor normalidad posible.

—No. Creo que eres muy buena contando historias de miedo. Aún tengo los pelos de punta, ¿ves? —levanté el brazo.

—Genial.

Sonrió.

Entonces el entrechocar de los guijarros nos alertó de que alguien se acercaba. Giramos las cabezas al mismo tiempo para ver a McKayla y a Jeremy caminando en nuestra dirección a unos cuarenta y cinco metros.

—Ah, estás ahí, Beau —gritó McKayla, aliviada, mientras movía el brazo por encima de su cabeza.

—¿Esa es tu novia? —preguntó Julie, alertada por el tono de voz de McKayla. Me sorprendió que resultase tan obvio.

—No, ¿por qué lo piensa todo el mundo?

Jules resopló.

—Quizá porque ella quiere que todo el mundo lo piense.

Suspiré.

—Si alguna vez necesitas tomarte un respiro de esos amigos tuyos, dímelo.

—Eso suena bien —dije, y lo decía en serio. No sabía si era porque nos conocíamos desde hacía tiempo, aunque no muy bien, o porque Jules era una chica de trato muy fácil, pero me sentía más cómodo con ella que con cualquiera de los chicos con los que volvería a casa en coche.

McKayla llegó a nuestra altura, con Jeremy aún a pocos pasos detrás, esforzándose por seguirle el ritmo. McKayla miró a Jules de arriba abajo una vez, y luego se giró hacia mí dirigiéndole a ella un movimiento de carácter despectivo. Jules volvió a resoplar en voz baja.

—¿Dónde has estado? —me preguntó pese a tener la respuesta delante de ella.

—Jules me estaba haciendo una visita guiada de First Beach —sonreí a Jules, y ella me devolvió la sonrisa. De nuevo, era como si tuviéramos un secreto compartido. Solo que ahora era verdad.

—Bueno —McKayla hizo una pausa, fulminando de nuevo a Jules con la mirada—. Estamos recogiendo. Parece que pronto va a empezar a llover.

Todos alzamos la mirada: las nubes eran espesas y negras y parecían cargadas de humedad.

—De acuerdo —dije—, voy.

—Ha sido un placer volver a verte —enfatizó Julie, y supuse que se estaba burlando un poco de McKayla.

—La verdad es que sí. La próxima vez que Charlie baje a ver a Bonnie, yo también vendré —prometí.

Su sonrisa le abarcó toda la cara, dejando a la vista su perfecta dentadura blanca.

—Eso sería estupendo.

—Y gracias —añadí en voz baja, con un tono que no resultó demasiado natural.

Ella me guiñó un ojo.

Me calé la capucha en cuanto empezamos a andar con paso firme entre las rocas hacia el aparcamiento. Habían comenzado a caer unas cuantas gotas, formando marcas oscuras sobre las rocas en las que impactaban. Cuando llegamos al coche de McKayla, los otros ya regresaban de vuelta, cargando con todo. Me deslicé al asiento trasero junto a Allen y Taylor, anunciando que ya había gozado de mi turno junto a la ventanilla. Allen se limitó a mirar por la ventana a la tormenta que se avecinaba y Logan se removió en el asiento del centro para copar la atención de Taylor, por lo que pude reclinar la cabeza sobre el asiento, cerrar los ojos e intentar no pensar con todas mis fuerzas.

PESADILLA

Le dije a Charlie que tenía un montón de deberes pendientes y que había comido un montón en La Push, por lo que no quería cenar. Había un partido de baloncesto que lo tenía entusiasmado, aunque, por supuesto, yo no tenía ni idea de por qué era especial, así que no se percató de nada inusual en mi rostro.

Una vez en mi habitación, cerré la puerta. Registré el escritorio hasta encontrar mis viejos cascos y los conecté a mi pequeño reproductor de CD. Elegí un disco que Phil me había regalado por Navidad. Era uno de sus grupos predilectos, aunque, para mi gusto, eran un poco *heavys*. Lo metí en el reproductor y me tendí en la cama. Me puse los auriculares, pulsé el botón *play* y subí el volumen hasta que me dolieron los oídos. Cerré los ojos y me coloqué una almohada sobre la mitad superior del rostro.

Me concentré solo en la música, intentando descifrar las letras, desenredarlas entre el complicado golpeteo de la batería. La tercera vez que escuché el CD entero, me sabía toda la letra de los estribillos. Me sorprendió descubrir que, después de todo, una vez que conseguí superar el ruido atronador, el grupo me gustaba. Tenía que volver a darle las gracias a Phil.

Y funcionó. Los demoledores golpes en el tímpano me impedían pensar, que era el objetivo. Escuché el CD una y otra vez hasta que canté de cabo a rabo todas las canciones y al fin me dormí.

Abrí los ojos en un lugar conocido. Aunque una parte de mi mente parecía ser consciente de que estaba soñando, la mayor parte de ella se hallaba presente en el verde fulgor del bosque. Oía las olas batiendo las

rocas en algún lugar cercano, y sabía que podría ver el sol si encontraba el océano. Así que intenté seguir el sonido del mar, pero entonces Julie Black estaba allí, tiraba de mi mano, haciéndome retroceder hacia la parte más sombría del bosque.

—¿Jules? ¿Qué pasa? —pregunté. Había pánico en su rostro mientras me tiraba del brazo para arrastrarme de nuevo a la oscuridad.

—¡Corre, Beau, tienes que correr! —susurró, aterrada.

—¡Por aquí, Beau! —reconocí la voz de McKayla, que me llamaba desde la espesura del bosque; aunque no podía verla.

—¿Por qué? —pregunté mientras seguía resistiéndome a la sujeción de Jules. Para mi yo onírico, encontrar el sol era algo de vital importancia. Era lo único en lo que podía concentrarme.

Pero Julie, que de repente se convulsionó, soltó mi mano y profirió un grito para luego caer al suelo, retorciéndose. Yo la contemplaba aterrado, incapaz de moverme.

—¡Jules! —chillé.

Pero ella había desaparecido y la había sustituido una gran loba de ojos negros y pelaje de color marrón rojizo. La loba me dio la espalda y se alejó, encaminándose hacia la costa con el pelo del dorso erizado, gruñendo por lo bajo y enseñando los colmillos.

—¡Corre, Beau! —volvió a gritar McKayla a mis espaldas, pero no me volví. Estaba contemplando una luz que venía hacia mí desde la playa.

Y, en ese momento, Edythe apareció caminando muy deprisa por entre los árboles.

Llevaba un vestido negro que caía hasta el suelo pero dejaba a la vista los brazos desde los hombros y tenía un profundo escote en forma de «V». Su piel brillaba tenuemente y los ojos eran de un negro insondable. Alzó una mano y me hizo señas para que me acercara a ella. Tenía las uñas afiladas y pintadas de un rojo tan oscuro que parecían casi tan negras como su vestido. Llevaba los labios pintados del mismo color.

La loba, que se interponía entre nosotros, gruñó.

Di un paso adelante, hacia Edythe. Entonces, ella sonrió, y entre sus labios oscuros sus dientes aparecieron afilados y puntiagudos como sus uñas.

—Confía en mí —ronroneó.

Avancé un paso más.

La loba recorrió de un salto el espacio que mediaba entre la vampira y yo, buscando la yugular con los colmillos.

—¡No! —grité, levantando de un empujón la ropa de la cama.

El repentino movimiento hizo que los cascos tiraran el reproductor de CD de encima de la mesilla. Resonó sobre el suelo de madera.

La luz seguía encendida. Totalmente vestido y con los zapatos puestos, me senté sobre la cama. Desorientado, eché un vistazo al reloj de la cómoda. Eran las cinco y media de la madrugada.

Gemí, me dejé caer de espaldas y rodé de frente. Me quité las botas a puntapiés, aunque me sentía demasiado incómodo para conseguir dormirme. Volví a dar otra vuelta y desabotoné los vaqueros, sacándomelos a tirones mientras intentaba permanecer en posición horizontal. Volví a ponerme la almohada encima de los ojos.

Aunque no sirvió de nada. Mi subconsciente había decidido regodearse en el término que tanto me había esforzado por evitar. Ahora iba a tener que enfrentarme a él.

Lo primero es lo primero, me dije a mí mismo, feliz de retrasar el asunto lo máximo posible. Tomé mis cosas de aseo.

La ducha no duró mucho. No sabía si Charlie aún dormía o si se habría marchado ya. Fui a la ventana y vi que el coche patrulla no estaba. Se había ido a pescar otra vez.

Me puse lentamente los vaqueros del día anterior y una camiseta vieja, e hice la cama, que necesitaba un cambio de sábanas.

Ya no podía aplazarlo más. Me dirigí al escritorio y encendí el viejo ordenador.

Odiaba utilizar Internet en Forks. El módem podría haber sido una pieza de museo, tenía un servicio gratuito que dejaba patente que disponíamos de lo que habíamos pagado. Tardaba tanto en conectarse que decidí servirme un cuenco de cereales entretanto.

Comí despacio, así que las últimas cucharadas de cereal estaban ya demasiado reblandecidas como para terminármelas. Lavé el cuenco y la cuchara, y los guardé. Arrastré los pies escaleras arriba y lo primero de todo

recogí del suelo el reproductor de CD, y después enrosqué el cable de los auriculares y los guardé en un cajón del escritorio. Luego volví a poner el mismo disco a un volumen lo bastante bajo para que solo fuera música de fondo.

Me volví hacia el ordenador con otro suspiro. Me sentí estúpido antes incluso de terminar de teclear la palabra.

«Vampiro».

Al verla escrita, me sentí más estúpido todavía.

Los resultados eran difíciles de cribar. La mayoría eran películas, series televisivas, juegos de rol, música de grupos *metal*… Había compañías de ropa y productos cosméticos góticos. Disfraces de Halloween y horarios de congresos.

Finalmente encontré un sitio prometedor: «Vampiros, de la A a la Z». Esperé con impaciencia a que el navegador cargara la página: era una página simple con fondo blanco y texto negro, de aspecto académico. La página de inicio me recibió con dos citas:

> *No hay en todo el vasto y oscuro mundo de espectros y demonios ninguna criatura tan terrible, ninguna tan temida y aborrecida, y aun así aureolada por una aterradora fascinación, como el vampiro, que en sí mismo no es espectro ni demonio, pero comparte con ellos su naturaleza oscura y posee las misteriosas y terribles cualidades de ambos.*
>
> *Reverendo Montague Summers*

> *Si hay en este mundo un hecho bien autenticado, ese es el de los vampiros. No le falta de nada: informes oficiales, declaraciones juradas de personajes famosos, cirujanos, sacerdotes y magistrados. Las pruebas judiciales son de lo más completas, y aun así, ¿hay alguien que crea en vampiros?*
>
> *Rousseau*

El resto del sitio consistía en un listado alfabético de los diferentes mitos de los vampiros por todo el mundo. El primero en el que hice *clic* fue el *danag*, un vampiro filipino a quien se suponía responsable de la plantación de taro en las islas mucho tiempo atrás. El mito aseguraba que los *danag* trabajaron con los seres humanos durante muchos años, pero la

colaboración finalizó el día en que una mujer se cortó el dedo y un *danag* lamió la herida, ya que disfrutó tanto del sabor de la sangre que la desangró por completo.

Leí con atención las descripciones en busca de algo que me resultara familiar, dejando solo lo verosímil. Parecía que la mayoría de los mitos sobre los vampiros se concentraban en reflejar a hermosas mujeres como demonios y a niños como víctimas. También parecían excusas creadas para explicar la alta tasa de mortalidad infantil y proporcionar a los hombres una coartada para la infidelidad. En muchas de las historias se mezclaban espíritus incorpóreos y admoniciones contra los entierros realizados incorrectamente. No había mucho que guardara parecido con las películas que había visto, y solo a unos pocos, como el *estrie* hebreo y el *upier* polaco, les preocupaba el beber sangre.

Solo tres entradas atrajeron de verdad mi atención: el rumano *varacolaci*, un poderoso no muerto que podía aparecerse como un hermoso humano de piel pálida; el eslovaco *nelapsi*, una criatura de tal fuerza y rapidez que era capaz de masacrar toda una aldea en una sola hora después de la medianoche, y otro más, el *stregoni benefici*.

Sobre este último había una única afirmación.

> *Stregoni benefici: vampiro italiano que afirmaba estar del lado del bien; era enemigo mortal de todos los vampiros diabólicos.*

Aquella pequeña entrada constituía un alivio, era el único entre cientos de mitos que aseguraba la existencia de vampiros buenos.

Sin embargo, en conjunto, no había muchos que coincidieran con la historia de Jules o mis propias observaciones. Había creado mentalmente un pequeño catálogo y lo comparaba con cada mito mientras iba leyendo. Velocidad, fuerza, belleza, tez pálida, ojos que cambiaban de color, y luego los criterios de Jules: bebedores de sangre, enemigos de las mujeres loba, piel fría, inmortalidad. Había muy pocos mitos en los que encajara al menos un factor.

Y había otro problema adicional a raíz de lo que recordaba de las películas de terror que había visto y que se reforzaba con aquellas lecturas:

los vampiros no podían salir durante el día porque el sol los quemaría hasta reducirlos a cenizas. Dormían en ataúdes todo el día y solo salían de noche.

Aburrido, apagué el botón de encendido del ordenador sin esperar a cerrar el sistema operativo correctamente. Sentí una turbación aplastante a pesar de toda mi irritación. ¡Todo aquello era tan estúpido! Estaba sentado en mi cuarto rastreando información sobre vampiros. ¿Qué era lo que me sucedía?

Tenía que salir de la casa, pero no había ningún lugar al que quisiera ir que no implicara conducir durante tres días. Volví a calzarme las botas, sin tener muy claro a dónde dirigirme, y bajé las escaleras. Me envolví en mi impermeable sin comprobar qué tiempo hacía y salí por la puerta pisando fuerte.

Nublado, pero aún no llovía. Ignoré el coche y empecé a caminar hacia el este, cruzando el patio de la casa de Charlie en dirección al bosque.

No transcurrió mucho tiempo antes de que me hubiera adentrado en él lo suficiente para que la casa y la carretera desaparecieran de la vista y el único sonido audible fuera el de la tierra húmeda al succionar mis botas.

Había un estrecho sendero que recorría la vegetación: se adentraba más y más en el corazón del bosque, incluso podría aventurar que casi siempre rumbo Este. Serpenteaba entre los abetos y las cicutas, entre los tejos y los arces. Tenía leves nociones de los árboles que había a mi alrededor, y todo cuanto sabía era gracias a Charlie, que me había ido enseñando sus nombres desde la ventana del coche patrulla cuando yo era pequeño. Muchos no los identificaba y de otros no estaba del todo seguro porque estaban casi cubiertos por parásitos verdes.

Seguí el sendero impulsado por mi enfado. Una vez que este empezó a desvanecerse, aflojé el paso. Unas gotas de agua cayeron desde el dosel de ramas de las alturas, pero no estaba seguro de si empezaba a llover o si se trataba de los restos de la lluvia del día anterior, acumulada sobre el haz de las hojas, y que ahora goteaba lentamente en el suelo. Un árbol caído recientemente —sabía que esto era así porque no estaba totalmente cubierto de musgo— descansaba sobre el tronco de otro, cuyo resultado era la formación de una especie de banco no muy alto a pocos pasos del sendero.

Llegué hasta él saltando por encima de los helechos y apoyé la cabeza, cubierta por la capucha, contra el árbol vivo.

Aquel era el peor lugar al que podía haber acudido, debería de haberlo sabido, pero ¿qué otro lugar me quedaba? El bosque, de un verde intenso, se parecía demasiado al escenario del sueño de la última noche como para que me sintiera cómodo. Ahora que ya no oía el sonido de mis pasos sobre el barro, el silencio era penetrante. Los pájaros también permanecían callados y aumentó la frecuencia de las gotas, lo que parecía confirmar que allí arriba, en el cielo, estaba lloviendo. Ahora que me había sentado, los helechos eran casi tan altos como mi cabeza, por lo que cualquiera hubiera podido caminar por la senda a un metro de distancia sin verme.

Allí, entre los árboles, resultaba mucho más fácil creer en las estupideces de las que me avergonzaba dentro de la casa. Nada había cambiado en aquel bosque durante miles de años, y todos los mitos y leyendas me parecían mucho más verosímiles en medio de aquel laberinto verde de lo que eran en mi mundano dormitorio.

Me obligué a concentrarme en las dos preguntas vitales que debía contestar.

Primero tenía que decidir si podía ser cierto lo que Jules me había dicho sobre los Cullen.

Mi mente respondió de inmediato con un rotundo: «No». Resultaba estúpido simplemente considerar la idea. Aquellos eran cuentos estúpidos. Solo morbosas leyendas antiguas.

Pero, en ese caso, ¿qué pasaba?, me pregunté. No había una explicación racional a cómo había sobrevivido al asunto de la camioneta. Hice recuento mental de lo que había observado con mis propios ojos: la belleza sobrehumana, lo inverosímil de su fortaleza y velocidad, el color cambiante de los ojos, del negro al dorado y viceversa, la piel fría y pálida, y otros pequeños detalles de los que había tomado nota poco a poco: no parecía comer jamás y se movía con una gracia turbadora. Y luego estaba la forma en que hablaba a veces, con cadencias poco habituales y frases que encajaban mejor con el estilo de una novela de finales del siglo XIX que de una clase del siglo XXI. Había hecho novillos el día que hicimos la prueba del grupo sanguíneo, tampoco se negó a ir de acampada a la playa hasta que

supo adónde íbamos a ir, y parecía saber lo que pensaban cuantos la rodeaban, salvo yo. Me había dicho que era la mala de la película, peligrosa…

¿Podían ser vampiros, los Cullen?

Bueno, eran algo. En aquella insignificante y diminuta ciudad estaba sucediendo algo que excedía las fronteras de la normalidad y la cordura. Ya fuera uno de los fríos o se cumpliera mi teoría de los superhéroes, Edythe Cullen no era… humana. Era algo más.

Así pues… tal vez. Esa iba a ser mi respuesta por el momento.

Y luego estaba la pregunta más importante. ¿Qué iba a hacer al respecto?

¿Qué haría si Edythe fuera… una vampira? Apenas podía obligarme a pensar esas palabras. Involucrar a nadie más estaba fuera de lugar. Ni siquiera yo mismo me lo creía, quedaría en ridículo ante cualquiera a quien se lo dijera.

Solo dos alternativas parecían prácticas. La primera era aceptar su aviso: ser listo y evitarla todo lo posible, cancelar nuestros planes y volver a ignorarla tanto como fuera capaz, fingir que entre nosotros existía un impenetrable muro de cristal en la única clase que estábamos obligados a compartir, decirle que tenía razón, y nunca más volver a hablar con ella.

Pero solo pensar aquella posibilidad dolía más de lo que debería. Más de lo que me sentía capaz de soportar. Así que cambié de idea y pasé a la siguiente opción.

No hacer nada diferente. Después de todo, hasta la fecha, no me había hecho nada malo, aunque fuera algo… siniestra. De hecho, sería poco más que una abolladura en el guardabarros de Taylor si ella no hubiera actuado con tanta rapidez. Tanta, me dije a mí mismo, que podría haber sido puro reflejo: *¿Cómo puede ser malvada si tiene reflejos para salvar vidas?*, pensé. No hacía más que darle vueltas a las preguntas sin obtener respuestas.

Había una cosa de la que estaba seguro, si es que estaba seguro de algo: la Edythe del vestido oscuro y los dientes y uñas afilados solo era una encarnación de la palabra que había dicho Jules, no la Edythe verdadera. Aun así, cuando chillé de pánico ante el ataque de la mujer loba, no fue el

miedo a la licántropa lo que me arrancó ese grito de «¡no!», sino a que ella resultara herida. A pesar de que me había llamado con los colmillos afilados, temía por ella.

Y supe que tenía mi respuesta. Ignoraba si en realidad había tenido elección alguna vez. Ya me había involucrado demasiado en el asunto. Ahora que lo sabía, si es que lo sabía, ¿qué podía hacer al respecto? Porque cuando pensaba en ella, en su voz, sus ojos hipnóticos y la magnética fuerza con la que su cuerpo atraía al mío, no quería otra cosa que estar con ella de inmediato, incluso si… Pero no quería volver a pensar en aquella palabra, no aquí, solo en el silencio del bosque, no mientras la lluvia lo hiciera tan sombrío como el crepúsculo debajo del dosel de ramas y disperso como huellas en el suelo de tierra. Me estremecí y me levanté de un brinco, preocupado porque la lluvia hubiera borrado la senda.

Pero esta permanecía allí para que saliera del goteante fulgor verde. Ahora la recorrí a grandes zancadas, y me sorprendí mientras pasaba entre los árboles casi a la carrera, de lo lejos que había llegado. Empecé a preguntarme si me dirigía a alguna salida o si la senda me estaría haciendo adentrarme aún más en el bosque. Atisbé algunos claros a través de las ramas antes de que me entrara demasiado pánico, y luego oí un coche pasar por la carretera, y de repente estaba fuera, el jardín de Charlie bajo mis pies.

Apenas era mediodía cuando entré. Subí las escaleras y me puse ropa de estar por casa, unos vaqueros limpios y una camiseta, ya que no iba a salir. No me costó mucho esfuerzo concentrarme en la tarea para ese día, un trabajo sobre Macbeth que debía entregar el miércoles. Pergeñé un primer borrador del trabajo con una satisfacción y tranquilidad que no sentía desde…

Bueno, para ser sincero, desde el jueves.

Esa había sido siempre mi forma de ser. Adoptar decisiones era la parte que más me dolía, la que me llevaba por la calle de la amargura. Pero una vez que tomaba la decisión, me limitaba a seguirla… aliviado de haberla tomado. A veces, el alivio se mezclaba con la desesperación, como cuando resolví venir a Forks, pero seguía siendo mejor que pelear con las alternativas.

Era casi demasiado fácil vivir con esta decisión. Peligrosamente fácil.

El resto del día fue tranquilo y productivo. Terminé mi trabajo antes de las ocho. Charlie volvió a casa con abundante pesca, lo que me llevó a pensar en adquirir un libro de recetas para pescado cuando estuviera en Seattle la semana siguiente. Las oleadas de adrenalina que sentía cada vez que pensaba en ese viaje no diferían de las que sentía antes de mi paseo con Jules. Creía que serían distintas. Deberían serlo, pero no sabía cómo obligarme a sentir el tipo adecuado de miedo.

Dormí sin sueños aquella noche, derrotado por haberme levantado tan temprano. Por segunda vez desde mi llegada a Forks, me despertó la brillante luz de un día soleado. Me arrastré a la ventana y comprobé con asombro que apenas había nubes en el cielo. Abrí la ventana y me sorprendió que se moviera sin ruido ni esfuerzo alguno a pesar de que no se había abierto en quién sabe cuántos años, y aspiré el aire, relativamente seco. Casi hacía calor y apenas soplaba viento. La sangre me martilleaba en las venas.

Charlie estaba terminando de desayunar cuando bajé las escaleras y de inmediato se apercibió de mi estado de ánimo.

—Ahí fuera hace un día estupendo —comentó.

—Sí —coincidí con una gran sonrisa.

Cuando me respondía con aquellas sonrisas, resultaba fácil imaginarlo como el hombre que se había casado impulsivamente con una chica guapa que apenas conocía cuando era apenas tres años mayor de lo que yo era ahora. Ya no quedaba mucho de aquel joven. Se había desvanecido con los años, al igual que su rizado cabello castaño empezaba a ralear en su frente.

Desayuné con una sonrisa en la cara mientras contemplaba revolotear las motas de polvo en los chorros de luz que se filtraban por la ventana trasera. Charlie me deseó un buen día en voz alta y luego oí que el coche patrulla se alejaba. Vacilé al salir de casa, impermeable en mano. No llevarlo equivaldría a tentar al destino. Lo doblé sobre el brazo con un suspiro y salí caminando bajo la luz más brillante que había visto en meses.

Tras una pequeña batalla, fui capaz de bajar casi del todo los dos cristales de las ventanillas de la camioneta. Fui uno de los primeros en llegar al instituto. No había comprobado la hora con las prisas de salir al aire libre. Aparqué y me dirigí hacia los bancos del lado sur de la cafetería.

Los bancos estaban todavía un poco húmedos, por lo que me senté sobre el impermeable, contento de poder darle un uso. Había terminado los deberes, pero había unos cuantos problemas de Trigonometría que no estaba seguro de haber resuelto bien. Abrí el libro, pero a la mitad de la revisión del primer problema mi mente empezó a divagar, contemplando la luz del sol jugueteando con la corteza rojiza de los árboles.

Garabateé distraídamente unos bocetos en los márgenes de los deberes. Después de algunos minutos, de repente me percaté de que había dibujado cinco pares de ojos negros que me miraban fijamente desde el folio. Los borré con la goma.

—¡Beau! —oí gritar a alguien, y parecía la voz de McKayla.

Al mirar a mi alrededor comprendí que la escuela se había ido llenando de gente mientras estaba allí sentado. Todo el mundo llevaba camisetas, algunos incluso vestían *shorts* a pesar de que la temperatura no debía de sobrepasar los doce grados. McKayla se dirigía hacia mí con una falda que solo le llegaba a la mitad del muslo y una camiseta de tirantes.

—Hola, McKayla —contesté.

Vino a sentarse conmigo, el sol arrancaba reflejos de su cabello recién alisado, y llevaba una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tan encantada de verme que no pude evitar responder con entusiasmo.

—Hace un día estupendo, ¿eh?

—La clase de días que me gustan —dije mostrando mi acuerdo.

—¿Qué hiciste ayer?

Su pregunta tenía un tono posesivo, y me recordó a lo que Jules había dicho el día anterior. La gente pensaba que era su novio porque eso era lo que McKayla quería que pensara.

Pero estaba de demasiado buen humor para que eso me molestara.

—Me dediqué sobre todo al trabajo de Literatura.

—Ah, sí… Hay que entregarlo el jueves, ¿verdad?

—Esto… Creo que el miércoles.

—¿El miércoles? —su sonrisa desapareció—. Mal asunto. Supongo que voy a tener que ponerme a trabajar en eso esta noche —frunció el ceño—. Te iba a preguntar si querías salir.

—Ah.

Me había pillado con la guardia baja. ¿Por qué ya no podía mantener una conversación con McKayla sin que acabara volviéndose incómoda?

—Bueno, podríamos ir a cenar o algo así… Puedo trabajar más tarde.

Me sonrió llena de esperanza.

Ya empezamos con la culpa, pensé.

—McKayla…, creo que no es una buena idea.

Se le descompuso el rostro.

—¿Por qué? —preguntó con mirada cautelosa. Mis pensamientos volaron hacia Edythe, preguntándome si también McKayla pensaba lo mismo.

—Mira, con esto estoy rompiendo todos los códigos de camaradería, así que ni se te ocurra decir nada, ¿vale?

—¿Códigos de camaradería? —repitió, pasmada.

—Jeremy es mi amigo, y si saliera contigo… bueno, eso le molestaría.

Se me quedó mirando.

—Yo no te he dicho nada, ¿entendido? Es tu palabra contra la mía.

—¿Jeremy? —preguntó, con la voz impregnada de sorpresa.

—De verdad, McKayla, ¿estás ciega?

—Vaya —exhaló, claramente confusa. Hora de escapar.

Metí los libros en mi mochila.

—Es hora de entrar en clase, y no quiero llegar tarde. Mason ya me ha anotado en su lista.

Caminamos en silencio hacia el edificio tres. McKayla iba con expresión distraída. Esperaba que, cualesquiera que fueran los pensamientos en los que estuviera inmersa, estos la condujeran en la dirección correcta.

Cuando vi a Jeremy en Trigonometría, estaba igual de animado por el día de sol que yo. Él, Allen y Logan iban a ir a Port Angeles esa tarde para ver una peli y encargar ramilletes para el baile, y me habían invitado. Estaba indeciso. Sería agradable salir del pueblo, pero Logan estaría allí y quién sabía qué podía hacer esa tarde… Pero ese era definitivamente el camino erróneo para dejar correr mi imaginación… Me alegraba volver a ver el sol, sin duda, pero aquel no era el único motivo de mi buen humor, ni de lejos.

De modo que le respondí que tal vez, explicándole que tenía deberes atrasados.

Por fin estábamos yendo a almorzar. Tenía tantas ganas no solo de ver a Edythe sino a todos los Cullen, que era casi doloroso. Quería contrastar en ellos las sospechas que asediaban mi mente. Quizá cuando estuviéramos todos juntos en la misma sala, podría darme cuenta de que estaba equivocado y de que no albergaban nada siniestro. Al cruzar el umbral de la cafetería, sentí en mi estómago el primer ramalazo de pánico. ¿Serían capaces de saber lo que pensaba? Luego un sentimiento distinto me golpeó las entrañas. ¿Estaría esperándome Edythe para sentarse conmigo otra vez?

Fiel a mi costumbre, miré primero hacia la mesa de los Cullen. Me invadió una leve oleada de pánico al percatarme de que estaba vacía. Con menor esperanza, recorrí la cafetería con la mirada, esperando encontrarla allí, sola. El lugar estaba casi lleno —la clase de Español nos había retrasado—, pero no había rastro de Edythe ni de su familia. En un segundo, mi humor cambió drásticamente.

Habíamos llegado lo bastante tarde para que todo el mundo se hubiera sentado ya en nuestra mesa. Esquivé la silla vacía junto a McKayla a favor de otra al lado de Allen. Fui vagamente consciente de que McKayla le había reservado la silla a Jeremy, y de que el rostro de este se iluminaba como respuesta.

Allen me hizo unas cuantas preguntas en voz baja sobre el trabajo de *Macbeth*, a las que respondí con la mayor naturalidad posible mientras me hundía en las espirales de la miseria. También él me invitó a acompañarlos por la tarde, y ahora acepté, deseoso de cualquier cosa que me distrajera.

¿Y si, de algún modo, Edythe sabía lo que había hecho aquel fin de semana? ¿Y si intentar escarbar en sus secretos había desencadenado su huida? ¿Me habría hecho yo aquello a mí mismo?

Comprendí que me había aferrado al último jirón de esperanza cuando vi el asiento contiguo vacío al entrar en Biología, y sentí una nueva oleada de desencanto.

El resto del día se me hizo eterno. No fui capaz de participar en la discusión en Biología y ni siquiera intenté seguir la clase teórica de la entrenadora Clapp sobre las reglas del bádminton. Me alegré de abandonar

el campus. De esa forma podría dejar de fingir que estaba bien hasta que fuera hora de ir a Port Angeles. Pero apenas había traspasado el umbral de casa, el teléfono sonó. Era Jeremy, para cancelar nuestros planes. Intenté mostrarme encantado de que McKayla le hubiera invitado a cenar, aunque creo que en realidad di la sensación de estar molesto. El plan del cine quedó pospuesto para el martes siguiente.

Aquello me dejaba sin distracciones. Puse un poco de pescado a marinar y terminé los deberes, lo que me llevó apenas media hora. Revisé el correo electrónico y me di cuenta de que había estado ignorando a mi madre. No parecía muy contenta al respecto.

Mamá:

Lo siento. He estado fuera. Me fui a la playa con algunos amigos y luego tuve que hacer un trabajo para el instituto.

Mis excusas eran patéticas, por lo que renuncié a intentar justificarme.

Hoy hace un día soleado. Lo sé, yo también estoy muy sorprendido, por lo que me voy a ir al aire libre para empaparme de toda la vitamina D que pueda. Te quiero.

Beau

Tenía una pequeña colección de libros que me había traído a Forks. En aquel momento elegí *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y un viejo edredón del armario de ropa blanca que había en lo alto de las escaleras.

Ya fuera, doblé el edredón por la mitad y lo coloqué en el centro del punto más soleado del pequeño jardín de Charlie y me tumbé encima. Hojeé el ejemplar en rústica, buscando una palabra o una frase que captara mi interés —por lo general, un calamar gigante o un narval solían servir—, pero aquel día repasé la novela dos veces sin encontrar nada que me intrigara lo suficiente para empezar a leer. Cerré el libro con un golpe. Bueno, daba igual. Me tostaría al sol. Me coloqué de espaldas y cerré los ojos.

Intenté razonar conmigo mismo. No había motivo para alarmarse. Edythe había dicho que iba a ir de acampada. Quizá los demás hubieran

planeado unírsele desde el primer momento. Quizá hubieran decidido quedarse un día más porque hacía un tiempo agradable. Perder un par de días de clase no iba a afectar a su expediente perfecto. Podía relajarme. Seguro que la veía al día siguiente.

Aunque ella, o alguno de los otros, tuvieran manera de saber lo que yo estaba pensando, no era motivo suficiente para irse de la ciudad. Ni siquiera yo me lo creía, y no es que tuviera intenciones de contárselo a nadie más, precisamente. Era una estupidez. Y yo era consciente de que la idea era completamente ridícula. Claramente, no era razón para que nadie —por muy vampiro que fuera— se lo tomara a la tremenda.

Era igual de ridículo que imaginar que alguien pudiera leerme la mente. Tenía que dejar de ser tan paranoico. Edythe volvería mañana. A nadie le parecía atractivo un neurótico, y dudaba mucho que ella fuera la primera a la que sí le gustaran.

Maduro. Tranquilo. Normal. Podía con ello. Inspirar y espirar.

Lo próximo de lo que fui consciente fue el sonido del coche patrulla de Charlie al girar sobre las losas de la acera. Me incorporé sorprendido al comprender que la luz ya se había ocultado y que ahora estaba a la sombra de los árboles. Debía de haberme quedado dormido. Miré a mi alrededor, aún medio adormilado, con la repentina sensación de no estar solo.

—¿Charlie? —pregunté, pero solo oí cerrarse de un portazo la puerta de su coche frente a la casa.

Me incorporé de un salto, con los nervios a flor de piel y sintiéndome estúpido por haberme puesto nervioso, y recogí el edredón y el libro. Corrí dentro para echar algo de gasóleo a la estufa al tiempo que me daba cuenta de que la cena se iba a retrasar. Charlie estaba colgando el cinto con la pistola y quitándose las botas cuando entré.

—Lo siento, la cena aún no está preparada. Me quedé dormido ahí fuera —dije, con un enorme bostezo.

—No te preocupes —contestó—. De todos modos, quería enterarme del resultado del partido.

Vi la televisión con Charlie después de la cena, por hacer algo. No había ningún programa que quisiera ver, pero él sabía que no me gustaba el béisbol, por lo que puso una estúpida comedia de situación que no

disfrutamos ninguno de los dos. No obstante, parecía feliz de que hiciéramos algo juntos. A pesar de mi estúpida depresión, me sentí bien por complacerle.

—Por cierto, papá —dije durante los anuncios—, mañana por la noche voy a ir a ver una peli con algunos chicos del instituto, así que te dejaré solo.

—¿Alguien que yo conozca? —preguntó.

¿A quién no conocía?

—Jeremy Stanley, Allen Webber y Logan Como-se-apellide.

—Mallory —me informó.

—Si tú lo dices.

—Vale, pero es un día entre semana, así que tampoco te vuelvas loco.

—Saldremos en cuanto acabe el instituto, por lo que podremos regresar temprano. ¿Quieres que te prepare algo de cenar?

—Beau, me he alimentado durante diecisiete años antes de que tú vinieras —me recordó.

—Y no sé cómo has sobrevivido —murmuré.

Por la mañana todo parecía menos lúgubre —volvía a hacer sol—, pero intenté no esperanzarme demasiado. Me vestí para el tiempo cálido con un jersey fino, una prenda que hubiera llevado en Phoenix durante lo más crudo del invierno.

Había planeado llegar al colegio justo para no tener que esperar a entrar en clase. Mi humor fue decayendo a pasos agigantados mientras daba una vuelta completa al aparcamiento en busca de un espacio al tiempo que buscaba también el Volvo plateado que, claramente, no estaba allí.

Ocurrió lo mismo que el día anterior. No pude evitar tener ciertas esperanzas que se disiparon dolorosamente cuando en vano recorrí con la mirada el comedor y comprobé que seguía vacío el asiento contiguo al mío de la mesa de Biología. ¿Y si no volvía nunca? ¿Y si jamás volvía a verla?

El plan de ir a Port Angeles por la tarde regresó con mayor atractivo, ya que Logan decidió no venir. Me moría de ganas de salir del pueblo, para poder dejar de mirar por encima del hombro, con la esperanza de verla aparecer de la nada como siempre hacía. Me esforcé por estar de buen humor para no darles la tarde a Allen ni a Jeremy. Igual hasta encontraba

una librería decente durante la excursión. No quería pensar que esa misma semana iba a tener que ir solo a buscar libros en Seattle.

Seguramente no lo cancelaría sin decírmelo al menos, ¿no? Pero claro, luego pensé que quién diantres sabría qué costumbres sociales tendrían por norma seguir las vampiresas.

Jeremy me siguió hasta casa en su viejo Mercury blanco después de clase, para que pudiera dejar mi coche, y a continuación fuimos a casa de Allen, que nos estaba esperando. Me empezó a cambiar el ánimo conforme el coche se alejaba de los límites del pueblo.

PORT ANGELES

Jeremy conducía aún más deprisa que Charlie, por lo que estuvimos en Port Angeles a eso de las cuatro. Primero nos llevó a la floristería, donde la elegante mujer detrás del mostrador trató de persuadir a Allen para que comprara desde rosas hasta orquídeas. Allen fue rápido en aclararse, pero Jeremy tardó un poco más en decidir qué quería. La vendedora intentó convencernos de que cuidar hasta el último detalle era algo a lo que las chicas daban mucha importancia, pero yo tenía la sensación de que ninguna iba a prestar realmente demasiada atención.

Mientras Jeremy discutía de lazos con la mujer, Allen y yo nos sentamos en un banco junto al escaparate de la tienda.

—Esto… Allen… —el aludido alzó los ojos, probablemente alertado por el tono de mi voz.

—¿Sí?

Intenté que la entonación tuviera un matiz indiferentemente curioso, como si me diera igual la respuesta que fuera a recibir.

—Esto… ¿Los Cullen faltan mucho a clase? Quiero decir, ¿es normal que lo hagan?

Mientras contestaba, Allen miró hacia la ventana por encima del hombro, y estoy convencido de que lo hizo por ser agradable. Sin duda, se había percatado de lo incómodo que me resultaba preguntárselo, a pesar de lo mucho que me esforzaba por aparentar indolencia.

—Sí, cuando el tiempo es bueno agarran las mochilas y se van de excursión varios días, incluso la doctora. Debe de gustarles mucho la naturaleza, o algo así.

No hizo ni una sola pregunta, ni un solo comentario sobre mi evidente y patético estado de cuelgue. Allen era, probablemente, el chico más simpático de todo el Instituto de Secundaria de Forks.

—Vaya —dije yo, y lo dejé estar.

Tras lo que se nos antojó una eternidad, Jeremy finalmente se decidió por unas flores blancas con un lazo blanco bastante decepcionantes. Cuando los pedidos estuvieron listos y pagados, sin embargo, aún nos quedaba algo de tiempo antes de que empezara la peli.

Jeremy quería ver si había llegado algo nuevo a la tienda de videojuegos que había unos cuantos edificios más allá, al oriente de la ciudad.

—¿Os importa si voy a hacer un recado? Os veo en el cine.

—Claro —Jeremy ya estaba arrastrando a Allen calle arriba.

Me sentí aliviado de poder estar solo de nuevo. La excursión no estaba saliendo como yo había planeado. La respuesta de Allen había sido alentadora, sin duda, pero no podía obligarme a mí mismo a estar de buen humor. No había nada que me ayudara a pensar menos en Edythe. Quizá un buen libro sí que lo hiciera.

Me encaminé en dirección opuesta a la que ellos habían tomado, deseando estar solo. Encontré una librería un par de calles más al sur de la floristería, pero no era lo que buscaba. Las ventanas estaban llenas de atrapasueños y de volúmenes acerca de sanación espiritual. Pensé en entrar para pedir la dirección de otra tienda, pero, en cuanto vi al *hippy* cincuentón que sonreía soñadoramente detrás del mostrador, me convencí de que no necesitaba entablar conversación con él. Podía encontrar una librería normal yo solito.

Empecé a pasear por otra calle, y de repente me encontré solo en una bifurcación que me confundió. Esperaba estar encaminándome de nuevo al centro, pero no tenía claro si la calle iba a volver a doblar en la dirección que yo quería o no. Era consciente de que debería haber prestado más atención, pero no podía dejar de pensar en lo que había dicho Allen, y en el sábado, y en lo que se suponía que debía hacer si Edythe no volvía. Y entonces alcé los ojos y vi un Volvo plateado aparcado —aquel era un todoterreno, no un sedán, pero aun así…—, y de repente me enfadé. ¿Serían todos los vampiros tan poco de fiar?

Me dirigí fatigosamente hacia donde yo creía que se encontraba el nordeste, caminando hacia unos edificios con la fachada de cristal que parecían de lo más prometedor; sin embargo, al llegar allí me di cuenta de que no había más que un taller de reparación de aspiradoras, que además estaba cerrado, y un local vacío. Doblé la esquina del taller para ver si había más locales.

Fue una equivocación: no conseguí más que desembocar al callejón lateral donde dejaban los cubos de la basura. Pero no estaba vacío. Con la vista clavada en el nutrido grupo de personas, tropecé con el bordillo de la acera y me tambaleé hacia delante, armando un gran escándalo.

Seis caras se volvieron hacia mí. Eran cuatro hombres y dos mujeres. Una de las mujeres y dos de los hombres inmediatamente me dieron la espalda y metieron las manos en los bolsillos. Me dio la impresión de que trataban de ocultar lo que fuera que tuvieran. La otra mujer tenía el cabello oscuro y me resultó extrañamente familiar cuando clavó los ojos en mí. Pero no me quedé para dilucidar por qué me sonaba. Cuando uno de los hombres se había dado la vuelta, había reconocido la forma de una pistola embutida en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Empecé a avanzar, cruzando la entrada al callejón y dirigiéndome a la siguiente calle como si nunca hubiera reparado en ellos. En cuanto estuve fuera de su vista, escuché una voz que susurraba detrás de mí:

—Es un poli.

Miré hacia atrás, con la esperanza de ver a algún agente de uniforme, pero en la calle desierta no había nadie más que yo. Estaba más lejos de la calle principal de lo que pensaba. Aceleré el paso con la vista clavada en el suelo para no volver a tropezar.

De repente, me encontré en una acera que discurría por la parte trasera de unos grises almacenes, provistos todos ellos de grandes puertas para la carga y descarga de camiones y que, dado que era de noche, se encontraban cerradas. El extremo sur de la calle no tenía acera, solo una valla metálica coronada por alambre de espino que protegía algo parecido a piezas de un motor en el patio de uno de los almacenes. Deambulé por la zona de Port Angeles que se supone que no deberían visitar los turistas. Estaba empezando a anochecer, las nubes habían vuelto a encapotar el cielo y se

acumulaban en el horizonte, hacia el oeste, adelantando la puesta de sol. Me había dejado la chaqueta en el coche de Jeremy, y un viento frío me obligó a meter las manos en los bolsillos. Una única furgoneta pasó a mi lado, y luego la calle se quedó vacía.

—Oye, cerdo —exclamó una voz de mujer detrás de mí.

Yo miré atrás y me di cuenta de que era la mujer que había visto antes, la que me resultaba familiar. Junto a ella estaban los dos hombres del callejón: un tipo alto y calvo, y el más bajito, el que pensaba que tenía la pistola.

—¿Qué? —pregunté, aminorando automáticamente el paso. Tenía los ojos clavados en mí—. Perdón, ¿te refieres a mí?

—¿«Perdón»? —repitió ella. Seguían caminando hacia mí, y yo retrocedí hacia el lado sur de la calle—. ¿Qué pasa, que esa es tu palabra favorita, o qué?

—Yo, yo… lo siento. No sé a qué te refieres.

La mujer frunció los labios —los llevaba pintados de un rojo oscuro y tenían aspecto pegajoso— y de pronto supe dónde la había visto antes. Iba con el chico al que golpeé con mi maleta el día de mi llegada a Port Angeles. Miré al tipo más bajo y reconocí de inmediato los tatuajes a ambos lados de su cuello.

—¿No va a pedir refuerzos, agente? —preguntó.

Tuve que volver a mirar hacia atrás para asegurarme de que estaba solo.

—Creo que os habéis equivocado de persona.

—Sí, claro —dijo la mujer—. Y supongo que tampoco has visto nada ahí detrás, ¿verdad?

—¿Ver algo? No. No he visto nada.

El talón se me enganchó en algo mientras intentaba retroceder, y empecé a tambalearme. Eché los brazos hacia delante en un intento por recuperar el equilibrio, y el tipo alto, el que nunca había visto antes, reaccionó.

Me estaba apuntando con la pistola.

Pensaba que era el bajito el que la tenía. Quizá todos llevaran pistola.

—Oye, oye —dije, levantando un poco más las manos para que pudieran ver que no llevaba nada en ellas—. No soy poli. Todavía estoy en

el instituto —seguí retrocediendo hasta que mi espalda chocó contra la valla metálica.

—¿Piensas que soy imbécil? —preguntó la mujer—. ¿Te crees que tu ropa de paisano da el pego? Te vi con tu compañero. Eres de la antivicio.

—¿Qué? No, era mi padre —repliqué con voz quebrada.

Ella rio.

—¿Así que solo eres una cría de cerdo?

—Vale, como tú quieras. Y, ahora que el asunto está aclarado, me apartaré de vuestro camino… —empecé a deslizarme a lo largo de la valla.

—Detente.

Era el calvo quien había hablado, aún apuntándome con la pistola. Me quedé petrificado.

—¿Qué haces? —le dijo el bajito. Habló en voz baja, pero la calle estaba muy tranquila y no me costó escucharlo.

—No le creo —dijo el alto.

La mujer sonrió.

—¿Cómo dice la canción del pirata? «Los hombres muertos no cuentan mentiras».

—¿Qué? —grazné—. No, oye… En serio, eso no es necesario. No os estoy mintiendo. No tengo nada que ocultar.

—Está bien —concordó ella. Alzó la vista al hombre alto y asintió.

—Tengo la cartera aquí, en el bolsillo —les ofrecí—. No llevo mucho, pero si queréis… —empecé a buscar en el bolsillo, pero a sus ojos fue un movimiento en falso. La pistola se elevó un par de centímetros. Levanté la mano de nuevo.

—Tenemos que ser discretos —advirtió el bajito, y se agachó a recoger un trozo de tubería rota que había junto a una alcantarilla—. Guarda la pistola.

En cuanto bajaron la pistola, me dispuse a huir, y el calvo parecía consciente de ello. Dudó un segundo mientras el tatuado se encaminaba hacia mí.

En zigzag. Eso era lo que mi padre me había dicho una vez. Es complicado alcanzar un objetivo en movimiento, sobre todo si no se mueve en línea recta. Supuse que eso sería de ayuda si no estuviera condenado a

tropezar y cosas así. Solo por una vez, pedí mantenerme en pie. ¿Podría hacerlo, aunque solo fuera una vez? Una única vez…, en la que mi vida dependía de ello.

¿Cuánto dolería un disparo que no resultara fatal? ¿Podría seguir corriendo a pesar del dolor? Eso esperaba.

Intenté que mis rodillas se desbloquearan. Ahora el hombre de la tubería estaba a unos cuantos pasos de distancia de mí.

Un agudo chirrido le dejó paralizado en el sitio. Todos dirigimos la vista hacia la dirección de la que provenía el sonido, a medida que este se iba tornando cada vez más penetrante.

Súbitamente, unos faros aparecieron a la vuelta de la esquina y luego me enfocaron a mí. El coche casi atropelló al de los tatuajes, obligándole a apartarse de su camino de un salto. La valla metálica tintineó cuando el vehículo la embistió. Yo me di media vuelta para empezar a correr, pero, de forma inesperada, el coche derrapó hasta detenerse con la puerta del copiloto abierta a menos de un metro.

—Entra —siseó una voz furiosa.

Me lancé al interior del Volvo sin tan siquiera preguntarme cómo había llegado Edythe hasta allí, invadido por una sensación que era al mismo tiempo de alivio y de pánico. ¿Y si resultaba herida? Cerré la puerta con un fuerte tirón tras de mí mientras gritaba:

—¡Arranca, Edythe! ¡Sácanos de aquí! ¡Tiene una pistola!

Pero el coche no se movió.

—Agacha la cabeza —me ordenó, y escuché cómo se abría la puerta del conductor.

Estiré el brazo sin mirar hacia el lugar del que procedía su voz, y mi mano agarró la suya, esbelta y fría. Se detuvo en cuanto la toqué. No cedió ni un ápice, aunque mis dedos se cerraron con fuerza en torno al cuero de su chaqueta.

—¿Qué estás haciendo? —exigí saber—. ¡Arranca!

Mis ojos se estaban acostumbrando a la luz, y solo pude atisbar los suyos gracias al resplandor de los faros que se reflejaba en ellos. Primero, observaron mi mano aferrando la suya; luego, se entrecerraron y, a través

del vidrio, fulminaron al hombre y la mujer, que debían de estar observando mientras evaluaban la situación. Podían disparar en cualquier segundo.

—Dame un minuto, Beau —me percaté de que tenía los dientes apretados.

Sabía que no le costaría nada desasirse de mi mano, pero parecía estar esperando a que yo mismo la soltara. Eso no iba a pasar.

—Si sales ahí, iré contigo —dije en voz baja—. No voy a permitir que te dispare.

Sus ojos se clavaron al otro lado de la luna durante medio segundo más. Entonces cerró la puerta de un golpe y aceleró el coche en reverso durante lo que a mí se me antojó un minuto entero.

—De acuerdo —resopló.

El coche dibujó un arco cerrado cuando doblamos la esquina aún marcha atrás. Y, de repente, avanzábamos otra vez hacia delante.

—Ponte el cinturón de seguridad —me ordenó.

Tuve que soltar su mano para obedecer, pero, en cualquier caso, seguramente fuera una buena idea. En realidad, no era muy normal sujetar así a una chica. Y, sin embargo…, me produjo tristeza soltarla.

El chasquido al enganchar el cinturón sonó con fuerza en la penumbra.

Se desvió a la izquierda para avanzar a toda velocidad, saltándose varias señales de *stop* sin detenerse.

Pero me sentía extrañamente seguro y me daba absolutamente igual adonde fuéramos. Observé su rostro —solo iluminado por la tenue luz del salpicadero— y sentí un profundo alivio que iba más allá de mi repentina liberación.

Estaba allí. Era real.

Me llevó unos cuantos minutos más de contemplación de su perfecto rostro darme cuenta de que sus facciones indicaban algo más. De que estaba muy, pero que muy enfadada.

—¿Estás molesta conmigo? —le pregunté, sorprendido de lo ronca que sonó mi voz.

—No —respondió tajante.

Me quedé en silencio, contemplando su cara mientras ella miraba al frente con unos ojos rojos como brasas.

El coche se detuvo de repente. Miré alrededor, pero estaba demasiado oscuro para ver otra cosa que no fuera la vaga silueta de los árboles en la cuneta de la carretera. Ya no estábamos en la ciudad.

—¿Estás herido, Beau? —preguntó secamente.

—No.

Mi voz aún sonaba ronca. Intenté aclararme la garganta en silencio.

—¿Y tú?

Entonces me miró con una especie de molesta incredulidad.

—Por supuesto que no estoy herida.

—Bien —respondí yo—. Esto… ¿Te puedo preguntar por qué estás tan irritada? ¿He hecho algo?

Exhaló un profundo suspiro.

—No seas estúpido, Beau.

—Lo siento.

Me dedicó otra mirada incrédula y entonces sacudió la cabeza.

—¿Crees que estarás bien si te dejo en el coche unos cuantos…?

Antes de que pudiera terminar, estiré el brazo para agarrarle la mano que tenía apoyada en la palanca de cambios. Su reacción fue tensarse de nuevo, pero no la apartó.

Era la primera vez que realmente tocaba su piel sin que fuera por accidente o durante apenas una fracción de segundo. Aunque la tenía tan fría como me había imaginado, la mía parecía arder con su simple tacto. Tenía la piel suavísima.

—No vas a ir a ningún sitio sin mí.

Me fulminó con los ojos y, al igual que antes, me dio la sensación de que estaba esperando a que yo la soltara en lugar de soltarse de un tirón, como tan fácilmente podría haber hecho.

Pasado un segundo, cerró los ojos.

—Vale —repitió de nuevo—. Dame un segundo.

Me pareció bien. Mantuve mi mano levemente apoyada sobre la suya, y aproveché que tenía los ojos cerrados para escrutar su cara sin disimulo alguno. Poco a poco, la tensión de su rostro empezó a relajarse hasta adoptar el aspecto delicado y hierático de una estatua. Una estatua hermosa,

esculpida por un genio del arte. Afrodita, quizá. ¿No se suponía que ella era la diosa de la belleza?

Su coche volvía a tener ese leve aroma… algo esquivo cuya naturaleza no conseguía adivinar.

Entonces sus ojos se abrieron y bajó la vista lentamente hacia mi mano.

—¿Quieres que… te suelte? —pregunté.

Su voz sonaba cauta.

—Creo que eso sería lo mejor.

—¿No te vas a ir a ningún sitio? —comprobé.

—Supongo que no, si tanto te opones a ello.

Aparté mi mano de la suya a regañadientes. Sentía como si hubiera estado sosteniendo un puñado de cubitos de hielo.

—¿Mejor? —pregunté.

Inspiró hondo.

—La verdad es que no.

—¿Qué pasa, Edythe? ¿Qué va mal?

Estuvo a punto de sonreír, pero sus ojos no cambiaron de expresión.

—Igual te sorprende, Beau, pero tengo un poco de mal genio. A veces no me resulta fácil perdonar cuando alguien me… ofende.

—¿Yo te he…?

—Basta, Beau —dijo antes de que pudiera incluso terminar la frase—. No estoy hablando de ti —me miró con unos ojos enormes—. ¿No te das cuenta de que iban en serio? ¿De que realmente iban a matarte?

—Sí, me ha parecido que iban a intentarlo.

—¡Es completamente absurdo! —me dio la sensación de que se estaba volviendo a enfurecer—. ¿Quién muere asesinado en Port Angeles? ¿Qué pasa contigo, Beau? ¿Por qué parecen acecharte todos los peligros mortales?

Yo parpadeé.

—Yo… Yo no sé qué responder a eso.

Ella ladeó la cabeza y frunció los labios, exhalando por la nariz.

—Entonces, ¿no puedo enseñarles a esos matones una lección de modales?

—Eh… ¿No, por favor?

Dejó escapar un largo y lento suspiro, y sus ojos se cerraron de nuevo.

—Qué desagradable.

Nos quedamos sentados en silencio un momento mientras intentaba dar con algún comentario que me congraciara con ella por… ¿hacerla enfadar?, supuse. Aquella era la impresión que daba: se había disgustado porque yo le pedía que no fuera en busca de varios delincuentes armados, que por lo visto la habían «ofendido» al intentar ir a por mí. No tenía mucho sentido, y mucho menos aún si tenía en cuenta el factor de que me había pedido que me quedara en el coche. ¿Pretendía ir a pie? Nos habíamos alejado varios kilómetros con el coche.

Por primera vez desde que la había visto aquella noche, la palabra que Jules había mencionado vino a mi mente.

En ese preciso instante, sus ojos se abrieron y me pregunté si, de alguna manera, podía saber lo que estaba pensando. Pero se limitó a mirar el reloj y suspiró de nuevo.

—Tus amigos deben de estar preocupados por ti —dijo.

Eran las seis y media pasadas. Estaba seguro de que tenía razón.

Arrancó el motor sin decir nada más, y giró el vehículo. Acto seguido, estábamos regresando rápidamente hacia el centro de la ciudad. Siguió conduciendo a gran velocidad cuando llegamos a una zona más concurrida, sorteando con facilidad los vehículos más lentos que cruzaban el paseo marítimo. Aparcó en paralelo al bordillo en un espacio que yo habría considerado demasiado pequeño para el Volvo, pero ella lo encajó al primer intento. Miré por la ventana en busca del cartel luminoso del cine. Jeremy y Allen acababan de salir y se alejaban con rapidez.

—¿Cómo sabías dónde…? —comencé, pero luego me limité a sacudir la cabeza.

—Retenlos antes de que deba ir a buscarlos a ellos también. Dudo que pudiera volver a contenerme si tropiezo otra vez con tus amigos.

Era extraña la manera en que su sedosa voz resultaba a la vez tan… amenazadora.

Salí del coche de un salto, pero mantuve la mano en el marco. Reteniéndola allí, igual que antes.

—¡Jer, Allen! —les grité.

No estaban muy lejos. Ambos se volvieron, y yo agité el brazo libre por encima de mi cabeza. Se apresuraron a regresar. El manifiesto alivio de sus rostros se convirtió en sorpresa cuando vieron el coche que estaba a mi lado. Allen se quedó mirando las curvas del coche y, en cuanto lo reconoció, se le pusieron los ojos como platos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Jeremy—. Pensábamos que te habías bajado del plan.

—No, solo me perdí y luego me encontré con Edythe.

Ella se asomó y sonrió a través de la ventanilla. Ahora fue Jeremy al que casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Ah, hola…, Edythe —dijo Allen.

Ella respondió al saludo agitando dos dedos, y Allen tragó saliva ruidosamente.

—Eh, hola —dijo Jeremy en dirección a ella, y luego se me quedó mirando: debía de tener un aspecto raro, con la mano clavada en el marco de la puerta abierta, pero no tenía intención de soltarla—. Pues… creo que la peli ya ha empezado.

—Lo siento —me disculpé.

Jeremy comprobó su reloj.

—Es muy probable que aún solo estén poniendo los tráilers. ¿Todavía quieres… venir? —me dijo, señalando con los ojos la mano apoyada en el coche.

Yo dudé, clavando los míos en Edythe.

—¿Te gustaría venir…, Edythe? —preguntó educadamente Allen, aunque le costó un poco pronunciar su nombre.

Edythe abrió su puerta y salió afuera, apartándose la larga melena de la cara. Se apoyó en el marco de la puerta y les deslumbró con sus hoyuelos. A Jeremy se le abrió la boca de par en par.

—Ya he visto esa película. Pero gracias, Allen —dijo.

Allen parpadeó y dio la sensación de que se hubiera olvidado de cómo hablar. Aquello me consoló por sentirme tan estúpido siempre que estaba cerca de ella. ¿Cómo podía evitarlo?

Edythe dirigió su mirada hacia mí.

—En la escala del uno al diez, ¿cuántas ganas tienes de ver esta película ahora mismo? —murmuró.

Menos cinco mil, pensé.

—Eh…, pues no muchas —le devolví el susurro.

Entonces, sonrió directamente a Jeremy.

—¿Os estropearía mucho los planes si le pidiera a Beau que me llevara a cenar? —preguntó.

Jeremy se limitó a sacudir la cabeza. Aún no se había dado cuenta de que tenía que cerrar la boca.

—Gracias —le respondió, de nuevo haciendo gala de sus hoyuelos—. Luego le llevo a casa en coche.

Se deslizó al interior del vehículo.

—Entra en el coche, Beau —me dijo.

Allen y Jeremy se me quedaron mirando. Yo me encogí de hombros levemente y me agaché para entrar en el asiento del copiloto.

—Pero ¿qué narices? —escuché que decía Jeremy, mientras yo cerraba de un portazo.

No tuve oportunidad de volver a ver sus reacciones, porque Edythe ya se alejaba a toda velocidad.

—¿De verdad querías cenar? —le pregunté.

Me miró con actitud inquisitiva. ¿Estaría pensando lo mismo que yo: que jamás la había visto comer nada?

—Creí que quizá tú sí —respondió al fin.

—Estoy bien —le dije.

—Si prefieres volver a casa…

—No, no —dije, quizá demasiado deprisa—. Podría cenar. Solo quería decir que si quieres podemos hacer otra cosa. Lo que tú prefieras.

Sonrió y detuvo el coche. Estábamos aparcados enfrente de un restaurante italiano.

Me empezaron a sudar un poco las palmas de las manos cuando salí de un salto, corriendo a abrirle la puerta del restaurante. Nunca antes había estado en una cita como aquella: una cita de verdad. Me habían engañado para ir a algunas citas en grupo en Phoenix, pero podía afirmar con total honestidad que me había dado absolutamente lo mismo no volver a ver a

ninguna de aquellas chicas nunca más. Pero esto era distinto. Prácticamente tenía un ataque de pánico cada vez que pensaba que aquella chica pudiera desaparecer.

Me sonrió cuando pasó a mi lado, y mi corazón hizo una cosa extraña, como si diera un doble latido.

Era temporada baja para el turismo en Port Angeles, por lo que el restaurante no estaba lleno. El dueño era un muchacho meticulosamente vestido, no mucho mayor que yo y más o menos de mi estatura, pero más ancho de hombros. Sus ojos respondieron de la misma manera que lo habían hecho los de Allen y Jeremy, sobresaliendo un segundo de sus cuencas antes de poder recuperar el control de su expresión. Luego la obsequió con su sonrisa más encantadora y una ridícula reverencia, todo dedicado en su honor. Estaba bastante seguro de que ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba a su lado.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó al tiempo que se incorporaba, aún mirándola solo a ella.

—Una mesa para dos, por favor.

Por primera vez desde que habíamos entrado, pareció percatarse de mi presencia. La mirada que me dedicó fue fugaz y despectiva. Sus ojos volvieron a posarse en ella inmediatamente, aunque la verdad es que no podía culparle por ello.

—Por supuesto, eh, *mademoiselle* —agarró dos carpetas de cuero y le hizo un gesto a Edythe para que lo siguiera. Yo puse los ojos en blanco. *Signorina* era probablemente la palabra que estaba buscando.

Nos condujo a una gran mesa para cuatro en el centro de la zona más concurrida del comedor. Iba a tomar asiento cuando Edythe me indicó lo contrario con la cabeza.

—¿Tiene, tal vez, algo más privado? —insistió con voz suave al anfitrión.

Me pareció que le rozaba el dorso de la mano con los dedos, lo que ya sabía que no era un gesto muy propio de ella —no tocaba a nadie si podía evitarlo—, pero entonces le vi deslizar la mano en el interior de un bolsillo de la chaqueta de su traje, y me di cuenta de que debía de haberle dado una

propina. No había visto a nadie rechazar una mesa salvo en las viejas películas.

—Por supuesto —parecía tan sorprendido como yo. Se giró y nos condujo alrededor de una mampara hasta llegar a una sala de reservados—. ¿Algo como esto?

—Perfecto —respondió, y desplegó toda su sonrisa frente a él.

Como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, el dueño se quedó paralizado durante un segundo eterno, y luego dio media vuelta y se dirigió con paso tambaleante hacia la puerta, con los menús aún bajo el brazo.

Edythe se deslizó en la parte del reservado más cercano, sentándose tan cerca del borde que mi única opción era colocarme frente a ella, de forma que quedábamos separados por la longitud de la mesa. Tras un segundo de duda, yo también me senté.

Algo golpeteó un par de veces al otro lado del biombo; parecía el sonido de alguien que se hubiera tropezado con sus propios pies y hubiera vuelto a incorporarse. Era un sonido que me resultaba muy familiar.

—Eso no ha sido muy cortés.

Se me quedó mirando, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Lo que sea que hagas… con los hoyuelos y tus dotes hipnotizadoras, o lo que sea. Ese tipo podría haberse hecho daño intentando volver a la puerta.

Esbozó una media sonrisa.

—¿Qué se supone que hago?

—Como si no supieras el efecto que produces en los demás.

—Supongo que se me ocurren un par de efectos secundarios —su expresión se ensombreció durante una fracción de segundo, pero luego volvió a aclararse y sonrió—. Pero nadie me había acusado nunca de tener el poder de hipnotizar con mis hoyuelos.

—¿Crees que todo el mundo se sale con la suya con tanta facilidad?

Ladeó la cabeza, ignorando mi pregunta.

—¿Funciona contigo? ¿Lo que sea que piensas que hago?

Suspiré.

—Siempre.

Entonces llegó el camarero, con un rostro expectante que no tardó en convertirse en asombro. Fuera lo que fuera lo que le hubiera dicho el anfitrión, se había quedado claramente corto.

—Hola —dijo, y la sorpresa hizo que su voz se tornara monótona mientras recitaba mecánicamente su cantinela—. Me llamo Sal y voy a atenderles esta noche. ¿Qué les pongo de beber?

Al igual que había ocurrido con el dueño del restaurante, los ojos del camarero no se apartaban del rostro de Edythe.

—¿Beau? —inquirió ella.

—Eh, una Coca-Cola.

Podría no haber hablado, perfectamente. El camarero, sencillamente, se quedó mirando a Edythe. Ella me dedicó una sonrisa antes de volverse hacia él.

—Dos —le dijo y, casi como si estuviera tratando de hacer un experimento, exhibió una enorme sonrisa de marcados hoyuelos frente al rostro de él.

El camarero se tambaleó, como si estuviera a punto de caerse.

Ella apretó los labios, creo que tratando de reprimir una risa. El camarero sacudió la cabeza y parpadeó, intentando recuperar la orientación. Yo observé la escena con aire comprensivo. Sabía perfectamente cómo se sentía.

—Y… ¿una carta? —añadió Edythe cuando vio que no se movía.

—Sí, por supuesto, enseguida las traigo —el pobre seguía sacudiendo la cabeza mientras se alejaba de nuestra vista.

—¿De verdad no te habías dado cuenta nunca de esto? —le pregunté.

—Hace mucho que no me preocupa lo que nadie piense de mí —declaró —. Y, normalmente, no sonrío tanto.

—Probablemente es lo más seguro… para todo el mundo.

—Para todo el mundo menos para ti. ¿Quieres que hablemos de lo que ha pasado esta noche?

—¿Eh?

—¿De tu experiencia cercana a la muerte? ¿O ya se te ha olvidado?

—Ah.

Lo cierto era que sí.

Frunció el ceño.

—¿Cómo te sientes?

Esperaba que no activara aquella mirada hipnótica para obligarme a decirle la verdad, porque lo que sentía en aquel momento era… euforia. Ella estaba justo allí, conmigo, por su propia voluntad, y había podido tocarle la mano. Y probablemente aún me quedaran unas cuantas horas por delante con ella, ya que había prometido llevarme en coche a casa. Nunca me había sentido tan feliz y tan descolocado al mismo tiempo.

—¿No tienes mareos, ni frío, ni malestar…?

El modo en que enumeraba los síntomas me recordó a un examen médico. Y no tenía frío, ni malestar, ni me sentía mareado. Al menos, no en el sentido médico.

—¿Debería?

Se rio.

—Me preguntaba si estarías en estado de *shock* —admitió—. He visto a gente entrar en *shock* por muchos menos motivos.

—Ah. No, creo que estoy bien, gracias.

Lo cierto era que haber estado a punto de morir asesinado no era lo más interesante que me había pasado aquella noche, y la verdad es que no había pensado demasiado en ello.

—Da igual, me sentiré mejor cuando hayas tomado algo de comida.

El camarero apareció con nuestras bebidas y una cesta de colines en ese preciso momento. Permaneció de espaldas a mí mientras lo dejaba todo sobre la mesa y luego le tendió el menú a Edythe. Una vez concluido su experimento, esta vez prácticamente ni lo miró. Se limitó a empujar el menú sobre la mesa en dirección a mí.

El camarero se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Tenemos algunas especialidades. Bueno, tenemos raviolis de setas y…

—Suena de maravilla —le interrumpí. Me daba igual qué comer: la comida era la última de mis preocupaciones—. Tomaré eso —hablé un poco más alto de lo necesario, pero la verdad es que no estaba seguro de que fuera consciente de que yo estaba allí sentado.

Por fin me dirigió una mirada sorprendida, e inmediatamente después devolvió su atención a Edythe.

—¿Y usted?

—Eso es todo, gracias.

Por supuesto.

El camarero aguardó un segundo. *Quizá a la espera de otra sonrisa*, pensé. Un glotón insaciable. Al ver que Edythe no apartaba los ojos de mí, se rindió y se alejó.

—Bebe —dijo Edythe. Sonó como si fuera una orden.

Al principio, di unos sorbitos a mi refresco obedientemente; luego, bebí a tragos más largos, sorprendido de la sed que tenía. Me tragué el vaso entero casi sin darme cuenta, y Edythe empujó el suyo hacia mí.

—No, gracias —le dije.

—No voy a bebérmelo —dijo, y su tono hizo énfasis en la obviedad.

—Claro —respondí y, como en realidad yo seguía sediento, también me terminé su vaso.

—Gracias —murmuré mientras la palabra que no quería ni pensar daba de nuevo vueltas en mi mente.

El frío del refresco se extendió por mi pecho y tuve que reprimir un escalofrío.

—¿Tienes frío?

—Es solo la Coca-Cola —le expliqué mientras volvía a reprimir otro estremecimiento.

—¿No tienes una cazadora?

—Sí —con gesto automático, palpé la silla contigua—. Vaya, me la he dejado en el coche de Jeremy —me percaté. Me encogí de hombros y volví a estremecerme.

Edythe empezó a desatarse la bufanda color hueso que llevaba alrededor del cuello. Me di cuenta de que jamás me había fijado en la ropa que llevaba: no solo aquella noche, sino nunca. Lo único que recordaba era el vestido negro de mi pesadilla… Pero, aunque no me fijaba en los detalles, sabía que en el mundo real siempre vestía de colores claros. Como aquella noche: bajo la bufanda llevaba una chaqueta de cuero gris claro de corte de motociclista y un fino suéter blanco de cuello vuelto. Estaba bastante

seguro de que no solía mostrar mucha piel, lo que me recordó de nuevo el profundo escote en «V» del onírico vestido negro, y aquello fue un error. Una oleada de calor me empezó a florecer en un costado del cuello.

—Toma —dijo, tendiéndome la bufanda.

Yo la aparté de mí.

—En serio, estoy bien.

Ella ladeó la cabeza.

—El vello del costado de tu cuello está erizado, Beau —declaró—. No es una bufanda de mujer, si es eso lo que te preocupa. Se la he quitado a Archie.

—No la necesito —insistí.

—Vale. Royal se ha dejado una chaqueta en el maletero. Vuelvo ensegui…

Hizo amago de levantarse y yo estiré el brazo para tratar de alcanzar su mano, para evitar que se fuera. Ella la esquivó y entrelazó las manos bajo la mesa, pero no se levantó.

—No te vayas —dije en voz baja. Era consciente de que mi voz sonaba demasiado intensa (solo iba al coche, no es que fuera a desaparecer para siempre), pero no conseguía adoptar un tono normal—. Me pondré la bufanda, ¿de acuerdo?

Cogí la bufanda de la mesa —era muy suave, y no conservaba ningún calor, como debería ser después de que alguien se la hubiera quitado del cuerpo— y empecé a envolverme el cuello con ella. Que yo recordara, nunca había usado bufanda, así que simplemente la enrollé formando un círculo hasta que me quedé sin tela. Al menos me cubriría el enrojecimiento del cuello. Quizá debería hacerme con una bufanda.

Esta olía de maravilla, y el olor me resultaba familiar. Me di cuenta de que era un rastro del aroma del coche. Debía de ser su olor.

—¿Me la he puesto bien? —le pregunté. El suave tejido ya empezaba a calentarme la piel, y la verdad es que sí que era de ayuda.

—Te queda bien —dijo, pero luego se rio, así que supuse que la verdadera respuesta era «no».

—¿Le robas muchas cosas a… Archie?

Se encogió de hombros.

—Es el que mejor gusto tiene.

—No me contaste nada de tu familia. El otro día no nos dio tiempo.

¿Había sido el jueves anterior? Parecía que hacía muchísimo más.

Empujó la cesta de los colines en dirección a mí.

—No voy a entrar en estado de *shock* —le aseguré.

—Dame el gusto —dijo, y entonces hizo esa cosa suya de la sonrisa y los ojos con la que siempre me ganaba.

—Ay —gruñí, y alcancé un colín.

—Buen chico —rio.

Le dediqué una mirada sombría mientras masticaba.

—No sé cómo puedes sentir tanta indiferencia hacia lo que ha pasado —dijo—. Ni siquiera pareces trastornado. Una persona normal… —sacudió la cabeza—. Pero tú no eres normal, ¿verdad?

Negué a mi vez con la cabeza y tragué saliva:

—Soy la persona más normal que conozco.

—Eso es lo que todo el mundo piensa de sí mismo.

—¿Eso es lo que tú piensas de ti misma? —la reté.

Hizo un mohín.

—De acuerdo —dije—. ¿Alguna vez consideras contestar alguna de mis preguntas, o ni siquiera te lo planteas?

—Depende de la pregunta.

—Entonces, dime qué puedo preguntar.

Aún se lo estaba pensando cuando el camarero vino a traer mi pedido. Me di cuenta de que, inconscientemente, nos habíamos ido inclinando cada vez más cerca el uno del otro, ya que ambos nos erguimos cuando se aproximó. Dejó el plato delante de mí —tenía buena pinta— y rápidamente se volvió hacia Edythe para preguntarle:

—¿Ha cambiado de idea? ¿No hay nada que le pueda ofrecer?

No creía estar imaginando el doble significado que encerraba su ofrecimiento.

—Estaría bien que nos trajera algo más de beber.

Señaló los vasos vacíos, sin apartar los ojos de mí.

Ahora era el camarero el que me miraba, y me di cuenta de que se preguntaba por qué alguien como Edythe estaría mirando a alguien como yo

del modo en que lo hacía. Bueno, lo cierto es que para mí también era un misterio.

Cogió los vasos vacíos y se marchó.

—Supongo que tendrás un montón de preguntas que hacerme —murmuró Edythe.

—Solo un par de miles —respondí.

—No lo dudo… ¿Puedo hacerte una yo antes? ¿Es injusto?

¿Significaba aquello que después respondería a las mías? Asentí con entusiasmo.

—¿Qué quieres saber?

Ahora miró la mesa y sus ojos quedaron ocultos por sus negras pestañas. El cabello le cayó hacia delante, ocultándole aún más la cara.

Sus palabras fueron apenas un susurro.

—Hablamos de que estabas… intentando averiguar qué soy. Me preguntaba si has hecho algún progreso al respecto.

No contesté, y ella terminó por alzar la vista. Volví a alegrarme de llevar la bufanda puesta, aunque no fui capaz de ocultar el rastro rubicundo que notaba trepar hacia mi cara.

¿Qué podía decir? ¿Había hecho algún progreso? ¿O simplemente me había topado con una teoría aún más estúpida que la de las arañas radiactivas? ¿Cómo podía pronunciar aquella palabra en alto, aquella en la que llevaba intentando evitar pensar toda la noche?

No sé qué aspecto debía de tener mi cara, pero, de repente, su expresión se suavizó.

—¿Tan malo es? —me preguntó.

—¿Podemos…, podemos no hablar de ello aquí? —miré hacia el biombo que nos separaba del resto del restaurante.

—Malísimo —murmuró medio para sí. Había algo profundamente triste…, casi anciano en sus ojos. Cansancio, derrota. Me dolía de un modo extraño verla infeliz.

—Bueno —dije, tratando de aligerar el tono de mi voz—. En realidad, si contesto a tu pregunta, sé que tú no contestarás a las mías. Nunca lo haces. Así que… tú primero.

Su rostro se relajó.

—¿Hacemos un intercambio, entonces?

—Sí.

El camarero regresó con dos vasos de Coca-Cola. Los dejó sobre la mesa sin decir nada y se marchó de nuevo. Me pregunté si él sería capaz de notar la tensión tan claramente como yo lo hacía.

—Supongo que podemos intentarlo —murmuró Edythe—. Pero no te prometo nada.

—De acuerdo… —empecé con la más fácil—: ¿Qué te ha traído a Port Angeles esta noche?

Bajó la vista y cruzó cuidadosamente las manos sobre la mesa frente a ella, para luego mirarme a través de las pestañas mientras aparecía en su rostro el indicio de una sonrisa.

—Siguiente pregunta —respondió.

—Pero esa es la más fácil.

Se encogió de hombros.

—¿La siguiente?

Frustrado, bajé los ojos. Moví los platos, tomé el tenedor, pinché con cuidado un ravioli y me lo llevé a la boca con deliberada lentitud, pensando al tiempo que masticaba. Las setas estaban muy ricas. Tragué y bebí otro sorbo de mi refresco antes de levantar la vista.

—En tal caso, de acuerdo —la miré y proseguí lentamente—. Supongamos que, hipotéticamente, alguien es capaz de… saber qué piensa la gente, de leer sus mentes, ya sabes, salvo unas cuantas excepciones.

Sonaba muy estúpido. De ninguna manera iba a responderme, si ni siquiera había querido responder a la primera pregunta…

Pero, entonces, me miró con actitud tranquila y dijo.

—Solo *una* excepción, hipotéticamente.

Ay, madre.

Tardé un minuto en recuperarme. Ella aguardó pacientemente.

—De acuerdo —intenté que mi tono sonara natural—. Entonces, una sola excepción. ¿Cómo funciona? ¿Qué limitaciones tiene? ¿Cómo podría… ese alguien… encontrar a otra persona en el momento adecuado? ¿Cómo sabría que ella está en un apuro?

Al final, mis enrevesadas preguntas habían resultado no tener ningún sentido.

—¿Hipotéticamente? —quiso saber.

—Claro.

—Bueno, si… ese alguien…

—Llamémosla Jane —sugerí.

Esbozó una sonrisa seca.

—Si tu hipotética Jane hubiera estado atenta, la sincronización no tendría por qué haber sido tan exacta —puso los ojos en blanco—. Todavía no entiendo cómo puede haber pasado esto. ¿Cómo puede alguien meterse en tantos problemas, sistemáticamente, en lugares tan improbables? Destrozarías las estadísticas de delincuencia para una década, ya sabes.

—No entiendo por qué es culpa mía.

Ella me miró con los ojos cargados de esa frustración que ya me resultaba tan familiar.

—La verdad es que yo tampoco. Pero no sé a quién culpar.

—¿Cómo lo supiste?

Nuestras miradas se encontraron, apesadumbradas, e intuí que en ese preciso instante estaba debatiéndose entre si decir o no la verdad.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes —murmuré.

Estiré el brazo despacio para poner mi mano sobre las suyas, pero Edythe las retiró un centímetro y yo posé la mía sobre la mesa vacía.

—Eso es lo que quiero hacer —admitió, en voz aún más baja que la mía —. Pero no quiere decir que sea lo correcto.

—¿Por favor? —le pedí.

Ella dudó un segundo más, y todo lo que dijo a continuación le salió atropelladamente:

—Te seguí a Port Angeles. Nunca antes había intentado mantener con vida a alguien en concreto, y es mucho más problemático de lo que creía, pero eso tal vez se deba a que se trata de ti. La gente normal parece capaz de pasar el día sin tantas catástrofes. También me equivoqué cuando dije que eras un imán para los accidentes… Esa no es una clasificación lo suficientemente extensa. Eres un imán para los problemas. Si hay algo peligroso en un radio de quince kilómetros, inexorablemente te encontrará.

No me molestó que me hubiera estado siguiendo; en lugar de eso, sentí un extraño espasmo de satisfacción. Ella estaba allí por mí. Me miró fijamente, esperando a que reaccionara.

Pensé en lo que me había preguntado, aquella noche y también antes: «¿Crees que soy *peligrosa*?».

—¿Te incluyes en esa categoría? —pregunté.

—Sin ninguna duda.

Volví a estirar la mano por la mesa, ignorando cuando ella retiró levemente las suyas, y deposité la mía sobre su dorso. Las mantuvo muy quietas. Daban la sensación de ser de piedra —frías, duras y, ahora, inmóviles—. Me volvió a recordar a una estatua.

—Es la segunda vez —dije—. Gracias.

Se me quedó mirando, con el gesto fruncido.

Intenté suavizar la tensión haciendo un chiste.

—Bueno, ¿crees que me había llegado la hora la primera vez, cuando ocurrió lo de la furgoneta, y que has interferido en el porvenir, como en las pelis de *Destino Final*?

Mi broma cayó en dique seco. Su mueca se intensificó.

—¿Edythe?

Agachó el rostro y el pelo le cayó sobre las mejillas. Apenas pude escuchar su respuesta.

—Esa no fue la primera vez —replicó—. La primera fue cuando te conocí. No has estado a punto de morir dos veces, sino tres. La primera vez que te salvé… fue de mí misma.

Tan claramente como si volviera a estar en clase de Biología, pude ver la asesina mirada de ojos negros de Edythe. Volví a escuchar la frase que me vino a la mente en aquel momento: «Si las miradas matasen…».

—¿Lo recuerdas? —inquirió. Ahora me estaba mirando con su perfecto rostro muy serio—. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Esperaba algo más, algún tipo de reacción. Como no dije nada, enarcó las cejas.

—Te puedes ir, si quieres —me dijo—. Tus amigos siguen en el cine.

—No quiero irme.

De repente, estaba molesta.

—¿Cómo puedes decir eso?

Le rocé levemente las manos, completamente tranquilo. Aquello era algo que ya tenía decidido. No me incomodaba que fuera una criatura… peligrosa. Pero lo cierto es que ella me importaba. Dondequiera que estuviese, ahí es donde yo quería estar.

—No has terminado de contestar mi pregunta —le recordé, ignorando su enfado—. ¿Cómo me encontraste?

Me fulminó un momento con la mirada, como si deseara que yo también estuviera enfadado. Al ver que no funcionaba, sacudió la cabeza y resopló.

—Vigilaba a Jeremy —replicó, como si fuera lo más normal del mundo —. No con mucha atención. Como te dije, no mucha gente consigue meterse en líos en Port Angeles. Al principio no me di cuenta de que te habías ido por tu cuenta y luego, cuando comprendí que ya no estabas con ellos, fui a buscar a alguien que te hubiera visto. Encontré la librería por la que habías pasado, pero te puedo decir que sé que no llegaste a entrar y que te dirigiste al sur. Sabía que tendrías que dar la vuelta pronto, por lo que me limité a esperarte, investigando al azar en los pensamientos de los viandantes que sondeaba para saber si alguno se había fijado en ti, y saber de ese modo dónde estabas. No tenía razones para preocuparme, pero estaba extrañamente ansiosa…

Se sumió en sus pensamientos, mirando a la nada.

—Comencé a conducir en círculos, seguía alerta. El sol se puso al fin y estaba a punto de salir y seguirte a pie cuando… —enmudeció, cerrando la mandíbula con un ruido sordo.

—¿Qué pasó entonces?

Volvió a fijar la atención en mi rostro.

—Oí lo que pensaban, vi tu rostro en sus mentes y supe lo que querían hacerte.

—Pero llegaste a tiempo.

Inclinó la cabeza levemente.

—Me costó más de lo que imaginas irme de allí con el coche y dejarlos marchar. Era lo correcto, lo sé, pero aun así… me resultó muy difícil.

Intenté no imaginarme lo que habría hecho si no la hubiera obligado a irse. No quería dar rienda suelta a mi mente en esa dirección, precisamente.

—Ese es uno de los motivos por los que te he pedido que vinieras a cenar conmigo —admitió—. Te podía haber dejado ir con Jeremy y Allen al cine, pero temía que, si me dejabas sola, iría a por ellos.

Sabía que estaba intentando ahuyentarme con su ataque de sinceridad, pero estaba malgastando esfuerzo.

Inspiró hondo.

—¿Vas a comer algo más? —me preguntó.

Yo parpadeé frente a mi comida.

—No, estoy bien.

—¿Quieres irte a casa?

Yo callé durante un segundo.

—No tengo prisa.

Frunció el ceño, como si mi respuesta la molestara.

—¿Me puedes devolver mis manos? —me pidió.

Aparté la mía como impulsado por un resorte.

—Claro. Perdona.

Me lanzó una mirada al tiempo que sacaba algo de su bolsillo.

—¿Podemos estar quince minutos sin disculparnos innecesariamente?

Si no era preciso que me disculpara por haberla tocado, ¿significaba eso que le gustaba? ¿O simplemente que no la ofendía?

—Pues… probablemente no —admití.

Ella rio, y en ese momento apareció el camarero.

—¿Qué tal…? —empezó a preguntar.

Ella le cortó:

—Hemos terminado, muchas gracias. Esto debería ser suficiente. Quédese el cambio. Gracias.

Ya se había levantado de la silla.

Yo busqué torpemente mi cartera.

—Esto, déjame… Si ni siquiera has comido nada.

—Yo invito, Beau.

—Pero…

—Intenta no quedarte enganchado en roles de género tan anticuados.

Empezó a alejarse y yo me apresuré a alcanzarla, pasando junto al sorprendido camarero que miraba lo que parecía un billete de cien dólares que descansaba en la mesa frente a él.

Dejé a Edythe atrás, corriendo de nuevo para abrirle la puerta e ignorando lo que había mencionado acerca de los roles de género anticuados. Era consciente de que ella era más rápida de lo que yo probablemente podía imaginar, pero la sala, bastante llena de testigos, la obligaba a actuar como si fuera uno de ellos. Me miró con extrañeza mientras le sostenía la puerta, como si fuera de ese tipo de chicas a las que les conmueve el gesto pero, al mismo tiempo, les incomoda. Decidí pasar por alto el factor incomodidad y volví a dejarla atrás para hacer lo mismo con la puerta del coche. Se abrió con facilidad: nunca lo cerraba con llave. Llegados a este punto, su expresión parecía más sorprendida que otra cosa, y lo interpreté como una buena señal.

Fui prácticamente corriendo al asiento del copiloto, acariciando el capó con la mano a medida que avanzaba. Tenía la exasperante sensación de que se arrepentía de haberme contado tantas cosas y de que podría estar tentada de arrancar sin mí y perderse en la noche. Una vez dentro, clavó los ojos en el cinturón de seguridad hasta que me lo volví a poner. Durante un segundo me pregunté si no sería una de esas personas obsesionadas con la seguridad al volante… hasta que me di cuenta de que ella no se había molestado en abrocharse el suyo, y de que estábamos atravesando el escaso tráfico sin que ella tomara la más mínima precaución.

—Ahora —dijo con una sonrisa triste—, te toca a ti.

TEORÍA

—¿Puedo…? ¿Puedo hacerte solo una pregunta más? —tartamudeé velozmente mientras ella aceleraba a toda velocidad por la calle desierta.

No tenía ninguna prisa por contestar su pregunta.

Ella sacudió la cabeza para negar.

—Teníamos un trato.

—No es una pregunta, en realidad —argüí—. Es más bien una aclaración sobre algo que has dicho antes.

Puso los ojos en blanco.

—Que sea rápido.

—Bueno… Dijiste que sabías que no había entrado en la librería y que me había dirigido hacia el sur. Solo me preguntaba cómo lo sabías.

Se quedó pensando un momento, como si estuviera deliberando de nuevo.

—Pensaba que habíamos pasado la etapa de las evasivas —recalqué.

Me miró como diciéndome «Tú te lo has buscado».

—De acuerdo. Seguí tu olor.

No tenía respuesta para aquello. Me quedé mirando por la ventana, intentando asimilarlo.

—Te toca a ti, Beau.

—Pero no has respondido mi otra pregunta.

—Oh, venga, vamos.

—En serio. No me has explicado cómo funciona lo de leer mentes. ¿Puedes leer la mente de cualquiera en cualquier parte? ¿Cómo lo haces?

¿Puede hacerlo el resto de tu familia…?

Me resultaba más fácil hablar de aquello en la oscuridad del coche. Las farolas ya quedaban muy atrás, y a la luz del tenue resplandor procedente del tablero de mandos, todas aquellas locuras parecían un poco más factibles.

Me dio la sensación de que ella tenía la misma percepción de irrealidad que yo, como si la normalidad hubiera quedado suspendida mientras compartíamos aquel espacio. Su voz pareció tranquila cuando respondió:

—Solo yo tengo esa facultad, y no puedo oír a cualquiera en cualquier parte. Debo estar bastante cerca. Cuanto más familiar me resulta esa «voz», más lejos soy capaz de oírla, pero, aun así, no más de unos pocos kilómetros —hizo una pausa con gesto meditabundo—. Se parece un poco a un enorme *hall* repleto de personas que hablan todas a la vez. Solo es un zumbido, un bisbiseo de voces al fondo, hasta que localizo una, y entonces está claro lo que piensa…

»La mayor parte del tiempo no las escucho, ya que puede llegar a distraer demasiado y así es más fácil parecer normal —frunció el ceño al pronunciar la palabra—, y no responder a los pensamientos de alguien antes de que los haya expresado con palabras.

—¿Por qué crees que no puedes «oírme»? —pregunté con curiosidad.

Me miró con unos ojos que daban la sensación de querer perforar los míos, con aquella mirada de frustración que tan bien conocía. Me di cuenta de que siempre que me había mirado así, debía de haber estado intentando escuchar mis pensamientos, sin éxito. Su expresión se relajó cuando desistió.

—No lo sé —murmuró—. Mi única suposición es que tal vez tu mente funcione de forma diferente a la de los demás. Es como si tus pensamientos fluyeran en onda media y yo solo captase los de frecuencia modulada.

Me sonrió, repentinamente divertida.

—¿Mi mente no funciona bien? ¿Soy un bicho raro?

Su especulación dio en el clavo. Siempre lo había sospechado, y me avergonzaba tener la confirmación.

—Yo oigo voces en la cabeza y es a ti a quien le preocupa ser un bicho raro —se rio—. No te inquietes, es solo una teoría… —su rostro se tensó—.

Y eso nos trae de vuelta a ti.

Fruncí el ceño. ¿Cómo podía verbalizarlo?

—Pensaba que habíamos pasado la etapa de las evasivas —me recordó con dulzura.

Aparté la vista del rostro de Edythe por primera vez en un intento de hallar las palabras, mis ojos se posaron en el tablero de mandos… y vi el indicador de velocidad.

—¡Dios santo! —grité—. ¡Ve más despacio!

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a izquierda y derecha en lugar de al frente, que es adonde debería mirar. El automóvil no desaceleró.

—¡Vas a ciento sesenta! —seguí chillando.

Eché una ojeada de pánico por la ventana, pero estaba demasiado oscuro para distinguir mucho. La carretera solo era visible hasta donde alcanzaba la luz azulada de los faros delanteros. El bosque que flanqueaba ambos lados del camino parecía un muro negro, tan duro como si fuese de acero si nos salíamos de la carretera a esa velocidad.

—Tranquilízate, Beau.

Puso los ojos en blanco sin reducir aún la velocidad.

—¿Pretendes que nos matemos? —quise saber.

—No vamos a chocar.

Intenté modular el volumen de mi voz al preguntar:

—¿Por qué vamos tan deprisa, Edythe?

—Siempre conduzco así —se volvió y me deslumbró con una sonrisa.

—¡No apartes la vista de la carretera!

—Nunca he tenido un accidente, Beau, ni siquiera me han puesto una multa —sonrió y se acarició la frente—. A prueba de radares detectores de velocidad.

—¡Las manos en el volante, Edythe!

Suspiró y vi con alivio que la aguja descendía gradualmente hasta los ciento veinte.

—¿Satisfecho?

—Casi.

—Odio conducir despacio —musitó.

—¿A esto le llamas despacio?

—Basta de criticar mi conducción —dijo bruscamente—. Sigo esperando que respondas a mi pregunta.

Me obligué a apartar los ojos de la carretera que había frente a nosotros, pero no sabía adónde dirigirlos. Me costaba mirarla a la cara, sabiendo qué palabra estaba a punto de pronunciar. Mi ansiedad debía de ser bastante evidente.

—Te prometo que esta vez no me voy a reír —dijo en tono amable.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Y entonces qué es?

—Que te… enfades. Que te entristezca.

Ella levantó la mano de la palanca de cambios y la extendió hacia mí, apenas unos centímetros. Me la estaba ofreciendo. Yo alcé la vista fugazmente, para asegurarme de que lo había entendido bien, y vi que su mirada era tierna.

—No te preocupes por mí —me dijo—. Puedo con ello.

Le tomé la mano y ella curvó los dedos muy delicadamente alrededor de los míos durante una fracción de segundo, y luego volvió a depositar la mano en la palanca. Con mucho cuidado, apoyé mi mano sobre el dorso de la suya de nuevo. Deslicé el pulgar por el borde de su mano, dibujando el recorrido desde su muñeca a la yema de su meñique. Tenía la piel tan suave… como si no tuviera ningún tipo de tersura, como si fuera de seda. Más suave aún, si cabe.

—El suspense me está matando, Beau —susurró.

—Lo siento. No sé cómo empezar.

Se produjo otro largo silencio, en el que solo se escucharon el ronroneo del motor y el sonido de mi aliento entrecortado. El suyo no producía ningún ruido. Recorrí de nuevo su mano perfecta.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —sugirió, con un tono más normal. Casi práctico—. ¿Es algo que se te ha ocurrido a ti, o hay algo que te ha llevado a pensar en ello, como un libro, quizá, o una película?

—No, nada que ver —dije—. Pero no se me ha ocurrido a mí solo.

Aguardó.

—Fue el sábado, en la playa —me arriesgué a alzar los ojos y contemplar su rostro. Parecía confundida—. Me encontré con una vieja

amiga de la familia, Jules… Julie Black. Su madre, Bonnie, y Charlie han sido amigos desde antes de que yo naciera.

Aún parecía perpleja.

—Bonnie es una de las jefas quileute…

Una expresión helada sustituyó al desconcierto anterior. Fue como si de repente todos los rasgos de su rostro se petrificaran. Extrañamente, así parecía incluso más hermosa, de nuevo una diosa iluminada por las luces del tablero de control. Aunque no tenía un aspecto muy humano.

Permaneció inmóvil, así que me sentí obligado a explicar el resto.

—En la playa había una mujer quileute, Sam algo. Logan dijo algo sobre ti… Intentaba provocarme. Y la tal Sam mencionó que tu familia no acudía a la reserva, solo que sonó como si aquello tuviera un significado especial. Jules daba la impresión de saber de qué estaba hablando la mujer, así que me quedé a solas con ella y le insistí hasta que me contó… me contó las antiguas leyendas quileutes.

Me sorprendí cuando habló: su rostro estaba tan quieto que sus labios apenas se movían.

—¿Y sobre qué hablan esas leyendas? ¿Qué te dijo Jules Black que soy?

Abrí la boca a medias, pero la volví a cerrar.

—¿Qué?

—No quiero decirlo —admití.

—Tampoco es mi palabra favorita —su rostro recobró un poco de calidez: volvía a parecer humana—. Pero el hecho de no mencionarla tampoco va a borrarla del diccionario. A veces… creo que no decirla la torna más poderosa.

Me pregunté si tendría razón.

—¿Una vampira? —susurré.

Dio un respingo.

Pues no: decirla en voz alta no le restaba ni un ápice de fuerza.

Lo extraño es que ya no parecía una estupidez, como me lo había parecido en mi habitación. No tenía la sensación de que estuviéramos hablando de cosas imposibles, de viejas leyendas, de absurdas películas de terror o de libros de bolsillo. Parecía real.

Y muy poderoso.

Condujimos en silencio durante un minuto más, y la palabra «vampira» pareció ir haciéndose más y más grande dentro de aquel coche. No daba la sensación de que ese fuera el término que la describía, sino, más bien, uno que tenía la capacidad de hacerle daño. Intenté pensar en algo, en cualquier cosa que anulara su sonido.

Sin embargo, antes de que se me ocurriera nada que decir, ella habló:

—¿Qué hiciste entonces?

—Pues, bueno… busqué en Internet.

—¿Y eso te convenció? —su voz lo daba por hecho.

—No. Nada encajaba. La mayoría eran tonterías, y yo solo…

Callé de golpe. Ella aguardó y, cuando vio que no terminaba, me miró.

—¿Tú qué? —me insistió.

—Bueno, en realidad, no importa, ¿no? Así que lo dejé estar.

Sus ojos se fueron abriendo más y más, y luego, de repente, se entrecerraron en dos finas rendijas que se fijaron en mí. No quería recordarle que probablemente debería estar mirando por dónde iba, pero la velocidad había aumentado de nuevo por encima de ciento cuarenta, y parecía completamente ajena a la carretera plagada de curvas que se extendía frente a nosotros.

—Esto…, Edythe…

—¿Que no importa? —casi me gritó. Su voz se estaba tornando estridente y casi… metálica—. ¡¿Que no importa?!

—No. A mí no, en realidad.

—¿No te importa que sea un monstruo? ¿Que no sea humana?

—No.

Por fin volvió a mirar al frente, sus ojos eran dos grandes y furiosas hendiduras que cruzaban su rostro. Pude notar cómo el coche aceleraba debajo de mi cuerpo.

—Te has enfadado. No debería haberte dicho nada —murmuré.

Ella sacudió la cabeza y respondió, siseando entre dientes:

—No. Prefiero saber qué piensas, incluso cuando lo que pienses sea una locura.

—Lo siento.

Dejó escapar un suspiro de enfado, y luego volvió a quedarse en silencio durante unos minutos. Yo acaricié su mano de arriba abajo con mi pulgar.

—¿Qué estás pensando ahora? —me preguntó. Su voz parecía más tranquila.

—Pues… nada, en realidad.

—Me vuelve loca no saberlo.

—No quiero… No quiero ofenderte.

—Escúpelo, Beau.

—Tengo muchas preguntas. Pero no tienes que responderlas si no quieres. Solo tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

Me la quedé mirando un minuto hasta que la mitad de su boca se curvó en una sonrisa.

—¿Y cuánto hace que tienes diecisiete años? —pregunté.

—Bastante —admitió.

Yo sonreí.

—De acuerdo.

Me miró como si se me hubiera ido la cabeza.

Pero aquello era mucho mejor. Era mucho más sencillo cuando se limitaba a ser ella misma y no se preocupaba por ocultarme cosas. Me gustaba sentirme dentro. Su mundo era donde yo quería estar.

—No te rías, pero ¿cómo es que puedes salir durante el día?

En cualquier caso, se rio.

—Un mito.

El sonido de su voz era cálido. Me hizo sentir como si hubiera engullido un puñado de luz solar. Mi sonrisa se ensanchó.

—¿No te quema el sol?

—Un mito.

—¿Y lo de dormir en ataúdes?

—Un mito —vaciló durante un momento y luego añadió en voz baja—. No puedo dormir.

Necesité un minuto para comprenderlo.

—¿Nada?

—Jamás —murmuró.

Se volvió para mirarme con expresión de nostalgia. Le sostuve la mirada, y mis ojos quedaron atrapados en aquellos pozos dorados. Pasados unos cuantos segundos, perdí la capacidad de pensar.

De repente se giró, y entornó los párpados de nuevo.

—Aún no me has formulado la pregunta más importante.

—¿La pregunta más importante? —repetí. No sabía a qué se refería.

—¿No te preocupa mi dieta? —preguntó con sarcasmo.

—Ah, esa.

—Sí, esa —remarcó con voz átona—. ¿No quieres saber si bebo sangre?

Puse una mueca.

—Bueno, Julie me dijo algo al respecto.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que no… cazabais personas. Dijo que se suponía que vuestra familia no era peligrosa porque solo dabais caza a animales.

—¿Dijo que no éramos peligrosos?

Su voz fue profundamente escéptica.

—No exactamente. Dijo que se suponía que no lo erais, pero los quileutes siguen sin quereros en sus tierras, solo por si acaso.

Miró hacia delante, pero no sabía si observaba o no la carretera.

—Entonces, ¿tiene razón en lo de que no cazáis personas? —pregunté, intentando alterar la voz lo menos posible.

—La memoria de los quileutes llega lejos… —susurró.

Lo acepté como una confirmación.

—Aunque no dejes que eso te satisfaga —me advirtió—. Tienen razón al mantener la distancia con nosotros. Seguimos siendo peligrosos.

—No comprendo.

—Intentamos… —explicó. Su voz se tornó más solemne y lenta—, solemos ser buenos en todo lo que hacemos, pero a veces cometemos errores. Yo, por ejemplo, al permitirme estar a solas contigo.

—¿Esto es un error?

Oí la tristeza de mi voz, pero no supe si ella también lo había advertido.

—Uno muy peligroso —murmuró.

A continuación, ambos permanecimos en silencio. Observé cómo giraban las luces del coche con las curvas de la carretera. Se movían con demasiada rapidez, no parecían reales, sino un videojuego. Era consciente de que el tiempo se me escapaba rápidamente, se me acababa como la carretera que recorríamos, y tuve un miedo espantoso a no disponer de otra oportunidad para estar con ella de nuevo como en este momento, abiertamente, sin muros entre nosotros. Lo que estaba diciendo sonaba a… despedida. Mi mano apretó la suya. No podía perder ninguno de los minutos que tenía a su lado.

—Cuéntame más.

En realidad no me preocupaba lo que dijera, solo quería oír su voz de nuevo.

Me miró rápidamente, sobresaltada por el cambio que se había operado en mi voz.

—¿Qué más quieres saber?

—Dime por qué cazáis animales en lugar de personas —dije. Fue la primera pregunta que se me ocurrió. Mi voz sonaba pastosa. Parpadeé para eliminar el exceso de humedad que se acumulaba en mis ojos.

—No quiero ser un monstruo —respondió en voz muy baja.

—Pero ¿no bastan los animales?

Hizo una pausa.

—No puedo estar segura, pero yo lo compararía con vivir a base de queso y leche de soja. Nos llamamos a nosotros mismos vegetarianos, es nuestro pequeño chiste privado. No sacia el apetito por completo, bueno, más bien la sed, pero nos mantiene lo bastante fuertes para resistir… la mayoría de las veces —su tono se ensombreció—. Unas veces es más difícil que otras.

—¿Te resulta muy difícil ahora? —pregunté.

Suspiró.

—Sí.

—Pero ahora no tienes hambre —dije, afirmando, no preguntando.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tus ojos. Te dije que tenía una teoría. Parece que el color está relacionado con tu estado de humor, y por lo general la gente se enfada cuando tiene hambre, ¿no?

Se rio.

—Eres más observador de lo que pensaba.

Escuché el sonido de su risa y lo grabé en la memoria.

—Entonces, todo lo que creí ver aquel día del accidente realmente sucedió. Tú frenaste la furgoneta.

Se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Cuánta fuerza tienes?

Me miró con el rabillo del ojo.

—Bastante.

—¿Podrías, por ejemplo, levantar un peso de dos mil quinientos kilos?

Mi entusiasmo la descolocó un poco.

—Si tuviera que hacerlo, sí. Pero no me gusta mucho hacer demostraciones de fuerza. Lo único que consigo es que Eleanor se vuelva muy competitiva, y yo nunca seré tan fuerte.

—¿Cuán fuerte es ella?

—La verdad es que, si quisiera, creo que podría levantar una montaña por encima de su cabeza. Pero es algo que nunca diría si ella estuviera cerca, porque entonces se sentiría obligada a intentarlo —rio, y su risa pareció relajada. Cariñosa.

—Este fin de semana estuviste cazando con ella, ¿verdad? —quise saber cuando todo se hubo calmado.

—Sí —calló durante un segundo, como si estuviera decidiendo si decir algo o no—. No quería salir, pero era necesario. Es un poco más fácil estar cerca de ti cuando no tengo sed.

—¿Por qué no querías marcharte?

—El estar lejos de ti me pone… ansiosa —su mirada era amable e intensa y sentí que me costaba respirar con normalidad—. No bromeaba cuando te pedí que no te cayeras al mar o te dejaras atropellar el jueves pasado. Estuve abstraída todo el fin de semana, preocupándome por ti, y después de lo acaecido esta noche, me sorprende que hayas salido indemne

del fin de semana —movió la cabeza; entonces recordó algo—. Bueno, no del todo.

—¿Qué?

—Tus manos —me recordó.

Observé las palmas de mis manos y las rasguñaduras casi curadas que tenía. A Edythe no se le escapaba nada.

—Me caí.

—Eso es lo que pensé —las comisuras de sus labios se curvaron—. Supongo que, siendo tú, podía haber sido mucho peor, y esa posibilidad me atormentó mientras duró mi ausencia. Fueron tres días realmente largos y la verdad es que puse a Eleanor de los nervios.

—¿Tres días? ¿No acabas de regresar hoy?

—No, volvimos el domingo.

—Entonces, ¿por qué no fuisteis al instituto?

Estaba frustrado, casi enfadado, al pensar en lo mucho que su ausencia me había afectado.

—Bueno, me has preguntado si el sol me dañaba, y no lo hace, pero no puedo salir a la luz del día… Al menos no donde me pueda ver alguien.

—¿Por qué?

—Alguna vez te lo mostraré —me prometió.

Pensé en ello durante un momento.

—Me podías haber llamado —decidí.

Se quedó confusa.

—Pero sabía que estabas a salvo.

—Pero yo no sabía dónde estabas. Yo… —vacilé y entorné los ojos.

—¿Qué? —su sedosa voz resultaba tan hipnótica como sus ojos.

—Te va a parecer una tontería pero, bueno…, me ha sacado de mis casillas. Pensaba que quizá no volverías. Que de algún modo sabías que yo lo sabía y… tenía miedo de que desaparecieras. No sabía qué hacer. Necesitaba volver a verte.

Se me empezaron a encender las mejillas.

Se quedó quieta. Yo alcé la vista con aprensión: parecía apenada, como si algo le estuviera haciendo daño.

—Edythe, ¿estás bien?

—Ay —gimió en voz baja—, eso no está bien.

No comprendí esa respuesta.

—¿Qué he dicho?

—¿No lo ves, Beau? De todas las cosas en que te has visto involucrado, es una de las que me hace sentir peor —fijó los ojos en la carretera abruptamente; habló a borbotones, a tal velocidad que casi no lo comprendí —. No quiero oír que te sientas así. Es un error. No es seguro. Beau, soy peligrosa. Grábatelo, por favor.

—Me da igual.

—Esa es una manera muy estúpida de responder.

—Tal vez, pero es la verdad. Te lo dije, no me importa qué seas. Es demasiado tarde.

—Jamás digas eso. No es demasiado tarde. Puedo hacer que las cosas vuelvan a ser como eran. Lo conseguiré —espetó con dureza y en voz baja.

Clavé la vista al frente, de nuevo agradecido por llevar la bufanda. Estaba seguro de que mi cuello era una masa de manchas púrpuras.

—No quiero que las cosas vuelvan a ser como eran —murmuré. Me preguntaba si se suponía que debía apartar la mano. La mantuve quieta. Tal vez ella se olvidara de que estaba allí.

—Siento mucho haberte hecho esto —su voz ardía con verdadero arrepentimiento.

La oscuridad se deslizaba a nuestro lado en silencio. Me di cuenta de que el coche estaba aminorando la velocidad, e incluso en la oscuridad fui capaz de reconocerlo. Estábamos traspasando los límites de Forks. El viaje le había llevado menos de veinte minutos.

—¿Te veré mañana?

—¿Quieres verme? —susurró ella.

—Más de lo que nunca he querido nada en el mundo —era patético lo evidentemente sinceras que eran aquellas palabras. Lo de hacerse la dura le estaba rindiendo mucho.

Cerró los ojos. El coche no se desvió más de medio centímetro del centro del carril.

—Entonces, allí estaré —dijo por fin—. He de entregar un trabajo.

En aquel momento me miró: su rostro parecía más tranquilo, pero sus ojos se mostraban atribulados.

Estábamos enfrente de la casa de Charlie. Las luces estaban encendidas y mi coche en su sitio. Todo parecía absolutamente normal. Era como despertar de un sueño: el tipo de sueño del que no quieres despertar, de esos en los que cierras fuertemente los ojos, te das media vuelta y te tapas la cabeza con una almohada para no perderlo. Detuvo el vehículo, pero no me moví.

—¿Me reservas un asiento durante el almuerzo? —pregunté, dubitativo.

Me recompensó con una gran sonrisa.

—Eso está hecho.

—¿Me lo prometes? —no conseguí que mi voz sonara desenfadada.

—Lo prometo.

La miré a los ojos y volví a sentirla como un imán, como si me atrajera hacia ella y yo no tuviera posibilidad de resistirme. Tampoco quería intentarlo. La palabra «vampira» aún flotaba entre nosotros, pero era más fácil de ignorar de lo que nunca hubiera podido imaginar. Su rostro era tan insoportablemente perfecto que casi dolía mirarlo. Pero, al mismo tiempo, nunca sentía ganas de apartar los ojos de él. Deseaba saber si sus labios serían tan sedosamente suaves como la piel de su muñeca…

De repente, su mano izquierda apareció a un centímetro de mi cara, con la palma vuelta hacia mi rostro en señal inequívoca de que retrocediera, y ella se apretaba contra la puerta del coche haciendo una mueca, mirándome con ojos enormes y asustados y dientes apretados.

Me aparté sobresaltado.

—¡Lo siento!

Se quedó mirándome durante un segundo que pareció eterno, y podría haber jurado que no estaba respirando. Un rato después, se tranquilizó un poco.

—Tienes que ser más precavido, Beau —dijo por fin, con voz queda.

Muy cuidadosamente —como si yo estuviera hecho de cristal, o algo así — su mano izquierda levantó la que yo había posado sobre la derecha y la soltó. Yo crucé los brazos sobre el pecho.

—Quizá… —empezó a decir.

—Puedo esforzarme más —me apresuré a interrumpirla—. Solo dime cuáles son las reglas, y yo las seguiré. Haré cualquier cosa que quieras que haga.

Ella suspiró.

—En serio. Pídeme algo, lo que sea, y lo haré.

Me arrepentí de haber dicho aquello en cuanto las palabras me salieron de la boca. ¿Y si me pedía que la olvidara? Había cosas que no estaban en mi poder.

Pero ella sonrió.

—De acuerdo, se me ocurre algo.

—¿Sí? —pregunté con cautela.

—No vuelvas solo al bosque.

Noté que la sorpresa se reflejaba en mi rostro.

—¿Cómo sabes eso?

Se tocó la punta de la nariz.

—¿En serio? Debes de tener un sentido del olfato realmente porten…

—¿Vas a acceder a lo que te he pedido o no? —me interrumpió.

—Claro, eso es fácil. ¿Te puedo preguntar por qué?

Frunció el ceño y miró con severidad por la ventana.

—No soy la criatura más peligrosa que ronda por ahí fuera. Dejémoslo así.

Su repentino tono sombrío me hizo estremecer, pero también estaba aliviado. Me podría haber pedido hacer algo mucho más difícil.

—Lo que tú digas.

Ella suspiró.

—Nos vemos mañana, Beau.

Supe que deseaba que saliera del coche, y abrí la puerta a regañadientes.

—Entonces, hasta mañana —enfaticé.

Empecé a salir del coche.

—¿Beau?

Me di la vuelta y me agaché torpemente mientras se inclinaba hacia mí, por lo que tuve su rostro pálido de rasgos divinos a unos centímetros del mío. Mi corazón se detuvo.

—Que duermas bien —dijo.

Su aliento rozó mi cara: era el mismo aroma irresistible que llenaba el coche, pero de una forma más concentrada. Parpadeé, totalmente deslumbrado. Edythe se alejó.

Me llevó unos segundos despejar mi mente y ser capaz de moverme de nuevo. Entonces salí del coche, teniendo que apoyarme en el marco de la puerta. Creí oírla soltar una risita, pero el sonido fue demasiado bajo para confirmar que fuera cierto.

Aguardó hasta que llegué a trancas y barrancas a la puerta y entonces oí el sonido del motor del coche. Me volví a tiempo de contemplar el vehículo plateado desapareciendo detrás de la esquina. De repente, hacía mucho frío.

Tomé la llave de forma maquinal, abrí la puerta y entré.

Mi padre me llamó desde el cuarto de estar.

—¿Beau?

—Sí, papá, soy yo.

Cerré con llave y fui con él. Estaba viendo un partido de baloncesto.

—La película ha terminado muy pronto, ¿no?

—¿Es muy pronto?

Tenía la sensación de llevar días fuera… o quizá tan solo hubieran sido unos segundos. Desde luego, no lo suficiente.

—Aún no son ni las ocho —me dijo—. Bueno, ¿os ha gustado, al menos?

—La verdad es que no ha estado demasiado bien.

—¿Qué llevas en el cuello?

Agarré la bufanda, cuya presencia había olvidado por completo, e intenté quitármela de un tirón, pero le había dado demasiadas vueltas alrededor del cuello y solo conseguí estrangularme.

—Ay. Es que se me ha olvidado el abrigo… y alguien me ha dejado una bufanda.

—Te queda ridícula.

—Sí, supongo. Pero es calentita.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálido.

—¿No lo estoy siempre?

—Sí, supongo que sí.

En realidad me daba vueltas la cabeza y seguía teniendo frío, aunque sabía que en la habitación hacía calor.

¿No sería muy propio de mí terminar entrando en *shock*? *¡Contrólate!*, me dije.

—Bueno…, es que no dormí muy bien anoche —le dije a Charlie—. Creo que me voy a ir a la cama pronto.

—Buenas noches, hijo.

Subí las escaleras lentamente, y una especie de estupor empezó a nublarme la mente. No tenía motivos para estar tan agotado…, ni para tener tanto frío. Me cepillé los dientes y me rocié la cara con un poco de agua caliente, lo cual me produjo un escalofrío. Ni siquiera me molesté en cambiarme, tan solo me quité los zapatos y me metí en la cama completamente vestido: ya iban dos veces en la misma semana. Me envolví bien con el edredón y me estremecí a causa de un par de escalofríos.

La cabeza me daba vueltas como si estuviera mareado, la tenía llena de imágenes e impresiones, algunas que habría deseado poder distinguir con mayor claridad y otras que no quería volver a recordar nunca. La carretera deslizándose a nuestro alrededor a toda velocidad, la tenue luz amarillenta del restaurante arrancando destellos a su melena cobriza, la forma de sus labios al sonreír, su ceño fruncido… Los ojos de Jeremy a punto de salírsele de las cuencas, los faros chirriando hacia mí, la pistola apuntando directamente a mi cara mientras el sudor frío perlaba mi frente. La cama se sacudió bajo mi cuerpo cuando volví a estremecerme.

No, había muchas cosas que quería recordar, que quería grabar a fuego en mi mente, como para perder el tiempo con las que me resultaban desagradables. Me llevé la bufanda —que aún tenía puesta al cuello— a la nariz y aspiré su aroma. Casi inmediatamente, mi cuerpo se relajó y los temblores se calmaron. Imaginé su rostro mentalmente: cada facción, cada expresión, cada estado de ánimo.

Sabía con certeza un par de cosas. Una era que Edythe era realmente una vampira. Otra era que una parte de ella, y no sabía lo potente que podía ser esa parte, me percibía como alimento. Pero, en realidad, nada de eso importaba. Lo único que importaba era que la amaba, más de lo que hubiera

creído posible amar cualquier cosa. Ella era todo lo que deseaba, y lo único que desearía por siempre jamás.

INTERROGATORIOS

Por la mañana, todo era distinto.

Todo lo que me había parecido tan verosímil en la oscuridad de la noche anterior me sonaba a chistes malos cuando salió el sol, incluso dentro de mi propia mente.

¿De verdad había pasado? ¿Recordaba bien lo que habíamos dicho? ¿Realmente me había dicho aquellas cosas? ¿Era cierto que yo había tenido el coraje de decir lo que pensaba que había dicho?

Su bufanda —la que le había robado a su hermano— estaba doblada sobre mi mochila, y tuve que acercarme hasta allí para tocarla. Aquella parte, al menos, era real.

En el exterior, el día era brumoso y oscuro. Perfecto. Edythe no tenía razón alguna para no asistir a clase aquella mañana. Me vestí con muchísimas capas al recordar que no tenía la cazadora y deseando no empaparme por el camino hasta que pudiera recuperarla.

Al bajar las escaleras, descubrí que Charlie ya se había ido. Era más tarde de lo que creía. Devoré en tres bocados una barra de *muesli* acompañada de leche, que bebí a morro del cartón, y salí a toda prisa por la puerta. Con un poco de suerte, no empezaría a llover hasta que hubiera encontrado a Jeremy.

Había mucha niebla, el aire parecía impregnado de humo. Su contacto era gélido con el rostro. No veía el momento de llegar al calor de mi vehículo. La neblina era tan densa que hasta que no estuve a pocos metros de la carretera no me percaté de que en ella había un coche, un coche plateado que me resultaba muy familiar.

Mi corazón hizo esa cosa rara del doble latido, y yo imploré no estar desarrollando ningún tipo de trastorno vascular.

La ventanilla del copiloto estaba bajada, y ella se inclinaba hacia mí intentando no reírse de mi cara de: «Puede que me esté dando un infarto».

—¿Quieres que te lleve al instituto hoy? —preguntó.

Aunque estaba sonriendo, percibí incertidumbre en su voz. No quería que me sintiera sin elección: realmente quería que pensara bien lo que estaba haciendo. Quizá incluso deseara que dijera que no. Pero eso no iba a pasar.

—Sí, gracias —acepté, e intenté sonar natural.

Al agacharme para entrar en el caluroso interior del coche me di cuenta de que una cazadora color canela colgaba del reposacabezas del asiento del pasajero.

—¿Qué es esto?

—Una chaqueta de Royal. No quiero que pilles un resfriado ni nada por el estilo.

Deposité la chaqueta en el asiento trasero con cuidado. Ella no parecía darle importancia a coger prestadas cosas de sus hermanos, pero ¿qué pensarían ellos al respecto? Una de las imágenes confusas que recordaba del accidente que había tenido lugar ya no sabía cuántas semanas atrás era el rostro de sus hermanos observándonos desde la distancia. La palabra que mejor habría descrito el rostro de Royal era «ira».

Puede que me costara tenerle miedo a Edythe, pero no creía que fuera a tener el mismo problema con Royal.

Saqué la bufanda de mi mochila y la coloqué sobre la chaqueta.

—Estoy bien —le dije, y me golpeé el pecho con el dedo un par de veces—. Mi sistema inmunológico está en plena forma.

Ella rio, pero no estaba muy seguro de si era porque le parecía divertido o ridículo. Bueno, daba igual. Con tal de poder escuchar su risa…

Condujo a toda velocidad entre las calles neblinosas sin apenas mirar la carretera. Ella tampoco llevaba chaqueta; tan solo vestía un jersey de color lavanda claro con las mangas recogidas. El jersey se ceñía a su cuerpo, y traté de no mirar demasiado descaradamente. Tenía el pelo recogido en un moño en la nuca —despeinado, con mechones sueltos cayendo por todos

lados— y el modo en que dejaba a la vista la esbelta columna de su cuello resultaba muy turbador. Quise rozar con la yema de mis dedos toda la longitud de su garganta…

Pero tenía que tener más cuidado, como ya me había advertido la noche anterior. No estaba muy seguro de a qué se refería, pero me esforzaría al máximo porque, claramente, era algo que necesitaba que hiciera. Jamás haría nada que pudiera ahuyentarla de mi lado.

—¿Qué? ¿No tienes veinte preguntas para hoy? —inquirió.

—¿Tan desagradable te resultó anoche?

—No fue desagradable. Más bien… confuso.

Me sorprendió que se sintiera así. Yo tenía la sensación de que era el único que estaba perdido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Tus reacciones… No las entiendo.

—¿Mis reacciones?

Me miró con una ceja enarcada.

—Sí, Beau. Cuando alguien te dice que bebe sangre, se supone que al menos deberías molestarte, santiguarte, tirar agua bendita, huir gritando despavorido, ese tipo de cosas.

—Ah. Bueno…, prometo hacerlo mejor la próxima vez.

—Tienes que mejorar sin falta tus expresiones de terror.

—Yo no describiría la velada de anoche como terrorífica, precisamente.

Ella expulsó el aire por la nariz, molesta. No sabía qué decir. No había nada que me hiciera verla como algo de lo que hubiera que huir.

—¿Dónde están tus hermanos?

En realidad no quería pensar en su familia. No quería tener que lidiar con la idea de que hubiera más vampiros: otros vampiros que no fueran Edythe. Vampiros que pudieran inspirar verdadero terror.

Pero lo cierto era que normalmente su coche iba lleno y aquel día, no. Por supuesto que me alegraba. Me costaba imaginar que nada pudiera haberme disuadido de entrar en el coche cuando Edythe me invitó a hacerlo, pero una pandilla de vampiros furiosos en el asiento trasero quizá hubiera complicado el asunto.

Ya estaba entrando en el aparcamiento de la escuela. No habíamos tardado nada.

—Han ido en el coche de Royal —señaló un reluciente descapotable rojo con la capota levantada mientras aparcaba a su lado—. Ostentoso, ¿verdad?

—Si tiene esto, ¿por qué viene contigo?

—Como te he dicho, es ostentoso. Intentamos no desentonar.

—Me vas a perdonar, pero no lo conseguís —me reí mientras salíamos del coche.

Puso los ojos en blanco.

Ya no llegábamos tarde; su alocada conducción me había traído a la escuela con tiempo de sobra.

—Entonces, ¿por qué ha conducido Royal hoy si es más ostentoso?

—Es culpa mía, como de costumbre. Eso diría Royal. ¿No lo has notado, Beau? Ahora, estoy rompiendo todas las reglas.

Se reunió conmigo delante del coche y permaneció muy cerca de mí mientras caminábamos hacia el campus. Quería acortar esa pequeña distancia, extender la mano y tocarla, rodearle los hombros con el brazo, pero temía que ella no lo considerara lo suficientemente cauteloso.

—¿Por qué tenéis coches como esos? —me pregunté en voz alta—. Si queréis pasar desapercibidos, hay un montón de Hondas a vuestra disposición.

—Un lujo —admitió con una media sonrisa—. A todos nos gusta conducir deprisa.

—Claro —musité.

Con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, Jeremy estaba esperando debajo del saliente del tejado de la cafetería. Sobre su brazo estaba mi cazadora.

—Eh, Jer —dije cuando estuvimos a pocos pasos—. Gracias por traérmela.

Me la entregó sin decir nada.

—Buenos días, Jeremy —le saludó amablemente Edythe. Me percaté de que no estaba tratando de aturullarlo, pero era difícil resistir hasta la más leve de sus sonrisas.

—Eh… Hola —posó sus ojos sobre mí, intentando reunir sus pensamientos dispersos—. Supongo que te veré en Trigonometría.

—Sí, allí nos vemos.

Se alejó, deteniéndose dos veces para mirarnos por encima del hombro.

—¿Qué le vas a contar? —murmuró Edythe.

—¿Eh? —la miré, y luego clavé los ojos en la espalda de Jeremy—. Ah. ¿Qué está pensando?

Torció la boca hacia un lado.

—No sé si es demasiado ético que te diga lo que está…

—Lo que no es ético es que te reserves tus injustas ventajas para ti misma.

Me dedicó una sonrisa traviesa.

—Quiere saber si nos estamos viendo a escondidas, y también hasta dónde has llegado conmigo —dijo al final.

La sangre fluyó a mi cara a tal velocidad que estuve seguro de que la tendría completamente roja antes de que hubiera transcurrido un segundo.

Miró a otro lado, y su rostro se mostró repentinamente tan incómodo como el mío. Retrocedió un pasito e hizo chirriar los dientes.

Me llevó un minuto darme cuenta de que el sonrojo que a mí tanto me avergonzaba probablemente tuviera un significado completamente diferente para ella.

Aquello me incitó a tranquilizarme.

—Esto… ¿qué debo decirle?

Empezó a caminar y yo la seguí, sin fijarme adónde me estaba llevando.

Pasado un segundo, alzó la vista hacia mí con el rostro relajado y sonriendo de nuevo.

—Esa es una buena pregunta. Me muero de ganas por escuchar qué se te ocurre.

—Edythe…

Ella sonrió y, entonces, su pequeña mano se alzó para apartarme un mechón de pelo de la frente. Con la misma rapidez, volvió a dejar su mano al costado. Mi corazón renqueó como si estuviera en un verdadero aprieto.

—Te veré en el almuerzo —dijo, haciendo gala de sus hoyuelos.

Yo me quedé allí pasmado como si me hubieran atacado con una pistola de electrochoque mientras ella giraba sobre sus talones y se alejaba en dirección contraria.

Pasado un segundo, me recuperé lo suficiente como para darme cuenta de que estaba justo enfrente del aula de Literatura. Junto a la puerta se detuvieron tres personas que me observaban con distintos grados de sorpresa y asombro. Agaché la cabeza y los rocé al entrar en la clase.

¿De verdad iba Jeremy a preguntarme eso? ¿Edythe iba a estar realmente espiando mi reacción?

—Buenos días, Beau.

McKayla estaba en su asiento de siempre. Su saludo no sonaba tan entusiasta como solía. Estaba sonriendo, pero parecía deberse a una cuestión de educación y no a que realmente se alegrara de verme.

—Hola, McKayla. Eh… ¿cómo te va?

—Bien. ¿Qué tal la película anoche?

—Ah, claro, sí. En realidad no la vi. Me perdí y…

—Sí, ya lo he oído —respondió.

Yo parpadeé, sorprendido.

—¿Cómo?

—He visto a Jeremy antes de venir a clase.

—Ah.

—Me ha dicho que no te perdiste mucho. La peli era muy mala.

—Supongo que eso es bueno.

Repentinamente, McKayla se mostró muy interesada en sus uñas. Empezó a descascarillar el esmalte morado de una de ellas.

—¿Tenías, no sé, planes antes de ir? Bueno, es que Jeremy piensa que sí, y yo me preguntaba… qué necesidad tenías hacer tanto paripé.

—No, no, de verdad que iba a ver la peli. Lo de perderme y…, esas cosas…, no estaba planeado en absoluto.

McKayla resopló una vez, como si no me creyera, y luego alzó la vista hacia el reloj. La señora Mason estaba haciendo algo en su escritorio y no parecía tener demasiada prisa por empezar la clase.

—Me parece genial que salieras con Jeremy el lunes —dije para cambiar de tema—. Dijo que fue de maravilla.

O eso habría dicho, si se lo hubiera preguntado.

Se volvió a mirar las uñas, pero sus orejas adquirieron un leve tono rosado.

—¿Eso dijo? —me preguntó con un tono completamente distinto.

—Sí —mi voz se tornó en un susurro—. Recuerda que yo no te he dicho nada. Vamos, que no te he dicho que piensa que eres la chica más estupenda que ha conocido en su vida.

Sus orejas se pusieron aún más rosas.

—Ya: los famosos códigos de camaradería.

—No he dicho nada.

Por fin me dedicó una sonrisa sincera.

La señora Mason se levantó en aquel momento y nos pidió que abriéramos los libros.

Pensé que quizá habría conseguido librarme de McKayla, pero cuando la clase terminó, vi que Erica y ella intercambiaban una mirada, y que McKayla se estaba rascando otra vez el pintauñas mientras salíamos del aula.

—Oye —dijo.

—¿Sí?

—Me preguntaba si…, bueno, si al final te veremos en el baile. Ya sabes que, si te apetece, puedes venir con nuestro grupo.

—¿El baile? —me quedé mirándola sin componer ninguna expresión—. No. No. Sigo teniendo pensado ir a Seattle.

Pareció sorprenderse, pero luego se relajó.

—De acuerdo. Bueno, quizá podamos hacer algo en grupo para el baile de graduación. Compartir una limusina, o algo así.

Me detuve.

—Esto…, la verdad es que no pensaba ir al baile de graduación.

—¿En serio? ¡Increíble! —rio McKayla—. Pues quizá deberías mencionárselo a Taylor. Está convencida de que la vas a llevar como pareja.

Se me desencajó la mandíbula. McKayla se tronchaba de la risa.

—Eso pensaba yo —declaró.

—¿Lo dices en serio? —pregunté en cuanto pude recuperar el control de mi cara—. O sea, es probable que esté de broma…

—Logan y Jeremy estaban hablando de prepararlo con tiempo y organizar algo grande para la graduación, y entonces Taylor dijo que ella no se apuntaba porque ya tenía planes… contigo. Por eso Logan se porta contigo…, bueno, ya sabes, así. Siente algo por Taylor. Me ha parecido que te merecías saberlo. Después de todo, rompiste el código de camaradería por mí.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Decirle que no vas a ir con ella.

—Pero no puedo… ¿Qué le voy a decir?

Ella sonrió como si lo estuviera disfrutando de lo lindo.

—Madura un poco, Beau. O alquila un esmoquin. Tú decides.

Después de todo aquello, no pude sacar demasiado en claro de la clase de Historia. ¿De verdad era responsabilidad mía «anular» mi cita con Taylor para el baile de graduación? Intenté recordar qué le había dicho en el aparcamiento cuando me había pedido acompañarla. Estaba prácticamente seguro de que no me había comprometido a nada.

El cielo tenía un aspecto plomizo mientras caminaba a clase de Trigonometría, de un gris oscuro y con un aspecto opresivo. La semana anterior me habría parecido deprimente. Aquel día sonreí. Había cosas mejores de las que había a la luz del sol.

Cuando vi a Jeremy sentado en un asiento vacío de la última fila, con los ojos clavados en la puerta, esperándome, recordé que Taylor no era el único problema que tenía en aquel momento. Se me empezó a calentar el cuello, y deseé haberme quedado la bufanda.

Había otra silla vacía dos filas más adelante… pero probablemente lo mejor sería lidiar con aquello cuanto antes y quitármelo de encima.

La señora Varner aún no había llegado al aula. ¿Qué les pasaba a los profesores aquel día? Era como si a ninguno le importara que recibiéramos educación.

Me senté junto a Jeremy. No me hizo esperar.

—Ostras, tío —dijo—. ¿Quién iba a decir que jugabas en esa liga?

Puse los ojos en blanco.

—Yo no juego en ninguna liga.

—Por favor —me dio un puñetazo en el hombro—. Edythe Cullen. ¿Cómo has marcado un tanto así?

—Yo no he marcado nada.

—¿Cuánto lleváis juntos? ¿Es secreto, o algo así? Es decir, ¿no quiere que su familia lo sepa? ¿Por eso fingiste que venías a ver la película con nosotros?

—Yo no fingí nada. No tenía ni idea de que ella iba a estar en Port Angeles anoche. Era la última persona a la que esperaba encontrarme.

Pareció decepcionado por mi evidente franqueza.

—¿Has salido alguna vez con ella antes de anoche?

—Nunca.

—Guau. O sea, ¿que fue pura coincidencia?

—Supongo.

Era igual de obvio cuando contaba la verdad que cuando intentaba evitarla. Aquella mirada sospechosa y consabida regresó a su rostro.

—Porque, bueno, ya sabes que no es precisamente un secreto que has estado obsesionado con ella desde que llegaste aquí.

Compuse una mueca.

—¿No lo es?

—Así que me pregunto cómo lo has conseguido. ¿Tienes una lámpara maravillosa con un genio? ¿Has descubierto algo con lo que hacerle chantaje? ¿O le has vendido tu alma al diablo, o algo así?

—Lo que tú quieras, tío.

—¿Qué beneficio exacto obtienes del trato? Apuesto a que ayer tuviste una noche salvaje, ¿no?

Me estaba empezando a enfadar, pero sabía que le daría la vuelta a cualquier reacción que yo demostrara para que pareciera otra cosa.

Respondí muy calmado:

—Volvimos pronto. Estaba en casa a las ocho.

—¿En serio?

—Solo cenamos y luego me llevó a casa, Jeremy.

—Pero ¿qué me dices de esta mañana, entonces? Todavía seguías con ella.

—¿Todavía? ¡No! Pero… ¿piensas que ha pasado toda la noche conmigo?

—¿No lo ha hecho?

—No.

—Pero estabas en su coche…

—Me ha pasado a recoger esta mañana para traerme a la escuela.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Se ha ofrecido a traerme. No iba a decirle que no.

—¿Y ya está?

Me encogí de hombros.

—¿En serio? Por favor, dime que al menos te enrollaste con ella, o algo.

Le fruncí el ceño con severidad.

—No va de eso.

Puso cara de chasco.

—Esta es, fácilmente, la historia más decepcionante que he oído en mi vida. Retiro todo lo que he dicho sobre que juegas en una liga superior. Claramente, lo hace por pena.

—Sí, probablemente.

—Quizá debería intentar parecer más patético, si es eso lo que le gusta a Edythe.

—Adelante.

—Supongo que no tardará mucho en aburrirse de ti.

Mi fachada se tambaleó un segundo. Él se percató del cambio y sonrió, un poco engreído.

—Sí —dije—. Seguro que llevas razón.

La señora Varner apareció en ese preciso instante y el murmullo general empezó a acallarse en cuanto comenzó a escribir ecuaciones en la pizarra.

—Aunque, ¿sabes qué? —dijo Jeremy en voz muy baja—. Creo que prefiero estar con una chica normal.

Ya estaba enfadado. No me gustaba cómo hablaba de Edythe en general, y el modo en que dijo «normal» me sacó de mis casillas. No, Edythe no era normal, pero no era porque, como su tono trataba de dar a entender, tuviera… algo malo. Ella estaba más allá de la normalidad, por encima de

ella. La superaba tanto que la normalidad y Edythe ni siquiera estaban en el mismo plano de existencia.

—Probablemente sea lo mejor —murmuré con voz dura—. No aumentes mucho tus expectativas.

Me lanzó una mirada de asombro, pero yo me giré hacia la profesora. Era consciente de que volvía a vigilarme con suspicacia, hasta que la señora Varner se dio cuenta y llamó su atención para que contestara a una pregunta. Jeremy empezó a pasar espasmódicamente las páginas de su libro, tratando de averiguar qué le había preguntado.

Jeremy me dejó atrás en el pasillo de camino a la clase de Español, pero no me importó. Seguía enfadado. No volvió a hablarme hasta el final, cuando ya empezaba a guardar mis libros —un poco demasiado entusiasmado— en mi mochila.

—Hoy no te vas a sentar con nosotros para almorzar, ¿verdad?

Su rostro volvía a mostrarse receloso, y más precavido ahora. Evidentemente, pensaba que iba a estar encantado de pavonearme, de ir por ahí exhibiéndome con Edythe para parecer más guay. Al fin y al cabo, Jeremy y yo llevábamos siendo amigos ya un tiempo. Los chicos se cuentan este tipo de cosas. Probablemente formaba parte de ese código de camaradería que me había inventado. Él había asumido que le sería leal… pero ahora había descubierto que estaba equivocado.

—Mmm… No estoy seguro —dije.

No tenía ningún sentido mostrar excesiva confianza. Recordaba con demasiada claridad cómo me sentía cada vez que desaparecía. No quería invocar yo solo a mi mala suerte.

Se alejó sin esperarme, pero entonces trastabilló levemente, y se detuvo en el umbral de la puerta del aula.

—En serio, no me jorobes —dijo Jeremy en voz lo suficientemente alta como para que yo pudiera escucharlo… Yo, y todos los presentes en un radio de tres metros.

Me miró por encima del hombro, sacudió la cabeza y se marchó dando grandes zancadas.

Tenía prisa por llegar a la puerta —por ver a qué venía todo aquello—, igual que el resto de la clase. Uno a uno, todos se detuvieron para darse

media vuelta y mirarme antes de salir. Cuando por fin conseguí seguirles, no sabía bien qué esperar. Irracionalmente, estaba casi esperando encontrarme a Taylor con un centelleante vestido de gala y una tiara.

Pero fuera de mi aula de Español, apoyada contra la pared —y con un aspecto mil veces más hermoso del que nadie tenía derecho a lucir—, Edythe me estaba esperando. Sus grandes ojos parecían divertidos, y las comisuras de sus labios estaban a punto de curvarse en una sonrisa. Aún tenía el cabello recogido en un moño desarreglado, y yo sentí la extraña necesidad de agacharme y quitarle las horquillas.

—Hola, Beau.

—Hola.

Una parte de mí era consciente de que teníamos público, pero me daba absolutamente igual.

—¿Estás hambriento? —me preguntó.

—Sí, claro.

En realidad, no tenía ni idea de si lo estaba. Sentía todo el cuerpo como si me lo hubieran electrocutado de una manera extrañamente agradable. Mis nervios no eran capaces de procesar más que eso.

Viró hacia la cafetería, balanceando la mochila para colocársela.

—Oye, déjame que te lleve eso —me ofrecí.

Ella me miró con sus ojos de cervatillo.

—¿De verdad te parece que pesa demasiado para mí?

—Bueno, en realidad yo quería…

—Claro —dijo.

Deslizó la mochila por su brazo y me la tendió, usando deliberadamente el dedo meñique para sostenerla.

—Esto, gracias —dije, y ella dejó caer el tirante en mi mano.

Supongo que debía haberme imaginado que pesaría el doble que la mía. La alcancé antes de que cayera al suelo y luego me la colgué del hombro libre no sin cierta dificultad.

—¿Siempre traes ladrillos en la mochila de clase?

Ella rio.

—Archie me ha pedido que le trajera unas cuantas cosas esta mañana.

—¿Archie es tu hermano favorito?

Me miró.

—No está bien tener favoritismos.

—Soy hijo único —dije—. Yo soy el favorito de todos.

—Se nota. De todas maneras, ¿por qué piensas eso?

—Parece que es del que menos te cuesta hablar.

Se quedó pensando en ello un momento, pero no hizo ningún comentario.

Cuando estuvimos en la cafetería, la seguí a la fila. No pude evitar mirar hacia la esquina del fondo como hacía todos los días. Toda su familia estaba presente, y solo se prestaban atención entre sí. O bien no se fijaron en Edythe y en mí o, sencillamente, no les importaba. Pensé en lo que se le había ocurrido a Jeremy, que Edythe y yo nos estábamos viendo en secreto para evitar que su familia se diera cuenta. No daba la sensación de que les estuviera ocultando nada. Pero no pude evitar preguntarme qué pensarían de mí.

Y yo me pregunté qué pensaba de ellos.

Justo entonces, Archie alzó la vista y me sonrió desde la otra punta de la sala. Yo le devolví la sonrisa automáticamente, y luego bajé la vista para ver si la sonrisa iba destinada a Edythe. Ella parecía enfadada. Mis ojos fueron del uno al otro mientras mantenían una especie de conversación silenciosa. Primero, la sonrisa de Archie se ensanchó, dejando a la vista unos dientes tan blancos que su resplandor se percibía incluso desde la otra punta de la sala. Edythe enarcó las cejas y su labio superior se crispó muy levemente. Él puso los ojos en blanco, mirando al techo, y extendió las manos como dando a entender un «me rindo». Edythe le dio la espalda y avanzó en la cola. Alcanzó una bandeja y empezó a llenarla.

—Estoy muy unida a toda mi familia, pero Archie y yo somos los que más cosas en común tenemos —dijo en voz baja, contestando por fin a mi pregunta. Tuve que agachar la cabeza para escucharla—. Aunque hay días en que es muy pesado.

Yo volví a mirarle: ahora se estaba riendo abiertamente. Aunque no nos miraba, pensé que era probable que se estuviera riendo de ella.

Estaba tan concentrado en aquel pequeño intercambio que no me di cuenta de lo que llevaba en la bandeja hasta que la empleada de la cafetería

se dirigió a nosotros:

—Son veinticuatro con treinta y tres —dijo.

—¿Qué? —bajé la vista hacia la bandeja y reaccioné a destiempo.

Edythe ya estaba pagando y, acto seguido, deslizándose con elegancia a la mesa donde nos habíamos sentado juntos la semana anterior.

—Oye —siseé, corriendo unos cuantos pasos detrás de ella para alcanzarla—. No me puedo comer todo esto.

—La mitad es para mí, por supuesto.

Enarqué una ceja.

—¿En serio?

—Toma lo que quieras.

Me hundí en el asiento que había frente al suyo, dejando que el peso muerto de su mochila se deslizara al suelo junto a la mía. En la otra punta de la larga mesa, un grupo de estudiantes de último año la contemplaba con los ojos como platos.

—Siento curiosidad. ¿Qué harías si alguien te desafiara a comer?

—Tú siempre sientes curiosidad.

Hizo una mueca y arrancó la punta de un pedazo de *pizza*, se la metió en la boca y empezó a masticarla con expresión martirizada. Un segundo después, tragó y me miró con ademán de superioridad.

—Si alguien te desafía a tragar tierra, puedes, ¿verdad? —preguntó con condescendencia.

Yo sonreí.

—Una vez lo hice… en una apuesta —admití—. No fue tan malo.

Se echó a reír.

—Supongo que no me sorprende. Toma.

Empujó hacia mí el resto de la *pizza*. Le di un mordisco. Me preguntaba si realmente le sabría a tierra. No era la mejor *pizza* que había comido en mi vida, pero no estaba mal. Mientras masticaba, miró por encima de mi hombro y rio.

Me apresuré a tragar.

—¿Qué pasa?

—Tienes a Jeremy completamente descolocado.

—Lo sé.

—Su imaginación se ha desbordado por completo cuando te ha visto salir de mi coche.

Me encogí de hombros y di otro mordisco.

Ladeó la cabeza.

—¿Realmente estás de acuerdo con él?

Tuve que volver a darme prisa en tragar y a punto estuve de ahogarme. Ella se incorporó a medias, pero yo levanté la mano y me recuperé.

—Estoy bien. ¿Si estoy de acuerdo con él en qué?

—En por qué estoy aquí contigo.

Me llevó un minuto recordar nuestra conversación. Recordaba algunas cosas que desearía que no hubiera escuchado, como el hecho de que aparentemente todo el mundo sabía que llevaba obsesionado con ella desde el primer día.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

Ella frunció el ceño.

—«Claramente, lo hace por pena» —citó.

Me sorprendió que pareciera tan molesta.

—Es una explicación tan buena como cualquier otra.

—Y me aburriré pronto, ¿no?

Aquello me dolió un poco —ese era mi mayor miedo, y parecía demasiado plausible—, pero intenté ocultarlo encogiéndome otra vez de hombros.

—Beau, estás volviendo a ser absurdo.

—¿Sí?

Me dedicó una expresión divertida que estaba a caballo entre una sonrisa y una mueca de enfado.

—En este preciso instante, hay varias cosas que me preocupan. El aburrimiento no es una de ellas —ladeó la cabeza y sus ojos perforaron los míos—. ¿No me crees?

—Eh, claro que sí, supongo. Si tú lo dices.

Entornó los ojos.

—Bueno, esa es una afirmación abrumadoramente firme.

Le di otro mordisco a la *pizza*, masticando de forma deliberadamente lenta esta vez. Ella aguardó, observándome con su intensa mirada y ese

ceño fruncido que indicaba que estaba intentando ver dentro de mi cabeza. Cuando di un segundo mordisco en silencio, expulsó un resoplido furioso por la nariz.

—Detesto profundamente que hagas eso.

Me tomé un segundo para tragar.

—¿El qué? ¿No contarte todas y cada una de las estúpidas ideas que me cruzan por la mente?

Noté que quería sonreír, pero no cedió.

—Exactamente.

—No sé qué decirte. ¿Que si creo que te aburrirás de mí? Sí, lo creo. Sinceramente, no sé por qué sigues aquí. Pero estaba intentando no verbalizarlo, porque no quería que pensaras en algo que quizá todavía no se te hubiera ocurrido.

Se le escapó la sonrisa al fin.

—Muy cierto. No me había dado cuenta, pero ahora que lo mencionas, creo que realmente tengo que pasar a otra cosa. Ese tal Jeremy de repente parece seductoramente patético —y entonces calló repentinamente y su sonrisa se desvaneció—. ¿Beau? Eres consciente de que estoy de broma, ¿verdad?

Me pregunté qué expresión tendría mi cara. Asentí.

Su frente se arrugó. Un segundo después, tendió el brazo sobre la mesa en dirección a mí, insegura, y dejó su mano al alcance.

Yo se la cubrí con la mía.

Sonrió, pero, acto seguido, hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —dije, apartándola.

—No —objetó—. No es por ti. Aquí.

Muy delicadamente, como si mi mano fuera un objeto soplado en el vidrio más delicado, depositó los dedos sobre mi palma. Imitando su cautela, yo cerré la mano con delicadeza alrededor de sus dedos.

—¿Qué acaba de pasar? —susurré a media voz.

—Muchas reacciones distintas —su frente volvió a fruncirse—. Royal tiene una voz mental particularmente estridente.

No pude evitarlo: inmediatamente miré hacia la otra punta de la cafetería, y me arrepentí mucho de haberlo hecho.

Royal lanzaba puñales con la vista a la espalda desprotegida de Edythe; y Eleanor, que estaba frente a él, también se había girado para fulminarla con los ojos. Cuando miré, Royal dirigió su iracunda mirada hacia mí.

Mis ojos se clavaron en Edythe y sentí cómo el vello de la parte trasera de mis brazos se erizaba; sin embargo, ella ahora estaba devolviendo la misma mirada fulminante, con el labio superior crispado sobre sus dientes en una mueca hostil. Para mi sorpresa, Eleanor se giró de inmediato y Royal apartó su amenazadora expresión. Clavó la mirada en la mesa con gesto repentinamente contrariado.

Archie daba la sensación de estar pasándoselo en grande. Jessamine no se volvió en ningún momento.

—¿Acabo de enfadar a…? —tragué saliva antes de poder terminar la frase: «¿A un montón de vampiros?».

—No —dijo con firmeza, y luego suspiró—: Pero yo sí.

Volví a mirar a Royal durante una fracción de segundo. No se había movido.

—Oye, ¿te has metido en un lío por mi culpa? ¿Qué puedo hacer?

El recuerdo de los ojos lívidos clavados en su pequeño cuerpo hizo que me invadiera una oleada de pánico.

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

—No tienes que preocuparte por mí —me aseguró, de forma un poco engreída—. No estoy diciendo que Royal no pudiera acabar conmigo en un combate justo, pero sí es cierto que yo nunca juego limpio y que no pretendo empezar ahora. Y él sabe que no le conviene intentar nada contra mí.

—Edythe…

Ella rio.

—Es un chiste. No es nada, Beau. Problemas normales entre hermanos. Cosas que un hijo único no entendería.

—Si tú lo dices.

—Yo lo digo.

Miré nuestras manos, aún delicadamente entrelazadas. Era la primera vez que sostenía su mano, en realidad, pero el gesto quedaba envuelto en el asombroso recuerdo de por qué me la había ofrecido en primer lugar.

—Volvamos a lo que estabas pensado —dijo como si pudiera leer mis pensamientos.

Suspiré.

—¿Te ayudaría saber que no eres el único al que han acusado de estar obsesionado?

—Genial, así que también te ha tocado oír eso —gruñí.

—He estado cautivada desde el principio hasta el fin.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué te disculpas? Me consuela saber que no soy la única.

Me quedé mirándola con escepticismo.

—Pongámoslo así —frunció los labios en una expresión pensativa—. Aunque eres la única persona respecto a la que no puedo estar completamente segura, estaría dispuesta a apostar una gran cantidad de dinero a que yo paso más tiempo pensando en ti que tú pensando en mí.

—Ja —reí, estupefacto—. Ibas a perder esa apuesta de lleno.

Enarcó una ceja y habló en voz tan baja que tuve que inclinarme hacia ella para escucharla.

—Ah, pero tú solo estás consciente durante unas dieciséis horas de cualquier periodo de veinticuatro. Eso me da bastante ventaja, ¿no te parece?

—Pero no estás teniendo en cuenta los sueños.

—¿Las pesadillas cuentan como sueños? —suspiró ella.

El sonrojo me empezó a trepar por el cuello.

—Cuando sueño contigo…, definitivamente no es una pesadilla.

Se le abrió levemente la boca a causa de la sorpresa, y su rostro mostró de repente cierta vulnerabilidad.

—¿En serio? —preguntó.

Era evidente que aquello le agradaba, así que respondí:

—Absolutamente todas las noches.

Cerró los ojos solo un minuto, pero cuando los abrió, su sonrisa volvió a delatarlos.

—Las fases REM son las más cortas del ciclo del sueño. Te sigo llevando horas de ventaja.

Fruncí el ceño. Me resultaba muy difícil procesar aquello.

—¿De verdad piensas en mí?

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Bueno, mírame —dije, algo innecesario puesto que ya lo estaba haciendo—. Soy absolutamente normal; bueno, salvo por todas las situaciones en que la muerte me ha pasado rozando y porque tengo tal descoordinación que apenas puedo caminar. Y mírate a ti.

La señalé con un gesto de la mano, a ella y a su desconcertante perfección.

Esbozó una sonrisa con lentitud. Empezó siendo muy pequeña, pero terminó exhibiendo sus hoyuelos en toda su plenitud, como el número final del espectáculo de fuegos artificiales del 4 de julio.

—No te voy a quitar la razón sobre las situaciones en las que la muerte te ha pasado rozando.

—Bueno, ahí lo tienes.

—Pero eres la persona menos ordinaria que he conocido nunca.

Nos sostuvimos la mirada mutuamente durante un largo segundo. Mis ojos buscaron los suyos mientras intentaba creer que ella pudiera estar viendo algo lo suficientemente importante como para mantenerlos allí. Siempre tenía la sensación de que estaba a punto de esfumarse, de desaparecer como si, al fin y al cabo, solo fuera un mito.

—Pero ¿por qué…?

No sabía cómo expresarlo.

Ella ladeó la cabeza, a la espera.

—Anoche… —me detuve y sacudí la cabeza.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo haces a propósito? ¿Dejas los pensamientos a medias para volverme loca?

—No sé si puedo explicarlo con claridad.

—Por favor, inténtalo.

Inspiré hondo.

—De acuerdo. Afirmas que no te aburro y que no estás pensando en interesarte por Jeremy en un futuro próximo.

Ella asintió, luchando por esconder una sonrisa.

—Pero anoche… era como si… —ahora parecía ansiosa. El resto de la frase me salió a borbotones—. Como si estuvieras buscando una manera de decirme adiós.

—Muy perceptivo —susurró. Y la angustia surgió de nuevo cuando confirmó mis peores temores.

Por primera vez, sus dedos presionaron levemente los míos.

—Aunque las dos cosas no están relacionadas.

—¿Qué dos cosas?

—La profundidad de mis sentimientos hacia ti y la necesidad de marcharme. Bueno, sí están relacionadas, pero inversamente.

«La necesidad de marcharme». Se me hizo un nudo en el estómago.

—No lo entiendo.

Me miró de nuevo a los ojos; los suyos ardían, hipnotizándome. Su voz apenas era audible.

—Cuanto más me preocupo por ti, más crucial me parece encontrar un modo de… mantenerte a salvo. De mí. Marcharme sería lo más adecuado.

Sacudí la cabeza.

—No.

Inspiró hondo, y dio la sensación de que sus ojos se oscurecían de un modo extraño.

—Bueno, no se me ha dado muy bien dejarte en paz las veces que lo he intentado. No sé cómo hacerlo.

—¿Me harías un favor? Deja de intentar averiguarlo.

Esbozó una media sonrisa.

—Supongo que, dada la frecuencia con la que te expones a situaciones cercanas a la muerte, es más seguro que me mantenga cerca.

—Completamente cierto. Nunca se sabe cuándo una malvada furgoneta puede volver a atacarme.

Ella frunció el ceño.

—¿Aún piensas venir conmigo a Seattle, verdad? Hay muchas furgonetas en Seattle. Acechan desde detrás de cada esquina, literalmente.

—En realidad, tengo otra pregunta para ti. ¿Tienes que ir a Seattle este sábado de verdad o es solo una excusa para no tener que dar una negativa a tu manada de admiradoras?

—Mmm…

—Eso pensaba.

—¿Sabes? Me pusiste en una especie de aprieto por el asunto de Taylor en el aparcamiento.

—¿Lo dices porque ahora tienes que llevarla al baile de graduación?

Se me abrió la boca sola, y entonces apreté los dientes.

Ahora ella estaba intentando no reírse.

—Ay, Beau.

Sabía que había algo más.

—¿Qué?

—Ya se ha comprado el vestido.

No tenía palabras para aquello.

Debió de percibir el pánico en mis ojos.

—Podría ser peor: en realidad lo compró antes de pedirte la cita. Y era de segunda mano, así que tampoco hizo una gran inversión. No pudo dejar pasar la oferta.

Yo seguía sin poder hablar. Ella volvió a apretarme la mano.

—Se te ocurrirá cómo resolverlo.

—Nunca voy a bailes —dije con tristeza.

—Si yo te hubiera pedido que me acompañaras al baile de primavera, ¿me habrías dicho que no?

Miré sus grandes ojos dorados y traté de imaginarme negándole cualquier cosa que me pidiera.

—Probablemente, no, pero hubiera encontrado algún motivo para cancelarlo después. Me habría roto la pierna, si hubiera sido necesario.

Parecía confundida.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

Moví la cabeza con tristeza.

—Supongo que nunca me has visto en gimnasia, pero creía que tú lo entenderías.

—¿Te refieres al hecho de que eres incapaz de caminar por una superficie plana y estable sin encontrar algo con lo que tropezar?

—Ahí lo tienes.

—Soy muy buena profesora, Beau.

—Creo que la coordinación no es una habilidad que pueda aprenderse.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero, volviendo a la pregunta, ¿tienes que ir a Seattle o te importaría que fuéramos a un lugar diferente?

En cuanto utilizó el plural, no me preocupé de nada más.

—Estoy abierto a sugerencias —concedí—, pero he de pedirte otro favor.

Me miró con precaución, como hacía siempre que formulaba una pregunta abierta.

—¿Cuál?

—¿Puedo conducir?

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, sobre todo porque, como conductora, das mucho miedo. Pero también porque le dije a Charlie que iba a ir solo, y no quiero que empiece a preguntar.

Puso los ojos en blanco.

—De todas las cosas por las que te tendría que asustar, a ti te preocupa mi conducción —movió la cabeza con desagrado, pero luego volvió a ponerse seria—. ¿No le quieres decir a tu padre que vas a pasar el día conmigo?

En su pregunta había un trasfondo que no comprendí.

—Con Charlie, menos es siempre más —en eso me mostré firme—. De todos modos, ¿adónde vamos a ir?

—Archie dice que va a hacer buen tiempo, por lo que estaré fuera de la atención pública y podrás estar conmigo si así lo quieres.

Otra vez me dejaba la alternativa de elegir.

—¿Y me enseñarás a qué te referías con lo del sol? —pregunté, entusiasmado por la idea de resolver otra de las incógnitas.

—Sí —sonrió, y luego dudó—. Pero si no quieres estar a solas conmigo, seguiría prefiriendo que no fueras a Seattle tú solo. Me entran escalofríos solo de pensar en tantas furgonetas.

—Da la casualidad de que no me importa estar a solas contigo.

—Lo sé —suspiró—. Pero se lo deberías contar a Charlie.

—¿Por qué diablos iba a hacer eso?

Sus ojos relampaguearon con súbita fiereza.

—Para darme algún pequeño incentivo para traerte de vuelta.

Esperé a que se tranquilizara. Al ver que no lo hacía, dije:

—Creo que me arriesgaré.

Resopló con enojo y desvió la mirada.

—Bueno, pues ya está decidido. ¿Cambiamos de tema?

Mi intento de hablar de otra cosa no fue de mucha ayuda.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó entre dientes, aún enfadada.

Miré a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos podía oír. En el rincón del fondo Archie estaba inclinado hacia delante, hablando con Jessamine. Eleanor estaba sentada junto a ella, pero Royal se había ido.

—¿Por qué te fuiste a ese lugar, Goat Rocks, el último fin de semana? ¿Para cazar? Charlie dijo que no era un buen lugar para ir de acampada a causa de los osos.

Me miró fijamente, como si estuviera pasando por alto lo evidente.

—¿Osos? —pregunté entonces, de forma entrecortada; ella esbozó una sonrisa burlona—. Ya sabes, no estamos en temporada de osos —añadí con severidad para ocultar mi sorpresa.

—Si lees con cuidado la normativa, verás que las leyes recogen solo la caza con armas —me informó.

Me contempló con regocijo mientras lo asimilaba lentamente.

—¿Osos? —repetí con dificultad.

—El favorito de Eleanor es el oso pardo —dijo a la ligera, pero sus ojos escrutaban mi reacción. Intenté recobrar la compostura.

—¡Humm! —musité mientras tomaba otra porción de *pizza* como pretexto para bajar los ojos. La mastiqué muy despacio, y luego tragué—. Bueno —dije un momento después—, ¿cuál es tu favorito?

Enarcó una ceja y sus labios se curvaron con desaprobación.

—El puma.

—Claro, tiene sentido —asentí como si acabara de decir algo completamente normal.

—Por supuesto —dijo imitando mi tono—, debemos tener cuidado para no causar un impacto medioambiental desfavorable con una caza

imprudente. Intentamos concentrarnos en zonas con superpoblación de depredadores… Y nos alejamos tanto como sea necesario. Aquí siempre hay ciervos y alces. Nos servirían, pero ¿qué diversión puede haber en eso? —sonrió.

—Ninguna —murmuré mientras daba otro mordisco a la *pizza*.

—El comienzo de la primavera es la estación favorita de El para cazar osos —sonrió como si recordara alguna broma—. Acaban de salir de la hibernación y se muestran mucho más irritables.

—No hay nada más divertido que un oso pardo irritado —admití, asintiendo.

Se rio y movió la cabeza.

—Dime lo que realmente estás pensando, por favor.

—Me lo intento imaginar, pero no puedo —admití—. ¿Cómo cazáis un oso sin armas?

—Oh, las tenemos —exhibió sus relucientes dientes con una sonrisa breve, que… no era realmente una sonrisa—, solo que no de la clase que se contempló al legislar las leyes de caza. Si has visto atacar a un oso en la televisión, tendrías que poder visualizar cómo caza Eleanor.

Observé a Eleanor, al otro extremo de la cafetería, agradecido de que no estuviera mirando en mi dirección. De repente, las largas y suaves líneas de músculos que recorrían sus brazos y piernas resultaban más amenazantes. La imaginé sosteniendo una montaña por la base, y levantándola…

Edythe siguió la dirección de mi mirada y soltó una suave risa.

La miré, enervado.

—¿Es peligroso? —pregunté en voz baja—. ¿Alguna vez has resultado herida?

Su risa tintineó como una campana.

—Ay, Beau. Tan peligroso como tu porción de *pizza*.

Miré el borde de la *pizza* y dije:

—Vaya. Entonces… eres… ¿como el ataque de un oso?

—Más como el del puma, o eso me han dicho —respondió a la ligera—. Tal vez nuestras preferencias sean significativas.

—Tal vez —repetí. Intenté sonreír, pero mi mente estaba luchando por unir aquellas imágenes tan paradójicas, sin éxito—. ¿Es algo que podría

llegar a ver?

—¡Absolutamente no! —susurró.

Su cara se tornó aún más lívida de lo habitual y de repente su mirada era de terror. Apartó delicadamente su mano de la mía y envolvió los brazos con fuerza alrededor de su cuerpo.

Mi mano quedó en la mesa vacía, entumecida por el frío.

—¿Qué he dicho? —pregunté.

Cerró los ojos un momento para recobrar el control. Cuando por fin sus ojos se encontraron con los míos, parecía enfadada.

—Casi desearía que fuera posible. Pareces no entender la realidad presente. Quizá te sentaría bien ser testigo de lo peligrosa que soy en realidad.

—De acuerdo, entonces. ¿Por qué no? —insistí, intentando ignorar su expresión tajante.

Me miró fijamente durante más de un minuto y al final dijo:

—Más tarde —se incorporó ágilmente—. Vamos a llegar con retraso.

Miré a mi alrededor, sorprendido de ver que tenía razón: la cafetería estaba casi vacía. Cuando estaba a su lado, el tiempo y el espacio se convertían en detalles tan insignificantes que prácticamente perdía la noción de ambos. Me incorporé de un salto y recogí nuestras mochilas del suelo.

—En tal caso, más tarde —admití.

No lo iba a olvidar.

COMPLICACIONES

Todo el mundo nos miró cuando nos dirigimos juntos a nuestra mesa del laboratorio. Esta vez no orientó la silla para sentarse todo lo lejos que le permitía la mesa. En lugar de eso, se sentó bastante cerca de mí, nuestros brazos casi se tocaban.

La señora Banner entró a clase de espaldas llevando una gran mesa metálica de ruedas con un vídeo y un televisor tosco y anticuado. Dio la sensación de que todo el mundo en la clase se relajaba a la vez. Yo también me sentí aliviado. Era consciente de que aquel día no habría podido prestar atención a la profesora. Ya tenía demasiadas cosas que procesar en mi mente.

La señora Banner introdujo la vieja cinta en el vídeo y se dirigió hacia la pared para apagar las luces. Y de repente, en cuanto la clase se quedó a oscuras, el ambiente se enrareció.

No es que no tuviera, precisamente, conciencia plena de que Edythe se sentaba a menos de tres centímetros de mí. Nunca hubiera imaginado que fuera posible estar más pendiente de ella de lo que ya lo estaba. Pero, en la oscuridad, de alguna manera… sentía como si de su cuerpo al mío fluyera una inesperada electricidad, como si esos rayos en miniatura que saltan entre circuitos vivos estuvieran danzando de un lado a otro por entre el pequeño espacio que separaba nuestros cuerpos. Cuando su cabello rozó mi brazo, fue casi doloroso.

Estuve a punto de no poder controlar el loco impulso de extender la mano y tocarla, de acariciar aquel rostro perfecto en medio de la oscuridad.

¿Qué me pasaba? No se podía ir por ahí tocando a la gente solo porque las luces estuvieran apagadas.

Crucé los brazos con fuerza por encima de las costillas, con los puños crispados.

Comenzaron los créditos de inicio, y la sala quedó iluminada durante una fracción de segundo. No pude evitar mirarla de reojo.

Estaba sentada igual que yo: los brazos cruzados, los puños cerrados, observándome. Cuando vio que la miraba, ella también sonrió, casi como si se sintiera avergonzada. Incluso en la oscuridad, sus ojos parecían seguir ardiendo. Desvié la mirada antes de hacer alguna tontería, algo que definitivamente no cumpliera con su concepto de «precaución».

La hora se me hizo eterna. No pude concentrarme en la película, ni siquiera me enteré de qué tema trataba. Intenté actuar de manera normal, relajar los músculos, pero la corriente eléctrica no cesaba nunca. De vez en cuando, me permitía alguna ojeada en su dirección, pero ella tampoco parecía relajarse en ningún momento. La imperiosa necesidad de tocar su rostro también se negaba a desaparecer. Apreté los dedos contra las costillas hasta que me dolieron del esfuerzo.

Exhalé un suspiro de alivio cuando la señora Banner encendió las luces al final de la clase y estiré los brazos a ambos lados del cuerpo, flexionando los dedos agarrotados.

Edythe rio.

—Vaya, ha sido interesante —murmuró. Hablaba en voz baja y en sus ojos brillaba la cautela.

—Hmm —fue todo lo que fui capaz de responder.

—¿Nos vamos? —preguntó. Se puso de pie ágilmente. Levantó su mochila con un solo dedo.

Yo me incorporé con cuidado, preocupado por si no podía volver a caminar derecho después de tanta tensión.

Caminó silenciosa a mi lado hasta la clase de Educación Física y se detuvo en la puerta. Me volví para despedirme, pero mi despedida se quedó en la garganta. Su rostro tenía una expresión desgarrada, casi dolorida, y terriblemente hermosa, y el anhelo de tocarla se apoderó de mí con la

misma intensidad que antes. Lo único que podía hacer era sucumbir y contemplarla.

Vacilante y con el debate interior reflejado en los ojos, alzó la mano y recorrió rápidamente la línea de mi mandíbula con las yemas de los dedos. Su piel estaba tan fría como de costumbre, pero su roce quemaba.

Se volvió sin decir nada y se alejó rápidamente.

Entré tambaleándome en el gimnasio, mareado e inestable, y me cambié como en estado de trance, vagamente consciente de que había otras personas en torno a mí. No fui consciente del todo hasta que empuñé una raqueta.

No pesaba mucho, pero sabía que daba igual. En mis manos, era un arma peligrosa. Vi a algunos chicos de clase mirarnos a hurtadillas a mí y a la raqueta. La entrenadora Clapp nos ordenó ponernos por parejas, y me imaginé que me quedaría el último esperando contra la pared.

Pero había subestimado la lealtad de McKayla, que acudió a mi lado inmediatamente.

—No tienes por qué hacerlo, ya lo sabes —le dije.

Ella sonrió.

—No te preocupes, me mantendré lejos de tu camino.

Algunas veces, era muy fácil que McKayla me gustara.

La clase no transcurrió sin incidentes. No sé cómo lo hice, pero con el mismo golpe me las arreglé para dar a McKayla en el hombro y golpearme la cabeza con la raqueta. Pasé el resto de la hora en el rincón de atrás de la pista, con la raqueta sujeta, bien segura detrás de la espalda. A pesar de estar en desventaja por mi causa, McKayla era muy buena, y ganó ella sola tres de los cuatro partidos. Gracias a ella, conseguí un buen resultado inmerecido cuando la entrenadora silbó dando por finalizada la clase.

—Así… —dijo cuando nos alejábamos de la pista.

—Así… ¿qué?

—Tú y Edythe Cullen, ¿eh? —preguntó con tono ligeramente hostil.

—Sí, Edythe Cullen y yo —repliqué.

Estoy seguro de que notó el tono de asombro en mi voz.

—No me gusta —musitó.

—Bueno, no tiene por qué gustarte.

—Chasquea los dedos ¿y tú simplemente acudes?

—Supongo.

Ella frunció el ceño. Yo le di la espalda y me alejé. Sabía que me iba a quedar sin pareja al día siguiente, pero me dio igual. Para cuando terminé de vestirme, ya me había olvidado de McKayla. Me preguntaba si Edythe me estaría esperando o si me reuniría con ella en su coche. ¿Qué iba a ocurrir si su familia estaba ahí? Había aparcado justo al lado del coche de Royal. Solo pensar en la cara que Royal había puesto en la cafetería me llevó a preguntarme si no debería volver a casa caminando. ¿Les habría contado que lo sabía? ¿Se suponía que sabían que lo sabía? ¿Cuál era el protocolo vampírico? ¿Valdría con un leve gesto de asentimiento?

Sin embargo, cuando salí del gimnasio en ese momento, Edythe me estaba esperando. Estaba apoyada a la sombra del edificio del gimnasio, aunque las nubes seguían siendo oscuras, con las manos entrelazadas frente al cuerpo. Ahora su rostro estaba calmado, y una leve sonrisa se apreciaba en las comisuras de sus labios. El ligero jersey que llevaba puesto no parecía suficiente para el tiempo que hacía y, aunque sabía que era una estupidez, quise quitarme la chaqueta y ponérsela alrededor de los hombros. Sentí una peculiar sensación de armonía mientras caminaba a su lado, como si todo encajara en su sitio mientras yo estuviera junto a ella.

—Hola —noté la enorme y bobalicona sonrisa en mi rostro.

—Hola —me correspondió con otra deslumbrante—. ¿Cómo te ha ido en gimnasia?

De repente, me mostré suspicaz.

—Bien.

—¿De verdad? —enarcó las cejas—. ¿Cómo va esa cabeza?

—No te habrás atrevido.

Ella empezó a caminar lentamente hacia el aparcamiento. Yo inmediatamente ajusté el paso para ir a su ritmo.

—Fuiste tú quien mencionaste que nunca te había visto en clase de gimnasia. Eso despertó mi curiosidad.

—Genial —repliqué—. Fantástico. Bueno, pues lo siento mucho. No me importa volver a casa andando si te da vergüenza que te vean conmigo.

Ella rio musicalmente.

—Ha sido muy entretenido. Aunque no me hubiera importado que le pegaras un poquito más fuerte a esa otra chica.

—¿Qué?

Cuando echó la vista hacia atrás, sus labios se tensaron en una fina línea. Me volví para ver qué estaba mirando: el cabello de McKayla rebotaba, alejándose.

—Hace mucho que nadie que no sea de mi familia piensa esas cosas sobre mí. Creo que no me gusta.

De repente, sentí una punzada de intranquilidad por McKayla.

Edythe interpretó mi expresión y rio de nuevo.

—No te preocupes, nunca haría daño a tu amiga. Si lo hiciera, ¿quién querría ser tu pareja de bádminton?

Me costaba asimilarlo. Edythe era tan… delicada. Pero cuando decía aquellas cosas, era evidente que tenía plena confianza en sus habilidades. Si quería hacer daño a McKayla, o a cualquier otra persona, esa persona en cuestión estaría en un grave aprieto. Era peligrosa, y yo era consciente de ello, pero cada vez que intentaba creerlo, me estampaba de cara contra un muro. Cambié de tema.

—¿Qué cosas ha estado pensando tu familia sobre ti?

Ella sacudió la cabeza para negar.

—No es justo juzgar a la gente por lo que piensa. Se supone que los pensamientos son íntimos. Lo que cuenta son las acciones.

—No estoy seguro… Si sabes que alguien puede escuchar tus pensamientos, ¿no es lo mismo que expresarlos en voz alta?

—Para ti es fácil decirlo —sonrió—. Controlar los pensamientos es algo muy complicado. Pero, cuando Royal y yo nos enfadamos, yo pienso de él cosas mucho peores de las que piensa él de mí, con la diferencia de que yo sí que las expreso en voz alta.

Rio de nuevo con aquel sonido suyo tan musical.

No me había fijado hacia dónde íbamos, así que me sorprendí cuando nos vimos obligados a aminorar la marcha por culpa de una pequeña aglomeración de alumnos que obstaculizaba el cambio hasta el coche de Edythe. Se había formado un corrillo de dos filas, en su mayoría integrado por chicos, alrededor del descapotable rojo de Royal. Algunos parecían a

punto de empezar a babear. No había ningún miembro de la familia cerca, y me pregunté si les habría pedido que le dejaran un poco de espacio.

Ninguno alzó la vista hacia mí cuando me hice hueco entre ellos para abrirle la puerta a Edythe.

—Ostentoso —murmuró cuando se deslizó junto a mí.

Me encaramé rápidamente al asiento del copiloto.

—¿Qué tipo de coche es?

—Un M3 —dijo mientras intentaba dar marcha atrás sin atropellar a nadie.

—No hablo jerga de *Car and Driver*.

—Es un BMW.

Maniobró con cuidado para salir.

—Vale, esa marca la conozco.

Salimos del aparcamiento y, de nuevo, fuimos solo nosotros dos. La privacidad sabía a libertad en su compañía. Allí no había nadie que pudiera vernos o escucharnos.

—¿Ya es más tarde? —le pregunté.

No le pasó por alto el sentido de mis palabras.

Frunció el ceño.

—Supongo que sí.

Mantuve una expresión neutral mientras esperaba sus explicaciones. Ella clavó los ojos en la carretera, fingiendo que hacerlo era realmente algo necesario, y yo observé su rostro. En sus facciones iban desfilando varias expresiones, pero cambiaban a tal velocidad que no fui capaz de interpretarlas. Estaba empezando a preguntarme si pretendía ignorar mi pregunta cuando detuvo el coche. Alcé la vista, sorprendido: habíamos llegado a casa de Charlie. Resultaba más fácil montar con Edythe si solo la miraba a ella hasta concluir el viaje. Cuando volví a levantar la vista, ella me contemplaba, evaluándome con la mirada.

—Y aún quieres saber por qué no puedes verme cazar, ¿no? —me preguntó.

Su voz era seria, pero su expresión parecía levemente divertida, todo lo opuesto a la sensación que me había dado antes en la cafetería.

—Sí. Y también por qué te has… enfadado tanto cuando te lo he preguntado.

Enarcó las cejas.

—¿Te asusté?

La pregunta parecía esperanzada.

—¿Querías hacerlo?

Ella ladeó la cabeza.

—Tal vez sí.

—Entonces sí, por supuesto. Me aterrorizaste.

Ella sonrió, sacudió la cabeza y su rostro volvió a adoptar una expresión seria.

—Discúlpame por reaccionar así. Fue solo la simple idea de que estuvieras allí mientras cazábamos.

Se le tensó la mandíbula.

—¿Estaría mal?

—Muchísimo —respondió apretando los dientes.

—¿Por…?

Respiró hondo y contempló a través del parabrisas las espesas nubes en movimiento que descendían hasta quedarse casi al alcance de la mano.

—Nos entregamos por completo a nuestros sentidos cuando cazamos —habló despacio, a regañadientes—, nos regimos menos por nuestras mentes. Domina sobre todo el sentido del olfato. Si estuvieras en cualquier lugar cercano cuando pierdo el control de esa manera… —sacudió la cabeza mientras se demoraba contemplando con expresión triste las densas nubes.

Mantuve una expresión impenetrable mientras esperaba que sus ojos me mirasen para evaluar la reacción subsiguiente. Pero nuestros ojos se encontraron y el silencio se hizo más profundo… y todo cambió. Descargas de la electricidad que había sentido aquella tarde comenzaron a cargar el ambiente mientras Edythe contemplaba mis ojos sin parpadear. No me di cuenta de que no respiraba hasta que empezó a darme vueltas la cabeza. Cuando rompí a respirar agitadamente, quebrando la quietud, cerró los ojos.

—Beau, creo que ahora deberías entrar en casa —su suave voz no parecía tan suave, sino más bien de seda salvaje, y su mirada no se apartaba de las nubes.

Abrí la puerta y la ráfaga de frío polar que irrumpió en el coche me ayudó a despejar la cabeza. Como estaba medio mareado, tuve miedo de tropezar, por lo que salí del coche con sumo cuidado y cerré la puerta detrás de mí sin mirar atrás. El zumbido de la ventanilla automática al bajar me hizo darme la vuelta.

—¿Beau? —me llamó.

Se inclinó hacia la ventana abierta con una leve sonrisa en los labios.

—¿Sí?

—Mañana me toca a mí.

—¿El qué te toca?

Ensanchó la sonrisa, dejando entrever sus dientes relucientes.

—Hacer las preguntas.

Luego se marchó. El coche bajó la calle a toda velocidad y desapareció al doblar la esquina antes de que ni siquiera hubiera podido poner en orden mis ideas. Sonreí mientras caminaba hacia la casa. Cuando menos, resultaba obvio que planeaba verme mañana.

Edythe protagonizó mis sueños aquella noche, como de costumbre. Pero el clima de mi inconsciencia había cambiado. Me estremecía con la misma electricidad que había presidido la tarde, me agitaba y daba vueltas sin cesar, despertándome a menudo. Hasta bien entrada la noche no me sumí en un sueño agotado y sin pesadillas.

Cuando sonó el despertador no solo estaba cansado, sino con los nervios a flor de piel. Después de ducharme, me miré en el espejo del baño mientras me peinaba el cabello mojado. Parecía el de siempre y, a pesar de todo, había algo distinto en mí. Mi cabello era oscuro y espeso, mi piel demasiado pálida, se me seguían marcando los huesos bajo la piel; eso no había cambiado. Los ojos que me devolvían la mirada desde el reflejo eran del mismo azul claro… Pero me di cuenta de que eran los responsables del cambio. Siempre había pensado que era el color lo que definía su expresión y, por extensión, la del resto de mi cara, pero, aunque el color seguía siendo el mismo, la indecisión había desaparecido de ellos. El chico que me devolvía la mirada parecía decidido, seguro de qué rumbo tomar. Me pregunté cuándo se habría obrado la transformación. Probablemente podría adivinarlo.

El desayuno fue el tranquilo y esperado suceso de siempre. Charlie se preparó unos huevos fritos y yo, mi cuenco de cereales. Me preguntaba si se habría olvidado de lo del sábado.

—Respecto a este sábado… —comenzó a decir, como si me hubiera leído la mente.

Me estaba empezando a volver un poco paranoico con aquel tema en concreto.

—¿Sí, papá?

Cruzó la cocina y abrió el grifo.

—¿Sigues empeñado en ir a Seattle?

—Ese era el plan.

Fruncí el ceño y deseé que no hubiera sacado el tema a colación solo por no tener que decirle una media verdad.

Esparció un poco de jabón sobre el plato y lo extendió con el cepillo.

—¿Estás seguro de que no puedes estar de vuelta a tiempo para el baile?

—No voy a ir al baile, papá.

—¿No te lo ha pedido nadie? —preguntó, concentrándose en enjuagar el plato.

—Los bailes no son mi estilo —le recordé.

—Ah.

Frunció el ceño mientras secaba el plato.

Me pregunté si le preocuparía que me estuviera convirtiendo en un marginado social. Quizá debería haberle dicho que había tenido muchas invitaciones. Pero aquello, claramente, podía volverse en mi contra, porque no creía que se alegrara demasiado de que las hubiera rechazado todas. Y entonces tendría que contarle que había una chica… que no me lo había pedido… Y, evidentemente, no quería meterme en ese jardín.

Y eso me recordó el tema de Taylor y del vestido que ya se había comprado, y la actitud de Logan hacia mí, y el lío que se había organizado. No sabía bien qué hacer. En ninguno los universos posibles, jamás iría al baile de graduación. En un universo en el que existiera Edythe Cullen, jamás me interesaría ninguna otra chica. No me parecía justo seguir adelante con el plan de Taylor cuando mi corazón realmente no sentía lo mismo. El problema era que se me ocurriera la manera de evitarlo…

Entonces, Charlie se marchó, se despidió con un movimiento de la mano y yo subí las escaleras para cepillarme los dientes y recoger mis libros. Cuando oí alejarse el coche patrulla, solo fui capaz de esperar unos segundos antes de echar un vistazo por la ventana. El coche plateado ya estaba ahí, esperando en el lugar que acababa de dejar libre el de Charlie a la entrada de la casa. Bajé las escaleras de tres en tres y salí por la puerta en cuestión de segundos, preguntándome cuánto tiempo duraría aquella extraña rutina. No quería que acabara jamás.

Me aguardaba en el coche sin aparentar mirarme cuando cerré la puerta de la casa sin molestarme en echar el pestillo. Me encaminé hacia el coche, dudé un momento antes de abrir la puerta y entré. Estaba sonriente, relajada y, como siempre, dolorosamente perfecta.

—Buenos días. ¿Cómo estás hoy?

Me recorrió el rostro con la vista, como si su pregunta fuera algo más que una mera cortesía.

—Bien, gracias.

Siempre estaba bien, mucho mejor que bien, cuando me hallaba cerca de ella. Su mirada se detuvo en mis ojeras.

—Pareces cansado.

—No pude dormir —admití.

—Yo tampoco —rio.

El motor arrancó con un silencioso ronroneo. Me estaba acostumbrando al sonido. Estaba convencido de que, la vez siguiente que la condujera, me asustaría el rugido de la camioneta.

—Eso es cierto —me reí—. Supongo que he dormido un poquito más que tú.

—Apostaría a que sí.

—¿Qué hiciste anoche?

—No te escapes —rio—. Hoy me toca hacer las preguntas a mí.

—Ah, es cierto. ¿Qué quieres saber?

Torcí el gesto. No lograba imaginar que hubiera nada en mi vida que le pudiera resultar interesante.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó totalmente en serio.

Me encogí de hombros.

—Depende del día.

—¿Cuál es tu color favorito hoy?

—El dorado, probablemente.

—¿Basas tu elección en algún criterio, o es completamente aleatoria?

Me aclaré la garganta, un poco cohibido.

—Es el color de tus ojos hoy. Si me lo preguntaras dentro de una semana, probablemente te diría que negro.

Me miró con una expresión que no supe interpretar, pero, antes de poder preguntarle, pasó a su siguiente cuestión:

—¿Qué CD has puesto en tu equipo de música?

Tuve que pensarlo un momento hasta que recordé que lo último que había escuchado era el CD que me había regalado Phil. Esbozó una sonrisa cuando le dije el nombre del grupo. Tiró de un saliente hasta abrir el compartimento de debajo del reproductor de CD del coche, extrajo uno de las docenas de discos que guardaba apretujados en aquel pequeño espacio y me lo entregó. Era el mismo CD.

—¿De Debussy a esto? —enarcó una ceja.

El resto del día siguió de forma similar. Me estuvo interrogando sin descanso mientras me acompañaba de una clase a otra y durante toda la hora del almuerzo. Quería conocer hasta el detalle más insignificante de mi existencia. Las películas que me gustaban y las que aborrecía; los pocos lugares que había visitado; los muchos sitios que deseaba visitar; y libros, mil preguntas sobre libros.

No recordaba la última vez que había hablado tanto. La mayoría de las veces me sentía cohibido, a sabiendas de que debía resultarle aburrido. Pero siempre parecía ansiosa mientras esperaba mis respuestas, y siempre quería profundizar, saber más. Así que proseguí con el psicoanálisis, ya que parecía importante para ella.

Cuando sonó el primer timbre, suspiré hondo.

Había llegado la hora.

—Hay una pregunta que todavía no me has hecho.

—Hay más de una, en realidad, pero ¿a cuál te refieres, concretamente?

—A cuál es la cosa más embarazosa que he hecho en mi vida.

—¿Es una historia grandiosa? —se sonrió.

—Todavía no lo sé. Te lo contaré dentro de cinco minutos.

Me levanté de la mesa. Sus ojos brillaron con curiosidad.

En mi mesa de siempre, mis amigos se estaban poniendo de pie. Me acerqué a ellos. Mis mejillas se tiñeron de manchas rojas, pero probablemente fuera lo mejor. Se suponía que tenía que parecer conmovido. Bueno, el chico guapo del culebrón que mi madre solía ver religiosamente también se había ruborizado cuando protagonizó una escena parecida a aquella. Gracias a él, ahora tenía un borrador general para mi guion, mejorado con algo que una vez pensé sobre Edythe. Quería quedar bien.

Jeremy fue el primero en fijarse en mí, y sus ojos parecían suspicaces. Fueron de mi sonrojado rostro a Edythe, y volvieron a posarse en mí de nuevo.

—Taylor, ¿me concederías un minuto? —le pregunté, acercándome a ella.

No lo dije en voz baja.

Taylor estaba justo en el centro del grupillo. Logan se giró para fulminarme con su mirada de escurridizos ojos verdes.

—Claro, Beau —respondió Taylor, que parecía confundida.

—Mira —le dije—, no puedo seguir haciendo esto.

Todos se quedaron callados. Jeremy puso unos ojos como platos. Allen parecía avergonzado. McKayla me lanzó una mirada crítica, como si no pudiera creer que fuera a hacerlo así. Pero ella no sabía exactamente qué estaba haciendo, ni por qué necesitaba tanto público.

Taylor parecía sorprendida.

—¿El qué?

Yo torcí el gesto. Era fácil, y en aquel momento me sentí bastante furioso conmigo mismo por no haberme disuadido antes de hacer aquello, o haber pensado algo mejor. Pero ya era demasiado tarde para improvisar.

—Estoy harto de ser una ficha más en tu tablero, Taylor. ¿No te das cuenta de que tengo sentimientos? Y lo único que puedo hacer es quedarme observando mientras me usas para dar celos a otra persona —mis ojos volaron hacia Logan, que tenía la boca abierta de par en par, y luego volvieron a Taylor—. No te importa en absoluto si, mientras tanto, me rompes el corazón. ¿Es tu belleza la que te ha vuelto cruel?

Taylor me miraba con unos ojos enormes y la boca formando una pequeña «O».

—No pienso seguir jugando a tu juego. Considérame fuera de todo este embrollo del baile de graduación. Ve con la persona con la que realmente quieres estar.

Aquella vez, me quedé mirando a Logan durante más tiempo.

Y, entonces, me alejé, cerrando las puertas de la cafetería con un portazo que deseé que añadiera efecto dramático a la escena.

Jamás conseguiría quitarme aquel episodio de encima.

Pero, al menos, era libre. Probablemente había valido la pena.

De repente, Edythe estaba a mi lado, caminando a la misma velocidad, como si lleváramos un rato paseando juntos.

—Eso ha sido realmente espectacular —dijo.

Yo inspiré hondo.

—Tal vez un poquito exagerado. ¿Ha funcionado?

—Como un conjuro. Ahora Taylor se siente una mujer fatal, y ni siquiera sabe por qué. Me sorprendería que Logan no le pidiera que le acompañe al baile antes del lunes.

—Bien —rezongué.

Edythe continuó con su cuestionario hasta que la señora Banner entró en el aula, arrastrando otra vez el equipo audiovisual. Cuando terminó de preparar las láminas, la profesora se aproximó al interruptor, y me percaté de que Edythe alejaba levemente su silla de la mía. No sirvió de nada. En cuanto la habitación se quedó a oscuras, como el día anterior, saltó la misma chispa eléctrica y el mismo e incesante anhelo de estirar mi mano por el breve espacio que nos separaba y tocar su piel fría y suave.

Era como una comezón cada vez más aguda. No podía prestar atención a nada más. Esperaba que, fuera lo que fuera lo que acabáramos de ver, no entrara en el examen.

Pasado un rato, quince minutos, tal vez —o quizá solo fueran dos, y me parecieran tan largos debido a la electricidad—, moví mi silla y me incliné lentamente hacia un lado hasta que mi brazo rozó su hombro. Ella no se apartó.

Pensaba que aquel leve contacto me ayudaría, que erradicaría ese persistente anhelo, pero en realidad se volvió en mi contra. La leve fricción eléctrica se intensificó, se tornó en sacudidas más fuertes. De repente ansiaba rodearla con el brazo, atraerla a mi lado y abrazarla contra mí. Quería recorrer su pelo con mis dedos, enterrar el rostro en su melena. Quería dibujar el contorno de sus labios, la línea de su pómulo, la longitud de su cuello…

Comportamientos, todos ellos, poco apropiados en una clase llena de gente.

Me incliné hacia delante, con los brazos sobre la mesa y aferrando el borde con los dedos, intentando mantenerme en mi sitio. No la miraba, temeroso de que fuera mucho más difícil mantener el autocontrol si ella me miraba. Intenté seguir la película, pero las manchas de color que percibía no se traducían en imágenes coherentes.

Suspiré aliviado cuando la señora Banner encendió las luces y por fin miré a Edythe, que me estaba contemplando con unos ojos que no supe interpretar.

Caminamos hacia el gimnasio sin decir palabra, como el día anterior, y también me acarició, esta vez con el dorso de su gélida mano, desde la sien hasta la mandíbula sin despegar los labios… antes de darse la vuelta y alejarse.

La clase de Educación Física pasó rápidamente. Para ahorrar tiempo, la entrenadora Clapp nos dijo que mantuviéramos las mismas parejas, así que McKayla se vio obligada a jugar conmigo. Contemplé el espectáculo del equipo unipersonal de bádminton de McKayla sin participar, por el bienestar de ambos. No me dirigía la palabra, pero no sabía si se debía a la escenita de la cafetería, a mi expresión ausente o porque aún seguía enfadada por nuestra discusión del día anterior. Me sentí mal por ello en algún rincón de la mente, pero en aquel momento era tan incapaz de concentrarme en ella como lo había sido durante la película de Biología.

Experimenté la misma sensación de armonía cuando salí por la puerta del gimnasio y vi a Edythe esperándome a la sombra del edificio. En mi mundo todo encajaba. Una amplia sonrisa se extendió por mi rostro. Respondió con otra antes de lanzarse a nuevas preguntas.

Ahora eran diferentes, aunque no tan fáciles de responder. Quería saber qué echaba de menos de Phoenix, insistiendo en las descripciones de cualquier cosa que desconociera. Nos sentamos frente a la casa de Charlie durante horas mientras el cielo oscurecía y nos cayó a plomo un repentino chaparrón.

Intenté describir cosas imposibles como el aroma de la creosota —amargo, ligeramente resinoso, pero aun así agradable—, el canto fuerte y lastimero de las cigarras en julio, la sobria desnudez de los árboles, la enormidad del cielo, cuyo azul se extendía de uno a otro confín en el horizonte. Lo más arduo de explicar fue por qué me resultaba tan hermoso aquel lugar y también justificar una belleza que no dependía de la vegetación espinosa y dispersa, que en su mayoría parecía muerta, sino que estaba más relacionada con la silueta de la tierra, las cuencas poco profundas de los valles entre colinas escarpadas y la forma en que conservaban la luz del sol. Me encontré gesticulando con las manos mientras se lo intentaba describir.

Sus preguntas discretas y perspicaces me dejaron explayarme a gusto y olvidar la vergüenza por monopolizar la conversación. Al final, cuando hube acabado de detallar mi antigua habitación en Phoenix, hizo una pausa en lugar de responder con otra cuestión.

—¿Has terminado? —pregunté con alivio.

—Ni por asomo, pero tu padre estará pronto en casa.

—¿Es muy tarde? —me pregunté en voz alta al tiempo que miraba el reloj. La hora me había pillado por sorpresa.

—Es la hora del crepúsculo —murmuró Edythe al mirar el horizonte de poniente, oculto por las nubes.

Habló de forma pensativa, como si su mente estuviera en un lugar lejano. La contemplé mientras miraba a través del parabrisas.

Seguía observándola cuando de repente sus ojos se volvieron hacia los míos.

—Es la hora más segura para nosotros —me explicó en respuesta a la pregunta no formulada de mi mirada—. El momento más fácil, pero también el más triste, en cierto modo… el fin de otro día, el regreso de la

noche —sonrió con añoranza—. La oscuridad es demasiado predecible, ¿no crees?

—Me gusta la noche. Jamás veríamos las estrellas sin la oscuridad —fruncí el entrecejo—. No es que aquí se vean mucho.

Se rio, y repentinamente su estado de ánimo mejoró.

—Charlie estará aquí en cuestión de minutos, por lo que a menos que quieras decirle que vas a pasar conmigo el sábado…

Me miró esperanzada.

—Gracias, pero no —reuní mis libros mientras me daba cuenta de que me había quedado entumecido al permanecer sentado y quieto durante tanto tiempo—. Entonces, ¿mañana me toca a mí?

—¡Desde luego que no! —fingió estar ofendida—. No te he dicho que haya terminado, ¿verdad?

—¿Qué más queda?

Exhibió sus hoyuelos.

—Lo averiguarás mañana.

Me quedé mirándola un poco mareado, como ya venía siendo habitual.

Siempre había pensado que no había un tipo de chica que me gustara particularmente. En mi antigua pandilla en Phoenix, todos tenían sus preferencias: a uno de mis amigos le gustaban rubias, a otro le importaban las piernas largas y a otros que tuvieran los ojos azules. Yo pensaba que era menos quisquilloso: una chica guapa lo era, fuera como fuera. Pero ahora me daba cuenta de que probablemente mis gustos eran los más difíciles de satisfacer. Aparentemente, me gustaba un tipo muy específico de chica. No sabía que mi color de cabello favorito era el cobrizo metálico, porque jamás lo había visto. No sabía tampoco que estuviera buscando una piel más pálida que la mía y ojos del color de la miel. No sabía que los labios de la chica de mis sueños tenían que tener aquella curvatura específica ni que sus pómulos debían sobresalir bajo el espesor de sus pestañas negras. Desde siempre había habido solo una forma, un rostro, capaz de conmoverme.

Como un idiota, olvidándome de todas las advertencias, estiré la mano hacia su rostro, inclinándome hacia ella.

Ella retrocedió.

—Lo sien… —empecé a decir al tiempo que bajaba la mano.

Pero su cabeza se giró repentinamente al frente, y de nuevo empezó a escrutar a través de la lluvia.

—Oh, no —jadeó.

—¿Qué ocurre?

Tenía la mandíbula apretada y las cejas unidas formando una dura línea sobre sus ojos.

Me miró por un instante.

—Otra complicación —me dijo taciturnamente.

Se reclinó sobre mí y abrió la puerta de golpe con un rápido movimiento —la proximidad de su cuerpo hizo que mi corazón se desbocara— y, casi encogida, se apartó de mí con igual velocidad.

Los faros destellaron a través de la lluvia. Alcé la vista, esperando ver a Charlie y el montón de explicaciones que iba a tener que dar a continuación, pero era un sedán negro que no reconocí.

—Date prisa —me urgió.

Vigilaba atentamente al otro vehículo a través del aguacero.

Aunque no entendía nada, bajé de un salto. La lluvia me golpeó el rostro y yo me puse la capucha de la chaqueta.

Quise identificar las figuras del asiento delantero del otro vehículo, pero estaba demasiado oscuro. Pude ver a Edythe a la luz de los faros del otro coche. Aún miraba al frente, con la vista fija en algo o en alguien a quien yo no podía ver. Su expresión era una extraña mezcla de frustración y desafío.

Aceleró el motor en punto muerto y los neumáticos chirriaron sobre el húmedo pavimento. El Volvo desapareció de la vista en cuestión de segundos.

—Hola, Beau —llamó una ronca voz familiar desde el asiento del conductor del pequeño coche negro.

—¿Jules? —pregunté, parpadeando bajo la lluvia.

Solo entonces dobló la esquina el coche patrulla de Charlie y las luces del mismo alumbraron a los ocupantes del coche que tenía enfrente de mí.

Julie ya había bajado. Su amplia sonrisa era visible incluso en la oscuridad. En el asiento del copiloto se sentaba una mujer mucho mayor, una mujer imponente con un rostro muy poco habitual: severo y estoico, con arrugas que le surcaban la piel rojiza como las de una vieja chaqueta de

cuero. Los ojos, sorprendentemente familiares, aparecían negros bajo las espesas cejas, y daban la sensación de ser al mismo tiempo demasiado jóvenes y demasiado viejos para aquel ancho rostro. Era la madre de Jules, Bonnie Black. Lo supe inmediatamente, a pesar de que en los cinco años transcurridos desde que la había visto por última vez me las había arreglado para olvidar su nombre, hasta que Charlie la mencionó el día de mi llegada. Me miraba fijamente, escrutando mi cara, por lo que le sonreí con timidez. Entonces asimilé su expresión y me di cuenta de que tenía los ojos desorbitados por la sorpresa o el pánico y resoplaba por la nariz. Mi sonrisa se desvaneció.

«Otra complicación», había dicho Edythe.

Bonnie seguía mirándome con intensa ansiedad. ¿Había reconocido Bonnie a Edythe con tanta facilidad? ¿Creía en las leyendas inverosímiles de las que se había mofado su hija?

La respuesta estaba clara en los ojos de Bonnie. Sí, así era.

JUEGOS MALABARES

—¡Bonnie! —Charlie la llamó tan pronto como se bajó del coche.

Me volví hacia la casa e hice señales a Julie para que me siguiera mientras me agachaba bajo el porche. Oí a Charlie saludarla efusivamente a mis espaldas.

—Voy a hacer como que no te he visto al volante, jovencita —dijo con desaprobación.

—En la reserva conseguimos muy pronto los permisos de conducir —replicó Julie mientras yo abría la puerta y encendía la luz del porche.

—Seguro que sí —se rio Charlie.

—De alguna manera he de dar una vuelta.

A pesar de los años transcurridos, reconocí con facilidad la profunda voz de Bonnie. Su sonido me hizo sentir repentinamente más joven, un niño.

Entré en la casa, dejando abierta la puerta detrás de mí, y fui encendiendo las luces antes de colgar mi cazadora. Luego, permanecí en la puerta, contemplando con ansiedad cómo Charlie y Jules ayudaban a Bonnie a salir del coche y a sentarse en la silla de ruedas.

Me aparté del camino mientras entraban a toda prisa sacudiéndose la lluvia.

—Menuda sorpresa —estaba diciendo Charlie.

—Hace ya mucho tiempo que no nos vemos. Confío en que no sea un mal momento —respondió Bonnie, cuyos inescrutables ojos oscuros volvieron a fijarse en mí.

—No, es magnífico. Espero que os podáis quedar para el partido.

Jules mostró una gran sonrisa.

—Creo que ese es el plan… Nuestra televisión se estropeó la semana pasada.

Bonnie le dirigió una mueca a su hija y añadió:

—Y, por supuesto, Jules deseaba volver a ver a Beau.

Jules le devolvió la mueca.

—¿Tenéis hambre? —pregunté mientras me dirigía hacia la cocina.

La mirada de Bonnie me hacía sentir incómodo.

—No, cenamos antes de venir —respondió Jules.

—¿Y tú, Charlie? —le pregunté de refilón al tiempo que doblaba la esquina para escabullirme.

—Claro —replicó. Su voz se desplazó hacia la habitación de enfrente, hacia el televisor. Oí cómo le seguía la silla de Bonnie.

Los sándwiches de queso se estaban tostando en la sartén mientras cortaba en rodajas un tomate cuando sentí que había alguien a mis espaldas.

—Bueno, ¿cómo te va todo? —inquirió Jules.

—Bastante bien —sonreí. Era difícil resistirse a su entusiasmo—. ¿Y a ti? ¿Terminaste el coche?

—No —arrugó la frente—. Aún necesito piezas. Hemos pedido prestado ese —comentó mientras señalaba con el pulgar en dirección al patio delantero.

—Lo siento, pero no he visto ninguna pieza. ¿Qué es lo que estáis buscando?

—Un cilindro maestro —sonrió de oreja a oreja y de repente añadió—: ¿Hay algo que no funcione en la camioneta?

—No.

—Ah. Me lo preguntaba al ver que no la conducías.

Mantuve la vista fija en la sartén mientras levantaba el extremo de un sándwich para comprobar la parte inferior.

—Di un paseo con una amiga.

—Un buen coche —comentó con admiración—, aunque no reconocí a la conductora. Creía conocer a la mayoría de los chicos de por aquí.

Asentí sin comprometerme ni alzar los ojos mientras daba la vuelta a los sándwiches.

—Mamá parecía conocerla de alguna parte.

—Jules, ¿me puedes pasar algunos platos? Están en el armario de encima del fregadero.

—Claro.

Tomó los platos en silencio. Esperaba que dejara el asunto.

—¿Quién es? —preguntó mientras situaba dos platos sobre la encimera, cerca de mí. Suspiré, derrotado.

—Edythe Cullen.

Para mi sorpresa, rompió a reír. Alcé la vista hacia ella, que parecía un poco avergonzada.

—Entonces, supongo que eso lo explica todo —comentó—. Me preguntaba por qué mamá se comportaba de un modo tan extraño.

—Es cierto —simulé una expresión inocente—. No le gustan los Cullen.

—Vieja supersticiosa —murmuró en un susurro.

—No crees que se lo vaya a decir a Charlie, ¿verdad? —no pude evitar preguntárselo. Las palabras salieron precipitadamente de mis labios.

Jules se me quedó mirando un minuto, y no fui capaz de interpretar la expresión de sus ojos oscuros.

—Lo dudo —respondió finalmente—. Creo que Charlie le soltó una buena reprimenda la última vez, y desde entonces no han hablado mucho. Me parece que esta noche es una especie de reencuentro, por lo que no creo que mamá lo vuelva a mencionar.

—Ah —dije, intentando dar a entender que el asunto tampoco me importaba demasiado.

Me quedé en el cuarto de estar después de llevarle a Charlie la cena, fingiendo ver el partido mientras Jules charlaba conmigo; pero, en realidad, estaba escuchando la conversación de los adultos, atento a cualquier indicio de algo sospechoso y buscando la forma de detener a Bonnie llegado el momento.

Fue una larga noche. Tenía muchos deberes sin hacer, pero temía dejar a Bonnie a solas con Charlie. Finalmente, el partido terminó.

—¿Vais a regresar pronto tus amigos y tú a la playa? —preguntó Jules mientras empujaba la silla de su madre fuera del umbral.

—No estoy seguro —contesté con evasivas.

—Ha sido divertido, Charlie —dijo Bonnie.

—Acércate a ver el próximo partido —la animó Charlie.

—Seguro, seguro —dijo Bonnie—. Aquí estaremos. Que paséis una buena noche —sus ojos me enfocaron y su sonrisa desapareció al agregar con gesto serio—: Cuídate, Beau.

—Gracias —musité, desviando la mirada.

Me dirigí hacia las escaleras mientras Charlie se despedía con la mano desde la entrada.

—Aguarda, Beau —me pidió.

Me encogí. ¿Le había dicho Bonnie algo antes de que me reuniera con ellos en el cuarto de estar?

Pero Charlie aún seguía relajado y sonriente a causa de la inesperada visita.

—No he tenido ocasión de hablar contigo esta noche. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien —vacilé, con un pie en el primer escalón, en busca de detalles que pudiera compartir con él sin comprometerme—. Mi equipo de bádminton ganó los cuatro partidos.

—¡Vaya! No sabía que supieras jugar al bádminton.

—Bueno, lo cierto es que no, pero mi compañera es realmente buena —admití.

—¿Quién es? —inquirió en señal de interés.

—Eh… McKayla Newton.

—Ah, sí. Me comentaste que eras amigo de la chica de los Newton —se animó—. Una buena familia —musitó para sí durante un minuto—. ¿Por qué no le pides que te lleve al baile este fin de semana?

—¡Papá! —gruñí—. Está saliendo con mi amigo Jeremy. Además, sabes que no sé bailar.

—Ah, sí —murmuró. Entonces me sonrió con un gesto de disculpa—. Bueno, supongo que es mejor que te vayas el sábado… Había planeado ir de pesca con los chicos de la comisaría. Parece que va a hacer calor de verdad, pero me puedo quedar en casa si quieres posponer tu viaje hasta que alguien te pueda acompañar. Sé que te dejo aquí solo mucho tiempo.

—Papá, lo estás haciendo fenomenal —le sonreí con la esperanza de ocultar mi alivio—. Nunca me ha preocupado estar solo, en eso me parezco mucho a ti.

Le sonreí y, al devolverme la sonrisa, le salieron arrugas alrededor de los ojos.

Esa noche dormí mejor porque me encontraba demasiado cansado para soñar de nuevo. Estaba entusiasmado, de un humor muy optimista cuando el gris perla de la mañana me despertó. La tensa velada con Bonnie y Jules ahora me parecía inofensiva y decidí olvidarla por completo. Me descubrí silbando mientras me pasaba un peine por el pelo, y luego también, cuando bajé las escaleras dando saltos. Charlie, que desayunaba sentado a la mesa, se dio cuenta y comentó:

—Estás muy alegre esta mañana.

Me encogí de hombros.

—Es viernes.

Me di mucha prisa para salir en cuanto se fuera Charlie. Había preparado la mochila, me había calzado los zapatos y cepillado los dientes, pero Edythe fue más rápida a pesar de que salí disparado por la puerta en cuanto me aseguré de que Charlie se había perdido de vista. Me esperaba en su flamante coche con las ventanillas bajadas y el motor apagado.

Esta vez no vacilé en subirme al asiento del copiloto lo más rápidamente posible. Me dedicó esa sonrisa y esos adorables hoyuelos que me provocaban pequeños paros cardíacos. No podía concebir nada más hermoso, ya fuera humana, diosa o criatura angelical. No había nada en Edythe que se pudiera mejorar.

—¿Cómo has dormido? —me preguntó. Tenía curiosidad por saber si era consciente de lo irresistible que resultaba su voz, y si haría aquello a propósito.

—Bien. ¿Qué tal tu noche?

—Placentera.

—¿Puedo preguntarte qué hiciste?

—No —sonrió—, el día de hoy sigue siendo mío.

Quería saber cosas sobre la gente, sobre Renée, sus aficiones, qué hacíamos juntos en nuestro tiempo libre, y luego sobre la única abuela a la que había conocido, mis pocos amigos del colegio y… me puse colorado cuando me preguntó por las chicas con las que había tenido citas. Me aliviaba que en realidad nunca hubiera salido con ninguna, por lo que la conversación sobre ese tema en particular no fue demasiado larga. Pareció sorprendida por mi escasa vida romántica.

—¿Nunca has conocido a nadie que te haya gustado? —me interrogó, con un tono tan serio que me hizo preguntarme qué estaría pensando al respecto.

—En Phoenix, no.

Frunció los labios con fuerza.

Para entonces, nos hallábamos ya en la cafetería. El día había transcurrido rápidamente según ese patrón que ya se estaba convirtiendo en rutina. Aproveché la breve pausa para dar un mordisco a mi sándwich.

—Hoy debería haberte dejado que condujeras tu propio coche —dijo de repente.

Tragué lo que estaba masticando.

—¿Por qué? —quise saber.

—Me voy a ir con Archie después del almuerzo.

—Vaya —parpadeé, decepcionado—. Está bien, no está demasiado lejos para un paseo.

Frunció el ceño con impaciencia.

—No te voy a hacer ir a casa andando. Tomaremos tu coche y lo dejaremos aquí para ti.

—No llevo la llave encima —musité—. No me importa caminar, de verdad.

Lo que me importaba era disponer de menos tiempo en su compañía.

Negó con la cabeza.

—Tu camioneta estará aquí y la llave en el contacto, a menos que temas que alguien te la pueda robar.

Se rio solo de pensarlo.

—De acuerdo —acepté con los labios apretados.

Estaba casi seguro de que tenía la llave en el bolsillo de los vaqueros que había llevado el miércoles, debajo de una pila de ropa en el lavadero.

Jamás la encontraría, aunque irrumpiera en mi casa o cualquier otra cosa que estuviera planeando. Pareció percatarse del desafío implícito en mi aceptación, pero sonrió burlona, demasiado segura de sí misma.

—¿Adónde vas a ir? —pregunté de la forma más natural que fui capaz.

—De caza —replicó secamente—. Si vamos a estar a solas mañana, voy a tomar todas las precauciones posibles —su rostro se tornó de repente taciturno y suplicante—. Siempre lo puedes cancelar, ya sabes.

Bajé la vista, temeroso del persuasivo poder de sus ojos. Me negué a dejarme convencer de no pasar el día juntos, sin importar lo real que pudiera ser el peligro. *No importa,* me repetí en la mente.

—No —susurré mientras la miraba a la cara—. No puedo.

—Tal vez tengas razón —murmuró.

El color de sus ojos casi parecía oscurecerse conforme los miraba.

Cambié de tema.

—¿A qué hora te veré mañana? —quise saber, ya deprimido por la idea de tener que dejarla ahora.

—Eso depende… Es sábado. ¿No quieres dormir hasta tarde? —me ofreció.

—No —respondí a toda prisa. Contuvo una sonrisa.

—Entonces, ¿a la misma hora de siempre?

Asentí.

—¿Dónde quedamos?

—Pasaré a buscarte a casa, como siempre.

—Esto… Dejar un Volvo aparcado en la puerta de casa no va a ayudarme mucho a evitar tener que darle explicaciones a Charlie.

Ahora su sonrisa fue de superioridad.

—No pensaba llevarme el coche.

—Y ¿cómo…?

Ella me interrumpió.

—No te preocupes. Estaré allí, sin el coche. Charlie no verá nada fuera de lo normal —su voz se volvió severa—. Y, si no vuelves, será un absoluto misterio para él, ¿verdad?

—Supongo —dije, encogiéndome de hombros—. Tal vez hasta salga en las noticias.

Me dedicó una mueca de enfado y yo la ignoré y le di otro mordisco a mi almuerzo. Cuando por fin su rostro se relajó —aunque aún no parecía muy contenta— le pregunté:

—¿Qué vas a cazar esta noche?

—Cualquier cosa que encontremos en el parque.

Me miró, entre frustrada y divertida de la forma tan natural que tenía de referirme a su poco habitual rutina.

—¿Por qué vas con Archie? ¿No decías que últimamente se metía contigo?

—Archie es el más… comprensivo.

Frunció el ceño al hablar.

—¿Y los otros? —pregunté, dudoso. En realidad, no sabía si quería averiguarlo—. ¿Cómo se lo toman?

Arrugó la frente.

—La mayoría con incredulidad.

Miré hacia ellos. Permanecían sentados con la vista perdida en diferentes direcciones, del mismo modo que la primera vez que los vi. Solo que ahora eran cuatro, su hermosa hermana con melena de bronce era mía, al menos durante esta hora.

—No les gusto —supuse.

—No es eso —disintió, pero sus ojos eran demasiado inocentes para mentir—. No comprenden por qué no te puedo dejar solo.

Fruncí el ceño.

—Yo tampoco.

Ella sonrió.

—No te pareces a nadie que haya conocido. Me fascinas.

Una parte de mí estaba segura de que hablaba en broma: la parte que no podía evitar pensar que era la persona más anodina que conocía.

—De verdad que no lo entiendo.

—Al tener las ventajas que tengo —murmuró mientras se tocaba la frente con la punta de un dedo—, disfruto de una superior comprensión de

la naturaleza humana. Las personas son predecibles, pero tú nunca haces lo que espero. Siempre me pillas desprevenida.

Desvié la mirada y mis ojos volvieron a posarse en el lugar de siempre: el rincón del fondo de la cafetería donde se sentaba su familia. Sus palabras me hacían sentir como una cobaya. Quise reírme de mí mismo por haber esperado otra cosa.

—Esa parte resulta bastante fácil de explicar —continuó. Aunque todavía no era capaz de mirarla, sentí sus ojos fijos en mi rostro—, pero hay más —prosiguió— y no es tan sencillo expresarlo con palabras…

Seguía mirando fijamente a los Cullen mientras ella hablaba. De repente, Royal se volvió para echarme un vistazo. No, no para echarme un vistazo. Para atraparme en una mirada feroz con sus ojos fríos y oscuros. Quise apartar la mía, pero me quedé petrificado por su abierta hostilidad, hasta que Edythe se interrumpió a mitad de frase y emitió un bufido muy bajo, una especie de siseo.

Royal giró la cabeza y me alivié al sentirme liberado de su hechizo. Volví a mirar a Edythe con los ojos como platos.

—Eso ha sido aversión, sin duda —murmuré.

La expresión de Edythe parecía dolorida.

—Lo lamento. Solo está preocupado. Ya ves… Después de haber pasado tanto tiempo en público contigo no es solo peligroso para mí si… —bajó la vista.

—¿Si…?

—Si las cosas van mal.

Dejó caer la cabeza entre las manos: su angustia era evidente. Quería consolarla de alguna manera, decirle que nunca permitiría que le pasara nada malo, pero no sabía qué palabras usar. Automáticamente, estiré la mano para posarla delicadamente sobre su hombro. Solo llevaba una camiseta de manga larga, y el frío penetró inmediatamente hacia mi mano. No se movió, y mientras estaba allí sentado, lentamente comprendí que sus palabras deberían asustarme. Esperé a que el miedo llegara, pero todo lo que sentía era dolor por su pesar.

Seguía con la cabeza entre las manos. Intenté hablar con un tono de voz normal:

—¿Tienes que irte ahora?

—Sí —dejó caer las manos. Yo mantuve la mía apoyada sobre su antebrazo. Ella miró el lugar donde nuestros cuerpos se tocaban y suspiró. Sin embargo, luego cambió de estado de ánimo y sonrió—. Probablemente sea lo mejor. En Biología aún nos quedan por soportar quince minutos de esa espantosa película. No creo que lo aguante más.

Di un respingo y aparté la mano de golpe. De repente, Archie —que era más alto de lo que había pensado, con ese cabello que era apenas una sombra de pelusilla oscura sobre su cráneo y esos ojos oscuros como la tinta — se encontraba de pie detrás del hombro de Edythe.

Edythe le saludó sin desviar la mirada de mí.

—Archie.

—Edythe —respondió él, imitando su tono con una burlona reverencia.

Su aguda voz de tenor era casi tan aterciopelada como la de su hermana.

—Archie, te presento a Beau… Beau, este es Archie —nos presentó con una seca sonrisa en el rostro.

—Hola, Beau —sus ojos refulgieron como diamantes oscuros, pero la sonrisa era cordial—. Es un placer conocerte al fin.

Y enfatizó muy levemente el «al fin».

Edythe le dirigió una mirada sombría.

No me costaba creer que Archie fuera un vampiro. Allí de pie, a tres metros de mí. Con sus oscuros ojos hambrientos. Sentí que una gota de sudor se deslizaba por mi nuca.

—Esto… Hola, Archie.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

—Casi —replicó Edythe con frialdad—. Me reuniré contigo en el coche.

Archie se alejó sin decir nada más. Se movía de un modo tan flexible y sinuoso que la imagen de unos bailarines volvió a acudir a mi mente, aunque en realidad no parecían unos andares demasiado humanos.

Tragué saliva.

—¿Debería decir «que te diviertas», o es el sentimiento equivocado?

—No, «que te diviertas» es tan bueno como cualquier otro.

Esbozó una amplia sonrisa.

—En tal caso, que te diviertas.

Me esforcé en parecer entusiasmado, pero, por supuesto, no la engañé.

—Lo intentaré. Y tú, intenta mantenerte a salvo, por favor.

—A salvo en Forks… ¡Menudo reto! —suspiré.

—Para ti lo es —su mandíbula se tensó—. Prométemelo.

—Prometo que intentaré mantenerme ileso —declamé—. Tenía intención de hacer la colada esta noche… ¿O es una tarea demasiado arriesgada? Bueno, no sé, podría caerme dentro de la lavadora, o algo así.

Entornó los ojos.

—Vale, vale. Haré lo que pueda.

Se puso en pie y yo también me levanté.

—Te veré mañana —musité.

Me dedicó una sonrisa pesarosa.

—Te parece mucho tiempo, ¿verdad? —murmuró.

Asentí con desánimo.

—Por la mañana, allí estaré —me prometió.

Caminó hasta mi lado, me rozó el dorso de la mano levemente y luego se volvió y se alejó. Clavé mis ojos en ella hasta que se marchó.

No tenía ganas de ir a clase, y estuve considerando la posibilidad de hacer unos saludables novillos, pero decidí que era irresponsable. Sabía que McKayla y los demás darían por supuesto que estaba con Edythe si desaparecía ahora, y a ella le preocupaba el tiempo que pasábamos juntos en público por si las cosas no salían bien. No tenía intención de pensar qué significaba eso, ni en lo doloroso que podría llegar a ser. Consideré qué opciones eran más seguras para ella. Y eso implicaba ir a clase.

Estaba seguro —y creía que ella también pensaba así— que el día siguiente lo cambiaría todo. Ella y yo… si íbamos a estar juntos… teníamos que afrontar aquello sin tapujos. No podíamos pretender mantener aquel peligroso equilibrio, el de estar casi juntos, pero no. Caeríamos a uno u otro lado, y la decisión era íntegramente cosa suya. Yo estaba completamente decidido, lo estaba incluso antes de haber sido consciente de la decisión y me comprometí a llevarla a cabo hasta el final, porque para mí no había nada más terrible e insoportable que la idea de no volver a verla.

Su ausencia a mi lado no contribuyó a que mi atención aumentara tanto como había esperado. La tensión y la electricidad habían desaparecido, pero mi mente estaba demasiado ofuscada pensando en el día siguiente como para prestar atención.

En la clase de gimnasia, McKayla daba muestras de haberme perdonado. Me deseó que tuviera buen tiempo en Seattle. Le expliqué con detalle que, preocupado por el coche, había cancelado mi viaje.

Repentinamente, volvió a mostrarse mohína.

—¿Vas a llevar a Edythe al baile? —preguntó.

—No, ya te he dicho que no voy a ir.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Mentí alegremente.

—La colada, y he de estudiar para el examen de Trigonometría o voy a suspender.

Frunció el ceño.

—¿Te está ayudando Edythe con los «estudios»?

Casi pude escuchar las comillas con las que pronunció la última palabra.

—Ya me gustaría —dije, sonriendo—. Es mucho más inteligente que yo. Pero tiene que ir a algún sitio con su hermano este fin de semana.

Noté con sorpresa que las mentiras me salían con mayor naturalidad que de costumbre. Quizá se debía a que ahora mentía por otra persona, en lugar de por mí mismo.

—Ah —se animó—. Ya sabes, de todos modos, puedes venir al baile con nuestro grupo. Estaría bien. Todas bailaríamos contigo —prometió.

La imagen mental del rostro de Jeremy hizo que el tono de mi voz fuera más cortante de lo necesario.

—McKayla, no voy a ir al baile, ¿de acuerdo?

—Vale —me espetó—. Solo era una oferta.

Cuando la clase de Educación Física terminó, me dirigí al aparcamiento sin entusiasmo. No me emocionaba la idea de volver a casa caminando bajo la lluvia, pero no se me ocurría cómo podría Edythe haber recuperado la camioneta. Aunque ¿acaso había algo imposible para Edythe?

Y allí estaba, aparcada en la misma plaza en la que ella había aparcado el Volvo por la mañana. Asombrado, sacudí la cabeza mientras abría la

puerta y vi las llaves puestas en el bombín de la puesta en marcha, tal y como me había prometido.

Había un pedazo de papel blanco doblado sobre mi asiento. Lo tomé y cerré la puerta antes de desdoblarlo. Había escrito dos palabras con su elaborada letra: «Sé prudente».

El sonido del motor al arrancar me asustó. Me reí de mí mismo.

El pomo de la puerta estaba cerrado y el pestillo sin echar, tal y como se había quedado por la mañana. Una vez dentro, me fui directo al lavadero. Parecía que todo seguía igual. Hurgué entre la ropa en busca de mis vaqueros y revisé los bolsillos una vez que los hube encontrado. Vacíos. Quizá las hubiera dejado colgando dentro del coche, pensé sacudiendo la cabeza.

Charlie estuvo distraído durante la cena, supuse que le preocupaba algo relacionado con el trabajo, o tal vez con el partido de baloncesto, o puede que le hubiera gustado de verdad la lasaña. Con Charlie, era difícil saberlo.

—¿Sabes, papá? —comencé, interrumpiendo su meditación.

—¿Qué pasa, Beau?

—Creo que tienes razón en lo del viaje a Seattle. Me parece que voy a esperar hasta que Jeremy o algún otro me puedan acompañar.

—Ah —dijo sorprendido—. De acuerdo. Bueno, ¿quieres que me quede en casa?

—No, papá, no cambies de planes. Tengo un millón de cosas que hacer: los deberes, la colada, necesito ir a la biblioteca y al supermercado. Estaré entrando y saliendo todo el día. Ve y diviértete.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, papá. Además, el nivel de pescado del congelador está bajando peligrosamente… Hemos descendido hasta tener reservas solo para dos o tres años.

Me sonrió.

—Resulta muy fácil vivir contigo, Beau.

—Podría decir lo mismo de ti —contesté entre risas demasiado apagadas, pero no pareció notarlo. Me sentí culpable por hacerle creer aquello, y estuve a punto de seguir el consejo de Edythe y decirle dónde iba a estar. A punto.

Mientras me dedicaba a doblar la ropa, tarea que me requería un nulo esfuerzo mental, me pregunté si con aquella mentira estaría poniendo a Edythe por encima de mi propio padre. Al fin y al cabo, la estaba protegiendo a ella y le estaba dejando a él solo ante la posibilidad de enfrentarse a… no sabía exactamente a qué. ¿Me desvanecería, sin más? ¿Encontraría acaso la policía alguna… parte de mi cuerpo? Sabía que no era capaz de imaginar con exactitud lo devastador que resultaría para él, ya que perder un hijo —aunque fuera un hijo al que no hubiera visto demasiado a menudo durante los últimos diez años— era una tragedia de dimensiones que yo no alcanzaba a comprender.

Pero, si le decía que iba a quedar con Edythe, si la implicaba en lo que fuera que pudiera pasar, ¿cómo podía beneficiar eso a Charlie en modo alguno? ¿Haría que las cosas fueran más soportables el que hubiera alguien a quien culpar? ¿O, sencillamente, le pondría en un peligro aún mayor? Recordaba cómo me había mirado Royal durante el almuerzo. Recordaba los refulgentes ojos negros de Archie, los brazos de Eleanor y sus tendones de acero, y a Jessamine, quien, por algún motivo que no era capaz de concretar, resultaba ser la más aterradora de todos. ¿Realmente quería que mi padre dispusiera de una información que los hiciera sentirse amenazados?

Así que, en realidad, lo único que beneficiaba a Charlie de algún modo era dejarle al día siguiente una nota pegada en la puerta en la que pusiera: «He cambiado de idea»; montarme en mi camioneta y terminar yendo a Seattle. Sabía que Edythe no se enfadaría, que en el fondo una parte de ella esperaba que hiciera exactamente eso.

Pero también tenía la certeza de que no iba a escribir esa nota. Ni siquiera era capaz de imaginarme haciéndolo. Cuando ella viniera a buscarme, yo estaría esperándola.

Así que supongo que sí, que la estaba eligiendo a ella sobre todas las demás cosas. Y también era consciente de que debería sentirme mal —equivocado, culpable, arrepentido—, pero no conseguí sentirme así. Quizá porque, en el fondo, no tenía la sensación de que fuera una elección mía.

Sin embargo, todo aquello solo aplicaba en caso de que las cosas salieran «mal», y estaba casi seguro, al noventa por ciento, de que eso no

ocurriría. En parte, porque seguía sin poder obligarme a tenerle miedo a Edythe, ni siquiera cuando intentaba imaginármela como la criatura de dientes afilados de mi pesadilla. Tenía su nota en el bolsillo trasero de los pantalones, y la saqué para leerla una y otra vez. Ella quería que estuviera a salvo. Había invertido una gran cantidad de esfuerzo personal en este tiempo para garantizar mi supervivencia. ¿Acaso no demostraba aquello su verdadero ser? En caso de que todas las medidas de seguridad fallaran, ¿no vencería esa parte de sí?

Hacer la colada no era la mejor actividad para mantener la mente ocupada. Por mucho que intentara concentrarme en la Edythe que conocía y amaba, no podía evitar imaginarme lo que podría llegar a significar que las cosas «terminaran mal». Las sensaciones que podría llegar a producirme. Había visto suficientes películas de terror como para tener algunas ideas preconcebidas al respecto, y la verdad es que tampoco me parecía la manera más terrible de abandonar este mundo. La mayoría de las víctimas simplemente parecían desfallecidas e inconscientes mientras las… desangraban. Pero entonces recordé lo que Edythe había mencionado acerca de los ataques de oso, y supuse que la realidad de los ataques vampíricos no debía de parecerse demasiado a su versión hollywoodiense.

Pero se trataba de Edythe.

Me sentí aliviado cuando se hizo lo bastante tarde para acostarme. Sabía que no iba a ser capaz de dormirme con todas aquellas locuras en mi cabeza, por lo que hice algo que nunca había hecho antes: tomar sin necesidad y de forma consciente una medicina para el resfriado, de esas que me dejaban grogui durante unas ocho horas. Sabía que era un poco irresponsable, pero el día siguiente ya iba a ser bastante complicado como para añadirle que estuviera atolondrado por no haber pegado ojo. Mientras aguardaba a que hiciera efecto el fármaco volví a escuchar el CD de Phil. Aquellos familiares berridos eran extrañamente reconfortantes, y en algún momento, mientras escuchaba el disco, me quedé dormido.

Me desperté a primera hora después de haber dormido a pierna suelta y sin pesadillas gracias al abuso de los fármacos. Aunque había descansado bien,

tenía los nervios a flor de piel, me sobresaltaba por cualquier cosa y estuve a punto de tener un par de ataques de pánico. Me duché y me vestí con varias capas de ropa, aunque Edythe me había asegurado que haría sol. Miré por la ventana: Charlie se había marchado ya, y una fina capa de nubes blancas y algodonosas cubría el cielo, pero no parecía que fuera a durar mucho. Desayuné sin saborear lo que comía y me apresuré a fregar los platos en cuanto hube terminado. Apenas había acabado de cepillarme los dientes cuando una sigilosa llamada de nudillos hizo que estuviera a punto de tirarme escaleras abajo.

De repente, mis manos parecían ser demasiado grandes para manipular el simple pestillo y tardé un segundo en desbloquearlo, pero al fin conseguí abrir la puerta de un tirón y allí estaba ella.

Inspiré hondo. Todo mi nerviosismo se disipó, y me sentí totalmente tranquilo.

Al principio no estaba sonriente, sino seria, casi sombría, pero su expresión se alegró en cuanto se fijó en mí, y se rio entre dientes.

—Buenos días.

—¿Qué ocurre?

Eché un vistazo hacia abajo para asegurarme de que no me había olvidado de ponerme nada importante, como los zapatos o los pantalones.

—Vamos a juego.

Se volvió a reír. Me di cuenta de que ella llevaba un suéter de color marrón claro con cuello de pico que dejaba a la vista una camiseta blanca debajo, y unos vaqueros. Mi suéter era exactamente del mismo tono, aunque mi jersey y mi camiseta blanca tenían el cuello redondo. Mis pantalones eran del mismo tono azul que el de los suyos. La única diferencia era que ella parecía una modelo que se hubiera escapado de una sesión de fotos, y era muy consciente de que yo no tenía ni por asomo ese aspecto.

Cerré la puerta al salir mientras ella se dirigía a la camioneta. Aguardó junto a la puerta del copiloto con una expresión resignada y perfectamente comprensible.

—Accediste —le recordé con aire de suficiencia mientras me encaramaba al asiento del conductor y me estiraba para abrirle la puerta.

Me dedicó una mirada sombría cuando trepó para subirse al asiento.

Me coloqué en mi sitio y traté de no arrugar el rostro cuando arranqué el motor con un estruendo enorme.

—¿Adónde? —le pregunté.

—Ponte el cinturón… Ya estoy nerviosa.

Puse los ojos en blanco, pero hice lo que me pedía.

—¿Adónde? —repetí.

—Toma la 101 hacia el norte.

Era sorprendentemente difícil concentrarse en la carretera al mismo tiempo que sentía sus ojos clavados en mi rostro. Lo compensé conduciendo con más cuidado del habitual mientras cruzaba las calles del pueblo, aún dormido.

—¿Tienes intención de salir de Forks antes del anochecer?

—Un poco de respeto —la recriminé—, este trasto tiene los suficientes años para ser el abuelo de tu coche.

A pesar de su pesimismo, pronto estuvimos fuera de los límites del pueblo. Una maleza espesa y una ringlera de troncos verdes reemplazaron las casas y el césped.

—Gira a la derecha para tomar la 101 —me indicó cuando estaba a punto de preguntárselo.

Obedecí en silencio.

—Ahora, avanzaremos hasta que se acabe el asfalto.

Detecté cierta sorna en su voz, pero tenía demasiado miedo a salirme de la carretera como para mirarla y asegurarme de que estaba en lo cierto.

—¿Qué hay allí, donde se acaba el asfalto? —quise saber.

—Una senda.

—¿Vamos de caminata?

—¿Supone algún problema?

—No.

Intenté que la mentira pareciera convincente, pero si pensaba que la camioneta era lenta, tenía que esperar a verme a mí…

—No te preocupes, solo son unos ocho kilómetros y no iremos deprisa.

¡Ocho kilómetros! No le respondí para que no notara el pánico en mi voz. ¿Cuánto había recorrido el sábado pasado? ¿Un kilómetro y medio? ¿Y

cuántas veces había conseguido tropezar en aquel recorrido? Aquello iba a resultar humillante.

Avanzamos en silencio durante un buen rato. Yo me estaba imaginando la expresión que pondría la vigésima vez que me cayera de morros.

—¿En qué piensas? —preguntó con impaciencia al cabo de un rato.

—Solo me preguntaba adónde nos dirigimos —volví a mentirle.

—Es un lugar al que me gusta mucho ir cuando hace buen tiempo.

Ambos nos pusimos a mirar por las ventanillas a las nubes, que comenzaban a diluirse en el firmamento.

—Charlie dijo que hoy haría buen tiempo.

—¿Le dijiste lo que te proponías? —me preguntó.

—No.

—Pero seguramente le dijiste a Jeremy que te iba a llevar a Seattle… —dijo, como si ya lo supiera.

—No.

—¿Nadie sabe que estás conmigo? —inquirió, ahora con enfado.

—Eso depende… ¿He de suponer que se lo has contado a Archie?

—Eso es de mucha ayuda, Beau —dijo bruscamente.

Fingí no haberla oído, pero volvió a la carga:

—¿Es por el clima? ¿Un trastorno afectivo estacional? ¿Te deprime tanto Forks que estás preparando tu suicidio?

—Dijiste que un exceso de publicidad sobre nosotros podría ocasionarte problemas —le expliqué.

—¿Y a ti te preocupan mis posibles problemas si no regresas a casa? —su voz era una mezcla entre ácida y gélida.

Asentí con la cabeza, sin apartar la vista de la carretera.

Murmuró algo en voz baja, tan deprisa que no la comprendí.

Nos mantuvimos en silencio el resto del trayecto en el coche.

Noté que en su interior se alzaban oleadas de rabia y desaprobación, pero no se me ocurría la manera correcta de disculparme sin sentirme realmente arrepentido.

La carretera terminaba en una pequeña señal de madera. Vi el delgado sendero que se adentraba en el bosque. Aparqué sobre el estrecho arcén y salí sin saber muy bien qué hacer, puesto que se había enfadado conmigo, y

tampoco tenía la excusa de tener que mirar a la carretera para no mirarla a ella.

Hacía calor, mucho más del que había hecho en Forks desde el día de mi llegada, y a causa de las nubes hacía casi bochorno. Me quité el suéter y lo tiré a la cabina del conductor, contento de haberme puesto una camiseta, sobre todo si me esperaban ocho kilómetros a pie.

La oí dar un portazo y pude comprobar que también ella se había desprendido del suéter y se había recogido la melena en un moño improvisado. Lo único que llevaba era una delgada camiseta sin mangas. Permanecía de espaldas a mí, observando el bosque, y tuve ocasión de contemplar la delicada silueta de sus omoplatos, que casi parecían alas recogidas bajo su blanquísima piel. Sus brazos eran tan delgados que me costaba creer que contuvieran la fuerza que sabía que poseían.

—Por aquí —indicó, girando la cabeza, aún molesta. Comenzó a adentrarse en el sombrío bosque directamente hacia la derecha de la camioneta.

—¿Y la senda?

Intenté ocultar el pánico en mi voz mientras corría por delante del morro de mi coche para alcanzarla.

—Dije que al final de la carretera había un sendero, no que lo fuéramos a seguir.

—¡¿No iremos por la senda?! ¿En serio?

—No voy a dejar que te pierdas.

Se dio la vuelta al hablar, sonriendo con mofa, y se me cortó la respiración.

Nunca había visto que mostrara tanta piel. Sus pálidos brazos, sus esbeltos hombros, la frágil apariencia de sus clavículas, las vulnerables oquedades que se dibujaban sobre ellas, la columna de su cuello, tan parecido al de un cisne, la ligera protuberancia de sus pechos —*no la mires, no la mires*—, y las costillas, que casi se podían contar bajo la fina capa del algodón. Comprendí con una oleada de desesperación que era demasiado perfecta. No había manera de que aquella diosa pudiera ser mía alguna vez.

Sorprendida por mi expresión torturada, Edythe me miró fijamente.

—¿Quieres volver a casa? —preguntó con un hilo de voz. Un dolor de diferente naturaleza al mío impregnaba su voz.

—No.

Me adelanté hasta ponerme a su lado, ansioso por no desperdiciar ni un segundo de las pocas horas contadas que pudiera estar en su compañía.

—¿Qué va mal? —preguntó con dulzura.

—No soy un senderista muy rápido —le expliqué con desánimo—. Tendrás que tener paciencia conmigo.

—Puedo ser paciente si hago un gran esfuerzo.

Me sonrió y sostuvo mi mirada en un intento de levantarme el ánimo, súbitamente sombrío.

Intenté devolverle la sonrisa, pero me di cuenta de que no fue convincente. Estudió mi rostro.

—Te llevaré de vuelta a casa —prometió, pero no supe determinar si la promesa se refería al final de la jornada o a una marcha inmediata. Era evidente que ella creía que era el miedo a mi inminente desaparición lo que me turbaba, y de nuevo agradecí ser yo la única persona a la que no le pudiera leer el pensamiento.

—Si quieres que recorra ocho kilómetros a través de la selva antes del atardecer, será mejor que empieces a indicarme el camino —le repliqué con amargura.

Enarcó las cejas mientras intentaba comprender mi tono y la expresión de mis facciones.

Después de unos momentos, se rindió y encabezó la marcha hacia el bosque.

No resultó tan duro como pensaba que sería. El camino era plano la mayor parte del tiempo y no parecía molestarle ir a mi ritmo. Tropecé dos veces con las raíces, pero las dos veces su mano estuvo rápida y me sostuvo por el hombro antes de que pudiera caerme. Cuando me tocaba, mi corazón se desbocaba y latía intermitentemente como solía. Observé su expresión la segunda vez que me ocurrió aquello, y de repente estuve seguro de que podía oír mis latidos.

Intenté mantener los ojos lejos de ella, pero cada vez que sucumbía, su hermosura me llenaba de tristeza. Recorrimos en silencio la mayor parte del

trayecto. De vez en cuando, Edythe formulaba una pregunta al azar, una de las que no me había hecho en los dos días anteriores de interrogatorio. Me interrogó sobre mis cumpleaños, los profesores en la escuela primaria y las mascotas de mi infancia…

Tuve que admitir que había renunciado a ellas después de que se murieran tres peces de forma seguida. Rompió a reír al oírlo, con más fuerza de lo que me tenía acostumbrado…

De los bosques se levantó un eco similar al tañido de las campanas.

La caminata nos llevó la mayor parte de la mañana, pero ella no mostró impaciencia en ningún momento. El bosque se extendía a nuestro alrededor en un interminable laberinto de árboles idénticos, y la idea de que no encontráramos la salida comenzó a ponerme nervioso. Edythe se encontraba muy a gusto en aquel dédalo de color verde, y nunca pareció dudar sobre qué dirección tomar.

Después de varias horas, la luz verdosa que se filtraba a través del dosel de ramas se aclaró en un tono amarillo. El día se había vuelto soleado, tal y como ella había prometido. Comencé a sentir entusiasmo por primera vez desde que habíamos empezado la caminata.

—¿Aún no hemos llegado? —quise saber.

—Casi —sonrió ante el cambio de mi estado de ánimo—. ¿Ves esa luz más clara de ahí delante?

—Hmm —observé a través del denso follaje del bosque—. ¿Debería verlo?

—Puede que sea un poco pronto para tus ojos.

—Tendré que pedir hora para visitar al oculista —suspiré, y ella sonrió.

Pero entonces, después de recorrer otros cien metros, pude ver sin ningún género de duda un punto más claro en los árboles delante de mí, un brillo que era amarillo blancuzco en lugar de amarillo verdoso. Apreté el paso. Edythe me dejó que yo fuera delante y me siguió en silencio.

Alcancé el borde de aquel remanso de luz y atravesé la última franja de helechos para entrar en el lugar más hermoso que había visto en mi vida.

La pradera era un pequeño círculo perfecto lleno de flores silvestres: violetas, amarillas y blancas. Podía oír el agua discurrir de un arroyo que fluía en algún lugar cercano. El sol estaba directamente en lo alto,

colmando el redondel de una blanquecina calima luminosa. Caminé sobre la mullida hierba en medio de las flores, balanceándose al cálido aire dorado. Tras aquel minuto de asombro absoluto, me di media vuelta para compartir con ella todo aquello, pero Edythe no estaba detrás de mí, como creía. Repentinamente ansioso, giré a mi alrededor en su busca. Finalmente, la localicé, inmóvil debajo de la densa sombra del dosel de ramas, en el mismo borde del claro, mientras me contemplaba con ojos cautelosos, y recordé por qué estábamos allí. El misterio de Edythe y el sol, lo que me había prometido mostrarme hoy.

Di un paso hacia ella con el brazo estirado. Sus ojos se mostraban recelosos. Le sonreí para infundirle valor y empecé a caminar hacia ella. Alzó una mano en señal de aviso y yo vacilé, y retrocedí un paso.

Edythe inspiró hondo, cerró los ojos y entonces salió al deslumbrante brillo del mediodía.

CONFESIONES

Con los ojos cerrados, Edythe avanzó a ciegas hacia la luz.

El corazón me dio un vuelco y empecé a correr hacia ella.

—¡Edythe!

Solo cuando abrió los ojos y estuve lo suficientemente cerca para empezar a comprender lo que estaba viendo, me di cuenta de que no estaba ardiendo en llamas. Alzó la mano de nuevo, con la palma hacia mí, y yo me tambaleé al frenar y a punto estuve de caer de rodillas.

La luz manaba de su piel, y danzaba en prismas irisados que recorrían su rostro y su cuello y descendían por sus brazos. Refulgía con tal intensidad que tuve que entornar los ojos, como si estuviera mirando directamente al sol.

Sentí el impulso de arrodillarme a propósito. Aquella era del tipo de belleza digna de adoración. El tipo de belleza por el que se erigían templos y a la que se ofrecían sacrificios. Deseé tener algo, cualquier cosa, en mis manos vacías que ofrecerle, pero ¿qué podía querer una diosa de un mediocre mortal como yo?

Tardé un rato en alcanzar a ver más allá de su incandescencia la expresión de su rostro. Me miraba con los ojos muy abiertos, casi como si tuviera miedo de algo. Yo avancé un paso en dirección a ella, y ella se estremeció levemente.

—¿Te duele? —susurré.

—No —me respondió también en un susurro.

Avancé un segundo paso hacia ella. Volvía a tener la sensación de que era un imán y yo un impotente trozo de burdo metal. Dejó caer a un costado

la mano con la que me advertía que no avanzara. Cuando se movió, el fuego descendió en un fulgor por su brazo. La rodeé muy lentamente, manteniendo la distancia, pero necesitaba aprehender aquello, observarla desde todos los ángulos posibles. El sol revelaba su piel, refractando e intensificando todos los colores del espectro de la luz. Mis ojos tuvieron que acostumbrarse a aquella maravilla y, cuando lo hicieron, se me abrieron de par en par a causa del asombro.

Sabía que había elegido adrede la ropa que llevaba aquel día, que estaba decidida a mostrarme aquel espectáculo, pero la pose que había adoptado en aquel momento, con los hombros tensos y las piernas rígidas, hizo que me preguntara si no se estaría arrepintiendo ahora de su decisión.

Cerré el círculo que estaba describiendo a su alrededor, y avancé los últimos metros que nos separaban. No podía dejar de mirarla, ni siquiera para pestañear.

—Edythe —suspiré.

—¿Ahora sí que te asusto? —susurró.

—No.

Clavó sus ojos inquisitivos en los míos, intentando escuchar mis pensamientos.

Yo me acerqué a ella con una lentitud deliberada, observando su rostro en busca de algún signo que indicara que me daba permiso para hacerlo. Sus ojos se ensancharon aún más, si cabe, y permaneció inmóvil. Con suavidad y cautela dejé que las yemas de mis dedos rozaran la reluciente piel de la parte trasera de su brazo. Me sorprendió notarla tan fría como siempre. Mientras mis dedos la rozaban, los reflejos del fuego también titilaron contra mi piel y, de repente, mi mano ya no pareció una mano ordinaria. Era tan asombrosa que tenía incluso la capacidad de hacer que yo fuera menos anodino.

—¿Qué estás pensando? —susurró.

Me costó mucho encontrar las palabras adecuadas.

—Estoy… No sabía… —inspiré hondo, y por fin me salieron las palabras—. Nunca había visto nada tan hermoso. Nunca había imaginado que tal belleza pudiera existir.

Sus ojos aún se mostraban recelosos, como si pensara que estaba diciendo lo que pensaba que ella quería escuchar. Pero solo era la verdad, quizá la cosa más cierta y menos sometida a censura que había dicho en mi vida. Estaba demasiado abrumado para filtrar mis pensamientos o para fingir.

Empezó a alzar una mano, y entonces la bajó. El resplandor refulgió:

—Lo cierto es que es muy extraño —murmuró.

—Es asombroso —jadeé.

—¿No te repugna mi manifiesta carencia de humanidad?

Sacudí la cabeza.

—No, no me repugna.

Entornó los ojos.

—Pues debería.

—Ahora mismo, considero que la humanidad está muy sobrevalorada.

Ella apartó su brazo de las yemas de mis dedos y lo dobló tras su espalda. En lugar de hacer caso al gesto, avancé medio paso en dirección a ella. Podía sentir el reflejo de la luz en mi rostro.

Y, de repente, se había alejado tres metros de mí, con la mano alzada en gesto de advertencia y la mandíbula tensa.

—Lo siento —le dije.

—Necesito algo de tiempo —me respondió ella.

—Tendré más cuidado.

Asintió y entonces se dirigió al centro de la pradera, dibujando un leve arco para pasar a mi lado y mantener entre nosotros aquella prudencial distancia de tres metros. Se sentó de espaldas a mí, con el sol incandescente resplandeciendo en sus omóplatos, lo que me hizo pensar de nuevo en alas. Me acerqué lentamente, y entonces, cuando estuve más o menos a un metro y medio de distancia, me senté frente a ella.

—¿Te parece bien así?

Ella asintió, pero no parecía muy convencida.

—Tan solo permíteme que… me concentre.

Me senté, en silencio, y transcurridos unos segundos ella volvió a cerrar los ojos. A mí no me importó. Poder contemplarla así…, era algo de lo que

resultaba imposible cansarse. La observé, intentando comprender el fenómeno, y ella ignoró mi presencia.

Una media hora después, de repente se tumbó de espaldas en la hierba con la mano detrás de la cabeza. La hierba era tan alta que me obstaculizaba la visión.

—¿Puedo…? —pregunté.

Ella dio un golpecito en la hierba a su lado.

Me acerqué unos centímetros, y luego medio metro al ver que ella no ponía objeción. Unos milímetros más.

Seguía con los ojos cerrados, y sus párpados brillaban con un resplandor lavanda bajo el oscuro abanico de sus pestañas. Su pecho se elevaba y descendía a un ritmo constante, casi como si estuviera dormida, salvo porque aquel movimiento transmitía una leve sensación de esfuerzo y control. Parecía muy consciente del propio proceso de la respiración.

Me senté con las piernas dobladas bajo el cuerpo, los codos en las rodillas y el mentón sobre las manos. Hacía calor —el sol despertaba una sensación extraña en mi piel ahora que me había acostumbrado a la lluvia— y la pradera seguía siendo hermosa, pero no era más que un escenario de fondo. Ahora conocía una nueva definición de belleza.

Movió los labios, y de ellos surgió un resplandor mientras… daban la sensación de temblar. Pensé que quizá hubiera dicho algo, pero sus palabras eran apenas audibles, y las había pronunciado demasiado deprisa.

—¿Has dicho algo? —susurré.

Estar allí sentado contemplándola brillar acentuaba la necesidad de quietud. Casi de veneración.

—Estoy cantando para mis adentros —murmuró—. Me tranquiliza.

Nos mantuvimos inmóviles un largo rato, salvo por sus labios, que de vez en cuando emitían un cántico demasiado débil como para que yo pudiera escucharlo. Tal vez hubiera pasado una hora, quizá más. Muy poco a poco, la tensión que no había llegado a procesar en un primer momento empezó a disiparse muy levemente, hasta que todo estuvo tan tranquilo que casi me sentí somnoliento. Cada vez que cambiaba de posición, me acercaba medio centímetro más a ella.

Me recliné un poco para estudiar su mano y traté de distinguir las facetas de su suave piel. Sin pensarlo siquiera, extendí un dedo para acariciarle el dorso, de nuevo maravillado por la textura sedosa y fría como piedra. Noté que tenía los ojos clavados en mí y alcé la vista, manteniendo el dedo inmóvil.

Su mirada era serena y sonreía.

—Sigo sin asustarte, ¿verdad?

—Sí, lo siento.

Su sonrisa se ensanchó. Sus dientes centellearon bajo la luz del sol.

Me acerqué unos centímetros más y extendí toda mi mano para recorrer la forma de su antebrazo con las yemas de los dedos. Observé que me temblaban de nuevo. Sus ojos volvieron a cerrarse.

—¿Te molesta? —pregunté.

—No. No te puedes ni imaginar cómo se siente eso.

Siguiendo el suave trazado de las venas azules del pliegue de su codo, mi mano avanzó con suavidad sobre la perfecta estructura de su brazo. Estiré la otra mano para darle la vuelta a la suya. Al comprender mi intención, le dio la vuelta a la palma con un movimiento tan veloz que se me antojaba imposible. Mis dedos se paralizaron.

—Lo siento —murmuró, y entonces sonrió, porque aquella era mi frase. Cerró los ojos de nuevo—. Contigo, resulta demasiado fácil ser yo misma.

Alcé su mano y la volví a un lado y al otro mientras contemplaba el brillo del sol sobre la palma. La sostuve cerca de mi rostro en un intento de descubrir las facetas ocultas de su piel.

—Dime qué piensas —susurró. Me observaba de nuevo, con los ojos del color más luminoso que le había visto nunca, de un tono miel claro—. Me sigue resultando extraño no saberlo.

—Ya sabes, el resto nos sentimos así todo el tiempo.

—Es una vida dura —dijo, y noté un matiz de desolación en su voz—. Aún no me has contestado.

—Deseaba poder saber qué pensabas tú, y…

—¿Y?

—Quería poder creer que eres real. Tengo miedo…

—No quiero que estés asustado.

La voz de Edythe era apenas un débil murmullo. Ambos escuchamos lo que en realidad no había dicho, que no debía tener miedo, que no había nada de qué asustarse.

—No me refería a esa clase de miedo.

Se movió tan deprisa que ni la vi. Se sentó en el suelo, apoyada sobre el brazo derecho, y con la mano izquierda aún en las mías. Su rostro angelical estaba a escasos centímetros del mío. Podría haber retrocedido. Se suponía que debía ser precavido.

Sus ojos color miel refulgían.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —susurró.

No pude contestar. Olí su gélida y dulce respiración en mi cara como solo lo había hecho una vez. Sin pensar, me incliné más cerca para aspirar su olor.

Entonces, Edythe desapareció. Su mano se desasió de las mías con tal rapidez que me escoció. Se colocó a seis metros de distancia en el tiempo que me llevó enfocar la vista. Permanecía en el borde de la pequeña pradera, a la oscura sombra de un abeto enorme. Me miraba fijamente con expresión inescrutable y los ojos oscuros ocultos por las sombras.

Sentí el ardor en mis manos y la conmoción en mi rostro.

—Edythe, lo… lo siento —susurré. Mi voz era apenas un susurro, pero sabía que podía escucharme.

—Concédeme un momento —replicó al volumen justo para que mis poco sensitivos oídos lo oyeran.

Me senté totalmente inmóvil.

Después de diez segundos, increíblemente largos, regresó lentamente, tratándose de ella. Se detuvo a pocos metros y se dejó caer ágilmente al suelo para luego entrecruzar las piernas, sin apartar sus ojos de los míos ni un segundo. Suspiró profundamente dos veces y luego me sonrió disculpándose.

—Lo siento mucho —vaciló—. ¿Comprenderías a qué me refiero si te dijera que solo soy un ser humano?

Asentí una sola vez, incapaz de reírle la gracia. La adrenalina corrió por mi sistema circulatorio cuando comprendí lo que había estado a punto de pasar. Desde su posición, ella lo olió y su sonrisa se hizo burlona.

—Soy la mejor depredadora del mundo, ¿no es cierto? Todo cuanto me rodea te invita a venir a mí: la voz, el rostro, incluso mi olor. ¡Como si los necesitases!

De repente, se convirtió en una mancha borrosa. Parpadeé y desapareció y, a continuación, la vi de nuevo de pie detrás del mismo abeto de antes, después de haber circunvalado la pradera en medio segundo.

—¡Como si pudieras huir de mí! —dijo con amargura.

Dio un salto, se elevó unos cuatro metros y alcanzó en el tronco del abeto una rama de un poco más de medio metro de grosor, que arrancó aparentemente sin esfuerzo alguno. Aterrizó en el suelo en ese mismo segundo, haciendo girar en el aire con una mano aquella enorme y nudosa lanza durante un instante. Y entonces, a una velocidad cegadora, la balanceó —de nuevo con una sola mano— como si fuera un bate contra el árbol del que la había arrancado.

Tanto el árbol como la rama se partieron por la mitad con un chasquido explosivo.

Antes de tener tiempo de agazaparme a causa del impacto, antes incluso de que el árbol tuviera tiempo de caer al suelo, ella estaba de nuevo frente a mí, a apenas medio metro, inmóvil como una escultura.

—¡Como si pudieras derrotarme! —dijo en voz baja. Tras ella, el sonido del árbol al estrellarse contra el suelo reverberó en todo el bosque.

Nunca la había visto tan completamente libre de su cuidada fachada humana. Nunca había sido menos humana ni más hermosa. Era incapaz de moverme, como un pájaro atrapado por los ojos de la serpiente.

Sus ojos resplandecían como consecuencia del arrebato. Luego, conforme pasaron los segundos, se apagaron y lentamente su expresión se tornó en una máscara de dolor. Daba la sensación de que fuera a echarse a llorar, y yo intenté arrodillarme, con una mano extendida hacia ella.

Ella también alzó la suya, advirtiéndome.

—Aguarda.

Una vez más, me quedé paralizado.

Dio un paso hacia mí.

—No temas —murmuró con voz aterciopelada e involuntariamente seductora—. Te prometo… —vaciló—, te juro que no te haré daño.

Parecía que estaba intentado convencerse a sí misma tanto como a mí.

—No temas —repitió en un susurro mientras se acercaba con exagerada lentitud. Se detuvo a treinta centímetros de mí y rozó delicadamente su mano con la que yo le tendía. Yo la cerré alrededor de su palma con fuerza.

—Perdóname, por favor —pidió ceremoniosamente—. Puedo controlarme. Me has pillado desprevenida, pero ahora me comportaré mejor.

Esperó a que contestara, pero yo me limité a permanecer allí arrodillado, contemplándola, con la mente absolutamente confundida.

—Hoy no tengo sed —me guiñó el ojo—. De verdad.

Aquello me hizo reír, aunque mi risa sonaba un tanto jadeante.

—¿Estás bien? —preguntó, extendiendo el brazo lenta y cuidadosamente para volver a poner su mano en la mía.

Miré primero su lisa mano de mármol, luego, sus ojos, laxos, arrepentidos, pero que aún albergaban un poso de tristeza.

Le regalé una sonrisa tan amplia que me dolieron las mejillas. Su sonrisa en respuesta me aturdió.

Con un movimiento deliberadamente lento y sinuoso, se sentó, plegando las piernas bajo el cuerpo. Yo intenté imitarla con gesto torpe hasta que quedamos sentados frente a frente, con las rodillas tocándose y nuestras manos aún unidas en el espacio que nos separaba.

—Bueno, ¿por dónde íbamos antes de que me comportara con tanta rudeza?

—La verdad es que no tengo ni idea.

Sonrió, pero estaba avergonzada.

—Creo que estábamos hablando de por qué estabas asustado, además del motivo obvio.

—Ah, sí.

—¿Y bien?

Miré nuestras manos y giré la mía para que la luz refulgiera por la suya.

—¡Con qué facilidad me frustro! —suspiró.

Estudié sus ojos y de repente comprendí que todo aquello era casi tan nuevo para ella como para mí. A ella también le resultaba difícil a pesar de los años de experiencia. Aquello me infundió valor.

—Tengo miedo, además de por los motivos evidentes, porque probablemente no puedo estar contigo, ¿no es así? Y eso es lo que quiero, mucho más de lo que debería.

—Sí —admitió lentamente—. Querer estar conmigo no te conviene nada.

Fruncí el ceño.

—Debería haberme ido aquel primer día para nunca volver. Debería hacerlo ahora —sacudió la cabeza—. Quizá aquel día hubiera podido, pero ahora no sé cómo hacerlo.

—Por favor, no lo hagas.

Su rostro se crispó.

—No temas, soy una criatura esencialmente egoísta. Ansío demasiado tu compañía para hacer lo correcto.

—¡Bien!

Me fulminó con la mirada, desenlazando delicadamente sus manos de las mías y enlazándolas frente a su pecho. Cuando volvió a hablar, su voz era más áspera.

—Nunca deberías olvidar que tu compañía no es lo único que anhelo.

La vi contemplar con ojos ausentes el bosque.

Medité sus palabras durante unos instantes.

—Creo que no comprendo exactamente a qué te refieres con la última parte.

Edythe me miró de nuevo y sonrió con picardía. Su impredecible humor volvía a cambiar.

—¿Cómo te explicaría? Y sin aterrorizarte de nuevo…

Volvió a poner su mano sobre la mía, al parecer de forma inconsciente, y la sujeté con fuerza entre las mías. Miró nuestras manos.

—Esto es asombrosamente placentero… el calor.

Transcurrió un momento hasta que puso en orden sus ideas y continuó:

—Sabes que todos disfrutamos de diferentes sabores. Algunos prefieren el helado de chocolate y otros el de fresa.

Asentí.

—Lamento emplear la analogía de la comida, pero no se me ocurre otra forma de explicártelo.

Le dediqué una sonrisa y ella me la devolvió, pero con pesar.

—Verás, cada persona posee un olor particular, una esencia propia. Si encierras a una alcohólica en una habitación repleta de cerveza rancia, se la beberá, pero si ha superado el alcoholismo y lo desea, podría resistirse.

»Supongamos ahora que ponemos en esa habitación una botella de brandi añejo, de cien años, el coñac más raro y exquisito y llenamos la habitación de su cálido aroma… En tal caso, ¿cómo crees que le iría?

Permanecimos sentados en silencio, mirándonos a los ojos el uno al otro en un intento de descifrarnos mutuamente el pensamiento.

Edythe fue la primera en romper el silencio.

—Tal vez no sea la comparación adecuada. Puede que sea muy fácil rehusar el brandi. Quizá debería haber empleado una heroinómana en vez de una alcohólica para el ejemplo.

—Bueno, ¿estás diciendo que soy tu marca de heroína? —le pregunté para tomarle el pelo y animarla.

Sonrió de inmediato, pareciendo apreciar mi esfuerzo.

—Sí, tú eres exactamente mi marca de heroína.

—¿Sucede eso con frecuencia? —pregunté.

Miró hacia las copas de los árboles mientras pensaba la respuesta.

—He hablado con mis hermanas al respecto —prosiguió con la vista fija en la lejanía—. Para Jessamine, todos los humanos sois más de lo mismo. Ella es el miembro más reciente de nuestra familia y ha de esforzarse mucho para conseguir una abstinencia completa. No ha dispuesto de tiempo para hacerse más sensible a las diferencias de olor, de sabor —súbitamente me miró con gesto de disculpa—. Lo siento.

—No pasa nada. Mira, no te preocupes por ofenderme o asustarme o lo que sea… Es así como piensas. Te entiendo, o al menos puedo intentarlo. Explícate como mejor te parezca.

—De modo que Jessamine no está segura de si alguna vez se ha cruzado con alguien tan… —Edythe titubeó, en busca de la palabra adecuada—, tan apetecible como tú me resultas a mí. Y eso me lleva a pensar que no lo ha hecho —sus ojos se volvieron hacia mí—. Seguro que recordaría algo así —volvió a apartar la mirada—. Eleanor es la que hace más tiempo que ha dejado de beber, por decirlo de alguna manera, y ella comprende lo que

quiero decir. Dice que le sucedió dos veces, una con más intensidad que otra.

—¿Y a ti?

—Jamás… hasta ahora.

Nos quedamos mirando de nuevo. Esta vez fui yo quien rompió el silencio.

—¿Qué hizo Eleanor?

Era la pregunta equivocada. Su rostro se crispó y adoptó una expresión atormentada. Aguardé, pero no me iba a contestar.

—Vale, supongo que es una pregunta estúpida.

Me miró con unos ojos que suplicaban que la comprendiera.

—Hasta el más fuerte de nosotros recae en la bebida, ¿verdad?

—¿Me estás pidiendo permiso? —susurré. Un escalofrío que no guardaba ninguna relación con sus manos heladas me recorrió la columna.

Sus ojos, sorprendidos, se abrieron de par en par.

—¡No!

—Pero me estás diciendo que no hay esperanza, ¿verdad?

Sabía que no era normal encarar la muerte de aquel modo, sin experimentar una sensación de miedo genuino. Y sabía perfectamente que no se debía a mi gran valor. Sencillamente, no podría haber elegido otra cosa, aun a sabiendas de que todo terminaría así.

De nuevo, se mostró furiosa, pero no creía que lo estuviera conmigo.

—¡Por supuesto que hay esperanza! Por supuesto que no voy a… —dejó la frase en el aire. Noté como si sus ojos estuvieran físicamente incendiando los míos—. Es diferente para nosotros. Eleanor y esos dos desconocidos con los que se cruzó… Eso sucedió hace mucho tiempo y ella no era tan experta y cuidadosa como lo es ahora.

Se sumió en el silencio y me miró intensamente mientras yo meditaba al respecto.

—De modo que si nos hubiéramos encontrado… en… un callejón oscuro o algo parecido…

—Necesité todo mi autocontrol (cada año de práctica, sacrificio y esfuerzo) para no abalanzarme sobre ti en medio de esa clase llena de niños y… —se le quebró la voz, y sus ojos se apartaron velozmente de los míos

—. Cuando pasaste a mi lado, podía haber arruinado en el acto todo lo que Carine ha construido para nosotros. No hubiera sido capaz de refrenarme si no hubiera estado controlando mi sed durante los últimos… bueno, demasiados años.

Me lanzó una mirada sombría mientras los dos lo recordábamos.

—Debiste de pensar que estaba loca.

—No comprendí el motivo. ¿Cómo podías odiarme con tanta rapidez…?

—Para mí, parecías una especie de demonio convocado directamente desde mi infierno particular para arruinarme. La fragancia procedente de tu piel… El primer día creí que me iba a trastornar. En esa única hora, ideé cien formas diferentes de engatusarte para que salieras de clase conmigo y tenerte a solas. Las rechacé todas al pensar en mi familia, en lo que podía hacerles. Tenía que huir, alejarme antes de pronunciar las palabras que te harían seguirme…

Entonces, alzó la mirada: debajo de sus pestañas, sus ojos dorados ardían, hipnóticos, letales.

—Y tú hubieras acudido —me aseguró.

Intenté hablar con serenidad.

—Sin duda.

Torció el gesto al mirar nuestras manos.

—Luego intenté cambiar la hora de mi programa en un estéril intento de evitarte y de repente ahí estabas tú, en esa oficina pequeña y caliente, y el aroma resultaba enloquecedor. Estuve a punto de tomarte en ese momento. Solo había otro frágil humano… cuya muerte era fácil de arreglar.

Resultaba tremendamente extraño revivir mis recuerdos, solo que esta vez con subtítulos. Entender por primera vez lo que aquello había significado, comprender el alcance del peligro. ¡Pobre señor Cope! Me estremecí al pensar lo cerca que había estado de ser el responsable de su muerte sin saberlo.

—No sé cómo, pero resistí. Me obligué a no esperarte ni a seguirte desde el instituto. Fuera, donde ya no te podía oler, resultó más fácil pensar con claridad y adoptar la decisión correcta. Dejé a mis hermanos cerca de casa… Estaba demasiado avergonzada para confesarles mi debilidad, solo

sabían que algo iba mal… Entonces me fui directa al hospital para ver a Carine y decirle que me marchaba.

La miré fijamente, sorprendido.

—Intercambiamos nuestros coches, ya que el suyo tenía el depósito lleno y yo tenía miedo de detenerme. No me atrevía a ir a casa y enfrentarme a Earnest. Él no me hubiera dejado ir sin discutir, hubiera intentado convencerme de que no era necesario…

»A la mañana siguiente estaba en Alaska —parecía avergonzada, como si estuviera admitiendo una gran demostración de cobardía—. Pasé allí dos días con unos viejos conocidos, pero sentí nostalgia de mi hogar. Detestaba saber que había defraudado a Earnest y a los demás, mi familia adoptiva. Resultaba difícil creer que eras tan irresistible respirando el aire puro de las montañas. Me convencí de que había sido débil al escapar. Me había enfrentado antes a la tentación, pero no de aquella magnitud, no se acercaba ni por asomo, pero yo era fuerte, ¿y quién eras tú? ¡Un humano insignificante! —de repente sonrió de oreja a oreja—. ¿Quién eras tú para echarme del lugar donde quería estar? De modo que regresé…

Yo no podía hablar.

—Tomé precauciones, cacé y me alimenté más de lo acostumbrado antes de volver a verte. Estaba decidida a ser lo bastante fuerte para tratarte como a cualquier otro humano. Fui muy arrogante en ese punto.

»Existía la incuestionable complicación de que no podía leerte los pensamientos para saber cuál era tu reacción hacia mí. No estaba acostumbrada a tener que dar tantos rodeos. Tuve que escuchar tus palabras en la mente de Jeremy que, por cierto, no es muy original, y resultaba un fastidio tener que detenerme ahí, sin saber si realmente querías decir lo que estabas diciendo. Todo era extremadamente irritante.

Torció el gesto al recordarlo.

—Quise que, de ser posible, olvidaras mi conducta del primer día, por lo que intenté hablar contigo como con cualquier otra persona. De hecho, estaba ilusionada con la esperanza de descifrar algunos de tus pensamientos. Pero tú resultaste demasiado interesante, y me vi atrapada por tus expresiones…

»Y de vez en cuando te movías y agitabas el aire a tu alrededor…, y el aroma me aturdía otra vez.

»Entonces estuviste a punto de morir aplastado ante mis propios ojos. Más tarde pensé en una excusa excelente para justificar por qué había actuado así en ese momento, ya que tu sangre se hubiera derramado delante de mí de no haberte salvado y no hubiera sido capaz de contenerme y revelar a todos lo que éramos. Pero me inventé esa excusa más tarde. En ese momento, todo lo que pensé fue: "Él, no".

Cerró los ojos, con expresión agónica. Guardó silencio durante un segundo eterno. Yo aguardé con ansiedad, lo que probablemente no era la reacción más acertada. Pero comprender por fin la otra mitad de la historia resultaba tan liberador…

—¿Y en el hospital?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Estaba horrorizada. Después de todo, no podía creer que hubiera puesto a toda la familia en peligro y yo misma hubiera quedado a tu merced… De entre todos, tenías que ser tú. Como si necesitara otro motivo para matarte —ambos nos acobardamos cuando se le escapó esa frase—. Pero aquel desastre tuvo el efecto contrario —continuó apresuradamente—, y me enfrenté con Royal, El y Jessamine cuando sugirieron que te había llegado la hora… Fue la peor discusión que hemos tenido nunca. Carine se puso de mi lado, y Archie —frunció el ceño con amargura cuando pronunció su nombre, no imaginé la razón—. Earnest dijo que hiciera lo que tuviera que hacer para quedarme.

Edythe sacudió la cabeza con una leve e indulgente sonrisa en los labios.

—Me pasé todo el día siguiente fisgando en las mentes de todos con quienes habías hablado, sorprendida de que hubieras cumplido tu palabra. No te comprendí en absoluto, pero sabía que no me podía implicar más contigo. Hice todo lo que estuvo en mi mano para permanecer lo más lejos de ti. Y todos los días el aroma de tu piel, tu respiración…, me golpeaban con la misma fuerza del primer día.

Nuestras miradas se encontraron otra vez. Los ojos de Edythe eran sorprendentemente tiernos.

—Y por todo eso —prosiguió—, hubiera preferido delatarnos en aquel primer momento que herirte aquí, ahora, sin testigos ni nada que me detenga.

—¿Por qué?

—Ay, Beau —me acarició delicadamente la mejilla con las yemas de sus dedos. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo ante ese roce fortuito—. Beau, no podría superar hacerte daño. No sabes cómo me ha torturado —fijó su mirada en el suelo, nuevamente avergonzada— la idea de verte inmóvil, pálido, helado… No volver a ver cómo te ruborizas, no ver jamás esa chispa de intuición en los ojos cuando sospechas mis intenciones… Sería insoportable —clavó sus hermosos y torturados ojos en los míos—. Ahora eres lo más importante para mí, lo más importante que he tenido nunca.

La cabeza empezó a darme vueltas ante el rápido giro de nuestra conversación. Hacía apenas unos minutos, pensaba que estábamos hablando de mi muerte inminente. Y ahora, de repente nos estábamos declarando.

Aferré su mano con fuerza y clavé mis ojos en sus doradas pupilas.

—Ya conoces mis sentimientos. Estoy aquí porque preferiría morir antes que vivir sin ti —era consciente de lo melodramático que sonaba aquello—. Soy idiota.

—Eres idiota —aceptó con una risa, y también me reí. Aquella situación era una completa idiotez, imposible y mágica.

—Y de ese modo la leona se enamoró del cordero… —murmuró.

Aquella palabra desató una nueva descarga eléctrica por mi cuerpo.

—¡Qué cordero tan estúpido! —intenté ocultar mi reacción.

—¡Qué leona tan morbosa y masoquista!

Su mirada se perdió en el bosque durante un largo rato y me pregunté qué estaría pensando.

—¿Por qué…? —comencé, pero luego me detuve al no estar seguro de cómo proseguir.

Edythe me miró y sonrió. El sol arrancó un destello a su cara, a sus dientes.

—¿Sí?

—Dime por qué huiste antes.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sabes el porqué.

—No, lo que quería decir exactamente es ¿qué hice mal? Necesito aprender cómo conseguir que esto resulte más fácil para ti, lo que debería y lo que no debería hacer. Esto, por ejemplo —le acaricié la muñeca con el pulgar—, parece que no te hace mal.

—Beau, no hiciste nada mal. Fue culpa mía.

—Pero quiero ayudar.

—Bueno… —lo pensó durante unos instantes—. Solo fue lo cerca que estuviste. Por instinto, la mayoría de los seres humanos nos rehúyen repelidos por nuestra diferenciación… No esperaba que te acercaras tanto, y el olor de tu cuello…

Su voz se quebró, y me miró para ver si me había asustado.

—De acuerdo, entonces —me acaricié el mentón—, nada de exponer el cuello.

Ella sonrió ampliamente.

—No, en realidad, fue más la sorpresa que cualquier otra cosa.

Alzó la mano libre y la depositó con suavidad en un lado de mi cuello. Me quedé muy quieto, identificando que el frío de su tacto era un aviso natural, y preguntándome por qué era incapaz de experimentarlo. Lo que sentía era algo completamente distinto.

—Ya lo ves —dijo—. Todo está en orden.

Se me aceleró el pulso, y deseé poder refrenarlo: los latidos en mis venas lo iban a dificultar todo un poco para ella.

—Eso me encanta —murmuró.

Liberó con suavidad la otra mano. Mis manos cayeron flácidas sobre mi vientre. Me acarició la mejilla con suavidad para luego sostener mi rostro entre sus pequeñas y frías manos.

—Quédate muy quieto —susurró.

Me quedé paralizado cuando, de repente, se inclinó hacia mí, apoyando su mejilla contra mi pecho, y escuchó mi corazón. Noté el helor de su piel a través de la fina tela de mi camiseta. Con deliberada lentitud sus manos se deslizaron por mis hombros y envolvieron mi cuello, estrechándome contra sí con fuerza. Escuché el sonido de su concienzuda y regular respiración,

que parecía ir acompasada con el ritmo de mis latidos. Una inspiración por cada tres latidos, una expiración por cada tres más.

—Ah —dijo.

No sé cuánto tiempo estuvimos sentados sin movernos. Pudieron ser horas. Al final, mi pulso se sosegó. Sabía que en cualquier momento ella podría no contenerse y mi vida terminaría tan deprisa que ni siquiera me daría cuenta, aunque seguía sin tener miedo. No podía pensar en nada, excepto en que ella me tocaba.

Luego, demasiado pronto, desligó sus brazos de mi cuello y se apartó.

Sus ojos estaban llenos de paz de nuevo:

—No volverá a ser tan arduo.

—¿Te ha resultado difícil?

—No ha sido tan difícil como había supuesto. ¿Y a ti?

—No, para mí no lo ha sido en absoluto.

Nos sonreímos.

—Toca —tomó mi mano con gran ligereza, como si ni siquiera hubiera tenido que pensar en ello y la situó sobre su mejilla—. ¿Notas cómo me la has calentado?

Su piel habitualmente gélida estaba casi caliente, pero apenas lo noté, ya que estaba tocando su rostro, algo con lo que llevaba soñando desde el primer día que la vi.

—No te muevas —susurré.

Nadie podía permanecer tan inmóvil como una vampira. Cerró los ojos y se convirtió en una estatua.

Me moví incluso más lentamente que ella, teniendo cuidado de no hacer ningún movimiento inesperado. Rocé su mejilla, deslicé delicadamente las puntas de mis dedos sobre sus párpados color lavanda y la sombra de las ojeras. Tracé la silueta de su nariz recta, y entonces, con muchísimo cuidado, la de sus labios perfectos. Los entreabrió y sentí su fría respiración en las yemas de los dedos. Quise inclinarme para inhalar su aroma, pero era consciente de que quizá sería demasiado. Si ella podía controlarse, yo también podía hacerlo, aunque fuera a mucha menor escala.

Intenté moverme a cámara lenta para que pudiera anticipar mis movimientos antes incluso de realizarlos. Las palmas de mis manos se

deslizaron por su esbelto cuello y las posé sobre sus hombros mientras mis pulgares dibujaban la increíble fragilidad de la curva de sus clavículas.

Era mucho más fuerte que yo, de mil maneras distintas. Tuve la sensación de que perdía el control de las manos cuando las dejé volar sobre sus hombros y descendieron por sus pronunciados omóplatos. No pude resistirme a envolverla con mis brazos y atraerla contra mi pecho de nuevo. Crucé las manos tras su espalda y mis brazos la envolvieron, posándose a ambos lados de su cintura.

Ella se reclinó hacia mí, pero fue el único movimiento que hizo. No respiraba.

Aquello me daba un tiempo limitado.

Me agaché para hundir mi rostro en su cabello durante un segundo eterno, inhalando una profunda bocanada de su aroma. Entonces, me obligué a apartar las manos de su cuerpo y alejarme. Una de mis manos se negó a obedecer, y recorrió la longitud de su brazo para acomodarse en su muñeca.

—Lo siento —musité.

Abrió los ojos, y había hambre en ellos. No la suficiente para atemorizarme, pero lo bastante para que se me hiciera un nudo en el estómago y el pulso se me acelerara mientras la sangre de mis venas no cesaba de martillar.

—Querría —susurró—, querría que pudieras sentir la complejidad… la confusión que yo siento, que pudieras entenderlo.

Llevó la mano a mi rostro y luego recorrió fugazmente mi cabello.

—Dímelo —musité.

—No sé si sabría cómo. Por una parte, ya te he hablado del hambre…, la sed, que siento por ti al ser quien soy. Creo que, por extensión, lo puedes comprender, aunque —prosiguió con una media sonrisa— probablemente no puedas identificarte por completo al no ser adicto a ninguna droga. Pero ahora deseo también más cosas, hay otros apetitos… —me aceleró el pulso de nuevo al tocarme los labios con sus dedos—, apetitos que ni siquiera entiendo.

—Puede que lo entienda mejor de lo que crees.

—No estoy acostumbrada a tener apetitos tan humanos. ¿Siempre es así?

—No lo sé —me detuve—. Para mí también es la primera vez.

Colocó las manos a ambos lados de mi cara.

—No sé lo cerca que puedo estar de ti —admitió—. No sé si podré…

Yo cubrí sus manos con las mías y me incliné hacia delante muy despacio, hasta que mi frente tocó la suya.

—Esto basta.

Cerré los ojos y suspiré.

Permanecimos así sentados un momento, y entonces sus dedos se deslizaron hacia mi pelo. Ladeó la cara y apoyó sus labios contra mi frente. El ritmo de mi pulso estalló en una carrera desbocada.

—Se te da mejor de lo que tú misma crees —apunté cuando conseguí volver a hablar de nuevo.

Ella se apartó, pero volví a tomarle las manos.

—Nací con instintos humanos. Puede que estén enterrados muy hondo, pero están ahí.

Nos quedamos mirando durante otro periodo de tiempo inmensurable. Me preguntaba si le apetecería moverse tan poco como a mí, pero podía ver declinar la luz y la sombra del bosque casi comenzaba a alcanzarnos.

—Tienes que irte.

—Creía que no podías leer mi mente.

—Cada vez resulta más fácil —sonrió ella.

Noté un atisbo de humor en el tono de su voz.

—¿Te puedo enseñar algo?

—Lo que tú quieras.

Sonrió ampliamente.

—¿Qué te parece si te muestro un camino más rápido hasta la camioneta?

Yo la observé con sospecha.

—¿No te apetece ver cómo viajo por el bosque? —insistió—. Te prometo que es seguro.

—¿Te vas a convertir en murciélago?

Rompió a reír.

—¡Como si no hubiera oído eso antes!

—Sí, supongo que te lo dirán constantemente.

Se incorporó con un movimiento tan veloz que me resultó imperceptible. Me tendió la mano y me levanté a su lado de un salto. Me rodeó y me miró por encima del hombro.

—Súbete a mi espalda.

Yo parpadeé.

—¿Eh?

—No seas cobarde, Beau. Te prometo que no te va a doler.

Permaneció allí de pie, de espaldas a mí, completamente seria.

—Edythe, yo no… O sea, ¿cómo?

Se dio media vuelta, con una ceja enarcada.

—Supongo que te suena lo de «llevar a caballito».

Me encogí de hombros.

—Sí, claro, pero…

—¿Qué problema hay, entonces?

—Bueno, es que eres tan… pequeña.

Soltó un resoplido de enfado y se desvaneció. Aquella vez, noté la ráfaga de viento que levantó al pasar. Un segundo después, estaba de pie junto a mí, sosteniendo una enorme roca con una mano.

Una roca de verdad. Una roca que debía de haber arrancado del suelo, porque la mitad inferior estaba cubierta de pedazos de tierra oscilantes y raíces enmarañadas. Si la depositara en el suelo, seguramente le llegaría por la cintura. Ladeó la cabeza.

—No me refería a eso. No quería decir que no fueras lo suficientemente fuerte…

Elevó la piedra con facilidad sobre su hombro, y luego la arrojó mucho más allá del límite del bosque. La roca se estrelló contra el suelo con un estruendo de madera y piedra astillada.

—Por supuesto —proseguí—. Pero… ¿cómo voy a caber?

Miré mis piernas, demasiado largas, y luego de nuevo su delicada silueta.

Ella se colocó otra vez de espaldas a mí.

—Confía en mí.

Sintiéndome la persona más estúpida y torpe de la historia, rodeé su cuello con mis brazos con gesto vacilante.

—Vamos —dijo con impaciencia. Extendió un brazo hacia atrás y aferró mi pierna, subiéndome la rodilla por encima de la cadera.

—¡Guau!

Pero ya me había agarrado la otra pierna, y en lugar de tambalearse hacia atrás, sostuvo mi peso con facilidad. Me colocó las piernas alrededor de su cintura. Me ardía el rostro, y sabía que debía de tener el aspecto de un gorila a lomos de un galgo.

—¿Te hago daño?

—Por favor, Beau.

Aunque sentía una vergüenza infinita, también era muy consciente de que mis piernas y mis brazos estaban rodeando su esbelto cuerpo.

De forma inesperada me aferró la mano y presionó la palma sobre el rostro para inhalar profundamente.

—Cada vez más fácil —dijo.

Y entonces echó a correr.

Por primera vez, sentí verdadero pánico por mi vida. Terror.

Cruzó como una bala, como un espectro, el bosque sin hacer ruido, sin evidencia alguna de que sus pies rozaran el suelo. Su respiración no se alteró en ningún momento, jamás dio muestras de esforzarse, pero los árboles pasaban volando a mi lado a una velocidad vertiginosa, no golpeándonos por centímetros.

Estaba demasiado conmocionado para cerrar los ojos, aunque el frío aire del bosque me azotaba el rostro hasta escocerme. Me sentí como si hubiera sacado la cabeza por la ventanilla de un avión en pleno vuelo.

Entonces, terminó. Aquella mañana habíamos caminado durante horas para alcanzar el prado de Edythe, y ahora, en cuestión de minutos —qué digo minutos, segundos— estábamos de regreso junto a la camioneta.

—Estimulante, ¿verdad? —dijo entusiasmada y con voz aguda.

Se quedó inmóvil, a la espera de que desasiera el nudo de mis piernas y bajara de su espalda. Lo intenté, pero no me respondían los músculos. Me mantuve aferrado a ella con brazos y piernas mientras la cabeza no dejaba de darme vueltas.

—¿Beau? —preguntó, ahora inquieta.

—Puede que necesite tumbarme —respondí jadeante.

—Ah, perdona.

Tardé unos segundos en recordar cómo destensar los dedos. Entonces, todo pareció deshacerse a mi alrededor y descendí de su cuerpo medio arrastrándome, trastabillando de espaldas hasta que terminé por perder el equilibrio y me caí del todo.

Ella me tendió la mano, intentando contener la risa, pero rehusé su oferta. En cambio, me quedé en el suelo y metí la cabeza entre las rodillas. Me pitaban los oídos y la cabeza me daba tantas vueltas que sentí náuseas.

Una mano gélida se posó delicadamente en mi nuca. Me alivió bastante.

—Supongo que no fue una buena idea —musitó.

Intenté mostrarme positivo, pero mi voz sonó plana cuando respondí:

—No, ha sido muy interesante.

—¡Vaya! Estás blanco como un fantasma, tan blanco como yo misma.

—Creo que debería haber cerrado los ojos.

—Recuérdalo la próxima vez.

Alcé la cabeza, espantado.

—¿La próxima vez?

Edythe se rio, seguía con el humor por las nubes.

—Fanfarrona —musité, y volví a agachar la cabeza.

Pasado medio minuto, el mareo empezó a ceder.

—Beau, mírame.

Levanté la cabeza y ahí estaba ella, con el rostro a apenas unos centímetros del mío. Su belleza fue como un golpe imprevisto que aturdió mi mente. Era incapaz de acostumbrarme.

—Mientras corría, he estado pensando…

—… en no estrellarnos contra los árboles, espero.

—Tonto Beau. Correr es mi segunda naturaleza, no es algo en lo que tenga que pensar.

—Fanfarrona —repetí.

Edythe sonrió.

—No. He pensado que había algo que quería intentar.

Volvió a colocar las manos a ambos lados de mi rostro. No pude respirar.

Vaciló… Aquello era una especie de test para ver si era seguro, para cerciorarse de que aún se mantenía bajo control.

Entonces sus fríos y perfectos labios presionaron muy suavemente los míos.

Ninguno de los dos estaba preparado para mi respuesta.

La sangre me hervía bajo la piel quemándome los labios. Mi respiración se convirtió en un violento jadeo. Mis dedos se enredaron en su pelo, y mi rostro se fundió con el suyo, con los labios entreabiertos para respirar su aliento embriagador.

Inmediatamente, sentí que sus labios se convertían en piedra. Sus manos, gentilmente pero con fuerza, apartaron mi cara. Abrí los ojos y vi su expresión.

—¡Huy! —musité.

—Eso es quedarse corto.

Sus ojos eran feroces y apretaba la mandíbula para controlarse. Mi rostro seguía a escasos centímetros del suyo, mis dedos aún entrelazados en su pelo.

—¿Debería…?

Intenté desasirme para concederle cierto espacio, pero sus manos no me soltaron.

—No. Es soportable. Aguarda un momento, por favor —pidió con voz amable, controlada.

Mantuve la vista fija en sus ojos, contemplé cómo la excitación que lucía en ellos se sosegaba.

Entonces, me dedicó una sonrisa.

—¡Listo! —exclamó, complacida consigo misma.

—¿Soportable? —pregunté.

—Soy más fuerte de lo que pensaba —rio—. Bueno es saberlo.

—Pero yo no. Lo siento.

—Después de todo, solo eres humano.

—Sí —suspiré.

Liberó su melena de mis dedos, y se puso de pie con uno de sus movimientos ágiles, rápidos, casi invisibles. Me tendió su mano de nuevo, y esta vez la acepté y me colgué de ella para levantarme. Necesitaba ese apoyo, aún no había recuperado el equilibrio.

—¿Sigues estando mareado a causa de la carrera? ¿O ha sido mi pericia al besar?

Parecía muy desenfadada y humana ahora que se reía. Era una Edythe nueva, diferente a la que yo conocía, y estaba aún más loco por ella si cabe. Ahora, separarme de ella me iba a causar un dolor físico.

—Las dos cosas.

—Tal vez deberías dejarme conducir.

—Hmm… Creo que he tenido suficiente velocidad por hoy.

—Conduzco mejor que tú en tu mejor día —se burló—. Tus reflejos son mucho más lentos.

—No lo dudo, pero no creo que mi coche sea capaz de soportar el modo en que conduces.

—Un poco de confianza, Beau, por favor.

Tenía la mano en el bolsillo, crispada sobre las llaves. Fruncí los labios con gesto pensativo y sacudí la cabeza con una sonrisa tensa.

—No. Ni en broma.

Arqueó las cejas con incredulidad, agarró la tela de mi camiseta, y tiró. Me tambaleé hacia ella, y tuve que sostenerme apoyando una mano en su hombro.

—Beau, llegados a este punto, ya he invertido un enorme esfuerzo personal en mantenerte vivo. No voy a dejar que te pongas detrás del volante de un coche cuando ni siquiera puedes caminar en línea recta. No hay que dejar que los amigos conduzcan borrachos.

—¿Borracho? —objeté.

Se puso de puntillas, de modo que su rostro quedaba frente al mío. Podía oler el insoportable dulzor de la fragancia de su aliento.

—Mi sola presencia te embriaga.

—No puedo rebatirlo —dije con un suspiro. No había forma de sortearlo ni podía resistirme a ella. Alcé las llaves y las dejé caer,

observando que su mano, veloz como el rayo, las atrapaba sin hacer ruido —. Con calma… Mi camioneta es una señora mayor.

—Muy sensato.

—¿Y tú no estás afectada por mi presencia?

Se dio media vuelta y estiró una mano buscando la mía, y la sostuvo contra su rostro. Se apoyó contra mi palma, y sus ojos se cerraron delicadamente. Inspiró honda y lentamente.

—Pase lo que pase —murmuró. Abrió los ojos y me dedicó una sonrisa —, tengo mejores reflejos.

MENTE VERSUS CUERPO

Tuve que admitir que Edythe no conducía mal cuando iba a una velocidad razonable. Como tantas otras cosas, la conducción no parecía requerirle ningún esfuerzo. Aunque apenas miraba a la carretera, la camioneta se mantuvo perfectamente centrada en su carril. Conducía con una mano, porque yo sostenía la otra entre nosotros. A veces fijaba la vista en el sol poniente, que arrancaba destellos color rubí a su piel; y otras en mí, me miraba a los ojos o bajaba la vista hacia nuestras manos unidas.

Había cambiado el dial de la radio para sintonizar una emisora de viejos éxitos y cantaba una canción que no había oído en mi vida. Se sabía la letra entera.

—¿Te gusta la música de los cincuenta?

—En los cincuenta, la música era buena, mucho mejor que la de los sesenta, y los setenta… ¡Puaj! —se estremeció—. Los ochenta fueron soportables.

—¿Vas a decirme alguna vez cuántos años tienes?

Dudé de si mi pregunta arruinaría su optimismo, pero se limitó a sonreír.

—¿Importa mucho?

—No, pero quiero saberlo todo sobre ti.

—Me pregunto si te perturbaría… —comentó para sí.

Fijó la mirada en el sol. Transcurrió un minuto.

—Ponme a prueba.

Me miró a los ojos, olvidándose al parecer, y por completo, del camino durante un buen rato. Fuera lo que fuese lo que viera en ellos, debió de

animarla. Clavó la vista en los últimos rayos rojizos de sol y suspiró:

—Nací en Chicago en 1901 —hizo una pausa y me miró con el rabillo del ojo. Puse mucho cuidado en que mi rostro no mostrara emoción ni sorpresa alguna, esperando el resto de la historia con paciencia. Esbozó una leve sonrisa y prosiguió—: Carine me encontró en un hospital en el verano de 1918. Tenía diecisiete años y me estaba muriendo de gripe española.

Me oyó inhalar bruscamente, y volvió a mirar mis ojos.

—No me acuerdo muy bien. Sucedió hace mucho tiempo y los recuerdos humanos se desvanecen —se sumió en sus propios pensamientos durante un minuto, pero antes de que pudiera instarla a hacerlo, continuó—. Recuerdo cómo me sentía cuando Carine me salvó. No es nada fácil ni algo que se pueda olvidar.

—¿Y tus padres?

—Ya habían muerto a causa de la gripe. Estaba sola. Me eligió por ese motivo. Con todo el caos de la epidemia, nadie iba a darse cuenta de que yo había desaparecido.

—¿Cómo…? ¿Cómo te salvó?

Transcurrieron varios segundos, y cuando volvió a hablar parecía estar eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—Fue difícil. No muchos de nosotros tenemos el necesario autocontrol para conseguirlo, pero Carine siempre ha sido la más humana y compasiva de todos. Dudo de que se pueda hallar alguien igual a ella en toda la historia —hizo una pausa—. Para mí, solo fue muy, muy doloroso.

Tensó la mandíbula, y supe que no iba a decir nada más al respecto. Decidí dejarlo para más tarde. Mi curiosidad estaba lejos de estar satisfecha. Había muchos detalles sobre los que tenía que reflexionar, detalles que apenas se me estaban empezando a ocurrir.

Su voz suave interrumpió el hilo de mis pensamientos:

—Actuó desde la soledad. Esa es, por lo general, la razón que hay detrás de cada elección. Fui el primer miembro de la familia de Carine, aunque poco después encontró a Earnest. Se cayó de un risco. Lo llevaron directamente a la morgue del hospital, aunque, nadie sabe cómo, su corazón seguía latiendo.

—Así pues, tienes que estar a punto de morir para…

—No, eso es solo en el caso de Carine. Ella jamás hubiera convertido a alguien que hubiera tenido otra alternativa, cualquiera que fuera —siempre que hablaba de su madre lo hacía con un profundo respeto—. Aunque, según ella —continuó—, es más fácil si el corazón está débil.

Contempló la carretera, ahora a oscuras, y sentí que estaba a punto de zanjar el tema.

—¿Y Eleanor y Royal?

—El siguiente a quien Carine trajo a la familia fue Royal. Hasta mucho después no comprendí que albergaba la esperanza de que él fuera para mí lo mismo que Earnest para ella. Se mostró muy cuidadosa en sus pensamientos sobre mí —puso los ojos en blanco—. Pero él nunca fue más que un hermano para mí y solo dos años después encontró a Eleanor. Royal iba de caza, en aquel tiempo íbamos a los Apalaches, y se topó con un oso que estaba a punto de acabar con ella. La llevó hasta Carine durante ciento cincuenta kilómetros al temer que no fuera capaz de hacerlo por sí solo. Solo ahora comienzo a intuir lo difícil que fue ese viaje para él.

Me dirigió una mirada elocuente y alzó nuestras manos, todavía entrelazadas, para rozar con la mía su mejilla.

—Pero lo consiguió.

—Sí. Royal vio algo en sus facciones que le dio la suficiente entereza, y llevan juntos desde entonces. A veces, viven separados de nosotros, como una pareja casada: cuanto más jóvenes fingimos ser, más tiempo podemos permanecer en un lugar determinado. Forks es perfecto en muchos sentidos, de ahí que nos inscribiéramos en el instituto —se echó a reír—. Supongo que dentro de unos años vamos a tener que ir a su boda… otra vez.

—¿Y Archie y Jessamine?

—Son dos criaturas muy extrañas. Ambos desarrollaron una conciencia, como nosotros la llamamos, sin ninguna guía o influencia externa. Jessamine perteneció a otra familia… Una familia bien diferente. Se había deprimido y vagaba por su cuenta. Archie la encontró. Al igual que yo, está dotado de ciertos dones.

—¿De verdad? —la interrumpí, fascinado—. Pero tú dijiste que eras la única que podía oír el pensamiento de la gente.

—Eso es verdad. Archie sabe otras cosas, las ve… Ve cosas que podrían suceder, hechos venideros, pero todo es muy subjetivo. El futuro no está grabado en piedra. Las cosas cambian.

La mandíbula de Edythe se tensó y me lanzó una mirada, pero la apartó tan deprisa que no quedé muy seguro de si no lo habría imaginado.

—¿Qué tipo de cosas ve?

—Vio a Jessamine y supo que le estaba buscando antes de que ella le conociera. Vio a Carine y a nuestra familia, y ellos acudieron a nuestro encuentro. Es más sensible hacia quienes no son humanos. Por ejemplo, siempre ve cuando se acerca otro clan de nuestra especie y la posible amenaza que pudiera suponer.

—¿Hay muchos… de los tuyos?

Estaba sorprendido. ¿Cuántos podían estar entre nosotros sin ocultarse?

Mi mente se quedó con la palabra que acababa de pronunciar. Amenaza. Era la primera vez que mencionaba algo que daba a entender que su mundo no solo era peligroso para los humanos. Me inquietó, y estaba a punto de formularle una nueva pregunta, pero ella ya estaba respondiendo a la que había realizado antes:

—No, no demasiados, pero la mayoría no se asienta en ningún lugar. Solo pueden vivir entre los humanos por mucho tiempo los que, como nosotros, renuncian a dar caza a tu gente —me dirigió una tímida mirada—. Solo hemos encontrado otra familia como la nuestra en un pueblecito de Alaska. Vivimos juntos durante un tiempo, pero éramos tantos que empezamos a hacernos notar. Los que vivimos de forma diferente tendemos a agruparnos.

—¿Y el resto?

—Son nómadas en su mayoría. Todos hemos llevado esa vida alguna vez. Se vuelve tediosa, como casi todo, pero de vez en cuando nos cruzamos con los otros, ya que la mayoría preferimos el norte.

—¿Por qué razón?

En aquel momento ya nos habíamos detenido enfrente de mi casa y ella había apagado el motor. El silencio que siguió al rugido de la camioneta fue muy intenso. Todo estaba oscuro y no había luna. Las luces del porche estaban apagadas, de ahí que supiera que mi padre aún no estaba en casa.

—¿Has abierto los ojos esta tarde? —bromeó—. ¿Crees que podría caminar por las calles sin provocar accidentes de tráfico?

Pensé para mí que ella podría detener el tráfico incluso sin toda la pirotecnia de su piel.

—Hay una razón por la que escogimos la península de Olympic: es uno de los lugares menos soleados del mundo. Resultaba agradable poder salir durante el día. Ni te imaginas lo fatigoso que puede ser vivir de noche durante ochenta y tantos años.

—Entonces, ¿de ahí viene la leyenda?

—Probablemente.

—¿Procedía Archie de otra familia, como Jessamine?

—No, y es un misterio, ya que no recuerda nada de su vida humana ni sabe quién le convirtió. Despertó solo. Quienquiera que lo hiciese, se marchó, y ninguno de nosotros comprende por qué o cómo pudo hacerlo. Si Archie no hubiera tenido ese otro sentido, si no hubiera visto a Jessamine y Carine y no hubiera sabido que un día se convertiría en uno de nosotros, probablemente se hubiera vuelto una criatura totalmente salvaje.

Había tanto en qué pensar y quedaba tanto por preguntar… Pero, entonces, me sonaron las tripas. Estaba tan intrigado que ni siquiera había notado el apetito que tenía. Ahora me daba cuenta de que me moría de hambre.

—Lo siento, te estoy impidiendo cenar.

—Me encuentro bien, de veras.

—Jamás había pasado tanto tiempo en compañía de alguien que se alimentara de comida. Lo olvidé.

—Quiero estar contigo.

Era más fácil decirlo en la oscuridad al saber que la voz delataba mi irremediable atracción por ella cada vez que hablaba.

—¿No puedo entrar? —preguntó.

—¿Te gustaría?

No me imaginaba a esa diosa sentándose en la zarrapastrosa silla de mi padre en la cocina.

—Sí, si no te importa.

Sonreí.

—Por supuesto que no.

Bajé de la camioneta y ella ya estaba abajo. Avanzó con un revoloteo y desapareció. Dentro de la casa, las luces se encendieron.

Me esperó en la puerta. Era tan surrealista verla dentro de mi hogar, enmarcada por los anodinos detalles físicos de mi monótona existencia. Recordé un juego al que mi madre solía jugar conmigo cuando tenía cuatro o cinco años: «Una de estas cosas no pertenece al conjunto».

—¿Estaba abierta? —me pregunté.

—No, he usado la llave de debajo del alero.

No recordaba haber usado esa llave delante de ella. Pero entonces recordé cómo había encontrado la de mi camioneta y me encogí de hombros.

—Tienes hambre, ¿verdad? —y me guio hasta la cocina, como si hubiera estado allí un millón de veces. Encendió la luz y se sentó en la misma silla en la que había intentado imaginármela. La cocina ya no tenía un aspecto tan desastrado. Pero quizá fuera porque no podía mirar nada que no fuera ella. Me quedé allí durante un segundo, tratando de envolver mi mente alrededor de su presencia en mi casa, en un escenario tan mundano.

—Come algo, Beau.

Asentí y me di media vuelta para buscar algo. Quedaban sobras de lasaña de la noche anterior. Corté una porción y la deposité en un plato, pero cambié de idea y eché el resto del contenido de la bandeja, y luego lo metí en el microondas. Mientras este empezaba a girar, llenando la cocina de olor a tomate y orégano, lavé la bandeja. Mi estómago volvió a rugir.

—Hmm —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—Voy a tener que hacerlo mejor las próximas veces.

Yo me reí.

—¿Qué podrías hacer mejor de lo que ya lo haces?

—Recordar que eres humano. Debería, no sé, haber preparado un pícnic o algo así para hoy.

El microondas pitó y yo saqué el plato y lo deposité rápidamente en la mesa al notar que me quemaba los dedos.

—No te preocupes por eso.

Encontré un tenedor y empecé a comer. Tenía muchísima hambre. El primer bocado me escaldó la boca, pero seguí masticando.

—¿Está buena? —preguntó.

—No estoy seguro —tragué—. Creo que me acabo de quemar las papilas gustativas. Pero ayer estaba muy buena.

No parecía muy convencida.

—¿Alguna vez echas de menos la comida? ¿El helado? ¿La mantequilla de cacahuete?

Ella negó con la cabeza.

—Apenas recuerdo la comida. Ni siquiera sé qué comidas eran mis preferidas. Ahora no me huele… comestible.

—Es un poco triste.

—No supone tanto sacrificio —lo dijo con tristeza, como si tuviera otras cosas en mente, sacrificios que sí que le resultaran inmensos.

Usé el trapo de secar los platos a modo de manopla y llevé el plato a la mesa para poder sentarme con ella.

—¿Echas de menos algún otro aspecto de ser humana?

Meditó sobre ello durante un segundo.

—La verdad es que no echo nada de menos, porque para poder extrañarlo tendría primero que recordarlo y, como te he dicho antes, me cuesta recordar mi vida humana. Pero hay cosas que creo que me gustarían. Supongo que tú lo describirías como cosas que me generan envidia.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Dormir es una de ellas. La conciencia permanente termina siendo aburrida. Creo que no me importaría tener de vez en cuando periodos en los que poder olvidar. Parece interesante.

Comí unos cuantos bocados, reflexionando sobre lo que había dicho.

—Suena duro. ¿Qué haces durante la noche?

Ella vaciló y compuso un mohín con los labios.

—¿Te refieres en general?

Me pregunté por qué su voz daba la sensación de que no quería contestar. ¿Sería una pregunta demasiado amplia?

—No, no tiene por qué ser en general. Por ejemplo, ¿qué vas a hacer esta noche, después de irte?

No fue una pregunta acertada. Sentí cómo el subidón de adrenalina se empezaba a desvanecer. Iba a tener que irse. No importaba lo corta que fuera a ser la separación: ya la estaba temiendo.

Aquella pregunta tampoco pareció gustarle, y en un primer momento pensé que era por la misma razón. Pero entonces sus ojos se detuvieron en mi rostro para luego apartarse, como si se sintiera incómoda.

—¿Qué pasa?

Puso una mueca.

—¿Prefieres una mentira agradable o una verdad turbadora?

—La verdad —me apresuré a contestar, aunque no estaba del todo seguro.

—Volveré aquí a verte cuando tu padre y tú estéis dormidos —suspiró —. Últimamente, es una especie de rutina.

Yo pestañeé. Y volví a pestañear.

—¿Vienes aquí?

—Casi todas las noches.

—¿Por qué?

—Eres interesante cuando duermes —explicó con total naturalidad—. Hablas en sueños.

Se me abrió la boca sola. El calor subió por mi cuello hasta mi rostro. Sabía que hablaba en sueños, por supuesto, mi madre siempre bromeaba al respecto, pero no había creído que fuera algo de lo que tuviera que preocuparme.

Ella observó mi reacción, mirándome con aprensión por debajo de las pestañas.

—¿Estás muy enfadado conmigo?

¿Lo estaba? No lo sabía. El potencial de humillación era elevado. Y había algo que no entendía: ¿por dónde me había estado escuchando balbucear en sueños? ¿Por la ventana? No era capaz de comprenderlo.

—¿Cómo…? ¿Dónde…? ¿Qué he dicho…? —no era capaz de formular ninguno de mis pensamientos.

Me apoyó una mano en la mejilla. Mi sangre bajo sus dedos helados tenía en comparación una temperatura ardiente.

—No te enfades. Mi intención no era mala. Prometo que estaba completamente bajo control. Si en algún momento hubiera pensado que estabas en peligro, me hubiera marchado. Yo solo… quería estar donde tú estuvieras.

—Yo… Eso no es lo que me preocupa.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—¿Qué he dicho?

Ella sonrió.

—Echas de menos a tu madre. Cuando llueve, el sonido hace que te revuelvas inquieto. Solías hablar mucho de Phoenix, pero ahora lo haces con menos frecuencia. En una ocasión dijiste: «Todo es demasiado verde».

Se rio con suavidad, con la esperanza de no ofenderme aún más.

—¿Alguna otra cosa? —exigí saber.

Supuso lo que yo quería descubrir y admitió:

—Pronunciaste mi nombre.

Derrotado, suspiré.

—¿Mucho?

—Define mucho.

—Oh, no —rezongué.

Como si fuera un gesto fácil, natural, puso sus brazos alrededor de mis hombros y se reclinó contra mi pecho. Automáticamente, mis brazos la envolvieron para sostenerla allí.

—No te acomplejes —me susurró—. Ya me habías contado que soñabas conmigo, ¿recuerdas?

—No es lo mismo. Sabía lo que estaba diciendo.

—Si pudiera soñar, sería contigo. Y no me avergüenzo de ello.

Le acaricié el pelo. Pensé que, en el fondo, daba igual. No esperaba de ella que se plegara a las convenciones humanas. Las reglas que ella misma se imponía me bastaban.

—No me avergüenzo —susurré.

Ella emitió un sonido similar a un ronroneo con la mejilla apoyada contra mi pecho.

En ese momento, ambos oímos el sonido de unas llantas sobre los ladrillos del camino de entrada a la casa y vimos las luces delanteras que

nos llegaban desde el vestíbulo a través de las ventanas frontales. Di un respingo y aparté los brazos al tiempo que ella me soltaba.

—¿Quieres que tu padre sepa que estoy aquí? —preguntó.

Intenté decidirlo con rapidez.

—Esto…

—En otra ocasión, entonces.

Y me quedé sola.

—¡Edythe! —susurré.

Escuché una risita muy suave y luego, nada más.

Mi padre hizo girar la llave de la puerta.

—¿Beau? —me llamó.

Recuerdo que aquello me había parecido gracioso otras veces. ¿Quién más podría haber sido? Pero, de repente, la pregunta de Charlie ya no me parecía totalmente fuera de lugar.

—Estoy aquí.

¿Sonaba demasiado agitada mi voz? Le di otro mordisco a mi lasaña para que me sorprendiera masticando cuando entrara. Después de pasar el día con Edythe, sus pasos me parecían estrepitosos.

—¿Te has comido toda la lasaña? —me preguntó, mirando el plato.

—Ay, lo siento. Toma, queda un poco.

—No te preocupes, Beau. Me prepararé un sándwich.

—Lo siento —murmuré de nuevo.

Charlie iba dando golpes por la cocina, alcanzando lo que necesitaba. Yo me concentré en devorar mi enorme plato de comida lo más rápido que resultaba humanamente posible sin morir atragantado. Estaba pensando en lo que había dicho Edythe: «¿Quieres que tu padre sepa que estoy aquí?». Que no era lo mismo que decir: «¿Quieres que tu padre sepa que he estado aquí?», usando el pasado. ¿Significaba aquello que en realidad no se había ido? Eso esperaba.

Sándwich en mano, Charlie se sentó en la silla que había frente a la mía. Me costaba imaginar que Edythe había estado sentada en aquel mismo lugar hacía apenas unos minutos. Charlie encajaba en aquel escenario. El recuerdo de Edythe era como un sueño que jamás hubiera podido ser real.

—¿Qué tal te ha ido el día? ¿Hiciste todo lo que querías hacer?

Me moría de ganas de escaparme a mi habitación.

—En realidad, no. Se estaba demasiado bien fuera como para quedarse en casa. ¿Han picado los peces?

—Sí. A ellos también les gusta el buen tiempo.

Rebañé lo que quedaba de lasaña de una sola cucharada y empecé a masticar.

—¿Tienes planes para esta noche? —me preguntó de repente.

Sacudí la cabeza, quizá enfatizando demasiado el gesto.

—Pareces un poco tenso —observó.

Por supuesto: de todas las noches en las que podía prestarme atención, tenía que hacerlo en aquella.

—¿De verdad? —tragué.

—Es sábado —musitó.

Yo no respondí.

—Supongo que al final no vas a ir al baile esta noche…

—Como era mi intención desde un principio —declaré.

Él asintió.

—Sí, claro. Lo de bailar y eso. Lo pillo. Pero quizá la semana que viene podrías llevar a la chica de los Newton a cenar o algo. Salir de casa. Socializar.

—Ya te he dicho que está saliendo con un amigo.

Él frunció el ceño.

—Bueno, hay muchos peces en el mar.

—Al ritmo que tú pescas, no tantos.

Se rio.

—Se hace lo que se puede… Entonces, ¿no vas a salir esta noche? —volvió a preguntar.

—No tengo adónde ir —le dije—. Además, estoy cansado. Me voy a acostar pronto.

Me levanté y llevé el plato al fregadero.

—Ajá —dijo, masticando concienzudamente—. Ninguna de las chicas del pueblo es tu tipo, ¿verdad?

Me encogí de hombros y fregué el plato. Noté que tenía los ojos clavados en mí, y me esforcé al máximo por evitar que la sangre me subiera

al cuello, pero no estaba muy seguro de estar consiguiéndolo.

—No seas demasiado duro con los pueblos pequeños —dijo—. Ya sé que no tenemos la misma variedad que en las grandes ciudades, pero…

—Hay mucha variedad, papá. No te preocupes por mí.

—Vale, vale. De todas maneras, no es asunto mío —parecía un tanto abatido.

—Bueno, yo ya he terminado —suspiré—. Te veo mañana.

—Buenas noches, Beau.

Intenté arrastrar los pies mientras pisaba los escalones, como si estuviera cansadísimo. Me pregunté si se habría tragado mi pésima actuación. No es que le estuviera mintiendo, en realidad. Definitivamente, aquella noche no tenía ninguna intención de salir.

Cerré la puerta de mi habitación con suficiente fuerza como para que pudiera escucharlo en el piso de abajo y corrí lo más rápido que pude a mi ventana. La abrí de par en par y me recliné hacia la oscuridad. No veía nada: solo la sombra de las copas de los árboles.

—¿Edythe? —susurré, sintiéndome completamente idiota.

La tranquila risa de respuesta procedía de detrás de mí.

—¿Sí?

Me giré tan deprisa que sin querer tiré un libro del escritorio y este cayó al suelo con un golpe.

Estaba tendida en mi cama con las manos detrás de la nuca, los tobillos cruzados y su enorme sonrisa de hoyuelos en el rostro. Tenía el color de la escarcha en la oscuridad.

—¡Oh! —jadeé, estirando la mano para apoyarme en el escritorio.

—Lo siento —dijo.

—Dame un minuto para que me vuelva a latir el corazón.

Se incorporó despacio, como hacía siempre que intentaba parecer humana o pretendía no asustarme, y dejó las piernas colgando del borde de la cama. Dio una palmadita en el espacio que quedaba junto a ella.

Yo me dirigí a la cama con paso titubeante y me senté a su lado. Apoyó su mano sobre la mía.

—¿Cómo va el corazón?

—Dímelo tú… Estoy seguro de que lo escuchas mejor que yo.

Rio en voz baja.

Nos sentamos ahí durante un momento, escuchando ambos cómo los latidos de mi corazón se iban ralentizando. Se me ocurrió pensar en el hecho de tener a Edythe en mi habitación, en las suspicaces preguntas de mi padre, y en mi aliento a lasaña.

—¿Me concedes un minuto para ser humano?

—Desde luego.

Me levanté y la miré, allí sentada en toda su perfección al borde de mi cama, y pensé que quizá todo aquello no fuera más que una alucinación.

—Vas a estar aquí cuando vuelva, ¿verdad?

—No voy a mover ni un músculo —me prometió.

Y entonces se quedó completamente inmóvil, de nuevo una estatua posada en el borde de mi cama.

Alcancé mi pijama del cajón y corrí al baño. Cerré con fuerza la puerta del baño para que Charlie supiera que estaba ocupado.

Me cepillé los dientes dos veces. Luego me lavé la cara y me cambié de ropa. Siempre me ponía para irme a la cama un par de pantalones de chándal llenos de agujeros y una camiseta vieja, de un lugar de barbacoas que le gustaba a mi madre, en la que aparecía un cerdo sonriendo entre dos panecillos. Deseé tener algo que fuera menos… yo. Pero lo cierto es que no esperaba tener invitados y, probablemente, era una estupidez preocuparme por ello. Si de verdad solía venir a verme por las noches, ya sabía lo que me ponía para dormir.

Me lavé los dientes una vez más.

Cuando abrí la puerta, sufrí otro pequeño infarto. Charlie estaba en lo alto de las escaleras; estuve a punto de chocar con él.

—¡Ay! —tosí.

—Ay, perdona, Beau. No quería asustarte.

Inspiré hondo.

—Estoy bien.

Miró mi pijama y emitió un leve carraspeó con el fondo de la garganta, como si estuviera sorprendido.

—¿Tú también te vas a la cama? —le pregunté.

—Sí, supongo. Mañana tengo que volver a madrugar.

—Vale. Buenas noches.

—Sí.

Entré en mi habitación, agradecido de que mi cama no pudiera verse desde donde estaba Charlie, y cerré con fuerza la puerta a mis espaldas.

Edythe no se había movido ni un milímetro. Sus labios se curvaron cuando sonreí: se relajó y, de repente, recobró el aspecto humano. O casi. Yo volví a sentarme junto a ella. Se giró hacia mí, encogió las piernas y las cruzó.

—No sé qué opinión tengo de esa camiseta —dijo. Hablaba en voz tan baja que ni me preocupó que Charlie pudiera oírnos.

—Me puedo cambiar.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me refería solo a que tú la lleves puesta, sino a su mera existencia —estiró la mano y rozó al cerdo sonriente con los dedos. El pulso se me disparó, pero ella lo ignoró educadamente—. ¿Debería alegrarse tanto de ser comida?

Intenté sonreír.

—Bueno, no conocemos su versión de la historia, ¿no? Tal vez tenga una buena razón para sonreír.

Me miró como si estuviera poniendo en duda mi cordura.

Estiré el brazo para sostener su mano. Daba la sensación de ser algo muy natural, pero, al mismo tiempo, era incapaz de dar crédito a la suerte que tenía. ¿Qué había hecho para merecer aquello?

—Tu padre piensa que te vas a escapar a hurtadillas —me dijo.

—Lo sé. Según él, parezco un poco tenso.

—¿Y lo estás?

—Creo que estoy algo más que tenso, en realidad. Gracias. Por quedarte.

—También era lo que yo quería.

Mi corazón empezó a latir… no más rápido, sino de algún modo más fuerte. Por alguna razón que no era capaz de comprender, ella quería estar conmigo.

Moviéndose a velocidad humana, desdobló las piernas y las extendió sobre las mías. Entonces, se acurrucó contra mi pecho de aquella manera

que parecía su preferida, apoyando el oído contra mi corazón, que probablemente estaría teniendo una reacción exagerada. La envolví con mis brazos y apoyé los labios en su melena.

—Hmm —musitó.

—Esto… —murmuré contra su pelo—… es mucho más fácil de lo que pensaba que sería.

—¿Te parece fácil? —su voz sonaba como si estuviera sonriendo. Giró la cabeza para mirarme, y sentí cómo su nariz trazaba una fría línea ascendente por el costado de mi cuello.

—Bueno —dije, sin aliento. Sus labios rozaban el borde de mi mandíbula—. Tengo la sensación de que resulta más fácil de lo que lo era esta mañana, al menos.

—Hmm —dijo. Sus manos se deslizaron por mis hombros y se cerraron en torno a mi cuello. Se alzó hasta que sus labios rozaron mi oreja.

—¿Por qué será? —inquirí con voz temblorosa, lo cual me avergonzó —. ¿Qué crees?

—El triunfo de la mente sobre la materia —me susurró directamente al oído.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Ella se quedó inmóvil y se apartó con cuidado. Una mano me acariciaba la piel justo por debajo de la manga de mi camiseta.

—Estás frío —me dijo.

Noté cómo la piel se me ponía de gallina bajo las yemas de sus dedos.

Frunció el ceño y recuperó su posición inicial. Mis brazos rehusaban soltarla. Cuando se deslizó fuera de mi abrazo, mis manos permanecieron en sus caderas.

—Te tiembla todo el cuerpo.

—No creo que sea a causa del frío —le dije.

Nos miramos un segundo en la oscuridad.

—No estoy seguro de qué se me permite hacer —admití—. ¿Cuánto cuidado tengo que tener?

Ella dudó.

—No es fácil —dijo, por fin, contestando a mi primera reflexión. Acarició mi antebrazo con su mano, y se me volvió a poner la piel de

gallina—. Pero esta tarde estaba todavía… indecisa. Lo lamento, es imperdonable que me haya comportado de esa forma.

—Te perdono —murmuré.

—Gracias —sonrió, y de nuevo adoptó una expresión seria al observar mi piel erizada—. Ya ves, no estaba convencida de ser lo bastante fuerte… —me tomó una mano y la presionó suavemente contra su rostro—. Estuve susceptible mientras existía la posibilidad de que me viera sobrepasada… —exhaló su aroma sobre mi muñeca—. Hasta que me convencí de que mi mente era lo bastante fuerte, que no existía peligro de ningún tipo de que yo… de que pudiera…

Jamás la había visto trabarse de esa forma con las palabras.

Resultaba tan… humana.

—¿Ahora ya no existe esa posibilidad?

—La mente domina la materia.

Al fin alzó la vista hacia mí y me sonrió.

—Suena fácil —dije, sonriendo para que supiera que estaba de broma.

—Más qué *fácil*, yo diría… hercúleo, pero posible. Y, en respuesta a tu otra pregunta…

—Lo siento —dije.

Ella rio casi sin hacer ruido.

—¿Por qué te disculpas? —no era más que una pregunta retórica, pero prosiguió muy deprisa, poniéndome un dedo en los labios por si acaso yo sentía la necesidad de dar una explicación—. No es fácil, así que, si te parece bien, preferiría que… ¿fueras a mi ritmo? —dejó caer el dedo—. ¿Te parece justo?

—Por supuesto —me apresuré a contestar—. Lo que tú quieras.

Como de costumbre, mi respuesta era literal.

—Si resultara… insoportable, estoy bastante segura de ser capaz de irme.

Yo fruncí el ceño.

—Me aseguraré de que no sea insoportable.

—Mañana va a ser más duro —prosiguió—. He tenido tu aroma en la cabeza todo el día y me he insensibilizado de forma increíble. Si me alejo

de ti por cualquier lapso de tiempo, tendré que comenzar de nuevo. Aunque no desde cero, creo.

—No te vayas nunca —sugerí.

—Eso me satisface —replicó mientras su rostro se relajaba al esbozar una sonrisa—. Saca los grilletes… Soy tu prisionera.

Pero mientras hablaba, enroscó sus fríos dedos alrededor de mis muñecas como si fueran esposas.

—Y ahora, si no te importa, ¿me prestarías una manta?

Tardé un segundo en procesarlo.

—Ah, sí, claro. Aquí tienes.

Estiré el brazo libre tras ella y tiré del viejo edredón que había doblado a los pies de la cama para ofrecérselo. Soltó mi muñeca, alcanzó el edredón y lo extendió, y luego volvió a abrazarme.

—Estaré mejor si sé que tú estás cómodo.

—Estoy muy cómodo.

—¿Por favor?

Con un gesto rápido, me eché el edredón sobre los hombros como si fuera una capa.

Ella dejó escapar una risita en voz baja.

—No era exactamente lo que estaba pensando.

Ya se había puesto de pie y me estaba colocando el edredón por encima de las piernas y subiéndomelo hasta los hombros. Antes de comprender qué estaba haciendo, volvió a acomodarse en mi regazo y se acurrucó contra mi pecho. El edredón suponía una barrera entre cualquier parte de nuestros cuerpos cuya piel pudiera estar en contacto.

—¿Mejor? —me preguntó.

—No estoy seguro.

—¿Pero bien?

—Mejor que bien.

Ella rio y yo le acaricié el pelo. Aquello parecía prudente.

—Es muy extraño —dijo—. A veces lees sobre algo, o lo escuchas en la mente de otras personas, ves cómo les sucede a ellos…, y no te prepara en lo más mínimo para experimentarlo por ti misma. El esplendor del primer amor. Es mucho más de lo que me esperaba.

—Muchísimo más —asentí fervientemente.

—Y lo mismo pasa con otras emociones. Por ejemplo, los celos. He leído sobre los celos un millón de veces, he visto actores representarlos en mil películas y obras teatrales diferentes, los escucho en las mentes que me rodean a diario, y hasta creo que los he sentido de manera muy superficial, al desear tener algo de lo que carezco… Pero me asustaron… —hizo una mueca—. ¿Recuerdas el día en que McKayla te pidió que fueras con ella al baile?

Asentí, aunque recordaba ese día por un motivo diferente.

—Fue el día en que empezaste a dirigirme la palabra otra vez.

—Me asombró la llamarada de resentimiento, casi de furia, que experimenté… Al principio no supe qué era. No sabía que los celos pudieran ser tan poderosos, tan dolorosos. Y entonces la rechazaste, y no sabía por qué. No poder saber qué pensabas me exasperaba más que de costumbre. ¿Lo hacías en beneficio de Jeremy? ¿O había alguna otra? En cualquier caso, sabía que no tenía derecho alguno a que me importara, e intenté que fuera así.

—Y entonces empezó a haber cola —rezongué yo, pero ella rio.

—Esperé —prosiguió—, más ansiosa de lo que debería, por oír qué les decías, por intentar descifrar tus expresiones. No niego el alivio que sentí al ver el fastidio en tu rostro, pero no podía estar segura. No sabía cuál hubiera sido tu respuesta si yo te lo hubiera pedido —me miró—. Esa fue la primera noche que vine aquí. Me debatí toda la noche, mientras vigilaba tu sueño, en el abismo que mediaba entre lo que sabía que era correcto, moral, ético, y lo que realmente quería. Supe que si continuaba ignorándote como hasta ese momento, o si dejaba transcurrir unos pocos años, hasta que te fueras, llegaría un día en que encontrarías a alguien que te gustara, alguna humana como McKayla. Eso me entristecía.

»Y en ese momento —su voz se redujo a un susurro casi inaudible—, pronunciaste mi nombre en sueños. Lo dijiste con tal claridad que por un momento creí que te habías despertado, pero te diste la vuelta, inquieto, musitaste mi nombre otra vez y suspiraste. Una emoción desconcertante y asombrosa recorrió mi cuerpo. Y supe que no te podía ignorar por más tiempo.

Enmudeció durante un momento, probablemente al escuchar el irregular latido de mi corazón.

—Pero los celos son… tan irracionales. Justo ahora, cuando Charlie te ha preguntado por esa chica tan molesta…

—¿De veras que eso te hace sentir celosa?

—Soy nueva en esto. Has resucitado al ser humano que hay en mí, y lo siento todo con más fuerza porque es reciente.

—Pero sinceramente, que eso te moleste después de lo que he oído de ese Royal, modelo masculino del año; Royal, Míster Perfecto, Royal, que estaba hecho para ti con o sin Eleanor, ¿cómo voy a competir con eso?

—No hay competencia.

Sus dientes centellearon y sus brazos se me entrelazaron de nuevo al cuello.

—Eso es lo que me preocupa —intenté abrazarla—. ¿Esto está bien?

—Más que bien —suspiró alegremente—. Por supuesto que Royal es atractivo a su manera, pero incluso si no fuera como un hermano para mí, incluso si Eleanor no le perteneciera, jamás podría ejercer la décima, no, qué digo, la centésima parte de la atracción que tú tienes sobre mí —estaba seria, meditabunda—. He caminado entre los míos y los seres humanos durante casi noventa años… Todo ese tiempo me he considerado completa sin comprender qué estaba buscando, sin encontrar nada porque tú aún no existías.

—No parece justo —susurré en su melena—. En cambio, yo no he tenido que esperar para nada. ¿Por qué resulta tan fácil para mí?

—Tienes razón —admitió—. Debería ponértelo más difícil, sin duda —me acarició la mejilla con la mano—. Solo te juegas la vida cada segundo que pasas conmigo, lo cual, seguramente, no es mucho. Solo tienes que dar la espalda a la naturaleza, a la humanidad… ¿Acaso vale algo?

—No me siento privado de nada.

Volvió el rostro hacia mi pecho y susurró.

—Aún no.

—¿Qué…? —empecé a preguntar cuando su cuerpo se quedó inmóvil. Me quedé paralizado, pero Edythe desapareció y me quedé abrazando el vacío.

—¡Túmbate! —siseó. No sabría decir en qué lugar de la negrura se encontraba.

Me eché en la cama de espaldas, agitando la colcha y poniéndome de lado, de la forma en que solía dormir. Oí el crujido de la puerta. Charlie estaba comprobando que aún seguía allí. Respiré acompasadamente, exagerando el movimiento.

Transcurrió un largo minuto. Estuve atento hasta que la puerta se cerró. De repente, Edythe estaba a mi lado. Me levantó el brazo y lo colocó sobre sus hombros mientras se apretaba contra mí.

—Eres un pésimo actor… Diría que ese no es tu camino.

—Adiós a mi plan —murmuré.

—¡Caray!

Mi corazón me resultaba aborrecible. Probablemente ella podía sentirlo tan bien como lo escuchaba, galopando entre mis costillas como si fuera a romperme alguna. Tarareó una melodía que no identifiqué. Parecía una nana. Hizo una pausa.

—¿Debería cantarte para que te durmieras?

—Cierto —me reí—. ¡Cómo me podría dormir estando tú aquí!

—Lo has hecho todo el tiempo —me recordó.

—Pero no sabía que estabas aquí —disentí, estrechándola con más fuerza.

—Llevas razón. Bueno, si no quieres dormir…, ¿qué quieres hacer entonces?

—¿Francamente? Un montón de cosas. Ninguna de ellas precavida.

No dijo nada, pero no sonaba como si estuviera respirando. Me apresuré a arreglarlo.

—Pero como he prometido que sería precavido, lo que quiero es saber más de ti.

—Pregunta lo que quieras.

En su voz escuché que estaba sonriendo.

Cribé todas mis preguntas para elegir la más importante y entonces dije:

—¿Por qué lo haces? Sigo sin comprender cómo te esfuerzas tanto para resistirte a lo que… eres. Por favor, no me malinterpretes, me alegra que lo

hagas. Nunca antes me había alegrado tanto de estar vivo. Solo que no veo la razón por la que te preocupó al principio.

Contestó muy lentamente:

—Es una buena pregunta, y no eres el primero en hacerla. El resto, la mayoría de nuestra especie, está bastante satisfecho con nuestro sino… Ellos también se preguntan cómo vivimos. Pero, ya ves, solo porque nos hayan repartido ciertas cartas no significa que no podamos elegir el sobreponernos, dominar las ataduras de un destino que ninguno de nosotros deseaba e intentar retener toda la esencia de humanidad que nos resulte posible.

Yací inmóvil, sintiéndome un tanto sobrecogido.

—¿Te has dormido? —cuchicheó, casi sin alzar la voz, después de unos minutos.

—No.

—¿Eso es todo lo que te inspira curiosidad?

Puse los ojos en blanco.

—En realidad, no.

—¿Qué más deseas saber?

—¿Por qué puedes leer mentes? ¿Por qué solo tú? ¿Y por qué Archie lee el porvenir? ¿Por qué sucede?

Sentí cómo se encogía de hombros bajo mi brazo.

—En realidad, lo ignoramos. Carine tiene una teoría. Cree que todos traemos algunos de nuestros rasgos humanos más fuertes a la siguiente vida, donde se ven intensificados, como nuestras mentes o nuestros sentidos. Piensa que yo debía tener ya una enorme sensibilidad para intuir los pensamientos de quienes me rodeaban y que Archie tuvo el don de la precognición, donde quiera que estuviese.

—¿Qué es lo que se trajo ella a la siguiente vida? ¿Y el resto?

—Carine trajo su compasión, y Earnest, la capacidad para amar con pasión. Eleanor trajo su fuerza, y Royal, la… tenacidad, o la obstinación, si así lo prefieres —se rio—. Jessamine es muy interesante. Fue bastante carismática en su primera vida, capaz de influir en todos cuantos tenía alrededor para que vieran las cosas a su manera. Ahora es capaz de manipular las emociones de cuantos la rodean para apaciguar una

habitación de gente airada, por ejemplo, o a la inversa, exaltar a una multitud aletargada. Es un don muy sutil.

Estuve considerando lo inverosímil de cuanto me describía en un intento de aceptarlo. Aguardó pacientemente mientras yo pensaba.

—¿Dónde comenzó todo? Quiero decir, Carine te cambió a ti, luego alguien antes tuvo que convertirla a ella, y así sucesivamente…

—¿De dónde proceden los seres humanos? ¿Evolución? ¿Creación? ¿No podríamos haber evolucionado igual que el resto de las especies, presas y depredadores? O, si no crees que el universo surgió por su cuenta, lo cual me resulta difícil de aceptar, ¿tan difícil es admitir que la misma fuerza que creó al delicado chiribico y al tiburón, a la cría de foca y a la ballena asesina, hizo a nuestras respectivas especies?

—A ver si lo he entendido… Yo soy la cría de foca, ¿verdad?

—Exacto —rio, y sus dedos rozaron mis labios—. ¿No estás cansado? Ha sido un día bastante largo.

—Solo tengo unos cuantos millones más de preguntas…

—Tenemos mañana, y pasado, y pasado mañana…

Un sentimiento de euforia, de pura felicidad, inundó mi pecho hasta tal punto que pensé que iba a explotar. No concebía que cualquier drogadicto en el mundo no estuviera dispuesto a cambiar su droga favorita por aquella sensación.

Pasó un minuto antes de que pudiera volver a hablar.

—¿Estás segura de que no te vas a desvanecer por la mañana? —quise asegurarme—. Después de todo, eres un mito.

—No te voy a dejar —prometió con solemnidad, y la misma sensación, quizá incluso más potente que antes, volvió a invadirme.

Cuando pude hablar de nuevo, dije:

—Entonces, una más por esta noche…

La sangre trepó por mi cuello. La oscuridad no iba a servir de mucho. Estaba seguro de que ella había notado el calor.

—¿Cuál?

—Hmm, no, olvídalo. He cambiado de idea.

—Beau, puedes preguntarme lo quieras.

No le respondí y ella gimió.

—Intento pensar que no leerte la mente será menos frustrante cada vez, pero no deja de empeorar y empeorar.

—Ya es bastante malo que espíes lo que digo en sueños —murmuré.

—Por favor —murmuró, y su voz aterciopelada adoptó aquella fascinante intensidad que tan difícil me resultaba resistir.

Lo intenté. Negué con la cabeza.

—Si no me lo dices, voy a asumir que es algo mucho peor que lo que es —me amenazó.

—No debería haber sacado el tema —dije, y apreté los dientes.

—¿Por favor? —me pidió de nuevo, con voz hipnótica.

—No te vas a ofender, ¿verdad? —suspiré.

—Claro que no.

Inspiré hondo.

—Bueno…, obviamente, no sé muchas cosas sobre vampiros…

Se me escapó la palabra sin querer, estaba tan concentrado en cómo formular la pregunta que me di cuenta de lo que había dicho y me quedé inmóvil.

—¿Sí? —su voz sonaba normal, como si la palabra no tuviera ningún significado.

Respiré aliviado.

—De acuerdo. Me refiero a que solo sé las cosas que me has contado y parece que somos muy… distintos. Físicamente. Tú pareces humana, una versión mejorada de un ser humano, pero no comes, ni duermes. Ni necesitas las mismas cosas.

—Lo que dices es debatible a ciertos niveles, pero ciertamente hay algo de verdad en tus palabras. ¿Cuál es tu pregunta?

Inspiré hondo.

—Lo siento.

—Pregúntamelo.

Me salió todo atropelladamente.

—Bueno, yo solo soy un chico normal, y tú eres la chica más preciosa que he visto en mi vida y, bueno, me siento un poco abrumado por ti, y en parte es porque, naturalmente, me siento locamente atraído hacia ti, lo que estoy seguro que habrás notado por tu naturaleza, bueno, por decirlo de

alguna manera, tan consciente de mi sistema circulatorio, pero lo que no sé es si a ti te pasa lo mismo. O si es como el dormir y el comer, cosas que tú no necesitas y yo sí, aunque no las deseo ni una mínima parte de lo que te deseo a ti. Antes dijiste que Eleanor y Royal se separan de vosotros y viven como una pareja casada, pero ¿significa eso lo mismo para los vampiros? Y si esta pregunta está completamente fuera de lugar, es decir, que es completamente inapropiada para una primera cita, me disculpo ahora mismo y no tienes por qué contestarla.

Aspiré una enorme bocanada de aire.

—Hmm… Yo diría que esta es nuestra segunda cita.

—Tienes razón.

Edythe rio.

—¿Me estás preguntando sobre sexo, Beau?

Se me volvió a encender la cara.

—Sí. No debería haberlo hecho.

Volvió a reír.

—Beau, me he metido en tu cama. Creo que eso convierte esta línea de investigación en algo bastante apropiado.

—Si no quieres, no tienes por qué contestar.

—Te he dicho que me podías preguntar cualquier cosa —calló un momento, y su voz adoptó un tono más formal, como si estuviera dando una conferencia—: Bueno, pues en sentido general, veamos un poco de Vampiros y Sexo, nivel principiante. Todos empezamos siendo humanos, Beau, y la mayoría de esos deseos humanos están ahí, solo que ocultos por instintos más poderosos. Pero no estamos siempre sedientos, y tendemos a formar… vínculos muy fuertes, tanto físicos como emocionales. Royal y Eleanor son como cualquier otra pareja humana que se atrae, y con eso me refiero a que pueden resultar muy, pero que muy desagradables para los que tenemos que vivir con ellos, y mucho más todavía para quien pueda leerles la mente.

Reí en voz baja, y ella me imitó.

—Qué incómodo.

—No tienes ni idea —dijo con voz sombría, y luego suspiró—. Y ahora, más concretamente, Sexo y Vampiros para principiantes, tema Beau y

Edythe —suspiró de nuevo, más lentamente esta vez—. No creo que eso… sea… posible para nosotros…

—¿Porque tendría que acercarme demasiado? —pregunté.

—Es un problema, pero no el más grave. Beau, no sabes lo…, bueno, lo frágil que eres. No pretendo con ello insultar tu virilidad ya que, para mí, cualquier humano resulta frágil. Tengo que controlar mis actos cada instante que estamos juntos para no dañarte. Podría matarte con bastante facilidad, y simplemente por accidente.

Recordé las primeras veces que me había tocado y la cautela con la que se movía, lo mucho que parecía asustarla. Cómo me pedía que fuera yo quien apartara la mano en lugar de desasirse ella misma…

Ahora apoyó su palma en mi mejilla.

—Si me apresurase, si no prestara la suficiente atención, podría extender la mano para acariciar tu cara y aplastarte el cráneo por error. No comprendes lo increíblemente frágil que eres. No puedo perder el control mientras estoy a tu lado.

Si su vida estuviera en mis manos de ese modo, ¿la habría matado ya? Me estremecí al pensarlo.

—Creo que tu presencia podría llegar a distraerme enormemente —murmuró.

—A mí no hay un solo momento en que la tuya no lo haga.

—¿Puedo preguntarte algo que podría resultar… potencialmente ofensivo?

—Te toca.

—¿Tienes alguna experiencia con el sexo entre humanos?

Me sorprendió un poco que no se me volviera a poner la cara roja. Me resultaba muy natural contarle todo.

—No, ni un poquito. Ya te he dicho que nunca antes he sentido esto por nadie, ni siquiera de cerca.

—Lo sé. Es solo que conozco los pensamientos de otras personas, y sé que el amor y el deseo no siempre recorren el mismo camino.

—Para mí, sí.

—Eso está bien. Al menos tenemos una cosa en común.

—Ah.

Cuando antes había dicho: «Tendemos a formar vínculos muy fuertes, tanto físicos como emocionales», no había podido evitar preguntarme si hablaría por experiencia. Descubrí que me aliviaba enormemente saber que aquel no era el caso.

—Entonces, ¿soy una distracción para ti?

—Así es —estaba sonriendo de nuevo—. ¿Quieres que te diga qué cosas de ti me distraen?

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—Lo primero fueron tus ojos. Tienes unos ojos adorables, Beau, como un cielo despejado. Me he pasado toda la vida viviendo en climas lluviosos, y a menudo echo de menos el cielo, pero nunca cuando estoy contigo.

—Esto… ¿gracias?

Ella rio, divertida.

—No soy la única. Seis de tus diez admiradoras también empezaron fijándose en tus ojos.

—¿Diez?

—No son tan evidentes como Taylor y McKayla. ¿Quieres que te haga una lista? Tienes muchas opciones.

—Creo que te estás quedando conmigo. Y, de todas maneras, no hay ninguna otra opción.

Y nunca volvería a haberla.

—Lo siguiente fueron tus brazos. Me gustan muchísimo tus brazos, Beau. Y eso incluye tus hombros y tus manos —me deslizó la mano por el brazo y luego volvió a subirla al hombro, y luego de vuelta a mi mano—. O quizá lo segundo fuera tu barbilla —me tocó la cara con los dedos, como si yo no supiera a qué se refería—. No estoy segura del todo. Todo me pilló bastante por sorpresa cuando me di cuenta de que no solo me parecías delicioso, sino también muy atractivo.

La cara y el cuello me ardían. Sabía que aquello no podía ser cierto pero, en aquel momento, me pareció bastante convincente.

—Ah, y ni siquiera he mencionado tu pelo.

Me peinó acariciándome el cuero cabelludo con las yemas de los dedos.

—Vale. Ahora estoy seguro de que te estás quedando conmigo.

—De verdad que no. ¿Sabías que tu pelo es exactamente del mismo tono que el tejado con incrustaciones de teca de un monasterio en el que una vez me alojé? Creo que esa zona ahora pertenece a Camboya.

—Ehhh… No, no lo sabía —bostecé sin querer.

Ella rio.

—¿He satisfecho tus preguntas?

—Sí.

—Entonces deberías dormir.

—No estoy seguro de poder.

—¿Quieres que me marche?

—¡No! —dije con voz demasiado fuerte.

Rio, y entonces comenzó a tararear otra vez aquella nana desconocida con su suave voz de ángel al oído.

Más cansado de lo que creía, y más exhausto de lo que me había sentido nunca después de un día de tensión emocional y mental, me dormí sosteniendo su frío cuerpo entre mis brazos.

Los Cullen

Me despertó la tenue luz de otro día nublado. Yacía con el brazo sobre los ojos, grogui y confuso. Algo, el atisbo de un sueño digno de recordar, pugnaba por abrirse paso en mi mente. Gemí y rodé sobre un costado esperando volver a dormirme. Y entonces lo acaecido el día anterior irrumpió en mi conciencia.

—¡Oh!

Me senté tan deprisa que la cabeza me empezó a dar vueltas.

—Tu pelo tiene la capacidad de desafiar la gravedad —la voz divertida procedía de la mecedora de la esquina—. Es tu superpoder particular.

Automáticamente, estiré el brazo para alisarme el pelo.

Se sentó con las piernas cruzadas en la silla, exhibiendo una sonrisa perfecta en su perfecto rostro.

—¡Te has quedado!

Era como si, después de todo, no me hubiera despertado.

—Por supuesto. Es lo que querías, ¿no?

Asentí.

Su sonrisa se ensanchó.

—También es lo que yo quería.

Salí de la cama con paso tambaleante, no muy seguro de adónde iba, solo de que necesitaba estar más cerca de ella. Me esperó y su rostro no mostró ninguna sorpresa cuando me hundí de rodillas frente a ella. Me levanté muy despacio y apoyé la palma contra un lado de su cara. Ella se apoyó contra mi mano, y sus párpados se deslizaron sobre sus ojos al cerrarse.

—¿Charlie? —pregunté. Ambos estábamos hablando a un volumen normal.

—Se marchó hace una hora… Con un montón de equipamiento.

Estaría fuera todo el día, así que Edythe y yo estábamos solos, en una casa vacía, sin necesidad de ir a ninguna parte. Una enorme cantidad de tiempo. Me sentí como un loco anciano avaro, regodeándose en los montones de monedas de oro que poseía, solo que en lugar de monedas lo que yo acumulaba eran segundos.

Solo entonces me di cuenta de que se había cambiado de ropa. En lugar de la camiseta de finos tirantes, vestía un suéter color melocotón.

—¿Te has ido? —pregunté.

Ella abrió los ojos y sonrió, colocando una de sus manos sobre la mía para que la mantuviera contra su rostro.

—Difícilmente podía salir con la ropa con la que entré. ¿Qué pensarían los vecinos? De todas maneras, solo ha sido durante unos minutos y en ese momento estabas profundamente dormido, así que estoy segura de que no me he perdido nada.

—¿Qué he dicho? —rezongué.

Abrió un poco más los ojos, y su rostro adoptó una expresión de mayor vulnerabilidad.

—Dijiste que me querías —susurró.

—Eso ya lo sabías.

—Ha sido distinto escucharte decirlo.

Le miré a los ojos.

—Te quiero —dije.

Se inclinó hacia mí y apoyó con mucho cuidado su frente contra la mía.

—Ahora tú eres mi vida.

Nos quedamos así sentados un largo rato, hasta que me empezaron a rugir las tripas. Se incorporó, risueña.

—La humanidad está muy sobrevalorada —me quejé.

—¿Deberíamos empezar desayunando?

Me llevé la mano libre a la yugular, con los ojos desorbitados.

Ella dio un respingo; sus ojos se entrecerraron para dedicarme una mueca de enfado.

—Vamos, no me digas que no te ha parecido divertido —reí yo.

Mantuvo el ceño fruncido.

—Disiento completamente. ¿Puedo reformular la frase? Hora de desayunar para los humanos.

—De acuerdo. Pero concédeme otro minuto humano, si no te importa.

—Por supuesto.

—Quédate.

Edythe sonrió.

Volví a cepillarme los dientes dos veces y me di una ducha fugaz. Me pasé un peine por el pelo mojado, intentando aplastármelo un poco. El pelo ignoró bastante abiertamente mis intenciones. Y, entonces, me di de bruces contra la realidad: se me había olvidado llevarme la ropa a la ducha.

Vacilé un minuto, pero estaba demasiado impaciente como para permitir un ataque de pánico prolongado. No había solución, así que me enrollé firmemente la toalla alrededor de la cintura y avancé hacia el pasillo con la cara de un rojo brillante. Para terminarlo de mejorar, la mancha roja de mi pecho quedaba también a la vista. Asomé la cabeza por el quicio de la puerta.

—Hmm…

Aún estaba en la mecedora. Se rio al ver mi cara.

—¿Nos vemos en la cocina, entonces?

—Sí, por favor.

Pasó junto a mí levantando una ráfaga de aire helado y bajó las escaleras antes de que hubiera transcurrido un segundo. Apenas fui capaz de seguir sus movimientos: Edythe se convirtió en una mancha de color pálido y luego desapareció.

—Gracias —le grité, y corrí al armario.

Era consciente de que probablemente debía meditar un poco lo que iba a ponerme, pero me moría de ganas por estar en el piso de abajo. De lo que sí me acordé fue de llevarme un jersey, para que no se preocupara de que me quedara frío.

Me volví a pasar los dedos por el pelo para domarlo, y luego bajé las escaleras corriendo.

Estaba apoyada contra la encimera, y parecía encontrarse muy cómoda allí.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunté.

Aquello le descolocó durante un minuto. Sus cejas se enarcaron.

—Eh… No estoy segura. ¿Qué te gustaría?

Yo reí.

—Vale, solo me defiendo bastante bien. Obsérvame cazar.

Encontré un cuenco y una caja de cereales. Ella volvió a ocupar la misma silla de la noche anterior y me observó mientras echaba la leche y tomaba una cuchara. Puse el desayuno sobre la mesa, y luego me detuve. El espacio vacío en la mesa frente a ella me hizo sentir descortés.

—Esto… ¿quieres algo?

Puso los ojos en blanco.

—Limítate a comer, Beau.

Me senté y la observé mientras comía. Edythe me contemplaba fijamente, estudiando cada uno de mis movimientos, por lo que me sentí cohibido. Tragué para hablar, con intención de distraerla.

—¿Tenemos algo programado para hoy?

—Tal vez —dijo ella—. Depende de si te gusta o no mi idea.

—Me gustará —prometí mientras tomaba una segunda cucharada.

Ella frunció los labios.

—¿Estarías dispuesto a conocer a mi familia?

Me atraganté con los cereales.

Ella se incorporó de un salto, con una mano extendida hacia mí en un gesto inútil, probablemente pensando en que me pulverizaría los pulmones si intentaba hacerme la maniobra de Heimlich. Sacudí la cabeza para negar y le hice un gesto, indicándole que se sentara, mientras tosía la leche de mi esófago.

—Estoy bien, estoy bien —dije cuando pude hablar.

—Por favor, Beau, no vuelvas a hacerme eso.

—Lo siento.

—Quizá deberíamos mantener esta conversación cuando hayas terminado de comer.

—De acuerdo.

De todas maneras, necesitaba un minuto.

Aparentemente, lo decía en serio. Y entonces pensé que ya había conocido a Archie y que tampoco había sido tan terrible. Y también a la doctora Cullen. Pero eso había sido antes de saber que la doctora Cullen era una vampira, lo que cambiaba mucho las cosas. Y, aunque ya lo sabía cuando conocí a Archie, no sabía si él sabía que yo lo sabía, y a mí eso me parecía una diferencia importante. Además, Archie era el más «compasivo», según Edythe.

Otros miembros de su familia eran obviamente no tan dadivosos.

—Por fin lo he conseguido —murmuró cuando tragué la última cucharada y aparté el bol.

—¿El qué has conseguido?

—Asustarte.

Reflexioné un momento al respecto, y entonces alargué la mano, con los dedos extendidos, y la balanceé de un lado a otro para hacer el gesto internacional de «Sí, un poco».

—No voy a permitir que nadie te haga daño —me aseguró.

Pero eso hizo precisamente que me preocupara porque alguien —Royal — pudiera querer hacérmelo, y ella tuviera que interponerse para rescatarme. Me daba igual lo que hubiera dicho sobre su propia fuerza y lo de no jugar limpio; la sola idea me ponía los pelos de punta.

—Nadie va a intentarlo siquiera, Beau, era un chiste.

—No quiero causarte problemas. ¿Saben al menos que lo sé?

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, están bastante al día. En mi casa es imposible guardar secretos, con nuestras distintas rarezas. Archie ya ha visto que era posible que pasaras por casa.

Noté cómo todo un catálogo de expresiones desfilaba por mi rostro antes de poder controlarlas. ¿Qué había visto Archie? Ayer… Anoche… Se me subieron los colores.

Vi que sus ojos se entrecerraban del modo en que solían hacerlo cuando intentaba leerme la mente.

—Solo estaba pensando en qué habría visto Archie —le expliqué, antes de que pudiera preguntármelo.

Ella asintió.

—Puede resultar un poco invasivo. Pero no lo hace a propósito. Además, ve muchas eventualidades diferentes… Nunca sabe cuál es la que va a suceder. Por ejemplo, vio un centenar de posibilidades distintas de lo que podría haber pasado ayer, y solo sobrevivías en un setenta y cinco por ciento de los escenarios —su voz se endureció en aquella última parte y su cuerpo se envaró—. Habían hecho apuestas, ¿sabes? Sobre si te mataría.

—Ah.

Su expresión seguía siendo tensa.

—¿Quieres saber quién votó en contra y quién a favor?

—Hmm, creo que no. Dímelo después de que los conozca. No quiero hacer esto teniendo prejuicios.

El asombro borró la ira de su rostro.

—Ah. Entonces, ¿vendrás?

—Parece que es… lo más respetuoso. No quiero que piensen que tengo nada que ocultar.

Ella rio con un largo tintineo. No pude evitar sonreír.

—¿Eso significa que yo también podré conocer a Charlie pronto? —me preguntó, entusiasta—. Ya sospecha algo, y yo también prefiero no tener nada que ocultar.

—Bueno, claro. Pero ¿qué debería decirle? O sea, ¿cómo le explico que…?

Ella se encogió de hombros.

—Dudo mucho de que le cueste aceptar la idea de que tengas «novia». Admito que es una interpretación libre, dada la connotación humana de la palabra.

—Una novia… —murmuré—. Parece… No parece suficiente.

Me sonaba a transitorio, a temporal. A algo poco duradero.

Me acarició un lado de la cara con un dedo.

—Bueno, no creo necesario darle todos los detalles morbosos. Pero vamos a necesitar una explicación de por qué merodeo tanto por aquí. No quiero que el jefe de policía Swan me imponga una orden de alejamiento.

—¿Estarás? —pregunté, repentinamente ansioso—. ¿De veras vas a estar aquí?

Parecía demasiado bueno para ser verdad, algo con lo que solo un estúpido contaría.

—Tanto tiempo como tú me quieras.

—Te querré siempre —le avisé—. Y cuando digo para siempre, es para siempre.

Apoyó los dedos contra mis labios y cerró los ojos. Daba la sensación de que deseaba que no hubiera dicho aquello.

—¿Eso te entristece? —pregunté, intentando ponerle un nombre a la expresión de su cara. Finalmente, suspiró.

—¿Nos vamos?

Miré el reloj del microondas con gesto automático.

—¿No es un poco tempra…? Nada, olvida lo que he dicho.

—Olvidado.

—¿Voy bien? —me pregunté, señalando mi ropa. ¿Debía arreglarme más?

—Tienes un aspecto… —de repente, sus hoyuelos asomaron— delicioso.

—¿Entonces dices que me debería cambiar?

Ella rio y sacudió la cabeza en gesto de negación.

—No cambies nunca, Beau.

Entonces, se levantó y dio un paso en dirección a mí, de modo que nuestras rodillas se tocaron. Colocó las manos a ambos lados de mi cara y se reclinó hasta que su rostro quedó a apenas un centímetro del mío.

—Con cuidado —me recordó.

Ladeó la cabeza y acortó la distancia entre nosotros. Con una levísima presión, sus labios tocaron los míos.

¡Con cuidado!, resonó en mi mente. *No te muevas.* Cerré las manos en un puño. Era consciente de que ella sentía cómo la sangre me latía en la cara.

Muy despacio, sus labios se movieron contra los míos. Cuando se sintió más confiada, sus labios adquirieron firmeza. Noté que se entreabrían levemente y su aliento inundó mi boca con su frialdad. No aspiré. Sabía que su aroma me obligaba a hacer tonterías.

Sus dedos me acariciaron la cara desde las sienes hasta el mentón, y luego asieron mi barbilla, apretando mis labios contra los suyos.

¡Con cuidado!, me grité mentalmente.

Y entonces, de la nada, un vertiginoso y vacuo pitido empezó a aumentar de volumen en mis oídos. Al principio no podía concentrarme en nada que no fueran sus labios, pero luego empecé a caer por un túnel en el que sus labios estaban cada vez más lejos.

—¿Beau? ¿Beau?

—Eh —intenté decir.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

El sonido de su nerviosismo contribuyó a traerme de vuelta. No perdí el conocimiento del todo, así que resultó bastante fácil. Tomé dos grandes bocanadas de aire y abrí los ojos.

—Estoy bien —le dije. Se había apartado, pero tenía los brazos estirados hacia mí: una de sus frías manos se apoyaba en mi frente y la otra en mi nuca. Su rostro parecía más pálido de lo habitual—. Es solo que… creo que me olvidé de respirar durante un minuto. Lo siento —volví a inspirar hondo.

Ella me miró con suspicacia.

—¿Se te ha olvidado respirar?

—Estaba intentando ser precavido.

De repente, se mostró furiosa.

—¿Qué voy a hacer contigo? Ayer te beso, ¡y me atacas! ¡Y hoy te desmayas!

—Lo siento.

Dejó escapar un hondo suspiro, pero rápidamente depositó un beso en mi frente.

—Me alegro de que me sea físicamente imposible sufrir un paro cardíaco —rezongó.

—Sí, yo también me alegro —concordé.

—No te puedo llevar de esta guisa a ningún sitio.

—No, en serio, estoy bien. Completamente de vuelta a la normalidad. Tu familia va a pensar que estoy loco de todos modos, así que… ¿qué más da que esté un poco inestable?

Edythe frunció el ceño.

—Quieres decir, ¿más inestable de lo habitual?

—Claro. Mira, intento con todas mis fuerzas no pensar en lo que estoy a punto de hacer, así que me vendría bien que fuéramos pensando en irnos.

Ella sacudió la cabeza, pero me tomó de la mano y me levantó de la silla.

Aquella vez ni siquiera me pidió permiso: simplemente se dirigió al asiento del conductor de mi camioneta. Pensé que no tenía mucho sentido discutir con ella después de mi último y vergonzoso episodio y, de todas maneras, no tenía ni idea de dónde vivía.

Condujo con cuidado, sin quejarse ni una sola vez de las limitaciones de mi camioneta. Fuimos al norte de la ciudad, cruzamos el puente sobre el río Calawah y continuamos hacia el denso bosque hasta que dejamos atrás todas las casas. Empezaba a preguntarme cuán lejos nos dirigíamos cuando giró bruscamente para tomar un camino sin pavimentar. No estaba señalizado y apenas era visible entre los helechos. El bosque invadía a ambos lados el sendero hasta tal punto que solo era distinguible a pocos metros de distancia.

Condujimos unos cuantos kilómetros por el camino, casi siempre dirigiéndonos al este. Estaba intentando localizar, sin demasiado éxito, aquella vía en mi difuso mapa mental, cuando, repentinamente, los árboles ralearon y de repente nos adentramos en una pequeña pradera, ¿o era un jardín? Aun así, no había mucha más claridad. Había seis enormes cedros —probablemente los árboles más grandes que había visto en mi vida— cuyas ramas daban sombra a todo un acre de tierra. Se erigían sobre la casa que había en el centro de la pradera, ocultándola.

No sé lo que en realidad pensaba encontrarme, pero definitivamente no era aquello. La casa, de unos cien años de antigüedad, tenía tres pisos y una cierta… elegancia, si es que ese término se le puede aplicar a una casa. Estaba pintada de un blanco suave y desvaído y todas las ventanas y las puertas parecían originales, pero quizá estaban demasiado bien conservadas como para serlo. La camioneta era el único vehículo a la vista. Cuando Edythe apagó el motor, pude oír fluir el río cerca de allí.

—¡Guau!

—¿Te gusta?

—Es… muy especial.

En un segundo, estuvo al otro lado de la puerta del copiloto. La abrí lentamente, empezando a sentir los nervios que había intentado reprimir.

—¿Listo?

—No, pero hagámoslo.

Edythe rio y yo intenté reír con ella, pero la risa se me quedó pegada a la garganta. Intenté domarme el pelo.

—Tienes un aspecto fantástico.

Me tomó de la mano de forma casual, como si ya no tuviera que pensarlo. No era un gran gesto, pero me distrajo y me hizo sentir un poco menos al borde de un ataque de pánico.

Caminamos hacia el porche a la densa sombra de los árboles. Sabía que notaba mi tensión. Estiró el brazo hacia delante para apoyarme la mano libre en el antebrazo durante un segundo. Luego abrió la puerta y entró en la casa, arrastrándome tras ella.

El interior se correspondía aún menos con lo que esperaba que el exterior. Era muy luminoso, muy espacioso y muy grande. Lo más seguro es que, en un principio, hubiera estado dividido en varias habitaciones, pero habían hecho desaparecer los tabiques para conseguir un espacio más amplio. El muro trasero, orientado hacia el sur, había sido totalmente reemplazado por una vidriera y, más allá de los cedros, el jardín estaba despejado y se alargaba hasta alcanzar el ancho río. Una maciza escalera dominaba la parte oriental de la estancia. Las paredes, el alto techo, los suelos de madera y las gruesas alfombras eran todos de diferentes tonalidades de blanco.

Los padres de Edythe nos aguardaban. Estaban de pie a la izquierda de la entrada, sobre un altillo del suelo, frente a un gran piano de cola que también era blanco.

Había visto antes a la doctora Cullen, pero su juventud y su ultrajante perfección me sorprendieron de nuevo. Tenía una mano enlazada con quien supuse que sería Earnest, el único al que no había visto con anterioridad. Parecía más o menos de la misma edad que la doctora Cullen, tal vez unos cuantos años mayor, y tenía los mismos rasgos pálidos y hermosos que el

resto. Tenía el cabello ondulado, color caramelo, un par de centímetros más largo que el mío. Había algo bondadoso en su rostro, pero era incapaz de identificar el rasgo que me llevaba a pensar eso. Ambos vestían de manera informal, con colores claros que encajaban con el interior de la casa.

Me sonrieron, pero ninguno hizo ademán de acercarse. Supuse que probablemente era un intento de no asustarme.

—Carine, Earnest, os presento a Beau —dijo Edythe.

—Sé bienvenido, Beau.

El paso de Carine fue comedido y cuidadoso cuando se acercó a mí. Alzó una mano con vacilación y me adelanté un paso para estrechársela. Me sorprendió lo natural que me resultó el gesto. Tal vez fuera porque me recordaba a Edythe en muchos sentidos.

—Me alegro de volver a verla, doctora Cullen.

—Llámame Carine, por favor.

Le sonreí de oreja a oreja con una repentina confianza que me sorprendió.

—Carine —repetí.

Edythe me apretó levemente la mano.

Earnest avanzó un paso ofreciéndome también la suya. El apretón de su fría mano, dura como la piedra, era tal y como yo esperaba.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo con sinceridad.

—Gracias. Yo también me alegro.

Y era verdad que lo hacía. Tenía buena sensación. Aquel era el hogar de Edythe, su familia. Me alegraba de poder formar parte de ello.

—¿Dónde están Archie y Jess? —preguntó Edythe.

Nadie tuvo ocasión de responder, ya que ambos aparecieron en ese momento en lo alto de las escaleras.

—¡Anda, si Edy está en casa! —gritó Archie, y bajó las escaleras convertido en una mancha pálida y frenó repentinamente justo frente a nosotros. Earnest y Carine le lanzaron sendas miradas de aviso, pero a mí me agradó. Eso era lo natural para él, el modo en que se movían cuando no tenían que preocuparse de que hubiera extraños mirando.

—¡Beau! —me saludó con entusiasmo, como si fuéramos viejos amigos. Me tendió la mano y, cuando fui a estrechársela, me atrajo hacia sí

para darme un abrazo fraternal, palmeándome delicadamente la espalda.

—Hola, Archie —dije, pero sonó como si me faltara el aliento. Estaba asombrado, pero también bastante satisfecho de que pareciera tan comprensivo; es más, daba la sensación de que ya le caía bien.

Cuando me aparté de él, me percaté de que yo no era el único que estaba sorprendido.

Carine y Earnest contemplaban mi rostro con ojos enormes, como si estuvieran esperando que echara a correr en cualquier momento. Edythe tenía la mandíbula tensa, pero no sabía si se debía a la preocupación o al enfado.

—Hueles bien —comentó Archie—, hasta ahora no me había dado cuenta.

Mi rostro se calentó, y el calor aumentó cuando pensé en el aspecto que debía de tener para ellos, y nadie más parecía saber qué decir.

Entonces Jessamine se acercó. Edythe se había comparado a sí misma con una leona cuando cazaba, lo que me resultaba difícil de concebir, pero no me costaba para nada imaginarme a Jessamine interpretando ese papel. En aquel momento, sencillamente estando ahí de pie, de ella emanaba algo leonino. Pero, a pesar de ello, de repente empecé a sentirme muy cómodo. Era como si me encontrara en un lugar familiar, rodeado de gente que conocía bien. A gusto, como cuando estaba con Jules. Era extraño que me sintiera así en un contexto semejante, y entonces recordé lo que Edythe me había contado que Jessamine era capaz de hacer. Resultaba muy extraño pensar en aquello. No tenía la sensación de que nadie estuviera usando magia ni nada parecido sobre mí.

—Hola, Beau —me saludó Jessamine.

No se acercó y no me ofreció la mano para que la estrechara, pero no resultó incómodo.

—Hola, Jessamine —le sonreí con timidez, y luego a los demás, antes de añadir como fórmula de cortesía—: Me alegro de conoceros a todos… Tenéis una casa preciosa.

—Gracias —contestó Earnest—. Estamos encantados de que hayas venido.

Me habló con sentimiento, y me di cuenta de que pensaba que yo era valiente.

También caí en la cuenta de que no se veía por ninguna parte ni a Royal ni a Eleanor y, aunque me sentí aliviado, también experimenté cierta decepción. Hubiera sido agradable dejar aquello resuelto mientras Jessamine estaba presente, haciéndome sentir tan tranquilo.

Me percaté de que Carine miraba a Edythe de forma significativa con gran intensidad. Vi a Edythe asentir una vez con el rabillo del ojo.

Tuve la sensación de estar espiando algo íntimo, así que aparté la vista. Mis ojos vagaron hacia el hermoso piano que había sobre la tarima. Súbitamente recordé una fantasía de la niñez que consistía en que, cuando fuera un adulto millonario, le compraría un gran piano de cola a mi madre. No era una buena pianista, solo tocaba para sí misma en nuestro piano de segunda mano, pero a mí me encantaba verla tocar. Se la veía feliz, absorta, y entonces me parecía un ser nuevo y misterioso. Me hizo tomar clases, por supuesto, pero, como la mayoría de los niños, lloriqueé hasta conseguir que dejara de llevarme.

Earnest se percató de mi atención y me preguntó:

—¿Tocas?

Negué con la cabeza.

—No, en absoluto. Pero es tan hermoso… ¿Es tuyo?

—No —se rio—. ¿No te ha dicho Edythe que sabe tocar?

—Ehhh. No, no lo ha mencionado. Supongo que debería de haberlo sabido.

Earnest arqueó las cejas como muestra de su confusión.

—¿Hay algo que no se le dé bien?

Era una pregunta retórica.

A Jessamine se le escapó una carcajada, Archie puso los ojos en blanco y Earnest le dirigió una mirada paternal, que resultaba muy impactante dado lo joven que parecía.

—Espero que no hayas estado alardeando… Es de mala educación —la riñó.

—Solo un poco —Edythe rio con un sonido contagioso y todos, incluso yo, reímos. La sonrisa de Earnest fue la más efusiva de todas y ambos

intercambiaron una rápida mirada.

—Edythe, deberías tocar para él —dijo Earnest.

—Acabas de decir que alardear es de mala educación.

—Puedes hacer una excepción —me sonrió—. En realidad, lo hago por puro egoísmo. No toca muy a menudo, pero me encanta escucharla.

—Me gustaría oírte tocar —dije.

Edythe le dedicó a Earnest una prolongada y exasperada mirada y luego me obsequió con la misma expresión. Cuando consideró que ya era suficiente, me soltó la mano y se dirigió al banquito para sentarse. Dio una palmada en el espacio vacío que había a su lado y se dio media vuelta para mirarme.

—Ah —murmuré, y fui a sentarme con ella.

En cuanto me senté, sus dedos revolotearon rápidamente sobre las teclas y una composición, tan compleja y exuberante que resultaba imposible creer que estuviera interpretada por una única persona, llenó la habitación. Me quedé boquiabierto del asombro y a mis espaldas oí risas en voz baja.

Edythe me miró con indiferencia mientras la música seguía surgiendo a nuestro alrededor sin descanso.

—¿Te gusta?

Inmediatamente, lo comprendí. Por supuesto.

—La has escrito tú.

Asintió.

—Es la favorita de Earnest.

Suspiré.

—¿Qué ocurre?

—Es solo que… me siento un poco insignificante.

Meditó mis palabras durante un minuto y entonces la música se transformó lentamente en algo más suave… que me resultaba familiar. Era la nana que me había tarareado, solo que mil veces más compleja.

—Esta se me ocurrió —dijo en voz baja— contemplándote mientras dormías. Es tu canción.

La música se convirtió en algo más dulce y delicado.

No me salieron las palabras.

—Les gustas, ya lo sabes —dijo, de nuevo con tono coloquial—. Sobre todo a Earnest.

Eché un fugaz vistazo a mis espaldas, pero la enorme estancia se había quedado vacía.

—¿Adónde han ido?

—Nos han concedido un poco de intimidad. Muy sutiles, ¿no?

Reí, pero después fruncí el ceño.

—Me alegro de caerles bien. Ellos a mí también me gustan. Pero Royal y Eleanor…

Tensó el rostro.

—No te preocupes por Royal. Siempre es el último en ceder.

—¿Y Eleanor?

Rio con amargura.

—Ella opina que soy una lunática, lo cual es cierto, pero no tiene ningún problema contigo. Está intentando razonar con Royal.

—¿Qué le he hecho? —no pude evitar preguntar—. Quiero decir, que nunca he hablado con él…

—No has hecho nada, Beau, de verdad. Royal es el que más se debate contra… contra lo que somos. Le resulta duro que alguien de fuera sepa la verdad, y está un poco celoso.

—¡Ja!

—Eres humano —Edythe se encogió de hombros—. Es lo que él también desearía ser.

Aquello me dejó sin respuesta.

—Vaya.

Me quedé escuchando la música, mi música, en constante transformación y evolución, aunque la base seguía siendo la misma. No entendía muy bien cómo lo hacía. No parecía prestarle demasiada atención a sus manos.

—Lo que Jessamine hace resulta muy… poco extraño, creo. Ha sido bastante increíble.

Ella rio.

—Las palabras no le hacen justicia, ¿verdad?

—Lo cierto es que no. Pero ¿le caigo bien? Parecía…

—Eso es culpa mía. Ya te dije que era la que hace menos tiempo que está probando nuestra forma de vida. La previne para que se mantuviera a distancia.

—Vaya.

—Sí, lo sé.

Me esforcé por reprimir un escalofrío.

—Carine y Earnest piensan que eres fantástico —me dijo.

—Bueno… La verdad es que no he hecho nada demasiado emocionante. Solo he estrechado un par de manos.

—Son felices de verme feliz. A Earnest no le preocuparía que tuvieras un tercer ojo y dedos palmeados. Durante todo este tiempo se ha preocupado por mí, temiendo que se hubiera perdido alguna parte esencial de mi carácter, ya que era muy joven cuando Carine me convirtió… Está muy aliviado. Prácticamente se echa a aplaudir cada vez que te toco.

—Archie parece entusiasta.

Puso una mueca.

—Archie tiene una perspectiva muy particular de la vida.

Me la quedé mirando un momento, sopesando su expresión.

—¿Qué? —me preguntó.

—No me la vas a explicar, ¿verdad?

Entornó los ojos cuando me devolvió la mirada, y se produjo un momento de comunicación sin palabras entre nosotros, parecido al que había presenciado antes entre Carine y ella, solo que sin la ventaja de poder leerme la mente. Sabía que me ocultaba algo sobre Archie, algo que su actitud hacia él llevaba señalando desde hacía tiempo. Y ella era consciente de que yo lo sabía, pero, de todos modos, no me lo iba a revelar. Ahora, no.

—De acuerdo —dije, como si hubiera verbalizado su pensamiento en voz alta.

—Hmm —murmuró ella.

Y, ya que me había acordado…

—¿Qué te estaba diciendo antes Carine?

Ahora tenía los ojos fijos en las teclas.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Naturalmente.

Me miró con gesto pensativo durante unos segundos antes de responder.

—Quería informarme de ciertas noticias… No sabía si era algo que yo debería compartir contigo.

—¿Lo harás?

—Probablemente sea lo mejor. Puede que mi comportamiento sea un poco extraño los próximos días, tal vez semanas. Un tanto maníaco. Así que es mejor que me explique de antemano.

—¿Qué sucede?

—En sí mismo, nada malo. Archie acaba de «ver» que pronto vamos a tener visita. Saben que estamos aquí y sienten curiosidad.

—¿Visita?

—Sí, como nosotros, pero… no. Me refiero a que los visitantes no se parecen a nosotros en sus hábitos de caza. Lo más probable es que no vayan a entrar al pueblo para nada, pero, desde luego, no voy a dejar que estés fuera de mi vista hasta que se hayan marchado.

—Guau. ¿No deberíamos…? Quiero decir, ¿no hay alguna manera de avisar a la gente?

Su rostro estaba triste y serio.

—Carine les pedirá que no cacen por aquí cerca, a modo de cortesía, y es bastante probable que no se opongan a eso, pero no podemos hacer nada más, por varios motivos —suspiró—. No cazarán aquí, pero lo harán en alguna otra parte. Así son las cosas cuando vives en un mundo lleno de monstruos.

Me estremecí.

—Por fin, una reacción racional —murmuró—. Empezaba a creer que no tenías instinto de supervivencia alguno.

Dejé pasar el comentario y aparté la vista para que mis ojos recorrieran de nuevo la espaciosa y blanca estancia.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? —inquirió, con voz nuevamente divertida.

—No —admití.

—No hay ataúdes ni cráneos apilados en los rincones. Ni siquiera creo que tengamos telarañas… ¡Qué decepción debe de ser para ti! —prosiguió,

con malicia.

Ignoré su broma.

—No esperaba que fuera tan luminoso, tan despejado.

Se puso más seria al responder:

—Es el único lugar donde no tenemos que fingir.

Mi canción fue evolucionando hacia una conclusión, las notas finales habían cambiado, eran más melancólicas y la última se sostuvo durante un segundo eterno. El sonido de aquella nota encerraba algo tan melancólico que se me hizo un nudo en la garganta.

Me la aclaré y dije:

—Gracias.

A ella también la había conmovido la música. Se me quedó mirando durante un momento con actitud inquisitiva, pero luego sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Quieres ver el resto de la casa? —me preguntó.

—¿Voy a ver cráneos apilados por las esquinas?

—Siento decepcionarte.

—Bueno, vale, pero ahora mis expectativas son muy bajas.

Subimos por la gran escalinata tomados de la mano. Con la que tenía libre, acaricié la suave y lisa barandilla. En lo alto de la misma había un gran vestíbulo de paredes revestidas con paneles de madera clara, del mismo color que las tablas del suelo.

—La habitación de Royal y Eleanor… El despacho de Carine… —hacía gestos con la mano conforme íbamos pasando por delante de las puertas—. La habitación de Archie…

Edythe hubiera continuado, pero me detuve en seco al final del vestíbulo, contemplando con las cejas enarcadas el ornamento que pendía del muro por encima de mi cabeza. Se rio de mi expresión.

—Es irónico, lo sé —dijo ella.

—Debe de ser muy antigua —aventuré.

Sentí la necesidad de tocarla, para ver si la vetusta pátina era tan suave como parecía, pero era evidente que debía de ser muy valiosa.

Se encogió de hombros.

—Es del siglo XVI, a principios de la década de los treinta, más o menos.

Aparté los ojos de la cruz para mirarla.

—¿Por qué la tenéis aquí?

—Por nostalgia. Perteneció al padre de Carine.

—¿Coleccionaba antigüedades?

—No. La talló él mismo para colgarla en la pared, encima del púlpito de la vicaría en la que predicaba.

Me di media vuelta para contemplar la cruz mientras hacía un cálculo mental. La cruz tenía más de trescientos setenta años. El silencio se prolongó mientras me esforzaba por asimilar la noción de tantísimo tiempo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—¿Cuántos años tiene Carine? —inquirí en voz baja, aún con la vista alzada.

—Acaba de celebrar su cumpleaños tricentésimo sexagésimo segundo —contestó Edythe. Me estudió atentamente mientras hablaba, y yo traté de asimilar la información—: Carine nació en Londres, ella cree que hacia 1640. Aunque las fechas no se señalaban con demasiada precisión en aquella época, al menos, no para la gente común, sí se sabe que sucedió durante el gobierno de Cromwell.

Aquel nombre recordó algunos hechos inconexos en mi mente, de la asignatura de Historia Universal que había tenido el año anterior. Debería haber prestado más atención.

—Fue la única hija de un pastor anglicano. Su madre murió al alumbrarla a ella. Su padre era un hombre duro. Fanático. Creía a pies juntillas en la realidad del mal. Encabezó partidas de caza contra brujos, licántropos… y vampiros.

Era extraño cómo aquella palabra tenía la capacidad de darle la vuelta a las cosas, y hacía que su relato sonara menos a clase de Historia.

—Quemaron a muchos inocentes, por supuesto, ya que las criaturas a las que realmente ellos perseguían no eran tan fáciles de atrapar.

»Carine hizo lo que estuvo en su mano para proteger a los inocentes. Siempre creyó en el método científico, y trató de convencer a su padre de que fuera más allá de la superstición y buscara pruebas reales. Él no aprobaba su implicación. Su padre la quería, y los que defendían a los monstruos a menudo solían terminar involucrados con ellos.

»Su padre era tenaz… y obsesivo. Contra todo pronóstico, halló pruebas de la existencia de algunos monstruos reales. Carine le imploró que tuviera cuidado y, hasta cierto punto, la escuchó. En lugar de atacarlos ciegamente, aguardó y los observó durante largo tiempo. Espió a un aquelarre de auténticos vampiros que vivían en las cloacas de la ciudad y solo salían de caza durante las noches. En aquellos días, cuando los monstruos no eran meros mitos y leyendas, esa era la forma en que debían vivir.

»Su gente reunió horcas y teas, por supuesto —rio sombríamente—, y se apostó allí donde el pastor había visto a los monstruos salir a la calle. Había dos puntos de acceso. El pastor y unos cuantos de sus hombres pusieron un tonel de brea en uno de los accesos, mientras los demás esperaban fuera del segundo a que surgieran los monstruos.

Me di cuenta de que estaba volviendo a aguantar la respiración, y me obligué a exhalar.

—No pasó nada. Esperaron mucho tiempo y finalmente se marcharon, decepcionados. El pastor estaba furioso: debía de haber otras salidas, y era evidente que los vampiros habían huido, atemorizados. Por supuesto, aquellos hombres con lanzas y hachas no representaban ningún peligro para un vampiro, pero él lo desconocía. Ahora que estaban prevenidos, ¿cómo volvería a encontrar a sus monstruos?

Edythe bajó la voz.

—No le costó mucho. Debió de hacerlos enfadar. Los vampiros no se pueden permitir llamar la atención o, de lo contrario, se habrían limitado a masacrar a toda la raza. En su lugar, uno de ellos le siguió a su casa.

»Carine recuerda la noche claramente, un recuerdo humano. Era de esa clase de noches que se quedan grabadas para siempre. Su padre volvió a casa muy tarde o, más bien, muy temprano. Carine le había esperado despierta, preocupada. El pastor estaba furioso y despotricaba sobre su fracaso. Carine intentó tranquilizarlo, pero él la ignoró. Y entonces, descubrieron que había un hombre en el centro de la pequeña estancia en la que vivían.

»Carine dice que iba vestido con harapos, como un mendigo, pero que su rostro era hermoso y que hablaba en latín. Gracias a la vocación de su padre y a su propia curiosidad, Carine era una mujer sorprendentemente

educada para la época, y comprendió lo que el hombre había dicho. El hombre le dijo a su padre que era un necio y que pagaría por el daño que había causado. El pastor se interpuso entre él y su hija para protegerla…

»Pienso en ese momento a menudo. Si no hubiera revelado qué era lo que más quería en el mundo, ¿habrían sido distintas nuestras historias?

Se quedó meditabunda durante unos segundos, y luego prosiguió.

—El vampiro sonrió y le dijo al pastor: «Irás a tu infierno sabiendo esto: que lo que más amas se habrá convertido en lo que más odias».

»Apartó al pastor a un lado y aferró a Carine…

Parecía absorta en su historia, pero de pronto calló. Sus ojos volvieron al presente, y me miró como si hubiera dicho algo que no debía. O quizá pensara que me había molestado.

—¿Qué pasó? —susurré.

Cuando habló, dio la sensación de que elegía cada palabra minuciosamente.

—Se aseguró de que el pastor supiera lo que le iba a suceder a Carine y luego le asesinó muy lentamente mientras ella observaba, retorciéndose de dolor y espanto.

Yo retrocedí levemente. Ella asintió, comprensiva.

—El vampiro se marchó. Carine sabía cuál sería su suerte si alguien la encontraba en aquellas condiciones. Cualquier cosa que el monstruo hubiera infectado sería destruida. Carine actuó por instinto para salvar su piel. Se arrastró hasta el sótano y se enterró entre patatas podridas durante tres días. Es un milagro que consiguiera mantenerse en silencio y pasar desapercibida.

»Se dio cuenta de que se había “convertido” cuando todo terminó.

No estaba muy seguro de lo que reflejaba mi rostro, pero de repente enmudeció.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Estoy bien. ¿Qué pasó luego?

Ella esbozó una media sonrisa ante mi turbación, y luego giró para volver al vestíbulo, llevándome consigo.

—Vamos —me animó—. Te lo voy a mostrar.

CARINE

Me condujo de vuelta a la habitación que había identificado como el despacho de Carine. Se detuvo delante de la puerta durante un segundo.

—Adelante —dijo Carine desde el interior.

Edythe abrió la puerta a una amplia sala con altos ventanales que ocupaban toda la longitud de las paredes. La estancia estaba revestida de estanterías que llegaban al techo y contenían más libros de los que jamás había visto fuera de una biblioteca.

Carine se sentaba detrás del enorme escritorio. Acababa de poner un marcador entre las páginas del libro que sostenía en las manos. El despacho era idéntico a como yo imaginaba que sería el de un decano de la facultad, solo que Carine parecía demasiado joven para encajar en el papel.

Después de haber imaginado, unos momentos antes, todo por lo que había tenido que pasar, si bien era consciente de que mi imaginación no era muy buena y de que, probablemente, todo había sido mucho peor de la idea que me había formado, la percibía de un modo distinto.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —nos preguntó con una sonrisa mientras se levantaba del sillón.

—Quería enseñar a Beau un poco de nuestra historia —contestó Edythe —. Bueno, en realidad, de tu historia.

—No pretendíamos molestarte —me disculpé.

—En absoluto —dijo, dirigiéndose primero a Edythe y luego a mí—. ¿Por dónde vais a comenzar?

—Por los cuadros —dijo Edythe mientras me hacía girar para mirar hacia la puerta por la que acabábamos de entrar.

La pared era diferente de las demás, ya que estaba repleta de decenas y decenas de cuadros enmarcados en lugar de estanterías. Todos eran de tamaños y estilos diferentes, algunos más apagados, otros rebosantes de color. Revisé la pared rápidamente buscando algo común que les diera coherencia, pero no encontré ningún vínculo.

Edythe me arrastró hacia el otro lado, a la izquierda, apoyó ambas manos en mis brazos y me colocó justo frente a uno de los cuadros. Mi corazón reaccionó del modo en que solía hacerlo cada vez que me tocaba, aunque fuera de la manera más natural. Resultaba aún más vergonzoso, si cabe, ahora que sabía que Carine también podía oírlo.

El cuadro en el que quería que me fijara era un pequeño óleo con un sencillo marco de madera. No figuraba entre los más grandes ni los más destacados. Pintado con diferentes tonos de ocre, representaba la miniatura de una ciudad de tejados muy inclinados. Un río —lo cruzaba un puente cubierto por estructuras similares a minúsculas catedrales— dominaba el primer plano.

—Londres, hacia 1650 —dijo Edythe.

—El Londres de mi juventud —añadió Carine a medio metro detrás de nosotros. Di un respingo. No la había oído aproximarse. Edythe me tomó la mano y la apretó levemente.

—¿Le vas a contar la historia? —inquirió Edythe.

Me volví para ver la reacción de Carine. Sus ojos se encontraron con los míos y me sonrió.

—Lo haría —replicó—, pero de hecho llego tarde. Han telefoneado del hospital esta mañana. El doctor Snow se ha tomado un día de permiso. Pero no creo que Beau se pierda ningún detalle: te conoces la historia tan bien como yo —añadió, dirigiendo a Edythe una sonrisa.

Resultaba difícil asimilar una combinación tan extraña: las preocupaciones del día a día de una doctora de pueblo en mitad de una conversación sobre sus primeros días en el Londres del siglo XVII.

También desconcertaba saber que probablemente hablaba en voz alta solo en deferencia hacia mí.

Carine abandonó la estancia con otra cálida sonrisa.

Me quedé mirando el pequeño cuadro de su ciudad natal durante un buen rato.

—¿Qué sucedió luego? —pregunté—. ¿Qué ocurrió cuando comprendió lo que le había pasado?

Me dio un leve codazo para que avanzara unos centímetros, con los ojos fijos en un paisaje más grande. Estaba pintado con colores apagados, una pradera despejada a la sombra de un bosque con un pico escarpado a lo lejos.

—Cuando supo en qué se había convertido —prosiguió en voz baja—, se desesperó… y se rebeló. Intentó destruirse, pero eso no es fácil de conseguir.

—¿Cómo?

No quería decirlo en voz alta, pero estaba tan asombrado que se me escapó.

—Se arrojó desde grandes alturas —me explicó Edythe, encogiéndose de hombros—, e intentó ahogarse en el océano, pero en esa nueva vida era joven y muy fuerte. Resulta sorprendente que fuera capaz de resistir el deseo… de alimentarse… cuando era aún tan inexperta. El instinto es más fuerte en ese momento y lo arrastra todo, pero sentía tal repulsión hacia lo que era que tuvo la fuerza para intentar matarse de hambre.

—¿Es eso posible? —pregunté en voz baja.

—No, hay muy pocas formas de matarnos.

Abrí la boca para formular otra pregunta, pero Edythe comenzó a hablar antes de que lo pudiera hacer.

—De modo que su hambre crecía y al final se debilitó. Se alejó cuanto pudo de toda población humana al detectar que su fuerza de voluntad también se estaba debilitando. Durante meses, estuvo vagabundeando de noche en busca de los lugares más solitarios, maldiciéndose.

»Una noche, una manada de ciervos cruzó junto a su escondrijo. La sed la había vuelto tan salvaje que los atacó sin pensarlo. Recuperó las fuerzas y comprendió que había una alternativa a ser el vil monstruo que temía ser. ¿Acaso no había comido venado en su anterior vida? Podía vivir sin ser un demonio y de nuevo se halló a sí misma.

»Comenzó a aprovechar mejor su tiempo. Siempre había sido inteligente y ávida de aprender. Ahora tenía un tiempo ilimitado por delante. Estudiaba de noche y trazaba planes durante el día. Se marchó a Francia a nado y…

—¿Nadó hasta Francia?

—Beau, la gente siempre ha cruzado a nado el Canal —me recordó con paciencia.

—Supongo que es cierto. Solo que parecía divertido en ese contexto. Continúa.

—Nadar es fácil para nosotros…

—Todo es fácil para ti —murmuré.

Me aguardó con las cejas enarcadas.

—No volveré a interrumpirte otra vez, lo prometo.

Me dedicó una sonrisa sombría y terminó la frase:

—Porque, técnicamente, no necesitamos respirar.

—Tú…

—No, no, lo has prometido —se rio y me puso el helado dedo en los labios—. ¿Quieres oír la historia o no?

—No me puedes soltar algo así y esperar que no diga nada —mascullé contra su dedo.

Levantó la mano hasta ponerla sobre mi pecho. Mi corazón se desbocó, pero perseveré.

—¿No necesitas respirar? —exigí saber.

—No, no es una necesidad —se encogió de hombros—. Solo un hábito.

—¿Cuánto puedes aguantar sin respirar?

—Supongo que indefinidamente, no lo sé. La privación del sentido del olfato resulta un poco incómoda.

—Un poco incómoda —repetí.

Yo no prestaba atención a mis expresiones, pero hubo algo en ellas que la hizo ponerse seria. La mano le cayó a un costado y se quedó inmóvil, contemplando mi rostro. El silencio se prolongó y sus facciones se esculpieron en piedra.

—¿Qué ocurre? —susurré mientras le acariciaba el rostro helado.

Sus facciones recobraron vida y me dedicó una levísima sonrisa.

—Sé que en algún momento habrá algo que te diga o que te haga ver que va a ser demasiado. Y entonces te alejarás de mí entre alaridos —su sonrisa se desvaneció—. No voy a detenerte cuando ocurra. Quiero que suceda, porque quiero que estés a salvo. Y, aun así, quiero estar a tu lado. Ambos deseos son imposibles de conciliar…

Dejó la frase en el aire mientras contemplaba mi rostro.

—No voy a irme a ningún lado —le prometí.

—Ya lo veremos —contestó, sonriendo de nuevo.

Le fruncí el ceño.

—Volviendo a lo que te contaba… Carine se marchó a Francia a nado.

Hizo una pausa mientras intentaba recuperar el hilo de la historia. Con gesto pensativo, fijó la mirada en otra pintura, la de mayor colorido y de marco más lujoso, y también la más grande: era el doble de ancho que la puerta junto a la que estaba colgado. Personajes llenos de vida, envueltos en túnicas onduladas y enroscadas en torno a grandes columnas en el exterior de balconadas marmóreas, llenaban el lienzo. No sabía si representaban figuras de la mitología helena o si los personajes que flotaban en las nubes de la parte superior tenían algún significado bíblico.

—Carine nadó hacia Francia y continuó por Europa y sus universidades. De noche estudió música, ciencias, medicina y encontró su vocación y su penitencia en salvar vidas —su expresión se tornó reverente—. No sé describir su lucha de forma adecuada. Carine necesitó dos siglos de atormentadores esfuerzos para perfeccionar su autocontrol. Ahora es prácticamente inmune al olor de la sangre humana y es capaz de hacer el trabajo que adora sin sufrimiento. Obtiene una gran paz de espíritu allí, en el hospital…

Edythe se quedó con la mirada ausente durante bastante tiempo. De repente, pareció recordar su intención. Dio unos golpecitos en la enorme pintura que teníamos delante con el dedo.

—Estudió en Italia cuando descubrió que allí había otros. Eran mucho más civilizados y cultos que los espectros de las alcantarillas londinenses.

Señaló a un cuarteto relativamente solemne de figuras pintadas en lo alto de un balcón, que miraban con calma el caos reinante a sus pies.

Estudié la pequeña asamblea con cuidado y, con una risa de sorpresa, reconocí a la mujer de cabellos dorados.

—Los amigos de Carine fueron una gran fuente de inspiración para Francesco Solimena. A menudo los representaba como dioses —rio entre dientes—. Sulpicia, Marco y Athenodora —dijo conforme iba señalando a los otros tres—, los patrones nocturnos de las artes.

La primera mujer y el hombre tenían el cabello negro, la segunda mujer tenía el pelo rubio claro. Todos vestían túnicas de intensos colores, mientras que Carine estaba pintada de blanco.

—¿Qué me dices de esa? —pregunté, señalando a una chica pequeña y vulgar con el cabello castaño claro y vestida con prendas marrones. Estaba de rodillas, colgando de las faldas de la otra mujer: la mujer del complicado peinado de rizos negros.

—Mele —dijo—. Una sirvienta, supongo que podríamos llamarla así. La pequeña ladrona de Sulpicia.

—¿Qué fue de ellos? —pregunté en voz alta, con la yema de los dedos inmóvil en el aire a un centímetro de las figuras de la tela.

—Siguen ahí, como llevan haciendo desde hace quién sabe cuántos milenios —se encogió de hombros—. Carine solo estuvo entre ellos por un breve lapso de tiempo, apenas unas décadas. Admiraba su amabilidad y su refinamiento, pero persistieron en su intento de curarle de aquella aversión a su «fuente natural de alimentación». Ellos intentaron persuadirla y ella a ellos, en vano. Llegados a ese punto, Carine decidió probar suerte en el Nuevo Mundo. Soñaba con hallar a otros como ella. Ya sabes, estaba muy sola.

»Transcurrió mucho tiempo sin que encontrara a nadie, pero podía interactuar entre los confiados humanos como si fuera uno de ellos porque los monstruos se habían convertido en tema para los cuentos de hadas. Comenzó trabajando como enfermera. Aunque sus conocimientos y habilidades superaban los de un cirujano de la época, al ser mujer, nunca la aceptarían en otro puesto. Hizo todo lo que pudo para salvar a los pacientes de médicos menos experimentados cuando nadie la veía. Pero rehuía el ansiado compañerismo al no poderse arriesgar a un exceso de confianza.

»Trabajaba por las noches en un hospital de Chicago cuando golpeó la pandemia de gripe. Le había estado dando vueltas durante varios años y casi había decidido actuar. Ya que no encontraba un compañero, lo crearía; pero dudaba de qué partes de su transformación era estrictamente necesario repetir, y cuáles habían sido simplemente capricho de su sádico creador, así que no estaba muy segura. Además, se había jurado no arrebatar la vida de nadie de la misma manera que se la habían robado a ella. Estaba en ese estado de ánimo cuando me encontró. No había esperanza para mí. Me habían dejado en la sala de los moribundos. Había asistido a mis padres, por lo que sabía que estaba sola en el mundo, y decidió intentarlo…

Ahora, cuando dejó la frase inacabada, su voz era apenas un susurro. Se quedó mirando al vacío a través de las altas ventanas. Me pregunté qué imágenes ocuparían su mente en ese instante, ¿los recuerdos de Carine o los suyos? Esperé.

Sonreía levemente cuando se volvió hacia mí.

—Y así es como se cerró el círculo.

—Entonces, ¿siempre has estado con Carine?

—Casi siempre.

Me cogió la mano de nuevo y me arrastró con ella al pasillo. Me volví a mirar los cuadros de la pared que ya se perdían de mi vista, preguntándome si alguna vez llegaría a oír el resto de las historias.

Edythe no dijo nada mientras caminábamos hacia el vestíbulo, de modo que pregunté:

—¿Casi?

Suspiró, hizo un mohín y me miró con el rabillo del ojo.

—No quieres contestar, ¿verdad? —dije.

—No fue mi mejor momento.

Empezamos a subir otro tramo de escaleras.

—Puedes contarme cualquier cosa.

Se detuvo cuando llegamos a lo alto de las escaleras y se me quedó mirando a los ojos durante unos segundos.

—Supongo que te lo debo. Deberías saber quién soy.

Tuve la sensación de que lo que estaba diciendo en aquel momento estaba estrechamente relacionado con lo que había dicho antes sobre que

saldría corriendo y dando alaridos. Puse una expresión neutra y me preparé.

Inspiró hondo.

—Bueno, tuve el típico brote de rebeldía adolescente unos diez años después de… nacer… o convertirme, como prefieras llamarlo. No me resignaba a llevar su vida de abstinencia y estaba resentida con ella por refrenar mi sed, por lo que me marché a seguir mi camino durante un tiempo.

—¿De verdad?

Aquello no me sorprendió como ella pensaba que lo haría. Solo aumentó mi curiosidad.

—¿No te causa repulsión?

—No.

—¿Por qué no?

—Supongo que… suena razonable.

Soltó una seca carcajada y empezó caminar lentamente mientras de nuevo tiraba de mí en dirección a un vestíbulo parecido al que había en el piso de abajo.

—Gocé de la ventaja de saber qué pensaban todos cuantos me rodeaban, fueran humanos o no, desde el momento de mi renacimiento. Esa fue la razón por la que tardé diez años en desafiar a Carine… Podía leer su absoluta sinceridad y comprender la razón de su forma de vida.

»Apenas tardé unos pocos años en volver a su lado y comprometerme de nuevo con su visión. Creí poderme librar de los remordimientos de conciencia, ya que podía dejar a los inocentes y perseguir solo a los malvados al conocer los pensamientos de mis presas. Si seguía a un asesino hasta un callejón oscuro donde acosaba a una chica, si la salvaba, en ese caso no sería tan terrible.

Intenté imaginar lo que describía. ¿Qué aspecto habría tenido, caminando silenciosa y pálida entre las sombras? ¿Qué habría pensado el asesino al verla, perfecta, hermosa, sobrehumana? ¿Habría sabido cómo sentir miedo?

—Pero con el paso del tiempo comencé a verme como un monstruo. No podía rehuir la deuda de haber tomado demasiadas vidas, sin importar

cuánto se lo merecieran, y regresé con Carine y Earnest. Me acogieron como a una hija pródiga. Era más de lo que merecía.

Nos habíamos detenido frente a la última puerta del vestíbulo.

—Mi habitación —me informó al tiempo que abría la puerta y me hacía pasar.

Su habitación tenía vistas al sur y una ventana del tamaño de la pared, igual que en el gran recibidor del primer piso. Toda la parte posterior de la casa debía de ser de vidrio. La vista daba al meandro que describía el río Sol Duc antes de cruzar el bosque intacto que llegaba hasta la cordillera de Olympic Mountain.

La pared de la cara oeste estaba totalmente cubierta por una sucesión de estantes repletos de CD. El cuarto de Edythe estaba mejor surtido que una tienda de música. En el rincón había un sofisticado aparato de música, de un tipo que no me atrevía a tocar por miedo a romperlo. No había ninguna cama, solo un sofá de cuero negro. Una gruesa alfombra de tonos dorados cubría el suelo y las paredes estaban tapizadas de tela de un tono ligeramente más oscuro.

—¿Para conseguir una buena acústica? —aventuré.

Edythe rio y asintió con la cabeza.

Tomó un mando a distancia y encendió el equipo, la suave música de *jazz*, pese a estar a un volumen bajo, sonaba como si el grupo estuviera con nosotros en la habitación. Me fui a mirar su alucinante colección de música.

—¿Cómo los clasificas? —pregunté al sentirme incapaz de encontrar un criterio para el orden de los títulos.

—Esto… Por año, y luego por preferencia personal dentro de ese año —contestó con aire distraído.

Al darme la vuelta, la vi mirarme con una expresión que no fui capaz de identificar.

—¿Qué ocurre?

—Contaba con sentirme aliviada después de habértelo explicado todo, de no tener secretos para ti, pero no esperaba sentir más que eso. Me gusta —se encogió de hombros al tiempo que sonreía—. Me hace feliz.

—Me alegro.

Le devolví la sonrisa. Me preocuparía que se arrepintiera de haberme contado todo aquello. Era bueno saber que no era el caso.

Pero, entonces, mientras sus ojos estudiaban mi expresión, su sonrisa se apagó y sus cejas se unieron, ceñudas.

—Aún sigues esperando que salga huyendo —supuse—, gritando espantado, ¿verdad?

Reprimió una sonrisa y asintió.

—Lamento estropearte la ilusión, pero no inspiras tanto miedo —dije con toda naturalidad—: De verdad que no soy capaz de imaginarme teniéndote miedo.

Arqueó las cejas con manifiesta incredulidad y una sonrisa recorrió lentamente su rostro.

—Probablemente no deberías haber dicho eso.

Entonces, gruñó, un sordo gruñido gutural que surgía del fondo de su garganta y no sonaba humano en absoluto. Su sonrisa se ensanchó hasta que se transformó en un catálogo de dientes. Su cuerpo cambió, se había agachado, con la espalda estirada y curva, como un gato a punto de saltar.

—Hmm… ¿Edythe?

No la vi atacarme, fue demasiado rápida. Ni siquiera entendía qué estaba pasando. Durante medio segundo me encontré en el aire y la habitación daba vueltas a mi alrededor, del revés y luego de nuevo del derecho. No noté tampoco el aterrizaje, pero de repente estaba con la espalda apoyada en el sofá negro y Edythe estaba sobre mí, con las rodillas presionando mis muslos y las manos sosteniendo firmemente ambos lados de mi cabeza para que no pudiera moverme, y sus dientes, a la vista, a escasos centímetros de mi cara. Emitió otro suave sonido que era mitad rugido mitad ronroneo.

—Guau —jadeé.

—¿Qué era lo que decías? —preguntó.

—Hmm… ¿Que eres un monstruo realmente aterrador?

—Mucho mejor —rio con malicia.

—Y que estoy absolutamente enamorado de ti.

Su rostro se suavizó y los ojos se le ensancharon. La había vuelto a pillar con la guardia baja.

—Beau —susurró.

—¿Se puede? —preguntó una voz que parecía proceder del vestíbulo.

Di un respingo, y seguramente habría golpeado mi frente contra la de Edythe si ella no hubiera sido muchísimo más rápida que yo. En otra fracción de segundo, me levantó de modo que yo quedé sentado en el sofá y ella estaba a mi lado, apoyando sus piernas sobre las mías.

Archie estaba en la puerta, y Jessamine detrás de él, en el vestíbulo. La rojez empezó a trepar por mi cuello, pero Edythe estaba completamente tranquila.

—Por favor —le dijo a Archie.

Archie no pareció pensar que estuviéramos haciendo nada inusual. Caminó hacia el centro del cuarto y se dobló para sentarse sobre el suelo con un movimiento tan grácil que casi parecía irreal. Jessamine se quedó en la puerta y, a diferencia de Archie, parecía un poco sorprendida. Clavó los ojos en el rostro de Edythe y me pregunté qué estaría percibiendo en la habitación.

—Parecía que te ibas a almorzar a Beau —anunció Archie—, y veníamos a ver si lo podíamos compartir.

Me puse rígido hasta que me percaté de la gran sonrisa de Edythe. No sabría decir si se debía al comentario de Archie o a mi reacción.

—Lo siento. No tengo ganas de compartir —replicó pasando un brazo alrededor de mi cuello con un gesto que indicaba posesión.

Archie se encogió de hombros.

—Es comprensible.

—De hecho —dijo Jessamine, dando un paso vacilante para entrar en la habitación—, Archie anuncia una gran tormenta para esta noche y Eleanor quiere jugar a la pelota. ¿Te apuntas?

Las palabras eran bastante normales, pero no entendía el contexto; parecía que estaban diciendo que Archie era más fiable que el hombre del tiempo.

Los ojos de Edythe se iluminaron, pero aun así vaciló.

—Traerías a Beau, por supuesto —añadió Archie. Había creído atisbar la rápida mirada que Jessamine le lanzaba.

—¿Quieres ir? —me preguntó Edythe.

—Claro —su expresión denotaba tal entusiasmo que habría accedido a cualquier cosa—. Eh, ¿adónde vamos?

—Hemos de esperar a que truene para jugar, ya verás la razón —me prometió.

—¿Necesitaré un paraguas?

Los tres rompieron a reír estrepitosamente.

—¿Lo va a necesitar? —preguntó Jessamine a Archie.

—No —Archie parecía seguro—. La tormenta va a descargar sobre el pueblo. El claro del bosque estará bastante seco.

—Perfecto —dijo Jessamine, y el entusiasmo de su voz fue, como era de esperar, contagioso. Yo mismo me estaba empezando a emocionar con la idea, y eso que ni siquiera sabía qué era.

—Llamemos a Carine y preguntémosle si se apunta —dijo Archie, y se levantó con otro de aquellos movimientos fluidos que me hizo quedarme mirándolo.

—Como si no lo supieras —le pinchó Jessamine, y entonces, ambos se marcharon.

—Entonces… ¿a qué vamos a jugar? —pregunté.

—Tú vas a mirar —aclaró Edythe—. Nosotros jugaremos al béisbol.

La miré con escepticismo.

—¿A los vampiros les gusta el béisbol?

—Es el pasatiempo americano —me sonrió.

EL PARTIDO

Apenas había comenzado a llover cuando Edythe dobló la esquina para entrar en mi calle. Hasta ese momento, no había albergado duda alguna de que me acompañaría las pocas horas hasta el partido que iba a pasar en el mundo real.

Entonces vi el coche negro, un sedán desvencijado, aparcado en el camino de entrada a la casa de Charlie, y oí a Edythe mascullar algo, enfurecida, en voz muy baja.

Jules Black estaba de pie detrás de la silla de ruedas de su madre, al abrigo de la lluvia, debajo del estrecho saliente del porche. El rostro de Bonnie se mostraba tan impasible como la roca mientras Edythe aparcaba la camioneta en el bordillo. Jules clavaba la mirada en el suelo; parecía mortificada.

—Esto… —la voz baja de Edythe sonaba furiosa—. Esto es pasarse de la raya.

—¿Han venido a avisar a Charlie? —aventuré, más horrorizado que enfadado.

Edythe se limitó a asentir, respondiendo con los ojos entornados a la mirada de Bonnie.

Al menos Charlie no había llegado aún. Tal vez estuviéramos a tiempo de evitar el desastre.

—Déjame arreglarlo a mí —sugerí. La mirada llena de odio de Edythe parecía demasiado… seria.

Me sorprendió que accediera.

—Quizá sea lo mejor, pero, de todos modos, ten cuidado. La niña no sabe nada.

—¿Niña? Sabes que Jules no es mucho más joven que yo, ¿verdad?

Entonces, me miró, y su ira desapareció. Me sonrió.

—Sí, ya lo sé.

Suspiré.

—Haz que entren a la casa para que me pueda ir —me dijo—. Volveré hacia el atardecer.

—Puedes llevarte el coche, si quieres —ofrecí.

Edythe puso los ojos en blanco.

—Puedo llegar a casa mucho más rápido de lo que puede llevarme este coche.

No quería que se marchara.

—No tienes por qué irte.

Me acarició el ceño fruncido y sonrió.

—He de hacerlo —fulminó a las Black con la mirada—. Una vez que te libres de ellas, debes preparar a Charlie para presentarle a tu nueva novia.

Se rio de la cara que puse: supongo que se dio cuenta de lo muchísimo que me emocionaba la idea.

No es que no quisiera que Charlie supiera lo de Edythe. Sabía que le caían bien los Cullen y, ¿cómo no iba a gustarle Edythe? Probablemente se mostraría impresionado… quizá incluso hasta niveles insultantes. Pero me daba la sensación de que era intentar forzar demasiado mi suerte. Intentar bajar aquella fantasía, que casi era demasiado buena para ser verdad, al lodazar de la aburrida vida mundana parecía poco prudente. ¿Cómo podrían coexistir ambas realidades a largo plazo?

—Volveré pronto —me prometió.

Sus ojos volaron de nuevo al porche y entonces se acercó rápidamente para posar sus labios contra el costado de mi cuello. Mi corazón me empezó a dar brincos entre las costillas mientras yo también echaba una mirada al porche. El rostro de Bonnie ya no estaba tan impasible, y sus manos se aferraban a los brazos de la silla.

—*Pronto* —repetí, al abrir la puerta y saltar hacia la lluvia.

Podía sentir sus ojos en mi espalda conforme corría hacia el porche.

—Hola, Bonnie. Hola, Jules —las saludé con todo el entusiasmo del que fui capaz—. Charlie se ha marchado para todo el día, espero que no llevéis esperándole mucho tiempo.

—No mucho —contestó Bonnie con tono apagado; sus ojos oscuros me traspasaron—. Solo queríamos traerle esto —señaló la bolsa de papel marrón que llevaba en el regazo.

—Gracias —dije automáticamente, aunque no tenía idea de qué podía ser—. ¿Por qué no entráis un momento y os secáis?

Intenté fingir que no me percataba del intenso escrutinio de Bonnie mientras abría la puerta y les hacía señas para que me siguieran.

—Dámelo —le ofrecí mientras me giraba para cerrar la puerta. Intercambié una última mirada con Edythe, que estaba completamente inmóvil mientras esperaba y con ojos serios.

—Deberías ponerlo en el frigorífico —me recomendó Bonnie mientras me tendía la bolsa—. Es pescado frito casero de Holly Clearwater, el favorito de Charlie. En el frigorífico estará más seco.

—Gracias —repetí con mayor efusividad—. Ando en busca de nuevas recetas para el pescado y seguro que traerá más esta noche a casa.

—¿Se ha ido de pesca otra vez? —preguntó Bonnie. De repente, parecía muy interesada—. ¿Allí abajo, donde siempre? Quizá me acerque a saludarlo.

—No —mentí rápidamente—. Se ha ido a un sitio nuevo…, y no tengo ni idea de dónde está.

Se me quedó mirando con los ojos entornados. Se me notaba a la legua siempre que intentaba mentir.

—Julie —dijo sin quitarme ojo de encima—. ¿Por qué no vas al coche y traes el nuevo cuadro de Aaron? Se lo dejaré a Charlie también.

—¿Dónde está? —preguntó Jules, con voz apagada.

La miré, pero tenía la vista fija en el suelo, con sus negras cejas unidas en un gesto contrariado.

—Creo haberlo visto en el maletero, a lo mejor tienes que rebuscar un poco —dijo Bonnie.

Julie se encaminó hacia la lluvia con paso marcial.

Bonnie y yo nos encaramos en silencio. Después de unos segundos, el silencio se hizo embarazoso, por lo que me dirigí hacia la cocina. Oí el chirrido de las ruedas mojadas de su silla mientras me seguía.

Le hice hueco a la bolsa dentro del estante más alto del frigorífico y me volví para enfrentarme a aquellos ojos que indagaban en los míos.

—Charlie no va a volver hasta dentro de un buen rato —espeté con tono casi grosero.

Bonnie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Gracias otra vez por el pescado frito —repetí.

Continuó asintiendo, yo suspiré y me apoyé en la encimera.

—Beau —comenzó, y luego dudó.

Esperé.

—Beau —volvió a decir—, Charlie es uno de mis mejores amigos.

—Sí.

—Me he dado cuenta de que estás con una de los Cullen.

Pronunció cada palabra cuidadosamente, con su voz cavernosa.

—Sí —repetí.

Sus ojos se achicaron.

—Quizá no sea asunto mío, pero no creo que sea una buena idea.

—Llevas razón —concordé con ella—, no es asunto tuyo.

Arqueó sus tupidas cejas al escuchar mi tono de voz.

—Tal vez lo ignores, pero la familia Cullen goza de mala reputación en la reserva.

—La verdad es que estaba al tanto —le expliqué con voz seca; aquello la sorprendió—. Sin embargo, esa reputación podría ser inmerecida, ¿no? Que yo sepa, los Cullen nunca han puesto el pie en la reserva, ¿o sí?

Me percaté de que se detenía en seco ante la escasa sutileza de mi alusión al acuerdo que vinculaba y protegía a su tribu.

—Es cierto —admitió, mirándome con prevención—. Pareces… bien informado sobre los Cullen, más de lo que esperaba.

—Quizá incluso más que tú —dije, mirándola desde mi altura.

Frunció los gruesos labios mientras lo encajaba.

—Podría ser —concedió, aunque un brillo de astucia iluminaba sus ojos —. ¿Está Charlie tan bien informado?

Había encontrado el punto débil de mi defensa.

—A Charlie le gustan mucho los Cullen —declaré. Ella percibió con claridad mi movimiento evasivo. No parecía muy satisfecha, pero tampoco sorprendida.

—O sea, que no es asunto mío —dijo—, pero quizá sí de Charlie.

—Si creo que incumbe o no a mi padre, también es solo asunto mío. ¿De acuerdo?

Me pregunté si habría captado la idea a pesar de mis esfuerzos por embarullarlo todo y no decir nada comprometedor. Parecía que sí. La lluvia repiqueteaba sobre el tejado, era el único sonido que rompía el silencio mientras Bonnie reflexionaba sobre el tema.

—Sí —se rindió finalmente—. Me imagino que es asunto tuyo.

—Gracias, Bonnie —suspiré aliviado.

—Piensa bien lo que haces, Beau —me urgió.

—Vale —respondí con rapidez.

Volvió a fruncir el ceño.

—Lo que quería decir es que dejaras de hacer lo que haces.

La miré a los ojos, llenos de sincera preocupación por mí, y no se me ocurrió ninguna contestación.

La puerta se abrió de un fuerte golpe.

A Jules la precedió su voz quejumbrosa:

—No había ninguna pintura en el coche.

Apareció por la esquina de la cocina con los hombros mojados por la lluvia y el largo cabello chorreante.

—Hmm —gruñó Bonnie, separándose de mí súbitamente y girando la silla para encarar a su hija—. Supongo que me lo dejé en casa.

—Estupendo.

Julie levantó los ojos al cielo de forma teatral.

—Bueno, Beau, dile a Charlie… —Bonnie se detuvo antes de continuar — que hemos pasado por aquí, ¿sí?

—Lo haré —murmuré.

Jules estaba sorprendida.

—¿Pero nos vamos ya?

—Charlie va a llegar tarde —explicó Bonnie, al tiempo que hacía rodar las ruedas de la silla y sobrepasaba a Jules.

—Vaya —Jules parecía molesta—. Bueno, entonces supongo que ya te veré otro día, Beau.

—Claro —afirmé.

—Ten cuidado —me advirtió Bonnie; no le contesté.

Julie ayudó a su madre a salir por la puerta. Las despedí con un ligero movimiento del brazo mientras contemplaba mi coche, ahora vacío, con atención. Cerré la puerta antes de que desaparecieran de mi vista.

Y entonces me quedé sin otra cosa que hacer que esperar. Después de un par de segundos de estar contemplando la cocina vacía, suspiré y empecé a limpiar. Al menos así mantendría las manos ocupadas… aunque mis pensamientos no tanto. Ahora que estaba lejos de la influencia de Jessamine, pude estresarme por la invitación que había aceptado. ¿Cómo de difícil sería? Edythe había dicho que no tendría que jugar. Intenté convencerme de que todo iba a ir bien mientras restregaba con demasiada fuerza.

Estaba a punto de terminar con el baño cuando por fin oí el coche de Charlie en la entrada. Coloqué los productos de limpieza en orden alfabético debajo del lavabo mientras lo escuchaba entrar por la puerta y empezar a dar golpetazos debajo de las escaleras al tiempo que colocaba sus aparejos.

—¿Beau? —me llamó.

—Hola, papá —le grité a mi vez.

Cuando bajé las escaleras, se estaba limpiando las manos en el fregadero.

—¿Dónde está el pescado?

—Ya lo he puesto a congelar.

—Voy a sacar un poco antes de que se congele. Bonnie trajo pescado frito del de Holly Clearwater esta tarde —intenté sonar alegre.

—Ah, ¿eso hizo? —los ojos de Charlie se iluminaron—. Es mi favorito.

Se lavó mientras yo preparaba la cena. No pasó mucho tiempo antes de que nos sentáramos a la mesa a cenar en silencio. Era evidente que Charlie

disfrutaba de su comida, y yo me preguntaba cómo demonios iba a sacar el tema de mi nueva… novia.

—¿Qué has hecho hoy? —me preguntó, sacándome bruscamente de mis pensamientos.

—Bueno, esta tarde anduve de aquí para allá por la casa —en realidad, solo había sido la última parte de la tarde. Intenté mantener mi voz animada, pero sentía un vacío en el estómago—. Y esta mañana me pasé por casa de los Cullen.

Charlie dejó caer el tenedor.

—¿La casa de la doctora Cullen? —inquirió atónito.

Hice como que no me había dado cuenta de su reacción.

—Sí.

—¿A qué fuiste allí?

Aún no había levantado su tenedor.

—Bueno, tenía una especie de cita con Edythe Cullen esta noche, y ella quería presentarme a sus padres…

Se me quedó mirando como si acabara de anunciarle que me había pasado el día asaltando licorerías.

—¿Qué pasa, papá? ¿No me habías dicho que querías que socializara?

Parpadeó un par de veces y recogió el tenedor.

—Sí, supongo que sí —tomó otro bocado, masticó lentamente y tragó —. Pero ¿no me habías dicho que ninguna de las chicas del pueblo era tu tipo?

—Yo no dije eso, lo dijiste tú.

—No te pongas picajoso conmigo, hijo, ya sabes a qué me refiero. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Estaba siendo demasiado entrometido?

—No, papá, es solo que… Bueno, todo esto es bastante nuevo para mí, ¿vale? No quería gafarlo.

—Ah —lo meditó un momento mientras tomaba un nuevo bocado—. Así que has ido a conocer a sus padres, ¿eh?

—Esto…, sí. Bueno, ya conocía a la doctora Cullen. Pero también he conocido a su padre.

—Earnest Cullen es estupendo. Muy callado pero muy… Supongo que amable es la palabra que mejor lo define.

—Sí, me he dado cuenta.

—Así que conociendo a los padres… ¿Eso no es un poco serio? ¿Significa eso que es tu novia?

—Sí.

No había sido tan difícil como había pensado que sería. Experimenté un extraño sentimiento de orgullo al poder reclamarla para mí de aquella manera. Un comportamiento de rey de los neandertales por mi parte, pero no lo pude evitar.

—Sí, es mi novia.

—Guau.

—Y que lo digas.

—¿A mí también me la vas a presentar?

Enarqué una ceja.

—¿Te vas a comportar?

Alzó ambas manos.

—¿Quién, yo? ¿Alguna vez te he dejado en ridículo?

—¿Alguna vez te he traído una chica a casa?

Charlie resopló y luego cambió de tema.

—¿Cuándo vas a ir a recogerla?

—Hmm, en realidad he quedado con ella aquí. Así que… sí que te la voy a presentar. De hecho, no creo que tarde en llegar.

—¿Adónde la vas a llevar?

—Pues… creo que el plan es ir a jugar al béisbol con su familia.

Charlie se me quedó mirando un segundo y luego se echó a reír. Yo puse los ojos en blanco y esperé a que se le pasara. Pasado un rato, hizo como que se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Espero que te hayas quedado a gusto.

—¿Al béisbol, eh? Pues sí que tiene que gustarte esa chica.

Consideré limitarme a ignorar el comentario, pero supuse que, de todas maneras, se iba a dar cuenta.

—Sí —dije—. La verdad es que sí.

Escuché el rugido de un motor que no me resultaba familiar y alcé la vista, sorprendido.

—¿Es ella?

—Tal vez…

Unos segundos después, sonó el timbre y Charlie se incorporó de un salto. Yo le rodeé corriendo y llegué antes que él a la puerta.

—¿Eres un poco mandón, no? —murmuró en voz muy baja.

No me había dado cuenta de que fuera caían chuzos de punta. Edythe estaba de pie, aureolada por la luz del porche, con el mismo aspecto de una modelo en un anuncio de impermeables.

Escuché cómo Charlie contenía la respiración de puro asombro. Me preguntaba si alguna vez la habría visto tan de cerca. Resultaba bastante desconcertante… incluso cuando estabas acostumbrado.

Yo me limité a quedarme mirándola, atónito.

Ella rio.

—¿Puedo entrar?

—¡Sí! Por supuesto —me aparté de su camino de un salto, golpeando a Charlie en el proceso.

Tras unos segundos de ir dando tumbos por la casa, conseguí colgar su chaqueta y que tanto ella como Charlie se sentaran en la sala de estar. Ella se sentó en el sillón, así que yo ocupé un lugar junto a Charlie en el sofá.

—Bueno, Edythe, ¿cómo están tus padres?

—Muy bien, gracias, jefe Swan.

—Puedes llamarme Charlie. No estoy de servicio.

—Gracias, Charlie.

Edythe desplegó sus hoyuelos y mi padre se quedó pasmado.

Tardó un segundo en reponerse.

—Entonces, mmm… ¿Vais a jugar al béisbol esta noche?

A ninguno pareció ocurrírsele que el agua que caía del cielo a cubos en aquel momento pudiera tener ninguna repercusión en nuestros planes. Cosas que solo pasan en Washington.

—Sí. Espero que a Beau no le importe mucho que vayamos con mi familia.

—Yo hubiera dicho que le iba a importar más ir a ver un partido de béisbol —saltó, antes de que yo pudiera responder.

Ambos rieron, pero yo clavé la mirada en mi padre. ¿De verdad le parecía que eso era comportarse?

—¿No deberíamos irnos? —sugerí.

—No tenemos prisa —dijo Edythe con una sonrisa pícara.

Yo le di un pequeño codazo a Charlie. La sonrisa de Edythe se ensanchó.

—Ah, eh, sí —dijo Charlie—. Chicos, id yendo. Yo tengo… un montón de cosas que hacer…

Edythe se puso de pie con un movimiento ágil.

—Ha sido muy agradable conocerte, Charlie.

—Sí. Ven a vernos cuando quieras, Edythe.

—Gracias, eres muy amable.

Charlie se pasó una mano por el pelo, cohibido. Creo que nunca le había visto tan nervioso.

—¿Vais a salir hasta muy tarde, chicos?

Yo la miré.

—No, volveremos a una hora razonable.

—Pero no me esperes despierto —añadí.

Le tendí a Edythe su chaqueta y luego le abrí la puerta. Cuando la cruzó, Charlie me dedicó una mirada desorbitada. Yo me encogí de hombros y enarqué las cejas. Tampoco tenía ni idea de cómo había tenido tanta suerte.

La seguí hasta el porche y, entonces, me paré en seco.

Allí, detrás de mi coche, había un Jeep gigantesco. Las llantas me llegaban por la cintura, protectores metálicos recubrían las luces traseras y delanteras, además de llevar cuatro enormes faros antiniebla sujetos al guardabarros. El techo era de color rojo brillante.

Charlie dejó escapar un silbido por lo bajo.

—Poneos los cinturones —advirtió.

Me acerqué a abrirle la puerta del conductor a Edythe. Estuvo dentro con un efectivo saltito, aunque me alegré de que el Jeep estuviera justo en la punta opuesta de donde se encontraba Charlie, porque no había resultado del todo natural. Luego fui a mi lado y trepé sin ninguna gracilidad a mi asiento. Ella ya había encendido el motor y reconocí el rugido que me había sorprendido antes. No era tan alto como el de mi camioneta, pero parecía mucho más potente.

Por costumbre, busqué el cinturón: Edythe no iba a empezar a conducir hasta que no me lo hubiera abrochado.

—¿Qué, eh, es todo esto? ¿Cómo?

—Un arnés para conducir campo a traviesa.

—Hmm.

Intenté encontrar los sitios donde se tenían que enganchar todas aquellas hebillas, pero no iba demasiado deprisa. Y entonces sus manos vinieron al rescate, moviéndose a una velocidad apenas perceptible, y desaparecieron de nuevo.

Me alegraba de que la lluvia fuera tan espesa como para que no pudiéramos distinguir a Charlie con claridad en el porche. Eso quería decir que él tampoco podía vernos bien.

—Esto, gracias.

—De nada.

Sabía que no merecía la pena preguntar si se iba a abrochar su arnés.

Nos alejamos de la casa.

—Esto es… mmm… ¡Vaya pedazo de Jeep que tienes!

—Es de Eleanor. Me lo ha prestado para que no tuviéramos que correr todo el camino.

—¿Dónde guardáis este tanque?

—Hemos remodelado uno de los edificios exteriores para convertirlo en garaje.

De repente, caí en la cuenta del significado de su primera respuesta.

—Espera. ¿Correr todo el camino? O sea, ¿que una parte sí que la vamos a hacer corriendo? —exigí saber.

Frunció los labios como si estuviera intentando reprimir una sonrisa.

—No serás tú quien corra.

—Voy a vomitar delante de tu familia —rezongué.

—Si cierras los ojos, seguro que estarás bien.

Sacudí la cabeza, suspiré y estiré la mano para alcanzar la suya.

—Hola. Te he echado de menos.

Ella rio, y su risa era una experiencia emocionante, no muy humana.

—Yo también te he echado de menos. ¿No es raro?

—Raro, ¿por qué?

—Pensaba que había aprendido a ser más paciente en los últimos cien años. Pero aquí estoy, sintiendo que es muy difícil pasar una tarde separada de ti.

—Me alegro de no ser el único.

Se inclinó para besarme la mejilla y entonces se apartó rápidamente y suspiró.

—Hueles aún mejor bajo la lluvia.

—Pero ¿bien o mal?

Frunció el ceño.

—Siempre de las dos maneras.

Con el diluvio —que era como una líquida cortina gris que envolvía el Jeep—, no sé cómo podía orientarse, pero de algún modo llegamos a una carretera secundaria, que era más bien un camino forestal. La conversación resultó imposible durante un buen rato, dado que yo iba rebotando arriba y abajo en el asiento como un martillo pilón. Sin embargo, Edythe parecía disfrutar del paseo, ya que no dejó de sonreír en ningún momento.

Y entonces fue cuando llegamos al final de la carretera; los árboles formaban grandes muros verdes en tres de los cuatro costados del Jeep. La lluvia se había convertido en llovizna poco a poco y el cielo brillante asomaba entre las nubes.

—Lo siento, Beau, pero desde aquí tenemos que ir a pie.

—¿Sabes qué? Que casi mejor te espero aquí.

—Pero ¿qué le ha pasado a tu coraje? Estuviste genial esta mañana.

—Todavía no se me ha olvidado la última vez.

Parecía increíble que aquello solo hubiera sucedido ayer. Se acercó tan rápidamente a mi lado del coche que apenas pude apreciar una imagen borrosa. Empezó a desatarme el arnés.

—Ya los suelto yo; tú, vete —protesté en vano.

Antes de que pudiera pronunciar la última palabra, ya había terminado.

Me quedé sentado en el coche, mirándola.

—¿No confías en mí? —me preguntó, dolida o, al menos, haciendo como que lo estaba. Esa fue la impresión que me dio.

—Ese no es el problema. La confianza y la tendencia a marearse no tienen absolutamente ninguna relación.

Se me quedó mirando durante un minuto, y yo empecé a sentirme idiota allí sentado en el Jeep, pero lo único en lo que podía pensar era en el que había sido el paseo en montaña rusa más mareante de mi vida.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre que la mente domina la materia? —me preguntó.

—Sí…

—Tal vez si te concentraras en otra cosa…

—¿Como qué?

De repente, se metió en el Jeep conmigo, con una rodilla apoyada en el asiento que había junto a mi pierna y las manos apoyadas en mis hombros. Su rostro quedaba a unos centímetros de distancia. Experimenté un levísimo paro cardíaco.

—No dejes de respirar —me indicó.

—¿Cómo?

Ella sonrió, y luego volvió a adoptar una expresión seria.

—Cuando estemos corriendo, y sí, me temo que esa parte no es negociable, quiero que te concentres en esto.

Se acercó a mí muy lentamente y ladeó la cara para que nuestras mejillas se tocaran, posando sus labios contra mi oreja. Una de sus manos se deslizó por mi pecho hacia mi cintura.

—Solo tienes que pensar en nosotros… Así…

Sus labios tironearon suavemente del lóbulo de mi oreja y se desplazaron muy despacio por mi mandíbula, descendiendo a continuación por mi cuello.

—Respira, Beau —murmuró.

Aspiré una honda bocanada, haciendo mucho ruido.

Me besó en el borde de la mandíbula, y luego en el pómulo.

—¿Sigues preocupado?

—¿Eh?

Ella rio para sí. Ahora sus manos sostenían mi rostro, y me besó delicadamente primero un párpado y luego el otro.

—Edythe —jadeé.

Entonces, sus labios se abalanzaron sobre los míos, y no fueron tan delicados y precavidos como lo habían sido hasta aquel momento. Se

movían con urgencia, firmes y gélidos y, aunque sabía que no debía, no era capaz de pensar con la suficiente coherencia como para tomar las decisiones adecuadas. No fui consciente de haber ordenado a mis manos que se movieran, pero mis brazos envolvieron su cintura, tratando de acercarla a mí. Mi boca se movía al ritmo de la suya y yo boqueaba para tomar aire, aspirando su aroma con cada aliento.

—¡Maldita sea, Beau!

Y entonces desapareció, desligándose con gran facilidad de mi abrazo y, cuando parpadeé para volver a la realidad, la vi de pie a tres metros de mí fuera del coche.

—Lo siento —jadeé.

Ella me miró con recelo, con unos ojos tan enormes que el blanco destacaba contra el dorado. Estuve a punto de sufrir una caída muy ridícula del coche al bajar, y entonces di un paso hacia ella.

—Eres mi perdición, Beau, te juro que lo eres —dijo en voz baja.

Yo me quedé paralizado.

—¿Qué?

Inspiró hondo y, entonces, se colocó a mi lado.

—Será mejor que salgamos de aquí rápido antes de que cometa alguna estupidez de verdad —murmuró.

Me dio la espalda y me miró por encima del hombro con expresión de: «Súbete».

Y, ahora, ¿cómo se suponía que iba a negarme? Sintiéndome de nuevo como un gorila, solo que más ridículo incluso que antes, me encaramé a su espalda.

—Mantén los ojos cerrados —me advirtió, y empezó a correr.

Me obligué a cerrar los ojos, intentando no pensar en la velocidad del viento que comprimía la piel del rostro contra el cráneo. Pero, aparte de por eso, me costaba creer que estuviéramos volando por el bosque como habíamos hecho antes. El movimiento de su cuerpo era tan suave que igual hubiera podido estar dando un paseo por la acera… con un gorila encaramado a la espalda. Inspiraba y espiraba acompasadamente.

No estuve completamente seguro de que habíamos parado hasta que no alzó el brazo hacia atrás y me tocó la cara.

—Ya pasó, Beau.

Abrí los ojos y era cierto, ya nos habíamos detenido. Con las prisas, al bajarme de su espalda perdí el equilibrio. Se dio la vuelta justo a tiempo para contemplar cómo caía al suelo de culo, agitando los brazos como un molinillo.

Se me quedó mirando un segundo como si no estuviera totalmente segura de si podía reírse a mi costa en esa situación, pero finalmente se decantó por el sí y rompió a reír a mandíbula batiente, con la cabeza echada hacia atrás y agarrándose el vientre con ambas manos.

Me levanté lentamente y me puse a limpiar el barro y los hierbajos de la parte posterior de los vaqueros lo mejor que pude mientras ella seguía carcajeándose.

—¿Sabes? Quizá lo más compasivo sería que cortaras conmigo ahora —dije, taciturno—. Con el tiempo, esto no me va a resultar más fácil.

Inspiró hondo unas cuantas veces, tratando de recobrar el control de sí misma.

Algo enganchó la parte trasera de mi suéter, y yo sonreí. Miré por encima del hombro y vi que me había agarrado del mismo modo que lo había hecho aquel día en la consulta del enfermero.

—¿Adónde vas, Beau?

—¿No se suponía que a ver un partido de béisbol?

—Es por el otro lado.

Giré sobre mí mismo.

—De acuerdo.

Me dio la mano y nos dirigimos hacia una mancha oscura en el bosque.

—Siento haberme reído.

—Yo también me habría reído.

—No, es que estaba un poco… nerviosa. Necesitaba dejarme ir.

Caminamos en silencio durante unos segundos.

—Dime al menos que ha funcionado el experimento para que la mente se imponga a la materia.

—Pues… no me he mareado.

—Ajá. ¿Pero?

—Pero no estaba pensando… en el coche. Estaba pensando en lo que ha pasado después.

Ella no dijo nada.

—Sé que ya me he disculpado, pero, de nuevo, lo siento. Aprenderé a controlarme mejor, sé que…

—Beau, para. Por favor, me haces sentir aún más culpable cuando me pides perdón.

Yo bajé la vista para mirarla. Ambos nos detuvimos.

—¿Por qué te ibas a sentir culpable?

Ella se carcajeó de nuevo, pero aquella vez sus carcajadas tenían una nota casi histérica.

—Ah, claro. ¿Por qué iba a sentirme yo culpable?

La oscuridad de sus ojos me inquietó. Había sufrimiento en ellos, y no sabía cómo hacer que desapareciera. Apoyé mi mano en su mejilla.

—Edythe, no entiendo a qué te refieres.

Ella cerró los ojos.

—Es que parece que no puedo dejar de ponerte en peligro. Creo que puedo controlarme y, entonces, vuelvo a estar otra vez tan cerca de… No sé cómo dejar de ser lo que soy —con los ojos aún cerrados, hizo un gesto para señalarse a sí misma—. Mi propia existencia ya supone un peligro para ti. Algunas veces, de verdad que me odio a mí misma. Debería ser más fuerte, debería ser capaz de…

Alcé la mano para taparle la boca.

—Para.

Abrió los ojos. Apartó mi mano de su boca y se la llevó de nuevo a la mejilla.

—Te quiero —dijo—. Es una excusa muy pobre para todo lo que te hago pasar, pero es la pura verdad.

Era la primera vez que me decía que me quería, al menos con tantas palabras. Como ella misma había dicho por la mañana, era muy distinto escucharlo en voz alta.

—Yo también te quiero —le dije cuando recobré el aliento—. Y no quiero que seas nada distinto a lo que eres.

Edythe suspiró.

—Ahora, sé un buen chico —dijo, y se puso de puntillas.

Me quedé muy quieto mientras rozaba suavemente sus labios contra los míos.

Nos quedamos mirando un minuto.

—¿Béisbol? —me preguntó.

—Béisbol —respondí, aparentando mucha más seguridad de la que sentía.

Me dio la mano y me llevó unos cuantos metros más adelante, a través de altos helechos y rodeando un enorme abeto, y de pronto nos encontramos allí, al borde de un inmenso campo abierto en la ladera de una montaña. Tenía dos veces el tamaño de un estadio de béisbol.

Allí vi a todos los demás; Earnest, Eleanor y Royal, sentados en una roca salediza, a unos cien metros. Aún más lejos, a unos cuatrocientos metros, se veía a Jessamine y Archie, que parecían estar fingiendo que se lanzaban algo, ya que no vi la bola en ningún momento. Parecía que Carine estuviera marcando las bases, pero no podía estar haciéndolo bien. Estaban demasiado separadas unas de otras.

Los tres que se encontraban sobre la roca se levantaron cuando estuvimos a la vista. Earnest se acercó hacia nosotros. Royal se alejó hacia donde Carine estaba colocando las bases. Eleanor siguió a Earnest después de echar una larga ojeada a la espalda de Royal.

Yo también estaba observando la espalda de Royal. Me ponía nervioso.

—¿Es a ti a quien hemos oído, Edythe? —preguntó Earnest.

—Sonaba como si se estuviera ahogando una hiena —aclaró Eleanor.

Sonreí tímidamente a Earnest.

—Era ella.

—Beau estaba resultando muy cómico —explicó Edythe.

Archie dejó su juego de lanzar y atrapar la pelota imaginaria y corrió hacia nosotros. En realidad era como si sus pies no tocaran el suelo. En la mitad que tarda un corazón en latir había llegado a nuestra altura y se detuvo con gran desenvoltura frente a nosotros.

—Es la hora —anunció.

El hondo estruendo de un trueno sacudió el bosque de enfrente en cuanto habló. A continuación retumbó hacia el oeste, en dirección a la

ciudad.

—Raro, ¿a que sí? —me dijo Eleanor. Cuando me volví para mirarla, sorprendido de que se mostrara tan natural conmigo, me guiñó un ojo.

—Venga, vamos…

Archie tomó a Eleanor de la mano y desaparecieron como flechas en dirección al gigantesco diamante. Archie iba casi saltando: como un ciervo, pero más cerca del suelo. Eleanor, aunque era un poco menos grácil, sin embargo le igualaba en velocidad, si bien su manera de moverse era completamente distinta. Más que saltar grácilmente, daba la sensación de que iba a la carga.

—¿Te apetece jugar una bola? —me preguntó Edythe con los ojos brillantes.

Era difícil no mostrar entusiasmo por algo que era evidente que la hacía feliz.

—¡Ve con los demás!

Rio, me pasó los dedos por el pelo y corrió tras los otros dos. Su forma de correr era más agresiva que cualquiera de las anteriores, pero igualmente elegante y sobrecogedoramente hermosa. Pronto les dio alcance y los dejó atrás.

—¿Vamos a mirar? —inquirió Earnest con su suave voz de tenor.

En ese instante, me di cuenta de que le estaba mirando boquiabierto. Rápidamente controlé mi expresión y asentí. Earnest se mantenía alejado de mí unos cuantos metros más de lo que resultaría natural entre dos personas que caminan juntas, y me imaginé que seguía actuando con cuidado para no asustarme. Acompasó su paso al mío, sin impacientarse por mi ritmo lento.

—¿No vas a jugar con ellos? —le pregunté.

—No, prefiero arbitrar; alguien debe evitar que hagan trampas y a mí me gusta.

—¿Les gusta hacer trampas?

—Oh, ya lo creo que sí, ¡tendrías que oír sus explicaciones! Bueno, espero que no sea así, de lo contrario pensarías que se han criado en una manada de lobos.

—Hablas como mi padre —reí.

Él también rio.

—Bueno, me gusta pensar en ellos como si fueran hijos míos, en más de un sentido. Nunca podré superar… —se le quebró la voz y, a continuación, tuvo que respirar hondo—. ¿No te contó Edythe que perdí a mi hija?

—Eh…, no —murmuré aturdido, esforzándome por comprender a qué periodo de su vida se estaría refiriendo.

—Mi única hija, mi pequeña Grace. Murió cuando tenía apenas dos años. Me rompió el corazón y por eso me arrojé por el acantilado, como ya sabrás —añadió en tono pausado.

—Oh, Edythe solo me dijo que te caíste…

—Ah. Edythe, siempre tan educada —sonrió—. Edythe fue la primera de mi nueva prole. Mi segunda hija. Siempre pienso en ella de ese modo, incluso aunque, en cierto modo, sea mayor que yo, y me pregunto si mi Grace se habría convertido en una persona tan asombrosa —me miró y me sonrió cálidamente—. Por eso me alegra tanto que te haya encontrado, Beau. Ha sido un bicho raro durante demasiado tiempo; me dolía verla tan sola.

—Entonces, ¿no te importa? —pregunté, dubitativo otra vez—. ¿Que yo no sea… bueno para ella?

—No —declaró, tras reflexionar sobre ello—. Tú eres lo que ella quiere. No sé cómo, pero esto va a salir bien.

Pero su frente estaba fruncida por la preocupación.

Se oyó el estruendo de otro trueno.

En ese momento, Earnest se detuvo. Por lo visto, habíamos llegado a los límites del campo. Al parecer, ya se habían formado los equipos. Edythe estaba en la parte izquierda del campo, bastante lejos; Carine se encontraba entre la primera y la segunda base, y Archie tenía la bola en su poder, en lo que debía ser la base de lanzamiento.

Eleanor hacía girar un bate de aluminio, solo perceptible por su sonido silbante, ya que era casi imposible seguir su trayectoria en el aire con la vista. Esperaba que se acercara a la base de meta, pero ya estaba allí, a una distancia inconcebible de la base de lanzamiento, adoptando la postura de bateo para cuando me quise dar cuenta. Jessamine se situó detrás, a un metro escaso, para atrapar la bola para el otro equipo. Como era de esperar, ninguno llevaba guantes.

—De acuerdo —Earnest habló con voz clara, y supe que Edythe le había oído a pesar de estar muy alejado—, batea.

Archie permanecía erguido, quieto como una estatua. Su estilo parecía que estaba más cerca de la astucia, de lo furtivo, que de una técnica de lanzamiento intimidatoria. Sujetó la bola con ambas manos cerca de su cintura; luego, su brazo derecho se movió como el ataque de una cobra y la bola impactó en la mano de Jessamine con un sonido semejante al de un disparo.

—¿Ha sido un *strike*? —le susurré a Earnest.

—Si no la golpean, es un *strike* —me contestó.

Jessamine lanzó de nuevo la bola a la mano de Archie, que se permitió una gran sonrisa antes de estirar el brazo para efectuar otro nuevo lanzamiento.

Esta vez el bate consiguió, sin saber muy bien cómo, golpear la bola invisible. El chasquido del impacto fue tremendo, atronador. Entendí con claridad la razón por la que necesitaban una tormenta para jugar cuando las montañas devolvieron el eco del golpe.

Apenas era capaz de seguir la trayectoria de la bola, que sobrevoló el campo como un meteorito para irse a perder en lo profundo del bosque circundante.

—Carrera completa —murmuré.

—Espera —dijo Earnest, escuchando atento y con la mano alzada.

Eleanor era una figura borrosa que corría de una base a otra, y Carine, la sombra que la seguía. Me di cuenta de que Edythe no estaba.

—*Out!* —cantó Earnest.

Contemplé con incredulidad cómo Edythe saltaba desde la linde del bosque con la bola en la mano alzada. Incluso yo pude ver su brillante sonrisa.

—Eleanor será la que batea más fuerte —me explicó Earnest—, pero Edythe corre al menos igual de rápido.

Era como si estuviera presenciando un partido entre superhéroes. Era imposible mantener contacto visual con la bola teniendo en cuenta la velocidad a la que volaba y el ritmo al que se movían alrededor del campo los corredores de base.

Comprendí el otro motivo por el cual esperaban a que hubiera una tormenta para jugar cuando Jessamine bateó una roleta, una de esas pelotas que van rodando por el suelo, hacia la posición de Carine en un intento de evitar la infalible defensa de Edythe.

Carine corrió a por la bola y luego se lanzó en pos de Jessamine, que iba disparada hacia la primera base. Cuando chocaron, el sonido fue como el de la colisión de dos enormes masas de roca. Preocupado, me incorporé de un salto para ver lo sucedido, pero las dos estaban perfectamente.

—Están bien —anunció Earnest con voz tranquila.

El equipo de Eleanor iba una carrera por delante. Royal se las apañó para atravesar las bases después de aprovechar uno de los larguísimos lanzamientos de Eleanor, cuando Edythe consiguió el tercer *out*. Se acercó de un salto hasta donde estaba yo, sonriendo con entusiasmo.

—¿Qué te parece? —inquirió.

—Una cosa es segura: no volveré a sentarme otra vez a ver esa vieja y aburrida liga nacional de béisbol.

—Ya, suena como si lo hubieras hecho antes muchas veces —rio Edythe.

—Pero estoy un poco decepcionado —bromeé.

—¿Por qué?

—Bueno, sería estupendo encontrar una sola cosa que no hagas mejor que cualquier otra persona en este planeta.

Me dedicó sus hoyuelos y dejó sin aliento.

—Ya voy —dijo al tiempo que se encaminaba hacia la base del bateador.

Jugó con mucha astucia al optar por una bola baja, fuera del alcance de la excepcionalmente rápida mano de Royal, que defendía en la parte exterior del campo y, veloz como el rayo, ganó dos bases antes de que Eleanor pudiera volver a poner la bola en juego. Carine golpeó una tan lejos fuera del campo —con un estruendo que me hirió en los oídos—, que Edythe y ella completaron la carrera. Archie chocó las palmas con ellas.

El tanteo cambiaba continuamente conforme avanzaba el partido y se gastaban bromas unos a otros como otros jugadores callejeros al ir pasando todos por la primera posición. De vez en cuando, Earnest tenía que

llamarles la atención. Otro trueno retumbó, pero seguíamos sin mojarnos, tal y como había predicho Archie.

Carine estaba a punto de batear, con Edythe como receptora, cuando Archie de pronto profirió un grito sofocado que sonó muy fuerte. Yo miraba a Edythe, como siempre, y entonces la vi darse la vuelta para mirarle. Las miradas de ambos se encontraron y en un instante circuló entre ellos un flujo misterioso. Edythe ya estaba a mi lado antes de que los demás pudieran preguntar a Archie qué iba mal.

—¿Archie? —preguntó Earnest con voz tensa.

—No lo he visto con claridad, no podría deciros… —susurró él.

Ahora ya estaban todos reunidos.

—¿Qué pasa, Archie? —le preguntó Carine, tranquila, cargada de autoridad.

—Viajan mucho más rápido de lo que pensaba. Creo que me he equivocado en eso —murmuró.

Jessamine le rodeó con un brazo con gesto protector.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le preguntó.

—Nos han oído jugar y han cambiado de dirección —señaló, contrito, como si se sintiera responsable de lo que fuera que había pasado.

Siete pares de rápidos ojos se posaron en mi cara de forma fugaz y se apartaron.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —inquirió Carine.

Una mirada de intensa concentración cruzó por su rostro y respondió con gesto contrariado:

—Menos de cinco minutos. Vienen corriendo, quieren jugar.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó Carine a Edythe mientras sus ojos se posaban sobre mí brevemente.

—No, con carga, no —resumió ella—. Además, lo que menos necesitamos es que capten el olor y comiencen la caza.

—¿Cuántos son? —preguntó Eleanor a Archie.

—Tres.

—¡Tres! —exclamó Eleanor con tono de mofa—. Dejadlos que vengan.

Carine lo consideró durante una fracción de segundo que pareció más larga de lo que fue en realidad. Solo Eleanor parecía tranquila; el resto

miraba fijamente el rostro de Carine, evidentemente inquietos.

—Nos limitaremos a seguir jugando —decidió finalmente Carine—. Archie dijo que solo sentían curiosidad.

Toda esta conferencia duró apenas unos segundos. Escuché con atención y creía haber conseguido captar la mayor parte. No conseguí oír lo que Earnest le estaba preguntando en este momento a Edythe con una intensa mirada. Solo atisbé la leve negativa de cabeza por parte de Edythe y el alivio en las facciones de Earnest.

—Intenta atrapar tú la bola, Earnest. Yo me encargo de prepararle —dijo Edythe.

Ella permaneció a mi lado mientras los otros volvieron al campo, barriendo el bosque con la mirada. Archie y Earnest parecían intentar orientarse alrededor de donde yo me encontraba.

Comenté lo que me parecía evidente.

—Los otros vienen ya para acá.

—Sí, quédate inmóvil, permanece callado —intentó ocultar bastante bien el nerviosismo de su voz, pero pude captarlo—, y no te apartes de mi lado, por favor.

—Eso no servirá de nada —murmuró Archie—. Yo podría olerle incluso desde el otro lado del campo.

—Lo sé —espetó Edythe.

Carine se quedó de pie en el prado mientras el resto retomaba el juego con desgana.

—Edythe, ¿qué te preguntó Earnest? —susurré.

Vaciló un momento antes de contestarme.

—Que si estaban sedientos.

Los segundos pasaron lentamente mientras el juego progresaba con apatía, ya que nadie tenía ganas de golpear fuerte. Eleanor, Royal y Jessamine merodeaban por el área interior del campo. Fui consciente más de una vez de la mirada fija de Royal en mí. Era inexpresiva, pero de algún modo, por la forma en que plegaba los labios, me hizo convencerme de que estaba enfadado.

Edythe no prestaba ninguna atención al juego, sus ojos y su mente se encontraban inspeccionando el bosque.

—Lo siento, Beau —murmuró ferozmente—. Exponerte de este modo ha sido estúpido e irresponsable por mi parte. ¡Cuánto lo siento!

Noté cómo contenía la respiración y fijaba los ojos abiertos como platos en la esquina oeste del campo. Avanzó medio paso, interponiéndose entre lo que se acercaba y yo.

Al igual que antes, cuando me la había imaginado defendiéndome de Royal, la idea de que pudiera ponerse en peligro me hizo sentir pánico. Estaba bastante seguro de que, fuera lo que fuese lo que se avecinaba, era bastante peor que Royal.

LA CAZA

Aparecieron de uno en uno en la linde del bosque a doce metros de nuestra posición. La primera mujer en entrar al claro se apartó inmediatamente para que otra tomara el mando, y se colocó detrás de ella, alta de cabello oscuro, de un modo que evidenciaba con claridad quién lideraba el grupo. El tercer integrante era un hombre; desde aquella distancia, solo alcanzaba a ver que su pelo era de un rojo llameante.

Cerraron filas conforme avanzaban con cautela hacia donde se hallaba la familia de Edythe. Aquello parecía un documental sobre animales salvajes: una manada de depredadores mostrando natural recelo ante un grupo desconocido y más numeroso de su propia especie.

Comprobé cuánto diferían de los Cullen en cuanto se acercaron. Su paso era gatuno, andaban de forma muy similar a la de un felino al acecho. Se vestían con ropas de excursionista: vaqueros y una sencilla camisa de cuello abotonado y gruesa tela impermeable. Las ropas se veían deshilachadas por el uso e iban descalzos. Tenían el cabello lleno de hojas y otros restos del bosque.

La líder analizó a Carine que, alerta, y flanqueada por Eleanor y Jessamine, salió a su encuentro. Al verla, envaró su posición acechante. Los otros dos la imitaron.

La líder de los recién llegados era sin duda la más agraciada. Tenía la piel pálida, pero de un tono oliváceo, y su cabello era de un brillantísimo negro. No era muy alta, pero parecía fuerte, aunque no tanto como Eleanor. Esbozó una sonrisa agradable que permitió entrever unos deslumbrantes dientes blancos.

El hombre tenía un aspecto más salvaje. Su mirada iba y venía incesantemente de uno a otro de los Cullen y su postura era extrañamente felina. La segunda mujer permanecía en la retaguardia sin inmiscuirse. Era más pequeña que la líder y tanto su rostro como su pelo castaño claro eran anodinos. Sus ojos eran los más tranquilos, los más inmóviles. Sin embargo, yo tuve la extraña sensación de que veía más que los otros dos.

Lo que más los diferenciaba de los Cullen eran sus ojos. No eran dorados o negros, como los ojos de los vampiros que yo me había acostumbrado a ver, sino de un intenso color rojo vivo.

La morena dio un paso hacia Carine, sin dejar de sonreír.

—Creíamos haber oído jugar a alguien —dijo. Tenía un leve acento francés—. Me llamo Lauren, y estos son Victor y Joss.

—Yo soy Carine y esta es mi familia: Eleanor y Jessamine; Royal, Earnest y Archie; Edythe y Beau —nos identificaba en grupos, intentando deliberadamente no llamar la atención hacia ningún individuo. Me sobresalté cuando me nombró.

—¿Hay sitio para unos pocos jugadores más? —inquirió Lauren.

Carine acomodó la inflexión de la voz al mismo tono amistoso de Lauren.

—Bueno, lo cierto es que acabamos de terminar el partido. Pero estaríamos verdaderamente encantados en otra ocasión. ¿Pensáis quedaros mucho tiempo en la zona?

—En realidad, vamos hacia el norte, aunque hemos sentido curiosidad por lo que había por aquí. No hemos tenido compañía durante mucho tiempo.

—No, esta región suele estar vacía si exceptuamos a mi grupo y algún visitante ocasional, como vosotros.

La tensa atmósfera había evolucionado hacia una conversación distendida; supuse que Jessamine estaba usando su peculiar don para controlar la situación.

—¿Cuál es vuestro territorio de caza? —preguntó Lauren, como quien no quiere la cosa.

Carine ignoró la presunción.

—Esta, los montes Olympic, y algunas veces la Coast Ranges de una punta a la otra. Tenemos una residencia aquí. También hay otro asentamiento permanente como el nuestro cerca de Denali.

Lauren se balanceó, descansando el peso del cuerpo sobre los talones, y preguntó con viva curiosidad:

—¿Permanente? ¿Y cómo habéis conseguido algo así?

—¿Por qué no nos acompañáis a nuestra casa y charlamos más cómodos? —los invitó Carine—. Es una larga historia.

Joss y Victor intercambiaron una mirada de sorpresa cuando Carine mencionó la palabra «casa», pero Lauren controló mejor su expresión.

—Es muy interesante y hospitalario por vuestra parte —sonrió—. Hemos estado de caza todo el camino desde Ontario —estudió a Carine con la mirada, examinando su ropa—. No hemos tenido ocasión de asearnos un poco.

—Por favor, no os ofendáis, pero he de rogaros que os abstengáis de cazar en los alrededores de esta zona. Debemos pasar desapercibidos, ya me entiendes —explicó Carine.

—Claro —asintió Lauren—. No pretendemos disputaros el territorio. De todos modos, acabamos de alimentarnos a las afueras de Seattle.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando Lauren rompió a reír.

—Os mostraremos el camino si queréis venir con nosotros. Eleanor, Archie, id con Edythe y Beau a recoger el Jeep —añadió sin darle importancia.

Cuando Carine terminó de hablar, ocurrieron tres cosas a la vez. Una suave brisa despeinó mi cabello, Edythe se envaró y la segunda mujer, Joss, movió su cabeza repentinamente de un lado a otro, buscando, para luego centrar en mí su escrutinio, agitando las aletas de la nariz.

Todos se pusieron rígidos cuando Joss se adelantó un paso y se agazapó. Edythe exhibió los dientes y se enarcó en una postura defensiva al tiempo que emitía un rugido bestial que parecía desgarrarle la garganta. No tenía nada que ver con los sonidos juguetones que le había escuchado esta mañana. Era lo más amenazante que había oído en mi vida y me estremecí de los pies a la cabeza.

—¿Qué ocurre? —exclamó Lauren, asombrada. Ni Joss ni Edythe relajaron sus agresivas poses. Joss fintó ligeramente hacia un lado y Edythe respondió al movimiento.

—Él está con nosotros —Carine se dirigió directamente a Joss con voz gélida.

Lauren parecía percibir mi olor con menos fuerza que Joss, pero pronto se dio cuenta y el descubrimiento se reflejó también en su rostro.

—¿Nos habéis traído un aperitivo?

Dio un paso adelante.

Edythe rugió con mayor dureza, curvando el labio superior sobre sus deslumbrantes dientes desnudos. Lauren retrocedió el paso que había dado.

—He dicho que está con nosotros —espetó Carine.

—Pero es humano —protestó Lauren. No lo dijo de un modo agresivo; simplemente parecía sorprendida.

Eleanor se reclinó hacia delante, repentinamente muy presente al lado de Carine.

—Sí… —dijo con los ojos fijos en Joss, que se irguió muy despacio y volvió a su posición normal, aunque las aletas de su nariz seguían dilatadas y no me perdía de vista. Edythe continuaba agazapada delante de mí.

Quise atraerla para que retrocediera —aquella tal Joss no se andaba con chiquitas—, pero me imaginé en qué podía terminar mi tentativa. Me había dicho que no me moviera, y eso haría… a no ser que alguien intentara hacerle daño.

—Parece que tenemos mucho que aprender unos de otros.

Lauren hablaba con un tono tranquilizador en un intento de suavizar la repentina hostilidad.

—Sin duda —la voz de Carine todavía era fría.

—Aún nos gustaría aceptar vuestra invitación —sus ojos se movieron rápidamente hacia mí y retornaron a Carine—. Y, claro, no le haremos daño al chico humano. No cazaremos en vuestro territorio, como os he dicho.

Joss miró a Lauren con incredulidad e irritación, e intercambió una breve mirada con Victor, cuyos ojos seguían errando nerviosos de rostro en rostro.

Carine evaluó la franca expresión de Lauren durante un momento antes de hablar.

—Os mostraremos el camino. Jessamine, Royal, Earnest —llamó, y se reunieron todos delante de mí, ocultándome de la vista de los recién llegados. Archie estuvo a mi lado en un momento y Eleanor se situó lentamente a mi espalda, con sus ojos trabados en los de Joss mientras esta retrocedía unos pasos.

—Vámonos, Beau —ordenó Edythe, con voz baja y sombría.

Me agarró del codo y tiró de mí. Archie y Eleanor estaban muy cerca de mi espalda, ocultándome de quien pudiera estar mirando. Tropecé con Edythe al intentar mantener el paso que ella marcaba. No pude oír si el otro grupo se había marchado ya. La impaciencia de Edythe casi se podía palpar mientras andábamos a paso humano hacia el límite del bosque.

—Yo soy más rápida —dijo de repente, contestando al pensamiento de alguien.

Entonces, cuando llegamos a los árboles, Edythe pasó uno de mis brazos alrededor de su cuello mientras avanzábamos en una semicarrera. Me percaté de lo que quería y, demasiado conmocionado como para sentirme cohibido, me encaramé a mi sitio. Antes incluso de haber terminado de colocarme, ya estábamos corriendo.

No pude cerrar los ojos, pero, de todos modos, el bosque estaba prácticamente oscuro. No escuché a Eleanor ni a Archie corriendo a nuestro lado. Al igual que Edythe, se desplazaban por el bosque como si fueran fantasmas.

Llegamos al Jeep en cuestión de segundos. Edythe apenas se paró, simplemente dio media vuelta y me depositó en el asiento trasero.

—Sujétalo —le siseó a Eleanor, que trepó al asiento junto a mí.

Archie se había sentado ya en el asiento delantero y Edythe puso en marcha el coche. El vehículo giró en redondo para encarar el tortuoso camino.

Edythe gruñía algo tan rápido que no comprendí lo que decía, pero sonaba bastante a una sarta de blasfemias.

El traqueteo fue mucho peor esta vez a causa de la oscuridad. Eleanor y Archie miraban por las ventanillas laterales.

Llegamos a la carretera principal. El Jeep aumentó la velocidad. Estaba oscuro, pero reconocí adónde íbamos: al sur, en dirección contraria a Forks.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

Nadie contestó. Ni siquiera me miraron.

—¿Alguien me va a contar qué está pasando?

Mientras hablaba no apartó los ojos de la carretera. El velocímetro marcaba más de ciento noventa kilómetros por hora.

—Debemos sacarte de aquí, lo más lejos posible y ahora mismo.

—¿Cómo? Pero tengo que volver a casa…

—No puedes volver a casa, Beau.

Por como lo dijo, parecía algo irreversible.

—No entiendo, Edythe. ¿Qué quieres decir?

—Edythe, dirígete al arcén —Archie habló por primera vez.

Ella le miró con cara de pocos amigos, y luego aceleró.

—Edythe, considera las distintas opciones —dijo Archie—. Tenemos que pensarlo bien —había un tono de advertencia en su voz, y me pregunté qué estaría viendo en su mente, qué le estaría mostrando a Edythe.

—No lo entiendes —rugió frustrada. El velocímetro rebasaba los doscientos por hora—. ¡Es una rastreadora, Archie! ¿Es que no te has dado cuenta? ¡Es una rastreadora!

Sentí cómo Eleanor se tensaba a mi lado y me pregunté qué significado tendría aquella palabra para ella. Era evidente que significaba algo para ellos, pero no para mí; quería entenderlo, pero no podía preguntar.

—Para en el arcén, Edythe.

El tono de Archie sonaba ahora más duro, gélido.

El velocímetro rebasó los doscientos veinte.

—Hazlo —vociferó.

—Escúchame, Archie. Le he leído la mente. El rastreo es su pasión, su obsesión, y lo quiere a él, Archie, a él en concreto. La cacería ya ha empezado.

—No sabe dónde…

—¿Cuánto tiempo crees que va a necesitar para captar el olor de Beau en el pueblo? Lauren ya había trazado el plan en su mente antes de decir lo que dijo.

Fue como recibir un puñetazo en el estómago. Fui incapaz de respirar durante el segundo que me costó procesar el sentido completo de lo que había dicho. Hasta aquel momento, todo aquello parecía algo abstracto, como el enunciado de un problema de Matemáticas. No daba la sensación de tener ninguna conexión con mi vida real.

Pero sabía adónde la conduciría mi olor.

—¡Charlie! —jadeé, y entonces grité—. ¡Charlie! ¡Tenemos que volver! ¡Tenemos que ir a por Charlie!

Empecé a manipular los cierres que me mantenían en mi sitio hasta que Eleanor me agarró por las muñecas, intentando retenerlas mientras yo intentaba desasirme de aquellas esposas de carne que parecían forjadas en hormigón.

—¡Edythe! ¡Da media vuelta! —grité.

—Beau tiene razón —observó Archie.

El coche redujo la velocidad ligeramente.

—No tardaremos demasiado en considerar todas las opciones —intentó persuadirla Archie.

El coche redujo nuevamente la velocidad, en esta ocasión de forma más patente, y entonces frenó con un chirrido en el arcén de la autopista. Salí disparado hacia delante, precipitándome contra el arnés, para luego caer hacia atrás y chocar contra el asiento.

—No hay ninguna opción —gruñó Edythe.

—¡No podemos abandonar a Charlie! —chillé.

Me ignoró completamente.

—Tenemos que llevarle a casa —intervino Eleanor, finalmente.

—No.

—Joss no puede compararse con nosotros, Edy. No podrá tocarle.

—Esperará.

Eleanor esbozó una sonrisa gélida, extrañamente ansiosa.

—Yo también puedo esperar.

Edythe dejó escapar un resoplido, exasperada.

—Vosotros no lo habéis visto. ¿Es que no lo entendéis? No va a cambiar de idea una vez que se haya entregado a la caza. Tendremos que matarla.

A Eleanor no pareció importarle.

—Sí.

—Y también tendremos que matar al hombre. Está con ella. Si luchamos, la líder del grupo también los acompañará.

—Somos suficientes para ellos.

—Hay otra opción —dijo Archie con serenidad.

Edythe se revolvió contra él, furiosa. Su voz fue un rugido devastador cuando dijo:

—¡No-hay-otra-opción!

Eleanor y yo la miramos aturdidos, pero Archie no parecía sorprendido. El silencio se prolongó durante más de un minuto, mientras Edythe y Archie se miraban fijamente el uno al otro.

—¿Querría alguien escuchar mi plan? —pregunté.

—No —gruñó Edythe.

Archie la fulminó con la mirada.

—Escucha —supliqué—. Llévame de vuelta.

—¡No!

—¡Sí! Me llevas de vuelta y le digo a mi padre que quiero irme a casa, a Phoenix. Hago las maletas, nos aseguramos de que la rastreadora esté observando y entonces huimos. Nos seguirá y dejará a Charlie tranquilo. Entonces me podrás llevar a cualquier maldito lugar que se te ocurra.

Me miraron con ojos enormes.

—Pues realmente no es una mala idea, en absoluto.

Eleanor parecía tan sorprendida que resultaba insultante.

—Podría funcionar, y desde luego no podemos dejar desprotegido al padre de Beau. Tú lo sabes, Edythe —dijo Archie.

Todos mirábamos a Edythe.

—Es demasiado peligroso… Y no la quiero cerca de él ni a cien kilómetros a la redonda.

Eleanor tenía muchísima confianza en sí misma.

—Edythe, ella no va a acabar con nosotros.

Archie cerró los ojos un segundo.

—No la veo atacando. Es de las que prefiere dar un rodeo antes que abordar un ataque frontal. Va a esperar a que le dejemos desprotegido.

—No la llevará mucho darse cuenta de que eso no va a suceder —dijo Edythe.

—Tengo que ir a casa, Edythe.

Edythe presionó los dedos contra las sienes y cerró los ojos con fuerza durante un segundo. Luego clavó sus ojos en mí.

—Necesitamos demasiado tiempo para tu plan. No disponemos de tanto como para montar la farsa de hacer las maletas.

—Si no le doy algún tipo de excusa, va a meter a tu familia en problemas. Tal vez llame al FBI o algo así si piensa que… No sé, que me habéis secuestrado.

—Eso no importa.

—Sí, sí que importa. Hay un modo de mantener a todo el mundo a salvo, y eso es lo que vamos a hacer.

El Jeep volvió a la vida con un rugido y las ruedas chirriaron cuando describió un brusco giro. La aguja del velocímetro comenzó a subir de nuevo.

Cuando Edythe habló, su voz sonaba como si las palabras salieran contra su voluntad.

—Te marchas esta noche, tanto si la rastreadora te ve como si no. Le dirás a Charlie lo que te dé la gana, con tal de que sea rápido. Guarda en una maleta lo primero que tengas a mano y métete después en tu coche. Me da exactamente igual lo que Charlie te diga. Dispones de quince minutos. Quince minutos a contar desde el momento en que pongas el pie en el umbral de la puerta o te saco a rastras.

Transcurrieron varios minutos en silencio, sin que se oyera otro sonido que el del motor.

—¿Eleanor? —dije, mirándome las manos.

—Ah, perdón —dijo ella, y me soltó.

Transcurrieron varios minutos en silencio, sin que se oyera otro sonido que el del motor. Entonces, Edythe habló de nuevo.

—Vamos a hacerlo de esta manera. Cuando lleguemos a la casa, si la rastreadora no está allí, te acompañaré a la puerta —me miró a través del retrovisor—. Dispones de quince minutos a partir de ese momento. Eleanor, tú controlarás el exterior de la casa. Archie, tú llevarás el coche, yo estaré

dentro con él todo el tiempo. En cuanto salga, lleváis el Jeep a casa y se lo contáis a Carine.

—De ninguna manera —la contradijo Eleanor—. Iré contigo.

—Piénsalo bien, El. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Hasta que no sepamos en qué puede terminar este asunto, estaré contigo.

Edythe suspiró.

—Si la rastreadora está allí —continuó inexorablemente—, seguiré conduciendo.

—Vamos a llegar antes que ella —dijo Archie con confianza.

Edythe pareció aceptarlo. Fuera cual fuera el roce que hubiera tenido con Archie, no dudaba de él ahora.

—¿Qué vamos a hacer con el Jeep? —preguntó Archie.

La voz de Edythe sonaba dura y afilada.

—Tú lo llevarás a casa.

—No, no lo haré —replicó él con calma.

La retahíla ininteligible de blasfemias volvió a comenzar.

—No cabemos todos en mi coche —murmuré.

Edythe no pareció escucharme.

—Creo que deberías dejarme marchar solo —dije en voz baja, mucho más tranquilo.

Ella lo oyó.

—Beau, no seas estúpido —dijo con los dientes apretados.

—Escucha, Charlie no es ningún imbécil —protesté—. Si mañana no estás en el pueblo, va a sospechar.

—Eso es irrelevante. Nos aseguraremos de que se encuentre a salvo y eso es lo único que importa.

—Bueno, ¿y qué pasa con la rastreadora? Vio la forma en que actuaste esta noche. Pensará que estás conmigo, estés donde estés.

Eleanor me miró, insultantemente sorprendida otra vez.

—Edythe, escúchale —la urgió—. Creo que tiene razón.

—Sí, la tiene —comentó Archie.

—No puedo hacer eso —la voz de Edythe era helada.

—Eleanor debería quedarse también —continué—. La rastreadora le ha tomado bastante ojeriza.

—¿Qué? —Eleanor se volvió hacia mí, con cara de sentirse traicionada.

—Si te quedas, tendrás más posibilidades de ponerle la mano encima —acordó Archie.

Edythe les miró con incredulidad.

—¿Y tú te crees que le voy a dejar irse solo?

—Claro que no —dijo Archie—. Le acompañaremos Jess y yo.

—No puedo hacer eso —repitió Edythe, pero esta vez su voz sonaba derrotada. La lógica estaba haciendo de las suyas con ella.

Intenté ser persuasivo.

—Déjate ver por aquí durante una semana —vi su expresión en el retrovisor y rectifiqué—. Bueno, unos cuantos días. Deja que Charlie vea que no me has secuestrado y que la cazadora se vaya de caza inútilmente. Cerciórate por completo de que no tenga ninguna pista; luego, te vas y me buscas, tomando una ruta que la despiste, claro. Entonces, Jessamine y Archie podrán volver a casa.

Vi que empezaba a considerarlo.

—¿Dónde te iría a buscar?

—A Phoenix.

—No. Ella oirá que es allí adonde vas —replicó con impaciencia.

—Y tú le harás creer que es un truco, claro. Es consciente de que sabes que está escuchando. Jamás creerá que me dirija de verdad a donde anuncie que voy.

—Este chico es diabólico —rio Eleanor.

—¿Y si no funciona?

—Hay varios millones de personas en Phoenix —le informé.

—No es tan difícil usar una guía telefónica.

—Hay unas cosas que se llaman hoteles, Edythe.

—Edythe, estaremos con él —le recordó Archie.

—¿Y qué vas a hacer tú en Phoenix? —le preguntó Edythe a Archie mordazmente.

—Quedarme bajo techo.

—Ya lo creo que voy a disfrutar —Eleanor pensaba seguramente en arrinconar a Joss.

—Cállate, El.

—Mira, si intentamos detenerla mientras Beau anda por aquí, hay muchas más posibilidades de que alguien termine herido…, tanto él como tú al intentar protegerle. Ahora, si la pillamos sola… —Eleanor dejó la frase inconclusa y lentamente empezó a sonreír. Yo había acertado.

El Jeep avanzaba más lentamente conforme entrábamos en el pueblo. Sentí cómo se me ponía el vello de punta. Pensé en Charlie, solo en la casa, y empecé a mover la rodilla arriba y abajo con impaciencia.

—Beau —dijo Edythe en voz baja. Archie y Eleanor miraban por las ventanillas—, si te pones en peligro y te pasa cualquier cosa, cualquier cosa, te haré personalmente responsable. ¿Lo has comprendido?

Contemplé sus ojos en el espejo retrovisor.

—Entendido, Edythe.

Se volvió a Archie.

—¿Va a poder Jessamine manejar este asunto?

—Confía un poco en ella, Edythe. Lo está haciendo bien, muy bien, teniendo todo en cuenta.

—¿Podrás manejarlo tú?

Archie echó hacia atrás los labios en una mueca horrorosa y dejó salir un gruñido gutural que me hizo encogerme en el asiento.

Edythe le sonrió, mas de repente musitó:

—Pero guárdate tus opiniones.

DESPEDIDAS

Daba la sensación de que Charlie me había esperado levantado y con todas las luces de la casa encendidas. Me quedé con la mente en blanco mientras pensaba en algo para resolver aquel asunto.

Edythe aparcó dejando distancia suficiente para que cupiera otro coche detrás de mi automóvil. Los tres estaban sentados muy erguidos en sus asientos; escuchaban cada sonido del bosque, escrutaban cada sombra alrededor de la casa, en busca de cualquier cosa que estuviera fuera de lugar.

El motor se paró y me quedé sentado en silencio, mientras continuaban a la escucha.

—No está aquí —siseó Edythe—. Vamos.

Eleanor se inclinó para ayudarme a salir del arnés.

—No te preocupes, Beau —susurró con jovialidad—. Solucionaremos las cosas lo antes posible.

Experimenté una extrañísima tristeza al contemplar el rostro de Eleanor, hermoso a la par que terrorífico. Apenas la conocía y, sin embargo, me angustiaba el hecho de no saber si la volvería a ver. Era consciente de que iba a ser la más sencilla de las despedidas a las que debería sobrevivir durante la próxima hora, y ese pensamiento hizo que se me retorciera el estómago.

—Archie, El —espetó Edythe con autoridad.

Ambos se deslizaron en la oscuridad en silencio y desaparecieron.

Bajé del coche detrás de Eleanor y, cuando estuve fuera, Edythe se me había adelantado.

—Quince minutos —dijo entre dientes.

Asentí, y me detuve.

—Date prisa, Beau.

—Una cosa —me incliné y la besé una vez con dureza—. Te quiero, eso no cambiará, pase lo que pase ahora.

—No te va a pasar nada, Beau.

—Mantén a Charlie a salvo por mí.

—Eso está hecho. Date prisa.

Asentí de nuevo y, entonces, deteniéndome una única vez para mirarla a mis espaldas, salté al porche y abrí la puerta con un fuerte golpe. Entré tambaleándome y cerré la puerta de una patada.

De repente fui consciente de lo que estaba a punto de hacer, y sentí horror de mí mismo.

El rostro de Charlie asomó al vestíbulo de la entrada.

—¿Beau?

—¡Déjame en paz! —espeté.

Estaba empezando a notar los ojos húmedos y enrojecidos, y sabía que iba a tener que mantener la compostura si quería hacer aquello bien: proteger a Charlie, proteger a los Cullen y que el plan funcionara. Me resultaría más fácil si no le miraba.

Me giré y corrí escaleras arriba, cerré la puerta de golpe y eché el pestillo. Me arrojé al suelo para sacar mi petate de debajo de la cama. Metí la mano. Busqué entre el colchón y el somier, buscando el calcetín anudado en el que escondía mi reserva de dinero.

Charlie aporreó la puerta.

—Beau, ¿te encuentras bien? ¿Qué está pasando?

—Me voy a casa —grité.

Me volví hacia el armario, pero Edythe ya estaba allí, recogiendo en silencio y sin mirar verdaderas brazadas de ropa que luego me lanzaba a mí.

—Me parece que tu cita no ha ido muy bien —la voz de Charlie sonaba confundida pero más tranquila.

—Ay, Charlie, no te metas —gruñí.

—¿Ha roto contigo?

—He sido yo el que ha cortado con ella.

Edythe no reaccionó a lo que yo estaba diciendo. Estaba completamente concentrada. Barrió el contenido de la balda más alta de mi armario y lo introdujo en la bolsa con una mano.

—¿Por qué? —preguntó Charlie, sorprendido—. Pensaba que te gustaba mucho esa chica.

—Y me gusta. Demasiado.

—Esto… Las cosas no funcionan así, hijo.

Edythe cerró la cremallera del petate: aparentemente, mis maletas estaban terminadas. Me colgó el asa del hombro.

—Estaré en tu coche, ¡venga! —susurró.

Me empujó hacia la puerta y se desvaneció por la ventana.

Abrí la puerta y empujé a Charlie con rudeza al pasar. Mi bolsa golpeó un cuadro, haciéndolo caer de la pared mientras bajaba apresuradamente las escaleras.

Charlie corrió detrás de mí y agarró el asa de mi petate, haciéndome retroceder un paso.

—Beau, ¿tomas drogas? —me preguntó.

—¡No!

—Para un poco. No lo entiendo. Cuéntame qué ha pasado.

Tenía el asa agarrada con fuerza. Podía dejar la bolsa, pero aquello supondría una laguna en mi coartada. Iba a tener que hacer aquello de la manera más dura.

Me volví para mirarlo, con la esperanza de que la rojez de mis ojos diera sensación de ira.

—Te voy a contar lo que ha pasado —dije, con la voz más seca que fui capaz de poner—. He pasado una noche estupenda con la chica más preciosa que he conocido, y hemos hablado del futuro. Y ella concibe el futuro de la misma manera que tú. Se quiere quedar aquí el resto de su vida. Se quiere casar, y tener hijos, y no irse jamás. Y, durante un segundo, me ha parecido que tenía sentido. Me estoy perdiendo a mí mismo, este sitio me está absorbiendo. Si no me voy ahora, ¡nunca conseguiré salir de aquí!

—Beau, no puedes irte ahora, es de noche —susurró.

—Dormiré en el coche si me siento cansado.

—Espera otra semana —me suplicó, todavía en estado de *shock*—. Renée habrá vuelto a Phoenix para entonces.

Esto me desquició por completo.

—¿Qué?

Una oleada de alivio recorrió el rostro de Charlie cuando me vio dudar.

—Ha telefoneado mientras estabas fuera. Las cosas no han ido muy bien en Florida y volverán a Arizona si Phil no ha firmado a finales de esta semana. El asistente de entrenador de los Sidewinders dijo que tal vez hubiera lugar para otro medio en el equipo.

Sacudí la cabeza, intentando recuperar el hilo. Cada segundo que pasaba, ponía a Charlie en más peligro.

—Tengo una llave de casa —murmuré, dando otra vuelta de tuerca a la situación. Charlie estaba muy cerca de mí, con una mano aún aferrando mi bolsa y el rostro aturdido. No podía perder más tiempo discutiendo con él, así que pensé que tendría que herirlo aún más profundamente.

—Déjame ir, Charlie —dije entre dientes, y abrí la puerta de un tirón—. No ha funcionado, ¿vale? De veras, ¡odio Forks con toda mi alma!

Mis crueles palabras cumplieron su cometido a la perfección, porque Charlie soltó la mano con la que agarraba mi bolsa. Se quedó boquiabierto a causa del estupor y un profundo dolor asomó a sus ojos. Le di la espalda y salí por la puerta hecho una furia. No podía permitir que viera mi cara en aquel momento.

Traté de que mi modo de caminar pareciera enfurecido, pero lo que quería era correr. El oscuro patio parecía más lleno de sombras que nunca y, aunque estaba bastante seguro de que solo existían en mi imaginación, no las tenía todas conmigo. Arrojé el petate a la caja de la camioneta y abrí la puerta de un tirón. La llave estaba en el bombín de la puesta en marcha.

—¡Te llamaré mañana! —grité.

Jamás podría explicarle aquello, jamás conseguiría que las cosas volvieran a estar bien. Encendí el motor y arranqué.

Edythe me tocó la mano.

—Detente en el bordillo —me ordenó en cuanto Charlie y la casa desaparecieron a nuestras espaldas.

Yo mantuve los ojos en la carretera, intentando controlar la expresión de mi rostro.

—Puedo conducir.

Se deslizó repentinamente sobre mi regazo, con las manos en el volante y su pie empujando al mío fuera del acelerador. Se introdujo en el espacio que quedaba entre mi pierna y la puerta y me empujó con su cadera. Sin que la camioneta diera un solo bandazo, se colocó en el asiento del conductor.

—No vas a encontrar nuestra casa —me explicó.

Unas luces destellaron repentinamente detrás de nosotros.

Di un respingo y miré por la ventanilla trasera.

—Es Archie —dijo, tomándome la mano de nuevo.

Cuando cerré los ojos, lo único que vi fue a Charlie en el quicio de la puerta.

—¿Y la rastreadora?

—Escuchó el final de tu puesta en escena. Nos ha seguido. Ahora está corriendo detrás de nosotros, como a un kilómetro y medio.

Me quedé helado.

—¿Podemos dejarla atrás?

—No —replicó, pero aceleró mientras hablaba. El motor de la camioneta chirrió.

El plan ya no parecía tan brillante.

Estaba mirando hacia atrás, a las luces delanteras de Archie, cuando el coche sufrió una sacudida y una sombra oscura surgió en mi ventana.

—¡E…!

La mano de Edythe me tapó la boca antes de que pudiera terminar de gritar mi advertencia.

El grito espeluznante que lancé duró solo la fracción de segundo que Edythe tardó en taparme la boca con la mano.

—¡Es Eleanor!

Dejó caer la mano a mi rodilla.

—Todo va bien, Beau —me prometió.

Salimos del pueblo a toda velocidad con dirección norte.

—No me había dado cuenta de que la vida de una pequeña ciudad de provincias te aburría tanto —comentó Edythe, tratando de entablar

conversación; supe que intentaba distraerme—. Me pareció que te estabas integrando bastante bien, sobre todo en los últimos tiempos. Incluso me sentía bastante halagada al pensar que había conseguido que la vida te resultara un poco más interesante.

—Eso ha sido injusto —confesé, mirando hacia mis rodillas—. Esas fueron las últimas palabras que mi madre le dijo cuando se marchó. Le habría dolido menos si le hubiera dado un puñetazo.

—Te perdonará —me prometió.

Yo cerré los ojos.

—Beau, todo va a salir bien.

Yo humillé la vista para mirarla.

—No irá bien si no estamos juntos.

—Solo van a ser unos días. Y no olvides que fue idea tuya.

—Eso lo empeora todo. ¿Por qué ha pasado esto? No lo entiendo.

Ella fijó la vista en la carretera, con las cejas fruncidas sobre los ojos.

—Es por mi culpa. No debería haberte expuesto a algo así.

Yo tomé su mano.

—No, no estoy hablando de eso. Yo estaba allí, vale, mira qué bien, pero eso no perturbó a los otros dos. ¿Por qué la tal Joss decidió matarme a mí? Había allí un montón de gente a la que hubiera sido mucho más fácil atacar —miré por encima del hombro a la sombra de Eleanor—. ¿De verdad merezco tanto la pena como para meterse en tantos problemas?

Edythe vaciló, pensándoselo antes de contestar.

—Inspeccioné a fondo su mente en ese momento —comenzó en voz baja—. Una vez que captó tu aroma, dudo que yo hubiera podido hacer algo para evitar esto. Esa es tu parte de culpa —me miró por el rabillo del ojo durante un segundo—. No se habría alterado si no olieras de esa forma tan ridículamente exquisita. Pero cuando te defendí… bueno, eso lo empeoró bastante. No está acostumbrada a no salirse con la suya, sin importar lo insignificante que pueda ser el asunto. Joss se concibe a sí misma como una cazadora: la cazadora definitiva. Su existencia se reduce al rastreo y eso es lo que más le gusta en la vida. Y de pronto nos presentamos nosotros, un gran clan de fuertes luchadores con un asombroso desafío, todos volcados en proteger al único elemento vulnerable. No sabes lo eufórica que está. Es

su juego favorito y lo hemos convertido para ella en la partida más excitante de su vida —el tono de su voz estaba lleno de disgusto. Inspiró hondo—: Sin embargo, te habría matado allí mismo, en ese momento, de no haber estado yo —siseó con frustración.

—Creía que no olía igual para los otros… que como huelo para ti.

—No, lo cual no quiere decir que no seas una tentación para todos. Se habría producido un enfrentamiento allí mismo si hubieras atraído a la rastreadora, o a cualquiera de ellos, como a mí.

Me estremecí.

—No creo que tenga otra alternativa que matarla —murmuró—, aunque a Carine no le va gustar.

—A mí tampoco —susurré.

Edythe me miró, sorprendida.

—¿Quieres que le perdone la vida?

Yo pestañeé.

—No. Quiero decir, sí. No me importa que muera. Eso sería un gran alivio, ¿verdad? Es solo que no quiero que tú… ¿Y si te hiere?

Su rostro se endureció.

—No tienes que preocuparte por mí. Yo no lucho limpiamente.

Oí el sonido de las ruedas cruzando el puente aunque no se veía el río en la oscuridad. Sabía que nos estábamos acercando.

—¿Cómo se mata a un vampiro? —pregunté en voz baja.

Me miró con una expresión difícil de interpretar. Cuando habló, su voz sonaba áspera.

—La única manera segura es cortarlo en pedazos, y luego quemarlos.

—¿Van a luchar a su lado los otros dos?

—El hombre sí, aunque no estoy segura respecto a Lauren. El vínculo entre ellos no es muy fuerte y Lauren solo los acompaña por conveniencia. Además, Joss la avergonzó en el prado.

—Pero Joss y Victor… ¿intentarán matarte? —mi voz sonaba áspera, como si me hubiera lijado el fondo de la garganta.

—Basta. Concéntrate en permanecer a salvo. Haz todo lo que te diga Archie.

—¿Pero cómo no me voy a preocupar por ti? ¿Se puede saber por lo menos qué quiere decir eso de que tú no luchas limpiamente?

Ella esbozó una sonrisa a medias, que no se reflejó en sus ojos.

—¿Alguna vez has intentado ejecutar un movimiento sin pensarlo antes? Aparte de algunos reflejos musculares, como respirar o parpadear, es terriblemente difícil conseguirlo. Sobre todo en un combate. Pero yo puedo ver en la mente de mi adversario cada uno de los movimientos que planea hacer, absolutamente todos los agujeros de su defensa. El único que puede batirse en igualdad de condiciones conmigo es Archie, ya que puede prever mis decisiones, pero yo soy capaz de leer en su mente cómo reaccionará él. Por lo general, es pan comido. Eleanor dice que es hacer trampa.

Parecía tranquila, como si la idea de luchar contra la cazadora y su compañero fuera lo más sencillo de todo aquel desastre. El pensamiento hizo que mi estómago se retorciera y diera un respingo.

—Entonces, ¿no debería quedarse Archie contigo? —le pregunté—. Si se supone que es mejor luchador que los demás…

—¿Sabes que Eleanor puede oírte, verdad? La estás ofendiendo, y además no le emociona tu idea. Hace mucho desde la última vez que participó en una buena pelea sin tener que contenerse. Su plan es mantenerme a mí y a mis trampitas apartadas de todo esto lo máximo posible.

Aquello me hizo sentir levemente mejor, lo que no era demasiado justo para Eleanor. Volví a mirar otra vez por encima de mi hombro, pero no fui capaz de distinguir la expresión de su rostro.

—¿Todavía nos sigue? —pregunté.

Edythe sabía que no estaba hablando de Eleanor.

—Sí, aunque no va a asaltar la casa. No esta noche.

Dobló por un camino invisible. Los faros de Archie nos siguieron. Condujo directamente hacia la casa. Las luces del interior estaban encendidas, pero iluminaban muy poco entre los árboles que la rodeaban. El jardín seguía a oscuras. Eleanor abrió mi puerta antes de que el vehículo se hubiera detenido del todo; me sacó del asiento, se agachó bajo mi brazo, me pasó uno de los suyos alrededor de la cintura y me cargó a través de la

entrada con los pies flotando a veinte centímetros del suelo, como si fuera un gigantesco muñeco de trapo.

Irrumpió en la gran habitación blanca con Edythe y Archie a ambos lados. Todos se hallaban allí, de pie; Lauren estaba en medio del círculo. Un gruñido sordo surgió del pecho de Eleanor cuando me soltó al lado de Edythe.

—Nos está rastreando —siseó Edythe, mirando ceñuda a Lauren.

La expresión de esta no parecía satisfecha.

—Me temo que sí.

Archie corrió junto a Jessamine y le susurró al oído. Subieron juntos las escaleras. Royal los observó y se acercó rápidamente al lado de Eleanor. Sus ojos brillaban con intensidad, pero se llenaron de hostilidad cuando, sin querer, recorrieron mi rostro.

—¿Qué crees que va a hacer? —le preguntó Carine a Lauren.

—Lo siento —contestó—. Ya me temí, cuando vuestra chica le defendió, que Joss se descontrolaría.

—¿Puedes detenerla?

Lauren sacudió la cabeza.

—Una vez que ha comenzado, nada puede detener a Joss.

—Nosotros lo haremos —prometió Eleanor, y no cabía duda de a qué se refería.

—No podrán con ella —replicó Lauren—. No he visto nada semejante en los últimos trescientos años. Es absolutamente letal, por eso me uní a su aquelarre.

Su aquelarre, pensé; entonces, estaba claro. Toda la exhibición de liderazgo en el prado había sido solamente una pantomima.

Lauren seguía sacudiendo la cabeza. Me miró, evidentemente perpleja.

—¿Estás convencido de que todo esto merece la pena?

El rugido furioso de Edythe rasgó la habitación y Lauren se encogió para apartarse de ella. Carine miró a Lauren.

—Me temo que tendrás que escoger.

Lauren lo entendió y reflexionó durante unos instantes. Observó cada rostro y luego la rutilante habitación.

—Me intriga la forma de vida que habéis construido, pero no quiero quedarme atrapada aquí dentro. No siento enemistad hacia ninguno de vosotros, pero no actuaré contra Joss. Creo que me marcharé al norte, donde está el clan de Denali —hizo una pausa—. No subestiméis a Joss. Tiene una mente brillante y unos sentidos inigualables. Parece una salvaje, pero se siente tan cómoda como vosotros en el mundo de los seres humanos y no os atacará de frente… Lamento lo que se ha desencadenado aquí. Lo siento de veras —inclinó la cabeza, pero me lanzó otra mirada incrédula.

—Ve en paz —dijo Carine.

Lauren echó otra larga mirada alrededor de la estancia y entonces desapareció por la puerta.

El silencio duró menos de un segundo.

—¿A qué distancia se encuentra? —Carine miró a Edythe.

Earnest ya estaba en movimiento, tocó con la mano un control que había en la pared, y con un chirrido, unos grandes postigos metálicos comenzaron a sellar la pared de cristal.

Me quedé boquiabierto.

—Está a unos cinco kilómetros pasando el río, dando vueltas por los alrededores para reunirse con el hombre.

—¿Cuál es el plan?

—La alejaremos de aquí para que Jessamine y Archie se puedan llevar a Beau al sur.

—¿Y luego?

El tono de Edythe era gélido.

—Iremos a cazarla en cuanto Beau esté fuera de aquí.

—Supongo que no nos ha dejado otra opción —admitió Carine con el rostro sombrío.

Edythe se volvió hacia Royal.

—Súbele arriba e intercambiad vuestras ropas.

Royal le devolvió la mirada, incrédulo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó—. ¿Qué es él para mí?

—Roy… —murmuró Eleanor, poniéndole una mano en el hombro. Él se la sacó de encima con una sacudida.

Yo tenía los ojos clavados en Edythe, preocupado de que aquello desatara su temperamento, pero me sorprendió.

Apartó la mirada de Royal como si no hubiera dicho nada, como si no existiera.

—¿Earnest? —preguntó con calma.

—Por supuesto.

Mientras respondía, apareció a mi lado y se agachó para cogerme como si fuera un bombero. Estuvimos en lo alto de las escaleras antes de que yo pudiera procesar lo que estaba pasando.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté cuando me soltó en una habitación oscura en algún lugar del segundo piso.

—Intentaremos confundir el rastro de olor. No durará mucho, pero te proporcionará un poco de ventaja —dijo con voz amortiguada mientras tiraba de su camiseta por encima de la cabeza, para quitársela.

Yo me arranqué el suéter y se lo tendí. Él intercambió el suyo por el mío. Yo intenté meter los brazos en los agujeros lo más rápido que pude y luego me quité los vaqueros de un tirón. También nos los intercambiamos. Sus pantalones me quedaban un poco pesqueros, pero por lo demás me estaban bien. Me arrastró de nuevo al vestíbulo. Earnest parecía más pequeño con mi ropa, y había tenido que arremangarse el bajo de los vaqueros. Archie apareció de repente con un pequeño morral de cuero colgado del hombro. Me tomaron cada uno de un codo y me llevaron en volandas hasta el tramo de las escaleras.

Parecía como si todo se hubiera resuelto en el salón. Edythe y Eleanor estaban preparadas para irse, esta última llevaba una gran mochila sobre el hombro. Carine le tendió un objeto pequeño a Earnest, luego se volvió y le dio otro igual a Archie; era un pequeño móvil plateado.

—Earnest y Royal se llevarán tu coche, Beau —me dijo al pasar a mi lado. Asentí, mirando con recelo a Royal, que a su vez contemplaba con resentimiento a Carine.

—Archie, Jess, llevaos el Mercedes. En el sur vais a necesitar ventanillas con cristales tintados.

Ellos asintieron.

—Nosotros nos llevaremos el Jeep.

Carine se detuvo junto a Edythe. Me di cuenta de que aquello era una partida de caza, y sentí náuseas. ¿Cómo habíamos podido llegar a aquello? ¿Por qué habían hecho caso a mi idea? Claramente, era una idea equivocada.

—Archie, ¿morderán el cebo?

Todos miramos a Archie, que cerró los ojos y permaneció increíblemente inmóvil. Unos segundos después, los volvió a abrir.

—Ella te perseguirá y el hombre seguirá a la camioneta. Podremos marcharnos justo después.

—Vámonos —ordenó Carine, y empezó a andar hacia la cocina.

Pero Edythe volvió por mí. Me miró con sus enormes y profundos ojos dorados, en los que se reflejaban las mil cosas que no le daba tiempo a decirme, y se estiró para acariciarme el rostro con las manos. Yo me incliné hacia delante, con las mías ya en su melena. Durante un breve segundo posó sus labios helados y duros sobre los míos.

Y, entonces, todo terminó. Ella empujó mis hombros hacia atrás. Sus ojos se volvieron inexpresivos y apagados conforme se daba la vuelta.

Se marcharon.

Los demás nos quedamos allí de pie, y nadie me miró mientras yo las seguía con la mirada. Experimenté la misma sensación que si me hubieran arrancado la piel del rostro. Me escocían los ojos.

El silencio parecía no acabarse nunca. Archie volvía a tener los ojos cerrados. Entonces, el teléfono de Earnest vibró en su mano y Archie asintió una única vez. Earnest se llevó el teléfono al oído a la velocidad de la luz.

—Ahora —dijo Earnest.

Royal acechaba la puerta frontal sin dirigir ni una sola mirada en mi dirección, pero Earnest me apretó el hombro al pasar a mi lado.

—Cuídate.

El susurro de Earnest quedó flotando en la habitación mientras ellos se deslizaban al exterior. Oí el ensordecedor arranque de la camioneta y luego cómo el ruido del motor se desvanecía.

Jessamine y Archie esperaron. Archie pareció llevarse el móvil al oído antes de que sonara.

—Edythe dice que el hombre está siguiendo a Earnest. Voy a por el coche.

Se desvaneció en las sombras por el mismo lugar por el que se había ido Edythe.

Jessamine y yo nos miramos el uno al otro. Se mantuvo en la punta opuesta del vestíbulo de donde yo me encontraba.

—Te equivocas, ya lo sabes —dijo con calma.

—¿Eh?

—Sé lo que sientes en estos momentos, y tú sí que lo mereces.

La sensación de que me estaban desollando muy lentamente no desapareció.

—Si les pasa algo, será por nada.

—Te equivocas —repitió ella, sonriéndome con amabilidad.

Archie apareció por la puerta frontal y se dirigió hacia mí con un brazo extendido.

—¿Puedo? —me preguntó.

—Eres el primero que me pide permiso —murmuré.

Archie me tomó en sus brazos como si fuera un bombero, igual que había hecho Earnest, mientras Jessamine nos escudaba con gesto protector y salió precipitadamente de la casa, cuyas luces siguieron brillando a nuestras espaldas.

IMPACIENCIA

Me desperté confuso. Me llevó más tiempo de lo habitual recordar dónde me hallaba.

La habitación era demasiado impersonal para pertenecer a ningún otro sitio que no fuera un hotel. Las lamparitas estaban atornilladas a las mesillas de noche y las cortinas eran del mismo material que la colcha.

Intenté recordar cómo había llegado allí, sin conseguirlo al principio.

Luego me acordé del coche negro con los cristales de las ventanillas aún más oscuros que los de las limusinas. Apenas si se oyó el motor, a pesar de que durante la noche habíamos corrido al doble del límite de la velocidad permitida por la autovía.

También recordaba a Archie, sentado junto a mí en lugar de en el asiento delantero con Jessamine. Recordaba haberme percatado de pronto de que estaba allí en calidad de guardaespaldas y que el asiento delantero no le quedaba lo suficientemente cerca de mí. Aquello debería haber acrecentado la sensación de amenaza inminente que, sin embargo, a mí me parecía a millones de kilómetros de allí. El peligro que me acechaba a nivel particular no era el que más me preocupaba.

Yo era el motivo de que Archie hubiera mantenido un extraño flujo de conciencia precognitiva durante toda la noche. Me interesaban hasta los detalles más nimios. Me relató paso a paso cómo Edythe, Carine y Eleanor avanzaban por el bosque y, aunque no conocía ninguno de los puntos de referencia que mencionaba, escuchaba cada palabra con suma atención. Y luego retrocedía y narraba la misma secuencia de modo distinto, cuando alguna decisión repentina redefinía el futuro. Aquello sucedía

constantemente, y era imposible seguir el hilo, pero me dio igual. Siempre que el futuro no colocara a Joss y a Edythe en el mismo plano, yo podría seguir respirando.

A veces, cuando se lo pedía, Archie se centraba en Earnest. Earnest y Royal iban en mi camioneta, en dirección este. Lo que significaba que el hombre pelirrojo aún les seguía el rastro.

A Archie le costaba ver a Charlie.

—Es más difícil con los humanos que con los vampiros —me dijo.

Recordaba que Edythe había dicho una vez algo parecido refiriéndose a mí. Me daba la sensación de que hacía años de aquello, aunque en realidad solo habían transcurrido algunos días. Recordaba sentirme desorientado por mi incapacidad de calcular el tiempo.

Recordaba haber visto surgir el amanecer por detrás de un pico de escasa altura en algún lugar de California. La luz me hirió los ojos, pero intenté no cerrarlos. Cuando lo hacía, las imágenes que afloraban tras mis párpados, inmóviles como diapositivas, me sobrepasaban. Prefería que se me quemaran las retinas a tener que revivirlas. La expresión desolada de Charlie, los dientes de Edythe, la mirada furiosa de Royal, los ojos carmesí de la rastreadora clavados en mí, la mirada apagada de los ojos de Edythe tras apartarse de mí.

Mantuve los ojos abiertos, y el sol fue surcando el cielo.

Recordaba haber sentido la cabeza pesada y ligera a la vez cuando atravesamos un ancho paso montañoso y el astro rey, ahora a nuestras espaldas, se reflejó en los techos de teja de mi ciudad. Ya no me quedaba la suficiente sensibilidad para sorprenderme de que hubiéramos efectuado un viaje de tres días en uno solo. Miré inexpresivamente la ciudad que se extendía ante mí, y lentamente fue calando en mi mente la idea de que aquello debería despertar algún sentimiento en mí. Los arbustos de creosota, las palmeras, las amebas verdes de los campos de golf y los manchones turquesas de las piscinas: se suponía que todo aquello debía resultarme familiar. Se suponía que debía sentirme en casa.

Las sombras de las farolas se inclinaban sobre la autopista interestatal con líneas más definidas de lo que yo recordaba. La oscuridad era inexistente. No había dónde esconderse en esas sombras.

—¿Cuál es el camino al aeropuerto? —preguntó Jessamine. Era la primera vez que hablaba desde que estábamos en el coche.

—No te salgas de la I-10 —contesté automáticamente—. Pasaremos justo al lado.

Me llevó un par de segundos más de lo habitual procesar las implicaciones que tenía su pregunta. Mi cerebro estaba nublado a causa del agotamiento.

—¿Vamos a volar a algún sitio? —le pregunté a Archie.

No era capaz de recordar el plan, pero aquello no sonaba parte de él.

—No, pero es mejor estar cerca, solo por si acaso.

Después vino a mi memoria el comienzo de la curva alrededor del Sky Harbor International…, pero en mi recuerdo no llegué a terminarla. Supongo que debió de ser entonces cuando mi cerebro decidió que ya era bastante.

Aunque, ahora que recuperaba los recuerdos, tenía la vaga impresión de haber salido del coche cuando el sol estaba tras el horizonte, con un brazo sobre los hombros de Archie y el suyo sujetándome mientras yo tropezaba en mi caminar bajo las sombras cálidas y secas.

No recordaba esta habitación.

Miré el reloj digital en la mesilla de noche. Los números en rojo indicaban las tres, pero no había manera de saber si eran a.m. o p.m. A través de las espesas cortinas no pasaba ni luz exterior, aunque las lámparas iluminaban la habitación.

Me levanté entumecido y me tambaleé hasta la ventana para apartar las cortinas.

Era de noche, así que debían de ser las tres de la madrugada. La habitación daba a una zona despejada de la autovía y al nuevo aparcamiento de estacionamiento prolongado del aeropuerto. Aunque muy levemente, me sentí algo mejor al saber dónde me encontraba y qué hora era.

Me miré. Seguía llevando puesto el suéter de Earnest y sus pantalones pesqueros. Recorrí la habitación con la mirada y me alegré al descubrir mi petate en lo alto de un pequeño armario.

Me sobresaltó un ligero golpecito en la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Archie.

Respiré hondo.

—Sí, claro.

Entró y me miró.

—Tienes aspecto de necesitar dormir un poco más.

Negué con la cabeza.

En silencio, se acercó despacio a las cortinas y las cerró.

—Debemos quedarnos dentro —me dijo.

—De acuerdo —mi voz sonaba ronca y se me quebró.

—¿Tienes sed? —me preguntó.

—Me encuentro bien —me encogí de hombros—. ¿Y tú qué tal?

—Nada que no pueda sobrellevarse —sonrió—. Te he pedido algo de comida, la tienes en el saloncito. Edythe me recordó que comes con más frecuencia que nosotros.

Presté más atención en el acto.

—¿Ha telefoneado?

—No —contestó, y vio cómo aparecía la desilusión en mi rostro—. Fue antes de que saliéramos. Me dio un montón de instrucciones. Ven a comer algo.

Salió de la habitación sin dejarme tiempo para alegar que no estaba hambriento, y le seguí con lentitud.

Había un saloncito anexo a la *suite*. De la televisión surgía un zumbido bajo de voces. Jessamine estaba sentada en la mesa que había en una esquina, con los ojos puestos en la tele, aunque su expresión no mostraba interés. Archie fue junto a ella y le acarició la melena color miel.

—¿Qué es lo último que sabes? —pregunté.

—Earnest y Royal están de vuelta en Forks. El pelirrojo se ha cansado de perseguirlos.

Abrí la boca para decir algo, pero Archie se me adelantó.

—Están vigilando a tu padre. El pelirrojo no podrá con ellos.

—¿Qué está haciendo?

—Inspeccionando el pueblo, buscándote, por lo que veo. Ha estado un rato en el instituto.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿Le ha hecho daño a alguien?

Archie negó con una sacudida de cabeza.

—Parece que se entregan plenamente a la caza una vez le dan comienzo.

—¿Edythe?

—Parece que está frustrada. Localizaron a la rastreadora, pero ya estaba huyendo. Se dirige hacia el norte. La están persiguiendo.

Me quedé allí de pie, sin saber muy bien qué hacer.

Edythe estaba persiguiendo a Joss. Sí, Carine y Eleanor estaban con ella, pero Edythe era la más rápida…

—Come algo, Beau. Edythe se vuelve intratable cuando cree que sus instrucciones no se están siguiendo al pie de la letra.

Había una bandeja de comida en la mesita de café en la que un par de tapas de acero inoxidable cubrían sendos platos. No se me ocurría qué hacer aparte de seguir las indicaciones de Archie. Me senté en el suelo al lado de la mesita de café y levanté la primera tapa. Ni siquiera miré la comida, simplemente cogí algo y empecé a comer. Debía de tener hambre, porque no habíamos parado a comer durante el viaje.

Se mantuvieron quietos en silencio mientras comía. Yo miraba la televisión, pero lo que veía no tenía ningún sentido para mí. ¿Era un programa de noticias? ¿Anuncios de la teletienda? No estaba seguro. Comí hasta vaciar los platos, pero no saboreé absolutamente nada.

Cuando ya no quedó nada de comer, clavé la vista en la pared.

Lo único que veía en mi mente era a Edythe en el bosque, rápida como un guepardo, más veloz que una bala. Era evidente que sería la primera en alcanzar a la rastreadora.

Las palabras de Lauren resonaban en mi cabeza. «No podrán con ella. Es absolutamente letal».

De repente, Jessamine apareció a mi lado, más cerca de mí de lo habitual.

—Beau —dijo, con voz tranquilizadora—, no hay de qué preocuparse. Aquí estás completamente a salvo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —me preguntó confundida. Aunque podía sentir el tono de mis emociones, no comprendía el motivo.

—Ya oíste a Lauren. Dijo que Joss era mortífera. ¿Qué pasa si algo va mal y se separan? Si les pasara algo a Carine, Eleanor, Edythe… —se me quebró la voz—. Si ese maníaco pelirrojo le hace daño a Earnest, ¿cómo podré vivir después sabiendo que fue por mi culpa? Ninguno de vosotros debería arriesgarse por mí…

—Para, Beau, para… —me interrumpió Jessamine, pronunciando con tal rapidez que me resultó difícil entenderla—. Te preocupas por lo que no debes, Beau. Confía en mí en esto: ninguno de nosotros está en peligro. Ya soportas demasiada presión tal como están las cosas, no hace falta que le añadas preocupaciones imaginarias. ¡Escúchame! —me ordenó, porque yo había vuelto la mirada a otro lado—. Nuestra familia es fuerte y nuestro único temor es perderte.

—Pero ¿por qué…?

Archie apareció junto a mí entonces, enlazando su brazo alrededor de la cintura de Jessamine.

—Edythe lleva sola casi un siglo y ahora te ha encontrado. No sabes cuánto ha cambiado, pero nosotros sí que lo vemos, después de llevar juntos tanto tiempo. ¿Crees que podríamos mirarla a la cara los próximos cien años si te pierde?

La culpa empezó a remitir, pero, si bien la calma que se extendía sobre mí parecía completamente natural, como si emanara de mi interior, sabía que no era cierto.

—¿Sabes?, yo habría hecho esto de todos modos —añadió Archie—. Incluso si Edythe no nos lo hubiera pedido.

—¿Por qué?

Él sonrió.

—Es difícil de explicar sin parecer un poco esquizofrénico. Para mí el tiempo tiene un significado distinto del que tiene para ti, o para Jess, o para cualquier otra persona… —Jessamine sonrió y le pellizcó el lóbulo de la oreja—. Así que para ti nada de esto va a tener sentido pero, para mí, es como si fuéramos amigos desde hace mucho tiempo, Beau. Desde el momento en que empezaste a formar parte de la vida de Edythe, para mí es como si hubiéramos compartido cientos de horas. Como si nos hubiéramos reído juntos de las exageraciones de Edythe, como si hubiéramos molestado

a Royal juntos hasta el punto de obligarlo a irse de la casa, como si hubiéramos pasado toda la noche juntos hablando con Carine… —me lo quedé mirando y él se encogió de hombros—. Así vivo yo el mundo…

—¿Somos amigos? —pregunté, con la voz rezumante de asombro.

—Mejores amigos —me dijo—. Algún día lo seremos. ¿No te parece un acierto que mi hermana favorita se haya enamorado de mi mejor amigo? Creo que le debo una.

—Ajá —fue lo único que conseguí decir.

Archie rio y Jessamine puso los ojos en blanco.

—Muchas gracias, Archie. Acababa de conseguir que se tranquilizara.

—No, estoy bien —les prometí.

Tal vez Archie estuviera mintiendo para hacerme sentir mejor, pero, de todas maneras, funcionó. Si Archie también quería ayudarme genuinamente, si no lo hacía solo por Edythe, la situación era un poco menos terrible.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Esperamos a que algo cambie.

Había sido un día muy largo.

Permanecimos en la habitación. Archie llamó a recepción y les pidió que suspendieran el servicio de limpieza para arreglar el cuarto. Las cortinas permanecieron cerradas, con la televisión encendida, aunque nadie la miraba. Me traían la comida a intervalos regulares.

Resultaba curioso lo cómodo que de repente me sentía con Archie. Era como si, al verbalizar la visión que había tenido sobre nuestra amistad, se hubiera convertido en algo real. Se sentó en la silla que había junto al sofá donde yo estaba tumbado en una postura muy poco grácil y respondió a las preguntas que no me había atrevido a hacerle antes a causa de los nervios. A veces las contestaba incluso antes de que yo las formulara. Era un poco raro, pero supuse que así se sentía todo el mundo cuando estaba con Edythe.

—Sí —respondió en cuanto la pregunta se formuló en mi mente—. Exactamente así es. Se esfuerza mucho para que no la odiemos por ello.

Me contó cómo era despertar tras convertirse en vampiro.

—Solo recuerdo una cosa, y ni siquiera estoy seguro de que sea realmente un recuerdo. Creo recordar que alguien pronunció mi nombre,

llamándome Archie. Pero tal vez me estuviera acordando de algo que todavía no había sucedido, viendo que algún día alguien me llamaría Archie —sonrió, al ver mi expresión confundida—. Ya lo sé. Es la pescadilla que se muerde la cola, ¿verdad?

»¿El pelo? —se pasó una mano por el cuero cabelludo, en absoluto avergonzado. La pelusilla tenía la longitud suficiente como para intuir que su cabello debía de haber sido castaño oscuro, casi negro, como sus cejas—. Era un *look* bastante rompedor para ser 1920. Un poco pronto para haber sido un cabeza rapada, gracias a Dios. Mis apuestas son que se debió o a una enfermedad o a la mala conducta.

—¿Mala conducta? —pregunté.

—Tal vez estuve en prisión —se encogió de hombros.

—No debías de ser mucho mayor que yo —protesté.

Hizo crujir sus dedos con aire pensativo.

—Me gusta imaginar que, si realmente fui un delincuente, debí de ser una prodigiosa mente criminal.

Jessamine —que estaba de nuevo sentada a la mesa, en silencio en casi todo momento— rio conmigo.

—No resultó tan confuso como debería haberlo sido —dijo Archie cuando le pregunté acerca de sus primeras visiones—. Resultaba algo natural: de algún modo era consciente de que lo que estaba viendo no había sucedido aún. Creo que quizá ya viera cosas antes de transformarme. O tal vez sea solo que me adapto muy rápido —sonrió, conocedor de la pregunta que le tenía preparada—. Fue Jess. Ella fue lo primero que vi —y luego añadió—. No, no la conocí en persona hasta mucho después.

Noté en su tono de voz algo que me llevó a preguntarle:

—¿Cuánto?

—Veintiocho años.

—¿Veintiocho…? ¿Tuviste que esperar veintiocho años? ¿No podrías…?

Archie asintió.

—Podría haberla encontrado antes. Sabía dónde estaba. Pero ella aún no estaba preparada para que yo llegara. Si hubiera aparecido demasiado pronto, ella me habría matado.

Yo reprimí un grito y me quedé mirándola. Ella me dedicó una ceja enarcada y volvió a mirar a Archie, que se rio.

—Pero Edythe me dijo que tú fuiste el único que pudo enfrentarse a ella…

Jessamine resopló, pero no daba la sensación de que estuviera enfadada, sino más bien hastiada. La miré de nuevo y vi que volvía a poner los ojos en blanco.

—Nunca lo sabremos —dijo Archie—. Es imposible saber si Jess estaba realmente intentando matar a Edythe, o solo estaba jugando. Bueno, Jess tiene mucha experiencia. Mi capacidad para ver el futuro no es la única razón por la que igualo a Edythe; también es gracias a ella, que me enseñó a luchar. Todos los miembros del aquelarre de Lauren estaban pendientes de Eleanor, y te aseguro que Eleanor es espectacular, pero si hubiéramos tenido que luchar con ellos, El no hubiera sido su mayor problema. Si se hubieran fijado mejor en mi amada —dijo, tirándole un beso—, se habrían olvidado inmediatamente de la fortachona.

Recordaba la primera vez que había visto a Jessamine en la cafetería con su familia. Era hermosa, como los demás, pero había en su belleza un matiz más agresivo. Antes incluso de poder verbalizarlo mentalmente, había percibido que tenía algo que se correspondía con lo que Archie me estaba contando en aquel momento.

Miré a Archie.

—Se lo puedes preguntar directamente a ella —me dijo—. Pero no te lo va a contar.

—¿Quiere conocer mi historia? —supuso Jessamine. Dejó escapar una risa de tintes sombríos—. No estás preparado para escucharla, Beau, créeme.

Y, aunque seguía sintiendo curiosidad, la creí.

—Decías que te costaba más con los humanos… Pero parece que a mí puedes verme bastante bien —observé.

—Estoy concentrado, y además estás aquí —dijo Archie—. De todos modos, los dos segundos inmediatos al momento en que nos encontramos son siempre pan comido. Las que no suelen sostenerse son las visiones a

largo plazo. Las cosas se complican incluso si intento ver a una sola hora de distancia.

Archie me mantenía al tanto de la actividad de los demás, que era prácticamente nula. A Joss se le daba bien huir. Archie me contó que había algunos trucos que le facilitaban la tarea: los aromas no podían detectarse en el agua, por ejemplo. Joss parecía conocer todas aquellas artimañas. Al menos media docena de veces el rastro guiaba a Carine, Edythe y Eleanor de vuelta hacia Forks para luego volver a desviarse en dirección contraria. Archie llamó a Carine dos veces para darle instrucciones. La primera, mencionó algo relacionado con la dirección a la que Joss se había dirigido en un principio, y, la segunda, le indicó dónde podían recuperar el rastro de su olor al otro lado del río. Por cómo lo describía, no estaba viendo a la cazadora, sino a Edythe y Carine. Supuse que era capaz de ver a su familia con mayor claridad. Quise pedirle el teléfono, pero sabía que no podían perder tiempo simplemente para que yo escuchara la voz de Edythe. Estaban de caza.

También sabía que se suponía que debía desear que Edythe y las demás tuvieran éxito en su búsqueda, pero no podía evitar sentirme aliviado a medida que la distancia entre Joss y ella aumentaba, a pesar de la ayuda de Archie. Si aquello implicaba tener que quedarme encerrado en aquella habitación de hotel para siempre, no me quejaría. Lo que fuera con tal de que ella estuviera a salvo.

Había una pregunta en concreto que me moría de ganas de formular, pero vacilaba si hacerlo o no. Tenía la sensación de que, si Jessamine no hubiera estado presente, quizá la hubiera hecho antes. No sentía la misma comodidad en su presencia que la que experimentaba ahora con Archie, aunque probablemente tan solo se debía a que ella no estaba interviniendo para que así fuera.

Mientras comía —¿la cena, tal vez? No era capaz de recordar a qué comida del día se correspondía— empecé a pensar en distintas maneras de formular la pregunta. Y, entonces, capté una mirada en el rostro de Archie y me percaté de que ya sabía lo que intentaba preguntarle. A diferencia de las otras decenas de preguntas que ya le había formulado, su elección era no contestar esta.

Entorné los ojos.

—¿Estaba esto incluido en la lista de instrucciones de Edythe? —pregunté con amargura.

Me dio la sensación de escuchar un leve suspiro procedente de la esquina de Jessamine. Probablemente le resultaba muy incómodo escuchar solo la mitad de la conversación, pero debía de estar acostumbrada. Me apostaba cualquier cosa a que Edythe y Archie nunca sentían la necesidad de hablar en alto cuando conversaban entre ellos.

—Estaba implícito —respondió Archie.

Pensé en su discusión en el Jeep. ¿Tendría algo que ver con aquello?

—Supongo que nuestra futura amistad no es motivo suficiente para traicionar su lealtad.

—Edythe es mi hermana —dijo con el ceño fruncido.

—¿Aunque no estés de acuerdo con ella en este punto en particular?

Nos quedamos mirando un minuto.

—Eso es lo que viste —me percaté. Noté cómo se me agrandaban los ojos—. Y entonces ella se enfadó muchísimo. Ya lo habías visto, ¿no es así?

—Era solo una posibilidad futura de entre muchas. También te vi morir —me recordó.

—Pero lo viste. Es una posibilidad.

Se encogió de hombros.

—¿No te parece que merezco saberlo, entonces? ¿Aunque solo exista una mínima posibilidad?

Archie me miró largamente, deliberando.

—Sí, te lo mereces —dijo por fin—. Tienes derecho a saberlo.

Aguardé.

—No sabes las cotas que puede alcanzar la furia de Edythe cuando alguien la decepciona —me advirtió.

—No es de su incumbencia. Esto es entre tú y yo. Archie, te lo estoy pidiendo como amigo.

Él hizo una pausa y tomó una decisión.

—Puedo contarte cómo se desarrolla el proceso, pero no recuerdo cómo me sucedió, no lo he hecho ni he visto hacerlo a nadie, así que ten claro que solo te puedo explicar la teoría.

—Ah, así que es eso —murmuró Jessamine a mis espaldas. Se me había olvidado que estaba escuchando.

Esperé.

—Nuestros cuerpos de depredador disponen de un verdadero arsenal de armas, mucho mayor del que se necesita para cazar presas fáciles como los humanos. Fuerza, velocidad, sentidos muy agudos, y eso sin tener en cuenta a aquellos de nosotros que, como Edythe, Jessamine o yo mismo, también poseemos poderes extrasensoriales. Además, resultamos físicamente atractivos a nuestras presas, como una flor carnívora.

Estaba reviviendo mentalmente cómo me había demostrado Edythe eso mismo en el prado.

Esbozó una sonrisa amplia y sus dientes refulgieron.

—Tenemos también otra arma de escasa utilidad. Somos ponzoñosos. Esa ponzoña no mata, simplemente incapacita. Actúa despacio y se extiende por todo el sistema circulatorio, de modo que ninguna presa se encuentra en condiciones físicas de resistirse y huir de nosotros una vez que la hemos mordido. Es poco útil, como te he dicho, porque no hay víctima que se nos escape en distancias cortas. A no ser que así lo deseemos, por supuesto.

—Carine —dije en voz baja. Las lagunas de la historia que Edythe me había contado estaban empezando a rellenarse—. Así que si se deja que la ponzoña se extienda…

—Completar la transformación requiere varios días, depende de cuánta ponzoña haya en la sangre y cuándo llegue al corazón. El creador de Carine la mordió en la mano a propósito para empeorar el proceso. Mientras el corazón siga latiendo se sigue extendiendo, curando y transformando el cuerpo conforme llega a todos los sitios. La conversión finaliza cuando se para el corazón, pero, durante todo ese lapso de tiempo, la víctima desea la muerte a cada minuto, y la pide a gritos.

Temblé.

—No es agradable, es cierto.

—Edythe me dijo que era muy difícil de hacer… Pero lo que cuentas parece bastante simple.

—En cierto modo nos asemejamos a los tiburones. Una vez que hemos probado la sangre o al menos la hemos olido, da igual, se hace muy difícil no alimentarse. Imposible, incluso. Así que, ya ves, morder realmente a alguien y probar la sangre puede iniciar la vorágine. Es difícil para todos: el deseo de sangre por un lado para nosotros, y por otro el dolor horrible para la víctima.

—Suena a algo que costaría olvidar —dije.

—El dolor de la transformación es el recuerdo más nítido que suelen tener casi todos de su vida humana. No sé por qué yo soy distinto.

Archie se quedó con la mirada perdida, inmóvil. Me pregunté cómo sería no saber quién eres. Mirarte y no reconocer a la persona cuyo reflejo te devolvía el espejo.

Aunque me costaba creer que Archie hubiera podido ser un criminal: su rostro tenía algo que era intrínsecamente bondadoso. Royal era el vanidoso, al que las chicas del instituto se quedaban mirando, pero el rostro de Archie encerraba algo que superaba aquella perfección. Era una pureza absoluta.

—Ser diferente tiene su lado positivo —dijo Archie de repente—. No recuerdo a ninguna de las personas que dejé atrás después de mi muerte. Ese dolor también me lo he ahorrado —me miró con los ojos levemente entornados—. Carine, Edythe y Earnest perdieron a alguien importante para ellos antes de abandonar su humanidad. Así que hubo pérdida, pero no arrepentimiento. Para los demás fue muy distinto. El dolor físico es algo rápido, en comparación, Beau. Hay maneras mucho más lentas de sufrir…

»Los padres de Royal le amaban y dependían de él, y tenía dos hermanas pequeñas a las que adoraba. Nunca pudo volver a verlas tras haber sido transformado. Y, además, los sobrevivió a todos. Ese tipo de dolor actúa de una manera muy, muy lenta…

Me preguntaba si estaría intentando que sintiera compasión por Royal, que le concediera un poco de margen, aunque me odiara. Y, bueno…, la verdad es que estaba funcionando.

Sacudió la cabeza, como si fuera consciente de que no lo estaba comprendiendo.

—Es parte del proceso, Beau. Yo no lo he vivido. No puedo explicarte qué se siente, pero forma parte del proceso.

Y entonces entendí a qué se refería.

De nuevo, se quedó completamente inmóvil. Apoyé la cabeza sobre un brazo y me quedé mirando el techo.

Si…, si algún día Edythe quería que me convirtiera… ¿Qué implicaciones tendría eso para mi madre? ¿Y para Charlie?

Había muchas cosas que meditar. Cosas sobre las que ni siquiera sabía qué pensar.

Pero había otras que parecían muy evidentes. Por algún motivo, Edythe no quería que reflexionara sobre todo aquello. ¿Por qué? Noté un retortijón en el estómago cuando intenté encontrar una respuesta para esa pregunta.

Entonces, Archie se incorporó como impulsado por un resorte.

Yo me lo quedé mirando, sorprendido por el repentino movimiento, y de nuevo asustado cuando vi la expresión de su cara.

Tenía el rostro completamente impasible, vacío, y la boca entreabierta.

Entonces Jessamine apareció a su lado, y le empujó con delicadeza para que volviera a sentarse en la silla.

—¿Qué ves? —le preguntó en voz baja, con tono tranquilizador.

—Algo ha cambiado —respondió Archie, en voz más baja aún si cabe.

Yo me incliné hacia ellos.

—¿Qué es?

—V-veo una gran habitación con espejos por todas partes. El suelo es de madera. Joss se encuentra allí, esperando. Hay algo dorado… una banda dorada que cruza los espejos.

—¿Dónde está la habitación?

—No lo sé. Aún falta algo, una decisión que no se ha tomado todavía.

—¿Cuánto tiempo queda para que eso ocurra?

—Es pronto, estará en la habitación del espejo hoy o quizá mañana. Se encuentra a la espera y ahora permanece en la penumbra.

La expresión volvió a borrarse de su rostro.

La voz de Jessamine era metódica.

—¿Qué hace ahora?

—Ver la televisión a oscuras en algún sitio… No, es un vídeo.

—¿Puedes ver dónde se encuentra?

—No, la estancia es demasiado oscura.

—¿Hay algún otro objeto en la habitación del espejo?

—Solo veo espejos y una especie de banda dorada que rodea la habitación. También hay un gran equipo de música y un televisor encima de una mesa negra. Ha colocado allí un vídeo, pero no lo mira de la misma forma que lo hacía en la habitación a oscuras —sus ojos erraron sin rumbo fijo, y luego se centraron en el rostro de Jessamine—. Esa es la habitación donde espera.

—¿No hay nada más?

Archie negó con la cabeza; luego, se miraron el uno al otro, inmóviles.

—¿Qué significa? —pregunté.

Nadie me contestó durante unos instantes; luego, Jessamine me miró.

—Significa que la rastreadora ha cambiado de planes y ha tomado la decisión que la llevará a la habitación del espejo y a la sala oscura.

—Pero no sabemos dónde están.

—No.

—Bueno, pero sí que sabemos que no la están persiguiendo en las montañas al norte de Washington. Se les escapará —concluyó Archie lúgubremente.

Respondió al teléfono justo cuando empezaba a vibrar.

—Carine —susurró, con los ojos fijos en mí—. Sí —permaneció a la escucha un buen rato y dijo—: Acabo de verla —afirmó, y le describió la reciente visión igual que había hecho con Jessamine—. Fuera lo que fuera lo que la hizo tomar ese avión, seguramente la va conducir a esas habitaciones —hizo una pausa—. Sí —contestó al teléfono, y luego me llamó—. ¿Beau?

Prácticamente se lo arranqué de la mano.

—¿Diga?

—Beau —jadeó Edythe.

—¡Oh, Edythe! —dije yo—. ¿Dónde estás?

—En los alrededores de Vancouver. Lo siento, Beau, pero la hemos perdido. Parecía sospechar de nosotros y ha permanecido lo bastante lejos para que no pudiera leerle el pensamiento. Se ha ido, parece que ha tomado un avión. Creemos que ha vuelto a Forks para empezar de nuevo la búsqueda.

Oía detrás de mí cómo Archie ponía al día a Jessamine.

—Lo sé. Archie vio que se había marchado.

—Pero no tienes de qué preocuparte, no has dejado ningún rastro que pueda seguir. Solo tienes que quedarte con Archie y esperar hasta que la encontremos otra vez. Archie podrá localizarla pronto.

—Estaré bien. ¿Está Earnest con Charlie?

—Sí, el hombre ha estado en la ciudad. Entró en la casa mientras Charlie estaba en el trabajo. No se le ha acercado. No te preocupes, está a salvo, vigilado por Earnest y Royal.

Por algún motivo, la presencia de Royal no me reconfortaba demasiado.

—¿Qué crees que está haciendo Victor?

—Intenta recuperar el rastro. Ha merodeado por la zona toda la noche. Royal lo ha seguido hasta el aeropuerto, en Port Angeles, por todas las carreteras alrededor de la ciudad, en la escuela… Está rebuscando por todos lados, Beau, pero no va a encontrar nada.

—¿Estás segura de que Charlie está a salvo?

—Sí, Earnest no le pierde de vista; y yo volveré pronto. Si la rastreadora se acerca a Forks, la atraparé.

—Ten cuidado. No te apartes de Carine y Eleanor —tragué saliva.

—Sé lo que hago.

—Te echo de menos —reconocí.

—Ya lo sé, Beau. Créeme que lo sé. Es como si te hubieras llevado una mitad de mí contigo.

—Ven y recupérala, entonces.

—Pronto, en cuanto pueda, pero antes me aseguraré de dejar esto arreglado —su voz se había endurecido.

—Te quiero.

—¿Me crees si te digo que, a pesar del trago que te estoy haciendo pasar, también te quiero?

—Claro que te creo.

—Me reuniré contigo enseguida.

—Te esperaré.

La nube de abatimiento volvió a aplastarme en cuanto se cortó la comunicación. Jessamine me miró intensamente y la sensación desapareció.

Luego, volvió a mirar a Archie. Estaba en el sofá, inclinado sobre la mesa, con el bolígrafo de promoción del hotel en la mano. Me acerqué a mirar qué estaba haciendo.

Dibujaba un boceto en un trozo del papel con el membrete del hotel. Me incliné sobre el respaldo del sofá para mirar por encima de su hombro.

Había pintado una habitación grande y rectangular, con una pequeña sección cuadrada al fondo. Dibujó líneas para mostrar cómo las tablas de madera del suelo se extendían a lo largo de toda la estancia. En la parte inferior de las paredes había unas líneas que atravesaban horizontalmente los espejos, y también una banda larga, a la altura de la cintura, que recorría las cuatro paredes. Archie había dicho que era una banda dorada.

—Es un estudio de *ballet* —dije, al reconocer de pronto el aspecto familiar del cuarto.

Me miraron sorprendidos.

—¿Conoces esta habitación?

La voz de Jessamine sonaba calmada, pero debajo fluía una corriente subterránea de algo que no pude identificar. Archie se acercó un poco más al papel, haciendo volar su mano por la página; en la pared del fondo fue tomando forma una salida de emergencia justo donde yo sabía que estaría y un equipo de música al fondo, en la esquina de la derecha.

—Se parece a una academia en la que mi madre solía dar clases de baile, aunque no lo hizo durante mucho tiempo. Tenía el mismo aspecto —toqué la página donde destacaba la sección cuadrada, que luego se estrechaba en la parte trasera de la habitación—. Aquí se encontraba el baño, y esa puerta daba a otra clase, pero el aparato de música estaba aquí —señalé la esquina izquierda—. Era más viejo, y no había televisor. También había una ventana en la sala de espera: al mirar a través de ella se podía ver la habitación con esta perspectiva.

Archie y Jessamine me miraban fijamente.

—¿Estás seguro de que es la misma habitación? —me preguntó Jessamine con aquella tranquilidad tan poco natural.

—No, no del todo. Bueno, es que todos los estudios de danza son muy parecidos, todos tienen espejos y barras —me recliné sobre el sofá y deslicé

un dedo a lo largo de la barra de *ballet* situada junto a los espejos—. Solo digo que su aspecto me resulta familiar.

—¿Tendría algún sentido que quisieras ir allí ahora? —me preguntó Archie.

—No, no he puesto un pie allí desde que mi madre dejó el trabajo, hace por lo menos diez años.

—¿Y no puede guardar algún tipo de relación contigo ahora? —inquirió Archie con suma atención.

Sacudí la cabeza.

—No, ni siquiera creo que siga perteneciendo a la misma persona. Estoy seguro de que debe de ser otro estudio de danza en cualquier otro sitio.

—¿Dónde está el estudio en el que trabajaba tu madre? —me preguntó Jessamine con un tono mucho más despreocupado que el de Archie.

—Estaba justo en la esquina de nuestra casa. Por eso aceptó el trabajo, para que yo pudiera esperarla allí cuando volviera a casa desde el colegio… —dejé la frase inconclusa, pero me percaté del intercambio de miradas entre Archie y Jessamine.

—Entonces, ¿está aquí? ¿En Phoenix? —preguntó Jessamine, cuyo tono de voz seguía pareciendo imperturbable.

—Sí —murmuré—. En la 58 esquina con Cactus.

Nos quedamos todos contemplando fijamente el dibujo en silencio.

—Archie, ¿es seguro este teléfono? —pregunté.

—Si rastrean el número, la pista los llevará a Washington —me respondió.

—Entonces puedo usarlo para llamar a mi madre.

—¿Está en Florida, verdad? Allí debería estar a salvo.

—Así es, pero va a volver pronto y no puede ir a esa casa mientras… —me tembló la voz.

No dejaba de darle vueltas a que Victor había estado en casa de Charlie y en la escuela, donde figuraban mis datos.

—¿Cuál es su número? —preguntó Archie, con el teléfono en la mano.

—No tienen número fijo, salvo en casa, aunque se supone que mamá comprueba si tiene mensajes en el contestador de vez en cuando.

—¿Jess? —preguntó Archie.

La aludida se lo pensó.

—No creo que esto ocasione daño alguno, aunque asegúrate de no revelar tu paradero, claro.

Asentí y extendí la mano para recibir el móvil. Marqué el número que me era tan familiar y esperé cuatro tonos hasta que escuché la voz despreocupada de mi madre pidiendo que dejara un mensaje.

—Mamá —dije después del pitido—, soy yo, Beau. Escucha, necesito que hagas algo. Es importante. Llámame a este número en cuanto oigas el mensaje —Archie señaló el número, que ya estaba escrito en la parte inferior del dibujo, y lo leí cuidadosamente dos veces—. Por favor, no vayas a ninguna parte hasta que no hablemos. No te preocupes, estoy bien, pero llámame enseguida, no importa lo tarde que oigas el mensaje, ¿vale? Te quiero, mamá, chao.

Cerré los ojos y recé con todas mis fuerzas para que no llegara a casa por algún cambio imprevisto de planes antes de oír mi mensaje. Y, entonces, volvimos a esperar.

Pensé en llamar a Charlie, pero no sabía muy bien qué decirle. Me concentré en las noticias, buscando historias sobre Florida o sobre el entrenamiento de primavera, además de huelgas, huracanes o ataques terroristas, cualquier cosa que provocase un regreso anticipado.

Daba la sensación de que la inmortalidad debía de ayudar mucho a ejercitar la paciencia. Ni Jessamine ni Archie parecían sentir la necesidad de hacer nada en especial. Durante un rato, Archie dibujó un diseño vago de la habitación oscura que había visto en su visión, a la luz débil de la televisión. Pero, cuando terminó, simplemente se quedó sentado, mirando las blancas paredes. Tampoco Jessamine parecía tener la necesidad de pasear, inspeccionar el exterior por un lado de las cortinas, o pegar puñetazos a las paredes, como me ocurría a mí.

Debí de quedarme dormido en el sofá mientras esperaba a que sonara el móvil.

LA LLAMADA

En cuanto me desperté me di cuenta de que era demasiado temprano. Estaba invirtiendo el horario del día y de la noche. La tele estaba encendida; era la única luz que iluminaba la habitación, pero el sonido estaba desactivado. El reloj que había sobre la televisión marcaba las dos de la madrugada. Escuché un murmullo de voces hablando a toda velocidad y en voz muy baja, y supuse que sería eso lo que me había despertado. Me quedé tumbado en el sofá durante un minuto, esperando a que mis ojos y mis oídos se acostumbraran.

Resultaba muy extraño que hablaran lo bastante alto como para despertarme y me incorporé.

Archie estaba inclinado sobre el escritorio, y Jessamine estaba a su lado con una mano apoyada en su espalda. Estaba dibujando otra vez.

Me levanté y me acerqué a ellos. Estaban tan absortos en el trabajo de Archie que no miraron cuando entré.

Rodeé a Archie para ver desde el otro lado.

—Ha visto algo más —le dije en voz baja a Jessamine.

—Sí. Algo ha hecho regresar a la rastreadora a la habitación donde estaba el vídeo, y ahora está iluminada —respondió.

Observé a Archie dibujar una habitación cuadrada con vigas oscuras en el techo bajo. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera, un poco más oscuros de la cuenta, pasados de moda. Una oscura alfombra estampada cubría el suelo. Había una ventana grande en la pared sur, y en la pared oeste, un vano que daba a una sala de estar. Uno de los lados de esta entrada era de piedra y en él se abría una gran chimenea de color canela que

daba a ambas habitaciones. Desde este punto de vista, el centro de la imagen lo ocupaban un televisor y un vídeo —en equilibrio un tanto inestable sobre un soporte de madera demasiado pequeño para los dos—, que se encontraban en la esquina sudoeste de la habitación. Un viejo sofá de módulos se curvaba enfrente de la televisión con una mesita de café redonda delante.

—El teléfono está allí —susurré, e indiqué el lugar.

Ambos me miraron.

—Es la casa de mi madre.

Archie ya estaba en la otra punta de la habitación con el móvil en la mano; empezó a marcar. Contemplé ensimismado la fiel interpretación de mi sala de estar. Jessamine se acercó aún más a mí, cosa rara en ella, y me puso la mano suavemente en el hombro. El contacto físico acentuó su influjo tranquilizador. La sensación de pánico se difuminó y no llegó a tomar forma.

Los labios de Archie eran una mancha borrosa, hablaba tan deprisa que su voz no era más que un sordo zumbido imposible de entender.

—Beau —me llamó Archie. Le miré atontado—. Beau, Edythe viene de camino. Eleanor, Carine y ella te van a recoger para esconderte durante un tiempo.

—¿Edythe está viniendo?

—Sí. Va a tomar el primer vuelo que salga de Seattle. La recogeremos en el aeropuerto y te irás con ella.

—Pero, mi madre… —aunque Jessamine me estaba tocando, noté cómo el pánico se expandía por mi pecho—. ¡La rastreadora ha venido a por mi madre, Archie!

—Jess y yo nos aseguraremos de que esté a salvo.

—No podemos ganar a la larga, Archie. No podéis proteger a toda la gente que conozco durante toda la vida. ¿No ves lo que está haciendo? No me persigue directamente a mí, pero encontrará y hará daño a cualquier persona que yo ame… Archie, no puedo…

—La atraparemos, Beau.

—¿Y si te hiere, Archie? ¿Crees que eso me va a parecer bien? ¿Crees que solo puede hacerme daño a través de mi familia humana?

Archie enarcó las cejas al mirar a Jessamine. Una espesa niebla de agotamiento se apoderó de mí y los ojos se me cerraron sin que pudiera evitarlo. Luché contra la niebla, consciente de lo que estaba pasando. Forcé a mis ojos para que se abrieran y me levanté, alejándome de la mano de Jessamine.

—No necesito dormir —espeté.

Volví a la habitación y cerré la puerta con un sonoro golpe a mis espaldas. Archie no me siguió en esta ocasión, tal y como esperaba. Quizá hubiera visto cómo iba a recibirle. Permanecí sentado en el suelo durante casi cuatro horas, mirando la pared, con los puños cerrados. Mi mente vagabundeaba en círculos, intentando salir de alguna manera de aquella pesadilla. No veía ninguna escapatoria, y solo un final posible. La única cuestión era cuánta gente iba a resultar herida antes de que eso ocurriera.

Regresé al salón, sintiéndome un poco culpable por mi comportamiento, cuando sonó el móvil. Esperaba no haber ofendido a nadie, que se dieran cuenta de que solo podía estar agradecido por los sacrificios que hacían por mí.

Archie hablaba a toda velocidad por teléfono de nuevo. Miré alrededor, pero Jessamine no estaba. El reloj decía que eran las cinco y media de la mañana.

—Acaban de subir al avión. Aterrizarán a las nueve cuarenta y cinco —dijo Archie.

Solo tenía que intentar no desmoronarme durante unas cuantas horas más, hasta que ella llegara.

—¿Dónde está Jessamine?

—Ha ido a reconocer el terreno.

—¿No os vais a quedar aquí?

—No, nos vamos a instalar más cerca de la casa de tu madre.

Sentí ganas de vomitar, pero el móvil sonó de nuevo. Archie miró el número y me tendió el teléfono. Yo se lo arranqué de la mano.

—¿Mamá?

—¿Beau? ¿Beau? —era la voz de mi madre, con ese timbre familiar que le había oído miles de veces en mi infancia cada vez que me acercaba

demasiado al borde de la acera o me alejaba demasiado de su vista en un lugar atestado de gente. Era el timbre del pánico.

—Tranquilízate, mamá —contesté, con la más sosegada de las voces, mientras me separaba lentamente de Archie y me encaminaba de vuelta a la habitación. No estaba seguro de poder mentir de forma convincente con sus ojos fijos en mí—. Todo va bien, ¿de acuerdo? Dame un minuto nada más y te lo explicaré todo, te lo prometo.

Hice una pausa, sorprendido de que no me hubiera interrumpido ya.

—¿Mamá?

—Ten mucho cuidado de no soltar prenda hasta que haya dicho todo lo que tengo que decir —la voz que acababa de escuchar me fue tan poco familiar como inesperada. Era una voz de mujer, pero no la de mi madre. Era una suave voz de soprano, muy agradable e impersonal, la clase de voz que se oye de fondo en los anuncios de deportivos de lujo. Hablaba muy deprisa—. Bien, no tengo por qué hacer daño a tu madre, así que, por favor, haz exactamente lo que te diga y no le pasará nada —hizo una pausa de un minuto mientras yo escuchaba, mudo de horror—. Muy bien —me felicitó —. Ahora repite mis palabras, y procura que parezca natural. Por favor, di: «No, mamá, quédate donde estás».

—No, mamá, quédate donde estás —mi voz apenas sobrepasaba el volumen de un susurro.

—Empiezo a darme cuenta de que esto no va a ser fácil —la voz parecía divertida, todavía agradable y amistosa—. ¿Por qué no entras en otra habitación para que la expresión de tu rostro no lo eche todo a perder? No hay motivo para que tu madre sufra. Mientras caminas, por favor, di: «Mamá, por favor, escúchame». ¡Venga, dilo ya!

—Mamá, por favor, escúchame —supliqué.

Me encaminé despacio hacia el dormitorio sin dejar de sentir la mirada preocupada de Archie clavada en mi espalda.

Cerré la puerta al entrar mientras intentaba pensar con claridad a pesar del pavor que incapacitaba mi mente.

—¿Hay alguien donde te encuentras ahora? Contesta solo sí o no.

—No.

—Pero todavía pueden oírte, estoy segura.

—Sí.

—Está bien, entonces —continuó la voz amigable—, repite: «Mamá, confía en mí».

—Mamá, confía en mí.

—Esto ha salido bastante mejor de lo que yo creía. Estaba dispuesta a esperar, pero tu madre ha llegado antes de lo previsto. Es más fácil de este modo, ¿no crees? Menos suspense y menos ansiedad para ti.

Esperé.

—Ahora, quiero que me escuches con mucho cuidado. Necesito que te alejes de tus amigos, ¿crees que podrás hacerlo? Contesta sí o no.

—No.

—Lamento mucho oír eso. Esperaba que fueras un poco más imaginativo. ¿Crees que te sería más fácil separarte de ellos si la vida de tu madre dependiera de ello? Contesta sí o no.

No sabía cómo, pero debía encontrar la forma.

—Sí —musité entre dientes.

—Muy bien, Beau. Esto es lo que has de hacer. Quiero que vayas a casa de tu madre. Hay un número junto al teléfono. Llama, y te diré adónde tienes que ir desde allí —me hacía una idea de adónde iría y dónde terminaría aquel asunto, pero, a pesar de todo, pensaba seguir las instrucciones con exactitud—. ¿Puedes hacerlo? Contesta sí o no.

—Sí.

—Y que sea antes de mediodía, por favor, Beau. No tengo todo el día —pidió.

—¿Dónde está Phil? —siseé.

—Ah, y ten cuidado, Beau. Espera hasta que yo te diga cuándo puedes hablar, por favor.

Esperé.

—Es muy importante ahora que no hagas sospechar a tus amigos cuando vuelvas con ellos. Diles que ha llamado tu madre, pero que la has convencido de que no puedes ir a casa por lo tarde que es. Ahora, responde después de mí: «Gracias, mamá». Repítelo ahora.

—Gracias, mamá.

Era difícil comprender las palabras; tenía la garganta cerrada.

—Di: «Te quiero, mamá. Te veré pronto». Dilo ya.

—Te quiero, mamá —estuve a punto de ahogarme—. Te veré pronto —prometí.

—Adiós, Beau. Estoy deseando verte de nuevo.

Y colgó.

Mantuve el móvil pegado al oído. El miedo me había agarrotado los dedos y no conseguía estirar la mano para soltarlo.

Sabía que debía ponerme a pensar, pero el sonido de la voz aterrada de mi madre ocupaba toda mi mente. Transcurrieron varios segundos antes de que recobrara el control.

Despacio, muy despacio, mis pensamientos consiguieron romper el espeso muro del dolor. Planes, tenía que hacer planes, aunque ahora no me quedaba más opción que ir a la habitación llena de espejos y morir. No había ninguna garantía de que hacer lo que me pedía fuera a mantener a mi madre con vida. Mi única esperanza era que Joss se diera por satisfecha con ganar la partida, que derrotar a Edythe fuera suficiente. La desesperación se cernía como un nudo corredizo alrededor de mi cuello, porque no había nada con lo que pudiera negociar, nada que le importara para ofrecer o retener. Pero por muchas vueltas que le diera no había ninguna otra opción. Tenía que intentarlo.

Situé el pánico en un segundo plano lo mejor que pude. Había tomado la decisión. No servía para nada perder tiempo angustiándome por ella. Debía pensar con claridad, porque Archie y Jessamine me estaban esperando y era esencial, aunque parecía imposible, conseguir que pensaran que todo iba bien.

Me sentí repentinamente agradecido de que Jessamine no estuviera. Hubiera sentido la angustia de los últimos cinco minutos de haber estado en la habitación del hotel, y en tal caso, ¿cómo iba a engañarlos? Luché contra el miedo y el horror y traté de cubrirlos con una tapadera. No podía permitírmelos ahora, ya que no sabía cuándo volvería Jessamine.

Intenté concentrarme en la fuga, pero inmediatamente me di cuenta de que no podía planear nada. Tenía que permanecer indeciso. Sin duda, Archie no tardaría en percibir el cambio, si es que no lo había visto ya. No podía permitir que viera cómo sucedía. Si es que sucedía. ¿Cómo iba a

conseguir escapar? Sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera podía pensar en ello.

Quise ver qué conclusiones había sacado Archie de todo aquello —si es que ya había percibido algún cambio— pero tenía que resolver en soledad otra cosa más antes de que Jessamine volviera.

Debía aceptar que no volvería a ver a Edythe nunca más, ni siquiera una última mirada que llevarme a la habitación de los espejos. Iba a herirla y no le podía decir adiós. Era como si me estuvieran torturando. Me consumí en la angustia un minuto, dejando que me quebrara por dentro. Y luego tuve que recomponerme para enfrentarme con Archie.

La única expresión que podía adoptar sin meter la pata era la de un muerto, con gesto vacuo, pero me pareció que podía ser una expresión comprensible. Me dirigí a la sala de estar, con el guion de mi actuación preparado.

Archie estaba doblado sobre el escritorio, aferrándose al borde con ambas manos.

Su rostro…

En un primer momento el pánico atravesó mi máscara y salté rodeando el sofá para llegar hasta él. Mientras aún me dirigía hacia allí, caí en la cuenta de lo que debía de estar viendo, y me detuve en seco cuando estaba a apenas unos metros de él.

—Archie —dije inexpresivamente.

No reaccionó cuando mencioné su nombre, pero movía la cabeza de un lado a otro.

Su expresión me hizo volver a sentir pánico: tal vez su reacción no tuviera que ver conmigo, sino con mi madre.

Avancé un paso más, estirando una mano para tocarle el brazo.

—¡Archie! —exclamó Jessamine con voz temblorosa desde la puerta.

Ella ya se hallaba a su lado, justo detrás, cubriéndole las manos con las suyas y soltando la presa que le aferraba a la mesa.

Al otro lado de la sala de estar, la puerta de la habitación se cerró sola con suave chasquido.

—¿Qué es? —exigió saber—. ¿Qué ves?

Él apartó el inexpresivo rostro de mí y miró a Jessamine a los ojos como si no pudiera verla.

—Beau —dijo Archie.

—Estoy aquí —repliqué.

Aunque con una expresión ausente, Archie giró la cabeza hasta que nuestras miradas se engarzaron. Comprendí que no me hablaba a mí, sino que había respondido a la pregunta de Jessamine.

EL JUEGO DEL ESCONDITE

—¿Qué era?

Había perdido el control de mi voz átona e indiferente.

Jessamine se me quedó mirando. Mantuve la expresión ausente y esperé. Sus ojos se posaron alternativamente en el rostro de Archie y en el mío, sintiendo el caos. Sabía lo que acababa de ver Archie.

Sentí que un remanso de tranquilidad se instalaba en mi interior. No me resistí, ya que me ayudaba a mantenerme bajo control.

Archie también se recobró y al final, con voz sorprendentemente sosegada y convincente, contestó:

—En realidad, nada. Solo la misma habitación de antes —me miró, viendo por primera vez—. ¿Quieres desayunar?

—No, tomaré algo en el aeropuerto.

También yo me sentía tranquilo. Por un momento creí que Jessamine había compartido conmigo su poder extrasensorial, ya que percibí la desesperación de Archie, a pesar de que la ocultaba muy bien, por que yo saliera de la habitación y él se pudiera quedar a solas con Jessamine. De ese modo, le podría contar que se estaban equivocando, que iban a fracasar…

Archie seguía con los ojos clavados en mí.

—¿Tu madre está bien?

Tuve que dar un trago de bilis. Solo tenía un guion preparado.

—Mi madre estaba preocupada, quería venir a Phoenix —dije con voz monótona—. Pero todo va bien, la he convencido de que se quede en Florida por el momento.

—Eso está bien.

—Sí —respondí como un autómata.

Di media vuelta y caminé lentamente hacia el dormitorio, notando cómo sus ojos me seguían durante todo el trayecto. Cerré la puerta detrás de mí y entonces hice lo que pude. Me duché y me vestí con ropa de mi talla. Rebusqué en mi petate hasta encontrar el calcetín lleno de dinero y lo vacié en mi monedero. Me quedé allí un minuto, sin mirar a ningún sitio, intentando pensar en las cosas en las que podía hacerlo sin levantar sospechas. Y se me ocurrió una idea.

Me arrodillé junto a la mesita de noche y abrí el cajón superior. Debajo del imprescindible ejemplar de la Biblia había un montón de papel y un bolígrafo. Saqué una hoja y un sobre del cajón.

—Edythe… —escribí.

Me temblaba la mano. Las letras apenas eran legibles.

Te quiero.

De nuevo, lo siento. Lo siento muchísimo. Tiene a mi madre en su poder y he de intentarlo a pesar de saber que no funcionará. Lo siento mucho, muchísimo.

No te enfades con Archie y Jessamine. Si consigo escaparme de ellos será un milagro. Dales las gracias de mi parte, en especial a Archie.

Y te lo suplico, por favor, no la sigas. Eso es precisamente lo que quiere. No podría soportar que alguien saliera herido por mi culpa, especialmente tú. Por favor, es lo único que pido. Hazlo por mí.

No lamento haberte conocido. Y jamás lamentaré haberte amado. Perdóname.

Beau

Doblé la carta en tres partes y sellé el sobre. Terminaría encontrándola. Esperaba que lo entendiera. Esperaba que me perdonara, pero lo que realmente esperaba es que me hiciera caso.

Cuando volví a la salita de estar, ya estaban preparados.

En esta ocasión, me senté solo en el asiento trasero. Jessamine no me quitaba ojo desde el retrovisor cuando pensaba que no me daba cuenta. Me mantenía tranquilo, lo que era de agradecer.

Archie reclinaba la espalda contra la puerta, con el rostro frente a Jessamine, pero sabía que me observaba con su visión periférica. ¿Cuánto habría visto? ¿Estaría esperando que intentara algo? ¿O estaría más concentrado en los movimientos de la rastreadora?

—¿Archie? —pregunté.

—¿Sí? —contestó con prevención.

—He escrito una nota para mi madre —dije despacio—. ¿Se la darás? Quiero decir que si se la puedes dejar en casa.

—Sin duda, Beau —respondió con voz cautelosa, como se hablaría con alguien que estuviera realmente destrozado. Ambos veían que me estaba desmoronando. Tenía que controlar mejor mis emociones.

No tardamos en llegar al aeropuerto. Jessamine aparcó en el centro del cuarto piso del garaje. Allí el sol no podía penetrar a través de los bloques de cemento. No nos apartamos en ningún momento de las sombras mientras nos dirigíamos a la terminal. Era la número 4, la más grande y la que ofrecía mayor confusión. Tal vez pudiera aprovecharme de aquello.

Fui yo quien los guie, ya que, por una vez, conocía el entorno mejor que ellos. Tomamos el ascensor para descender al nivel tres, donde bajaban los pasajeros. Archie y Jessamine se entretuvieron un rato estudiando el panel de salida de los vuelos. Los escuchaba discutiendo las ventajas e inconvenientes de Nueva York, Chicago, Atlanta, lugares en los que nunca había estado y en los que ya nunca estaría.

Intenté no pensar en mi huida. Nos sentamos en una de las largas filas de sillas cerca de los detectores de metales. Jessamine y Archie fingían observar a la gente, pero, en realidad, solo me observaban a mí. Ambos seguían de reojo todos y cada uno de mis movimientos en la silla. Me sentía desesperanzado. ¿Podría arriesgarme a correr? ¿Se atreverían a impedir que me escapara con tanta gente alrededor? ¿O simplemente me seguirían?

Hiciera lo que hiciera, iba a tener que elegir bien el momento. Si esperaba hasta que Edythe y Carine se acercaran, Archie tendría que esperarlas, ¿verdad? Pero tampoco podía permitir que se acercaran

demasiado. Estaba bastante seguro de que a Edythe no le importaría que hubiera testigos humanos si empezaba a perseguirme.

Una parte de mí era capaz de tomar todas aquellas decisiones tan calculadas. La otra parte era excepcionalmente consciente de que Edythe estaba a punto de llegar, como si cada una de las células de mi cuerpo se sintiera atraída hacia ella. Esa sensación me complicaba las cosas, y pronto me descubrí buscando excusas para quedarme a verla antes de escapar, aunque eso me limitaba la posibilidad de huir.

Archie se ofreció varias veces para acompañarme a desayunar.

—Más tarde —le dije—, todavía no.

Estudié el panel de llegadas de los vuelos, comprobando cómo uno tras otro llegaban con puntualidad. El vuelo procedente de Seattle cada vez ocupaba una posición más alta en el panel.

Los dígitos volvieron a cambiar cuando solo me quedaban treinta minutos para intentar la fuga. Su vuelo llegaba con diez minutos de adelanto, por lo que se me acababa el tiempo.

Saqué de mi bolsillo el sobre sin destinatario y se lo tendí a Archie.

—¿Se la darás?

Asintió con la cabeza, tomó la carta y la introdujo en su mochila.

—Creo que me apetece comer ahora —dije.

Archie se puso de pie.

—Iré contigo.

—¿Te importa que venga Jessamine en tu lugar? —pregunté—. Me siento un poco… —no terminé la frase. Mis ojos estaban lo bastante enloquecidos como para transmitir la sensación.

Jessamine se levantó. Archie parecía confuso, pero comprobé, para alivio mío, que no sospechaba nada. Él debía de atribuir la alteración en su visión a alguna maniobra de la rastreadora, más que a una posible traición por mi parte.

Jessamine caminó junto a mí en silencio, con la mano en mis riñones, como si me estuviera guiando. Simulé falta de interés por las primeras cafeterías del aeropuerto con que nos encontramos, y moví la cabeza a izquierda y derecha en busca de algo, cualquier cosa. Debía de haber una ventana de oportunidad que pudiera usar.

Vi el símbolo y tuve una idea. Inspiración surgida de la desesperación.

Había un lugar al que Jessamine no podía acompañarme.

Tenía que actuar rápido, antes de que Archie viera algo.

—¿Te importa? —pregunté a Jessamine, señalando la puerta con la cabeza—. Solo será un momento.

—Aquí estaré —prometió ella.

Eché a correr en cuanto doblé la esquina de la entrada sin puerta y estuve fuera de su vista.

Era mejor solución de lo que había pensado en un primer momento. Recordaba aquella habitación. La longitud de mis zancadas aumentó.

El único lugar al que Jessamine no podía seguirme era el baño de hombres. La mayoría solían tener dos entradas, pero, por lo general solían estar cerca la una de la otra. Mi primer plan, deslizarme detrás de otra persona para salir, nunca habría funcionado.

Pero aquella habitación… había estado allí antes. Me había perdido una vez, porque la otra salida estaba atravesando el baño y daba a un vestíbulo completamente distinto. Si lo hubiera planeado, no me habría salido mejor.

Ya me encontraba en el vestíbulo, corriendo hacia los ascensores. No entraría en el campo de visión de Jessamine si esta permanecía donde me había dicho que lo haría. No miré atrás mientras corría. Era mi única oportunidad, por lo que tendría que seguir corriendo incluso si ella me perseguía. La gente se quedaba mirándome, pero no parecía demasiado sorprendida. Había mil razones para correr en un aeropuerto.

Me precipité hacia el ascensor —estaba casi lleno, pero era el que bajaba— y metí la mano entre las dos hojas de la puerta que se cerraba. Me acomodé entre los irritados pasajeros y me cercioré con un rápido vistazo de que el botón de la planta que daba a la calle estuviera pulsado. Estaba encendido cuando las puertas se cerraron.

Salí disparado de nuevo en cuanto se abrieron, a pesar de los murmullos de enojo que se levantaron a mi espalda. Anduve con lentitud mientras pasaba al lado de los guardias de seguridad, apostados junto a la cinta transportadora, y me lancé a una carrera llena de tropiezos en cuanto avisté las puertas de salida. No tenía forma de saber si Jessamine ya me estaba buscando. Solo dispondría de unos segundos si seguía mi olor. Estuve a

punto de estrellarme contra los cristales cuando me lancé contra las puertas automáticas, que se abrieron con excesiva lentitud.

No había ni un solo taxi a la vista a lo largo del atestado bordillo de la acera.

No me quedaba tiempo. Archie y Jessamine estarían a punto de descubrir mi fuga, si no lo habían hecho ya, y me localizarían en un abrir y cerrar de ojos.

El autobús blanco del servicio de un hotel acababa de cerrar las puertas a pocos pasos de donde me encontraba.

—¡Espere! —grité al tiempo que corría y le hacía señas al conductor.

—Este es el autobús del Hyatt —dijo el conductor, confundido, al abrir la puerta.

—Sí. Allí es adonde voy —contesté con la respiración entrecortada, y subí los escalones de un salto.

Enarcó una ceja al verme sin equipaje, pero luego se encogió de hombros y no se molestó en hacerme más preguntas.

La mayoría de los asientos estaban vacíos. Me senté lo más alejado posible de los restantes viajeros y miré por la ventana, primero a la acera y después al aeropuerto, que se iban empequeñeciendo a mis espaldas. No pude evitar imaginarme a Edythe de pie, al borde de la calzada, en el lugar exacto donde se perdía mi pista.

No puedes perder la compostura aún, me dije a mí mismo. Todavía te queda un largo camino por recorrer.

La suerte siguió sonriéndome. Enfrente del Hyatt, una pareja de aspecto fatigado estaba sacando la última maleta del maletero de un taxi. Me bajé del autobús de un salto e inmediatamente me lancé hacia el taxi y me introduje en el asiento de atrás. La cansada pareja y el conductor del autobús me miraron fijamente.

Le indiqué a la sorprendida taxista las señas de mi madre.

—Necesito llegar aquí lo más pronto posible.

—Pero esto está en Scottsdale —se quejó la mujer.

Arrojé cuatro billetes de veinte sobre el asiento.

—¿Es esto suficiente?

—Sí, claro, muchacho, sin problema.

Me recliné sobre el asiento y crucé los brazos sobre el pecho. Mi ciudad pasaba rápidamente a mi lado, pero no me molesté ni en mirar por la ventanilla. Me debatía por mantener el control. No merecía la pena venirme abajo ahora, no solucionaría nada. Contra todo pronóstico, había conseguido escapar. Ahora estaba en mi mano hacer todo lo que fuera posible por salvar a mi madre. El camino estaba claro, y solo tenía que seguirlo.

Así pues, en lugar de eso cerré los ojos y pasé los veinte minutos de camino imaginando que estaba con Edythe en vez de dejarme llevar por el pánico.

Imaginé que me había quedado en el aeropuerto a la espera de su llegada. Visualicé cómo la habría esperado, de pie justo donde la línea indicaba que no se podía cruzar, para ser la primera persona que viera cuando saliera al largo vestíbulo. Ella avanzaría entre el gentío, que no podría evitar admirar su gracilidad. Recorrería a toda prisa los pocos metros que nos separaban, a velocidad muy poco humana, y me envolvería la cintura con sus brazos. Y no me molestaría lo más mínimo en ser precavido.

Me pregunté adónde habríamos ido. A algún lugar del norte, para que ella pudiera estar al aire libre durante el día, o quizá a algún paraje remoto en el que nos hubiéramos tumbado al sol, juntos otra vez. Me la imaginé en la playa, con su piel destellando como el mar. No me importaba cuánto tiempo tuviéramos que ocultarnos. Quedarme atrapado en una habitación de hotel con ella sería como estar en el paraíso, con la cantidad de cosas que aún quería que me contara. Podría estar hablando con ella para siempre, sin dormir nunca, sin separarme de ella jamás.

Vislumbré con tal claridad su rostro que casi podía oír su voz, y en ese momento, a pesar de todo y durante un segundo, me sentí feliz. Estaba tan inmerso en mi ensueño escapista que perdí la noción del tiempo transcurrido.

—Eh, ¿qué número me dijo?

La pregunta de la taxista pinchó la burbuja de mi fantasía. El miedo que tan bien había controlado durante unos minutos volvió a apoderarse de mí.

—Cincuenta y ocho veintiuno —contesté con voz ahogada.

La taxista me miró, nerviosa de que quizá me diera un ataque, o algo parecido.

—Entonces, hemos llegado.

La mujer estaba deseando que yo saliera del coche; probablemente, albergaba la esperanza de que no le pidiera las vueltas.

—Gracias —susurré.

No hacía falta que me asustara, me recordé. La casa estaba vacía. Debía apresurarme. Mi madre me esperaba aterrada, tal vez incluso herida, sufriendo, y dependía de mí.

Subí corriendo hasta la puerta y me estiré con un gesto maquinal para tomar la llave de debajo del alero. El interior permanecía a oscuras y deshabitado, todo en orden. El olor de la casa me resultaba tan familiar que a punto estuvo de dejarme anulado. Tenía la sensación de que mi madre estaba muy cerca, en la habitación de al lado, aunque sabía que no era cierto.

Volé hacia el teléfono y encendí la luz de la cocina en el trayecto. En la pizarra blanca había un número de diez dígitos escrito a rotulador con caligrafía pequeña y esmerada. Pulsé los botones del teclado con precipitación y me equivoqué. Tuve que colgar y empezar de nuevo. En esta ocasión me concentré solo en las teclas, pulsándolas con cuidado, una por una. Lo hice correctamente. Sostuve el auricular en la oreja con mano temblorosa. Solo sonó una vez.

—Hola, Beau —contestó Joss con voz tranquila—. Lo has hecho muy deprisa. Estoy impresionada.

—¿Se encuentra bien mi madre?

—Está estupendamente. No te preocupes, Beau, no tengo nada contra ella. A menos que no vengas solo, claro —dijo esto con despreocupación, casi divertida.

—Estoy solo.

Nunca había estado más solo en toda mi vida.

—Muy bien. Ahora, dime, ¿conoces el estudio de *ballet* que se encuentra justo a la vuelta de la esquina de tu casa?

—Sí, sé cómo llegar hasta allí.

—Bien, entonces te veré muy pronto.

Colgué.

Salí corriendo de la habitación y crucé la puerta hacia el calor matutino de la calle.

Casi podía ver a mi madre con el rabillo del ojo, de pie a la sombra del gran eucalipto donde solía jugar de niño; o arrodillada en un pequeño espacio no asfaltado junto al buzón de correos, un cementerio para todas las flores que había plantado. Los recuerdos eran mejores que cualquier realidad que hoy pudiera ver, pero, aun así, los aparté de mi mente rápidamente.

Me sentía torpe, como si corriera sobre arena mojada. Parecía incapaz de mantener el equilibrio sobre el cemento. Tropecé con mis propios pies varias veces, y en una ocasión me caí. Me hice varios rasguños en las manos cuando las apoyé en la acera para amortiguar la caída. Luego me tambaleé, para volver a caerme. Finalmente, conseguí llegar a la esquina. Ya solo me quedaba otra calle más. Corrí de nuevo, jadeando, con el rostro empapado de sudor. El sol me quemaba la piel; brillaba tanto que su intenso reflejo sobre el cemento blanco me cegaba.

Al doblar la última esquina y llegar a Cactus, pude ver el estudio de *ballet*, que conservaba el mismo aspecto exterior que recordaba. La plaza de aparcamiento de la parte delantera estaba vacía y las persianas de todas las ventanas, echadas. No podía correr más, me asfixiaba. El pánico me había dejado extenuado. El recuerdo de mi madre era lo único que, un paso tras otro, me mantenía en movimiento.

Al acercarme vi el letrero pegado por la parte interior de la puerta. Estaba escrito a mano en papel rosa oscuro: decía que el estudio de danza estaba cerrado por las vacaciones de primavera. Aferré el pomo y lo giré con cuidado. Estaba abierto. Me esforcé por contener el aliento y abrí la puerta.

El oscuro vestíbulo estaba vacío y su temperatura era fresca. Se podía oír el zumbido del aire acondicionado. Las sillas de plástico estaban apiladas contra la pared y la alfombra olía a humedad. El aula de danza orientada al oeste estaba a oscuras y podía verla a través de una ventana abierta con vistas a esa sala. El aula que daba al este, la habitación más

grande, la que Archie había visto, estaba iluminada a pesar de tener las persianas echadas.

Se apoderó de mí un miedo tan fuerte que me quedé literalmente paralizado. Era incapaz de dar un solo paso.

Entonces, la voz de mi madre me llamó con el mismo tono de pánico e histeria.

—¿Beau? ¿Beau? —me precipité hacia la puerta, hacia el sonido de su voz—. ¡Beau, me has asustado! —continuó hablando mientras yo entraba corriendo en el aula de techos altos—. ¡No lo vuelvas a hacer nunca más!

Miré a mi alrededor, intentando descubrir de dónde venía su voz. Entonces la oí reír y me volví hacia el lugar de procedencia del sonido.

Y allí estaba ella, en la pantalla de la televisión, revolviéndome el pelo con alivio. Era el Día de Acción de Gracias y yo tenía doce años. Habíamos ido a ver a mi abuela el año anterior a su muerte. Fuimos a la playa un día y me incliné demasiado desde el borde del embarcadero. Me había visto perder pie y luego mis intentos de recuperar el equilibrio. «¿Beau? ¿Beau?», me había llamado ella, invadida por el pánico.

La pantalla del televisor se puso azul.

Me volví lentamente. Inmóvil, la rastreadora estaba de pie junto a la salida de emergencia, por eso no la había visto al principio. Sostenía en la mano el mando a distancia. Nos miramos el uno al otro durante un buen rato y entonces sonrió.

Caminó hacia mí y pasó de largo a apenas unos metros. Depositó el mando al lado del vídeo. Giré sobre mí mismo con cuidado para seguir sus movimientos.

—Lamento esto, Beau, pero ¿acaso no es mejor que tu madre no se haya visto implicada en este asunto? —dijo con voz amable.

De repente, caí en la cuenta. Mi madre seguía a salvo en Florida. Nunca había oído mi mensaje. Los ojos rojo oscuro ahora fijos en mí jamás habían llegado a aterrorizarla. No le habían hecho daño. Estaba a salvo.

—Sí —contesté, con la voz quebrada por el alivio.

—No pareces enfadado porque te haya engañado.

—No lo estoy.

La euforia repentina me había insuflado coraje. ¿Qué importaba ya todo? Pronto habría terminado y nadie haría daño ni a Charlie ni a mamá, nunca tendrían que tener miedo. Me sentía casi mareado. La parte más racional de mi mente me avisó de que estaba a punto de derrumbarme a causa del estrés, pero la verdad es que perder la cabeza parecía una opción bastante lógica dado el contexto.

—¡Qué extraño! Lo piensas de verdad —sus ojos oscuros me miraron de arriba abajo. El iris de sus pupilas era casi negro, pero había una chispa de color rubí justo en el borde. Estaba sedienta—. He de conceder a vuestro extraño aquelarre que vosotros, los humanos, podéis resultar bastante interesantes. Supongo que observaros de cerca debe de ser toda una atracción. Y lo extraño es que muchos de vosotros no parecéis tener conciencia alguna de lo interesantes que sois.

Se encontraba cerca de mí, con los brazos cruzados, mirándome con curiosidad. Ni la expresión ni la postura de Joss mostraban el menor indicio de amenaza. Tenía un aspecto muy corriente, no había nada destacable en sus facciones ni en su cuerpo, salvo la piel pálida y los ojos ojerosos a los que ya estaba acostumbrado. Vestía una camiseta azul claro de manga larga y unos vaqueros desgastados.

—Supongo que ahora vas a decirme que tus amigos te vengarán —aventuró casi esperanzada, o eso me pareció.

—Les he pedido que no lo hagan.

—¿Y qué le ha parecido eso a tu amada?

—No lo sé —resultaba extrañamente sencillo conversar con ella—. Le dejé una carta.

—¿Una carta? ¡Qué romántico! —la voz se endureció un poco cuando añadió un punto de sarcasmo al tono educado—. ¿Y crees que te hará caso?

—Eso espero.

—Hmm. Bueno, en tal caso, tenemos expectativas distintas. Como ves, esto ha sido demasiado fácil, demasiado rápido. Para serte sincera, me siento decepcionada. Esperaba un desafío mucho mayor. Y, después de todo, solo he necesitado un poco de suerte.

Esperé en silencio.

—Hice que Victor averiguara más cosas sobre ti cuando no consiguió atrapar a tu padre. ¿Qué sentido tenía darte caza por todo el planeta cuando podía esperar cómodamente en un lugar de mi elección? Después de que Victor me proporcionara la información que necesitaba, decidí venir a Phoenix para hacer una visita a tu madre. Te había oído decir que volvías a casa. Al principio, ni se me ocurrió que lo dijeras en serio, pero luego lo estuve pensando. ¡Qué predecibles que sois los humanos! Os gusta estar en un entorno conocido.

»¿Acaso no sería una estratagema perfecta que, si te persiguiéramos, acudieras al último lugar en el que deberías estar, es decir, a donde habías dicho que ibas a ir?

»Pero claro, no estaba segura, solo era una corazonada. Habitualmente las suelo tener sobre las presas que cazo, un sexto sentido, por llamarlo así. Escuché tu mensaje cuando entré en casa de tu madre, pero claro, no podía estar segura del lugar desde el que llamabas. Era útil tener tu número, pero por lo que yo sabía, lo mismo podías estar en la Antártida; y el truco no funcionaría a menos que estuvieras cerca.

»Entonces tus amigos tomaron un avión a Phoenix. Victor los estaba vigilando, naturalmente; no podía actuar sola en un juego con tantos jugadores. Y así fue como me confirmaron lo que yo barruntaba, que te encontrabas aquí. Ya estaba preparada; había visto tus enternecedores vídeos familiares, por lo que solo era cuestión de marcarse el farol.

»Demasiado fácil, como ves. En realidad, nada que esté a mi altura. En fin, espero que te equivoques con la chica. Se llama Edythe, ¿verdad?

No contesté. Mi sensación de valentía me abandonaba por momentos. Me di cuenta de que estaba a punto de terminar su monólogo, que me parecía carente de sentido. ¿Por qué se molestaba en explicármelo? ¿Qué gloria había en abatir a un débil humano? Yo no sentía la necesidad de pavonearme de todas las hamburguesas con queso a las que había sometido en mi vida.

—¿Te molestaría mucho que también yo le dejara una cartita a tu Edythe?

Dio un paso atrás y pulsó algo en una videocámara del tamaño de la palma de la mano, equilibrada cuidadosamente en lo alto del aparato de

música. Una diminuta luz roja indicó que ya estaba grabando. La ajustó un par de veces, ampliando el encuadre.

—Dudo de que se vaya a resistir a darme caza después de que vea esto.

Aquello explicaba que se regodease tanto: nada de eso iba dirigido a mí.

Clavé los ojos en el objetivo.

Mi madre estaba a salvo, pero Edythe no. Intenté pensar en algo, en cualquier cosa que pudiera evitar que aquello sucediera, que aquel vídeo llegara a sus manos, pero sabía que nunca sería lo suficientemente rápido como para alcanzar la cámara antes de que la rastreadora me detuviera.

—Aunque podría estar equivocada acerca de su nivel de interés —prosiguió Joss—. A la vista está que no eres lo suficientemente importante como para que ella decidiera quedarse contigo, así que tendré que hacer que esto resulte bastante ofensivo para provocarla, ¿no crees? —me sonrió y luego dirigió la sonrisa hacia la cámara.

Dio un paso hacia mí.

—Antes de que empecemos…

Sabía que iba a morir. Pensaba estar ya mentalizado para ello. No había contemplado ninguna otra opción más que aquella: me mataría, bebería mi sangre, y sería el fin.

Pero parecía que, después de todo, sí que iba a haber otra alternativa.

Me sentía entumecido, paralizado.

—Te voy a contar una historia, Beau. Una vez, hace muchos años, se me escapó una presa. Es sorprendente, ¡lo sé! Solo me ha sucedido una vez, así que te puedes imaginar lo mucho que me dolió. En muchos aspectos, era una situación muy parecida a esta. Había un delicioso muchacho humano, que olía incluso mejor que tú, sin ánimo de ofender, y al que protegía una única vampira. Debería haber sido un almuerzo fácil. Sin embargo, menosprecié a la protectora del muchacho. Cuando aquella vampira supo que iba detrás de su amiguito, lo raptó del sanatorio mental donde ella trabajaba. ¿Te puedes imaginar el nivel de degradación? ¿Tener un empleo humano para poder comer? —Joss sacudió la cabeza con incredulidad—. Pero, como iba diciendo, lo liberó del sanatorio y, una vez libre, lo puso a salvo. El muchacho era muy importante para ella, pero es que era un jovencito muy especial. Cien años antes lo habrían quemado en la hoguera

por sus visiones, pero en el siglo XIX te llevaban al psiquiátrico y te administraban tratamientos de electrochoque. El pobre muchacho ni siquiera pareció notar el dolor de su transformación. Cuando abrió los ojos fue como si nunca antes hubiera visto el sol. La vieja vampira le convirtió en un nuevo y poderoso vampiro, pero entonces yo ya no tenía ningún aliciente para tocarlo, ya no había sangre que disfrutar —suspiró—. En venganza, maté a la vampira.

—Archie —dije en voz baja.

—Sí, tu amigo. Me sorprendió muchísimo verlo en el claro. Por eso te he contado mi historia, para que tus amigos se consuelen. Yo te tengo a ti, y ellos le tienen a él. Mi única presa perdida, todo un honor, la verdad.

»Aún lamento no haber podido probarlo…

Dio otro paso en mi dirección. Ahora estaba a poca distancia. Inclinó el rostro para acercarlo al mío, poniéndose de puntillas para poder rozar con su nariz el costado de mi cuello. El tacto de su piel gélida me provocó ganas de encogerme, pero no podía moverme.

—Supongo que valdrás —declaró—. Pero aún no. Antes nos divertiremos un poco, y telefonearé a tus amigos para decirles dónde te pueden encontrar, a ti y a mi mensajito.

Seguía sintiéndome entumecido. Lo único que podía notar era mi estómago, que se retorcía de las náuseas. Miré a la cámara, y fue como si Edythe ya estuviera viendo todo aquello.

La cazadora retrocedió un paso y empezó a dar vueltas en torno a mí con gesto indiferente, como si quisiera obtener la mejor vista posible de una estatua en un museo. Su rostro seguía siendo amable mientras decidía por dónde empezar. Y entonces su sonrisa se ensanchó más y más hasta que su boca se convirtió en una hendidura llena de dientes. Se agazapó en posición de ataque.

Todo sucedió tan deprisa que no fui capaz de distinguir con qué parte de su cuerpo me atacaba. Se convirtió en una mancha borrosa, oí un sonoro chasquido y de repente mi brazo derecho colgó desmadejado del codo, como si ya no estuviera conectado con él. Lo último que sentí fue el dolor, que atravesó mi brazo un segundo más tarde.

La cazadora me observaba de nuevo, pero su rostro no había recobrado la normalidad; seguía siendo toda dientes. Esperó a que el dolor me golpeara y observó cómo jadeaba y me encogía alrededor del brazo roto.

Antes incluso de poder llegar a sentir aquel primer dolor en toda su plenitud, mientras aún se estaba formando, volvió a tornarse borrosa y, con una nueva serie de chasquidos, algo me estrelló de espaldas contra la pared. La barra se rompió detrás de mí y los espejos se resquebrajaron.

Un extraño quejido, casi animal, se escapó entre mis dientes. Intenté aspirar una nueva bocanada de aliento, pero fue como si una docena de cuchillos me apuñalara los pulmones.

—Esto hará un efecto muy bonito, ¿no te parece? —dijo, con el rostro de nuevo amable. Tocó una de las líneas de la tela de araña que surgían del lugar de la pared de espejos contra la que había impactado—. En cuanto vi esta habitación, supe que era el escenario perfecto para mi película. Tiene un gran dinamismo visual. Y muchísimos ángulos. No querría que Edythe se perdiera ni un solo detalle.

No la vi moverse, pero se produjo otro leve crujido, y un dolor punzante empezó a trepar por el índice de mi mano izquierda.

—Y aún sigue en pie —dijo, y luego rio.

El siguiente chasquido fue mucho más potente, como una explosión amortiguada. Tuve la sensación de que la habitación volaba a mi alrededor, como si estuviera cayendo por un agujero. No tenía suficiente aire, no conseguía llenarme los pulmones. Un extraño gruñido ahogado pareció surgir de lo más hondo de mi pecho.

Mi cuerpo expulsó automáticamente el vómito para permitirme respirar, aunque cada vez que tomaba aliento era como si me estuvieran arrancando las vísceras. El dolor del brazo roto era un latido subliminal: mi pierna era ahora el centro de toda mi atención. El dolor seguía aumentando. Me desplomé torpemente en el suelo, en un charco de mi propio vómito, incapaz de mover un solo miembro.

Ella ahora estaba de rodillas junto a mi cabeza, y la luz roja de la cámara parpadeaba en su mano.

—Es momento de sacar un primer plano, Beau.

Yo volví a expulsar bilis por la garganta, con un sonido sibilante.

—Bueno, lo que quiero ahora es una pequeña rectificación. ¿Podrías hacerme ese favor? Si accedes, aceleraré un poco las cosas. ¿Te parece un trato justo?

Mis ojos eran incapaces de enfocar su rostro, y la parpadeante luz roja me cegaba.

—Solo tienes que decirle a Edythe lo mucho que duele —me coaccionó —. Decirle que quieres venganza, que te la mereces. Fue ella quien te metió en todo esto. En realidad, es ella quien te está haciendo daño en este momento. Intenta que se lo crea.

Se me cerraron los ojos.

Ella me levantó la cabeza con una delicadeza asombrosa, aunque la tortura que me suponía moverme hizo eco en mis brazos y mis costillas.

—Beau —dijo con suavidad, como si estuviera durmiendo y ella tratara de despertarme—. ¿Beau? Puedes hacerlo. Dile a Edythe que venga a por mí.

Me zarandeó levemente, y un sonido parecido a un suspiro se escapó de mis pulmones.

—Beau, cielo, todavía te quedan un montón de huesos, y los más grandes se pueden romper por muchos sitios. Haz lo que te pido, por favor.

Miré su rostro desenfocado. La oferta que me estaba haciendo no era real. Nada de lo que dijera podría salvarme. Y había mucho en juego.

Con mucho cuidado, negué con la cabeza una única vez. Con suerte, Edythe sabría interpretarlo.

—No quiere gritar —dijo con una extraña vocecilla cantarina—. ¿Deberíamos hacerle gritar?

Aguardé el siguiente chasquido.

En cambio, me levantó con mucha delicadeza el brazo sano y se llevó mi mano a los labios. La sensación que experimenté a continuación apenas podía calificarse de dolor en comparación con el resto. Me podría haber arrancado el dedo si hubiera querido, pero simplemente me lo rozó. Sus dientes ni siquiera penetraron demasiado.

Apenas reaccioné, pero ella se incorporó de un salto y se dio media vuelta. Mi cabeza golpeó contra el suelo y mis costillas rotas aullaron. La observé, extrañamente distanciado de toda la situación mientras ella

caminaba lentamente hacia el fondo de la estancia, sacudiendo y retorciendo la cabeza de adelante atrás. Dejó la cámara, aún encendida, junto a mi cabeza.

La primera consecuencia de lo que acababa de suceder fue el calor: el dedo me ardía. Me sorprendió ser capaz de sentirlo a pesar de todas las demás lesiones. Pero entonces recordé la historia de Carine. Sabía que el proceso había comenzado. No me quedaba mucho tiempo.

Ella seguía intentando calmarse: el problema era la sangre. Tenía parte de mi sangre en su boca, pero todavía no quería matarme, así que debía sobreponerse al frenesí. Estaba distraída, pero no me costaría mucho llamar su atención.

El calor aumentaba muy deprisa. Intenté ignorarlo, hacer caso omiso de las puñaladas en mi pecho. Estiré la mano y alcancé la cámara. La levanté todo lo que pude y la arrojé contra el suelo para estrellarla.

Y, entonces, volé de espaldas hacia los espejos rotos. Los cristales se me clavaron en los hombros, en el cuero cabelludo. Sentí como si todos mis huesos rotos volvieran a quebrarse a causa del impacto.

Pero ese no fue el motivo por el que grité.

El dedo que me había mordido ardía, las llamas explotaban en la palma. El calor que subía por mi muñeca era abrasador. Era un fuego mucho más ardiente que el propio fuego, un dolor que superaba cualquier clase de dolor.

El resto era insignificante. Los huesos rotos no me dolían. No tanto como aquello.

El grito sonó como si procediera de algún lugar externo a mi cuerpo, era un aullido sostenido que, de nuevo, tenía tintes animales.

Tenía los ojos concentrados en la rastreadora, muy abiertos, y vi la luz roja parpadeando en su mano. Había sido demasiado rápida, y yo había fallado.

Pero ya me daba igual.

La sangre me corría por el brazo, derramándose en un charco debajo del codo.

La rastreadora agitó las aletas de la nariz con ojos salvajes y mostrando los dientes. Mi sangre goteaba por el suelo, pero era incapaz de escuchar el

sonido por debajo de los gritos. Aquel era mi último atisbo de esperanza. Ahora no iba a poder contenerse. Tendría que matarme. Al fin.

Abrió una boca gigantesca.

Y yo aguardé, aullando de dolor.

LA ELECCIÓN

Otro grito enmudeció al mío, un chillido similar a una sierra eléctrica atravesando acero.

La cazadora arremetió contra mí, pero sus dientes chasquearon, cerrándose en el aire a un centímetro de mi rostro, cuando algo la arrancó de mí y la apartó volando de mi vista.

El fuego se estancó en el hueco de mi codo y yo grité.

No estaba solo, había más gritos: al rugido metálico se unió un agudo lamento que rebotó en las paredes y, de repente, cesó. Un gruñido vibrante rechinaba bajo el resto de sonidos. Más desgarrones metálicos, más rasgaduras…

—¡No! —aulló alguien con una agonía que se equiparaba a la mía—. ¡No, no, no, no!

Aquella voz tenía algún significado para mí, incluso a través de aquel ardor que superaba cualquier otro. A través de las llamas que ya me llegaban al hombro, aquella voz llamó mi atención. Aunque gritaba, su voz sonaba como la de un ángel.

—Beau, por favor —sollozó Edythe—. ¡Por favor, por favor, por favor, Beau, por favor!

Intenté responder, pero mi boca parecía no tener conexión con el resto de mi cuerpo. Mis gritos habían cesado, pero solo porque ya no me quedaba aire.

—¡Carine! —chilló Edythe—. ¡Ayúdame! ¡Beau, por favor, por favor, Beau, por favor!

Mecía mi cabeza en su regazo, presionando los dedos con fuerza contra mi cráneo. Su rostro aparecía desenfocado, igual que el de la cazadora. Yo estaba cayendo por un pozo dentro de mi mente. El fuego descendía conmigo, tan intenso como antes.

Algo fresco penetró en mi boca, llenando mis pulmones. Ellos lo expulsaron. Otro aliento helado.

Edythe por fin se definió frente a mis ojos, con su perfecto rostro contraído en una expresión atormentada.

—Sigue respirando, Beau. Respira.

Apoyó sus labios contra los míos y me llenó los pulmones de nuevo.

Pude captar de reojo dos trazos dorados: otro par de manos heladas.

—Archie, entablíllale la pierna y el brazo. Edythe, despéjale las vías respiratorias. ¿Cuál de todas las hemorragias es la peor?

—Esta, Carine.

Contemplé su rostro cuando la presión contra mi cráneo cedió. Mis gritos ahora eran apenas un lloriqueo entrecortado. El dolor no había disminuido en absoluto, sino que era peor. Y gritar no me ayudaba, y hería a Edythe. Mientras mantuviera los ojos fijos en su cara, era capaz de recordar algo más allá de la quemazón.

—Mi maletín, por favor… No respires, Archie, eso te ayudará. Gracias, Eleanor. Ahora vete, por favor. Ha perdido sangre, pero las heridas no son muy profundas. Creo que ahora mismo el mayor problema son las costillas. Traedme esparadrapo.

—Y algo para el dolor —siseó Edythe.

—Ahí está. No me quedan manos. ¿Podrías alcanzarlo tú?

—Esto te aliviará —me prometió Edythe.

Alguien me estaba enderezando la pierna. Edythe contenía el aliento, esperando, creo, a que yo reaccionara. Pero no me dolía tanto como el brazo.

—Edythe…

—Shhh, Beau, te vas a poner bien. Te lo juro, te vas a poner bien.

—E… No es…

Algo hurgaba en mi cráneo mientras otra cosa tiraba con fuerza de mi brazo roto. Aquel movimiento me desplazó las costillas y me quedé sin

aliento.

—Aguanta, Beau —me imploró Edythe—. Por favor, aguanta.

Me esforcé por inspirar una nueva bocanada de aire.

—Las costillas no —me ahogué—. La mano.

—¿Entiendes lo que dice? —dijo la voz de Carine, justo al lado de mi cabeza.

—Descansa, Beau. Respira.

—No… Mano —jadeé—. ¡Edythe! ¡Mano derecha!

No pude sentir sus frías manos en mi piel: el fuego ardía demasiado. Pero escuché su jadeo.

—¡No!

—¿Edythe? —preguntó Carine, sorprendida.

—Le ha mordido —la voz de Edythe había perdido el volumen, como si ella también se hubiera quedado sin aire.

Carine contuvo el aliento, horrorizada.

—¿Qué hago, Carine? —preguntó Edythe.

Nadie contestó. Continuaron hurgando en mi cuero cabelludo, pero no me dolía.

—Sí —dijo Edythe entre dientes—. Puedo intentarlo. Archie, escalpelo.

—Hay muchas probabilidades de que seas tú misma quien lo mate —dijo Archie.

—Dámelo —espetó ella—. Puedo hacerlo.

No vi qué hizo con el escalpelo. Era incapaz de sentir nada de lo que pasaba en mi cuerpo que no fuera el ardor del brazo. Pero la observé llevarse mi mano a la boca, igual que había hecho la cazadora. De la herida manaba sangre fresca. Aplicó los labios sobre ella.

Grité de nuevo, no pude evitarlo. Era como si me estuviera succionando el fuego del brazo.

—Edythe —dijo Archie.

Ella no reaccionó, presionando aún los labios contra mi mano. El fuego ascendía y descendía por mi brazo, aserrando adelante y atrás. De entre mis dientes apretados, surgían leves gruñidos.

—Edythe —gritó Archie—. Mira.

—¿Qué pasa, Archie? —preguntó Carine.

Archie extendió la mano y abofeteó a Edythe en la mejilla.

—¡Deténlo, Edythe! ¡Deténlo ahora!

Mi mano se apartó de su rostro. Miró a Archie con unos ojos tan enormes que parecían ocuparle la mitad de la cara. Jadeó.

—¡Archie! —vociferó Carine.

—Es demasiado tarde —declaró Archie—. Hemos llegado demasiado tarde.

—¿Puedes verlo? —dijo Carine con voz más calmada.

—Solo hay dos posibilidades de futuro. Sobrevive como uno de nosotros o Edythe acaba con él intentando evitar que eso ocurra.

—No —gimió Edythe.

Carine no habló. Los tirones en mi cuero cabelludo se ralentizaron.

Edythe hizo descender su rostro hasta la altura del mío. Me besó los párpados, las mejillas, los labios.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No tiene por qué ser tan lento —se quejó Archie—. ¿Carine?

—Hice un juramento, Archie.

—Pero yo no —gruñó él.

—Espera, espera —dijo Edythe, alzando la cabeza de pronto—. Se merece poder elegir.

Sus labios estaban en mi oído. Yo cerré los ojos para reprimir los gemidos, esforzándome por escuchar.

—¿Beau? No voy a tomar esta decisión por ti. No te arrebataré esto también. Y lo entenderé, Beau, te lo prometo. Si no quieres vivir así, no me opondré. Respetaré tu voluntad. Sé que es una elección horrible. Si pudiera ofrecerte alguna otra, lo haría. Moriría si con ello pudiera devolverte la vida —se le quebró la voz—. Pero no puedo hacer ese intercambio. No puedo hacer nada, salvo detener el dolor, si eso es lo que quieres. No tienes por qué ser esto. Puedo dejarte marchar, si eso es lo que necesitas —sonaba como si estuviera sollozando de nuevo—. Dime qué quieres, Beau, sea lo que sea.

—A ti —escupí entre dientes—. Solo a ti.

—¿Estás seguro? —susurró.

Yo gemí. El fuego estaba extendiendo sus dedos hacia mi pecho.

—Sí —tosí—. Tan solo permíteme quedarme contigo.

—Apártate de mi camino, Edythe —gruñó Archie.

La voz de ella restalló como un látigo.

—Yo tampoco he hecho ningún juramento.

Su rostro estaba en mi garganta, y no podía sentir nada que no fuera el fuego, pero escuché el amortiguado sonido de sus dientes abriéndose camino a través de mi piel.

CONVERSIÓN

Al final terminé por cambiar de opinión.

El fuego que sentía en el brazo no había sido tan terrible. Era la peor sensación que había experimentado hasta el momento, sí. Pero no podía compararse con tener el cuerpo entero en llamas.

Le imploré que lo detuviera. Le dije que eso era lo único que en realidad deseaba: que el ardor cesara. Lo único que quería.

Escuché a Archie diciéndole que todo el mundo decía lo mismo, recordándole que ella también había suplicado a Carine que la matara, diciéndole que mi primera decisión era la que contaba.

Recuerdo que, en un momento dado, le grité que se callara.

Creo que se disculpó.

Pero, sobre todo, me costaba prestar atención a lo que pasaba más allá del fuego. Sé que me movieron. Tuve la sensación de estar en aquel suelo de madera ensangrentado y cubierto de vómito durante mucho tiempo, pero me era difícil calcular el paso de los minutos. A veces Carine decía algo y daba la impresión de que transcurría un año antes de que Archie le contestara, pero probablemente era el fuego el que transformaba los segundos en años.

Y, entonces, alguien cargó conmigo. Vi el sol durante otro de esos segundos que se me antojaron años: parecía pálido y frío. Luego, todo se oscureció. Y permaneció oscuro durante mucho tiempo.

Aún podía ver a Edythe. Me sostuvo en sus brazos, con mi rostro junto al suyo y una de sus manos en mi mejilla. Archie también estaba cerca. Creo que él sostenía mis piernas. Cada vez que daba un alarido, ella se

disculpaba. Intenté no gritar, ya que no me ayudaba. No encontraba ningún alivio, ninguna liberación en ello. Al fuego le daba absolutamente igual lo que hiciera; se limitaba a seguir consumiéndome.

Cuando conseguía enfocar la mirada, veía luces tenues desplazándose por el rostro de Edythe, aunque lo único que rodeaba su cabeza era negrura. Más allá de los sonidos de su voz y de la mía, lo único que escuchaba era un zumbido constante y profundo. A veces incrementaba su volumen y otras cesaba por completo.

No me di cuenta de que estaba otra vez en el asiento trasero del coche negro hasta que se detuvo. No escuché la puerta al abrirse, pero el repentino resplandor de las luces fue cegador. Debí de encogerme al verlo, porque Edythe me susurró al oído:

—Solo hemos parado para rellenar el tanque de gasolina. Pronto estaremos en casa, Beau. Lo estás haciendo muy bien. Pronto habrá acabado. Lo siento muchísimo.

No pude sentir su mano en mi rostro: debía de estar fría, pero ya nada era frío. Intenté estirarme para tocársela, pero no era muy consciente de las respuestas de mis miembros. Creo que me agité, pero Edythe y Archie me contuvieron. Edythe supuso cuáles eran mis intenciones. Me tomó la mano y se la llevó a los labios. Deseé poder notarlo. Intenté agarrar la suya, sin saber cómo hacer que mis músculos se movieran sin ser capaz de sentirlos. Tal vez lo conseguí. Ella no me soltó.

La oscuridad se intensificó. Al final ya no pude seguir viéndola. El interior del coche estaba oscuro como la tinta, y no notaba ninguna diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. Empecé a sentir pánico. El fuego convirtió la noche en una especie de cámara de privación de los sentidos: no percibía nada que no fuera dolor, ni el asiento que había debajo de mí, ni a Archie aferrándome las piernas, ni a Edythe sosteniendo mi cabeza y mi mano. Estaba completamente solo con la quemazón, y me sentía aterrado.

No sé qué debí de jadear —mi voz había desaparecido por completo, no sé si por la afonía de los gritos o si estaba tan calcinada que era incapaz de usarla— pero la de Edythe volvió a sonar en mi oído.

—Estoy aquí, Beau. No estás solo. No te dejaré. Aquí voy a estar. Escucha mi voz, estoy aquí contigo…

Oírla me tranquilizó, hizo que el pánico se desvaneciera; no así el dolor. La escuché, intentando no inspirar muy hondo para poder distinguirla mejor. Ya no necesitaba gritar. La intensidad del ardor solo aumentaba, nunca disminuía, pero estaba empezando a adaptarme. Era lo único que era capaz de sentir, pero no lo único en lo que podía pensar.

—Nunca quise esto para ti, Beau —prosiguió Edythe—. Daría cualquier cosa por detener todo esto. He cometido muchos errores. Debería haberme mantenido alejada de ti desde el primer día. No debería haber vuelto nunca. Te he destrozado la vida, te lo he quitado todo…

Parecía que estuviera sollozando de nuevo.

—No —intenté decir, pero no estoy seguro de si en algún momento mi boca consiguió formar la palabra.

—El proceso está probablemente tan avanzado a estas alturas que recordará esto —dijo Archie en voz baja.

—Eso espero —respondió Edythe con voz quebrada.

—En realidad, quería decir que quizá podrías aprovechar el tiempo de un modo más productivo. Hay muchas cosas que todavía desconoce.

—Tienes razón, tienes razón —suspiró ella—. ¿Por dónde empiezo?

—Le podrías explicar cómo es estar sediento —sugirió Archie—. Esa fue la parte más dura cuando yo desperté. Y las expectativas sobre él serán enormes.

Cuando Edythe contestó, fue como si escupiera las palabras a través de sus dientes.

—No le obligaré a ello. Él no ha elegido esto. Es libre de convertirse en lo que quiera ser.

—Ja —espetó Archie—. Le conoces demasiado bien como para creer eso, Edythe. La otra vía no será suficientemente buena para él. ¿No lo ves? Estará bien.

Se produjo un silencio mientras ella leía lo que fuera que Archie estuviera viendo en su mente. Aunque comprendía el silencio, me dejó de nuevo a solas en el fuego. Empecé a entrar en pánico otra vez.

—Estoy aquí, Beau, estoy aquí. No tengas miedo —Edythe inspiró hondo—. Seguiré hablando. Hay tantas cosas que contarte… La primera es que, cuando esto pase, cuando seas… nuevo, no serás exactamente como soy yo, no al principio, al menos. Ser un vampiro neófito implica ciertas cosas, y la primera de ellas es que estarás constantemente sediento. Durante un tiempo no podrás pensar en mucho más que en eso. Tal vez dure un año, puede que dos. Para cada persona es diferente. En cuanto esto termine, te llevaré a cazar. Querías ver cómo era, ¿no es así? Iremos con Eleanor, para que veas su faceta de osa… —se le escapó una risa, un leve sonido apenado —. Si decides… que quieres vivir como nosotros, será complicado. Sobre todo al principio. Quizá te cueste demasiado, y lo entenderé. Todos lo haremos. Si quieres intentarlo a mi manera, te acompañaré. Te indicaré quiénes son los monstruos humanos. Hay otras opciones. Lo que tú quieras. Si… Si no me quieres contigo, también lo entenderé, Beau, te juro que no te seguiré si me pides que no lo haga…

—No —jadee. Esta vez, me escuché contestar, así que supe que lo había hecho bien.

—Ahora no tienes que tomar ninguna decisión más. Habrá tiempo para ello. Solo quiero que sepas que respetaré cualquier elección que tomes — inspiró hondo de nuevo—. Probablemente debería advertirte sobre tus ojos. Ya no volverán a ser azules —dejó escapar otro sollozo entrecortado—. Pero no permitas que te asusten. El resplandor no durará demasiado.

»Aunque supongo que ese es un detalle insignificante… Debería centrarme en las cosas importantes. Las más duras, la peor de todas. Ay, lo siento tantísimo, Beau. No podrás volver a ver a tu padre ni a tu madre. No es seguro. Les harías daño, no serías capaz de contenerte. Y… existen ciertas reglas. Reglas a las que, como tu creadora, estoy sometida. Ambos seríamos responsables si tú te descontrolaras. Ay —se quedó sin aliento—. Archie, hay tantas cosa que no sabe…

—Tenemos tiempo, Edythe. Relájate, tómatelo con calma.

Escuché cómo volvía a tomar aire.

—La reglas —dijo—. Una única regla, con mil variantes posibles: la existencia de los vampiros debe permanecer en secreto. Eso significa que debemos controlar a los vampiros neófitos. Yo te enseñaré, te mantendré a

salvo, te lo prometo —otro suspiro—. Y no podrás decirle a nadie lo que eres. Yo rompí esa regla. No pensé que pudiera hacerte mal, que alguien podría descubrirlo. Debería haberme dado cuenta de que mi simple proximidad terminaría por destruirte. Debería haber sabido que te arruinaría la vida, que me estaba mintiendo a mí misma sobre la existencia de alguna otra vía. Lo he hecho todo mal…

—Estás volviendo a dejar que la autoflagelación se anteponga a la información, Edythe…

—Es verdad, llevas razón —inspiró hondo—. Beau, ¿recuerdas el cuadro del despacho de Carine, el de los patrones nocturnos de las artes sobre los que te hablé? Son los Vulturis. Son…, a falta de una definición mejor, la policía de nuestro mundo. Te contaré algo más sobre ellos dentro de poco, ahora solo necesitas saber que existen para que puedas entender por qué no puedes decirle a Charlie ni a tu madre dónde estás. No puedes volver a hablar con ellos, Beau —su voz se estaba tornando más aguda, como si estuviera a punto de quebrarse—. Es lo mejor… No nos quedan muchas más opciones que dejar que piensen que has muerto. Lo siento. Ni siquiera tuviste ocasión de despedirte. ¡No es justo!

Se produjo una larga pausa durante la que escuché cómo su respiración se entrecortaba.

—¿Por qué no vuelves a los Vulturis? —sugirió Archie—. Intenta mantener las emociones a raya.

—Tienes razón —repitió ella en un susurro—. ¿Preparado para aprender sobre la historia de tu nuevo mundo, Beau?

Edythe habló toda la noche sin descanso, hasta que salió el sol y pude volver a ver su rostro. Me contó relatos que parecían cuentos de terror. Estaba empezando a atisbar cuán inmenso era aquel nuevo mundo, pero sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera comprender la totalidad de su alcance.

Me habló de las personas que había visto en el cuadro con Carine, los Vulturis, y de cómo habían unido sus fuerzas durante la civilización Micénica. Me explicó cómo iniciaron una campaña milenaria para llevar la paz y el orden al mundo vampírico y que en sus inicios habían sido seis integrantes. Me habló también de cómo la traición y el asesinato los había

reducido a la mitad. Alguien llamado Aro había asesinado a su hermana, la mujer de su mejor amigo. El mejor amigo, que se llamaba Marco, era el hombre que había visto de pie junto a Carine. La propia esposa de Aro, Sulpicia, la mujer del oscuro y espeso cabello rizado del cuadro, fue la única testigo. Ella le había delatado a Marco y a sus soldados. Hubo cierto debate acerca del modo en que debían actuar —Aro poseía un don extrasensorial muy poderoso, parecido al que tenía Edythe, pero realzado, dijo ella— y los Vulturis no estaban seguros de cómo podrían proceder sin él. Pero Sulpicia buscó a una joven —Mele, la que Edythe había catalogado de sirvienta y ladrona— que tenía un don propio: era capaz de absorber los poderes de otros vampiros. Ella misma no era capaz de usarlos, pero sí que podía traspasarlos a otra persona a través del contacto. Sulpicia hizo que Mele le robara a Aro su don, y entonces Marco lo ejecutó. Una vez en posesión del don de su marido, Sulpicia descubrió que el tercer hombre de su grupo estaba involucrado en el plan. Él también fue ejecutado, y su mujer —Athenodora— se unió a Sulpicia y a Marco para liderar a su guardia. Derrotaron a los vampiros que sembraban el terror en Europa y a los que tenían sometido Egipto. Una vez en el poder, establecieron reglamentos para mantener el mundo vampírico oculto y a salvo.

Intenté escuchar lo máximo que pude. No suponía distracción alguna frente al dolor —no había escapatoria posible—, pero era mejor pensar en aquello que en el fuego.

Edythe me dijo que los Vulturis eran quienes habían inventado todas las historias sobre las cruces, el agua bendita y los espejos. Durante siglos, consiguieron que todas las referencias a los vampiros se convirtieran en mitos. Y ahora velaban por que así siguiera siendo. Los vampiros debían mantenerse en las sombras… o de lo contrario deberían hacer frente a las consecuencias.

Así que no podría volver a la casa de mi padre ni permitir que viera aquellos ojos que Edythe había calificado de «resplandecientes». No podría conducir hasta Florida para abrazar a mi madre y hacerle saber que no estaba muerto. Ni siquiera podría telefonearla para explicarle el confuso mensaje que le había dejado en el contestador. Si algo aparecía en las

noticias, si se expandía el rumor de cualquier implicación sobrenatural en el asunto, la guardia de los Vulturis podría venir a investigar.

Tenía que desaparecer disimuladamente.

El fuego dolía mucho más que la mención de todas aquellas cosas. Pero sabía que aquello no duraría para siempre. Muy pronto, serían las que más me harían sufrir.

Edythe cambió rápidamente de tema, y me habló de un clan amigo en Canadá que vivía del mismo modo que ellos. Tres rubios hermanos rusos y dos vampiros españoles eran los familiares más cercanos de los Cullen. Me contó que dos de ellos también tenían poderes extrasensoriales: Kirill podía hacer algo relacionado con la electricidad y Elena conocía los talentos de cualquier vampiro con el que se encontrara.

Me habló de otros amigos, dispersos por todo el mundo. En Irlanda, en Brasil y en Egipto. Mencionó muchos nombres. Finalmente, Archie tuvo que volver a intervenir y pedirle que diera prioridad a otras cosas.

Edythe me contó que nunca envejecería. Que siempre tendría diecisiete años, igual que ella. Que el mundo se transformaría en torno a mí y que yo lo recordaría todo y jamás olvidaría un solo segundo.

Me contó cómo vivían los Cullen, trasladándose de una región nubosa a otra. Earnest restauraba una casa para la familia. Archie invertía sus posesiones con resultados increíblemente beneficiosos. Decidían en conjunto una historia para explicar las relaciones entre ellos y Jessamine creaba identidades nuevas y documentaba los pasados de cada uno. Carine conseguía un empleo en un hospital con sus nuevas credenciales, o volvía a la universidad para ampliar sus estudios en un campo nuevo. Si el lugar parecía prometedor, los menores de los Cullen fingían ser más jóvenes de lo que eran para poder permanecer más tiempo.

Cuando mi periodo como vampiro neófito hubiera concluido, podría volver al instituto. Pero mi educación tendría que esperar por el momento. Tenía mucho tiempo por delante y a partir de ahora recordaría cualquier cosa que leyera o escuchara.

Jamás volvería a dormir.

La comida me resultaría desagradable. Nunca volvería a tener hambre, solo sed.

No me enfermaría nunca, ni tampoco volvería a sentir cansancio.

Sería capaz de correr más deprisa que un coche de carreras. Poseería una fuerza mayor que cualquier otra especie del planeta.

No necesitaría respirar.

Podría ver con mayor claridad, y escuchar incluso el sonido más sutil.

Mi corazón dejaría de latir al día siguiente o al otro, y nunca más volvería a hacerlo.

Sería un vampiro.

Una de las pocas cosas buenas de la quemazón era que me permitía escuchar aquello con cierta distancia. Me concedió tiempo para procesar lo que Edythe me estaba contando sin emociones. Sabía que las emociones llegarían después.

Nuestro viaje terminó cuando empezó a oscurecer de nuevo. Edythe me transportó hasta la casa como si fuera un niño, y se sentó conmigo en el gran salón. Su rostro pasó de tener un fondo negro a uno blanco. Ahora podía verla con mayor claridad, y no creía que se debiera solo a la luz.

Mi rostro se reflejó en sus ojos, y me sorprendió descubrir que, efectivamente, era un rostro y no un trozo de carbón, aunque reflejaba una angustia inmensa. Aun así, me consoló saber que no era el montón de cenizas en el que sentía que me había convertido.

Me contó más historias para ocupar el tiempo, y los demás presentes en la sala hicieron turnos para ayudarla. Carine se sentó en el suelo junto a mí y me contó una historia absolutamente asombrosa sobre la familia de Jules: su tatarabuela había sido una verdadera mujer loba. Todas las cosas de las que Jules se había mofado eran absolutamente verídicas. Carine me contó que ella les había prometido no volver a morder a ningún otro humano. Aquello formaba parte del tratado que existía entre ellos, el que implicaba que los Cullen jamás podrían dirigirse al oeste, hacia el océano.

Al final Jessamine me contó su historia. Supongo que decidió que ya estaba preparado para ella. Cuando lo hizo, me alegré de que mis emociones estuvieran prácticamente enterradas bajo el fuego. Ella también había perdido a su familia cuando el hombre que la creó la raptó inesperadamente. Me habló del ejército al que había pertenecido, de una

vida llena de carnicerías y muertes, y de cómo se liberó. Me habló del día en que Archie le había permitido encontrarle.

Earnest me habló de cómo su vida había terminado mucho antes de suicidarse, de su esposa, perturbada y alcohólica, y de una hija que amaba más que a su propia vida. Me habló de la noche en que su mujer, en medio de un delirio alcohólico, saltó por un acantilado con su pequeña hija en brazos, y cómo no había podido hacer otra cosa que seguirlas. Entonces me contó que, tras el dolor, había visto a una mujer increíblemente hermosa, vestida con un uniforme de enfermera, un uniforme que recordaba haber visto en otro lugar, en una época más feliz, cuando era un hombre joven. Una enfermera que no había envejecido un solo año.

Eleanor me relató cómo había sido atacada por un oso y cómo después había visto que un ángel la llevaba hasta Carine en lugar de al cielo. Me contó que en un primer momento pensaba que había sido enviada al infierno —con razón, admitió— y que, después, había entrado finalmente al paraíso.

Fue ella quien me relató cómo había conseguido escapar el pelirrojo. No había vuelto a acercarse a Charlie después de registrar su casa. Cuando todos estuvimos de regreso en Forks, Royal, Jessamine y ella siguieron el rastro del hombre lo más lejos que pudieron. Desapareció en el mar de Salish y no habían sido capaces de ubicar el lugar por el que había salido a la superficie. Por lo que sabían, podía haber nadado hasta el océano Pacífico, y de ahí a otro continente. Debía de haber supuesto que Joss había perdido la batalla y que lo más sensato era desaparecer.

Incluso Royal tuvo su turno. Me habló de una vida consumida por la vanidad, llena de posesiones materiales, de ambición. Me habló de la única hija de un hombre poderoso —aunque Royal no sabía exactamente cuál era el poder que ejercía— y cómo había planeado casarse con ella y ser el heredero de su dinastía. Me contó que la hermosa hija fingía amarle para complacer a su padre, y que después había sido testigo de cómo su amante, miembro de un sindicato del crimen rival, propinaba una paliza de muerte a Royal, mientras se carcajeaba todo el tiempo de él. Me contó el modo en que se había vengado. Royal fue quien menos cuidado puso en la elección

de sus palabras. Me contó que había perdido a su familia, y que nada de todo aquello compensaba la pérdida.

Cuando Edythe susurró el nombre de Eleanor, gruñó una única vez y luego se marchó.

Creo que Archie debió de ver el vídeo de Joss en el estudio de danza mientras Royal o Eleanor hablaban. Cuando Royal se fue, Archie ocupó su puesto. Al principio no entendí el tema de su conversación, porque Edythe era la única que se expresaba en voz alta, pero finalmente lo capté. Archie estaba buscando algo en su ordenador portátil, intentando reducir las opciones de los lugares donde podía haber transcurrido su vida humana. Me alegré de que no pareciera hacer ninguna otra referencia a la cinta: su atención se centraba en su pasado. Yo traté de recordar cómo usar mi voz para poder detenerle si intentaba mencionar alguna otra cosa sobre el resto del vídeo. Esperaba que Archie hubiera sido lo suficientemente astuto como para destruir la cinta antes de que Edythe pudiera verla.

Las historias me ayudaron a distraerme, a prepararme, mientras el fuego ardía, pero solo podía prestar una atención limitada. Mi mente estaba catalogando el fuego, experimentándolo de nuevas maneras. El modo en que percibía tan definidamente cada centímetro, cada milímetro de mi piel resultaba asombroso. Era como si pudiera sentir la manera en que ardía cada una de mis células. Podía distinguir la diferencia entre el dolor de las paredes de mis pulmones y el de las plantas de mis pies, el del interior de mis globos oculares o el que me recorría la columna vertebral. Todas eran agonías distintas y claramente identificables.

Oía el golpeteo de mi corazón, que se me antojaba extremadamente intenso, como si estuviera conectado a un amplificador. También oía otras cosas. Principalmente, la voz de Edythe, y a veces a los demás hablando, pero no los veía. Una vez oí música, pero no supe distinguir de dónde procedía.

Tuve la sensación de permanecer varios años tumbado en aquel sofá, con la cabeza apoyada en el regazo de Edythe. Las luces nunca llegaron a apagarse, de modo que no sabía si era de día o de noche. Pero los ojos de Edythe se mantuvieron dorados en todo momento, así que supuse que el fuego mentía de nuevo sobre el transcurso del tiempo.

Era tan consciente de todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo que percibí inmediatamente el momento en que algo cambió.

Empezó en los dedos de mis pies; ya no los sentía. Era como si el fuego por fin hubiera vencido, reduciendo partes de mí a cenizas. Edythe había dicho que no estaba muriéndome, sino convirtiéndome, pero en aquel momento de pánico pensé que se había equivocado. Quizá aquella conversión vampírica no funcionara conmigo. Tal vez toda aquella quemazón no fuera más que una manera de morir, la peor de todas.

Edythe notó que volvía a asustarme y comenzó a tararearme algo al oído. Intenté ver el lado positivo. Si aquel proceso me estaba matando, terminaría en algún momento. Y si iba a terminar, al menos podría pasar lo que me quedaba de vida en brazos de Edythe.

Pero entonces me percaté de que mis dedos seguían allí, solo que ya no ardían. De hecho, el fuego también estaba abandonando las plantas de mis pies. Me alegré infinitamente de comprender lo que estaba pasando, porque las siguientes en recuperar la sensibilidad fueron las yemas de los dedos de las manos. No tenía motivo para volver a entrar en pánico, y tal vez sí una razón para sentirme esperanzado. El fuego se estaba extinguiendo.

Solo que daba la sensación de que, más que apagarse, se estuviera… desplazando. El fuego, que había abandonado mis extremidades, parecía estar fluyendo hacia el centro de mi cuerpo, avivando las llamas, intensificando el calor. Era incapaz de creer que pudiera existir un ardor aún más intenso.

Mi corazón, que ya latía con gran fuerza, empezó a hacerlo a mayor velocidad. Parecía que allí era donde se concentraba el núcleo del fuego. Estaba absorbiendo las llamas de mis manos y mis tobillos, liberándolas del dolor pero multiplicando el calor y la agonía en mi pecho.

—Carine —la llamó Edythe.

Carine entró en el salón, y lo más asombroso de todo fue que pude oírla cuando lo hizo. Edythe y su familia jamás hacían ruido al moverse. Pero ahora, si escuchaba con atención, era capaz de oír incluso el leve roce que emitían los labios de Carine al hablar.

—Ah. Ya casi ha terminado.

Deseé sentir alivio, pero la creciente agonía que sentía en el pecho me incapacitó para experimentar cualquier otra cosa. Alcé la vista hacia el rostro de Edythe. Estaba más hermosa que nunca, porque ahora podía verla mejor que nunca, pero no pude apreciar plenamente su belleza. Sentía tanto dolor…

—¿Edythe? —jadeé.

—Estás bien, Beau. Está terminando. Lo sé, lo siento. Recuerdo cómo fue.

El fuego rasgó mi pecho, inundándolo de más calor, extrayéndolo de mis codos y mis rodillas. Imaginé a Edythe pasando por aquello, sufriendo de aquel modo, y mi dolor adoptó una perspectiva distinta. En aquel momento, ella ni siquiera conocía a Carine, ni tampoco sabía qué le estaba pasando. A ella no la habían sostenido durante todo el proceso los brazos de alguien a quien amaba.

El dolor me desapareció de prácticamente todo el cuerpo, salvo de mi pecho. El único remanente quedaba en mi garganta, pero era un tipo de ardor distinto, más seco, molesto…

Volví a escuchar ruido de pasos, y supe que podía distinguir las diferencias entre ellos. El paso decidido y confiado era de Eleanor, no había duda. El de Archie era el más rítmico y rápido. El de Earnest era un poco más lento y cauteloso. Jessamine fue la que se quedó junto a la puerta. Y creo que escuché a Royal respirar tras ella.

Y, entonces…

—¡Aaahhh!

Mi corazón despegó batiendo como las palas de un helicóptero, con el sonido de una sola nota sostenida: parecía que se abriría camino a través de mis costillas. El incendio llameó en el centro de mi pecho, absorbiendo los restos de llamas del resto de mi cuerpo para alimentar el más abrasador de los rescoldos. Fue tan intenso que me aturdió. La espalda se me arqueó, doblándome como si el fuego me estuviera alzando desde el corazón.

Se inició una batalla en mi interior: mi corazón desbocado bombardeaba al fuego desatado y ambos iban perdiendo.

El fuego estrechó su cerco, concentrándose en una dolorosa bola del tamaño de un puño con una oleada final insoportable. Esa llamarada fue

contestada por un profundo golpe sordo que sonó como a hueco. Mi corazón tartamudeó un par de veces y después latió solo una vez más.

Ya no hubo ningún otro sonido. Ni una respiración, ni siquiera la mía.

Durante un momento, lo único que pude comprender fue la ausencia de dolor.

No me costó ignorar el leve resquemor seco de mi garganta, ya que la sensación del resto de mi cuerpo era asombrosa. El alivio me produjo una sacudida increíble.

Me quedé mirando a Edythe, estupefacto. Tenía la sensación de que me acababan de quitar de los ojos una venda que me los hubiera estado cubriendo durante toda la vida. Qué visión tan espectacular.

—¿Beau? —me preguntó. Ahora que por fin podía concentrarme en ella, la hermosura de su voz me pareció irreal—. Sí, puede llegar a ser bastante confuso. Te acostumbrarás.

¿De verdad podía alguien acostumbrarse a escuchar una voz así? ¿A ver un rostro como aquel?

—Edythe —dije, y el sonido de mi propia voz me impresionó.

¿Ese era yo? No parecía mi voz. No sonaba… humana.

Desconcertado, estiré el brazo para tocarle la mejilla. Al instante en que había considerado la idea de tocarla, mi mano estaba rozando el lado de su mejilla. No había un fragmento de tiempo entre concebir levantar la mano y observar cómo se desplazaba a su destino. Sencillamente, ya estaba allí.

—Guau.

Ella se recostó para que la tocara, puso su mano sobre la mía y la sostuvo contra su cara. Resultaba extraño porque era un gesto familiar: me encantaba cuando hacía aquello, percibir que le gustaba que la tocara de aquel modo, que significaba algo para ella. Pero, al mismo tiempo, era completamente distinto. Su rostro ya no estaba frío. Su mano no destacaba contra la mía. Ahora no había diferencia entre nosotros.

La miré a los ojos y luego me acerqué para observar mejor la imagen que reflejaban.

—Ahhh… —un leve jadeo escapó por accidente de mi garganta, y sentí que mi cuerpo se paralizaba por la sorpresa. Era curioso: quedarme

paralizado como una estatua a causa de la conmoción me parecía la reacción más natural.

—¿Qué pasa, Beau? —se inclinó un poco más, preocupada, pero lo único que consiguió fue acercar el reflejo.

—¿Los ojos? —jadeé.

Ella suspiró y arrugó la nariz.

—Termina desapareciendo —me prometió—. Yo sentí terror de mí misma cada vez que me miraba al espejo durante los primeros seis meses.

—Seis meses —murmuré—. ¿Y luego serán dorados como los tuyos?

Ella apartó la vista y miró por encima del sofá hacia una figura que no alcanzaba a ver detrás de nosotros. Quise incorporarme y mirar a mi alrededor, pero me daba un poco de miedo moverme. Percibía mi cuerpo de un modo muy extraño.

—Eso dependerá de tu dieta, Beau —dijo Carine, con voz tranquila—. Si cazas como nosotros, tus ojos terminarán adoptando este color. Si no, tendrán el mismo aspecto que los de Lauren.

Decidí que intentaría sentarme.

Y, al igual que había pasado antes, el pensamiento se transformó en acción. Sin hacer ningún movimiento, me incorporé. Edythe mantuvo mi mano entre las suyas cuando la aparté de su cara.

Estaban todos allí, detrás del sofá, observando. Había acertado de pleno con mis suposiciones: Carine era la que estaba más cerca, y luego Eleanor, Archie y Earnest. Jessamine se encontraba en el umbral de una puerta que daba a otra habitación mientras Royal observaba por encima de su hombro.

Contemplé sus rostros, sorprendido de nuevo. Si mi cerebro no hubiera sido mucho más… espacioso que antes, se me habría olvidado lo que estaba a punto de decir. Pero, como sí que lo era, me recobré bastante rápido.

—No, quiero hacerlo a vuestra manera —le dije a Carine—. Es lo correcto.

Carine sonrió. Si hubiera tenido que respirar para sobrevivir, aquella sonrisa me habría dejado sin aliento.

—Ojalá fuera tan sencillo, pero es una elección muy noble. Te ayudaremos en todo lo que podamos.

Edythe me tocó el brazo.

—Ahora deberíamos cazar, Beau. Te aliviará el dolor de la garganta.

La mención de mi garganta trajo esa quemazón a la parte central de mi mente. Tragué, pero…

—¿Cazar? —preguntó mi nueva voz—. Yo, esto, bueno, nunca he ido de cacería. Ni siquiera a una cacería normal con rifles, así que no creo que pueda… Quiero decir, que no tengo ni idea de cómo…

Eleanor rio en voz baja.

Edythe sonrió.

—Yo te enseñaré. Es muy fácil, muy natural. ¿No querías verme cazar?

—¿Nosotros dos solos? —quise asegurarme.

Ella se mostró confusa durante una fracción de segundo, y luego su rostro se relajó.

—Claro. Como tú quieras. Ven conmigo, Beau.

Se incorporó inmediatamente, aún sosteniendo mi mano. Y entonces yo también me puse de pie, y el movimiento me resultó tan sencillo que me pregunté por qué me había dado miedo intentarlo. Con aquel cuerpo podía hacer cualquier cosa que me propusiera.

Edythe corrió a la pared trasera de la gran sala, el muro de cristal que ahora actuaba de espejo, porque afuera era de noche. Vi dos figuras pálidas corriendo hacia allí y me detuve. Lo más extraño fue que, cuando lo hice, el frenazo fue tan repentino que Edythe siguió corriendo, todavía tomada de mi mano y, aunque tiraba de mí, yo no me moví. De hecho, fue mi mano la que la atrajo hacia mí con gran facilidad.

Pero solo una parte de mi cerebro se percató de aquello, porque, fundamentalmente, lo que estaba haciendo era observar mi reflejo.

Había visto mi rostro deformado justo en el centro de la forma convexa de sus ojos, sin detalles. En realidad solo había visto mis ojos —brillantes, de un rojo casi resplandeciente— y aquello había bastado para captar toda mi atención. Ahora veía toda mi cara, mi cuello, mis brazos.

Si alguien hubiera recortado una silueta de mi yo humano, aquella versión renacida de mí cabría en ese mismo espacio. Pero, aunque ocupaba el mismo volumen, todas mis facciones eran distintas. Más duras, más pronunciadas. Como si alguien hubiera moldeado una escultura de mi imagen en hielo y hubiera dejado los bordes sin pulir.

Era muy difícil pasar por alto el color de mis ojos, pero la forma también parecía distinta. Recordaba muy vagamente el aspecto que solían tener, como si solo lo hubiera visto a través de agua turbia: indeciso, permanentemente inseguro de quién era. Entonces, después de conocer a Edythe —todavía me costaba mucho recuperar mis recuerdos, y me resultaba incómodo intentarlo— de repente habían adoptado un aspecto más resuelto.

Pero mis nuevos ojos habían superado con creces aquella resolución, y ahora tenían una actitud feroz. Si me hubiera cruzado con aquella versión de mí en un callejón oscuro, me habría infundido terror.

Que era el objetivo, aventuré. Se suponía que ahora la gente tenía que tenerme miedo.

Seguía vistiendo mis vaqueros manchados de sangre, pero llevaba una camisa azul claro que no reconocía. No recordaba cuándo me habían cambiado, pero lo entendía: vampiro o humano, a nadie le agradaba estar junto a una persona empapada en vómito.

—Guau —dije, engarzando mis ojos con los de Edythe en el reflejo.

Aquello también resultaba muy extraño, porque el Beau del espejo no desentonaba al lado de Edythe. Aquel parecía su lugar natural, no como antes, cuando la gente únicamente concebía que estuviera conmigo por lástima.

—Es demasiado —dijo ella.

Inspiré hondo y asentí.

—De acuerdo.

Ella tiró de mi mano de nuevo y yo la seguí. Antes de que hubiera transcurrido un cuarto de segundo, atravesamos las puertas de cristal que había tras las escaleras y estuvimos en el patio trasero.

Las nubes eran tan espesas que no se veían ni la luna ni las estrellas. La oscuridad debería haber sido total fuera del rectángulo de luz que se proyectaba a través de las puertas de cristal, pero no era así. Lo veía todo.

—Guau —dije de nuevo—. Esto es alucinante.

Edythe me miró como si mi reacción la sorprendiera. ¿Se le había olvidado cómo había sido la primera vez que había visto el mundo a través

de sus ojos de vampira? Creía que me había dicho que nunca volvería a olvidar nada.

—Vamos a tener que adentrarnos mucho en el bosque —me dijo—. Por precaución.

Recordé la esencia de las nociones de caza que me había dado.

—De acuerdo. Para que no haya gente cerca. Lo entiendo.

La misma expresión sorprendida centelleó en su rostro de nuevo, pero desapareció inmediatamente.

—Sígueme —me dijo.

Cruzó el jardín a tal velocidad que supe que a mis antiguos ojos les hubiera resultado imposible verla. Entonces, al llegar a la orilla del río, se lanzó dibujando un elevado arco que la propulsó por encima del agua hasta los árboles que había al otro lado.

—¿En serio? —le grité.

Escuché su risa.

—Te prometo que es fácil.

Genial.

Suspiré y empecé a correr.

Correr nunca había sido mi fuerte. No se me daba demasiado mal si el terreno era plano, si prestaba bastante atención y si me miraba los pies. Bueno, para ser sinceros, incluso así conseguía hacerme un lío y caerme.

Aquello era tan distinto… Estaba sobrevolando el jardín, más rápido de lo que me había movido en mi vida, pero es que me resultaba muy sencillo apoyar el pie en el lugar exacto en que debía hacerlo. Percibía todos los músculos, casi era capaz de ver las uniones entre ellos mientras se movían acompasadamente, y podía hacer que se movieran exactamente del modo que yo quería. Cuando llegué a la orilla del río, ni siquiera me detuve. Me impulsé desde la misma roca que Edythe y, entonces, volé de verdad. El río se deslizó a mis espaldas mientras me propulsaba por el aire. Aterricé más allá de donde lo había hecho Edythe y me precipité hacia el bosque.

Sentí un instante de pánico cuando me di cuenta de que ni siquiera había considerado el aterrizaje, pero mi mano supo cómo aferrar una gruesa rama para variar la trayectoria de mi cuerpo y que mis pies aterrizaran sin apenas hacer ruido.

—Santo cielo —jadeé, completamente incrédulo.

Escuché a Edythe corriendo por entre los árboles y su modo de moverse me resultó tan familiar como el sonido de mi propia respiración. Sabía que podría distinguir el ruido de sus pisadas del de cualquier otra persona.

—¡Tenemos que repetirlo! —dije en cuanto la vi.

Ella se detuvo a unos cuantos metros de mí, con aquella expresión de frustración que tan bien conocía en el rostro.

Yo reí.

—¿Qué quieres saber? Te diré lo que estoy pensando.

Ella frunció el ceño.

—No lo entiendo. Estás… de un humor excelente.

—Ah. ¿Eso es malo?

—¿No te sientes increíblemente sediento?

Tragué para aplacar la quemazón. Era dolorosa, pero no tanto como el resto del fuego del que acababa de librarme. El escozor de la sed era permanente, y empeoraba cuando pensaba en él, pero había muchas otras cosas en las que concentrarse.

—Sí, cuando pienso en ello.

Edythe cuadró los hombros.

—Si quieres que hagamos esto primero, también podemos.

La miré. Era evidente que me estaba perdiendo algo.

—¿Hacer «esto»? ¿El qué?

Se me quedó mirando un momento con ojos dubitativos y de repente levantó las manos en señal de rendición.

—Sabes, esperaba ser capaz de leerte la mente, ahora que se parece más a la mía. Supongo que eso nunca va a pasar.

—Lo siento.

Ella rio, pero el sonido de su risa encerraba una nota de tristeza.

—En serio, Beau.

—¿Me podrías dar una pista para entender de qué estamos hablando, por favor?

—Querías que estuviéramos solos —dijo, como si aquello fuera una explicación.

—Eh, sí.

—¿Porque había algunas cosas que querías decirme? —cuadró los hombros de nuevo, tensándose como si estuviera esperando malas noticias.

—Ah. Bueno, supongo que sí tengo algunas cosas de las que quiero hablar contigo. Quiero decir, hay una muy importante, pero no estaba pensando en ella —al ver lo frustrada que estaba por el malentendido que se estaba produciendo, fui completamente honesto—. Quería quedarme a solas contigo porque… bueno, no quería resultar grosero, pero no quería cazar delante de Eleanor —confesé—. Pensé que había muchas posibilidades de meter la pata, y no conozco tan bien a Eleanor, pero tengo la sensación de que le iba a parecer muy cómico.

Puso unos ojos enormes.

—¿Tenías miedo de que Eleanor se riera de ti? ¿En serio? ¿Eso es todo?

—En serio. Tu turno, Edythe. ¿Qué pensabas que estaba pasando?

Ella dudó.

—Pensaba que estabas siendo caballeroso, y que preferías gritarme a solas en lugar de que lo presenciara toda mi familia.

Volví a quedarme inmóvil. Me pregunté si aquello sucedería cada vez que me sorprendiera. Tardé un segundo en descongelarme.

—¿Gritarte? —repetí—. ¡Ay, Edythe! Te refieres a lo que estabas diciendo en el coche, ¿verdad? Lo siento, yo…

—¿Lo sientes? ¿Por qué demonios te estás disculpando ahora, Beau Swan?

Parecía enfadada. Enfadada y tan hermosa… Era incapaz de averiguar por qué estaba enfurecida, así que me encogí de hombros.

—Quería habértelo dicho entonces, pero no podía. Es decir, que en realidad no podía concentrarme…

—Por supuesto que no podías concentrarte.

—¡Edythe! —crucé el espacio que nos separaba en una fugaz carrera invisible y le apoyé las manos en los hombros—. Nunca sabrás qué estoy pensando si no dejas de interrumpirme.

La ira desapareció de su rostro cuando deliberadamente decidió calmarse. Entonces, asintió.

—De acuerdo —dije—. En el coche… En ese momento querría haber podido decirte que no tenías por qué disculparte. Ha sido terrible verte tan

triste. Esto no es culpa tuya…

Comenzó a decir algo, pero le puse un dedo sobre los labios.

—Y no es tan malo —proseguí—. Estoy… Bueno, la cabeza me sigue dando vueltas y sé que tengo un millón de cosas sobre las que pensar, y por supuesto que estoy triste, pero también estoy bien, Edythe. Siempre estoy bien cuando estoy contigo.

Se me quedó mirando un largo minuto. Levantó la mano lentamente para apartar mi dedo de su boca. Yo no la detuve.

—¿No estás enfadado conmigo por lo que te he hecho? —preguntó en voz baja.

—Edythe, ¡me salvaste la vida! De nuevo. ¿Por qué iba a estar enfadado? ¿Por el modo en que lo hiciste? ¿Qué otra cosa podrías haber hecho?

Exhaló, y dio la sensación de que volvía a estar enfadada.

—¿Cómo puedes…? Beau, tienes que darte cuenta de que, en realidad, todo esto es culpa mía. No te he salvado la vida, te la he arrebatado. Charlie, Renée…

Volví a ponerle el dedo en la boca y, a continuación, inspiré hondo.

—Sí, es duro. Y va a ser duro durante mucho tiempo. Tal vez para siempre, ¿verdad? Pero ¿por qué iba a hacerte cargar a ti con eso? Joss fue quien… Bueno, quien me mató. Tú me trajiste de vuelta a la vida.

Ella me empujó la mano.

—Si no te hubiera involucrado en mi mundo…

Yo reí, y ella me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Edythe, si no me hubieras involucrado en tu mundo, Charlie y Renée me habrían perdido tres meses antes.

Ella se me quedó mirando con el ceño fruncido. Era evidente que no aceptaba ninguno de mis argumentos.

—¿Recuerdas lo que dije cuando me salvaste la vida en Port Angeles? La segunda vez, o la tercera. Creo que fue algo así como que estabas interfiriendo con el destino porque había llegado mi hora. Bueno, Edythe, si tenía que morir… ¿acaso no es esta la manera más asombrosa de hacerlo?

Transcurrió otro largo minuto mientras me contemplaba, y entonces sacudió la cabeza.

—Beau, tú sí que eres asombroso.

—Sí, supongo que ahora lo soy.

—Siempre lo has sido.

No dije nada, pero mi rostro me delató. O, tal vez, simplemente se le diera bien descifrarme. Conocía tan bien mis facciones, había pasado tanto tiempo intentando comprenderme que era capaz de detectar inmediatamente cuándo me estaba reservando algo.

—¿Qué pasa, Beau?

—Es… Bueno, es solo algo que Joss dijo —respondí con una mueca.

Aunque me costaba recuperar recuerdos de mi antigua memoria, el del estudio de danza era el más reciente, el más vívido.

Edythe tensó la mandíbula.

—Joss dijo muchas cosas —siseó.

—Ah —de repente sentí ganas de darle un puñetazo a algo. Pero tampoco quería apartarme de Edythe para hacerlo—. Viste la cinta.

Tenía el rostro completamente blanco, furioso y atormentado al mismo tiempo.

—Sí, vi la cinta.

—¿Cuándo? No lo escuché…

—Usé auriculares.

—Ojalá no la hubieras visto…

—Tenía que hacerlo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero ahora olvídate de eso. ¿En qué mentira estabas pensando? —escupió las palabras entre los dientes.

Tardé un minuto en contestar.

—En que no querías que me convirtiera en vampiro.

—No, por supuesto que no quería.

—Así que esa parte no era mentira. Y has estado tan enfadada… Sé que te sientes mal por Charlie y por mi madre, pero supongo que me preocupa que en parte se deba que no esperabas pasar conmigo mucho tiempo, que no lo habías planeado… —se le abrió la boca a tal velocidad que tuve que cubrírsela con la mano entera—. Porque si es eso, no te preocupes. Si quieres que me marche pasado un tiempo, puedo hacerlo. Puedes enseñarme lo que tengo que hacer para no meternos en problemas a

ninguno de los dos. No espero que tengas que cargar conmigo para siempre. Tú no elegiste esto mucho más que yo. Quiero que sepas que soy consciente de ello.

Esperó a que apartara la mano. Lo hice muy despacio; no estaba seguro de querer escuchar lo que venía a continuación.

Gruñó suavemente y me enseñó los dientes, pero no en una sonrisa.

—Tienes suerte de que no te haya mordido —me dijo—. La próxima vez que me vuelvas a tapar la boca con la mano para decir algo tan soberanamente estúpido e insultante, lo haré.

—Lo siento.

Ella cerró los ojos. Sus brazos me envolvieron la cintura y apoyó la cabeza contra mi pecho. Mis brazos la estrecharon con un gesto automático. Ladeó la cara para poder mirarme.

—Quiero que me escuches muy atentamente, Beau. Esto, tenerte conmigo, poder mantenerte aquí, es como si me hubieran concedido todos los deseos que alguna vez haya podido tener. Pero el precio de todo lo que yo ansiaba significa arrebatarte exactamente eso mismo a ti: toda tu vida. Estoy furiosa y decepcionada conmigo misma. No sabes cuánto desearía devolverle la vida a la rastreadora para poder matarla con mis propias manos, una, y otra, y otra vez…

»El motivo por el que no quería que fueras un vampiro no es que no seas lo suficientemente especial, sino por todo lo contrario: eres demasiado especial, y te mereces más. Quería que tuvieras todo lo que nosotros extrañamos: una vida humana. Pero quiero que sepas que si esto solo dependiera de mí, si tú no hubieras tenido que pagar un precio, entonces esta sería la mejor noche de mi vida. Llevo enfrentándome a ello todo un siglo, y esta es la primera noche que me ha parecido hermoso. Y es gracias a ti.

»Jamás vuelvas a pensar que no te quiero, porque siempre lo haré. No te merezco, pero te amaré por siempre. ¿Te queda claro?

Era evidente que estaba siendo completamente honesta. La verdad reverberaba en cada una de sus palabras.

Una enorme sonrisa se extendió por mi rostro.

—Entonces, te parece bien.

Ella me respondió con otra.

—Yo diría que sí.

—Hay otra cosa importante que quería decirte. Simplemente, que te quiero. Y siempre lo haré. Lo supe muy pronto. Así que, visto como están las cosas, creo que el resto ya lo iremos resolviendo.

Sostuve su rostro entre mis manos y me agaché para besarla. Como todo lo demás, ahora resultaba muy fácil. Nada de lo que preocuparse, ninguna vacilación.

Aun así, resultaba extraño que mi corazón no estuviera latiendo en un desenfrenado solo de batería y que la sangre no me fluyera en estampida por las venas. Pero sí que me recorría una especie de corriente eléctrica, como si todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estuvieran vivas. Más que vivas, como si todas mis células estuvieran alborozadas. Solo deseaba poder sostenerla para siempre de aquel modo, y no volvería a necesitar nada en los próximos cien años.

Pero deshizo el abrazo, y lo hizo riendo. Aquella vez su risa estaba llena de alegría. Sonaba como un cántico.

—¿Cómo lo haces? —rio—. Se supone que eres un vampiro neófito y aquí estás, discutiendo tranquilamente conmigo sobre el futuro, sonriéndome, ¡besándome! Se supone que solo deberías sentir sed, y nada más.

—Siento muchas más cosas —dije—. Pero ahora que lo mencionas, estoy bastante sediento.

Se puso de puntillas y me besó una vez con rudeza.

—Te quiero. Vamos a cazar.

Corrimos juntos hacia aquella oscuridad que ya no era oscura, y yo no sentí ningún miedo.

Sabía que aquello resultaría fácil, como todo lo demás.

FINAL
UNA OCASIÓN ESPECIAL

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —preguntó ella.

—Debería estar por aquí.

—Avísame si empieza a sobrepasarte.

Asentí.

Estábamos a unos treinta metros de altura, en las ramas de un alto abeto, sentados el uno al lado del otro sobre una de las más gruesas. Yo la rodeaba con un brazo mientras ella sostenía mi mano libre entre las suyas. Notaba sus ojos, cargados de preocupación, fijos en mi rostro.

La rama se mecía a merced del viento bajo nosotros.

A unos cinco kilómetros, una caravana de coches se dirigía a Calawah Way con todos los faros encendidos, aunque era de día. Nos encontrábamos al sudeste y a barlovento, en una ubicación cuidadosamente elegida para no tener a nadie cerca. Estábamos demasiado lejos como para que Edythe pudiera escuchar mucho de lo que la gente pensaba, pero tampoco importaba. Estaba seguro de que podía imaginarme la mayor parte.

El primer vehículo era el coche fúnebre. Justo después iba el coche patrulla. Mi madre iba en el asiento del copiloto, y Phil en el trasero. Reconocí prácticamente todos los vehículos que seguían la caravana.

No pude presenciar el funeral en sí, porque se había celebrado en el interior de una iglesia. Tendría que conformarme con el entierro.

La visión del coche fúnebre resultaba devastadora. Lo poco del cadáver que habían encontrado en la carrocería calcinada de mi camioneta no era suficiente como para llenar un féretro. Si hubiera podido discutirlo con mis padres, les habría aconsejado que no malgastaran el dinero y que se

conformaran con una urna. Pero supuse que aquello quizá les consolaría. Tal vez desearan tener una verdadera tumba que visitar.

Conocía con anterioridad el lugar en el que me iban a enterrar, o más bien donde iban a depositar el cuerpo de quien pensaban que era yo. Habían cavado el agujero el día anterior, justo al lado de las tumbas del abuelo y la abuela Swan. Ambos habían muerto cuando yo era pequeño, así que nunca llegué a conocerlos bien. Esperaba que no les importara tener a un completo extraño enterrado junto a ellos.

No sabía cómo se llamaba el extraño. No quise conocer los detalles de cómo Archie y Eleanor habían simulado mi muerte. Solo sabía que alguien más o menos de mi tamaño, que ya había sido enterrado recientemente, ocupaba mi lugar en el que debía ser mi último viaje. Asumí que habían destruido todas las vías a través de las cuales podrían identificarme: los dientes, las huellas dactilares, etcétera. Me sentía bastante mal por aquel pobre hombre, pero supuse que tampoco le importaría demasiado. No había sentido ningún dolor cuando había volcado en algún lugar de Nevada y mi camioneta se había prendido fuego. Su familia ya le había velado. Tenían una tumba con su nombre en algún lugar… igual que, ahora, también la tenían mis padres.

Tanto Charlie como mi madre formaban parte del grupo de portadores del féretro. Incluso desde la lejanía percibí que mi padre parecía haber envejecido veinte años y que mi madre avanzaba como si estuviera sonámbula. Si no estuviera aferrándose al féretro, no creo que hubiera podido caminar en línea recta por la pradera del cementerio. Reconocí el vestido negro que llevaba: lo había comprado para una fiesta formal y pensaba que le hacía parecer mayor, así que terminó asistiendo a la fiesta vestida de rojo. Charlie llevaba un traje que nunca le había visto puesto. Supuse que era bastante antiguo: parecía que no le abrochaba, y la corbata era demasiado ancha.

Philip también los ayudaba, así como Allen y su padre, el reverendo Weber. Jeremy caminaba detrás de Allen. Incluso Bonnie Black sostenía una de las asas de latón mientras Jules empujaba su silla de ruedas.

En la multitud, vi a casi todas las personas que conocía del instituto. La mayoría vestía de negro, y muchos se abrazaban y lloraban. Lo cierto es que

me sorprendió, porque a muchos ni siquiera los conocía demasiado bien. Supuse que lloraban porque, en general, que alguien muera con tan solo diecisiete años es una situación triste. Probablemente les hacía reflexionar sobre su propia existencia efímera y esas cosas.

Había un grupo de gente que destacaba: Carine, Earnest, Archie, Jessamine, Royal y Eleanor, todos vestidos de gris claro. Estaban más erguidos que nadie, e incluso desde la distancia se percibía que su piel era claramente distinta… al menos a los ojos de un vampiro.

Daba la sensación de que todo se demoraba una eternidad: el descenso del ataúd, aquella especie de discurso que daba el reverendo —¿sería un sermón?—, la caída de las flores que mi madre y mi padre arrojaron al agujero de la tumba una vez que el féretro estuvo dentro, la incómoda cola que todo el mundo hacía para dar sus condolencias a mis padres. Deseé que dejaran marcharse a mi madre. Se apoyaba contra Phil, y yo sabía que necesitaba tumbarse. Charlie lo estaba soportando mejor, pero parecía frágil. Jules empujó la silla de Bonnie hasta que quedó junto a él, un poco desplazada a un lado. Bonnie se estiró y tomó la mano de Charlie. Tuve la sensación de que eso le aliviaba un poco. Aquello dejó a Jules en una posición en la que podía apreciar perfectamente su rostro, pero hubiera preferido no tener esa posibilidad.

Carine y el resto de los Cullen estaban casi al final de la cola. Los observamos mientras se dirigían lentamente hasta el principio. Llegaron rápidamente hasta mi madre, a quien no conocían. Archie trajo una silla para que ella se sentara y Phil se lo agradeció. Me pregunté si habría visualizado que estaba a punto de caerse.

Carine pasó más tiempo con Charlie. Sabía que se estaba disculpando por la ausencia de Edythe, explicándole que estaba demasiado conmocionada como para asistir. Aquella era una excusa más que válida para que Edythe pudiera quedarse conmigo aquel día, pero también servía para fundamentar una coartada: durante el siguiente curso escolar Edythe seguiría sintiéndose tan afectada que Earnest decidiría darle clases particulares en casa.

Observé que, cuando Bonnie y Jules ya se hubieron marchado, Charlie aún seguía hablando con Carine. Bonnie les dedicó una mirada sombría a

los Cullen y, de repente, clavó la vista en el lugar donde yo me encontraba.

Evidentemente, no podía vernos. Miré a nuestro alrededor, intentando averiguar hacia dónde se dirigían sus ojos. Me di cuenta de que Eleanor también nos estaba observando, aunque a ella no le costaba ningún trabajo localizarnos, y se esforzaba por reprimir una sonrisa: Eleanor nunca se tomaba nada demasiado en serio. Bonnie debía de haber adivinado que Eleanor nos estaba mirando.

Bonnie apartó la vista transcurridos unos segundos y le dijo algo a Jules. Ambas continuaron hacia su coche.

Los Cullen se marcharon después de las Black. La fila disminuyó y, por fin, mis padres quedaron libres. Phil se llevó a mi madre a toda prisa; el reverendo se ofreció a llevarlos en su coche. Charlie se quedó solo hasta que los empleados de la funeraria llenaron la tumba de arena, pero no observó el proceso. Se sentó en la misma silla que había ocupado mi madre y se quedó con la mirada perdida orientada hacia el norte.

Noté que los músculos de mi cara intentaban encontrar una expresión acorde a mi dolor. Tenía los ojos demasiado secos, y parpadeé para apartar aquella desagradable sensación. Cuando inspiré una nueva bocanada de aire, se me atascó en la garganta, como si me estuviera asfixiando con él.

Los brazos de Edythe envolvieron mi cintura con fuerza. Yo enterré el rostro en su cabello.

—Lo siento, Beau. Nunca quise esto para ti.

Yo me limité a asentir.

Nos quedamos así sentados un largo rato.

Me dio un toque cuando Charlie se marchó para que pudiera ver cómo se alejaba con el coche.

—¿Quieres ir a casa?

—Tal vez en un rato.

—De acuerdo.

Nos quedamos mirando el cementerio casi vacío. Estaba empezando a anochecer. Unos cuantos empleados recogían las sillas y la basura. Uno de ellos apartó una foto mía, la que me habían tomado al principio del año escolar durante mi primer curso de instituto en Phoenix. Nunca me había gustado mucho. Me costó reconocer a aquel chico de ojos azules llenos de

incertidumbre y sonrisa poco entusiasta. Me resultaba muy difícil recordar haber sido él. Y me costaba mucho más imaginar qué aspecto habría tenido para Edythe al principio de todo aquello.

—Nunca quisiste esto para mí —dije lentamente—, pero ¿qué querías? ¿Cómo pensabas que iban a ser las cosas, teniendo en cuenta que yo siempre iba a estar enamorado de ti?

—¿En el mejor de los casos? —suspiró—. Hubiera deseado… ser lo suficientemente fuerte como para poder estar juntos mientras tú seguías siendo humano. Que pudiéramos ser… algo más que novios. Que algún día, si no te cansabas de mí, hubiéramos podido ser algo más que marido y mujer. No habríamos podido envejecer juntos, pero yo hubiera permanecido a tu lado mientras tú lo hacías. Habría pasado contigo todos los días de tu vida —calló un segundo—. Y, entonces, cuando tu vida hubiera terminado… no habría querido seguir existiendo. Se me habría ocurrido la manera de seguirte.

Se sobresaltó cuando me eché a reír. No fue una risa muy fuerte, pero me sorprendí de lo agradable que resultaba.

—Era una idea completamente horrible —le dije—. ¿Te imaginas cómo hubiera sido cuando la gente pensara que era tu padre? ¿Tu abuelo? Lo más probable es que me hubieran metido en la cárcel.

—A mí eso no me hubiera importado —dijo con una sonrisa vacilante —. Y si te hubieran metido en la cárcel, yo te habría sacado.

—¿Y te habrías casado conmigo? —le pregunté—. ¿En serio?

Ahora su sonrisa se ensanchó.

—Y aún lo haré. Archie lo ha visto.

Parpadeé un par de veces.

—Guau. Me siento muy halagado. ¿De verdad quieres casarte conmigo, Edythe?

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

Lo medité durante medio segundo.

—Sí, claro que sí. ¿Quieres hacerlo?

Me rodeó con sus brazos.

—Por supuesto que sí. Cuando tú quieras.

—Guau —repetí. La abracé por la espalda y la besé en la coronilla—. Aunque creo que podría haber hecho mejor las cosas en la otra versión de la historia.

Ella se recostó para mirarme, y su rostro parecía de nuevo triste.

—Cualquier otra versión también habría terminado aquí.

—Pero podría haberme… despedido mejor.

No quería pensar en las últimas palabras que le había dicho a Charlie, pero no conseguía que abandonaran mi mente. Era de lo que más me arrepentía. Me alegraba de que el recuerdo no fuera muy vívido, y solo podía esperar que se fuera desvaneciendo con el tiempo.

—¿Y si nos hubiéramos casado? Ya sabes, si nos hubiéramos graduado a la vez, hubiéramos ido unos cuantos años a la universidad y luego hubiéramos organizado una gran boda a la que habríamos invitado a todos nuestros conocidos para que pudieran vernos felices. Dar discursos empalagosos, inventarnos un motivo para decirles a todos lo mucho que los queríamos. Y luego volver a marcharnos para continuar la universidad en algún lugar lejano…

—Eso suena bien —suspiró—. Pero al final terminarías con un funeral por partida doble.

—Tal vez. O tal vez podríamos haber fingido estar muy ocupados durante un año, y cuando hubiera sido un vampiro maduro y bajo control, hubiera podido volver a verlos…

—Sí, claro —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Y lo único de lo que nos tendríamos que haber preocupado habría sido de no envejecer nunca y de no provocar la ira de los Vulturis… Seguro que habría terminado bien.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón. No hay otra versión posible.

—Lo siento —volvió a decir en voz baja.

—De todas maneras, Edythe, si no hubiera sido tan estúpido como para escaparme e ir en busca de la rastreadora —ella siseó, pero yo seguí hablando—, solo habríamos retrasado los acontecimientos. Habríamos terminado donde estamos. Tú eres la vida que elijo.

Ella sonrió, al principio muy lentamente, pero de repente su sonrisa fue enorme y desplegó sus hoyuelos.

—Siento como si mi vida nunca hubiera tenido sentido hasta que te encontré.

Tomé su rostro entre mis manos y la besé mientras la rama se balanceaba de adelante atrás bajo nosotros. Nunca me habría imaginado una vida como aquella. Había que pagar un precio muy alto, pero habría elegido hacerlo aunque hubiera tenido todo el tiempo del mundo para pensármelo.

Ambos lo notamos cuando su teléfono vibró en su bolsillo.

Me imaginé que sería Eleanor para preguntar con sarcasmo si nos habíamos perdido de vuelta a casa, pero entonces Edythe contestó al teléfono.

—¿Carine?

Escuchó durante apenas un segundo y abrió mucho los ojos. Escuché la voz de Carine trinando al otro lado de la línea a toda velocidad. Edythe descendió de la rama, con el teléfono aún en la mano.

—Voy para allá —prometió mientras descendía al suelo, rompiendo alguna rama aquí y allá en la bajada. Yo me desprendí de la rama con un balanceo inmediatamente después. Cuando alcancé el suelo, ella ya estaba corriendo, y no aminoró la velocidad para que pudiera alcanzarla.

Debía de ser algo muy grave.

Corrí a toda velocidad, haciendo uso de la fuerza extraordinaria que poseía por ser neófito. Fue suficiente para no perderla de vista mientras corría veloz por la ruta más corta de regreso a la casa. Mis zancadas eran casi el triple de largas que las suyas pero, aun así, correr tras ella era como perseguir un relámpago.

Solo cuando estuvimos cerca de la casa me permitió alcanzarla.

—Ten cuidado —me advirtió—. Tenemos visita.

Y, entonces, partió de nuevo. Me impulsé aún más para intentar igualar su velocidad. Aquellos visitantes no me daban buena espina. No quería que se encontrara con ellos sin estar yo presente.

Escuché los rugidos antes incluso de que llegáramos al río. Edythe dio un salto bajo y horizontal, precipitándose hacia la pradera. Las verjas metálicas estaban bajadas frente a la pared de cristal. Rodeó la casa corriendo por el lado este. Me mantuve pegado a sus talones todo el camino.

Llegó al porche saltando por encima de la barandilla. Todos los Cullen estaban allí, reunidos en una cerrada pose defensiva. Carine estaba unos cuantos metros por delante, aunque era evidente que a ninguno le agradaba su posición. Estaba agazapada frente a los escalones, con la vista al frente y una expresión implorante en el rostro. Edythe se agazapó junto a ella y algo rugió en la oscuridad frente a la casa.

Me lancé al porche, y Eleanor tiró de mi brazo para hacerme retroceder cuando intenté acercarme a Edythe.

—Déjala traducir —murmuró Eleanor.

Dispuesto a arrancarme de sus garras —ni siquiera Eleanor era suficientemente fuerte para detenerme mientras fuera neófito— miré más allá de donde se encontraba Carine para ver a los vampiros a los que nos enfrentábamos. No sé qué esperaba ver. Un grupo grande, tal vez, ya que los Cullen parecían tan a la defensiva.

Lo que desde luego no esperaba era encontrarme con aquellos lobos del tamaño de caballos.

En aquel momento no rugían, pero sus gigantescas cabezas estaban alzadas y todos los hocicos apuntaban hacia mí.

El que parecía al mando —negro como la noche y más grande que cualquiera de los otros, aunque todos eran tres veces más grandes de lo que pensaba que podría llegar a ser un lobo— dio un paso al frente, mostrando los dientes.

—Sam —espetó bruscamente Edythe. La cabeza del lobo osciló para encararse a ella—. No tienes derecho a estar aquí. No hemos violado el tratado.

El monstruoso lobo negro gruñó hacia ella.

—No han atacado —le dijo Carine a Edythe—. No sé qué es lo que quieren.

—Quieren que nos vayamos. Están intentando ahuyentarte.

—Pero ¿por qué? —preguntó Carine.

Daba la sensación de que los lobos escuchaban atentamente cada palabra. ¿Estarían entendiendo?

—Creen que hemos violado el tratado. Que hemos matado a Beau.

El gran lobo dejó escapar un grave y prolongado gruñido. Sonaba como si alguien estuviera aserrando una cadena metálica.

—Pero… —empezó a decir Carine.

—Evidentemente —contestó Edythe antes de que Carine pudiera terminar—, siguen pensando que hemos violado el tratado, que fuimos nosotros quienes decidimos convertirlo.

Carine miró a los lobos.

—Puedo prometeros que no fue eso lo que sucedió.

El lobo al que Edythe había llamado Sam sostuvo el grave rugido. De sus colmillos expuestos goteaban chorros de saliva.

—Beau —murmuró Edythe—, ¿puedes contárselo tú? A nosotros no van a creernos.

Yo había estado petrificado todo el tiempo. Intenté desembarazarme de la conmoción mientras me movía para colocarme junto a Edythe.

—No lo entiendo. ¿Qué son? ¿De qué tratado estáis hablando?

Susurré las palabras a gran velocidad, pero por el aspecto que tenían los lobos, con las orejas tiesas y los ojos alerta, era evidente que estaban escuchando. ¿Los lobos entendían nuestro idioma? Eleanor había dicho que Edythe estaba traduciendo. ¿Acaso hablaba ella el idioma lobuno?

—Beau —dijo Edythe en voz más alta—. Estos son los lobos quileutes. ¿Recuerdas la historia?

—La… —me quedé mirando a aquellos gigantescos animales—. ¿Son los licántropos?

El lobo negro rugió más alto, pero el del pelaje castaño en la retaguardia dejó escapar un sonido muy semejante a una carcajada.

—No exactamente —dijo Edythe—. Hace mucho tiempo, establecimos un tratado con el líder de otra manada. Piensan que lo hemos violado. ¿Puedes contarles cómo te transformaste?

—Eh, de acuerdo —miré al lobo negro, el que parecía estar al mando—. Esto, yo… Beau Swan…

—Sabe quién eres. Estuviste con ella una vez, en la playa de La Push.

Ella. Mis turbios recuerdos humanos me distrajeron durante un breve segundo. Recordaba a la mujer alta de La Push. Y Jules había dicho que las

lobas eran sus hermanas. Que su tatarabuela había firmado un tratado con los fríos.

—Ah —dije.

—Tan solo explícale lo que pasó.

—De acuerdo —miré de nuevo a la loba, intentando imaginar que, de algún modo, en su interior habitaba la alta mujer quileute—. Pues, hace unas pocas semanas, pasó por la zona una rastreadora, esto, una vampira rastreadora, que se sintió atraída por mi olor. Los Cullen le advirtieron que se retirara, y se marchó, pero Edythe sabía que estaba planeando matarme. Volví a Phoenix para esconderme hasta que los Cullen pudieran…, bueno, ocuparse de ella, ya sabéis. Pero la rastreadora descubrió dónde estaba y se comunicó conmigo. Para ella solo era un juego con los Cullen, y yo no era más que un peón. Pero matarme no era lo único que quería. Ella… supongo que podríamos decir que quería jugar con la comida antes de comérsela. Los Cullen me encontraron antes de que pudiera matarme, pero ya me había mordido. Oye, ¿seguimos teniendo el vídeo?

Me di media vuelta para mirar a Edythe, que tenía la vista fija en las lobas. Ella negó con la cabeza. Yo volví a encararme a Sam.

—Es una pena. La rastreadora lo grabó todo en vídeo. Podríamos haberos mostrado exactamente cómo sucedió.

Las lobas se miraron entre sí. Edythe entornó los ojos, concentrada en lo que estaban pensando. De repente, la loba negra se la quedó mirando.

—Eso es razonable —dijo Edythe—. ¿Dónde?

La loba negra resopló y, a continuación, las tres se alejaron de la casa caminando hacia atrás. Cuando llegaron a la linde de los árboles, se dieron media vuelta y se adentraron corriendo en el bosque.

Todos los Cullen convergieron hacia Edythe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carine.

—No saben bien qué hacer —dijo Edythe—. Les han pedido que nos echen de aquí. Sam es la verdadera jefa de la tribu, pero solo en la clandestinidad. No es descendiente directa de la jefa con la que sellamos el trato. Quieren que hablemos con la jefa en activo, la verdadera tataranieta de la última jefa loba.

—Pero ¿esa no sería Bonnie? —dije, reprimiendo un grito.

Edythe me miró.

—Sí. Quieren que nos reunamos en un lugar neutral para que Bonnie pueda verte y tomar una decisión.

—¿Verme? Pero no puedo acercarme tanto…

—Puedes hacerlo, Beau —dijo Edythe—. Eres el neófito más racional que he visto nunca.

—Es cierto —concordó Carine—. Nunca he visto a nadie adaptarse tan fácilmente. Si no supiera que no es así, diría que tienes por lo menos una década.

No es que pensara que me estuvieran mintiendo, pero tal vez no se dieran cuenta de la magnitud de lo que me estaban proponiendo.

—Pero es Bonnie. Es la mejor amiga de mi padre. ¿Y si la hiero?

—Estaremos allí —dijo Eleanor—. No permitiremos que hagas ninguna estupidez.

—En realidad… —dijo Edythe.

Eleanor se la quedó mirando, sorprendida.

—Han pedido que no superemos en número a la manada. Solo tres vampiros. Yo ya he aceptado. Beau tiene que ser el otro, y la restante debe ser Carine.

Eleanor estaba claramente ofendida.

—¿Eso es seguro? —preguntó Earnest.

Edythe se encogió de hombros.

—No es una emboscada.

—O quizá aún no han decidido que lo sea —dijo Jessamine.

Había adoptado una actitud protectora junto a Archie, a quien parecía que le pasaba algo. Daba la sensación de estar un poco aturdido.

—¿Archie? —pregunté.

Nunca le había visto como si… se sintiera un poco perdido en lugar de estar por delante de los acontecimientos.

—No las he visto —susurró—. No sabía que iban a venir. Y ahora tampoco puedo ver. No visualizo el encuentro. Es como si no existiera.

Me percaté de que yo era el único para el que aquello era una novedad. El resto lo habían sabido antes de que nosotros llegáramos y Edythe se lo había leído en la mente.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—No lo sabemos —contestó Edythe con rudeza—. Y tampoco tenemos tiempo de averiguarlo. Queremos estar allí antes de que lleguen. No queremos que tengan oportunidad de cambiar de idea.

—Saldrá bien —les dijo Carine a los demás, con los ojos clavados en Earnest—. Las lobas solo están intentando proteger a su gente. Son las heroínas, no las villanas.

—Ellas piensan que los villanos somos nosotros —observó Royal—. Tanto si son heroínas como si no, Carine, aún tenemos que aceptar que son nuestras enemigas.

—No tiene por qué ser así —susurró Carine.

—Y, de todos modos, eso no importa esta noche —dijo Edythe—. Esta noche Beau tiene que darle una explicación a Bonnie para que no tengamos que elegir entre marcharnos de Forks y levantar sospechas o combatir con tres lobas que apenas acaban de cumplir la mayoría de edad y solo están intentando proteger a su tribu.

—Archie no puede ver si estaréis en peligro —le recordó Jessamine.

—Estaremos bien. Bonnie no querrá hacer daño a Beau.

—No sé si eso sigue siendo así. Y sé que no tendrá ningún problema en hacerte daño a ti.

—Yo sigo escuchando perfectamente los pensamientos de las lobas. Y no nos pillarán desprevenidos.

—Dinos adónde ir —dijo Eleanor—. Guardaremos las distancias y solo acudiremos si nos llamáis.

—He hecho una promesa y no hay motivo para romperla. Necesitamos que vean que pueden confiar en nosotros, ahora más que nunca. ¡No! —respondió Edythe, cuando aparentemente a Jessamine se le ocurrió otro argumento para rebatirla—. No tenemos tiempo. Volveremos pronto.

Eleanor rezongó, pero Edythe la ignoró.

—Beau, Carine, vamos.

Yo salí corriendo tras ella y escuché que Carine nos imitaba. Edythe no corrió muy deprisa esta vez, y ambos pudimos seguirle el ritmo.

—Pareces muy segura de lo que dices —le dijo Carine a Edythe.

—He echado un buen vistazo a sus mentes. Ellas tampoco desean librar esta batalla. Nosotros somos ocho. Saben que no ganarán si llega a haber derramamiento de sangre.

—No lo habrá. Yo no les haré daño.

—No disiento al respecto. Pero, si nos marchamos ahora, será problemático.

—Lo sé.

Yo las escuché, pero mis pensamientos estaban muy lejos, y se centraban en Bonnie y en Charlie y en el hecho de que no debía acercarme a ningún ser humano. Los demás me habían contado muchas historias sobre sus años de neófitos, sobre todo Jessamine, y no estaba preparado para ser la primera excepción a la regla. Era cierto que no me había costado aprender muchas cosas, y que a todo el mundo le sorprendía lo… tranquilo, que estaba, pero aquello era distinto. Edythe se había esforzado mucho para que no tuviera que ponerme a prueba en el aspecto más importante: no matar a nadie. Y, si lo fastidiaba todo aquella noche, no solo destruiría el universo de mi padre —que ahora más que nunca necesitaba una amiga—, sino que también comenzaría una especie de guerra entre los Cullen y las gigantescas licántropas.

Nunca me había sentido torpe con mi nuevo cuerpo, pero, de repente, aquella familiar sensación de muerte inminente volvía a planear sobre mí. Aquella era mi oportunidad de estropearlo todo de una manera realmente espectacular.

Edythe nos guio al nordeste. Cruzamos la autovía en el punto donde giraba hacia Port Angeles y continuamos rumbo al norte durante un rato más, siguiendo una carretera secundaria. Edythe se detuvo en un terreno baldío, a un lado de la carretera a oscuras, un gran claro del bosque obra de los leñadores.

—Edythe, no creo que pueda hacer esto.

Ella me dio la mano.

—Estamos a barlovento. Carine y yo intentaremos detenerte si pasa algo. Solo tienes que intentar no resistirte a nosotras.

—¿Y si no puedo controlarme? ¿Y si os hago daño?

—No temas, Beau, sé que puedes hacerlo. Contén la respiración. Huye si se vuelve insoportable.

—Pero, Edythe…

Ella se llevó el dedo a los labios y dirigió la mirada hacia el sur.

No tardaron mucho en aparecer los faros de un automóvil.

Tenía la esperanza de que el coche pasara de largo. Al fin y al cabo, las lobas no podían caber en aquel pequeño sedán, pero se fue deteniendo lentamente no muy lejos de donde nosotros estábamos esperando, y me di cuenta de que dentro iban Bonnie y otra persona en el asiento del conductor.

Entonces aparecieron dos de las lobas, procedentes del bosque que quedaba al extremo opuesto de la carretera. Se separaron para flanquear el vehículo por ambos lados, en actitud defensiva. La mujer que ocupaba el asiento del conductor salió y rodeó el coche para sacar a Bonnie. Estaba seguro de que no era Sam, aunque llevaba el pelo igual de corto que ella. Me la quedé mirando, preguntándome si la habría visto en la playa, pero su rostro no me resultaba conocido. Al igual que Sam, era muy alta y parecía fuerte.

Claramente, no solo lo parecía: cogió a Bonnie en brazos y cargó con ella como si la mujer no pesara nada. Se parecía al modo en que los Cullen me habían llevado de un lado para otro, como si fuera un almohadón de plumas. Quizá las lobas —porque, evidentemente, aquella era la loba gris que faltaba en el trío original— fueran más fuertes que los seres humanos corrientes.

Sam y la loba de pelaje castaño se pusieron a la cabeza mientras la mujer alta cargaba a Bonnie tras ellas. Sam se detuvo a unos buenos treinta metros de donde nosotros estábamos.

—No veo tan bien como vosotras —escuché que Bonnie se quejaba con aspereza.

Sam avanzó otros diez metros.

—Hola, Bonnie —dijo Carine.

—No veo, Paula —se quejó de nuevo Bonnie.

Su voz me sonaba áspera y débil: hacía un mes que solo escuchaba voces de vampiros. La manada mitad humana y mitad lobuna avanzó

lentamente, hasta que quedaron a apenas diez metros de nosotros. Yo contuve la respiración, aunque la suave brisa aún soplaba a mis espaldas.

—Carine Cullen —dijo Bonnie con frialdad—. Debería haber atado cabos antes. Hasta que no te vi en el funeral, no me di cuenta de lo que había pasado.

—Pero estabas equivocada —dijo Edythe.

—Eso es lo que Sam dice —respondió Bonnie—. No estoy segura de que esté en lo cierto —los ojos de Bonnie se posaron en mí con un estremecimiento.

—Lo único que podemos aportar es nuestra palabra y la de Beau. ¿Creerás a alguno? —preguntó Edythe.

Bonnie carraspeó, pero no contestó.

—Por favor —dijo Carine, usando un tono mucho más amable que todos los que se habían usado hasta el momento—. Nunca hemos hecho daño a nadie aquí, y tampoco lo haremos ahora. Lo más conveniente sería no marcharnos inmediatamente, pero, de lo contrario, nos iremos sin rechistar.

—No queréis parecer culpables —concordó Bonnie con sarcasmo.

—No, preferiríamos evitarlo —dijo Carine—. Y, en realidad, no hemos incumplido el trato.

Bonnie me miró.

—Entonces, ¿dónde está Beau? ¿Pretendéis que crea que está dentro de esa cosa que guarda un leve parecido con él?

El dolor de su voz era palpable, como también lo era el odio. Me sorprendió su reacción. ¿Realmente tenía un aspecto tan distinto, como si ni siquiera estuviera allí?

—Bonnie, soy yo —dije.

Ella puso una mueca al escuchar mi voz.

Me quedé sin aire. Aferré la mano de Edythe e inspiré muy superficialmente. Seguíamos a barlovento, así que todo iba bien.

—Sé que mi aspecto y mi voz son un poco diferentes, pero sigo siendo yo, Bonnie.

—Eso es lo que tú dices.

Levanté mi mano libre en gesto de rendición.

—No sé cómo convencerte. Lo que le dije a Sam es cierto: fue otra vampira quien me mordió. También me habría matado, si los Cullen no hubieran llegado a tiempo. No hicieron nada malo. En todo momento intentaron protegerme.

—Si no se hubieran mezclado contigo, ¡esto nunca habría pasado! La vida de Charlie no estaría destrozada y tú seguirías siendo el chico que yo conocí.

Ya había tenido aquella discusión antes, y estaba preparado.

—Bonnie, hay otra cosa que no sabes sobre mí… Solía tener un olor muy apetecible para los vampiros.

Ella dio un respingo.

—Si los Cullen no hubieran estado aquí, estos otros vampiros habrían pasado de todos modos por Forks. Tal vez hubieran matado a más personas durante su estancia aquí, pero puedo asegurarte que, si Charlie hubiera sobrevivido, me estaría echando de menos exactamente igual que lo hace ahora. Y no quedaría absolutamente nada del chico que solías conocer. Puede que quizá no lo percibas, Bonnie, pero sigo aquí.

Bonnie sacudió la cabeza, aunque me dio la sensación de que menos enfadada. Y más triste. Miró a Carine.

—Admito que el tratado está intacto. ¿Vas a informarme de cuáles son vuestros planes?

—Nos quedaremos un año más. Nos marcharemos cuando Edythe y Archie se gradúen. De este modo, parecerá natural.

Bonnie asintió.

—De acuerdo. Esperaremos. Me disculpo por la infracción de esta noche. Yo… —suspiró—. Ha sido un error. Estaba… demasiado nerviosa.

—Lo entendemos —dijo Carine con suavidad—. No se ha producido ningún mal…, y tal vez sí algo de bien. Es mejor que nos entendamos mutuamente en la medida de lo posible. Tal vez incluso podríamos volver a hablar otra…

—El tratado está intacto —dijo Bonnie con dureza—. No pidáis nada más por nuestra parte.

Carine asintió una vez.

Bonnie volvió a mirarme y su rostro se descompuso.

La brisa cambió de dirección.

Edythe y Carine me agarraron ambos brazos al mismo tiempo. Los ojos de Bonnie se abrieron, asombrados, y luego los entornó con gesto iracundo. Sam soltó un gruñido.

—¿Qué le estáis haciendo? —exigió saber Bonnie.

—Protegerte —espetó Edythe.

La loba castaña avanzó medio metro.

Yo inspiré rápidamente y me preparé para huir si la situación se ponía muy mal.

Y lo hizo.

El aroma de Bonnie me escocía como el fuego al descender por mi garganta, pero la sensación no solo era dolorosa. Era un olor mil veces más atractivo que el de cualquiera de los animales que había cazado, y ni siquiera podía incluirse en la misma categoría. Era como si alguien estuviera agitando un *filet mignon* en su punto frente a mí después de haberme estado alimentando de galletas rancias durante un año. Pero era mucho más que eso. Jamás había probado las drogas, pero pensé que la comparación de Edythe con la heroína debía de ser bastante acertada.

Y, aun así, aunque quería saciar mi sed desesperadamente, supe de inmediato que no tenía por qué hacerlo si no quería. No quería acercarme un solo centímetro más a ella, de ninguna manera, pero estaba bastante seguro de que, incluso si tenía que hacerlo, podría soportarlo. Creía que cuando mi instinto de neófito asomara su feo rostro no sería capaz ni de pensar ni de decidir. Que dejaría de ser una persona para convertirme en un animal.

Pero seguía siendo yo. Una versión de mí muy sedienta, pero yo después de todo.

Solo tardé medio segundo en dilucidar todo aquello.

—No, no te preocupes, Bonnie —me apresuré a decir—. Soy nuevo en todo esto, y no quieren que… me descontrole, ¿sabes? Pero estoy bien.

Bonnie mantuvo los ojos entornados, pero pude ver que también estaba confundida. Tal vez no esperara que mi comportamiento fuera tan propio de mí. Decidí aprovechar aquella inesperada oportunidad. Aspiré otra

bocanada de aire y, aunque me dolió exactamente igual que antes, supe que lo soportaría.

—Así que parece que no volveré a tener oportunidad de hablar contigo —dije—, y lamento que sea así. Supongo que todavía no entiendo bien las reglas. Pero, ya que estás aquí, si me permitieras pedirte un único favor…

Su rostro volvió a endurecerse.

—¿Cuál?

—Mi padre —volvió a dar la sensación de que el aire se me quedaba atascado en la garganta y tuve que hacer una pausa de un segundo antes de proseguir—. Por favor, cuídale. No le dejes pasar demasiado tiempo solo. Nunca quise hacerle esto a él… ni a mi madre. Esta es la parte más dura. Para mí, está bien. Yo estoy bien. Si tan solo hubiera una manera de poder hacer que esto fuera menos duro para ellos, lo haría, pero no puedo. ¿Podrías por favor cuidar de él?

El rostro de Bonnie se quedó inexpresivo un minuto. Fui incapaz de interpretar sus facciones. Deseé poder leerle el pensamiento como hacía Edythe.

—Lo habría hecho de todos modos —dijo Bonnie al fin.

—Lo sé, pero no podía evitar pedírtelo. ¿Crees que… podrías informarme si hay algo que yo pueda hacer? Ya sabes, desde las sombras.

Ella asintió lentamente.

—Supongo que, después de todo, sí que queda en ti algo del Beau original.

Suspiré. No me creería si le decía que mi ser estaba intacto y que simplemente se le había añadido algo nuevo en la superficie.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Me quedé paralizado durante una décima de segundo, sorprendido por la oferta. Me di cuenta de que Carine y Edythe tampoco daban crédito. Pero, efectivamente, deseaba una cosa más.

—Sí… —empecé a decir—. ¿Alguna vez le contarás a Jules algo de todo esto? —miré a las enormes lobas que la flanqueaban—. ¿O siempre será un secreto?

No entendí la mirada que cruzó su rostro.

—Jules lo sabrá muy pronto.

—Ah, de acuerdo. Entonces, si puede saber de mí, ¿podrías decirle que soy feliz? Esto de ser vampiro tampoco es tan malo.

Bonnie se estremeció.

—Le transmitiré tus palabras.

—Gracias, Bonnie.

Ella asintió y luego miró a la enorme chica que cargaba con ella y levantó la barbilla, indicando la dirección por la que habían venido.

Cuando se dieron media vuelta, vi que por el rabillo del ojo se le escapaba una lágrima. Las lobas también se alejaron de nosotros, dando marcha atrás.

Esperaba que aquella no fuera la última vez que viera a Bonnie. Esperaba que, cuando Jules supiera el secreto, también se me permitiera verla a ella. O, al menos, poder volver a hablar con ella. Esperaba que quizá algún día las lobas se dieran cuenta de que los Cullen también eran héroes.

El coche de Bonnie se alejó por la carretera. Las lobas se fundieron con los árboles. Esperé hasta que Edythe hubo terminado de escuchar su partida.

—Cuéntamelo todo —le dije.

—Lo haré cuando lleguemos a casa —sonrió—, para no tener que repetirlo. Demasiada información.

Sacudió la cabeza para negar, como si no diera crédito.

Empezamos a correr, pero no tan deprisa como antes.

—Vaya, verdaderas licántropas. Este mundo es todavía más raro de lo que yo pensaba —dije.

—Estoy de acuerdo —dijo Edythe.

—Es verdad, vosotros pensabais que ya no quedaban mujeres loba por aquí. Debe de haber sido una pequeña conmoción.

—No ha sido lo más chocante que he presenciado esta noche.

Me la quedé mirando, y luego miré a Carine. Esta última sonrió como si ella también captara el chiste.

—O sea, sabía que eras especial, Beau, pero lo que ha pasado ahí atrás ha sido mucho más que eso. Jessamine no va a poder creérselo.

—Ah, pero… —me la quedé mirando—. Tú dijiste que sabías que podía hacerlo.

Ella me mostró sus hoyuelos.

—Bueno, tenía bastante confianza en que el viento no cambiara de rumbo.

Carine rio, y entonces intercambió una mirada con Edythe. Ella aceleró mientras que Edythe aminoraba la velocidad. En cuestión de un segundo, nos quedamos solos.

Yo mantuve el ritmo de Edythe, y me detuve cuando ella lo hizo. Edythe llevó sus manos a ambos lados de mi cara.

—Ha sido un día muy largo. Y muy duro. Pero quiero que sepas que eres extraordinario y que te amo.

Yo la atraje hacia mí.

—Mientras estés a mi lado, puedo con cualquier cosa.

Ella envolvió mi cuello con sus brazos.

—Entonces, aquí estaré.

—Eternamente —dije.

—Eternamente —asintió ella.

Me agaché hasta que mis labios encontraron los suyos.

La eternidad iba a ser maravillosa.

EPÍLOGO

Volvemos a encontrarnos, amable lector.

Sé que quizá es demasiado pedirte que leas un prólogo y un epílogo, pero hay unas cuantas cosas que quería decir y que no he podido incluir al principio sin estropearte la diversión de la lectura.

Como ya habrás notado, he hecho trampas. No me he mantenido fiel a la historia original en la conclusión de este intercambio de roles, y la verdad es que no me arrepiento. Ha sido muy emocionante, y he disfrutado enormemente escribiendo este final alternativo.

Pero déjame aclarar rápidamente que el hecho de que Beau se convierta en vampiro no tiene nada que ver con el hecho de que sea un chico en lugar de una chica. Este cambio tampoco quiere decir que prefiera este final al original, ni que piense que el original esté «equivocado». Esta siempre ha sido la gran incógnita, y quería saber qué pasaría si *Crepúsculo* hubiera sido el final de la saga. Si, al igual que Beau, Bella se hubiera marchado del aeropuerto cinco minutos antes.

Hay mucha felicidad en la reunión de Beau y Edythe, en la eliminación del bloque tambaleante que los separa mucho antes que en el original, pero también hay una enorme tristeza. Como humana, Bella tuvo que soportar mucho más dolor que Beau, pero al final estoy segura de que ella misma diría que valió la pena. Beau saldrá adelante —y mucho más que eso, será muy feliz— pero siempre tendrá un gran remordimiento. Bella tuvo la oportunidad de arreglar sus asuntos, y está convencida de que su versión de la historia es la mejor.

Así que este es el final de la historia de Beau y Edythe. Siéntete libre de imaginar el resto: cuándo, dónde y cómo se casan, qué tramará Victor para intentar vengarse, qué se dirán Beau y Jules cuando vuelvan a encontrarse, si Beau y Royal llegarán algún día a ser amigos, si los Vulturis liderados por Sulpicia son una organización más benevolente y menos corrupta (yo así lo creo)…

Espero que hayas disfrutado de esta nueva mirada a *Crepúsculo*, que en realidad no es tan distinta (salvo por el final, de lo que no me arrepiento).

Y, de nuevo, gracias por todo lo que has significado para mí en estos últimos diez años.

¡Gracias!

Stephenie

P.D.: para este libro no he hecho una lista de reproducción como suelo hacer siempre, porque la música que escucho ahora no existía en 2005, cuando empieza la historia, y me parecía poco apropiado. Pero, si te interesa, la banda sonora que suena en mi mente para este libro puede resumirse en tres discos: *Royal Blood*, de Royal Blood; *Seeds*, de TV on the Radio y *2.0* de Big Data.